EL MIRADOR DE PRÓSPERO

DEL AUTOR

ARIEL. — 9.ª edición. Barcelona, 1911. Imp. Henrich y C.ª — 1 volumen.

RUBÉN DARÍO. — Su personalidad literaria; su última obra. — Montevideo, 1899. Imp. Artística de Dornaleche y Reyes. — 1 volumen (agotado).

LIBERALISMO Y JACOBINISMO. — Montevideo, 1906. Imp. «El Siglo Ilustrado». — 1 volumen.

MOTIVOS DE PROTEO. — 2.ª edición. Montevideo, 1910. Imp. «El Siglo Ilustrado». — 1 volumen (agotado).

EL MIRADOR DE PRÓSPERO. — Montevideo, 1913. Imp. y Litografía Oriental. — 1 volumen.

EN PREPARACIÓN

NUEVOS MOTIVOS DE PROTEO.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

EL MIRADOR DE PRÓSPERO



MONTEVIDEO
JOSÉ MARÍA SERRANO, Editor
Librería Cervantes
1370, CALLE ANDES, 1370
1913

PEÑA Hnos. - Impresores

Siguiente

ÍNDICE

	Páginas
Juan Carlos Gómez.	7
La vuelta de Juan Carlos Gómez.	19
Rumbos nuevos.	31
La Gesta de la Forma.	54
El Rat-pick.	56
La Enseñanza de la Literatura.	70
Garibaldi.	76
El Cristo á la jineta	86
Impresiones de un drama.	89
Divina libertad.	103
Bolívar.	105
Una novela de Galdós.	143
Decir las cosas bien.	156
El Centenario de Chile.	158
«La Raza de Caín».	166
A Anatole France.	175
Mirando al mar.	181
La tradición intelectual argentina.	183
En la armonía, disonancias.	192
«De lo más hondo»	194
Tucumán.	202
Montalvo.	204
Magna patria	290
Samuel Blixen	292
Recóndita Andalucía.	298
Una nueva antología americana.	301
Bienvenida.	315
Ricardo Gutiérrez	317

Páginas

«De Litteris». 324
Una bandera literaria 327
La Prensa de Montevideo. 331
Río Branco. 344
La Enseñanza del idioma 347
Las «Moralidades» de Barret 353
Bohemia. 356
Del trabajo obrero en el Uruguay 358
Obra de hermanos. 423
En el álbum de un poeta. 426
Perfil de caudillo 427
Ibero-América. 435
Juan María Gutiérrez y su época. 438
La España niña. 549
Carlos Guido Spano. 552
Mi retablo de Navidad 560
Los que callan 567

Para la Biblioteca "America" de Santiago de Compostela
Jesús Ribas

Ayunto
Nov 15/913

...J'aime, je l'avoue, ces sortes de livres. D'abord on peut jeter le volume au bout de vingt pages, commencer par la fin, ou au milieu; vous n'y êtes pas serviteur, mais maître; vous pouvez le traiter comme journal; en effet, c'est le journal d'un esprit.

H. TAINE, *Littérature Anglaise*, V, III.

JUAN CARLOS GÓMEZ (1)

El 25 de Mayo, el día de América, trae envuelto en sus resplandores de gloria un recuerdo de solemne tristeza, al que no debe permanecer indiferente el espíritu de los orientales. Hace hoy once años que la desaparición eterna de un hombre que era un símbolo, una personificación, la forma viva de los dolores de la historia de un pueblo y de los más caros anhelos de su alma, perseguidos en estériles luchas, acongojaba el corazón de ese pueblo en días sombríos, como el eclipse de una luz que es orientación y esperanza, y difundía por América un eco de veneración y de dolor.

La vibración sonora de la apoteosis que congregaba alrededor de la tumba de Juan Carlos Gómez á los enviados del pensamiento y la sensibilidad de ambas sociedades del Plata, para consagrar en imperecedero concurso de elocuencia la gloria de su nombre, no parece haber repercutido, al través de tan breve espacio de tiempo, en el corazón de la más cercana posteridad. Se busca, sin hallarla, una duradera sanción de ese homenaje, una manifestación sensible de esa gloria, y se espera en vano escuchar, cada vez que se levanta en el horizonte el sol del úl-

(1) Incluyo en la colección este lejano artículo, uno de los primeros que salieron de mi pluma, porque puede servir de complemento al discurso que le sigue.

timo día del tribuno, la palabra sentida de un recuerdo.

Glorificar la memoria de Juan Carlos Gómez sería, entre tanto, evocar del fondo de nuestra historia la fuerza moral é intelectual de sus días más fecundos en hermosas inspiraciones y en elevados ejemplos.

Llevaba el gran ciudadano, en el melancólico ocaso de su vida, la representación más pura de una época que asistía en él á la progresiva desaparición de sus creencias, sus hábitos y sus hombres, pero á la que su espíritu volvía con amor invencible, con inquebrantable fidelidad, presa de ese sentimiento de desolado abandono dentro del ambiente modificado por las ideas que pasan y se renuevan, que es á las ausencias del tiempo como la nostalgia á las ausencias del espacio.

Por eso en su recuerdo reviven el color y el alma de un glorioso pasado, y se identifica su existencia con la de aquella generación viril y luminosa que, nacida, como primogénita de la libertad, entre el fragor de la epopeya de América, llegó á la vida pública cuando se desplegaban las divisas de los bandos para la lucha de nueve años, y modeló su espíritu en las inspiraciones de la revolución literaria y filosófica de 1830: generación sobre la que ya es posible fijar las vistas serenas de la historia y que deja tendidas sus más nobles personificaciones á lo largo del tiempo, como grupo de bronce que empieza á revestirse, á los ojos de la posteridad, del tono luciente y realzador de la pátina.

Del despertar de las energías de su mente, ansiosa de luz; de los que representaron su pensamiento y su palabra, en días heroicos, data en realidad el abolengo intelectual de nuestro pueblo y el primer

espacio franqueado, dentro de su tumultuosa actividad, para la vida del espíritu.

Faltaban á Montevideo tradiciones propias de cultura. Había dormido en la sombra, oprimida por sus arreos de plaza fuerte, el largo sueño colonial. Había permanecido privada, en el transcurso de las luchas de la independencia, de la supremacía de la acción y del pensamiento con que otras ciudades americanas centralizaban las fuerzas de la Revolución, encauzándolas por el impulso de la propaganda escrita y la tribuna.

Con la presencia de los emigrados de las dos generaciones argentinas que representaban, frente al entronizamiento de la fuerza brutal, la una los recuerdos de la grande época de Rivadavia y los principios de su política civilizadora, y la otra el porvenir, anunciado por los entusiasmos y las iniciativas de 1837, que trazaron en la mente argentina el perfil definitivo de la nacionalidad, coincide de este lado del Plata la aparición del grupo de hombres nuevos á quienes tocaba rasgar, con la germinación inteligente de su espíritu, la áspera corteza de una cultura aun no formada.

No fué Juan Carlos Gómez el primero en anunciar la presencia de su generación en el campo de la actividad literaria ni en el de los cuidados cívicos. Adolfo Berro, levantando, bajo la inspiración de la nueva poesía, el ara de las devociones del sentimiento, y Andrés Lamas, ensayando la pluma del doctrinador y el polemista, para impugnar los preliminares de Alberdi á la exposición de Lerminier, y renovar, con *El Nacional*, el espíritu y las formas del diario, precedieron al poeta adolescente que se acercaba, en 1841, á una tumba prematuramente abierta, y repro-

ducía allí la escena famosa que vincula el recuerdo de la muerte de «Fígaro» á una inmortal revelación.

Sólo aparece la fisonomía del poeta en este primer período de la juventud de Juan Carlos Gómez, que termina con la expatriación en 1843. No le contó en su seno la acción de la Defensa; pero una de las páginas más llenas de interés de la historia literaria y política de su tiempo: la que se refiere á la participación de los desterrados de ambos pueblos del Plata en la vida pública de Chile, sirve de fondo luminoso á la plena manifestación de su personalidad.

La iniciativa de reforma social y de emancipación literaria que parte, como anuncio de una época nueva, del seno de la juventud congregada por el autor de *La Cautiva* bajo los pliegues de la última bandera de Mayo que debía flamear dentro de la capital argentina hasta la caída del régimen brutal que profanó sus colores, fué obligada á continuarse en el destierro y afirmó sus focos de luz en esta margen del Plata y sobre las costas del Pacífico.

Así, la fuerza de expansión y de propaganda que había sido una de las glorias de la revolución política iniciada por la generación anterior é impulsada por ella hasta llevar á latitudes remotas, dilatándose como en el sucesivo desenvolvimiento de las ondas concéntricas que levanta el golpe de la piedra sobre el agua dormida, el brazo de sus héroes y la palabra de sus tribunos, realza también esta iniciativa de renovación de las ideas, que se formula en el programa de la «Asociación de Mayo», vibra en la prensa de Montevideo sus entusiasmos ardorosos y tiene su más alta expresión en las polémicas de Santiago de Chile.

A fines de 1840 atravesaba la Cordillera, después

de ser befado y torturado por la «Mazorca», un prófugo de San Juan, que había llevado allí la voz del patriciado culto y de la juventud inteligente en el movimiento suscitado por la repercusión de la propaganda de Echeverría, y trazaba, en un descanso del camino, bajo las armas de la patria que abandonaba, estas palabras de Fortoul: ON NE TUE POINT LES IDÉES.

Aquel proscripto, cuyo nombre debía en breve fulgurar al pié del *Facundo*, era el mensajero de una emigración que Chile vería pronto afluir á sus ciudades, donde los estremecimientos de la máquina de imprimir anunciaron ruidosamente su presencia; y aquel lema profético iba á tener la confirmación de la realidad en una propaganda de dos lustros, que hizo descender de lo alto de los Andes, sobre el suelo argentino, la voz de protesta de la cultura y la libertad vilipendiadas.

Santiago y Valparaíso reflejan, desde el terror de 1840, las luces proscriptas de su centro por la barbarie vencedora, y al amparo de su hospitalidad se continúa, en las múltiples manifestaciones de la prensa, el libro y la cátedra, la obra en que colaboran el pensamiento de Alberdi, la crítica de López, los panfletos de Frías, la investigación erudita de Juan María Gutiérrez.

Con el anatema incesantemente lanzado sobre la tiranía, comparte la actividad de esta emigración gloriosa la revelación de la nueva idea literaria. El numen del romanticismo llega envuelto en los pliegues de la bandera de Mayo al otro lado de la Cordillera, y lucha allí con la resistencia que personificaba aquel don Andrés Bello, en quien reconoce la cultura de Chile al primero de sus educadores, y cuyo espíritu, abierto á todas las luces del saber y favo-

recido con los dones del entendimiento más difícilmente conciliables, flexible y múltiple como el de un humanista del Renacimiento, era santuario de la tradición intelectual. En el brillante torneo que estas polémicas mantienen luce en todo su brío la gentileza literaria de los jóvenes desterrados que el romanticismo tuvo por justadores; el generoso entusiasmo con que llevaban á aquella lucha puramente ideal todo el ardor de las luchas reales y efectivas. Impulsada por ellos, una cuestión de arte llegó á agitar los espíritus con fuerza de pasión, y una de las sociedades hasta entonces menos espirituales de América fué acaso el escenario más movido que tuvo en el continente la gran querella literaria. La relativa incipiencia de la vida intelectual de aquella sociedad, un tanto encadenada á la tradición de la colonia, un tanto adusta y espartana en sus lineamientos, sirvió de fondo opaco para que se destacase aún más el brillo de esa propaganda, en la que nuestros románticos solían poner cierta arrogancia candorosa, cierta conciencia de su superioridad, que le comunicaba á menudo los aires de un magisterio altanero.

Pero hay todavía otra manifestación de la huella imborrable impresa por los desterrados en la vida del pueblo que les concedió generosa hospitalidad; y es su intervención en la política interna de ese pueblo, aun cuando sólo les era dado llevar á ella el concurso platónico de su palabra, desnuda del influjo vehemente y prestigioso que adquieren las ideas del publicista y el tribuno del relieve de su personalidad en la acción.

Bajo este aspecto, la figura juvenil de Juan Carlos Gómez se destaca quizás como la más activa y

gallarda. Llegado á Chile en las postrimerías del primer gobierno de Bulnes, tomó de manos de Alberdi la redacción de *El Mercurio* de Valparaíso, que era la representación más alta de la prensa, y la mantuvo durante los cinco años del renovado gobierno, ya para estimular la obra de organización que llevaba éste adelante, ya para defender contra él la libertad de imprenta, ó para oponérsele en una campaña electoral que dió por resultado el primer triunfo que se obtuviera sobre el poder en los comicios. Por igual apartado de la demagogia turbulenta y de la oligarquía reaccionaria, sostuvo en Chile la libertad vivificada por el orden, «la política que construye y educa», como la definía y predicaba Sarmiento, y acompañó con su propaganda á preparar la solución que tuvo, en tal sentido, la lucha presidencial de 1851.

Poco después, con el fracaso de la tiranía de Rozas, llega á su término esta brillante participación de nuestros emigrados en la historia literaria y política de uno de los más interesantes períodos de la vida chilena. El renacimiento de la prensa libre y la tribuna reclama en Buenos Aires la presencia de los proscriptos argentinos, al par que un horizonte nuevo parece abrirse, disipada la humareda de la lucha, de este lado del Plata; y Juan Carlos Gómez pasa entonces su pluma de *El Mercurio* á la mano de don Ambrosio Montt, el Aramís de las voluptuosidades de la ironía sutil y refinada, tan singularmente opuesto, en el género de las armas que traía á la panoplia del famoso diario, á aquella inflexibilidad de la palabra y la actitud, á aquella entonación vehemente y amplísima, que dieron contornos al «carácter de Athos», á quien venía á remplazar en el concierto de las inteligencias.

Vuelto á la patria, asume Juan Carlos Gómez la dirección del elemento culto y pensador de uno de los dos partidos que entonces se reorganizaban para proseguir su duelo interminable; vibra su pluma de polemista en las columnas de *El Orden*, y luego en las de *El Nacional*; resuena su palabra en el Congreso de 1853, el más ilustre y representativo que haya cooperado á nuestros ensayos de organización, al par del que reunió en su seno, bajo los auspicios de una nueva paz, veinte años más tarde, á los enviados de otra generación de noble y turbulenta historia; y termina, no sin un pasaje fugaz por las alturas del gobierno, la actividad de su civismo, con la definitiva proscripción que aun se prolonga en el sueño de la muerte.

Incorporado desde entonces á la vida argentina, mantiene, sin embargo, su fidelidad de ciudadano sobre la poderosa tentación de un escenario que le brinda éxitos y honores. Su tribuna es, de nuevo y para siempre, la prensa. El alejamiento de la acción á que le condena el voluntario ostracismo veda otras formas de manifestación á su palabra y no consiente más alto pedestal á su figura; pero en aquel que las condiciones de su vida le depararon y donde las tempestades de medio siglo le vieron descollar sin que flaquearan sus viejos bríos un momento, fijó con rasgos indelebles su parte de representación y de obra. Personifica, en los anales de nuestras democracias del Plata, el periodista, el tribuno del pueblo constantemente identificado con las palpitaciones de su corazón y atento al rumor de sus oleajes; á la manera como personifica Juan María Gutiérrez el hombre de letras, Alberdi el pensador, Sarmiento el estadista. Hubo en la prensa quienes atesoraran más

caudal de doctrina, más honda reflexión, mejor sentido de las oportunidades del presente; pero su palabra se impone sobre todas y llega, como la voz altiva de su época, al recuerdo de la posteridad, por el poder de trasmitir la emoción y el entusiasmo; por la avasalladora energía de la afirmación, que imprime en ella la solemnidad de la del inspirado ó el apóstol; por esa fuerza de la sinceridad que no se remeda, porque es como el aliento del alma condensándose en la palabra del escritor.

Además, todas las turbulencias de la lucha en que la palabra tiende á la acción inmediata y efectiva; todas las huellas que imprime el hábito de la producción precipitada en el cauce áspero é instable de las pasiones del momento, no alcanzaron á empañar en su alma el culto innato de la forma. Su escuela de diarista puede condensarse en las palabras, que él mismo invocaba, de Renán: «Todo es literatura cuando se habla con amor de las cosas buenas, bellas y verdaderas». Llevó la pluma como un cincel destinado á fijar en el alma de la multitud inscripciones é imágenes, y supo mantener constantemente firme ese cincel, sin que los estremecimientos de la pasión enardecida lograsen apartarle de la esbelta limpidez del contorno.

Así campea el señorío de la forma en su postrera campaña de *El Nacional* de 1879, sobre la que se tienden las melancolías de creciente nostalgia; y así se le vió resplandecer en las cartas con que defendió su sueño último, su grande y generosa quimera, en la controversia levantada alrededor del monumento de La Florida: conmovedores arranques de su alma, verdaderos modelos de literatura de polémica, páginas de las más poderosas, más vibrantes, más lle-

nas de fluido nervioso, que hayan brotado, acaso, de la pluma de ningún escritor.

Por este dón del estilo prodigado en la labor ingrata de la prensa, puede representarse en él el espíritu literario sacrificado á la necesidad suprema de la acción y la lucha, en la existencia de sociedades forzosamente inhospitalarias para las manifestaciones desinteresadas del espíritu; así como puede representarse en su faz de ciudadano, dando expresión á sacrificio aun más doloroso, la *injusta inutilidad* frecuentemente prescrita por la desorganización de nuestras democracias á la indomable porfía de la convicción, á los rasgos firmes del carácter, á la inquebrantable tenacidad de la virtud.

Junto á una apreciación más detenida de la varonil personalidad del escritor, habría interés en considerar la suave fisonomía del poeta.

La escuela literaria á que puso sello el autor de *La Cautiva* tuvo un carácter esencialmente relacionado con los heroismos de la época, y modelóse en el concepto, que el mismo Echeverría formuló, de una literatura social y revolucionaria. La poesía cobraba nueva inspiración, después de haber flotado sobre la epopeya de la independencia y consagrado sus victorias, para ser otra vez, en medio de las luchas por la libertad, como la cincelada empuñadura del acero ó como el lampo que arrojaba de sí la misma espada estremecida. Pero la cuerda heroica partió entonces su imperio con las primeras manifestaciones del subjetivismo poético y de la melancolía romántica, y el verso ahondó en la intimidad de la conciencia, al mismo tiempo que continuaba siendo un medio de acción.

No era en Juan Carlos Gómez la naturaleza del

tribuno la que se imponía con superior intensidad á la entonación del poeta. En el silencioso recogimiento de la inspiración tributaria de los ensueños y las lágrimas, que desata el aura del sentimiento individual, libre de la presión niveladora é imperiosa del ambiente colectivo, y no manifestándose este sentimiento en el arranque súbito de la emoción ni con la fuerza que estalla en el sollozo de Musset ó en la imprecación byroniana, sino cuando se ha tendido sobre él el velo de una suave melancolía, y vagan sigilosas las sombras de la meditación ó del recuerdo, era cómo la íntima naturaleza de nuestro poeta desempeñaba su ley, y acertaba con la nota pura, sencilla, la que llega al centro del alma, ya diese voz á las tristezas de la ausencia, ya espaciara el espíritu en los arrobos de la contemplación.

Su poesía refleja así la exquisita suavidad de los sentimientos, que constituía el fondo velado de su personalidad. Nunca entregó á las pasiones de la vida pública sino una parte de su espíritu, y supo guardar constantemente intactas del polvo abrasador de la lucha todas las delicadezas del pensamiento y la sensibilidad, el culto de las cosas íntimas, que constituye el más preciado de esos bienes del alma que el hombre perpetuamente confundido en las tempestades de la acción suele sacrificar á la devoradora intensidad de la idea que le absorbe ó de la pasión que le avasalla.

He de terminar, sobreponiéndome á la atracción de un tema gratísimo; pero no será sin antes insistir acerca de la alta oportunidad con que se autoriza, en este silencio del olvido que parece ser la póstuma condenación de nuestras glorias más puras, toda palabra encaminada á una reparación.

Lucio Vicente López, en una oración universitaria que merece eterno recuerdo, señalaba, hace pocos años, como suprema inspiración regeneradora, en medio del eclipse moral que veía avanzar en el horizonte de América, la obra patriótica de fortalecer, en la mente y el corazón de las generaciones que se levantan, el amor á la contemplación de aquellas épocas en que el carácter, la personalidad nacional de nuestros pueblos y las fuerzas espontáneas de su intelectualidad, vibraban con la energía que hoy les falta (1) y con el sello propio de que les priva el cosmopolitismo enervador que impone su nota á la fisonomía de estos tiempos.

El sentimiento de la tradición, el culto del pasado, es una fuerza insubstituible en la conciencia de los pueblos, y la veneración de las grandes personalidades en que se encarnan sus porfías, sus anhelos, sus glorias, es la forma suprema de ese culto.

Entre nosotros, merecen ser honradas las generaciones que han precedido á las que tienen la representación obscura del presente, no sólo á nombre de aquella solidaridad histórica inquebrantable, sino también por un claro derecho de superioridad. El interés del porvenir se une á la «sagrada voz de la historia»,—siempre vibrante en el corazón de los pueblos que son algo más que muchedumbres,—para exigirnos, cuando se trate de esas generaciones, un homenaje de amor y de justicia, que sea, á la vez, inspiración de fecundas enseñanzas, y nos lleve á familiarizarnos con los ejemplos de su acción y las confidencias de su espíritu.

---

(1) Esto se escribía en 1895.

1895.

La vuelta de Juan Carlos Gómez

DISCURSO PRONUNCIADO EN REPRESENTACIÓN DEL «ATENEO» Y LA PRENSA DE SANTIAGO DE CHILE, EN EL CEMENTERIO DE MONTEVIDEO, AL SER TRAÍDOS Á LA PATRIA LOS RESTOS DE JUAN CARLOS GÓMEZ, EL 8 DE OCTUBRE DE 1905.

Señores :

Hace sesenta años, cuando las sombras de una legendaria tiranía se levantaban á entenebrecer el horizonte de los pueblos del Plata, doblaban las cumbres de la Cordillera, toda vibrante todavía con los ecos triunfales de la epopeya de América, los prófugos y los proscriptos de una generación dispersada en la adolescencia por el trágico naufragio de la libertad.

Templada el alma en precoces pruebas é infortunios; hechos á la costumbre de lo grande y de lo heroico, como arrullados que fueron en la cuna por el estruendo de las armas emancipadoras; llenos de las inspiraciones del entusiasmo generoso que caldeaba entonces las corrientes del mundo en la más espléndida resurrección de idealidad y de arte que haya exaltado la mente humana desde los tiempos del Renacimiento, aquellos emigrados llevaban consigo á Santiago y Valparaíso, esa singular virtud de casi todas las emigraciones históricas, que, como si acrisolasen las almas por el desamparo y el dolor, infunden en ellas dobles bríos, así para el pensamiento como para la acción.

Junto á Mitre, á Sarmiento, á Juan María Gutiérrez, á Alberdi, á López, iba también en aquella luminosa pléyade,—que encontraría allí, para contender en los torneos de la inteligencia, rivales de la talla de Bello y de Lastarria, de Bilbao y de Montt—un hijo de Montevideo, salido de las filas de la juventud que desplegaba entonces, tímidamente, las primeras fuerzas de nuestra embrionaria intelectualidad. Este joven de veinte años era Juan Carlos Gómez, y acaso era el primer ciudadano de su país que llevaba á extrañas tierras, para que irradiasen fuera del horizonte del terruño, las luces de su espíritu.

De cómo irradiaron estas luces; de cómo se destacó gallarda la figura del escritor de Montevideo, desde que tomó de manos de Alberdi la pluma de *El Mercurio*, habla, señores, la ondulación de simpatía que, cruzando los Andes, viene á incorporar al homenaje que nos congrega los recuerdos y los saludos de un pueblo.

Interpretando esta adhesión, he de hablaros de Juan Carlos Gómez. Yo no puedo traer su nombre á mis labios, representarme su personalidad subyugadora, sin que vea surgir simultáneamente con ella y ordenarse á su alrededor, á la manera de un imponente fresco histórico, un espectáculo en que se resume la febril y dramática actividad de una generación que nació destinada colectivamente á la gloria. Toda una época me parece que despierta hoy y se reanima en presencia de este cadáver venerando, como por una evocación que transfigurase de súbito nuestro ambiente amortecido, llenándole de resplandores, músicas y aromas; toda una época, con sus ideas y sus pasiones, sus rudezas y sus ensueños, sus heroi-

cidades y sus martirios. Y es que nadie tiene, respecto del alma de sus contemporáneos, más nitidez y fuerza representativas que Juan Carlos Gómez. De nadie con tal verdad puede decirse que quedó fiel, hasta morir, á los númenes de su juventud. Así, la tristeza nostálgica de sus últimos años no era sólo la del expatriado, sino también la del que se siente fuera de una época con la que se identificó absolutamente en espíritu. Medio siglo ha pasado ya desde que Juan Carlos Gómez partía para el destierro que debía prolongarse hasta después de la tumba. Si volviese á la vida, vería cómo el vertiginoso movimiento que impulsa hacia adelante los hombres y las cosas, ha renovado la fisonomía moral y material de su pueblo, partícipe de las transformaciones del mundo. No es ya Montevideo la ciudad humilde, ceñida por los arreos de su guerrear interminable, que él dejara al partir. En vano sus ojos buscarían aquel viejo «Fuerte de Gobierno», que él recordaba una vez, en su apenada ancianidad, con las melancolías y ternuras del proscripto; el viejo Fuerte, que los hombres de mi generación no hemos alcanzado á conocer, y entre cuyos muros de piedra se asentó el sillón presidencial de don Joaquín Suárez y se dió la norma de tanto valor y abnegación sublime. En la esfera de las ideas, si descendiera al fondo de nuestro espíritu, no se sentiría, ciertamente, menos desorientado. Derruídas ó desiertas hallaría las aras de sus dioses. Esta selva que entretejen las almas se ha deshojado y ha brotado, desde su tiempo, muchas veces. Sólo como el son de una armonía lejana percibimos ya los ecos de aquella fulgurante revolución de las ideas que, en el primer tercio del pasado siglo, hechizó al pensamiento humano. Otra es hoy

nuestra filosofía, otra nuestra literatura, otra nuestra concepción de infinitas cosas; otros son nuestros mentores y nuestros libros.

Pero lo que perpetúa, al través de tantos cambios, la oportunidad de homenajes como éste; lo que preserva en el tiempo la continuidad solidaria de las generaciones; lo que debe decirse, para honor de esta civilización cristiana, que mantiene, por encima de las mudanzas y los siglos, la enseña capitana del mundo, es que todas las escuelas, todos los criterios, todas las doctrinas, que con predominante y duradero influjo se han sucedido en su seno, arriban en definitiva á una misma conclusión, cuando se trata de fijar merecimientos y sanciones, y se transmiten la misma insustituíble consigna: sólo la voluntad que realiza el bien es sólido fundamento de gloria; sólo de la inteligencia, y nunca de la fuerza brutal, irradia luz y vida; sólo los hombres que han sido virtud, carácter, inteligencia, merecen el homenaje de los pueblos y el recuerdo de la posteridad!

Esas tres superioridades eternas: inteligencia, carácter y virtud, honramos en la apoteosis que hoy nos reune. Sobre esa base triangular no hay pedestal de estatua que no resista á todas las fuerzas de la tierra! No ignoráis, señores, cómo, á pesar de ello, se ha discutido y se ha negado la razón de esta apoteosis. Quien tantas tempestades desató en vida, no podía incorporarse sobre su lecho de muerte sin provocar una vez más la tempestad. Entre tanto, hemos oído la palabra de los acusadores, y no sólo la declaramos vana é irreverente, sino contradictoria de imprescriptibles fueros de la conciencia humana. Jamás, jamás, en un pueblo libre, la profesión sincera de un modo personal de concebir la

grandeza, el porvenir, los destinos de la patria, puede justificar el ostracismo, ni el anatema, ni el olvido de los más altos títulos y las más legítimas superioridades que enaltezcan á los hombres. El fecundo amor patrio es el que exige del ciudadano, no el sacrificio de la libre profesión de su pensamiento, en cuanto á las conveniencias é intereses del patrimonio común, sino la sinceridad del amor, y el desinterés con que esa sinceridad se abona, y el cumplimiento del cívico deber. Toda otra concepción del amor patrio no será sino estrecho é irracional fetichismo.

Nuestro pueblo ha purgado su historia de leyendas falaces; hemos reivindicado memorias gloriosas que obscureciera el fallo ajeno, y los altares del culto nacional están puestos sobre granito. Quien siga el desenvolvimiento de esa empresa de reivindicación, encontrará muy á menudo opuestos á sus reparadoras conclusiones los juicios históricos del escritor á quien hoy se glorifica. Pues bien: es cierto que Juan Carlos Gómez fulminó á personalidades á quienes el pueblo oriental ha decretado estatuas; pero no es menos cierto que Juan Carlos Gómez tendrá estatuas sobre el suelo oriental; y cuando el execrador y los execrados se confunden en la fraternidad sublime de la gloria, nadie tiene derecho de recordar las impiedades que les separaron en vida. Ni el uno ni los otros son ya míseras criaturas humanas, sino estatuas que perduran sobre el paso de las generaciones; y las estatuas, señores, no se odian entre sí, los mármoles y los bronces no se odian: en su serenidad olímpica, levantados sobre el nivel vulgar de los hombres, se miran y se comprenden!

Una concepción unilateral, y por lo tanto, falsa,

de los hechos históricos, propagó un tiempo, en el Río de la Plata, que la obra de los grandes caudillos y la obra de los pensadores y organizadores civiles eran antinómicas é inconciliables. Del punto de vista de una de ellas, se condenaba inexorablemente á la otra. Pero si en la perspectiva engañosa, ó mejor, en la ausencia de perspectiva de los contemporáneos, no era posible hallar la oculta armonía que relacionaba para el porvenir aquellas fuerzas contrapuestas,—y por igual necesarias,—de nuestro génesis,—en las rememoraciones glorificadoras de la posteridad hay cabida para el esfuerzo heroico del caudillo y para la labor austera del pensador. Y si la desconfianza, y el odio acaso, los separó mientras vivían, pacifiquémoslos y reconciliémoslos en la muerte; para que así como la misma tierra los abraza y el mismo cielo extiende sobre ellos la bendición de su serenidad infinita, la misma gratitud los arraigue en el recuerdo de las generaciones y el mismo culto los levante sobre las aras de la inmortalidad. Ésta es la filosofía del amor aplicada á la crítica de las cosas humanas, que es, en suma, también, la filosofía de la equidad y la verdad; y cuando en cercanos pueblos ella ha triunfado definitivamente sobre la inercia de los odios; cuando los patricios de Buenos Aires y los caudillos de las épicas *montoneras* se han reconciliado para el historiador en la armoniosa síntesis de la revolución de Mayo, bien podemos nosotros, al formar el trofeo de la patria, en esta hora de las póstumas justicias, bien podemos nosotros cruzar, en el trofeo de la patria, con la espada de Las Piedras y con la espada del Rincón, la pluma gloriosa de Juan Carlos Gómez!

Un día, la Convención francesa mandó que fue-

ran quitados del Panteón Nacional los restos mortales de Mirabeau. Pasado cierto tiempo, dispuso que esos restos volvieran á ocupar su lugar entre los de los grandes hombres de Francia. Y Michelet, comentando estos dos actos, aparentemente contradictorios, declara que, si justa fué la Convención cuando expulsó de su pedestal de gloria al coloso de la tribuna, en castigo de las culpas que le imputaba, aun fué más justa cuando ordenó reponerle, porque aquella proscripción transitoria bastaba para sanción penal de tales culpas, y cumplida la severa condena, el varón preclaro debía levantarse de nuevo y para siempre en los altares de la patria agradecida. Yo me atrevo á afirmar que, si en el alma de los detractores de Juan Carlos Gómez hay un fondo de piedad histórica, de esa piedad histórica, señores, sin la cual los juicios de la posteridad no serían más que una lapidación insensata de las generaciones muertas por las generaciones vivas, ellos han de convenir alguna vez, por mucho que agiganten los que consideran sus desvaríos y que deformen las que llaman sus crueldades,—ya que nadie ha podido enterarnos de sus culpas,—ellos han de convenir alguna vez en que sus treinta años de destierro y abandono, no figurado, como el de Mirabeau, sino real y rebosante de amargura, son suficiente pena para que, desarmados ya todos los odios, creamos llegada la hora de traerle á reposar en el panteón de nuestros muertos ilustres!

Hay, por otra parte, un deber de reparación que nos obliga, con doble imperio, á la glorificación de nuestros hombres de pensamiento y de carácter civil. Ellos—aun más que nuestros hombres de guerra, —padecen hambre y sed de justicia! Porque el hé-

roe de la acción, el caudillo de alta talla, el gran conductor de multitudes, si bien pudo merecer á veces campo más amplio para su intrepidez y su heroísmo, mayores empresas que aquellas que le deparó la condición del medio social y de la época en que tocóle actuar; si pudo ser que encontrase estrecho ante su mirada el horizonte, mezquino el pedestal bajo su planta, tuvo á lo menos la compensación del valor y la obediencia de la muchedumbre; la compensación de la actividad entusiasta, febril; del triunfo ruidoso; del perfume de gloria aspirado entre el olor de la pólvora y los vahos de la sangre; la compensación del que se siente comprendido, estimulado, seguido, identificado con ese corazón gigante del pueblo, cuyo ritmo resuena en los vítores de la plaza pública y en el estrépito marcial de las batallas. Pero los hombres de pensamiento, señores, en aquellos tiempos rudos y apenas suficientes para la acción instintiva y tumultuosa, ¡cuántas veces hubieron de experimentar las angustias del inadaptado y el incomprendido!... Teniendo fuerzas con que dominar desde las altas cumbres adonde converge la atención humana, sintieron sofocado su vuelo por la atmósfera estrecha de democracias semialdeanas, mal educadas y enfermizas; mereciendo el séquito alentador y el coro inteligente, vieron con frecuencia naufragar su palabra, cuando no en las sirtes del desconocimiento sañudo, en la desolación de la indiferencia silenciosa; palparon el desvalimento de la idea inerme frente á la pasión desenfrenada; pasaron por todas las torturas de la soledad moral, de la asfixia, del desequilibrio entre la superioridad personal y la insuficiencia del ambiente; y por eso, señores, por lo que sufrieron, por lo que su tiempo les fué ingrato,

la posteridad vindicadora debe traer al homenaje que tribute á estos hombres doble suma de amor, doble suma de piedad; y por eso venimos á esta apoteosis con el corazón conmovido, aquellos que, por sobre la admiración de glorias menos puras, profesamos el culto y la fe del pensamiento.

Nadie como Juan Carlos Gómez personifica en nuestro pasado ese destino doloroso é injusto: en parte, por el estoicismo abstinente en que le enclaustró, desde antes de la madurez, una filosofía política más generosa que ceñida á las realidades del mundo; pero en mayor parte, ciertamente, por la cruel fatalidad de las cosas. Pudo ser el jefe civil de un gran partido, y apenas si fué, primero, su timonel precario é infortunado, en raras horas de borrasca, y luego, desde lejos, su tribuno sin acción, su amonestador, y casi su heterodoxo. Pudo ser un gran escritor, dotado de todas las seducciones y todos los prestigios con que la palabra que maneja el arte burila sentimientos é ideas en el corazón y el pensamiento de los hombres; y lo fué, sin duda, pero de la manera esbozada y fragmentaria como cabe serlo en la vertiginosa improvisación del diarismo. Pudo gobernar; levantar sus ideas, de la tribuna al Capitolio; gozar la satisfacción legítima del encumbramiento anhelado para hacer el bien y dejar obra memorable; y se inmoló, con abnegación antigua, en voluntario destierro, hasta morir semi-olvidado y pobre, procurando en la labor obscura de una cátedra el pan escaso de sus últimos días, pero aferrado con fidelidad inquebrantable al amor del suelo natal, á pesar de los triunfos y los honores con que brindaba á sus dotes eminentes la escena cívica de un grande y próspero pueblo.

Personificó, por la feliz armonía de sus dotes, su propio ideal de democracia culta, no reñida, sino connaturalizada con el orden y la selección. En nuestra historia, no hallo figura que con tal brillo represente al *gentilhombre*, al patricio, de una sociedad republicana. Porque él lo tuvo todo: el pensamiento penetrante y la palabra que lo esculpe en forma que no perece; el corazón generoso y la voluntad que convierte sus palpitaciones en impulsos eficaces y enérgicos; la austeridad estoica y la delicadeza exquisita; el favor de las gracias y las armas del combate: soberbio ejemplar de superioridad humana, que, en escenario más vasto, hubiera dejado esculpida su figura en el mármol que contemplan con arrobamiento las naciones y los tiempos.

Aun para aquellos que no acierten á ver la superioridad del hombre de acción y del político, siempre se destacará avasalladora la faz del escritor. Su palabra de fuego es de las que parecen capaces de conmover y entusiasmar á los mismos contra quienes van dirigidas. Yo no conozco publicista del Río de la Plata que haya tenido en más alto grado que Juan Carlos Gómez la unción del inspirado, del apóstol. Todo lo que salía de su pluma venía envuelto en ese poder magnético que se impone instantáneamente y por medios superiores á los de la reflexión y el análisis; que subyuga, más que convence; que arrebata, más que adoctrina. Lo que en otros es convicción, en él era fe; lo que en otros es raciocinio, en él era inspiración; lo que en otros es faena de crítico, en él era fervor de iluminado. Nadie más distante de aquella serenidad reflexiva, y aquella igualdad de ánimo, y aquella expresión sobria y desnuda, que caracterizaron á Florencio Varela, su precursor en la propaganda de

la libertad. La polémica era el campo donde se agigantaba. En cuanto polemista, sólo Sarmiento, entre los escritores que fueron sus conmilitones ó sus enemigos, podría disputarle el primer puesto. Pero en Sarmiento la fuerza rara vez se armoniza con la gracia y la medida escultural. Hay algo de abrupto, de desproporcionado, de inarmónico, en la formidable clava de ese Hércules debelador de monstruos y tiranos. En Juan Carlos Gómez, el golpe, no menos irresistible y certero, guarda constantemente el ritmo de la elegancia gladiatoria. Así como, ni aun en la mayores vehemencias de su alma apasionada, pierde el sentido de una caballeresca dignidad, así, aun en el ímpetu de la contradicción y el encarnizamiento de la lucha, mantiene la nota escogida del buen gusto. Y cuando exhumamos sus escritos, por entre aquello que el tiempo ha inevitablemente marchitado, nos sorprenden á menudo un pensamiento, una imagen, una frase, de inolvidable y escultórica belleza, como en las despedazadas ruinas atrae tal vez la mirada del viajero una columna trunca ó el torso divino de una estátua.

Tal fué el escritor; tal fué el luchador; tal fué el apóstol.

Señores: Alta es la idea de la patria; pero en los pueblos de la América latina, en esta viva armonía de naciones vinculadas por todos los lazos de la tradición, de la raza, de las instituciones, del idioma, como nunca las presentó juntas y abarcando tan vasto espacio la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo aún más alto que la idea de la patria, y es la idea de la América: la idea de la América, concebida como una grande é imperecedera unidad, como una excelsa y máxima patria, con sus

héroes, sus educadores, sus tribunos; desde el golfo de Méjico hasta los hielos sempiternos del Sur.

Ni Sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo, son los escritores de una ú otra parte de América, sino los ciudadanos de la intelectualidad americana.

Significando, pues, esa íntima solidaridad, por la cual lo que enaltece y honra á alguno de nuestros pueblos los honra y enaltece á todos; significando también el afecto y la gratitud que perpetúan en la memoria de Chile los esfuerzos con que el proscripto de Montevideo contribuyó, desde su cátedra de *El Mercurio*, á dilucidar los problemas de la organización de aquella culta y poderosa República, que hoy se levanta tan alto en la civilización y la riqueza del Continente, yo, honrado con la representación de la prensa y el Ateneo de Santiago, dejo las flores que me envían para la tumba de Juan Carlos Gómez.

RUMBOS NUEVOS

CON MOTIVO DE LA PUBLICACIÓN DE «IDOLA FORI», DE CARLOS ARTURO TORRES.

El fanático y el escéptico, personificaciones de dos puntos extremos, entre los que oscila con inseguro ritmo la razón humana, son caracteres que presentan notas peculiares de superioridad y de desmerecimiento, de alteza y de ruindad. Caben en el fanático el prestigio avasallador del entusiasmo, la sublime capacidad de crear y aniquilar, de idolatrar y maldecir; la grandeza de la acción heroica; la suprema abnegación del martirio. Tiene, en cambio, la estrechez de juicio y sentimiento; la ceguera para cuanto no sea el punto único á que, con fatal impulso, gravita; la incomprensión, la inflexibilidad, la brutalidad. Caben en el escéptico superior la amplitud alta y generosa; la benevolencia fácil; el sentido de lo relativo y transitorio de toda fórmula de la verdad; la cultura varia y renovable; la gracia y movilidad del pensamiento. Deslúcenle, como reverso de estos dones, la ineptitud para la acción; la fría esterilidad de la duda; la limitación y pobreza de lo que exige de la realidad; la influencia enervadora y corrosiva. Entre estos dos tipos opuestos, y en su perfecta realización, extraordinarios, halla su posición y carácter el espíritu de la mayoría de los hombres que, de

uno ú otro modo, se interesan por las ideas; aproximándose á un extremo ó al otro, pero guardando casi siempre la correlación de superioridades y defectos propios de la naturaleza del tipo á que respectivamente se aproximan, y dejando graduar la intensidad con que adolecen de los defectos por la proporción en que participan de las superioridades. Cuanta más energía de convicción, menos virtud de tolerancia; cuanta mayor disposición de hacer, menor profundidad de pensar; cuanta más sutil inteligencia crítica, menos dinámico y comunicativo poder de sentimiento.

¿Es ésta, sin embargo, ley fatal é inflexible? ¿No pueden conciliarse, en un plano superior, las excelencias de ambos caracteres y determinar uno nuevo y más alto?.. Yo creo que sí. Yo creo que es posible, no sólo construir idealmente, sino también, aunque por raro caso, señalar en la realidad de la vida, una estructura de espíritu en que la más eficaz capacidad de entusiasmo vaya unida al don de una tolerancia generosa; en que la perseverante consagración á un ideal afirmativo y constructivo se abrace con la facultad inexhausta de modificarlo por la propia sincera reflexión y por las luces de la enseñanza agena, y de adaptarlo á nuevos tiempos ó á nuevas circunstancias; en que el enamorado sentimiento del propio ideal y de la propia fe no sea obstáculo para que se reconozca con sinceridad, y aún con simpatía, la virtualidad de belleza y amor de la fe extraña y los ideales agenos; en que la clara percepción de los límites de la verdad que se confiesa no reste fuerzas para servirla con abnegación y con brío, y en que el anhelo ferviente por ver encarnada cierta concepción de la justicia y del derecho parta su campo con

un seguro y cauteloso sentido de las oportunidades y condiciones de la realidad.

Éste es, sin duda, el más alto grado de perfección á que pueda llegarse en la obra de formar y emancipar la propia personalidad, bajo la doble relación de la inteligencia y del carácter. Demás está decir que si el fanático y el escéptico puros, en el sentido de la pureza ó simplicidad psicológicas, son tipos de excepción, aun lo es más este tipo en que se resuelve la oposición de aquellos otros, no por neutralizado y vulgar término medio, sino por participación activa y fecunda de las superioridades y capacidades de entrambos. No sólo es extraordinaria esta superior manera de ser, sino que, á diferencia de aquellas de que la deslindamos, escapa casi siempre á la comprensión y aplauso del vulgo. La mayoría del vulgo compónese de los *semifanáticos* y los *semiescépticos*, y cada una de estas especies desmedradas y borrosas siente la sugestión magnética del tipo que realiza, con plenitud eficaz, los caracteres que sólo en parte y sin eficacia tiene ella. A los semifanáticos les subyuga la bárbara energía del fanatismo personificado en un carácter uno, enterizo y presa de ímpetu ciego; á los escépticos á medias les fascina aquel como prestigio diabólico que nace, en el pleno escepticismo, de la resistencia invariable de la duda y del alarde impávido de la ironía. No queda séquito, ó queda muy limitado, para el espíritu de libertad y selección, que afirma y niega, obra y se abstiene, con racional medida de cada una de sus determinaciones. Pero si su acción sobre el mayor número no es inmediata ni violenta, ni asume las formas triunfales del proselitismo, su influencia en esferas superiores á la vulgaridad es la única de que nace positivo progreso

en las ideas y la que, en definitiva, fija el ritmo que prevalece sobre los desacordes impulsos de esas distintas ordenaciones del rebaño humano que llamamos escuelas, sectas y partidos.

Creo que se acertaría con una de las notas fundamentales del libro que me da ocasión para este estudio, si se dijera que es un poderoso esfuerzo en el sentido de propagar ese tipo superior de carácter que he procurado definir; y lo es porque la personalidad misma del autor, tal como se estampa, con enérgico sello de verdad, en sus páginas, realiza en sí dicho tipo, por natural disposición, y también, sin duda, por perseverante disciplina propia, y es uno de los más perfectos ejemplares de él que conozco dentro del actual pensamiento hispanoamericano.

Quien siga con atención el movimiento de ideas que orienta y rige, en el presente, la producción intelectual de la América Española, percibirá, en parte de esa producción por lo menos, ciertos rasgos característicos que parecen converger á una obra de conciliación, de armonía; de síntesis de enseñanzas adquiridas y adelantos realizados, con viejos sentimientos que recobran su imperio é ideas generales que reaparecen, con nueva luz, tras prolongado eclipse. Uno de estos sentimientos é ideas es la idea y el sentimiento de la raza. Aquel género de amor propio colectivo que, como el amor de patria en la comunidad de la tierra, toma su fundamento en la comunidad del origen, de la casta, del abolengo histórico, y que, como el mismo amor patrio, es natural instinto y eficaz y noble energía, pasó durante largo tiempo, en los pueblos hispanoamericanos, por un profundo abatimiento. Los agravios de la lucha por la emancipación y el dolorido recuerdo de las limi-

taciones y ruindades de la educación colonial, movieron en la conciencia de las primeras generaciones de la América independiente un impulso de desvío respecto de todo sentimiento de tradición y de raza. Parecía buscarse una absoluta desvinculación con el pasado y pretenderse que, con la independencia, surgiese de improviso una nueva personalidad colectiva, sin el lazo de continuidad que mantienen, á traves de todo proceso de regeneración ó reforma personal, la memoria y el fondo del carácter. En su impaciente y generoso anhelo por agregar el espíritu de estas sociedades al movimiento progresivo del mundo, recuperando el camino que perdieran á la zaga de la retrasada metrópoli, aquellas generaciones creyeron que para emanciparse de los vínculos de la naturaleza y de la historia que estorbaban á la inmediata ejecución de tal anhelo, bastaba con desconocerlos y repudiarlos: ilusión comparable á la del que imaginara evitar al enemigo volviéndole la espalda para no verle. Este fundamental error privó de firmeza á la obra constructiva de aquellas colectividades de héroes, demasiado grandes é inspiradas en la guerra para que sea justo hacerles cargo de que no fuesen más sabias y cautas en la paz. Convirtieron en escisión violenta, que había de parar en forzosa desorientación y zozobra, lo que pudo ser tránsito ordenado, tenaz adaptación, enlace armonioso. Aun después que los rencores de la guerra se disiparon y que el instinto de simpatía por el propio linaje y por los hechos de los mayores recobró en parte sus fueros, esta reconciliación se manifestó mucho más por protestas elocuentes y jaculatorias líricas que como inspiración de una labor encaminada á restablecer la unidad interna de la historia. Los partidos liberales,

sucesores directos del espíritu de la Independencia en cuanto obra de fundación social y política, persistieron en el yerro original de tomar de afuera ideas y modelos sin tener más que olvido ó condenación para un pasado del que no era posible prescindir, porque estaba vivo, con la radical vitalidad de la naturaleza heredada y la costumbre. Los partidos conservadores se adhirieron á la tradición y á la herencia española, tomándolas, no como cimiento ni punto de partida, sino como fin y morada; con lo que, confirmándolas en su estrechez, las sustrajeron al progresivo impulso de la vida y cooperaron á su descrédito. En aquellas partes de Hispano-América donde una continua y populosa inmigración, procedente de distintos pueblos de Europa, acumuló en poco tiempo, sobre el fondo nativo, elementos extraños bastantes para sobreponerse á la fuerza asimiladora de una personalidad nacional que no se sostuviese con gran brío, fué éste un nuevo factor que conspiró á nublar la conciencia de la raza propia; y ninguna enérgica acción social, ningún plan orgánico de gobierno, acudieron á levantar, por cima del aluvión cosmopolita, el principio de unidad que hubieran dado de sí los sentimientos de la tradición y de la raza, celosamente estimulados con los mil medios de educación y propaganda que el Estado es capaz de desenvolver.

Pero no hubo sólo desviación relativa á las tradiciones de raza, tomando ésta en su directo y más concreto sentido de la nación colonizadora. Momento llegó en que el desapego tendió á más, si no en la conciencia del pueblo, en la de las clases directivas y cultas. Por influjo de corrientes de filosofía histórica que tuvieron universalmente su auge y que convirtieron

en desalentado pesimismo de raza la impresión de decaimientos y derrotas que coincidían con el encumbramiento intelectual, económico y político de pueblos á quienes parecía trasmitirse por tal modo la hegemonía de la civilización, la desconfianza hacia lo castizo y heredado de España se extendió á la grande unidad étnica é histórica de los pueblos *latinos*, cuya capacidad se juzgó herida de irremediable decadencia, y cuyo ejemplo y cuya norma, en todo orden de actividad, se tuvo por necesario desechar y sustituir, para salvar de la fatal condena que virtualmente entrañaban. No creo engañarme si afirmo que éste era, aun no hace muchos años, el criterio que prevalecía entre los hombres de pensamiento y de gobierno, en las naciones de la América latina; el criterio ortodoxo en universidades, parlamentos y ateneos: la superioridad absoluta del modelo anglosajón, así en materia de enseñanza, como de instituciones, como de aptitud para cualquier género de obra provechosa y útil, y la necesidad de inspirar la propia vida en la contemplación de ese arquetipo, á fin de aproximársele, mediante leyes, planes de educación, viajes y lecturas, y otros instrumentos de imitación social. Los Estados Unidos de Norte America aprecian como viviente encarnación del arquetipo; como la imagen en que tomaba forma sensible la idea soberana. Absurdo sería, desde luego, negar, ni la grandeza extraordinaria de este modelo real, ni las positivas ventajas y excelencias del modelo ideal: el genio de la raza que en aquel pueblo culmina; ni siquiera lo que de practicable y de fecundo había en el propósito de aprender las lecciones de su bien recompensado saber y seguir los ejemplos de su voluntad victoriosa. Pero el radical desacierto consistía, no tanto en la excesiva y candorosa idea-

lización, ni en el ciego culto, que se tributaba por fe, por rendimiento de hipnotizado, más que por sereno y reflexivo examen y prolija eleccion,—como en la vanidad de pensar que estas imitaciones absolutas, de pueblo á pueblo, de raza á raza, son cosa que cabe en lo natural y posible; que la estructura de espíritu de cada una de esas colectividades humanas no supone ciertos lineamientos y caracteres esenciales, á los que han de ajustarse las formas orgánicas de su cultura y de su vida política, de modo que lo que es eficaz y oportuno en una parte no lo es acaso en otras; que pueden emularse disposiciones heredadas y costumbres seculares, con planes y leyes; y finalmente, que, aun siendo esto realizable, no habría abdicación ilícita, mortal renunciamiento, en desprenderse de la personalidad original y autónoma, dueña siempre de reformarse pero no de descaracterizarse, para embeber y desvanecer el propio espíritu en el espíritu ageno.

Me he detenido, tal vez con demasía, á recordar estas tendencias divergentes del sentido de la tradición y la raza, á fin de que aparezca el carácter de reacción que tienen sentimientos é ideas dominantes ya, y que suben con creciente impulso, en la vida intelectual de la América Española. Diríase que del misterioso fondo sin conciencia donde se retraen y aguardan las cosas adormidas que parecen haber pasado para siempre en el alma de los hombres y los pueblos, se levantan, á un conjuro, las voces ancestrales, los reclamos de la tradición, los alardes del orgullo de linaje, y preludian y conciertan un canto de *alborada*. Muchos son los libros hispanoamericanos de estos últimos tiempos en que podrían señalarse las huellas de ese despertar de la conciencia

de la raza; no vinculada ya á una escuela de estrecha conservación en lo político y de pensar cautivo y receloso, sino abierta á todos los anhelos de libertad y á todas las capacidades de adelanto; henchida de espíritu moderno, de amplitud humana, de simpatía universal; como gallarda manifestación característica de pueblos que aspiran á estampar su personalidad, diferenciada y constante, en la extensión continental cuya mitad ocupan y en el inmenso porvenir donde hallarán la plenitud de sus destinos, y que buscan para ello sentar el pié en el pasado histórico donde están las raíces de su ser y los blasones de su civilización heredada. Ni es sólo en una vaga idealidad cómo da muestra de sí este sentimiento. Cuestiones sociales y políticas se consideran por su incentivo y á su luz; y así, en reciente y notable libro, *La Restauración nacionalista*, Ricardo Rojas, argentino, refiere el problema de la educación á la necesidad de mantener los vínculos tradicionales, y lo estudia en la particularidad de la enseñanza de la historia, medio eficacísimo de simpatía y comunión en el culto de la patria.

Pues bien: *Idola Fori* se relaciona, en mi sentir, por su más íntima tendencia, con ese movimiento de *restauración*, si usamos la palabra del autor argentino, y es como la expresión generosa del sentido político que debe adquirir tal movimiento, manifestándose en el espíritu y la obra de los partidos liberales. Porque el mensaje que sus páginas llevan es mensaje de conciliación, de armonía, de evolución racional y orgánica, tan agena de yertas inmovilidades como de vanos desasosiegos; de serenidad encumbrada sobre «los fanatismos de la tradición y los fanatismos de la revolución»; y quien quisiera reducir

estas fórmulas á una, la hallaría en el mandamiento de enlazar los impulsos de reforma, que modelan lo porvenir, con el respeto del pasado, en su persistente unidad característica. Conjuraremos los ídolos del Foro; lograremos, según las palabras de Torres, «el equilibrio hermoso y estable que resulta de las mútuas concesiones de los asociados», si cuidamos de adecuar las cosas nuevas que proponemos y adquirimos, á la realidad de nuestra vida y nuestra historia, edificando sobre el propio solar y sembrando en el propio terrón. Y así lo entiende y declara, en no pocos pasajes de su libro, el escritor colombiano. Contra el vulgar sentir de que la relación de lo pasado á lo presente es, por esencia, oposición y discordia, levanta, con Kidd, el principio de su solidaridad y continuidad indestructibles; y contra el concepto biológico que sólo ve en la evolución las desviaciones del tipo originario, reivindica, con Quintón, la ley de fijeza, constancia y unidad «que rige la intimidad del fenómeno vital, inmutable en su esencia, mudable en su estructura.» Realza la sagrada eternidad de la idea de la patria, como «vinculación ideal de tradición, sentimientos y aspiraciones»; y en el sintético y hermoso capítulo final *Hacia el futuro*, encarece el valor del tesoro que aportan al presente «con sus acopios fisiológicos, la herencia; con sus acopios morales, la tradición», representando la armonía perenne que integran las generaciones humanas por las tres mujeres que, en el bajorrelieve de Frémieux, tripulantes de la misma barca, mira la una con aire melancólico á la playa que dejaron; sondea la otra, con impaciente anhelo, la opuesta lejanía, y rige la tercera, en medio de las dos, con firme y sereno pulso, los remos que las llevan adelante.

Otro de los rasgos fisonómicos del pensamiento hispanoamericano, en el momento presente, es la vigorosa manifestación del sentido idealista de la vida; la frecuente presencia, en lo que se piensa y escribe, de fines espirituales; el interés consagrado á la faz no material ni utilitaria de la civilización. Corresponde esta nota de nuestra vida mental al fondo común de sentimientos é ideas por que nuestro tiempo se caracteriza en el mundo. No cabe dudar de que las más interesantes, enérgicas y originales direcciones del espíritu contemporáneo, en su labor de verdad y de belleza, convergen dentro de un carácter de idealismo, que progresivamente se define y propaga. Así lo reconoce, en más de una ocasión, el escritor colombiano; ya refiriéndose, al empezar, á la «sutil esencia de idealismo» que se evapora del conjunto de la actividad filosófica y científica de nuestra época, ya finalizando con la afirmación de la existencia de un «renacimiento idealista» que aspira á producir una «superior conciencia de la humanidad», como resultado de una múltiple corriente de revaluación de valores intelectuales y morales.

Si retrocedemos á señalar el punto de donde esta universal revolución del pensamiento toma su impulso, en parte como reacción, en parte como ampliación, lo hallaremos en las postreras manifestaciones de la tendencia netamente positivista que ejerció el imperio de las ideas, desde que comenzaba hasta que se acercaba á su término la segunda mitad del pasado siglo. Expone Taine que cuando, en determinado momento de la historia, surge una «forma de espíritu original», esta forma produce, encadenadamente y por su radical virtud, «una filosofía, una literatura, un arte, una ciencia», y agreguemos nosotros, una concepción de

la vida práctica, una moral de hecho, una educación, una política. El positivismo del siglo XIX tuvo esa multiforme y sistemática reencarnación; y así como en el orden de la ciencia condujo á corroborar y extender el método experimental, y en literatura y arte llevó al realismo naturalista, así, en lo que respecta á la realidad política y social, tendió á entronizar el criterio utilitario, la subordinación de todo propósito y actividad al único ó supremo objetivo del interés común. La oportunidad histórica con que tal «forma original de espíritu» se manifestaba, es evidente; ya en el terreno de la pura filosofía, donde vino á abatir idealismos agotados y estériles; ya en el de la imaginación artística, á la cual libertó, después de la orgía de los románticos, de fantasmas y quimeras; ya, finalmente, en el de la práctica y la acción, á las que trajo un contacto más íntimo con la realidad, contribuyendo, por ejemplo, á vencer el espacio que en Francia separa la vana agitación de la segunda República, de la sabia firmeza del oportunismo republicano que llegaba al poder confesándose, por labios de Gambetta, «dúctil y desinteresado servidor del positivismo».

Es indudable, además, que si el espíritu positivista se saborea en las fuentes, en las cumbres, un Comte ó un Spencer, un Taine ó un Renán, la soberana calidad del pensamiento y la alteza constante del punto de mira infunden un sentimiento de estoica idealidad, exaltador, y en ningún caso depresivo, de las más nobles facultades y las más altas aspiraciones. Pero sin detenernos á considerar de qué manera y en qué grado pudo el positivismo degenerar ó estrecharse en la conciencia europea, como teoría y como aplicación, y volviendo la mirada á nuestros

pueblos, necesario es reconocer que aquella revolución de las ideas fué, por lo general, entre nosotros, tan pobremente interpretada en la doctrina como bastardeada en la práctica. El sentido idealista y generoso que comtianos como Lagarrigue infundieron en su predicación, más noblemente inspirada que bien comprendida y eficaz, no caracteriza la índole del positivismo que llegó á propagarse, y aun á divulgarse, en nuestra América. Fué éste un empirismo utilitarista de muy bajo vuelo y de muy mezquina capacidad, como hecho de molde para halagar, con su aparente claridad de ideas y con la limitación de sus alcances morales y sociales, las más estrechas propensiones del sentido común. Por lo que se refiere al conocimiento, se cifraba en una concepción supersticiosa de la ciencia empírica, como potestad infalible é inmutable, dominadora del misterio del mundo y de la esfinge de la conciencia, y con virtud para lograr todo bien y dicha á los hombres. En lo tocante á la acción y al gobierno de la vida, llevaba á una exclusiva consideración de los intereses materiales; á un concepto rebajado y mísero del destino humano; al menosprecio, ó la falsa comprensión, de toda actividad desinteresada y libre; á la indiferencia por todo cuanto ultrapasara los límites de la finalidad inmediata que se resume en los términos de lo *práctico* y lo *útil*.

Estas dos nociones, tan interesantes y necesarias dentro del orden y trabazón de ideas en que se encuadra una voluntad bien regida, son ídolos groseros si se las observa campear, sueltas y emancipadas de todo principio superior, en la conciencia del vulgo. En general, nada debe temerse más que los efectos de la deformación de ciertas ideas arriesgadas y

confundibles, ó ya originariamente viciosas, cuando se apoderan de ellas la mediocridad de espíritu y la mediocridad de corazón, para disfrazar de conceptos capaces de sostenerse y propagarse á plena luz, las condiciones de su personal inferioridad. Esto, de que puede señalarse actualmente un ejemplo en la deplorable boga del egoísmo aristocrático de Nietzche, convertido en patente de corso para la franca expansión de la desatinada soberbia de los necios y de la miseria de alma de los viles, pasó también con la difusión entusiástica de la idea de utilidad. Las medianías ineptas, por su pobreza de vida espiritual, para comprender aspiración más alta que las que circunscribe el interés positivo, acogieron con júbilo un criterio que interpretaban como la confirmación de que, allí donde nada veían ellas, nada existía sino vanidad; y creyendo predicar la filosofía que habían aprendido, predicaban la imitación de su propia naturaleza. Imaginaron que descubrían un mundo, y que este mundo era la tierra misma: el suelo firme y seguro de la realidad, de donde las generaciones anteriores habían vivido ausentes, y que era menester rehabilitar como habitación de los hombres. La energía interior, la *facultad dominante*, que para ello preconizaban, era un *sentido práctico* abstraído de toda noción ideal que lo refiriese, como instrumento ó medio de hacer, á algún supremo término de desinterés, de justicia ó de belleza; *sentido práctico* que orientándose, como el buen sentido de Sancho, en exclusiva persecución de lo útil, si alguna vez padecía quiebras y eclipses había de ser, como en el inmortal escudero, para desviarse en dirección de esos quijotismos de la utilidad que fingen ínsulas y tesoros donde el quijotismo de lo ideal finge Dulcineas, castillos y gigantes.

Relativamente á la peculiar situación de nuestros pueblos, estas tendencias encerraban peligros que no era bastante á compensar el efecto de saludable eliminación que, por otra parte, producirían (ya que no falta nunca alguna relación benéfica en lo fundamentalmente pernicioso), sobre idealismos quiméricos y sueños impotentes y vagos. Desde luego, toda obsesión utilitarista; todo desfallecimiento de las energías que mantienen el timón de la nave social en derechura á un objeto superior al interés del día que pasa, habían de ejercer tanto más fácil y avasallador influjo en el espíritu de democracias nuevas, donde la marea utilitaria no encontraría la resistencia de esas poderosas fuerzas de idealidad inmanente que tienen fijas, en los pueblos de civilización secular, la alta cultura científica y artística, la selección de clases dirigentes y la *nobleza* con que *obliga* la tradición. A esto hay que agregar, todavía, circunstancias de época. Comenzaba en estas sociedades el impulso de engrandecimiento material y económico, y como sugestión de él, la pasión de bienestar y riqueza, con su cortejo de frivolidad sensual y de cinismo epicúreo; la avidez de oro, que, llevando primero á la forzada aceleración del ritmo del trabajo, concluía en el disgusto del trabajo, como harto lento prometedor, y lo substituía por la audacia de la especulación aventurera. Eran los años en que las líneas enérgicas y airosas de la tradicional personalidad colectiva empezaban á esfumarse, veladas por un cosmopolitismo incoloro, y en que, en medio de la confusión de todo orden de prestigios y valores sociales, se apresuraba la formación de una burguesía adinerada y colecticia, sin sentimiento patrio, ni delicadeza moral, ni altivez, ni gusto. El gran Sarmien-

to, que alcanzó en su titánica vejez el despuntar de esos tiempos, los llamó *la época cartaginesa*. En semejante disposición de las conciencias y las cosas, una corriente de ideas que ya llevaba en sí misma cierta penuria de energías enaltecedoras, no podía menos de empobrecerse y de extremarse en sentido utilitario y *terre á terre*; y no fué otro, en efecto, el carácter de nuestro positivismo.

Entre tanto, generaciones nuevas llegaban. Educadas bajo el dominio de tales direcciones, se asomaban á avizorar fuera de ellas, con ese instinto que mueve á cada generación humana á separar de lo anterior y aceptado, alguna parte de sus ideas. Ponían el oído á las primeras vagas manifestaciones de una transformación del pensamiento en los pueblos maestros de la civilización; leían nuevos libros, y releían aquellos que habían dado fundamento á su criterio, para interpretarlos mejor y ver de ampliar su sentido y alcance. Hay en *Idola Fori* un capítulo donde se indican algunas de las fuentes de la transición que siguió á esto, comentándose el estudio que de la evolución de las ideas en la América Española, hizo, no ha mucho, Francisco García Calderón, en trabajo digno de su firme y cultivado talento. La *lontananza* idealista y religiosa del positivismo de Renán; la sugestión inefable, de desinterés y simpatía, de la palabra de Guyau; el sentimiento *heroico* de Carlyle; el poderoso aliento de reconstrucción metafísica de Renouvier, Bergsón y Boutroux; los gérmenes flotantes en las opuestas ráfagas de Tolstoy y de Nietzche; y como superior complemento de estas influencias, y por acicate de ellas mismas, el renovado contacto con las viejas é inexhaustas fuentes de idealidad de la cultura clásica y cristiana, fueron

estímulo para que convergiéramos á la orientación que hoy prevalece en el mundo. El positivismo, que es la piedra angular de nuestra formación intelectual, no es ya la cúpula que la remata y corona; y así como, en la esfera de la especulación, reivindicamos, contra los muros insalvables de la indagación positivista, la permanencia indómita, la sublime terquedad del anhelo que excita á la criatura humana á encararse con lo fundamental del misterio que la envuelve, así, en la esfera de la vida y en el criterio de sus actividades, tendemos á restituir á las *ideas*, como norma y objeto de los humanos propósitos, muchos de los fueros de la soberanía que les arrebatara el desbordado empuje de la utilidad. Sólo que nuestro idealismo no se parece al idealismo de nuestros abuelos, los espiritualistas y románticos de 1830, los revolucionarios y utopistas de 1848. Se interpone, entre ambos caracteres de idealidad, el positivismo de nuestros padres. Ninguna enérgica dirección del pensamiento pasa sin dilatarse de algún modo dentro de aquella que la sustituye. La iniciación positivista dejó en nosotros, para lo especulativo como para lo de la práctica y la acción, su potente sentido de relatividad; la justa consideración de las realidades terrenas; la vigilancia é insistencia del espíritu crítico; la desconfianza para las afirmaciones absolutas; el respeto de las condiciones de tiempo y de lugar; la cuidadosa adaptación de los medios á los fines; el reconocimiento del valor del hecho mínimo y del esfuerzo lento y paciente en cualquier género de obra; el desdén de la intención ilusa, del arrebato estéril, de la vana anticipación. Somos los neo-idealistas, ó procuramos ser, como el nauta que yendo, desplegadas las velas, mar adentro, tiene confiado

el timón á brazos firmes, y muy á mano la carta de marear, y á su gente muy disciplinada y sobre aviso contra los engaños de la onda.

También por esa parte se enlaza el libro que me da pie para estas observaciones, con la fisonomía general que la literatura de su índole presenta en la actualidad americana. Es el libro de un idealista, y es el libro de un hombre que sabe de la realidad por la cultura y por la acción. El consorcio fecundo del sentido de lo ideal y el de lo real luce en la armonía y madurez de esta obra y es de las excelencias de espíritu de su autor. No le abandonan un punto ni la inspiración de altas ideas ni el cuidado del modo como cabe arraigarlas en el polvo del mundo. Y asistido de ambas facultades, penetra á señalar en el carácter de la actividad política, principalmente tal como ella suele ser en nuestros pueblos, los *ídolos del Foro*, las supersticiones que persisten contra la sentencia de la razón ó que se adelantan á su examen sereno.

¿Quién que alguna vez haya participado de esa actividad, en su habitual manifestación de los *partidos políticos*, no recuerda, si tiene alma un tanto levantada sobre el vulgo, las torturas de la adaptación; la resistencia de su personalidad á las uniformidades de la disciplina; aquella angustia intelectual que produce la imposibilidad de graduar y depurar las ideas en la expresión grosera de las fórmulas inteligibles para los más; las repugnancias del contacto forzoso con lo bajo, con lo torpe, con lo servil; la sensación vivísima de las profundas diferencias de sentir y pensar que cautelaba la unidad falaz de un programa y un nombre?.... Y sin embargo, esas organizaciones colectivas, á las que no en vano se tiene por nervio de las democracias, son fatales ne-

cesidades de la acción. No pudiendo pensar en suprimirlas, aspiremos, en lo posible, á educarlas.

Denuncia Torres la sinrazón de los impulsos fanáticos y la vanidad de las convicciones absolutas; enseña cómo la constancia y unidad de una vida enderezada á un fin ideal puede avenirse con las racionales modificaciones de la inteligencia, y cómo los partidos, conformándose con esta misma ley de variedad, se readaptan y transforman, á menos de disolverse ó desvirtuarse; protesta contra repulsivas glorificaciones del egoísmo y de la fuerza; discierne el genuino concepto de la democracia de los sofismas de la falsa igualdad; flagela la ilusión aciaga de la guerra civil como medio de arribar á algún orden; y con franco optimismo y fundada altivez, que yo aplaudo y comparto, sostiene que, fuera de las superioridades individuales de excepción, «el nivel medio intelectual y moral de la humanidad civilizada en nuestros jóvenes Estados no es, ni con mucho, inferior al de las viejas sociedades europeas.» En todo esto muestra el autor de *Idola Fori* admirable acierto, penetración y equilibrio. Sólo me parece á mí que, al impugnar la superstición aristocrática, no reconoce todo su valor de oportunidad á la obra de instituir, en el alma de estos pueblos, el sentimiento de la autoridad vinculada á las legítimas aristocracias del espíritu, para la orientación y el gobierno de la conciencia colectiva. Yo entiendo que ésta no es tarea de mañana, sino de hoy; porque si en unas partes de América, el desenvolvimiento material, que es el carácter del presente y del inmediato porvenir, trae en sí los declives de una igualdad utilitaria contra la que urge reaccionar, en otras partes, y en las mismas quizá, urge desarraigar y sustituir tanto pres-

tigio menguado y tanta vergonzosa autoridad como han recogido de botín, en los saqueos del desorden, la energía brutal, la medianía insolente ó la caprichosa fortuna.

Atinadísima observación apunta el escritor colombiano en el capítulo *Corrientes políticas de la América Española*, cuando, al hablar de pasiones que subsisten sólo por el poder de la costumbre, encarece la necesidad de que fijemos el centro de las fuerzas políticas en el terreno de «los nuevos problemas que surgen, de las nuevas necesidades que apremian, de los nuevos peligros que amenazan», es decir: de aquellos motivos de atención que, en nuestras tierras y en nuestro tiempo, guardan correspondencia con la realidad. Los más funestos *ídolos del Foro*, (si bajo este nombre comprendemos toda superstición política), no son los ídolos cuya falsedad es más patente porque consiste en grosera ilusión ó bastardo interés, sino aquellos otros que se refieren á ideas y objetivos que alguna vez tuvieron real fundamento y oportunidad imperiosa, y que los conservan hoy mismo en ciertas partes, pero que en otras, donde se les mantiene, han perdido, por ya resueltos y logrados ó por desviados del sentido que lleva el desenvolvimiento de la vida, toda razón de ser, lo que no es obstáculo para que una maquinal inercia ó una galvanización artificiosa los represente con el carácter de lo actual, y motiven proselitismos, y susciten pasiones, y defrauden de esta manera energías que se sustraen á la aplicación eficiente y fecunda de los problemas de la realidad. Muchos podrían ser ejemplos; yo no citaré sino uno.

En algún pueblo hispano-americano, la libertad y la tolerancia religiosas han culminado hasta un pun-

to que, seguramente, ningún otro pueblo supera, dentro de la civilización contemporánea; no sólo porque, en el terreno de la ley, ha tiempo que se han reivindicado ampliamente, y con arraigo inconmovible, todas las libertades de ese orden que pueden ser objeto de limitación por la intolerancia ó la parcialidad del Estado, sino porque en la sociedad, en las costumbres, en la vida doméstica, el sentimiento religioso no incide sino por raro caso en pasión perturbadora y fanática, y tiende á contenerse en su inviolable santuario de la conciencia individual. A pesar de ello, la sugestión de campañas anticlericales, que, en los pueblos de Europa de donde se las reflejaba, tenían acaso natural impulso en las peculiares condiciones de la realidad, fué bastante, (y no escribo historia antigua), para traer al primer plano de la atención y el apasionamiento político un género de propaganda que estaba lejos de ocupar el mismo rango en el orden real de las necesidades sociales; retrocediéndose, sin ventaja visible, á la conmixtión abominable y anacrónica de las más delicadas cuestiones de conciencia con las pasiones violentas de los bandos. Y apenas me parece necesario advertir que si abomino de esa conmixtión, allí no la haga forzosa el desequilibrio de un régimen de intolerancia, sólo quiero negar la oportunidad del debate religioso en los estrechos límites de la vida política, en las disputas de la plaza pública; de ningún modo en el intercambio espiritual, en la verdadera comunicación del pensamiento, donde la controversia de esa índole responde á un perdurable interés humano y donde siempre será oportuno y siempre será noble propender, por los medios de la razón y de la simpatía, á emancipar las conciencias capaces de libertad, del

yugo de los dogmas que tenemos por falsos y tiránicos.

Pero sería tarea interminable la de indicar todas las particularidades y todos los problemas de la vida actual de nuestros pueblos á que puede tener aplicación el profundo sentido de esta obra, destinada, sin duda, á realzar la ya justa fama de su autor.

Por la índole de sus facultades y la orientación de sus tendencias, Carlos Arturo Torres es de los escritores hispanoamericanos que mejor responden á las necesidades actuales de nuestra sociedad y de nuestra cultura, en lo intelectual como en lo moral; de los que están en condiciones de hacer mayor bien con la pluma; de los que en más alto grado merecen ejercer *cura de almas*. Es, además, de los que, por sus cualidades de forma y de gusto, y por la variedad y elección de sus lecturas, manifiestan una personalidad literaria más emancipada de las sugestiones caprichosas de la novedad. El equilibrio superior, la amplitud simpática y benévola, la alta y noble equidad de su pensamiento, encuentran adecuado medio de expresión en la severa elegancia de un estilo inmune de toda vana retórica. Como escritor y como pensador tiene por carácter la selección desdeñosa del vulgar efecto; la elevada sinceridad, que, en el pensar, es justicia fundada sobre propia y personal reflexión, y en el escribir, es sencillez escogida. Y este espíritu tan encumbrado sobre la vulgaridad no participa de las limitaciones de caridad ideal que suelen venir juntas con las excelencias y ventajas de los espíritus de selección: el desprecio por la muchedumbre, la soberbia egoística, la tendencia al atesoramiento de la verdad como patrimonio de pocos. Siente la mayor obligación de amor humano que toda superio-

ridad espiritual determina, y aspira á que la parte de verdad que no alcance á ser comprendida por los más, sirva, á lo menos, para aplicarse al bien de todos.

Hay libros de bien como hay hombres de bien. El libro de que hablo es uno de aquéllos. Y cuando á la viva voluntad del bien se une, en el hombre ó en el libro, el sentimiento delicado y el superior discernimiento de él y la facultad de expresarle con las palabras de belleza y simpatía que le abren fácil paso en el corazón de los otros, entonces la superioridad moral adquiere sus más nobles complementos. *Idola Fori* ofrece ejemplo de esa cumplida superioridad. ¿De cuántos libros hispanoamericanos podrá decirse otro tanto?....

1910.

LA GESTA DE LA FORMA

¡Qué prodigiosa transformación la de las palabras, mansas, inertes, en el rebaño del estilo vulgar, cuando las convoca y las manda el genio del artista!.... Desde el momento en que queréis hacer un arte, un arte plástico y musical, de la expresión, hundís en ella un acicate que subleva todos sus ímpetus rebeldes. La palabra, sér vivo y voluntarioso, os mira entonces desde los puntos de la pluma, que la muerde para sujetarla; disputa con vosotros, os obliga á que la afrontéis; tiene un alma y una fisonomía. Descubriéndoos en su rebelión todo su contenido íntimo, os impone á menudo que le devolváis la libertad que habéis querido arrebatarla, para que convoquéis á otra, que llega, huraña y esquiva, al yugo de acero. Y hay veces en que la pelea con esos monstruos minúsculos os exalta y fatiga como una desesperada contienda por la fortuna y el honor. Todas las voluptuosidades heroicas caben en esa lucha ignorada. Sentís alternativamente la embriaguez del vencedor, las ansias del medroso, la exaltación iracunda del herido. Comprendéis, ante la docilidad de una frase que cae subyugada á vuestros pies, el clamoreo salvaje del triunfo. Sabéis, cuando la forma apenas asida se os escapa, cómo es que la angustia del desfallecimiento invade el corazón. Vibra todo vuestro organismo, co-

mo la tierra estremecida por la fragorosa palpitación de la batalla. Como en el campo donde la lucha fué, quedan después las señales del fuego que ha pasado, en vuestra imaginación y vuestros nervios. Dejáis en las ennegrecidas páginas algo de vuestras entrañas y de vuestra vida.—¿Qué vale, al lado de esto, la contentadiza espontaneidad del que no opone á la afluencia de la frase incolora, inexpresiva, ninguna resistencia propia; ninguna altiva terquedad á la rebelión de la palabra que se niega á dar de sí el alma y el color?.... Porque la lucha del estilo no ha de confundirse con la pertinacia fría del retórico, que ajusta penosamente, en el mosaico de su corrección convencional, palabras que no ha humedecido el tibio aliento del alma. Eso sería comparar una partida de ajedrez con un combate en que corre la sangre y se disputa un imperio. La lucha del estilo es una epopeya que tiene por campo de acción nuestra naturaleza íntima, las más hondas profundidades de nuestro ser. Los poemas de la guerra no os hablan de más soberbias energías, ni de más crueles encarnizamientos, ni, en la victoria, de más altos y divinos júbilos.... ¡Oh Ilíada formidable y hermosa; Ilíada del corazón de los artistas, de cuyos ignorados combates nacen al mundo la alegría, el entusiasmo y la luz, como del heroísmo y la sangre de las epopeyas verdaderas! Alguna vez has debido ser escrita, para que, narrada por uno de los que te llevaron en sí mismos, durara en ti el testimonio de algunas de las más conmovedoras emociones humanas. Y tu Homero pudo ser Gustavo Flaubert.

1900.

EL RAT-PICK

Una vez, en tiempo que, como todos los pasados, «fué mejor»; cuando estrenaba mis armas literarias, se requirió mi parecer en una encuesta relativa á si debía ó no levantarse la prohibición de las corridas de toros. Pasaba yo entonces por esa crisis de *dilettantismo*, desdeñoso de la acción y de las ideas, ebrio del arte puro, que suele ser como el prurito de la dentición en los espíritus de naturaleza literaria, (aunque en mí nunca caló muy hondo). Por aquel tiempo había descubierto á Gautier, y este sol me tenía deslumbrado. Con tales antecedentes, no será difícil comprender que hiciese, hasta cierto punto, la defensa de la pintoresca barbaridad, en nombre de la belleza, del color y de la originalidad característica de tradiciones y costumbres. No necesito decir que hoy mi respuesta sería otra.

Recordaba esto, ha pocos días, volviendo de satisfacer mi curiosidad en cuanto al espectáculo que, con el nombre de *rat-pick*, anuncian los carteles y que ya goza de cierta popularidad. ¿En qué consiste el *rat-pick?*

El *rat-pick* no es sino la caza de la rata por los grifos rateros que llaman *fox-terriers*. Esta caza da pretexto á un juego de *sport*. Frente á las gradas de los espectadores, un recuadro, cercado de madera, sirve de oalenque. Tres *fox-terriers* aguardan encerrados en ptras tantas casillas, cuyos colores distintivos co-

rresponden á los de las boletas del juego. Ábrense las casillas, simultáneamente con la trampa en que traen á la rata, la cual, despavorida, busca huír, mientras los perros se lanzan en competencia sobre ella: el que primero la atrapa es el ganador. Veces hay en que la rata se resiste y muerde; pero claro está que no llega el caso de que escape á las mandíbulas de sus perseguidores. Pronto los canes, disputándosela, arrancándosela uno á otro, la truecan en piltrafas sangrientas: dase, con esto, por terminada una tanda, y á los breves minutos se entra á otra.

El *rat-pick*, como casi todo espectáculo de *sport*, es invención de ingleses y ocasión frecuentemente elegida entre ellos para despuntar el vicio de la apuesta, por la gente del vulgo y también por la ociosa juventud aristocrática. Excluiré, desde luego, de mi comentario, lo que se refiere á esta intervención del juego de azar; no sólo porque nos llevaría á moralidades muy triviales, sino porque confieso que no es la nota reprobable que más subleva mi espíritu en esta baja diversión. Mis soliloquios de espectador repugnado fueron de distinto género, y voy á ponerlos ahora por escrito. Razonemos acerca de las cosas pequeñas, puesto que no nos favorecen con su presencia las grandes.

Inútil me parece advertir que si ya va tiempo que me despedí del *dilettantismo* indiferente, dispuesto á perdonar y consagrar de lícita toda apariencia amable, no he renegado de la religión de la belleza, ni he dejado de comprender las inmunidades y exenciones que ésta regiamente instituye para los seres y las cosas que señala con su favor. Y en su relación con la moral, no sólo en los dominios del arte propendo á conceder á cuanto es bello una irresponsabilidad

olímpica, sino que, dentro de la misma realidad y de la misma acción, concedo que allí donde lo bello es el fin ó la forma de lo malo, lo malo no se cohonesta, pero sí se atenúa. Si esto es resabio de *dilettantismo*, yo me declaro impenitente. El sentimiento que nos dominaría ante la Bacante en furor, inspirada y bella, que desgarraba entre sus manos convulsas las entrañas crudas de las víctimas, no se confundirá jamás con el que experimentaríamos en presencia de un acto semejante realizado sin el encrespamiento orgiástico y de modo vulgar. La apariencia bella es hechizo que, aun en la contemplación de la maldad y del odio, brinda gratas mieles; como, en las representaciones plásticas ó poéticas de la sensualidad, la belleza es la sal que evita la mal oliente podredumbre y separa una página de Lucio ó de Petronio del fangal de las vulgaridades obscenas. La perversidad pagana, que imaginó las crueldades del Coliseo, nunca olvidó revestirlas de belleza; y esta preocupación no falta, aunque depravada y retorcida, ni aun en las más atroces demencias de Nerón. Una pasión de lo bello, de lo magnífico y lo raro, que, como la que concurrió á inspirar las invenciones satánicas del circo, pasa por encima de toda valla de moral y de todo instinto de humanidad y simpatía para realizar su inaudito sueño de arte, es cosa que impone un asombro rayano de la admiración, y aun cierto sentimiento de respeto, como toda energía avasalladora y soberbia que corre arrebatada en dirección á un fin único. Las escenas que el *velárium* de púrpura cobijó en la pista enorme, enrojecida por oleadas de sangre: las hecatombes, los suplicios, las cacerías monstruosas, los encuentros de gladiadores, constituían un espectáculo perverso,

pero no mezquino. Y cuando los seiscientos leones que Pompeyo echó una vez á la arena, hacían temblar, de un trueno espantable, los cimientos del circo, se comprende que este trueno tuviese fuerza para ensordecer la protesta del sentido moral.

Algo semejante cabe decir, guardando distancias, de algunos de los espectáculos de crueldad que todavía duran. Las corridas de toros son fiestas de brutal barbarie; pero el sentimiento artístico encuentra en ellas dónde detenerse. Prescindo de que exista un arte de torear, que tiene su técnica y sus entendidos. Quiero sólo ver en la lidia de toros la fiesta circense, el espectáculo de decoración grandiosa y ruda, pintoresca *epifanía* de un ambiente y de una imaginación y una sensibilidad colectivas; el espectáculo en que naturaleza y público entran por tanta parte como lo que ocurre en la arena; en que el prestigio fluye, en suma sinfónica, del sol y el cielo abierto; de los colores y marchas de la cuadrilla; de la alegre música y el clamor popular; del valor temerario, la agilidad y la destreza; de los ojos negros, las mantillas y las rosas; y acaso también de la relación *dionisíaca*, si recordamos á Nietzche, entre el desborde de tanta sensualidad y tanta vida y el vaho embriagador de la sangre. Y digo que, para quien no tenga alma de cuákero ó anabaptista, esto encierra un interés estético, y que no hay que extrañar que, vencidas las primeras repugnancias, la sugestión del espectáculo llegue, si no á sobreponerse absolutamente al recto juicio, sí á producir una escisión de la personalidad, en que la conciencia moral, que reprueba, quede de una parte, y de la otra la imaginación fascinada se incorpore al himno triunfal, al coro estrepitoso y ardiente, que es-

talla, en música de Bizet, como la sangre que salta de la arteria rota: «*La voici, la voici la quadrille!*»

En las riñas de gallos no falta su migaja de estética, y ello se concibe con sólo recordar al gallardísimo animal, como modelado plásticamente para el alarde y el combate. El aspecto armado y soberbio; la reluciente pluma; el ojo centelleante; la cola que se alza en arco pomposo; la pata toda nervio con que dar empuje al espolón, y en la altanera cabeza la roja insignia heráldica, vuelta más roja por la ira: todo esto compone un admirable conjunto, al que la actividad del combate agrega, en actitudes, ímpetus y acometimientos, un arte gladiatorio capaz de interesar á la mirada que atesora belleza. Cuando Temístocles, en vísperas de batalla, quiere excitar la bravura de la juventud, en aquel mundo donde el sentido de la belleza plástica no se apartó jamás de ninguna manera de pensamiento ó acción, la imagen que pone ante sus ojos es la del gallo de pelea, apercibido y vibrante.

En cambio, este abominable *rat-pick* no se ilumina con el más tenue rayo de gracia ó hermosura. En tan bajo espectáculo, todo es feo, todo es desagradable, todo es ruín. Fea es la víctima, feo el victimario, feo el aspecto de la lucha, ó más exactamente, de la caza. Y la inferioridad estética no está compensada por ninguna ventaja de orden moral. En las lidias de toros no es posible negar que la barbarie tiene cierta atenuación de nobleza, que consiste en la exposición que el hombre hace de su vida. Cualesquiera que sean la vulgaridad y el insufrible amaneramiento del lidiador de toros, considerado fuera de la arena, como *arquetipo* chulesco, como modelo que polariza, con sugestiones de gustos y costumbres,

la admiración popular, es indudable que el desafío oficioso del peligro, la voluntaria vecindad con la muerte, reflejan sobre él alguna luz de simpatía, cierto prestigio marcial, cierta elegancia heroica, que en antiguos tiempos tentó á que se probasen en el hoy plebeyo ejercicio los brazos más capaces de sublimes empresas, desde Rodrigo de Vivar, si hemos de creer á la fama, hasta el propio César Carlos V. Y con un poco de imaginación, cabe percibir en el arte del toreo un valor significativo ó representativo de ese triunfo de la destreza humana sobre la fuerza bestial, que inspira, cuando el despertar de las energías y potencias del hombre, las leyendas de las victorias de Herakles sobre el jabalí de Erimanto y el león de Nemea. En las riñas de gallos el hombre es pasivo espectador, sanguinario á mansalva, y esto contribuye á envilecerlas; pero, cuando menos, la competencia se entabla allí entre fuerzas proporcionadas por naturaleza y por ley del juego. Al espolón se opone el espolón; al pico, el pico; y el mismo interés venal del deporte interviene para que, antes de la riña, se comparen cuidadosamente las fuerzas de los combatientes y se depure, en lo posible, la decisiva superioridad de mérito ó fortuna.

Pero en la lucha entre los dientes ratoniles y la mandíbula del *fox-terrier*, la víctima está indicada de antemano. Es la inmolación del débil por el fuerte; del condenado, por el verdugo; es decir: lo más antipático que cabe como objetivo del sentido moral. Y quien arguya que en este caso el débil es una alimaña repulsiva y dañosa, demostrará no darse cuenta del carácter de la inmoralidad, la cual procede, no del exterminio en sí mismo, que puede ser necesario ó útil, sino del exterminio abstraído de la uti-

lidad y convertido en juego; de la indignidad del goce que se obtiene en la contemplación del exterminio. Aun ateniéndonos á la pura consideración de gusto con que nos autorizamos á tildar de repulsiva á la rata, más repulsivo y de perverso gusto es el espectáculo de su sacrificio. Por lo demás, en esto de distribuir repugnancias y reprobaciones entre los seres que tripulan, junto con nuestra aristocrática especie, la nave del mundo, ha de andarse con tiento. La víbora, que nos repugna, era el animal mimado de Goethe; el escarabajo pelotero tuvo en Egipto adoradores; las orejas de asno fueron, durante siglos, en Oriente, el venerando emblema de la sabiduría...

Hay una forma ó especie de la imaginación creadora, que bien merecería ser estudiada por Ribot, y mejor aún, por quien reuniese la potencia analítica y los cálidos colores de un Taine. Es la imaginación aguijoneada é inspirada por el sentimiento de crueldad, para desarrollar la fuerza inventiva que crea castigos, suplicios, máquinas de tormento y de muerte, y también juegos, fiestas y deportes en que el dolor ajeno es motivo de deleite. ¡Qué interesante historia sería ésta! Cuando se piensa que en la Roma de los Antoninos, dentro de uno de los más espléndidos florecimientos de la cultura de espíritu y las ideas liberales que presente la historia de la humanidad, la arena del circo se teñía, ante un concurso en gran parte aristocrático, con la sangre de los gladiadores y las fieras, y por fin del espectáculo, algunos de los espectadores, para mostrar su *archicorazón*, como diría Gracián, solían bajar á la arena, y metían la mano en las heridas de las víctimas, y les arrancaban las entrañas palpitantes, no puede me-

nos de conceder el más optimista que las exterioridades de benevolencia y pulcritud con que la civilización decora la naturaleza del hombre, son una corteza muy liviana, y que por bajo de ellas, pronta á incorporarse al más leve rasguño, la fiera duerme ó dormita.... ¿La fiera? No. ¿Por qué hemos de calumniar á las fieras? Esto de la crueldad como espectáculo, como deleite inútil, como «finalidad sin fin», según la célebre fórmula del arte, es privilegio humano; y toca á la materna Roma el triste honor de haberlo asimilado á las costumbres y embellecido con las pompas de la civilización, comunicando á la maldad un carácter de *dilettantismo* que no tuvo en los más sangrientos delirios del Oriente. El animal es cruel. La fatalidad universal de la lucha no admite exención ni tregua, y la eterna dualidad de la víctima y el victimario se manifiesta en la naturaleza con rigores á menudo atroces; por más que sea justo agregar que la observación humana se ha detenido hasta ahora, casi exclusivamente, en este aspecto de las relaciones entre los seres vivos, y no en los rasgos de mutua cooperación y mutuo auxilio entre aquellos seres: rasgos que atenúan la crudeza de la guerra natural con toques de piedad y simpatía. Pero en las mayores crueldades de la bestia el acicate es la necesidad individual, ó bien el estímulo de las necesidades de la especie, cuya sugestión se acumula y asienta en odios instintivos. Cuanto puede acontecer de más es que, en el ejercicio de la caza de que se alimenta, el animal á quien la obtención de su presa cuesta menos gasto de energías que las que es capaz de desplegar, emplee el exceso dinámico en prolongar y complicar la caza como diversión ó juego, ocasionando así la angustia y padecimiento de la víctima.

De observación común es el juego del gato, cuando, ya atrapado el ratón, lo revuelve mañosamente entre las uñas, y le concede escapatorias precarias y fugaces alientos, solazándose en atraparlo cien veces antes de comérselo. Pero si el animal llega á cultivar la crueldad como activo juego, no llega, como el hombre, á hacer de ella objeto de contemplación morosa, objeto de ese juego inactivo ó contemplativo que denominamos *espectáculo*. Esta maldad pasiva y cobarde, esta maldad de contemplación, es, lo repito, propia del fuero humano. Acaso tan innoble placer germina ya en emociones que aparentemente se confunden con las que proporciona el arte, como las que el vulgo incapaz de poesía experimenta en la lectura de truculentos novelones y crónicas de criminalidad. Cuando se ha dicho que entre el placer del espectador de una tragedia y el del criminal por temperamento, en el instante de ensangrentarse con su crimen, no hay más que diferencia de grado, se ha dicho verdad, pero á condición de que en el ánimo del espectador no asista el sentimiento de lo bello, que todo lo purifica y ennoblece. Siendo axiomático en psicología que toda imagen trae consigo una fuerza elemental de ejecución, un cierto impulso á realizarse, se sigue que, si apartamos de las imágenes del crimen y la sangre el timón con que las guía, al través de nuestra sensibilidad, la emoción realmente artística, desviándolas de toda innoble excitación,—á la manera como, conducido por el pararrayos, el fluído eléctrico atraviesa sin peligro la pólvora,—aquellas representaciones tenderán á ejercer un influjo desmoralizador; por lo menos, cuando no las inhiben la natural delicadeza de alma y la cultura de que el vulgo carece. Y si el conjuro de la fie-

ción teatral y de la simple lectura es suficiente para provocar, en las almas no muy desbastadas, el hormigueo de la afición sanguinaria, ¿cuánto más no lo serán aquellos espectáculos en que la muerte no se representa, sino que se consuma de verdad?.... Cuando la penúltima exposición de París, en uno de los simulacros de lidias taurinas que se realizaban, con toros y *diestros* verdaderos, llegada la ocasión en que el *espada* señalaba la acción de matar, se vió que doña Isabel II salía á la barandilla de su palco para gritarle, ardiendo de impaciencia: «¡Mátalo, mátalo!». Y «¡mátalo!» coreó la alborotada muchedumbre, y el lidiador no se hizo de rogar, y las cañas se volvieron lanzas, á despecho de la ley Grammont y de las conveniencias de la oportunidad y del ambiente. No es dudoso que hay en estas cosas una manifestación degenerada de ese extraño placer de la crueldad, de esa terrible sensualidad del derramamiento de sangre ó del sufrimiento impuesto á otro, que nos repugna en las demencias feroces de las degollaciones de vencidos, en el frenesí de los tiranos sanguinarios, en el encarnizamiento de los capataces de esclavos y de los carreteros y arrieros, y que monstruosamente se complica con la misma voluptuosidad de amor, en aquellas perversiones del instinto genésico á que el marqués de Sade vincula su cantaridada memoria. Y después de todo, entre estos impulsos de excitación brutal, pero venida del fondo inconsciente é irrefrenable de la sensibilidad, y la frialdad repugnante de los que, en los circos de gallos, ya terminada la riña, traban nuevas apuestas, según he oído referir, sobre el número de convulsiones que tendrá el gallo moribundo antes de rendir el último aliento, me quedo cien y cien veces con aquellas pal-

pitaciones de franca y viril ferocidad. He hablado con quien, en los combates de gallos, confesaba participar de la excitación, de la calentura de la pelea, hasta el punto de retirarse ebrio y extenuado y de atribuir á la frecuencia de este linaje de emociones el origen de un mal cardíaco. Lo comprendo. Sin perjuicio de comprender también que hubiese quién, con un látigo en la mano, llegase á las gradas del reñidero ó á la *mosquetería* del *rat-pick*, y atropellase, azotase y desparramase á latigazos al concurso que goza de su día ó su noche de honesta diversión. Esto sería quijotesco, admirablemente quijotesco; y no tengo duda de que, presenciando Don Quijote escena tal como la de los últimos pasos de una riña, cuando el gallo vencido clava el pico y el vencedor, con gran complacencia de la muchedumbre, se obstina en humillarlo y rematarlo, él, que desbarató los títeres de Maese Pedro por socorrer á Don Gaiferos, promovería la más sonada y ejemplar de las suyas. ¿Por qué el Maestro de la buena locura no hará de vez en cuando alguna providencial aparición en nuestro mundo de gentes cuerdas y chiquitas?...

Por lo que toca á las relaciones con el irracional, bien puede decirse que la torpeza y la crueldad humanas son cosa más característica de la civilización y la cultura que del estado de naturaleza. Es posible que, según aquel verso de Ovidio parafraseado por Montaigne en su capítulo «De la crueldad», la primera hoja de hierro que salió forjada de mano de los hombres haya servido para teñirse en la sangre de la bestia; pero, sin embargo de ello, en el hombre aun no apartado de las sugestiones leales del instinto, el reconocimiento de su vinculación fraternal con los seres vivos que halló á su lado al despertar del sueño

misterioso que precede á la vida, ha debido imponerse por sobre la fiereza de su condición; y la idea ó el sentimiento de ese vínculo se manifiesta, efectivamente, en hechos tales como las zoolatrías, la creencia en las metamorfosis y transmigraciones, el vegetarianismo de que hay huella en los Vedas, y la efusión de piedad por los sufrimientos de los animales, de que aun dura testimonio en el célebre hospital de Surata. Si, por una parte, la necesidad de la caza, ó de la inmolación del animal domesticado, y por la otra, los artificios de la vida de civilización, que aleja al hombre del seno de la naturaleza, han podido relajar aquel lazo de hermandad, la civilización, en su más alto punto, por obra del conocimiento científico, lo restablece, teóricamente por lo menos; y en esto, como en otras muchas cosas, las conclusiones de la sabiduría vienen en confirmación de los vislumbres del primitivo candor. La investigación científica, reduciendo considerablemente la distancia que el orgullo humano imaginara entre nuestra especie y las inferiores; patentizando entre una y otras las similitudes de organización y el parentesco probable, tiende á rehabilitar aquellas simpatías, nacidas del natural instinto, por cuanto ofrece, como ellas, fundamento para la piedad y compasión respecto de seres que reconocemos dotados de todas las capacidades elementales de nuestra sensibilidad, muy ajenos del automatismo sin alma que en un tiempo se atribuía al animal, identificado casi por los cartesianos con los muñecos de resorte.

En esta parte del mundo hay razón para conceder á las cosas de que conversamos especial interés. Como descendientes de pastores, y pastores hoy mismo, adaptados á la labor cruenta en que la bestia perece,

nuestra sensibilidad para con el irracional está embotada por la herencia y la costumbre. Cuando las invasiones inglesas, un viajero europeo hacía resaltar, en página que se transcribe en la «Historia de Belgrano», el contraste entre la lenidad con que el criollo de Buenos Aires trataba á sus esclavos, y la crueldad de que hacia gala con el animal. Es la huella de la ferocidad del *matadero*; el sedimento de los usos brutales que fomenta esta industria de impiedad y matanza, á diferencia de los suaves hábitos que maduran, con la dorada mies y el dulce fruto, en la vida del agricultor.

No en balde aquel manso y sedentario pueblo de Egipto, donde el respeto por el animal llegó á los extremos de la superstición zoolátrica, profesaba á los ganaderos y pastores el odio que conocieron duramente las espaldas del israelita. De las faenas pastoriles vino Rozas á la ciudad, y es circunstancia de que supo sacar razones el autor del *Facundo*. La puñalada que parte la garganta de la res se transporta al *modus operandi* de la «Mazorca»; y los excesos de la guerra civil, que han alimentado las leyendas trágicas de medio siglo, se iluminan de un relámpago revelador cuando consideramos, en una *estancia* al uso antiguo, los procedimientos, los habitos y el ambiente afectivo que ellos crean. El valor de estas relaciones sólo será dudoso para el que ignore que el pueblo, como el niño, son sonámbulos naturales, en cuanto á su docilidad para la sugestión que, mediante un acto imitado y repetido, funda la ciega fatalidad de la costumbre.

En suma: la prohibición que pesa sobre las riñas de gallos y las lidias de toros, no hay razón para que no se extienda á este repulsivo deporte del *rat-pick*,

que á todas las condiciones de inmoralidad propias de aquellos espectáculos, une su inferioridad estética, su exhibición de lo feo; la cual no deja de ser, si se desmenuzan las cosas, otro género de inmoralidad. Por mucho que teóricamente y como ideal propendamos á un libérrimo individualismo, sería insensato que en la práctica quitásemos de manos del Estado estos resortes de higiene moral, que, como las demás aplicaciones de su atribución educadora, se justifican é imponen doblemente en pueblos nuevos, necesitados de consolidar sus cimientos de civilización. Tratándose de sociedades tales, las insignias de la autoridad han de tener mucho de la férula del magisterio; y bien lo conoció y aplicó aquel enorme argentino que después de haber empuñado en su mocedad la palmeta del maestro de párvulos, supo hacer,—maestro de muchedumbres,—de su bastón presidencial, algo así como una palmeta hercúlea y gloriosa. Y este magisterio, lo mismo comprende la faz afirmativa de fomentar lo que educa, lo que civiliza, lo que dignifica la sensibilidad y forma el gusto, que la faz negativa de proscribir ó dificultar lo que embrutece, desmoraliza y deprava.

1907.

La enseñanza de la Literatura

Uno de los intentos meritorios en que podrían probarse el desinterés y la abnegación de un espíritu de alta cultura literaria, sería el de escribir, para los estudiantes, un texto elemental de teoría de la literatura. Extiendo la observación á todos los idiomas, á todos los pueblos cultos, hasta donde yo alcanzo á saber de ellos: en parte alguna ese humilde libro que sueño se ha hecho tal como lo imagino y como sólo podría realizarlo quien, teniendo el criterio, el sentimiento y el gusto de un verdadero entendedor de la belleza literaria, tuviese al propio tiempo la vocación *evangélica* de hacer á las almas nuevas é ignorantes esa obra de misericordia que consiste en abrir los ojos ajenos á la luz de lo bello. Y no en vano he hablado del desinterés y abnegación que tal empresa importaría, á lo menos en cuanto á la ambición de nombre y fama. No sólo la producción de obras didácticas se considera, en general, tarea subalterna y adaptada á un mero fin de utilidad, sino que suele ocurrir que el género de popularidad que alcanza el autor de ellas por el hecho de que su libro corra, año tras año, en manos de preceptores y estudiantes, tiende á sobreponerse á la reputación que merece por obras más altas y fundamentales, cuando, además de un autor didáctico, hay en él un verdadero hombre de ciencia ó un verdadero escritor. El

concepto común que se tiene formado en América de Victor Duruy es el de juzgarle un meritorio ordenador de textos de historia para los párvulos de las escuelas y los jóvenes de los liceos. La fama de su obra de investigador y crítico de la historia, permanece ensordecida por el estrépito de su formidable popularidad escolar, y alguna vez me ha pasado que se me objetase la autoridad de un juicio de Duruy con la displicencia irónica que provocaría la apelación á una cita de los beneméritos compendios de Drioux.

Tratándose de textos de literatura, la *diminutio capitis* que, en el criterio vulgar, apareja el oficio de autor didáctico, se manifiesta aun más patentemente. El nombre de cualquier preceptista de retórica suscita, por inevitable asociación, en nuestro espíritu, la figura de don Hermógenes, ó por lo menos, la figura de Hermosilla... Esta particular prevencion tiene su fundamento, y es que no existe género de obras didácticas donde la pobreza, la insipidez, la frialdad, la inmovilidad rutinaria, que suelen desvalorizar los libros de esa índole, aparezcan con tan desconsoladora plenitud como en los textos de retórica y teoría de la literatura.

Hay en esto uno de los casos más curiosos que puedan señalarse de la inercia de ideas y costumbres que, proscriptas de todas partes donde circulan libremente el aire y el sol, permanecen adheridas, sin embargo, á ciertos rincones de la vida intelectual ó social, de donde nadie se cuida de desterrarlas. Para los tratadistas de retórica, el arte literario no se ha modificado esencialmente desde Boileau, Luzán y La Harpe. Cederán, no lo dudo, á la influencia de una crítica menos estrecha y mezquina, en muchos juicios,

en muchas particularidades; pero, en general, el tipo de literatura de que nos hablan es el que prevalecía hace más de un siglo (y que ya entonces era convencional y artificioso), y tiene muy pocas correspondencias con la literatura que cultivamos y sentimos. El escritor vive en un mundo; el retórico vive en otro distinto. El escritor aprende, se rectifica, se transforma. El retórico es impenetrable é inmutable. Víctor Hugo se jactaba, en algún verso de *Las Contemplaciones*, de haber puesto al diccionario de la lengua francesa el gorro frigio. Nadie puede jactarse de haber puesto á un tratado de retórica, no ya el gorro simbólico de la libertad, pero nada que sustituya al bonete del dómine.

Ningún retórico se ha detenido á pensar, por ejemplo, que, variando la importancia relativa de los géneneros literarios según las condiciones de las diferentes épocas, caducando ó decayendo unos, suscitándose ó realzándose otros, las clasificaciones de las retóricas clásicas deben ser revisadas y adaptadas al orden de la realidad literaria actual. Graduará el retórico la importancia de cada género, no por lo que representa para nuestro espíritu, sino por el lugar que tiene en la «Poética» aristotélica ó en la «Epístola á los Pisones».

La epopeya es un género muerto, á lo menos en su forma clásica; las actuales condiciones de la sociedad lo repudian; nadie lo cultiva; nadie puede soñar en cultivarlo.....; pero el retórico consagrará largas y nutridas páginas á estudiar la construcción orgánica de la epopeya, el desenvolvimiento de su accion, los caracteres de sus personajes, las condiciones de su estilo y de su forma métrica, como si en todo esto pudiera haber algo más que un interés de erudicion ó de arqueología literaria. La épica inexhausta y

proteiforme de nuestro tiempo es la novela, orbe maravilloso donde caben todo el infinito de la imaginación y todo el infinito de la realidad,— con su abreviada imagen: el cuento, que es una novela menor, más alada, más leve, más primorosa...; pero para el retórico la novela y el cuento seguirán siendo especies secundarias, porque lo son dentro de la jerarquía que tiene por tipo supremo á la epopeya; y para legislar sobre aquellas dos especies prescindirá, ó poco menos, de la experiencia inagotable en originalidades y rectificaciones, que ofrecen la evolución romántica y la evolución naturalista, aun sin contar las tendencias que han venido después.

La magnífica explosión de subjetivismo poético que es uno de los grandes caracteres literarios de la pasada centuria, desde Leopardi y Musset hasta Verlaine, ha dado á la lírica una extensión y una variedad que nunca tuvo, en formas y en sentimientos, y las clasificaciones de la lírica clásica resultan notoriamente mezquinas para encauzar esa caudalosísima corriente; pero el retórico no ensayará una clasificación nueva y tan fiel como lo consienta la multiplicidad incoercible de las modificaciones líricas, sino que se atendrá á las divisiones que bastaron para la homogeneidad y sencillez de la lírica del Renacimiento ó del siglo XVIII, y nos hablará de la oda, de la anacreóntica y del madrigal como de formas típicas y florecientes todavía. El convencionalismo pastoril y bucólico está tan muerto y sepultado como las novelas de caballería; pero para el retórico existe, sólo porque alguna vez existió. En cambio, en esas dilatadas fronteras de la ciencia y el arte, donde se entrelazan de mil modos distintos verdad y belleza, el pensamiento moderno ha suscitado riquísimos modelos de obras

intermedias, singularmente adecuadas á nuestro gusto y á nuestras necesidades espirituales; obras que, como las de Quinet, como las de Guyau, como los *Diálogos* de Renán, como cien otras, anticipan acaso las formas que tendrán preferencia en la literatura del porvenir...; pero el retórico no se sentirá tentado á penetrar en este campo inmenso y florentísimo, y se excusará de ello señalando el obscuro rincón que dedicará en su tratado á hablar de las obras *didácticas* y *doctrinales* concebidas á la antigua manera.

Abatir esa armazón vetusta de clasificaciones y jerarquías; probar á distribuir el variadísimo contenido de la actividad literaria propia de la civilización y la cultura modernas, según un orden fundado en las formas que realmente viven y en la subordinación que les señala su grado de importancia actual, su mayor ó menor adaptación á las condiciones de nuestro espíritu y de nuestro medio; podar la parte convencional y estrechamente *retórica* de la preceptiva, y vigorizar la que reposa sobre alguno de los dos seguros fundamentos de la ciencia estética y de la historia de las literaturas; adaptar á la exposición didáctica los principales resultados y adquisiciones de esa labor inmensa y prolija que la crítica del pasado siglo ha realizado en el estudio de la obra literaria y de sus vinculaciones con el ambiente social y físico en que se produce: tales serían los lineamientos generales de un texto de teoría literaria que hablase al estudiante, no, como los textos actuales, del concepto clásico de las letras, sino del tipo de literatura que el natural desenvolvimiento de la vida ha modelado para nosotros.

Pero inútil parece añadir que todo eso no constituiría sino el molde ó el esqueleto de la obra; porque

siendo, tal como yo la concibo, libro de verdadera *iniciación* literaria: libro, no sólo de *instrucción*, sino tambien de *educación* de la sensibilidad estética y del gusto, habría que infundir en él el *espíritu*, vale decir: la virtud sugestiva, el dón de interesar, la simpatía pedagógica; y cuando así fuese realizado, su campo de acción podría traspasar los límites de la cátedra y servir de lectura popular que difundiese la buena nueva de lo bello y preparase el espíritu de la generalidad para recibir la influencia civilizadora y dignificadora de las buenas letras.

Agregaré que la perfecta realización de tal obra implicaría la de otras dos que la complementasen: una «Antología» compuesta con objeto y plan esencialmente didácticos y ajustada al ordenado desenvolvimiento del libro de teoría, para corroborarlo con la eficacia irreemplazable de los ejemplos; y un texto de historia literaria, parco en nombres y en juicios bibliográficos, y en el que se atendiese debidamente á la relación de la actividad literaria con los caracteres de raza, de país, de sociabilidad, de instituciones, que concurren á imprimir el sello en la literatura de cada nación y cada época.

Pero tratar de esas obras complementarias excede del propósito de este artículo. Sólo he querido en él indicar una vez más la deplorable insuficiencia y *petrificación* de los textos usuales de literatura, y apuntar ligeramente la idea de ese libro humilde y benéfico con que sueño y que se escribirá cuando alguno de los que son capaces de escribirlo tenga la abnegación de quererlo escribir.

1909.

GARIBALDI

PRÓLOGO Á LA OBRA «LA BANDERA DE SAN ANTONIO», DE DON HÉCTOR VOLLO.

Un trabajo de investigación sobre la autenticidad de una reliquia histórica: reliquia de una historia que parece un mito; de un hombre que parece un numen...

¿Para contribuir, acaso, á reducir la leyenda á los términos de la realidad? ¿Para quitar á aquélla alguna parte de su hechizo? ¿Es la obra implacable del análisis que reivindica los fueros de la razón, pasado el poder fascinador de la leyenda?

No; la crítica que se hace en estas páginas se concreta á la realidad del objeto material. La substancia del glorioso episodio queda intacta.

Intacta é inconmovible, la leyenda garibaldina, en la que está engarzado, como una piedra fulgurante, ese episodio, desafía los embates de la negación y de la duda. Afortunado caso, en que la investigación, trocando su oficioso papel propicio al desencanto, no hace sino confirmar y acrisolar las maravillas de la realidad, transfigurada esta vez, no por resplandores ajenos, sino por su luz propia é infusa.

Cuando el héroe legendario, dominador de la imaginación popular, se pierde en la esfumada vaguedad de remotos tiempos, este maligno crítico que

se complace, dentro de cada uno de nosotros, en destejer la tela de nuestra fe y nuestro entusiasmo, nos argumenta con la idealización de la realidad en la mente candorosa del pueblo; con la obra lenta é instintiva que libra al personaje real de las escorias de lo insignificante y de las sombras de lo impuro, y lo levanta á la esfera de lo ideal y semidivino, como en las alas que nacen con la transfiguración de la larva en mariposa. De esta manera, el Cid de la leyenda se convierte, por la impiedad del análisis, en el caudillo que lidiaba por su yantar; quizá cruel y perjuro; quizá aliado alternativamente de moros y cristianos. Aquiles, el de los pies ligeros, no es sino el reyezuelo semibárbaro que arrastra el cadáver del vencido Héctor é injuria soezmente á Agamenón. Guillermo Tell tal vez no existió nunca.

Pero en el héroe de la Italia nueva la legendaria realidad triunfa de la contradicción por su proximidad en el tiempo y por la lucidez de una vida franqueada, del uno al otro extremo, á las miradas pertinaces.

Es la verdad y es la leyenda, que concurren en un mismo punto; es la leyenda que aparece delante de nosotros, viva, cortando la realidad como un claro que se abre entre dos rocas, en la travesía de la montaña, sobre el cielo luminoso ó inmenso; es la alucinación dotada de la consistencia del bronce, del latido y el calor de las entrañas humanas, verificable por la experiencia de todos, á plena luz del mediodía.

¡Admirable leyenda real! una de las últimas y más radiantes apariciones de *lo heroico* en la historia. Nos asombra aun más, en el tiempo en que vivimos, por lo que se aparta y disuena de las condiciones de la realidad circunstante. El pasado siglo, que empezó

entre los fuegos de la epopeya napoleónica, es rico de esos formidables nombres en que Carlyle y Émerson cifraron su filosofía de la historia. El nuestro empieza como en un vago estupor, como en una fría reserva; apáganse los luminares que orientaron la marcha de otras generaciones, y no se ve encenderse los que los sustituyan. ¿Estará cercano el día en que podamos decir con más exactitud que Rémusat: «Nuestro tiempo carece de grandes hombres»?...

Así como sobre la tumba de Hugo pudo inscribirse: «Aquí yace el último Poeta», si este nombre de *poeta* ha de tomarse en sentido homérico ó dantesco: de algo hierofántico, épico, secular, así sobre la tumba del libertador de Italia yo inscribiría: «Aquí yace el último Héroe.» Pero entiéndase la acepción que yo doy á tal palabra. Mi concepto del *Héroe* no se identifica con el de hombre superior por su voluntad y su brazo; no porque exprese siempre, dentro de este género, una mayor intensidad y grandeza, sino en razón de una *calidad* distinta. El *Héroe* es, para mí, el *iluminado* de la acción. La acción heroica es la que toma su impulso en aquellos abismos insondables del alma, de donde vinieron el demonio de Sócrates, la convulsión de la sibila, la visión del extático; en donde se engendra todo lo que obra de un modo superior á la razón: la palabra que avasalla, el gesto que electriza, el golpe que abate ó levanta por instantánea y portentosa fuerza. Bolívar es *Héroe*; San Martín no es *Héroe*. San Martín es grande hombre, gran soldado, gran capitán, ilustre y hermosísima figura. Pero no es *Héroe*. Falta para que lo sea, á su alrededor, la aureola deslumbradora, el relámpago, la vibración magnética, el misterioso soplo que, ya se le tome en sentido sobre-

natural, ya en sentido puramente humano, pero instintivo é inconsciente, es, de todas maneras, algo que viene de lo *desconocido*.

Garibaldi: tipo de héroes; personificación, la más cumplida y fiel, del *quid* heroico.

Después que pasa nuestro entusiasmo de los quince años por las *teatralidades* de la acción y las garrulerías de la libertad vociferante y callejera, ¡cuántos ídolos de barro vemos caer de los altares de nuestra devoción! ¡cuántas glorias efímeras pierden la fuerza con que nos atrajeron y el brillo con que nos deslumbraron! La solidez del fondo heroico se reconoce en que el hechizo del héroe y su leyenda sobreviva, fuera de nosotros, á los acontecimientos en cuya esfera se circunscribieron; y dentro de nosotros, á la obra del tiempo, que nos alivia el alma de ese sobrante de entusiasmo que, no encontrando objeto propio, lo crea fuera de la realidad: el tiempo, que nos enseña á separar el oro de la alquimia. Así, si dejáis á la intemperie la imagen vestida de trapos de colores y ornada de abalorios, pronto el viento y la lluvia la desnudarán, y bajo las galas destrozadas descubrirán un pedazo de madera. Pero la estatua de desnudo y firme mármol mantiene imperturbable, al aire libre, su gesto augusto; el sol la bruñe, el agua del cielo la lava, y después de cada tempestad la estatua aparece más resplandeciente y más hermosa.

Tal pasa con la épica figura del más universal de los modernos héroes. A pesar del abuso de su efigie y de su nombre en litografías coloreadas y en invocaciones liberalescas á lo Homais, entero y fascinante dura su prestigio. Yo lo comparo con la virtud de esa sublime «Marsellesa», que, profanada de mil maneras por la vulgaridad, torturada en las músi-

cas de los festejos, humillada en el cieno de las calles, guarda intacta la frescura de su estupenda melodía, y aun nos estremece, y nos levanta, y nos arranca lágrimas, como cuando surgió de la copa desbordante de Rouget de Lisle para inflamar al mundo en la embriaguez de la libertad y de la gloria.

Pero además del Garibaldi universal; de aquel que está tan alto que de todas partes se divisa su sombra veneranda, erguida, como un genio benéfico, sobre la esperanza de los oprimidos y el miedo de los opresores, hay el que los hijos de esta parte de América conocemos y sentimos; el evocado gloriosamente en nuestra memoria por el nombre de este opúsculo; el Garibaldi conciudadano nuestro y general de nuestro ejército; el soldado de la inmortal Defensa; el que peleó contra Rozas; aquel á quien recordamos como á un gran viejo de la casa y nombramos con orgullo.

Yo nunca fuí *chauvinista*. No ha mucho tuve ocasión de indignarme, á solas, leyendo la noticia de que un gran diario parisiense había propuesto á los más altos y escogidos espíritus de Francia una *enquête* que formulaba en estos términos: *Entre la humanidad y la patria ¿á cuál preferís?* Me indignaba por el solo hecho de que se hubiera propuesto tal cuestión. Me parecía increíble que, en el centro del mundo, en la capital del orbe civilizado, pudieran aún plantearse, dirigiéndose á los grandes espíritus, problemas de esa especie. Pasados pocos días, leí la crónica de una entrevista de Tolstoy con un periodista que fué á verle para saber lo que pensaba de la guerra de Oriente. El gran anti-patriota, después de maldecir los odios y egoísmos nacionales que hacen posible la ignominia de la guerra, confe-

saba que, á pesar de sus esfuerzos, no lograba arrancar del todo, de su espíritu, el sentimiento que le llevaba á considerar, dentro de la humanidad, á su tierra y su pueblo como cosas *suyas*. Y esto me sirvió después de justificación, de defensa de mí mismo ante aquella odiosa parte de nuestro ser que, según Benjamín Constant, hace de espectadora de la otra; porque un día tomé de mi biblioteca las *Memorias* de Garibaldi, y al llegar á cierta página me *descubrí* experimentando ese cosquilleo de la espina dorsal y ese relámpago que pasa tras la frente,—cosas que todos habréis experimentando, leyendo, alguna vez,—cuando leí de nuevo lo que el Héroe decía de la ciudad en que nací.... ¿Alcanzará algún día nuestro humanitarismo á suprimir estas *vejeces*, estas *preocupaciones*, estos *estigmas atávicos* de nuestra naturaleza?.. Glorifiquemos en buen hora, y en primer término, al Garibaldi de la humanidad; pero comprendamos que los que ven en el Héroe la personificación de su Italia resucitada y redimida, se extasíen ante esta faz de su gloria; y déjeseme á mí entusiasmarme con el Garibaldi que vistió á la usanza del gaúcho.

Una vez que se me encomendó escribir una convocatoria con objeto de que el pueblo de Montevideo adhiriese á la conmemoración anual de la unidad italiana, recordé ya, no sólo lo que Garibaldi representaba para ese pueblo, sino lo que él había representado para Garibaldi. Recordé que con tal conmemoración se glorificaba la memoria del que, hablando con orgullo del compañerismo que le unió á los nuestros, llamó al Montevideo de la Defensa «*la ciudad de los milagros*», «*asombro y admiración del mundo*»; del que afirmó que su resistencia heroica «*serviría*

de norte en las generaciones venideras á todos los pueblos que no quisieran rendirse á la voluntad de los poderosos», y del que dirigiéndose á la juventud italiana, en días de amarga incertidumbre, cuando aún faltaba consumar la obra emancipadora, instábala á inspirarse en la enseñanza y el ejemplo del pueblo oriental, « *en su valor sublime*», para saber al precio de qué sacrificios sobrehumanos conquistan los pueblos dignos de mejorar de suerte los bienes de la libertad.

Y partiendo de esta indeleble impresión que la grandeza guerrera y moral de la Defensa dejó, como un sello de fuego, en el espíritu del Héroe, y teniendo en cuenta, además, la inmensa parte que á su prestigio personalísimo hay que atribuir en los sucesos preparatorios de la unidad y la libertad italianas, no se forzaría ciertamente el alcance de las relaciones históricas si se afirmara que hubo influencias de la Defensa de Montevideo en el movimiento liberal de 1848, que hizo levantarse á Italia de su tumba; que hubo recuerdos de la Defensa de Montevideo en cada página de la leyenda garibaldina y en las abnegaciones espartanas de Caprera; que hubo plomo de la Defensa de Montevideo en los fuegos de los mil de Marsala, en la campaña homérica de las Sicilias, en Volturno, en Aspromonte, en Mentana; en todo lo que abrió camino al episodio que consagró definitivamente la realidad de la utopía secular, con la reivindicación de Roma intangible para la Italia una.

Gracias sean dadas al libro que nos da oportunidad de remover tan gloriosísimos recuerdos; ó mejor, sin traslación retórica, gracias sean dadas al autor de ese libro. Bien está *la bandera de San Antonio* (aque-

lla que existió sin duda: la de tela inmaterial é invisibles colores) en manos del que la sustenta en las páginas que van á leerse.

Es seguramente Héctor Vollo uno de los espíritus más cultos y mejor dotados entre aquellos con que su país ha contribuído á las fuerzas activas de nuestra sociedad, en lo que se refiere á la labor del pensamiento. Por el entusiasmo de sus convicciones liberales y la pasión generosa con que adhiere á cuanto signifique adelanto, cultura, mejora moral ó material, es un valioso obrero de toda noble propaganda. Consagra además á esta segunda patria suya hondo y sincero afecto: afecto en que intervienen, sin duda, no sólo los vínculos formados en la larga y amigable estadía, sino también un sentimiento que debe estar, que acaso está, en el corazón de todos los liberales italianos: un sentimiento de cariñosa predilección por el pueblo donde el Héroe recogió tan altos ejemplos, y los pagó con tantos heroísmos, y dejó para la historia las más bellas páginas de cuantas trazó fuera de su patria *concreta*.

Ha encauzado Vollo su actividad en la única forma que el ejercicio de la pluma tiene de profesional en nuestro ambiente: el diario. Más de uno de los nuestros guarda en sus columnas la huella de su producción, abundante, ágil, fácil siempre de reconocer, aunque el anónimo ó el pseudónimo velen su origen. No importa que esta producción sea aquella que concibe la mente mientras hay que hacer *trotar la pluma*, usando un decir de Mad. de Sévigné. Con frecuencia en Vollo el periodista deja paso, sin quererlo, quizá sin saberlo, al hombre de real preparación y al escritor de forma artística. Hace lo que suele hacer el transeunte en su Venecia, donde,—como

las casas tienen indistintamente acceso por tierra y por agua, por la calle y por el canal,—para donde quiera que el transeunte vaya y en el momento en que quiera, puede tomar, en el canal cercano, la góndola, y continuar, romancescamente embarcado, su camino, que empezó vulgarmente á pie. Vollo, á mitad de un artículo de ocasión, de una crónica efímera, de una reseña trivial por su objeto, toma de improviso su góndola, y concluye en disertación espiritual y primorosa literatura el tema que empezó en prosa pedestre.

¿Cómo es que este verdadero escritor, este *iniciado* de la escogida minoría á que fueron concedidas las gracias del estilo; este temperamento de artista y de estudioso, no se ha arrimado al yunque y ha cuidado de dar plena razón de su valer, en obras que vivan? Culpad de ello á muchas causas. Quizá á su natural modestia. Quizá á esa *non curanza* de la notoriedad y de la fama, que es una de las influencias con que el ambiente poco propicio á cosas de arte embarga al espíritu que en él se sumerge, á la manera como la perspectiva desolante del desierto lleva en sí el germen del fatalismo musulmán... Pero atribuid la mayor responsabilidad á la labor en que el diario le ha tenido *secuestrado* y sometido á la necesidad de ganar el pan de cada día, si no con el sudor de su frente, con el sudor, al menos, de la pluma... ¡Ah periodismo, periodismo! ¡de cuántos secuestros de esa especie tendrías que dar cuenta si se te llamara á juicio ante el tribunal donde se examinasen, para distribuir responsabilidades y penas, las vocaciones perdidas y las aptitudes malogradas!...

Pero no se perderán ni malograrán la vocación y las facultades de Vollo. Desde luego, éste es un libro

que lo comprueba. No aparece en él plenamente la faz del estilista, pero aparece sí la del investigador concienzudo, y, lo que vale más que la aptitud investigadora, aparece también el sentido crítico que realza y fecunda los resultados de la investigación. Quien sin prejuicio lea este trabajo, no podrá menos de considerar definitivamente resuelto el interesante punto histórico sobre que versa.

La obra futura sobre Garibaldi, que Vollo prepara con amor y dedicación dignos de tan magno tema, manifestará de cuerpo entero la personalidad literaria del autor, y será un título más que le vinculará á la ciudad de que es ciudadano, más que huésped.

Hemos decretado á Garibaldi una estatua. Pero para completar el homenaje que la ciudad de la Defensa, la ciudad de Suárez y Pacheco, debía al general de sus tiempos heroicos; al que le dió una Legión, levantando sobre ella,—porque la Italia estaba muerta,—una enseña de luto; al que venció en San Antonio; al que peleó en Europa con el *poncho* oriental y la camiseta de los Legionarios,—era preciso que un libro sobre Garibaldi se escribiese en Montevideo.

Se escribirá ese libro, y será la extensa leyenda de la estatua de mármol.

Cuando murió Horacio Greely, los publicistas norteamericanos resolvieron erigirle una estatua, y desechando el mármol y el bronce, determinaron que ella fuera de plomo y que, para fundirla, cada diario de Nueva York contribuyese con tipos de su imprenta. Funda el autor de este opúsculo la estatua de su Héroe, de nuestro Héroe, en el mismo noble material.

1904.

El Cristo á la jineta

Después del Cristo de paz, hubo menester la humana historia del Cristo guerrero, y entonces naciste tú, Don Quijote. Cristo militante, Cristo con armas, implica contradicción, de donde nace, en parte, lo cómico de tu figura, y también lo que de sublime hay en ella.

Atribuyeron á Cristo casta real, dijeron que era de la sangre de David; y tú conjeturaste que había de pasar igual cosa contigo: «Podría ser, ¡oh Sancho! —dijiste—que el sabio que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto ó sexto nieto de rey.» Nació Cristo en aldea humilde, á la que para siempre levantó de la obscuridad su cuna. Lugareño fuiste también tú, y sólo por ti vive en la memoria del mundo tu Argamasilla. Cuando se aludía á él por su nacimiento, no se vinculaba á su nombre el de su pueblo, sinó el de su región: *el Galileo* se le llamaba; como tú tomaste para añadir á tu nombre el de la comarca de que eras, el del viejo Campo Esportuario: la *Mancha* de los moros. Él, antes de poner por obra nuestra redención, quiso ser consagrado por manos del Bautista; como tú, antes de arrojarte á no muy menores empresas, quisiste recibir, del castellano de tu castillo, la pescozada y el espaldarazo. Cuarenta días y cuarenta noches pasó él en el retiro del de-

sierto; y tú, en tu penitencia de Sierra Morena, pasaras otros tantos, á no sacarte de allí maquinaciones de los hombres. Rameras hubo á su lado y las purificó su caridad; como á tu lado, y transfiguradas por tu gentileza, maritornes y mozas del partido. Él dijo: «Bienaventurados los que padecen persecución de la justicia»; y tú, pasando del dicho inaudito al hecho temerario, trozaste la cadena de los galeotes. Él atraía y retenía á su cohorte con la promesa del reino de los cielos; como tú á la cohorte tuya,—unipersonal, pero representativa del pululante *coro* humano,—con la promesa del gobierno de la ínsula. Si enfermos sanó él, tú valiste á agraviados y menesterosos. Si él conjuró los espíritus de los endemoniados, á ti te preocupó el remediar encantamientos. Ni á él quiso reconocerle el sentido común como Mesías, ni á ti como andante caballero. Burla y escarnio hicieron de su mesianismo como de tu caballería; y si la madre y los hermanos del Maestro le buscaban para disuadirle y él hubo de decir: «No tengo madre ni hermanos,» bien se te opusieron y te obstaculizaron en tu casa, tu ama y tu sobrina. Cuando desbaratas el retablo del titiritero, donde lo heroico se rebajaba á charlatanería de juglar, haces como el que echó por tierra las mesas de los mercaderes y las sillas de los vendedores de palomas. Indígnanse los sacerdotes de Jerusalén, porque ven que festeja la multitud á Cristo; y porque á ti te festejan en casa de los Duques, se indigna un ensoberbecido y necio clérigo.... Y es tu Jerusalén la casa de los Duques: allí, después de festejársete, padeces persecución; allí te befan, allí te llenan de ignominia. Como Pedro al Maestro, Sancho, hechura tuya, te niega, cuando con cobarde sigilo llega á confesar á la Du-

quesa lo que el vulgo llama tu locura. El letrero que en Barcelona cosen á tu espalda, es el «*Éste es Rey de los Judíos*,» con que se te expone á la irrisión. Sansón Carrasco es el Judas que te entrega. Un publicano, San Mateo, escribió el Evangelio de Cristo; y otro publicano, Miguel de Cervantes, tu Evangelio. Dos naturalezas había en tí, como en el Redentor: la humana y la divina; la divina de Don Quijote, la humana de Alonso Quijano el Bueno. Murió Alonso Quijano, y para otros quedaron su hacienda, y las armas tuyas, y el rocín flaco y el galgo corredor; pero tú, Don Quijote, tú, si moriste, resucitaste al tercer día: no para subir al cielo, sino para proseguir y consumar tus aventuras gloriosas; y aun andas por el mundo, aunque invisible y ubicuo, y aun deshaces agravios, y enderezas entuertos, y tienes guerra con encantadores, y favoreces á los débiles, los necesitados y los humildes, ¡oh sublime Don Quijote, Cristo ejecutivo, Cristo-León, Cristo á la jineta!

1906.

Impresiones de un drama

Dejé de las manos el drama de Payró, y mirando á través de los cristales, el aire, en que una lluvia triste se destejía en trémulos hilos, me pareció como si el agua lenta y menuda dijera el alma musical, el lírico acompañamiento, de aquel poema de dolor y miseria.

Se llama *El triunfo de los otros*, y es el cuadro conmovedor de los sufrimientos de una vida en que la vocación, desamparada por el medio, el pensar y soñar por oficio, es castigo que hiere como las negras elecciones de la Moyra trágica. Es la historia de un alma escogida, generosa, ingenua, que pasa en el trabajo á que la estimulan sus sueños los años de la juventud; que llega á la madurez sin fama ni fortuna, y que, tras de gastar lo mejor de su espíritu en avalorar con su ayuda la obra de otros, siente apagarse su razón, vencida por la constante tensión del pensamiento y por las angustias de la lucha en que el enemigo es el hambre.

Se trata, pues, del interés dramático contenido en el precario vivir que suelen llevar las gentes que, contraviniendo ó sofisticando el precepto de Dios, ganan el pan, no con el sudor de su frente, sino con el sudor negro de la pluma.... El tema, universalmente interesante, lo es en doble grado si se le concreta á la relación de nuestro ambiente con las cosas

del espíritu y con los devotos de estas cosas, á quienes llamamos escritores y artistas. Excelente ocasión para filosofar. Filosofemos. Filosofemos ahuyentando la elegía sentimental que se nos entraba en el alma bajo el ala gris de la lluvia, y guardando, mientras podamos, la serenidad olímpica, que no descompone las líneas del estilo. Imaginemos que el mismo Alcibíades y el propio Chármidas nos escuchan.

En pasados tiempos ¡oh atenienses que oís! cuentan que el problema económico del escritor se resolvía merced á la generosidad del Mecenas individual y aristocrático. El príncipe ó magnate dado á letras, ya por sincera vocación, ya por amigo de lisonjear su vanidad con el cortejo del ingenio famoso, pagaba la vida, cuando no el decoro de la vida, al hombre herido de la divina invalidez de ser poeta. A la sombra de esta protección palatina, más ó menos frondosa, dieron su flor muchos de los más gloriosos espíritus que han contribuído al tesoro de verdad y belleza de la humanidad; y si Mecenas vive en versos de Horacio, y Carlos Augusto de Weimar se ilumina del reflejo de Goethe, el *Ingenioso hidalgo* sirve de zócalo á la memoria del conde de Lemos y el *Morgante* de Pulci perpetúa un eco de los convites de Lorenzo de Médicis. Desde que los príncipes de la sangre han dejado de presidir en muchas de las cosas del mundo, los príncipes del ingenio se enorgullecen de haber dejado de ser sus vasallos, y la afirmación de que los Mecenas han pasado á la historia suele vibrar con entonación de libertad, y aun de regocijo, no sé si un tanto retórico, no sé si otro tanto irónico, en labios de los pobres artistas. Sobre esta emancipación de la pluma respecto del protector encumbrado se ha escrito y filosofado mucho, y

el adusto Alfieri tiene páginas en que se desentraña la moralidad de tan preciosa liberación, y en que, á la luz de la dignidad humana, se manifiesta la vergüenza de la condición del áulico poeta, pájaro enjaulado al que se alimenta con cañamones de oro para que regale el oído de los grandes.

Sin negar yo lo que tan generosas declamaciones tienen de justo y oportuno, me doy á sospechar, rememorando una página de don Juan Valera, y lo diré aunque sólo sea de paso, que los inconvenientes de los Mecenas de antaño se han exagerado no poco, y que el sacrificio de libertad en el pensar ó de audacia en gusto y estilo, que la protección aristocrática haya impuesto al espíritu del poeta, es cosa más aparente que real. La obligación del protegido por Mecenas solía saldarse con la dedicatoria pomposa é inocente, tanto más inocente cuanto más pomposa, después de la cual Pegaso soltaba el vuelo á su albedrío, y, si la ocasión era propicia, la vengadora ironía quedaba en libertad de urdir sus telas sutiles. Pero sea de esto lo que quiera, pasó el Mecenas individual y aristocrático y vino á substituirlo el colectivo y plebeyo. A la pensión que se cobraba en la mayordomía del palacio, ha sucedido el manuscrito descontable en el mostrador del librero. La multitud lectora alimenta á sus elegidos. Fama y dinero llegan juntos. Si las cosas pasaran absolutamente así ¿podría llamarse á esto una emancipación? Ciertamente, en el sentido en que puede ser una emancipación política pasar de la tiranía autocrática ú oligárquica á la tiranía de los muchos. Así como la democracia pura, la democracia del Ágora y el Foro, significa en realidad la más brutal tiranía, el discrecional dominio del gusto vulgar en la esfera del ar-

te sería, para el artista, una tiranía tan dura, por lo menos, como la del magnate protector, con la diferencia, en desventaja de la primera, de la natural inferioridad de cultura y gusto en el amo de múltiples cabezas. Sólo que, del mismo modo que á la democracia política hémosle puesto modernamente el límite ó contrapeso del sistema representativo, tendiendo á que el gobierno de la voluntad popular pase por tamiz que garantice cierta selección de capacidad y decoro, así la democracia literaria tiene, en los pueblos cultos, el contrapeso de la autoridad de la crítica, cuyo ministerio de censura y dirección respecto de las predilecciones literarias del público, es, si no tan eficaz como fuera de desear, suficiente, por lo menos, para mantener cierto relativo orden, cuando no en la proporción de las ganancias de dinero, en la proporción del crédito y la fama. Si Ohnet levanta millones, también los levantan Zola y Victor Hugo; y los millones de Ohnet no tienen magia con que forzar el «¡sésamo ábrete!» de la gloria, ni siquiera de la *gloriola* del momento.

El problema económico de las letras no se diferencia, pues, modernamente, del relativo á cualquiera industria ó trabajo que se apoye en la demanda común. Bien es verdad que ni la gloria ni el provecho llaman al reparto de sus recompensas sino después de un proceso de selección que puede considerarse como una de las más terribles formas sociales de la *struggle for life*. Por cada nombre que se alza á la luz, caen á la urna opaca del anónimo cientos de ellos con las alas quebradas; y aquel mismo nombre electo que surge, deja acaso tras sí una juventud amargada por la lucha cruel, una salud perdida en el esfuerzo, un tejido de afectos desgarrado por la envi-

dia.... ¡Cuán á menudo se ofrece ocasión de recordar la enérgica imagen con que Southey deploró la arrebatada muerte de Kirk White: «El caballo ganó, pero murió después de la carrera»! A pesar de todo: oficio, aunque duro, es el de escribir, allí donde se escribe para ser leído; y entre el tugurio en que muere de frío y hambre Imberto Galloix y el palacio resplandeciente que hace de marco á la ancianidad de Victor Hugo, queda ancho campo donde dedicarse á parafrasear el *aurea mediocritas* de Horacio.

Pero todo esto pasa en un mundo apartado de nosotros; todo esto pasa en un mundo que nuestra gente de letras puede contemplar, océano por medio, un poco á la manera cómo, calle por medio, contemplará el pobre diablo de la buhardilla el baile que reluce tras los balcones del señor.... Desde el momento en que el problema se transporta á tierra americana; desde que se le considera en relación con nuestro ambiente y nuestras cosas, sus condiciones se modifican fundamentalmente, y su solución favorable se aleja en términos que va á ocupar la región de los sueños de color de rosa. Como la producción literaria no responde, entre nosotros, á una necesidad espiritual de la mayoría, ni siquiera de una clase poco numerosa pero de arraigada cultura y con medios para sostener, á modo de las viejas aristocracias, su *clientela* de artistas, aquel género de producción carece casi por completo de valor económico. No hay lugar á temer que la codicia de dinero lleve á nuestros autores á un aplebeyamiento reprensible; no es el caso de recordar que «el vulgo es necio, y pues lo paga....», etc. No porque se trate de un vulgo que haya dejado de ser necio, sino porque se trata de un vulgo que no paga. Libre queda el es-

critor, de manera que pueda gustar la voluptuosidad aristocrática de escribir para sí y de sentir que su altivo y remontado espíritu vive emancipado del espíritu vulgar, contentándose con esto, mientras resuelve cómo podría consumarse también su emancipación respecto de aquellas imposiciones de la naturaleza que obligan á poner la olla al fuego, y de aquellas imposiciones de la sociedad que excluyen de la realidad de la vida el *desnudo* estatuario.

Cierto es que los que triunfan—con el triunfo ideal de la reputación *ad honorem*,—suelen hallar la solución, si no dentro de las letras, por el camino de las letras, mediante la adaptación á la política, la cual tiene cómo recompensar á los espíritus que le hacen dón de su belleza. Pero, ¡son tan pocos los que triunfan! La perseverancia de la vocación ¡tan difícilmente subsiste, sobre obstáculos é indiferencias, hasta obtener la madurez del renombre!.... Y lo que importa más: la política, mujer celosa, rara vez deja de exigir el absoluto olvido de la novia que se tuvo antes que ella. ¿Diréis que queda el periodismo? En sus rangos de retribución alentadora, el periodismo no es más que una manifestación de la política. En inferiores rangos, no constituye solución. Cuando se habla de la vida difícil, de la necesidad que ronda con su gesto de angustia, la imagen que acude á nuestro pensamiento es la del obrero de blusa y manos callosas. Justo es este recuerdo, aun tratándose de tierras donde el menestral no vive precisamente en círculos del Dante; pero ¡ay! (y ya sospecho que bajé de mi Olimpo): ¿y los obreros que no llevan blusa: el pequeño empleado, el periodista subalterno?.... El pequeño empleado, sostén quizá de su casa, que, con la palanca de su sueldo hu-

mildísimo, ha de levantar la carga, ajena al obrero, de una dignidad social que le obliga en el modo de vestir y en el modo de alojarse; y el periodista subalterno, en quien la pluma no es más que la herramienta de un trabajo obscuro y precario, tras del cual no es infrecuente que se oculte un alma de escritor malograda y nostálgica...

El Julián de Payró sabe de estas tristezas. Ha derramado en la corriente de tinta de imprimir que huye con el paso de cada día, la savia de sus años mejores: los de entusiasmo, los de empuje, al cabo de los cuales sólo tiene la obscuridad y la pobreza. Y cuando sacude el yugo de esta esclavitud, harto desencantado para poner su esperanza en el libro, que no se vende; harto desconocido é inexperto para llevar á los altares de la política su pluma, Julián recurre á este arbitrio de suicida: renunciar á su personalidad, escribir para otros, convertirse en el proveedor de la mediocridad y la ambición necesitadas de palabras, en el *memorialista* de la ignorancia presuntuosa, de la ineptitud que busca toga de guardarropía con que representar en la comedia del mundo.... Y la veta de oro mental, de que el poseedor inocente no ha sabido sacar provecho, encuentra cateadores que la olfateen y utilicen. Porque esta facultad del estilo, esta potestad de domeñar la palabra, que en el verdadero escritor es vocación ideal, amor entrañable, la codicia el ambicioso embaucador por lo que ella puede tener de instrumento con que captar voluntades y esgrimir mentiras, y la envidia el inficionado de falsa vocación literaria, por el halago de la vanidad. Ambos móviles de parasitismo esquilmador del talento llaman á las puertas del escritor miserable, con Bermúdez, que es el as-

pirante político, y con Cienfuegos, que es el falso literato. Bermúdez apela á la pluma de Julián por manifiestos y discursos. Cienfuegos, por un poco de alma para las *marionetas* de sus dramas. Que la ayuda los ponga en buen camino no es razón para que la paguen de otro modo que con míseras dádivas y amistosas protestas: conducta que, por lo demás, no arguye un grado de maldad que exceda en mucho del vulgar egoísmo. En Bermúdez no ha querido caracterizarse á un malvado. No es seguro que lo sea el mismo Cienfuegos. Ni siquiera es forzoso suponer que una ilusión de vanidad contribuya á que no reconozcan su valer legítimo al favor que reciben. Bien puede mediar sólo para ellos la creencia sincera del ningún sacrificio que el favor importa, lo que encuadra muy bien en el modo de ver de la generalidad. El criterio común rara vez atribuye su verdadero equivalente de tiempo y energía á la obra de la inteligencia. ¿Qué puede costarle el escribir y pensar al que lo profesa por oficio? ¿No ha nacido con el dón de estas cosas? ¿No lleva dentro de sí mismo la mina? Si escribe para otro, ¿hará más que dar algo de lo que le sobra?...

Quien no debe de opinar así es la inflexible naturaleza, que castiga con la enfermedad todo esfuerzo sin medida prudente. Porque Julián, extenuado, se enferma,.... y he aquí otro interesante sesgo para nuestras filosofías. Nadie niega, en tesis general, que el abuso en el esfuerzo del escritor implique una laceración orgánica; de donde vienen pérdidas de salud tan calificables de profesionales como las que determina el exceso del obrero en el género de trabajo que acostumbramos á llamar material. Pero el hecho es que, cuando el pobre trabajador de la plu-

ma se rinde á la enfermedad que lo acecha, la índole de su mal no aparece, á los ojos comunes, tan clara y patentemente vinculada al resultado de la dura labor, como los males profesionales del obrero, ni obliga, por lo tanto, á igual conmiseración é igual piedad. No hay quién desconozca, por ejemplo, que la tuberculosis de los tejedores á brazo tenga por causa la posición forzada de su cuerpo; que la caquexia de los cigarreros sea debida á la acción lenta del tabaco; que la inflamación de los ojos de los fogoneros proceda del fuego de la máquina; que el *esputo negro* de los que trabajan en la hulla venga del polvo del carbón; que el cólico de los molenderos de colores y los fabricantes de objetos de plomo se deba á la intoxicación saturnina; que los picapedreros se vuelvan tísicos por la inhalación de las partículas de piedra, y las lavanderas reumáticas por el contacto con el frío del agua. En cambio, el jornalero del pensamiento que, tras el exceso de labor mental y la tortura implacable del espíritu en busca del señuelo con que interesar la sensibilidad ajena, cae herido de mal que lo mismo puede ser la neurastenia de su vecino el ocioso burgués, que la locura de Maupassant ó la parálisis de Heine, ése no suele lograr siquiera que su infortunio se dignifique, en la conciencia de los demás, con el reconocimiento de que es realmente la herida noble adquirida en lides del trabajo. ¡Cabe atribuir tantas otras causas á las neuropatías del pobre artista; á la locura del mísero escritor, exprimido y lacerado! Por ejemplo: el vivir bohemio, los paraísos artificiales, los vampiros del vicio, ó, simplemente, la negra elección de la fatalidad, que sumerge en las mismas aciagas sombras á tantos que no son artistas... Y luego, el

argumento que está á menudo en labios de Mr. Bouvard y de Mr. Pécuchet:—«¿Se volvió loco á fuerza de forjar quimeras, ó será más bien que se dió á forjar quimeras porque ya era medio loco?»

Pero Payró no se ha propuesto hacer de su Julián un puritano: Julián aparece, por ráfagas, desordenado y bohemio; el círculo que le rodea suele precipitarle consigo, de modo que la noche de borrascoso placer alterna á veces con la de sus nobles insomnios; y éste es rasgo de verosimilitud y de lógica humana que concurre á acentuar el carácter genérico del tipo. La vida del artista miserable, amargado, abandonado, no es ni puede ser, por regla común, un ejemplo de austeridad. La *bohemia* sigue prevaleciendo en la real existencia de los vencidos del arte y de los perturbados por la perfidia de este divino y capitoso licor; por más que esté ya despcetizada y marchita como motivo de figuración poética. Sabido es que ella tuvo su edad de oro, cuya vibración aun suena en los más finos cristales de poesía con la amargura trágica del *Châtterton* y con la gracia melancólica de Müurger. La disipación era admitida y justificada entonces, casi como una necesidad, en aquel que teniendo por mandato exprimir, en la copa de la forma bella, la quinta esencia de la vida, precisaba conocer la vida en sus más intrincados laberintos y gustarla en sus más quemantes sabores. Por otra parte, una concepción aristocrática de la jerarquía humana de la gente de letras, llevaba á facilitar su emancipación respecto de la ley moral. «Todo le es permitido al genio», se decía. Y así como en los primitivos tiempos cristianos hubo sectas heréticas que predicaron la ascensión á la suprema virtud por el camino del vicio

cínico y perverso, porque del extremo del vicio se pasa al arrepentimiento, padre de la santidad, y al hastío de los goces, fiador de la perseverancia, así la gloria literaria era, para los bohemios románticos, presea que sólo se alcanzaba al costo de una existencia aventurera, orgiástica y rebelde. Esto pasó, y ya el bohemio no se nos aparece consagrado por una elección fatídica, ya no es el «personaje reinante»; y la fe en la virtud viril del trabajo, la confianza en la voluntad rítmica y fuerte, en la eficacia de la disciplina de la vida para todo género de aplicación mental, han recuperado sus fueros. Pero librémonos de extremar esta reacción, que confina con las más antipáticas limitaciones del sentimiento y el juicio. Librémonos de negarnos, con rigidez fría y necia, á la comprensión de lo que la *bohemia* tiene de interesante, de conmovedor y de humano. Y esta comprensión estriba en reconocer las fuerzas que atraen al artista, con superior intensidad que al hombre común, fuera de la órbita regular de la vida. En primer término, la profesional hipertrofia de la sensibilidad y la imaginación, con sus excitaciones, con sus desequilibrios, con sus hiperestesias, y con la correlativa reducción de toda aptitud de gobierno práctico y de orden, ya que es ley de economía orgánica que nuestras facultades se desenvuelvan á expensas las unas de las otras. Luego, el anhelo de exceder en la competencia de originalidad y verdad, mediante la aplicación de un experimentalismo artístico que opere, con el corazón y los sentidos propios, en los hornillos del sentimiento y en los alambiques de la sensación. Y además, las mismas condiciones precarias del oficio, que, si por una parte niegan á la vida el eje consistente á cuyo alrededor

ordenarla, por otra parte tientan á la angustiosa busca del olvido y al apresamiento de la hora de forzada, violenta y fugitiva dicha.

Salpicado de barro, nos interesa más el mártir que Payró nos presenta con cruda y bella realidad... Y á medida que la acción avanza, vemos cómo la miseria estrecha su cerco, cómo la usura aprieta sus anillos, cómo la enfermedad madura su ponzoña. El drama que Julian envía al empresario; la obra compuesta, al fin, por cuenta propia, para la reputación, para la vida, escolla en la repulsa. Y es la hora en que los parásitos, los *otros*, triunfan, en el parlamento y en el teatro, con la savia quitada al ingenio inhábil y convertida en fruto por su habilidad sin ingenio. De los parásitos sólo llega, en esta hora, para el árbol caído, la ingratitud procaz ó la compasión tardía y vana. La expresión dramática luce á menudo, en el drama de Payró, toques de real inspiración y energía. «¡Soberbio gusano devorador de cadáveres!» dice Julián al pseudo escritor que, tras de alimentar sus falsos triunfos con el auxilio obtenido de las últimas fuerzas que quedan al escritor verdadero, se yergue ante él, en actitud de orgullo. Cuando Julián, ya en los umbrales de la imbecilidad, habla con Ernesto, el *débauché* imbécil sin mal del cerebro, imbécil como el cualquiera que pasa, Inés prorrumpe en este grito de angustia: «¡Qué horror! ¡Ahora se parecen!».

El desenlace llega. En el abandono que culmina, se aceleran los pasos de la vesania: lo de Maupassant, lo de Feval: la pluma que se inmoviliza en la mano, la atención que se esfuerza y se disipa, y en pos del escape de excitación falaz, la indiferencia, el estupor, y luego el aniquilamiento, la abolición casi absolu-

ta de la inteligencia y la sensibilidad. «—¿Es para siempre?» preguntan al médico. — Para siempre, sí... — ¿Podrá siquiera desempeñar un empleo?— Muy modesto, casi mecánico, nada intelectual...»— Murió, pues, el artista, murió de la más negra muerte... Pero vive Inés, el amor, la voluntad, la discreción que le sostuvieron en la lucha, que recogerán ahora su ideal abatido; y en manos de Inés queda el inédito drama en que él cifraba sus anhelos de rescatar su personalidad usurpada por la vanidad y ambición de los mediocres. «—¡Oh—dice ella, dirigiéndose al pobre enfermo.-- Tu pensamiento vivirá, yo te lo juro. Tu «Anónimo» rasgará la noche, será luz. ¡El triunfo de los otros es el tuyo, Julián!»—Así termina el drama, como entreabriendo un horizonte de reparación y esperanza. Sí; no dudemos de ello: merced á Inés, el «Anónimo» tendrá nombre y se llamará Inmortalidad. Pero ¿y los que caen vencidos como él, sin dejar el hada benéfica que vele por su nombre y sus sueños? ¿Y los que sucumben después de dispersar sus fuerzas, sin haber alcanzado á concretar la obra que, desconocida ó desdeñada hoy, pueda revelarse un día como la «botella del náufrago» en el poema de Vigny: la botella en que el náufrago encierra, antes de hundirse con su nave, la revelación de los secretos que ha arrancado á lo desconocido, arrojándola á las olas que acaso la depositarán en playa habitada?... ¡Encarna, encarna, alma encantadora de Inés, en infinitos avatares, para animar el divino fuego de la esperanza en el alma del artista que duda; para alentar la apelación que envía á la justicia del porvenir el trabajador que se rinde sin gloria!

Todas estas cosas pasaron por mi mente, mientras

la lluvia triste caía en hilos menudos, después que admiré el pedazo palpitante de vida que ha desentrañado, en su última obra dramática, ese fuerte y noble espíritu que honra á la intelectualidad argentina y se llama Roberto Payró.

1907.

DIVINA LIBERTAD

AL MARGEN DE «BAJORRELIEVES» DE LEOPOLDO DÍAZ.

«¡Culto del verso por el verso; adoración estéril de la forma!»—siento clamar, condensándose las voces de reprobación y de desvío que he oído levantarse al paso de este libro nuevo.—«¿Dónde está la palabra que nos adoctrine en nuestras dudas, que nos consuele en nuestras penas, que nos estimule con sus esperanzas, en esta poesía de contornos perfectos, que sólo deja en nuestros labios, ansiosos del licor refrigerante, el contacto glacial del vaso cincelado y vacío?.... El poeta, abanderado en nuestras luchas, pertenece á la idea, pertenece á la acción, y la poesía que merece los triunfos y la gloria es aquella que aspira á representar, como algún día, en la vida de las sociedades humanas, una fuerza fecunda, una fuerza civilizadora».—Yo, que he participado, y aun participo, de esta fe en el sublime magisterio de la palabra de los poetas, creo, antes que en ninguna otra cosa, en la libertad, que Heine proclamó *irresponsable*, de su genio y de su inspiración. Cuando veo que se les exige, con amenazas de destierro, interesarse en lo que llama la Escritura *las disputas de los hombres*, recuerdo á Schiller narrando la historia de *Pegaso bajo el yugo*. El generoso alazán, vendido por el poeta indigente, es uncido por groseras y mercenarias manos á las faenas

rústicas, símbolo de la inmediata utilidad y del orden prosaico de la vida. Él se revuelve primero para sacudir el yugo que desconoce, y desmaya después de humillación y de dolor. En vano se fatigan sus amos: le desuncen, convencidos de la imposibilidad de domeñarle, y le arrojan con desprecio como cosa inútil. Pero el antíguo dueño, que vagaba triste como él, lo encuentra un día en su camino; sube, lleno de júbilo, entre sus alas desmayadas, y entonces un estremecimiento nervioso hace hervir el pecho del corcel rebelde á la labor; se despliegan sus alas, sus pupilas flamean, y tiende el vuelo hacia la altura con el soberbio brío, con la infinita libertad de la inspiración levantada sobre las cosas de la tierra...

Hermoso símbolo de la soberana independencia del arte! Comprendiéndolo en su sentido profundo, dejemos al corcel alado la voluntariedad de sus vuelos, á la poesía la fuerza de su libertad, y seamos siempre gratos al beneficio de sus dones divinos, ya se nos aparezca, como deidad armada y luminosa, en nuestras luchas; ya se retraiga en la dulce intimidad del sentimiento; ya extinga en sí la llama de la vida, como adurmiéndose sobre lecho de mármol, y deje sólo en nuestro espíritu la *caricia helada* de la forma!

1895

BOLÍVAR

Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio; grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza. Muchas vidas humanas hay que componen más perfecta armonía, orden moral ó estético más puro; pocas ofrecen tan constante carácter de grandeza y de fuerza; pocas subyugan con tan violento imperio las simpatías de la imaginación heroica.

Cuando se considera esa soberbia personificación de original energía, en el medio y la hora en que aparece, se piensa que toda la espontaneidad reprimida, toda la luz y el color escatimados en la existencia inerte de las diez generaciones sujetas al yugo colonial, se concentraron, por instantáneo desquite, en una vida individual y una conciencia única. Virtualidad infinita, el genio está perennemente á la espera en el fondo de la sociedad humana, como el rayo en las entrañas de la nube. Para pasar al acto, ha menester de la ocasión. Su sola dependencia es la del estímulo inicial que lo desata y abandona á su libertad incoercible; pero ese estímulo es la condición que se reserva el hado, porque la trae á su hora el orden de la sociedad que tienta y solicita el arranque innovador. Larga sucesión de generaciones pasa, acaso, sin que la extraordinaria facultad que duerme ve-

lada en formas comunes tenga obra digna en que emplearse; y cuando, en la generación predestinada, el rebosar de una aspiración, la madurez de una necesidad, traen la ocasión propicia, suele suceder que la respuesta al silencioso llamamiento parta de una vida que ha empezado á correr, ignorante de su oculta riqueza, en un sentido extraño á aquel que ha de transfigurarla por la gloria.

Algo de esta súbita exaltación hay en el heroísmo de Bolívar. Desde que su conciencia se abrió al mundo, vió acercarse el momento de la Revolución, participando de los anhelos que la preparaban en la secreta agitación de los espíritus; pero ese vago hervor de su mente no imprimió carácter á una juventud que, en su parte expresiva y plástica, tuvo un sello distinto del que se buscaría como anuncio de las supremas energías de la acción. Su primer sueño fué de belleza, de magnificencia y de deleite. Si las fatalidades de la historia hubieran puesto fuera de su época la hora de la emancipación, habría llevado la vida de gran señor, refinado é inquieto, que prometía mientras repartió su tiempo entre sus viajes, el retiro de su hacienda de San Mateo y la sociedad de la Caracas palaciana y académica de los últimos dias de la colonia. Algún destello del alma de Alcibíades parece reflejarse en el bronce de esa figura de patricio mozo y sensual, poseedor inconsciente de la llama del genio, en quien la atmósfera de la Europa inflamada en el fuego de las primeras guerras napoleónicas excitó el sentimiento de la libertad política, como una inclinación de superioridad y de nobleza, llena del tono clásico, y hostil, por su más íntima substancia, á toda afición demagógica y vulgar. Aun no anunciaba en aquel momento la gloria, pe-

ro sí el brillo que la remeda allí donde no hay espacio para más. Uníanse en la aureola de su juventud el lustre de la cuna, los medios del pingüe patrimonio, todos los dones de la inteligencia y de la cortesanía, realzados por el fino gusto literario y la pasión del bello vivir. Y esta primera corteza de su personalidad no desapareció enteramente con la revelación de su profunda alma ignorada. «Varón estético», como se dijo de Platón y como puede extenderse á toda una casta de espíritus, continuó siéndolo cuando el genio lo llevó á sus alturas; y héroe, tuvo la elegancia heroica: la preocupación del gesto estatuario, del noble ademán, de la actitud gallarda é imponente, que puede parecer histriónica á los que no hayan llegado á una cabal comprensión de su personalidad, pero que es rasgo que complementa de manera espontánea y concorde la figura de estos hombres de acción en quienes el genio de la guerra, por la finalidad visionaria y creadora que lo mueve, confina con la naturaleza del artista y participa de la índole de sus pasiones.—¿No ha asimilado Taine, en riguroso análisis de psicología, la espada de Napoleón al cincel escultórico de Miguel Angel, como instrumentos de una misma facultad soberana, que ejercita el uno en las entrañas insensibles del mármol y el otro en las animadas y dolientes de la realidad?...

Así aparece desde el día en que selló sus esponsales con la vocación, que ya le enamoraba é inquietaba, cuando, de paso por Roma, sube, como arrebatado de un numen, á la soledad del Aventino, á cuyos pies mira extenderse el vasto mar de recuerdos de libertad y de grandeza; y como hablando á la conciencia de esta antigüedad, jura libertar un mundo.

Así aparece luego, en Caracas, cuando, entre el espanto del terremoto que despedaza la ciudad en vísperas de la Revolución, levanta, sobre las ruinas convulsas de la iglesia de San Jacinto, su figura nerviosa y altanera, y allí, en presencia de un español despavorido, prorrumpe en las soberbias palabras, á cuyo lado palidece la imprecación famosa de Ayax de Telamón: «Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y la someteremos!»—En la batalla, en el triunfo, en la entrada á las ciudades, en el ejercicio del poder ó entre las galas de la fiesta, siempre luce en él el mismo instintivo sentimiento de esa que podemos llamar la forma plástica del heroísmo y de la gloria. Concertando la febril actividad de una guerra implacable, aun queda huelgo en su imaginación para honrar, por estilo solemne, la memoria y el ejemplo de los suyos, en pompas como aquella procesión, semejante á una ceremonia pagana, que llevó triunfalmente el corazón de Girardot, en urna custodiada por las armas del Ejército, desde el Bárbula, donde fué la muerte del héroe, hasta Caracas. En la memoria de sus contemporáneos quedó impresa la magestad antigua del gesto y el porte con que, constituída Colombia, penetró al recinto de la primera asamblea, á resignar en ella el mando de los pueblos. Ante las cosas soberanas y magníficas del mundo material experimenta una suerte de emulación, que le impulsa á hacer de modo que éntre él mismo á formar parte del espectáculo imponente y á señorearlo como protagonista. En su ascensión del Chimborazo, que interpreta la retórica violenta pero sincera, en su énfasis, del «Delirio», se percibe, sobre todo otro sentimiento, el orgullo de subir, de pisar la rente del coloso, de llegar más arriba que La Con-

damine, más arriba que Húmboldt, adonde no haya huella antes de la suya. Otra vez, se acerca á admirar la sublimidad del Tequendama. Allí su espíritu y la naturaleza componen un acorde que lo exalta como una influencia de Dionysos. Cruzando la corriente de las aguas, y en el preciso punto en que ellas van á desplomarse, hay una piedra distante de la orilla el justo trecho que abarca el salto de un hombre. Bolívar, sin quitarse sus botas de tacón herrado, se lanza de un ímpetu á aquella piedra bruñida por la espuma, y tomándola de pedestal, yergue la cabeza, incapaz de vértigo, sobre el voraz horror del abismo.

Era la continuación, transfigurada según conviene á la grandeza heroica, de aquel mismo carácter de su juventud que le hizo escribir, mientras deshojaba en las cortes europeas las rosas de sus veinte años, esta confesión de una carta á la Baronesa de Trobriand: «Yo amo menos los placeres que el fausto, porque me parece que el fausto tiene un falso aire de gloria». Y esto venía tan del fondo de su naturaleza que, en rigor, nunca hubo carácter más inmune de todo amaño y remedo de afectación. Nunca le hubo, en general, más espontáneo é inspirado. Todo es iluminación en sus propósitos; todo es arrebato en su obra. Su espíritu es de los que manifiestan la presencia de esa misteriosa manera de pensamiento y de acción, que escapa á la conciencia del que la posee, y que, sublimando sus efectos muy por arriba del alcance de la intención deliberada y prudente, vincula las más altas obras del hombre á esa ciega fuerza del instinto, que labra la arquitectura del panal, orienta el ímpetu del vuelo, y asegura el golpe de la garra. Así, para sus victorias le valen el re-

pentino concebir y el fulminante y certero ejecutar. Y en la derrota, una especie de dón *anteico*, como no se ve en tal grado en ningún otro héroe; una extraña virtud de agigantarse más cuanto más recia fué y más abajo la caída; una como asimilación tonificante de los jugos de la adversidad y del oprobio: no en virtud del aleccionamiento de la experiencia, sino por la reacción inconsciente é inmediata de una naturaleza que desempeña en ello su ley. Su fisonomía guerrera tiene en este rasgo el sello que la individualiza. Bien lo significó el español Morillo en pocas palabras: «Más temible vencido que vencedor». Sus campañas no son el desenvolvimiento gradual y sistemático de un plan de sabiduría y reflexión, que proceda por partes, reteniendo y asegurando lo ya dejado atrás, y proporcionando las miras del arrojo á la juiciosa medida de las fuerzas. Son como enormes embestidas, como gigantescas oleadas, que alternan, en ritmo desigual, con tumbos y rechazos no menos violentos y espantables, desplomándose de súbito el esfuerzo que culminaba avasallador, para resurgir muy luego, en otra parte, y de otro modo, y con más brío, hasta que un impulso más pujante ó certero que los otros sobrepasa el punto de donde ya no puede tomar pendiente el retroceso, y entonces la victoria persiste, y crece, y se propaga, como las aguas de la inundación, y de nudo en nudo de los Andes cada montaña es un jalón de victoria. Nadie ha experimentado más veces, ni en menos tiempo, la alternativa del triunfo con visos y honores de final, y el anonadamiento y el desprestigio sin esperanzas—para los otros,—de levante. Revolucionario fracasado y proscrito, falto de superior renombre y de medios materiales de acción,

se alza de un vuelo al pináculo de la fama militar y de la autoridad caudillesca con aquella asombrosa campaña de 1813, que inicia á la cabeza de medio millar de hombres, y que le lleva, en ciento y tantos días de arrebato triunfal, desde las vertientes neogranadinas de los Andes hasta el palacio de los capitanes de Caracas, donde, sobre lo transitorio de honores y poderes, vincula para siempre á su nombre su título de Libertador. Aun no ha transcurrido un año de esto, y las costas del mar Caribe le miran fugitivo, abandonado y negado por los suyos; vuelta en humo, al parecer, toda aquella gloria, que ni aun le defiende de la ira con que le acusan y de la ingratitud con que le afrentan. Y cuando se busca adónde ha ido á abismar su humillación, vésele de nuevo en lo alto, empuñando el timón de la Nueva Granada que desfallecía, entrando con la libertad á Bogotá, como antes á Caracas....; y apenas se ha doblado esta página, aparece otra vez desobedecido y forzado á abandonar en manos de un rival obscuro las armas con que se aprestaba á entrar en Venezuela; y entonces su reaparición es en Haití, de donde, con el mismo propósito, sale acaudillando una expedición que por dos veces toma tierra cerca de Caracas y las dos veces acaba en rechazo, y la última, en nueva ruina de su poder y de su crédito, entre denuestos de la plebe y altanerías de la emulación ambiciosa.

Pero la natural autoridad que emana de él es una fuerza irresistible, como toda voluntad de la Naturaleza, y poco tiempo pasa sin que aquella grita se acalle, sin que sus émulos le reconozcan y obedezcan, sin que los destinos de la Revolución estén de nuevo en sus manos, desde la Guayana, donde Piar

ha asegurado el respaldar de la futuras campañas, hasta los llanos del Apure, donde hierven las montoneras de Páez. Funda gobierno, guerrea, sofoca todavía rebeliones de los suyos; la adversidad le persigue implacable en La Puerta, en Ortiz, en el Rincón de los Toros; y una noche, después de la última derrota, un hombre, sin compañero ni caballo, huye escondiéndose en la espesura de los bosques, hasta que, á la luz de la aurora, reúne una escolta de ginetes dispersos, con los que orienta su camino. Es Bolívar, que, perdidos su ejército y su autoridad, marcha—¿qué mucho, siendo él?—á forjarse nueva autoridad y nuevo ejército. No tardará en conseguir lo uno y lo otro: la autoridad, robustecida por la sanción de una asamblea que le da el sello constitucional; el ejército, más regular y organizado que cuantos tuvo hasta entonces.

Éste es el momento en que su constancia inquebrantable va á subyugar y volver en adhesión firmísima las desigualdades de la suerte. La iluminación de su genio le muestra asegurados los destinos de la Revolución con la reconquista de la Nueva Granada. Para reconquistar la Nueva Granada es menester escalar los Andes, luego de pasar ciénagas extensas, ríos caudalosos; y es la estación de invierno, y tamaña empresa se acomete con un ejército punto menos que desnudo. Otros pasos de montaña puede haber más hábiles y de más ejemplar estrategia; ninguno tan audaz, ninguno tan heroico y legendario. Dos mil quinientos hombres suben por las pendientes orientales de la Cordillera, y bajan por las de Occidente menor número de espectros, y estos espectros son de los que eran fuertes del cuerpo y del ánimo, porque los débiles quedaron en la nieve, en los

torrentes, en la altura donde falta el aire para el pecho. Y con los espectros de los fuertes se gana Boyacá, que abre el camino de la altiplanicie donde Colombia ha de fijar su centro, y de vuelta de la altiplanicie se gana Carabobo, que franquea hacia Oriente el paso de Caracas, y desde ese instante el dominio español ha perecido en cuanto va de las bocas del Orinoco hasta el istmo de Panamá. Desde ese instante, á los altibajos de aquella guerra de angustiosa incertidumbre, sucede como un declive irresistible que la victoria, rendida y hechizada, hace con sus brazos, inclinados al Sur, para que el torrente de las armas emancipadoras corra á confundirse con aquel otro que avanza, desde los Andes argentinos, anunciando su avenida por los ecos de las dianas triunfales de Chacabuco y de Maipo. Colombia ha completado sus fronteras, después que ha puesto bajo «el manto del iris» los volcanes del Ecuador, y es libre para siempre. Pero aun queda para Bolívar lidiar por América, que es más su patria que Colombia. San Martín está frente á él, lauro para lauro. La gloria de lo que falta por hacer no es ambición compartible. Cuando se trata de determinar cuál ha de gozarla de los dos, bastan, de una parte, la conciencia de la superioridad, y de otra parte, el leal y noble acatamiento de ella. Bolívar será quién corone, como las campañas del Norte, las del Sur. Y como en Bogotá, como en Caracas, como en Quito, entra en Lima, en el Cuzco, en La Paz, el libertador de América; y mientras el último ejército español, numeroso y fuerte, se apresta á esperarle, y él se consagra á apercibir el suyo, enferma, y doliente todavía oye que le preguntan: —«¿Qué piensa usted hacer ahora?»—«Triunfar,» contesta con sencillez de esparciata. Y triunfa; triunfa después de

cruzar las gargantas de los Andes, á la altura del cóndor, como en las vísperas de Boyacá, que ahora reproduce Junín; y con el impulso de Junín triunfa, por el brazo de Sucre, en Ayacucho, donde catorce generales de España entregan, al alargar la empuñadura de sus espadas rendidas, los títulos de aquella fabulosa propiedad que Colón pusiera, trescientos años antes, en manos de Isabel y Fernando. Cumplida está la obra de Bolívar, pero aun rebosan sobre ella la aspiración y los heroicos alientos. Aun sueña el héroe con más; aun querría llegar á las márgenes del Plata, donde padece bajo la conquista un pueblo arrancado á la comunidad triunfante en Ayacucho; ser, también para él, el Libertador; arrollar hasta la misma corte del Brasil las huestes imperiales, fundar allí la república, y remontando la corriente del Amazonas, como Alejandro los ríos misteriosos de Oriente, cerrar la inmensa elipse de gloria en suelo colombiano, é ir á acordar y presidir la armonía perenne de su obra, en la asamblea anfictiónica de Panamá.

—

El conjunto de este tempestuoso heroísmo es de un carácter singular é inconfundible en la historia. Lo es por el enérgico sello personal del propio héroe, y lo es también por la vinculación estrecha é indisoluble de su acción con cien íntimas peculiaridades del ambiente en que se genera y desenvuelve. Y ésta constituye una de las desemejanzas que abren tan ancho abismo entre Bolívar y el que con él comparte, en América, la gloria del libertador. San Martín podría salir de su escenario sin descaracterizarse, ni desentonar dentro de otros pueblos

y otras epopeyas. Su severa figura cambiaría, sin disconveniencia, el pedestal de los Andes por el de los Pirineos, los Alpes ó los Rocallosos. Imaginémoslo al lado de Turena: valdría para heredero de su espada previsora y segura y de su noble y sencilla gravedad. Transportémosle junto á Wáshington: podría ser el más ilustre de sus conmilitones y el más ejemplar de sus discípulos. Pongámosle en las guerras de la Revolución y del Imperio: llenaría el lugar del abnegado Hoche, cuando se malogra, ó del prudente Moreau, cuando sale proscrito. Es, considerado aparte del gran designio á que obedece, el tipo de abstracción militar que encuentra marco propio en todo tiempo de guerra organizada, porque requiere, no la originalidad del color, sino el firme y simple dibujo de ciertas superiores condiciones de inteligencia y voluntad, que el carácter humano reproduce sobre las diferencias de razas y de siglos. En cambio, la figura de Bolívar no sufre otra adaptación que la real. Fuera de la América nuestra y lidiando por otra libertad que la nuestra, quedaría desvirtuada ó trunca. Bolívar, el revolucionario, el *montonero*, el general, el caudillo, el tribuno, el legislador, el presidente...., todo á una y todo á su manera, es una originalidad irreducible, que supone ó incluye la de la tierra de que se nutrió y los medios de que dispuso. Ni guerrea como estratégico europeo, ni toma, para sus sueños de fundador, más que los elementos dispersos de las instituciones basadas en la experiencia ó la razón universal, ni deja, en su conjunto, una imagen que se parezca á cosa de antes. Por eso nos apasiona y nos subyuga, y será siempre el héroe por excelencia representativo de la eterna unidad hispanoameri-

cana. Más en grande y más por lo alto que los caudillos regionales, en quienes se individualizó la originalidad semibárbara, personifica lo que hay de característico y peculiar en nuestra historia. Es el barro de América atravesado por el soplo del genio, que trasmuta su aroma y su sabor en propiedades del espíritu, y hace exhalarse de él, en viva llama, una distinta y original heroicidad.

La revolución de la independencia suramericana, en los dos centros donde estalla y de donde se difunde: el Orinoco y el Plata, manifiesta una misma dualidad de carácter y de formas. Comprende, en ambos centros, la iniciativa de las ciudades, que es una revolución de ideas, y el levantamiento de los campos, que es una rebelión de instintos. En el espíritu de las ciudades, la madurez del desenvolvimiento propio y las influencias reflejadas del mundo, trajeron la idea de la patria como asociación política, y el concepto de la libertad practicable dentro de instituciones regulares. Deliberación de asambleas, propaganda oratoria, milicias organizadas, fueron los medios de acción. Pero en los dilatados *llanos* que se abren desde cerca del valle de Caracas hasta las márgenes del Orinoco, y en las anchurosas *pampas* interpuestas entre los Andes argentinos y las orillas del Paraná y el Uruguay, así como en las *cuchillas* que ondulan, al oriente del Uruguay, hacia el Océano, la civilización colonial, esforzándose en calar la entraña del desierto, el cual le oponía por escudo su extensión infinita, sólo había alcanzado á infundir una población rala y casi nómade, que vivía en semibarbarie pastoril, no muy diferentemente del árabe beduino ó del hebreo de tiempos de Abraham y Jacob; asentándose, más que sobre

la tierra, sobre el lomo de sus caballos, con los que señoreaba las vastas soledades tendidas entre uno y otro de los *hatos* del Norte y una y otra de las *estancias* del Sur. El varón de esta sociedad, apenas solidaria ni coherente, es el *llanero* de Venezuela, el *gaucho* del Plata, el centauro indómito esculpido por los vientos y soles del desierto en la arcilla amasada con sangre del conquistador y del indígena; hermosísimo tipo de desnuda entereza humana, de heroísmo natural y espontáneo, cuya genialidad bravía estaba destinada á dar una fuerza de acción avasalladora, y de carácter plástico y color, á la epopeya de cuyo seno se alzarían triunfales los destinos de América. En realidad, esta fuerza era extraña, originariamente, á toda aspiración de patria constituída y toda noción de derechos políticos, con que pudiera adelantarse, de manera consciente, á tomar su puesto en la lucha provocada por los hombres de las ciudades. Artigas, al Sur, la vinculó desde un principio á las banderas de la Revolución; Boves y Yáñez, al Norte, la desataron á favor de la resistencia española, y luego Páez, allí mismo, la ganó definitivamente para la causa americana. Porque el sentimiento vivísimo de libertad que constituía la eficacia inconjurable de aquella fuerza desencadenada por la tentación de la guerra, era el de una libertad anterior á cualquier género de sentimiento político, y aun patriótico: la libertad primitiva, bárbara, crudamente individualista, que no sabe de otros fueros que los de la naturaleza, ni se satisface sino con su desate incoercible en el espacio abierto, sobre toda valla de leyes y toda coparticipación de orden social; la libertad de la banda y de la horda; ésa que, en la más crítica ocasión de la

historia humana, acudió á destrozar un mundo caduco y á mecer sobre las ruinas la cuna de uno nuevo, con sus ráfagas de candor y energía. La sola especie de autoridad conciliable con este instinto libérrimo era la autoridad personal capaz de guiarlo á su expansión más franca y domeñadora, por los prestigios del más fuerte, del más bravo ó del más hábil; y así se levantó, sobre las multitudes inquietas de los campos, la soberanía del *caudillo*, como la del primitivo jefe germano que congregaba en torno de sí su vasta familia guerrera sin otra comunidad de propósitos y estímulos que la adhesión filial á su persona. Conducida por la autoridad de los caudillos, aquella democracia bárbara vino á engrosar el torrente de la Revolución, adquirió el sentimiento y la conciencia de ella, y arrojó en su seno el áspero fermento popular que contrastase las propensiones oligárquicas de la aristocracia de las ciudades, al mismo tiempo que imprimía en las formas de la guerra el sello de originalidad y pintoresco americanismo que las determinase y diferenciara en la historia. Frente al ejército regular, ó en alianza con él, aparecieron la táctica y la estrategia instintivas de la *montonera*, que suple los efectos del cálculo y la disciplina con la crudeza del valor y con la agilidad heroica; el guerrear para que son únicos medios esenciales el vivo relámpago del potro, apenas domado y unimismándose casi con el hombre en un solo organismo de centauro, y la firmeza de la lanza esgrimida con pulso de titán en las formidables cargas que devoran la extensión de la sumisa llanura.

Bolívar subordinó á su autoridad y su prestigio esta fuerza, que complementaba la que él traía originariamente en ideas, en espíritu de ciudad, en

ejército organizado. Abarcó dentro de su representación heroica la de esa mitad original é instintiva de la Revolución americana, porque se envolvió en su ambiente y tuvo por vasallos á sus inmediatas personificaciones. Páez, el intrépido jefe de llaneros, le reconoce y pone sobre sí desde su primera entrevista, cuando él viene de rehacer su prestigio perdido con la infausta expedición de los Cayos; y en adelante las dos riendas de la Revolución están en manos de Bolívar, y la azarosa campaña de 1817 á 1818 muestra, concertados, los recursos del instinto dueño del terreno y los de la aptitud guerrera superior y educada. En los extensos llanos del Apure, el Libertador convive y conmilita con aquella soldadesca primitiva y genial, que luego ha de darle soldados que le sigan en la travesía de los Andes y formen la vanguardia con que vencerá en Carabobo. Tenía, para gallardearse en ese medio, la condición suprema, cuya posesión es título de superioridad y de dominio, como es su ausencia nota de extranjería y de flaqueza: la condición de maestrísimo ginete, de insaciable bebedor de los vientos sobre el caballo suelto á escape, tras el venado fugitivo, ó por la pura voluptuosidad del arrebato, trás la fuga ideal del horizonte. El Alcibíades, el escritor, el diplomático de Caracas era, cuando cuadraba la ocasión, el gaucho de las pampas del Norte: el llanero.

Este contacto íntimo con lo original americano no se dió nunca en San Martín. El capitan del Sur, apartado de América en sus primeros años y vuelto á edad ya madura, sin otra relación con el ambiente, durante tan dilatado tiempo, que la imagen lejana, bastante para mantener y acrisolar la constancia del amor, pero incapaz para aquel adobo sutil con que se infunde

en la más honda naturaleza del hombre el aire de la patria, realizó su obra de organizador y de estratégico sin necesidad de sumergirse en las fuentes vivas del sentimiento popular, donde la pasión de libertad se desataba con impulso turbulento é indómito, al que nunca hubiera podido adaptarse tan rígido temple de soldado. La accidental cooperación con las *montoneras* de Güemes no acortó estas distancias. En el Sur, la Revolución tiene una órbita para el militar, otra para el caudillo. El militar es San Martín, Belgrano ó Rondeau. El caudillo es Artigas, Güemes ó López. Uno es el que levanta multitudes y las vincula á su prestigio personal y profético, y otro el que mueve ejércitos de línea y se pone con ellos al servicio de una autoridad civil.

En Bolívar ambas naturalezas se entrelazan, ambos ministerios se confunden. Artigas más San Martín: eso es Bolívar. Y aun faltaría añadir los rasgos de Moreno, para la parte del escritor y del tribuno. Bolívar encarna, en la total complejidad de medios y de formas, la energía de la Revolución, desde que, en sus inciertos albores, la abre camino como conspirador y como diplomático, hasta que, declarada ya, remueve para ella los pueblos con la autoridad del caudillo, infunde el verbo que la anuncia en la palabra hablada y escrita, la guía hasta sus últimas victorias con la inspiración del genio militar, y finalmente la organiza como legislador y la gobierna como político.

—

Valióle para tanto su natural y magnífica multiplicidad de facultades. El genio, que es á menudo

unidad simplísima, suele ser también armonía estupenda. Veces hay en que esa energía misteriosa se reconcentra y encastilla en una sola facultad, en una única potencia del alma, sea ésta la observavación, la fantasía, el pensamiento discursivo, el carácter moral ó la voluntad militante; y entonces luce el genio de vocación restricta y monótona, que, si nació para la guerra, guerrea silencioso, adusto é incapaz de fatiga, como Cárlos XII, el de Suecia; si para el arte, pasa la vida, como Flaubert, en un juego de belleza, mirando con indiferencia de niño las demás cosas del mundo; y si para el pensamiento, vive en la exclusiva sociedad de las ideas, como Kant, en inmutable abstracción de sonámbulo. La facultad soberana se magnifica restando lugar y fuerza á las otras, y levanta su vuelo, como águila solitaria y señera, sobre la yerma austeridad del paisaje interior. Pero no pocas veces, lejos de obrar como potestad celosa y ascética, obra á modo de conjuro evocador ó de simiente fecunda; para su confidencia y complemento, suscita vocaciones secundarias que rivalizan en servirla, y como si trás el águila del parangón se remontarán, de los abismos y eminencias del alma, otras menores que la hicieran séquito, la potencia genial se despliega en bandada de aptitudes distintas, que rompen concertadamente el espacio en dirección á una misma cúspide. A esta imagen corresponden los genios complejos y armoniosos; aquellos en quienes toda la redondez del alma parece encendida en una sola luz de elección; ya ocupe el centro de esa redondez la imaginación artística, como en Leonardo; ya la invención poética, como en Goethe; ya, como en César ó Napoleón, la voluntad heroica. Tanto más ga-

llardamente descuella la arquitectónica mental de estos espíritus múltiples, cuando la vocación ó facultad que lleva el cetro en ellos,—el *quilate-rey*, si recordamos á Gracián,—halla cómo orientarse, de manera firme y resuelta, en una grande y concentrada obra, en una idea constante que le imprima fuerte unidad y en la que puedan colaborar á un mismo tiempo todas las aptitudes vasallas, de suerte que aparezca operando, en el seno de aquella unidad enérgica, la variedad más rica y concorde.

De esta especie genial era Bolívar. Toda actividad de su grande espíritu, toda manera de superioridad que cabe en él, se subordina á un propósito final y contribuye á una obra magna: el propósito y la obra del libertador; y dentro de esta unidad coparticipan, en torno á la facultad central y dominante, que es la de la acción guerrera, la intuición del entendimiento político, el poder de la aptitud oratoria, el dón del estilo literario. Como entendimiento político, nadie, en la revolución de América, lo tuvo más en grande, más iluminado y vidente, más original y creador; aunque no pocos de sus contemporáneos le excedieran en el arte concreto del gobierno y en el sentido de las realidades cercanas. Él, con más claridad que el presente, veía el porvenir. Desde Jamaica, en 1815, aun lejano y obscuro el término de la Revolución, escribe aquella asombrosa carta, ardiente de relámpagos proféticos, en que predice la suerte de cada uno de los pueblos hispanoamericanos después de su independencia, vaticinando así la vida de ordenado sosiego de Chile como el despotismo que ha de sobrevenir en el Plata con Rozas. El sistema de organización propuesto en 1819 al Congreso de Angostura manifiesta, á

vuelta de lo que tiene de híbrido y de utópico, la crítica penetrante y audaz de los modelos políticos que proporcionaba la experiencia, y una facultad constructiva, en materia constitucional, que busca su apoyo en la consideración de las diferencias y peculiaridades del ambiente á que ha de aplicarse. Esta facultad toma aún mayor vuelo y carácter en la constitución boliviana, extendida luego al Perú, obra del apogeo de su genio y de su fortuna, donde los sueños de su ambición forman extraño conjunto con los rasgos de una inventiva innovadora que ha merecido la atención y el análisis de los constitucionalistas, como la idea de un «poder electoral», seleccionado del conjunto de los ciudadanos, en la proporción de uno por diez, al que correspondería elegir ó proponer los funcionarios públicos.

Con estos planes constitucionales compartía la actividad de su pensamiento, en los días de la plenitud de su gloria, la manera de realizar su vieja aspiración de unir en firme lazo federal los nuevos pueblos de América, desde el Golfo de Méjico hasta el Estrecho de Magallanes. No concurre en el Libertador merecimiento más glorioso, si no es la realización heroica de la independencia, que la pasión ferviente con que sintió la natural hermandad de los pueblos hispanoamericanos y la inquebrantable fe con que aspiró á dejar consagrada su unidad ideal por una real unidad política. Esta idea de unidad no era en él diferente de la idea de la emancipación: eran dos fases de un mismo pensamiento; y así como ni por un instante soñó con una independencia limitada á los términos de Venezuela ni de los tres pueblos de Colombia, sino que siempre vió en la entera extensión del Continente el teatro indivisible de la

Revolución, nunca creyó tampoco que la confraternidad para la guerra pudiese concluir en el apartamiento que consagran las fronteras internacionales. La América emancipada se representó, desde el primer momento, á su espíritu, como una indisoluble confederación de pueblos: no en el vago sentido de una amistosa concordia ó de una alianza dirigida á sostener el hecho de la emancipación, sino en el concreto y positivo de una organización que levantase á común conciencia política las autonomías que determinaba la estructura de los disueltos virreinatos. En el Istmo de Panamá, donde las dos mitades de América se enlazan y los dos océanos se acercan, creía ver la situación predestinada de la asamblea federal en que la nueva anfictionía erigiese su tribuna, como la anfictionía de Atenas en el Istmo de Corinto. Desde que, ocupando á Caracas después de la campaña de 1813, gobierna por primera vez en nombre de América, asoma ya en su política esta idea de la unidad continental, que ha de constituir el supremo galardón á que aspire cuando vencedor y árbitro de un mundo. La realidad inmediata negóse á acoger su sueño: mil fuerzas de separación que obraban en el roto imperio colonial, desde la inmensidad de las distancias físicas, sin medios regulares de comunicación, hasta las rivalidades y las desconfianzas de pueblo á pueblo, ya fundadas en una relativa oposición de intereses, ya en el mantenimiento de prepotencias personales, volvían prematuro y utópico el grande pensamiento, que aun hoy se dilata más allá del horizonte visible; y ni siquiera la unidad parcial de Colombia alcanzó á subsistir. ¿Qué importa? La visión genial no dejaba de anticipar por ello la convergencia necesaria, aun-

que haya de ser difícil y morosa, de los destinos de estos pueblos: la realidad triunfal é ineluctable de un porvenir que, cuanto más remoto se imagine, tanto más acreditará la intuición profética de la mirada que llegó hasta él. En lo formal y orgánico, la unidad intentada por Bolívar no será nunca más que un recuerdo histórico; pero debajo de esta corteza temporal está la virtud perenne de la idea. Cuando se glorifica en Mazzini, en D'Azeglio ó en Gioberti, la fe anunciadora y propagadora de la Italia una, no se repara en las maneras de unión que propusieron, sino en el fervor eficaz con que aspiraron á lo esencial del magno objetivo. Con más ó menos dilación, en una ú otra forma, un lazo político unirá un día á los pueblos de la América nuestra, y ese día será el pensamiento del Libertador el que habrá resurgido y triunfado, y será su nombre el que merecerá, antes que otro alguno, cifrar la gloria de tan alta ocasión. El régimen del consulado vitalicio, que Bolívar preconizaba, no podía resolver, ni el problema de la confederación de estos pueblos, ni el de su organización interior. Era un desvirtuado simulacro de república; pero en este punto debe decirse que si Bolívar no llegó á la aceptación franca y cabal del sistema republicano, con su esencialísimo resorte de la renovación del cargo supremo, sostuvo siempre—y es indisputable gloria suya,—el principio republicano en oposición á la monarquía, de cuyo lado lo solicitaban las opiniones más prudentes y valiosas, y que era el ideal de gobierno con que venía del Sur, en cumplimiento del programa político de Buenos Aires, la triunfadora espada de San Martín. La república íntegra y pura tuvo en la América revolucionaria, y desde el primer momento de la Revolu-

ción, un partidario fidelísimo y un mantenedor armado: nada más que uno, y éste fué Artigas; pero aun no se sabe bien, fuera del pueblo que vela dentro de su alma esa tradición gloriosa, porque acontece que algunos de los aspectos más interesantes y reveladores de la revolución del Río de la Plata, ó no están escritos ó no están propagados. Yo lo pensaba hace poco leyendo el resumen, admirable de perspicuidad y precisión, que de los orígenes de la América contemporánea hizo, en sus recientes conferencias de Madrid, el alto y noble talento de Rufino Blanco Fombona. Dícese allí que la revolución del extremo Sur nació y se mantuvo en un ambiente de ideas monárquicas; y es relativa verdad, porque no se cuenta con Artigas, y la revolución del extremo Sur, es, en efecto, una revolución monárquica, sin la acción excéntrica de Artigas, el removedor de la democracia de los campos, hostilizado y perseguido, como fiera en coso, por la oligarquía monarquista de los Posadas y los Pueyrredones, y despedazado é infamado luego, en historias efímeras, por los escritores herederos de los odios de aquella política oligárquica. Una fundamental revisión de valores es tarea que empieza en la historia de esta parte del Sur; y cuando esa revisión se haya hecho, mientras pasarán á segundo plano figuras pálidas y mediocres, se agigantará, como figura de América, la del caudillo de garra leonina que en 1813 levantaba, por bandera de organización, íntegra y claramente definido, el sistema republicano, que Bolívar opuso luego, aunque en menos genuína forma, al programa monárquico de San Martín.

—

Tratándose del Bolívar político, llega de suyo el tema de su ambición. Este rasgo es capital é inseparable de su imagen. Siempre formaré tan pobre idea del discernimiento histórico de quien se empeñe en presentar á Bolívar inmune de la pasión de mandar, como del grado de comprensión humana de quien le inicie por tal pasión un proceso que tire á empequeñecerle ó macularle. Importa recordar, desde luego, que la perfección negativa, en el orden moral, no puede ser la medida aplicable á ciertas grandezas de la voluntad creadora, de igual manera que no lo es, en el orden estético, cuando se está delante de aquella fuerza de creación que da de sí *La Divina Comedia* ó las estátuas de Miguel Ángel. La naturaleza no funde en sus moldes caracteres como los que cabe obtener por abstracción, eliminando y añadiendo rasgos, para componer el paradigma á un cuerpo de moral que satisfaga las aspiraciones éticas de una sociedad ó de una escuela: funde la naturaleza caracteres orgánicos, en los que el bien y el mal, ó los que luego ha de clasificar como tales el criterio mudable y relativo de los hombres, se reparten según una correlación en que obra una lógica tan cabal é imperiosa como la lógica del pensamiento discursivo, con que se construyen los sistemas de ética, aunque la una y la otra no se asemejen absolutamente en nada. Y si bien el análisis del criterio moral puede llegar lícitamente al carácter que modela la naturaleza, para señalar lo que halle en él de imperfecto, transportado al mundo de la libertad, nunca deberá extremarse en ese fuero cuando se encuentre frente á los grandes temperamentos personales, de eficacia avasalladora, ni deberá aspirar á ver desintegrada ó enervada por un molde

ideal de perfección facticia esa original estructura del carácter, cauce de piedra de la personalidad, donde reciben el pensamiento su troquel, y la acción el impulso con que se desata. Hay una manera de heroísmo en que la ambición es natural atributo. Quien dijera que la energía genial y el desinterés no caben en un centro, afirmaría una oposición sin sentido entre dos vagas abstracciones; pero quien dijera que cierto género de energía genial y cierto género de desinterés son términos naturalmente inconciliables, pondría la mano en una relación tan segura como la que nos autoriza á sentar que ningún animal carnicero tendrá los dientes ni el estómago de los que se alimentan de hierbas, ó que nunca pudo haber una especie en que se unieran, como en el grifo mitológico, la cabeza del águila con el cuerpo del león. Y si la energía genial es de aquel temple que supone, como condición específica, la fe indomable en la virtud única y predestinada de la propia acción, y si con el nombre de desinterés se clasifica, nó el fácil desarrimo respecto de egoísmos sensuales, sino el apartamiento de la obra cuando está inconclusa, y el desdén de la autoridad que trae en sí los medios de desenvolver la parte de obra que aun está oculta y recogida en las virtualidades de una iluminación visionaria, entonces es lícito afirmar que la convivencia de ambos caracteres implica contradicción. Un Bolívar que, después de la entrevista de Guayaquil, abandonara el campo á su émulo, ó que, una vez consumada su obra militar, renunciara á influir decisivamente en los nuevos destinos de América, sería un contrasentido psicológico, un enigma irresoluble de la naturaleza humana. En cambio, estos desenlaces de renunciamiento son cosa es-

pontánea y congruente en los héroes de la especie moral de San Martín. Espíritus de vocación limitada y refloxiva, la abnegación de un poder al que no les atrae ningún alto propósito que realizar viene después de la segura constancia con que han dado cima á un pensamiento único y concreto; y aquella condición encima de ésta cae como esmalte. Así, nada más natural, en uno y otro de los dos capitanes de América, que el voluntario eclipse y el mayor encendimiento de gloria con que resuelve sus opuestos destinos la histórica entrevista de 1822. Tiene el alejamiento de San Martín explicación en su noble y austera virtud, pero, en no menor parte sin duda, tiénela en las indeliberadas reacciones del instinto, y la había anticipado Gracián en el «Primor» décimocuarto de *El Héroe*, donde define el «natural imperio» y dice: «Reconocen al león las demás fie-«ras en presagio de naturaleza, y sin haberle exami-«nado el valor le previenen zalemas: así á estos hé-«roes, reyes por naturaleza, les adelantan respeto «los demás, sin aguardar la tentativa del caudal». Fuera de la actividad de la guerra, en la aspiración ó el ejercicio del gobierno civil, la ambición de mando de Bolívar deja más libre campo á la controversia y á la crítica; pero aun en esta parte, nunca será legítimo juzgarla sino levantándose á la altura de donde se alcanza á divisar, infinitamente por encima de egoísmos vulgares, al héroe que persigue, con el sentimiento de una predestinación histórica, un grande objetivo, que estimula y realza su ambición personal. No significa este criterio que toda voluntad y todo paso del héroe hayan de concordar necesariamente con el fin superior que él trae al mundo, sin que la fe en sí mismo pueda inducirle á

aberración. No significa tampoco sostener la irresponsabilidad positiva del héroe ante la justicia de sus contemporáneos, ni su irresponsabilidad ideal para el fallo de la posteridad. Significa sólo conceder todo su valor á la indivisible unidad del carácter heroico, de modo que aquella parte de impureza que se mezcla acaso en el fermento eficaz no se presente á juicio abstraída de las otras, como el elemento material que, disociándose de un conjunto donde es virtud ó sazón, pára en crudo veneno. La muchedumbre que, valida de su instinto, á veces tan seguro como el mismo instinto del genio, se encrespa frente al héroe y le cruza el paso; el grupo de hombres de reflexión ó de carácter, que opone á las audacias de la voluntad heroica las previsiones de su sabiduría ó las altiveces de su derecho, tendrán ó no razón contra el héroe: frecuente es que la tengan; pero el historiador que luego tienda la vista por el proceso de acciones y reacciones que entretejen la complejidad del drama humano, verá en la voluntad disparada del héroe una fuerza que, con las que se la asocian y las que la limitan, concurre á la armonía de la historia, y jamás confundirá los mayores excesos de esa fuerza con la baldía ó perturbadora inquietud del héroe falso, que disfraza una ambición egoística y sensual en la mentida vocación de un heroísmo, simulando las guedejas del león sobre el pelo atusado de la raposa.

—

Tan interesante como la aptitud política es, entre los talentos accesorios del Libertador, la facultad de la expresión literaria. Su nombre, en este gé-

nero de gloria, vive principalmente vinculado á la elocuencia ardiente y pomposa de sus proclamas y arengas, las más vibrantes, sin duda, que hayan escuchado, en suelo americano, ejércitos y multitudes. Pero ya, sin negar nuestra admiración á tan espléndida oratoria, muchos somos los que preferimos gustar al escritor en la literatura, más natural y suelta, de sus cartas. Las proclamas y arengas, como cualquiera análoga especie literaria, en que el énfasis del acento y el aparato de la expresión son caracteres que legítima la oportunidad, tratándose de solicitar el efecto presentáneo y violento en la conciencia de las muchedumbres, se marchitan de estilo mucho más que la obra acrisolada y serena y que la íntima y espontánea. Por otra parte, en la trama de esos documentos oratorios suele mezclar sus hebras desteñidas y frágiles el vocabulario de la retórica política, que es la menos poética de las retóricas, con sus vaguedades y abstracciones y sus maneras de decir acuñadas para socorro común en las angustias de la tribuna; y así, en las proclamas y arengas del Libertador, el relámpago genial, la huella leonina, la imagen, la frase ó la palabra de imperecedera virtud, resaltan sobre el fondo de esa declamación pseudoclásica, adaptada al lenguaje de las modernas libertades políticas, que, divulgándose en los libros de Raynal, de Marmontel y de Mably y en la elocuencia de montañeses y girondinos, dió su instrumento de propaganda á la revolución de 1789 y lo dió después, de reflejo, á nuestra revolución hispanoamericana. Este inconsistente barro, en manos de Bolívar, es material que modela un artífice de genio, pero barro al fin. En cambio, en las cartas la propia naturaleza del género mantiene un

aire de espontaneidad, que no excluye, por cierto, ni la elocuencia ni el color. Ya abandonadas y confidenciales; ya acordadas á un tono algo más lírico ú oratorio, si la ocasión lo trae de suyo; ya dando voz á las concentraciones de su pensamiento, ya á los aspectos de su sensibilidad, radiante ó melancólica, las cartas forman interesantísimo conjunto. La imagen nueva y significativa realza á menudo la idea:—«Estábamos como por milagro (escribe en 1826) so«bre un punto de equilibrio casual, como cuando dos «olas enfurecidas se encuentran en un punto dado y «se mantienen tranquilas, apoyada una de otra, y «en una calma que parece verdadera, aunque ins«tantánea: los navegantes han visto muchas veces «este original».—Hay soberanos arranques de personalidad, como éste de la carta en que repudia la corona real que le ha propuesto Páez:—«Yo no soy Na«poléon, ni quiero serlo. Tampoco quiero imitar á «César; menos aún, á Iturbide. Tales ejemplos me «parecen indignos de mi gloria. El título de Liber«tador es superior á todos los que ha recibido el orgu«llo humano. Por tanto, me es imposible degradar«lo».—Otras veces, subyuga la atención el brío con que está sellada la sentencia: «Para juzgar bien de las «revoluciones y de sus actores, es preciso observar«las muy de cerca y juzgarlos muy de lejos».—«Sin «estabilidad, todo principio político se corrompe y «termina por destruirse.—«El alma de un siervo rara «vez alcanza á apreciar la sana libertad: se enfure«ce en los tumultos ó se humilla en las cadenas».

Pérdidas de que nunca nos consolaremos han mermado este precioso tesoro de sus cartas; pero tal como se le conserva, es, no sólo el indeleble testimonio del grande escritor que hubo en Bolívar, si-

no también el más entero y animado trasunto de su extraordinaria figura. El poema de su vida está allí. Y en verdad ¡qué magnífico poema el de su vida, para esa estética de la realidad y de la acción que hace de una vida humana un poema plástico!... Nadie la vivió más bella, y aun se diría, en sublime sentido, más dichosa; ó más envidiable, por lo menos, para quien levante por encima de la paz del epicúreo y del estoico su ideal de vivir. Los ojos de la virgen fantasía, por donde llega la luz del mundo á despertar la selva interior, abiertos en el maravilloso espectáculo de aquella aurora del siglo XIX, que desgarra la continuidad realista de la historia con un abismo de milagro y de fábula; para temple del corazón, un amor malogrado, en sus primicias nupciales, por la muerte: una pasión insaciada, de esas que, dejando en el vacío el desate de una fuerza inmensa, la arrojan á buscar desesperadamente nuevo objeto, de donde suelen nacer las grandes vocaciones; venida de aquí, la revelación íntima del genio, y para empleo é incentivo de él, la grandiosa ocasión de una patria que crear, de un mundo que redimir. Luego, el arrebato de diez años de esta gigantesca aventura, mantenida con satánico aliento: la emoción del triunfo, cien veces probada; la de la derrota, cien veces repetida; el escenario inmenso, donde, para imagen de esas sublimes discordancias, alternan los ríos como mares y las montañas como nubes, el soplo calcinante de los llanos y el cierzo helado de los ventisqueros; y al fin, el flotante y fugitivo sueño que se espesa en plástica gloria: el paso por las ciudades delirantes, entre los vítores al vencedor; las noches encantadas de Lima, donde un lánguido deliquio entreabre la marcialidad de la epo-

peya, y la hora inefable en que, desde la cúspide del Potosí, la mirada olímpica se extiende sobre el vasto sosiego que sigue á la última batalla.... ¿Queda más todavía? La voluptuosidad amarga que hay en sentir caer sobre sí la Némesis de las envidias celestes: la proscripción injusta é ingrata, de donde sabe exprimir la conciencia de los fuertes una altiva fruición: cuerda de ásperos sones que no pudo faltar en esa vida destinada á que en ella vibrase la más compleja armonía de pasión y belleza. Almas para estas vidas trajo aquel asombroso tiempo suyo, que renovó con un soplo heroico y creador las cosas de los hombres y dió á la invención poética el último de sus grandes momentos que merezcan nota de *clásicos*. Cuando la explosión de personalidad y de fuerza halló cómo dilatarse en el sentido de la acción, suscitó los prodigios del endiosamiento napoleónico, con sus reflejos de soldados que se coronan reyes. Cuando hubo de consumirse en imágenes é ideas, engendró el ansia devoradora de René, la soberbia indómita de Hárold, ó la majestad imperatoria de Goethe. Jamás, desde los días del Renacimiento, la planta humana había florecido en el mundo con tal empuje de savia y tal energía de color. Y el Renacimiento ¿no se llama, para la historia americana, la Conquista? Y entre los hombres del Renacimiento que conquistaron á América, ó la gobernaron todavía esquiva y montaraz, ¿no vinieron hidalgos del solar de los Bolívares de Vizcaya, cuyo blasón de faja de azur sobre campo de sínople, había de trocarse, en su posteridad, por un blasón más alto, que es la bandera de Colombia?.... Cuando se ilumina este recuerdo, la vocación heroica lanzada á destrozar el yugo de la Conquista se representa en

la imaginación como si el genio de aquella misma sobrehumana gente que puso por sus manos el yugo despertáse, tras el largo sopor del aquietamiento colonial, con el hambre de la aventura y el ímpetu en que acaba el desperezo felino. El Libertador Bolívar pudo llamarse también el Reconquistador.

—

Corría el final de 1826. En la cúspide de los encumbramientos humanos, numen y árbitro de un mundo, volvía Bolívar á Colombia para asumir el mando civil. Pronto la embriaguez del triunfo y de la gloria había de trocarse en la «embriaguez de absintio» de que hablan los trenos del Profeta. Todo lo que resta de esa vida es dolor. Aquella realidad circunstante, que él había manejado á su arbitrio mientras duró su taumaturgia heróica; plegándola, como blanda cera, al menor de sus designios; sintiéndola encorvarse, para que él se encaramara á dominar, como sobre el lomo de su caballo de guerra, y viéndola dar de sí la maravilla y el milagro cuando él los necesitaba y evocaba, se vuelve, desde el preciso punto en que la epopeya toca á su término, rebelde y desconocedora de su voz. Antes las cosas se movían en torno de él como notas de una música que él concertaba, épico Orfeo, en armonía triunfal: ahora quedarán sordas é inmóviles, ó se ordenarán en coro que le niegue y denigre. Lógica y fatal transición, si se piensa. Esa realidad social que le rodeaba, esa América amasada á fuego y hierro en las fraguas vulcánicas del Conquistador, escondía, cuando sonó la hora de su revolución, bajo el aparente enervamiento servil, un insondable poso de

voluntad heroica, de virtualidades guerreras, acrisoladas por su propio letargo secular, como el vino que se añeja en sombra y quietud. Apenas llegó quien tenía la palabra del conjuro, toda aquella efervescencia adormida salió á luz, capaz de prodigios: en el genio agitador y guerrero halló entonces la realidad el polo que la imantase según las afinidades de su naturaleza; y allí adonde el genio fué, la realidad le siguió y obedeció con anhelo filial. Pero, consumada la parte heroica, la obra que esperaba al héroe, á la vuelta del triunfo, como las preguntas de la Esfinge, era la manera de asimilar, de organizar, el bien conquistado: de desenvolver, por la eficacia del valor civil y de la sabiduría política, aquel germen precioso, aunque en pura potencia, que el valor militar y la inspiración de las batallas habían conquistado, menos como premio disfrutable que como promesa condicional y relativa. Y para semejante obra no había en la realidad más que disposiciones adversas; no había en el carácter heredado, en la educación, en las costumbres, en la relación geográfica, en la económica, más que resistencia inerte ú hostil. Fundar naciones libres donde la servidumbre era un tejido de hábitos que espesaban y arreciaban los siglos; naciones orgánicas y unas, donde el desierto ponía entre tierra y tierra habitada más tiempo y azares que la mar que aparta á dos mundos; infundir el estímulo del adelanto donde confinaban con la hosquedad de la barbarie el apocamiento de la aldea; formar capacidades de gobierno donde toda cultura era una superficie artificial y tenuísima; hallar resortes con que mantener, sin la represión del despotismo, un orden estable: tal y tan ardua era la obra. El conflicto de fin

y medios que ella planteaba, á cada paso, en la realidad externa, no perdonaba al mismo espíritu del obrero, del Libertador, mucho más predestinado para héroe que para educador de repúblicas; mucho más grande, en sus designios políticos, por la iluminada visión del término lejano y la soberana potencia del impulso inicial, que por el esfuerzo lento y obscuro con que se llega de éste á aquel extremo en las empresas que son de resignación, de cautela y de perseverancia. Junto á estos obstáculos esenciales, quedaban todavía los que accidentalmente encrespaba la ocasión: quedaba aquella impura hez que deja al descubierto la resaca de las revoluciones: las energías brutales que se adelantan á primer término; los calenturientos delirios que se proponen por ideas; la ambición, que pide el precio usurario de su anticipo de valor ó de audacia, y la exacerbada insolencia de la plebe, que recela el más legítimo uso del poder en el mismo á quien ha tentado, ó tentará mañana, con los excesos brutales de la tiranía.

Desde sus primeras horas de gobierno, Bolívar tiene en torno suyo la desconfianza, el desvío, y muy luego, la conspiración que le amaga; mientras en el fondo de su propia conciencia él siente agitarse aquella sombra que, excitada por la hostilidad prematura y violenta, pone en sus labios la confesión viril del mensaje en que ofrece al Congreso su renuncia: «Yo mismo no me siento inocente de ambición». No habían pasado de esto dos años y la autoridad que investía no era ya el mandato de las leyes, sino el poder dictatorial. La organización política que dejara fundada, con el omnipotente prestigio de sus triunfos, en el Perú y Bolivia, se deshace en su au-

sencia; los intereses y pasiones toman allí otros centros, que tienden al desquite de aquella sumisión servil á las ideas y las armas del Libertador, encelando el espíritu de autonomía, y la guerra estalla entre Colombia y el Perú. Él había soñado en congregar las naciones creadas por su genio, en nueva liga anfictiónica; y aun no bien constituídas, peleaban entre sí, como desde el vientre de la madre pelearon los hijos de Rebeca. Entre tanto, en Colombia, la exacerbación de la discordia civil llegaba hasta armar el brazo de los conjurados que, en la noche del 25 de Septiembre de 1828, asaltando la casa de Bolívar, intentan dirigir sus puñales al pecho del Libertador. Y mientras la frustrada conspiración de sus enemigos deja en su pecho, si no la herida sangrienta, la amargura de tamaña iniquidad, el conciliábulo de sus propios parciales hace relucir afanosamente ante sus ojos tentaciones monárquicas que él sabe rechazar con imperturbable conciencia de su dignidad y de su gloria. Merced á esta firmeza, no surge de tanto desconcierto una completa ruina de las instituciones democráticas; pero persiste la aciaga fatalidad de la dictadura, donde por fuerza había de amenguarse la talla del héroe, en ministerio indigno de su altura moral. La rebelión contra el gobierno de hecho se desata en Popayán, con López y Obando; más tarde en Antioquía, con Córdoba; y no es reducida sino á costa de sangre, que fomenta los odios. Ni acaban las calamidades en esto. En 1829, lograda ya la paz con el Perú, cosa aun más triste y cruel sucede á aquella guerra fratricida: Venezuela se aparta de la unión nacional que, diez años antes, completó los laureles de Boyacá; la unidad de Colombia perece, y el grito de esa emanci-

pación llega á los oídos de Bolívar coreado por el clamor furioso y procaz con que, desde la propia tierra en que nació, enceguecidas muchedumbres le acusan y exigen de la Nueva Granada su anulación y su destierro. La estrella de Bolívar ha tocado en la sombra que la anegará; su ruina política es, desde ese momento, inconjurable. En Enero de 1830 abría sus sesiones la asamblea llamada á restaurar el orden constitucional, y el Libertador abandonaba el poder y se retiraba, aunque todavía sin franco ánimo de obscurecerse, á su quinta de las vecindades de Bogotá, de donde salió muy luego para Cartagena, en alejamiento que había de ser definitivo. Ni la salud ni la fortuna iban con él, como prendas salvadas del naufragio. Flaqueábale el cuerpo, herido de irremediable mal del pecho, que estampaba ya en su exterior los signos de una vejez prematura. De la heredada riqueza no quedaba nada: toda la habían consumido entre la abnegación y el abandono. En cuanto á penas del alma, cruzaban sus dardos sobre él las del dolor desinteresado, como de padre ó de maestro, y las del dolor egoístico de la ambición rota y afrentada. Y ni aun en el pensamiento del porvenir había refugio á tanto dolor, porque lo más triste de todo es que Bolívar vivió el escaso resto de sus días en la duda de la grandeza de su obra y la desesperanza de los destinos de América. Por si alguna chispa de fe pudiera alentar bajo estas cenizas, no tarda mucho tiempo en persuadirse de que su ostracismo no tendrá siquiera la virtud de restablecer el sosiego. Harto á menudo, un ruido de armas removidas, allí donde hay guarnición de soldados, anuncia, no, como un día, la gloria de la guerra, sino la vergüenza del motin: los restos del

ejército que había libertado un mundo se disolvían en esa agitación miserable. De los vecinos pueblos hispanoamericanos llegaba el eco de parecidas turbulencias. Y como si todo este espectáculo de la América anarquizada y en delirio, necesitara, para herir á Bolívar más de agudo, condensarse en un solo hecho atroz, que colmase las ingratitudes y las subversiones y le traspasara á él en el centro de sus afectos, pronto había de saber el vil asesinato de Sucre, el preclaro mariscal de Ayacucho, cazado, como un vulgar malhechor, en un desfiladero de los Andes, sin que fuese escudo á la saña de la demagogia la gloria militar más austera y más pura de la revolución de América. Amarguísima carta escrita en aquella ocasión por Bolívar trasluce hasta qué punto extremó su desaliento ese crimen. Tal es la situación de su ánimo, cuando se oye llamar de Bogotá, donde el gobierno de Mosquera ha sido derribado y el motín triunfante quiere la vuelta del Libertador. Un último encrespamiento de su instinto de dominación y de su fe en sí mismo le estremece, y por un instante vuelve los ojos á los que le llaman; pero luego que advierte como es la sedición militar la que, sin conocida sanción de los pueblos, le tienta con un poder arrebatado á sus poseedores legítimos, recobra su voluntad de apartamiento y su actitud estoica, y altivo arranque de su dignidad le libra de romper aquel solemne ocaso de su vida con las vulgares pompas de un triunfo de pretor. Agravado su mal, trasládase en el otoño de 1830 á Santa Marta. Allí, donde diez y ocho años antes tomó el camino de sus primeras victorias, allí, arrullado por el trueno del mar, espera la cercana muerte, epilogando, como el mar, con la tristeza de una calma sublime, la sublimidad

dinámica de sus desates tempestuosos. Su espíritu, purificado y aquietado, sólo tiene, en aquellas últimas horas, palabras de perdón para las ingratitudes, de olvido para los agravios, y votos de concordia y amor para su pueblo. Pocos hombres vivieron, en el torbellino de la acción, vida tan bella; ninguno murió, en la paz de su lecho, muerte más noble. Comenzaba la tarde del 17 de Diciembre de 1830 cuando Simón Bolívar, Libertador de América, rindió el último aliento.

Había dado á los nuevos pueblos de origen español su más eficaz y grande voluntad heroica, el más espléndido verbo tribunicio de su propaganda revolucionaria, la más penetrante visión de sus destinos futuros, y concertando todo esto, la representación original y perdurable de su espíritu en el senado humano del genio. Para encontrarle pares es menester subir hasta aquel grupo supremo de héroes de la guerra, no mayor de diez ó doce en la historia del mundo, en quienes la espada es como demiurgo innovador que, desvanecida la efímera luz de las batallas, deja una huella que transforma, ó ha de transformar en el desenvolvimiento de los tiempos, la suerte de una raza de las preponderantes y nobles. ¿Qué falta para que en la conciencia universal aparezca, como aparece clara en la nuestra, esa magnitud de su gloria? Nada que revele de él cosas no sabidas ni que depure ó interprete de nuevo las que se saben. Él es ya del bronce frío y perenne, que ni crece, ni mengua, ni se muda. Falta sólo que se realce el pedestal. Falta que subamos nosotros, y que con nuestros hombros encumbrados á la altura condigna, para pedestal de estatua semejante, hagamos que sobre nuestros hombros descuelle junto á aquellas figuras universales y primeras, que parecen más altas sólo porque están

más altos que los nuestros los hombros de los pueblos que las levantan al espacio abierto y luminoso. Pero la plenitud de nuestros destinos se acerca, y con ella, la hora en que toda la verdad de Bolívar rebose sobre el mundo.

Y por lo que toca á la América nuestra, él quedará para siempre como su insuperado Héroe Epónimo. Porque la superioridad del héroe no se determina sólo por lo que él sea capaz de hacer, abstractamente valoradas la vehemencia de su vocación y la energía de su aptitud, sino también por lo que da de sí la ocasión en que llega, la gesta á que le ha enviado la consigna de Dios; y hay ocasiones heroicas que, por trascendentes y fundamentales, son únicas ó tan raras como esas celestes conjunciones que el girar de los astros no reproduce sino á enormes vueltas de tiempo. Cuando diez siglos hayan pasado; cuando la pátina de una legendaria antigüedad se extienda desde el Anáhuac hasta el Plata, allí donde hoy campea la naturaleza ó cría sus raíces la civilización; cuando cien generaciones humanas hayan mezclado, en la masa de la tierra, el polvo de sus huesos con el polvo de los bosques mil veces deshojados y de las ciudades veinte veces reconstruídas, y hagan reverberar en la memoria de hombres que nos espantarían por extraños, si los alcanzáramos á prefigurar, miriadas de nombres gloriosos en virtud de empresas, hazañas y victorias de que no podemos formar imagen: todavía entonces, si el sentimiento colectivo de la América libre y una no ha perdido esencialmente su virtualidad, esos hombres, que verán como nosotros en la nevada cumbre del Sorata la más excelsa altura de los Andes, verán, como nosotros también, que en la extensión de sus recuerdos de gloria nada hay más grande que Bolívar. — 1911.

UNA NOVELA DE GALDÓS

Á EDUARDO FERREIRA.

La más excelsa de las facultades del artista es la que, haciéndole solo partícipe, entre los hombres, de un sublime atributo de la Divinidad, le convierte en generador de seres vivos, sobre los que no tiene poder la codiciosa mano de la Naturaleza y que no han de ser gobernados por otra ley que la que en el instante de la concepción les fija é impone el creador impulso de su albedrío. Arrebatar el fuego sagrado que enciende la llamarada de la vida será siempre la insaciable aspiración, la martirizadora inquietud del arte grande, titán rebelde para quien la Naturaleza, dueña de la vida, desempeña el papel del tirano Júpiter del mito. Si se concede que las almas de artistas componen, dentro de la humanidad, una aristocracia, un patriciado de las almas, la aristocracia mejor, la superioridad jerárquica entre esas almas, fuerza es reconocerla á las que crean, á aquellas á quienes ha sido concedido el dón genial de la invención. Hay las que alcanzan á crear un héroe inmortal, ó una acción imperecedera en la que intervienen varios héroes, dotados todos ellos de eterna vida; y hay, por encima de ésas, las que vivifican series enteras de ficciones, «multitudes de almas»; las que realizan, con su inmensa obra, un mundo dentro del mundo; aquellas que parecerían inspiradas

por una sublime envidia de la Naturaleza y de su infinita capacidad creadora.

Comunicar individualidad y sér inextinguible á un alma distinta de la nuestra, en la que no reproduzcamos, al idearla, ni nuestro carácter ni nuestras pasiones, y cuya vida ficticia haya de ser tan palpitante y tan intensa como la de las criaturas de la realidad, y aun, sin llegar á tanto, volcar el alma propia en la envoltura de un héroe imaginado que la perpetúe y la levante sobre la miserable fragilidad de la arcilla de que estamos hechos, como se perpetúa el alma satánica de Byron en sus Corsarios y sus Laras,—es ya ser un creador. Pero llamarse Shakespeare, Molière, Walter Scott, Dickens, Balzac, y dar ser y movimiento, con soberano empuje, á una multitud entera, en la que, como en abreviada imagen ó compendio del conjunto humano, aparezcan, con todos los caracteres de lo real, las fases luminosas de la existencia y sus sombras, la virtud y el vicio, el odio y el amor, las pasiones buenas y las malas, es para mí tan alto y portentoso triunfo, que pienso que el orgullo humano no puede aspirar á una más completa y deslumbradora realidad de la tentación del Paraíso: *Seréis como dioses*, porque dentro de nuestra condición no cabe mejor ni más cumplida manera de crear.

Dos clasificadores laboriosos,—Mrs. Cristophe y Cerfberr,—penetraron, no ha mucho tiempo, en la profundidad de la obra inmensa del creador de *Eugenia Grandet* y *El padre Goriot*, y presentaron luego á los dos mil personajes que tejen la trama de aquella inmortal epopeya de la realidad, cuidadosamente ordenados, estudiados y descritos, como en los diccionarios biográficos de hombres célebres, en un voluminoso

Repertorio de «La Comedia humana». Algo semejante se hará en el futuro ordenando la multitud varia y enorme de *Les Rougon Macquart*; algo semejante se ha hecho ya acaso con Dickens; y análoga tarea de clasificación y de estudio realizará algún día la erudición española con ese otro mundo formidable é inmenso de Galdós, que abarca, desde la pintoresca muchedumbre de los *Episodios*, hasta el revuelto mar de la vida contemporánea, palpitante en la cavidad de cien novelas.

Mundo verdaderamente inmenso y formidable! Respecto de Galdós, y limitando esta observación á los contemporáneos nuestros, yo sólo me atrevería á señalar en Zola y en Tolstoy (invertid, si os place, el orden en que he escrito esos dos nombres, y acaso haréis justicia,) ejemplos de una superioridad de fuerza creadora. Y avanzando más, yo no me comprometería á encontrar en la novela contemporánea, nombre que, fuera de esos dos, merezca estar más alto. Es cierto que esta superioridad podría ser victoriosamente impugnada, valga el ejemplo, por los adoradores de Daudet (ídolo mío, aunque no para las ocasiones de las plegarias grandes,) en cuanto á la espiritualidad, á la gracia, á la fineza, al hábil arte de contar, á todas esas condiciones que, dentro de la novela española, podríamos llamar *alarconianas*, consagrando de nuevo un calificativo que ya tiene su significación distinta y peculiar en la tradición del viejo teatro; pero para mí es indudable que el arte de Galdós respira en un ambiente más amplio y más abierto que el del autor de *Numa Roumestan*; en un ambiente donde se escucha más cercano aquel soplo de augusta y bienhechora libertad que azota las ásperas cumbres de Cervantes y Shakespeare.—Es

cierto, también, que en su filosofía de moralista y de *sociólogo* echará acaso de menos el lector devoto de Tolstoy, la originalidad profunda, la innovadora audacia, el sello personal, la profética intuición de lo distante; pero hay en ella un hermoso sentimiento de amor, un grande instinto de justicia, y hay un criterio constantemente límpido, un criterio ecuánime y sereno, en el que el *buen sentido* deja de ser vulgar y se convierte en fuente de sana y apacible hermosura.—Es cierto, todavía, que fuera vano buscar, en los procedimientos de su estilo, la cultura preciosa, el estudio hondo y sutil de los secretos musicales de la expresión, ni de la plasticidad virtual de la palabra; ó aquel trabajo de perfección y exactitud que conduce, por ejemplo, á la prosa tersa y transparente de *Madame Bovary* ó de *Pepita Jiménez*; pero sería difícil hallar, entre los contemporáneos, quien tuviese más identificado con la esencia de su naturaleza literaria, ese grande arte de la «naturalidad exterior», no concedido á muchos de los más jurados naturalistas; el arte de la grande, humana y conmovedora sencillez, que habla á todos embelleciendo el lenguaje de todos, y que llega á inspirar, aun á los refinados y los exquisitos, el envidioso sentimiento de Diógenes, cuando arrojó de sí la copa hermosamente trabajada, viendo al pastor beber el agua en el hueco de su mano.

Y en la grandeza cuantitativa, y en el inmenso efecto de conjunto, de la obra, sólo el maestro de Medán puede reivindicar, sobre Galdós, el primado entre los contemporáneos. Con nunca interrumpido impulso, la ciudad interior de esa estupenda fantasía se puebla de nuevas torres y de nuevas gentes. La fecundidad, que es la más relativa de las cua-

lidades literarias, equivale á la posesión de un dón altísimo cuando escribir significa crear. Mediana condición en el viejo Dumas, es maravilla en Balzac y en Dickens. La fecundidad de Galdós es de la alta calidad de la de estos últimos; es de las positivas y las grandes, porque es de las que responden á esa irresistible necesidad de producción que se manifiesta con el poderoso empuje de un organismo que desempeña la ley de su naturaleza.

Plantea uno de los personajes de *L'Inmortel* de Daudet esta cuestión interesante:—Si acaso Róbinson hubiera sido artista, poeta, escritor, ¿hubiera creado en la soledad, hubiera producido?—Y al doblar de la página, otro de los personajes de la novela, —el artista Vedrine,—resuelve la cuestión contestando á quien le pregunta por qué trabaja si no ama el aplauso ni la gloria.«—Pues por mí, dice el noble escultor, por mi gusto personal, por la necesidad de crear, de espontanearme.»—He ahí la brava respuesta de un artista de raza. Imaginad al autor de los *Episodios* en la isla desierta, y su vena asombrosa podría agotarse por la imposibilidad de la observación social, perenne venero de su arte, pero no por falta de estímulos creadores.—Don Pedro Antonio de Alarcón personificó en el triste ocaso de su vida, y personifica Tamayo en las contemporáneas letras de España, ese raro dominio de la voluntad sobre la energía instintiva de la vocación, que es necesario para que se condene ó se resigne á la inactividad y al silencio el artista que todavía es capaz de producir. Perdamos el temor de que Galdós, aun cuando un día la decepción llegue á su espíritu, encuentre en su voluntad la misma fuerza. ¡Ah, no! El grande y querido maestro no se llevará consigo á la tumba,—

como se jactaba de hacerlo, en su retraimiento soberbio y melancólico, el autor de *El sombrero de tres picos*,—personajes íntimamente delineados que no se hayan hecho carne en el papel. Galdós se acompañará siempre de nosotros, los lectores, para las confidencias de su fantasía.

Aun duraba en nosotros la vibración de la lectura de *Nazarín* y de *Halma*. Y he aquí que un grupo nuevo y pintoresco, lleno de resalte, de color y de vida, desciende ahora de las fraguas del gran novelador, á incorporarse en el conjunto de su muchedumbre imaginada. Observémoslo.

—

Señala un crítico sagaz, á propósito también de *Misericordia*, y entre las similitudes que enlazan el genio del profundo observador de las *Novelas contemporáneas* con el de las *Escenas de la vida parisiense*, el interés concedido por ambos grandes artistas de la realidad al problema de las dificultades materiales de la vida, como anchuroso campo de observación y rica materia *novelable*, siempre fecunda en dramática virtualidad. Muchas son, efectivamente, las novelas de Galdós que giran al rededor del problema económico en la vida burguesa. *Misericordia* puede contarse entre las más originales y más hermosas novelas de este grupo; pero, además, están comprendidos, en la extensión de realidad en que se desarrolla, ciertas extremas regiones de la inferioridad social, ciertos círculos del infierno de la humillación y el abandono, á que había descendido pocas veces el espíritu del autor de *La Desheredada*.

Considerándola con el criterio realista, es el poe-

ma prosaico de la escasez y la miseria; de la miseria, en sus manifestaciones, moral y materialmente, más despiadadas y más duras: desde la osada y franca que se personifica en *Almudena*, en *Pulido*, en la *tia Burlada*,—en la turba famélica «que acecha, á la puerta de los templos, el paso de la caridad»,—hasta la tímida y vergonzante que se oculta en el desolado retiro de doña Francisca Juárez de Zapata,—la empobrecida señora que vive, sin saberlo, de la caridad que implora para ella á los feligreses de San Sebastián una criada compasiva;—ó se parapeta tras la elegancia marchita y la mal simulada distinción de don Francisco Ponte, curiosísimo ejemplar de *lyon* caduco, tragicómico traicionado de la fortuna, galán venido á menos, que disfraza los rigores de su decadencia lastimosa salvando con esfuerzo heroico las apariencias de su dignidad pasada y recordando, melancólicamente, sus aventuras de mundano y sus buenos éxitos de declamador en las románticas tertulias de los tiempos de *Flor de un día*.

Pero, además de llevar en sus entrañas la prosa verdadera de la pobreza miserable, lleva también la nueva novela de Galdós la balsámica poesía de la misericordia. Encarna esta poesía en la figura, á veces vulgar, á veces sublime, de una anciana humilde y piadosa, que, con la abnegación del obscuro y anónimo soldado para quién no se cosechan, después del combate, los laureles, es heroína y mártir en la batalla de la vida. Yo no vacilo en poner esta grande alma imaginada en el número de las más preciosas creaciones de quien ha dado al arte tantas otras que no morirán. Sí; la *Nina* de Galdós es una figura que yo igualaría, sin vacilaciones, á las más originales, á las más nuevas, á las más llenas de interés y

más radiantes de hermosura, que sea dado encontrar en el *santoral* realista;.... porque también tiene el realismo su santoral: el de los héroes moralmente hermosos que han sido amasados con el barro de la verdad y la vulgaridad humanas. Como en la «Félicité» de Flaubert, la vulgaridad tiene en ella el artístico precio que da valor á la tosquedad del material en que ha de trabajarse, cuando esa tosquedad es necesaria ó conveniente al efecto que se procura. La ignorancia de la propia sublime abnegación; la naturalidad en la práctica del sacrificio, como en la de cualquier acto trivial y usado de la vida; la conformidad, de mártir ó de inconsciente, para admitir la ingratitud y resignarse á la injusticia de la pena, son otros tantos elementos que, empequeñeciendo intelectualmente la figura de Nina, la realzan, por lo mismo, y la engrandecen moralmente, hasta tocar en los límites de la sublimidad.

Nunca de manera más oportuna que á propósito de esta figura de Galdós podría señalarse—como Menéndez Pelayo en la del *Pae Apolinar* que imaginó el gran novelador de la Montaña, — «aquel sello de primitiva grandeza que realza á la fuerza del bien cuando se desenvuelve sin conciencia de sí propia». Y la absoluta y constante sencillez, la nunca interrumpida llaneza del cauce prosaico en que esta mansa onda de belleza moral se desenvuelve, hacen que ella penetre y se insinúe de tan suave y tan callada manera en el ánimo del lector, que no es sino después de haber avanzado un tanto en la acción de la novela, cuando él repara que ha debido adorar, desde las primeras páginas, la adorable santidad del alma de Nina. ¡Arte grande y hermoso,—aun para los que nos encontraríamos, hacien-

do examen de conciencia, un poco amigos de lo refinado y de lo extraño,—el que consiste en obtener y realizar, sin salirse de los medios sencillos que ofrecen los aspectos comunes de las cosas, las grandes energías dramáticas y los grandes efectos! ¿No ha definido Galdós uno de los caracteres y uno de los secretos peculiares de su talento poderoso, cuando habla, á propósito de la singular fachada del templo en que comienza la accion de su novela, de la necesidad de encontrar y percibir «el encanto y la simpatía que fluyen, á modo de tenue fragancia, de las cosas vulgares, ó de algunas de las infinitas cosas vulgares que hay en el mundo»?

Después de la de Nina, la figura dominante del cuadro es, sin duda, la del moro ciego y mendicante, para quien ella, en medio de las angustias con que atiende al socorro de su propia ama desvalida, encuentra todavía tesoros de amor, tesoros de caridad, en su infinita espontaneidad piadosa. Bien trazado está este personaje, aparentemente fácil de presentar y virtualmente rico en fuerza é interés, pero, en realidad, difícil y de delicado empeño, si se atiende á la obra magistral que ha sido necesaria para conciliar, en su sencillo carácter, con la exactitud del estudio la belleza moral y la simpatía, y en su propio informe lenguaje, la naturalidad y la verdad con el efecto artístico que no marra nunca en la pintoresca incorrección de sus palabras. El nuevo libro llega así á valer tanto, en las páginas que Nina y Almudena motivan, como la obra de su grande estirpe novelesca á que más íntimamente se parece: tanto como *Nazarín*. Y la pasión del ciego por la anciana misericordiosa,—de la que sólo puede adorar el alma abnegada, á la que acaso ima-

gina dueña de una envoltura digna de ella por la juventud y la hermosura,—hace pensar en la idea de que fluye la profunda belleza ideal de *Marianela*. Como Pablo Penáguilas, el moro de *Misericordia* cree instintivamente en la armonía necesaria de la belleza del alma y la del cuerpo. Y ciego para la realidad corpórea, la sombra eterna de sus ojos se convierte para él, como para el enamorado de Marianela, en la dicha de poder amar plenamente, —con el alma, con los ojos, únicos en él sensibles, del espíritu,—lo que sólo para el espíritu es amable.

Son, sin duda, esos dos magistrales caracteres, lo más hermoso, lo más profundamente interesante, lo de mayor empeño en el libro; pero además, en lo accidental, en lo formal, en los episodios, en el diálogo, en las descripciones,—lo diré antes de señalar el mérito y verdad de algunas de las figuras secundarias—¡cuánto hay que notar y que aplaudir; cuánto hay que irresistiblemente detiene la atencion de la critica *acusadora* de bellezas! Admirable es, en las primeras páginas, la descripción de la estampa caricaturesca de la iglesia de San Sebastián,«fea y pedestre como un pliego de aleluyas, ó como los romances de ciego»; risible preciosidad arqueológica, ante la cual el Galdós que recibió en herencia del «Curioso Parlante» la pasión local y la manía escudriñadora del viejo Madrid, encuentra, para abogar por la conservación de aquella vieja reliquia, la razón ingeniosa de que «la caricatura monumental también es un arte.» Prodigiosos, como imitación artística del lenguaje zafio y plebeyo, son algunos de los *parlamentos* de las mendigas, y están divinamente trazadas sus figuras. Hay grande habilidad en el relato del pavoroso descenso de la

empobrecida ama de Nina. Tiene un brillante colorido, legendario y fantástico, la relación de las visiones y las ceremonias supersticiosas del moro. Y admirables de estudio y de observación, y llenas de gracia, entre melancólica y burlona, son las páginas en que Ponte alienta los nostálgicos anhelos de opulencia de Obdulia, y ambos disfrazan, en sus coloquios, la miserable realidad, gracias á los sueños dorados tejidos con las reminiscencias de los tiempos buenos y las vanas esperanzas de un futuro imposible.....*Naturalidad* gloriosa! Para la realidad de esta manera reflejada; para la observación que de tal manera penetra en las entrañas de la realidad, y para el arte poderoso que con semejante energía la representa ¿quién se atreverá á decir que haya pasado la oportunidad, ó que haya de pasar alguna vez; ni quién dejará de sentirse—cuando así se entienden las cosas,—tan enamorado de lo real y verdadero como en los tiempos en que equivalía pronunciar, en literatura, esas palabras, á reivindicar un derecho y á desafiar para una lucha? —Porque es realista de la realidad inmortal y porque nunca vinculó su arte con lo que en el naturalismo de escuela hubo de exclusivo, de falso y transitorio, é hizo de ese naturalismo una de las más inexplicables, — iba á decir una de las más odiosas y más absurdas,—entre las intolerancias humanas, nada tiene que temer el arte de Galdós de las *oportunidades nuevas*, de las reacciones justicieras y fatales del criterio, el sentimiento y el gusto; y puede ahora conciliar perfectamente con la consecuencia á su firme *tradición* de realismo, el «espíritu nuevo» que penetra todas sus últimas creaciones y las comunica una alta significación ideal.

Creo haber aludido, en alguna parte de este artículo, á la profunda verdad de observación y al arte primoroso que hay en algunas de las figuras secundarias que en la obra intervienen. La de Doña Francisca Juárez y la del á un tiempo lastimero y graciosísimo Ponte, no pueden quedar sin un encarecimiento excepcional, por mucha que sea la superficialidad y rapidez del examen que se haga del conjunto. Ambas rivalizan en vida y en relieve, y están armónicamente enlazadas en el cuadro por la identidad de los motivos de que adquieren su interés novelesco y por el fondo común sobre que sus caracteres se destacan, sombreado por los reveses de la suerte y la infidelidad de la fortuna tornadiza. Para pintar estas fases prosaicas y desconsoladoras de la vida burguesa: las que proceden de los efectos morales de la escasez en las almas formadas en el hábito de la abundancia, ó torturadas, por la tentación , con la ansiedad febril de poseerla, fué siempre maestro el pincel del gran observador á quien debemos los dos magistrales estudios de *Lo Prohibido* y *La de Bringas*. En tal intento, la figura de Obdulia tiene tambien rasgos felices. Y magistralmente dibujado está, asimismo, el carácter de Juliana, cuya mediocridad *burguesa* de virtud presta á la abnegación de Nina el realce de su contraste con las poco simpaticas limitaciones del «prudente equilibrio» y del «término medio», y cuya entrevista—tan admirable y concisamente narrada,—con la criada misericordiosa, en la escena final, es de una intensa sugestión y de un hermoso sentido. Aun en las figuras más subordinadas del cuadro,—v. gr., la de los mendigos que aparecen en las páginas primeras, sobre el fondo de aquella tan donosa des-

cripción de la Iglesia de San Sebastián,—rara vez deja de poner la mano del maestro el trazo primoroso que la denuncia.

Pero el grande interés y la escogida belleza, el perfume de íntimo encanto que se desprende de esta novela de Galdós, y la significación peculiar que la hará destacarse dentro del grupo novelesco que mantiene, á partir de *Realidad* y de *La Incógnita*, una tendencia nueva en la constante transformación de su talento, están en esa admirable creación de Nina: ejemplo, que será inmortal, de cosas grandes obtenidas en el arte por medio de cosas vulgares y pequeñas; ejemplo de *lo sublime en lo vulgar*, que, á la manera de la vieja criada candorosa de *Un cœur simple*, parece iluminado por una sonrisa *evangélica*, piadosa, del arte grande y humano, al inclinarse, desde las alturas, para reflejar un rayo de su luz sobre los pobres, sobre los débiles y los humildes; sobre aquellos cuya virtud es opaca y cuyo bien realizado no aparece; sobre los desamparados y los ignorados del mundo!

1897

Decir las cosas bien....

Decir las cosas bien, tener en la pluma el dón exquisito de la gracia y en el pensamiento la inmaculada linfa de luz donde se bañan las ideas para aparecer hermosas, ¿no es una forma de ser bueno?.... La caridad y el amor ¿no pueden demostrarse también concediendo á las almas el beneficio de una hora de abandono en la paz de la palabra bella; la sonrisa de una frase armoniosa; el «beso en la frente» de un pensamiento cincelado; el roce tibio y suave de una imagen que toca con su ala de seda nuestro espíritu?...

La ternura para el alma del niño está, así como en el calor del regazo, en la voz que le dice cuentos de hadas; sin los cuales habrá algo de incurablemente yermo en el alma que se forme sin haberlos oído. Pulgarcito es un mensajero de San Vicente de Paul. Barba-Azul ha hecho á los párvulos más beneficios que Pestalozzi. La ternura para nosotros,—que sólo cuando nos hemos hecho despreciables dejamos enteramente de parecernos á los niños,—suele estar también en que se nos arrulle con hermosas palabras. Como el misionero y como la Hermana, el artista cumple su obra de misericordia. Sabios: enseñadnos con gracia. Sacerdotes: pintad á Dios con pincel amable y primoroso, y á la virtud en palabras llenas de armonía. Si nos concedéis en forma

fea y desapacible la verdad, eso equivale á concedernos el pan con malos modos. De lo que creéis la verdad ¡cuán pocas veces podéis estar absolutamente seguros! Pero de la belleza y el encanto con que lo hayáis comunicado, estad seguros que siempre vivirán.

Hablad con ritmo; cuidad de poner la unción de la imagen sobre la idea; respetad la gracia de la forma ¡oh pensadores, sabios, sacerdotes! y creed que aquellos que os digan que la Verdad debe presentarse en apariencias adustas y severas son amigos traidores de la Verdad.

1899.

EL CENTENARIO DE CHILE

DISCURSO PRONUNCIADO, EN REPRESENTACIÓN DEL URUGUAY, EN LA SESIÓN SOLEMNE CELEBRADA POR EL CONGRESO CHILENO, DURANTE LAS FIESTAS DEL CENTENARIO, EL 17 DE SEPTIEMBRE DE 1910.

Señores:

La solemnidad de esta ocasión, la dignidad de esta tribuna, la calidad de este auditorio, hacen que nunca, como en este instante, haya deplorado que, en vez de tener el hábito de fijar mi pensamiento en los signos fríos é inanimados de la forma escrita, no tenga la vocación ni la aptitud de expresarlo en esa otra forma que brota, cálida y sonora, de los labios, como emanación directa del espíritu, y conducida por las ondas del aire, llega á lo más íntimo de los corazones para enlazarlos en un acorde unísono de simpatía.

Yo debiera ser aquí la voz de un pueblo. Yo debiera ser capaz de infundirla y contenerla en mi palabra, para trasmitiros toda la intensidad de la emoción con que mi pueblo participa de los entusiasmos de este centenario: por lo que este centenario tiene de americano, y por lo que tiene de chileno.

Por lo que tiene de americano: permitidme que conceda preeminencia á este carácter sobre el otro. Más arriba del centenario de Chile, del de la Argentina, del de Méjico, yo siento y percibo el centenario

de la América Española. En espíritu y verdad de la historia, hay un solo centenario hispanoamericano; porque en espíritu y verdad de la historia, hay una sola revolución hispanoamericana. Y la unidad de esta revolución consiste, no sólo en la armonía de los acontecimientos y los hombres que concurrieron á realizarla y propagarla por la extensión de un mundo, sino, principalmente, en que el destino histórico de esa revolución no fué alumbrar un conjunto inorgánico de naciones, que pudieran permanecer separadas por estrechos conceptos de la nacionalidad y de la patria, sino traer á la faz de la tierra una perenne armonía de pueblos vinculados por la comunidad del origen, de la tradición, del idioma, de las costumbres, de las instituciones; por la contigüidad geográfica, y por todo cuanto puede servir de fundamento á la unidad de una conciencia colectiva.

Éstos son, pues, en América, los días del magno centenario, que, único y múltiple, ha de prolongarse por más de dos decenios, evocando, hora tras hora, en cada pueblo americano, los recuerdos de la independencia y la organización: aquel género de memorias que quedan, para siempre, como las más altas y sagradas, en la historia de las naciones.

Diríase que un concurso imponente nos mira y atiende, incorporándose desde el pasado: el concurso de las generaciones que crearon, para el porvenir eterno, la América libre. Y en tamaña ocasión, las generaciones del presente pueden hacer, ante ese heroico pasado redivivo, dos afirmaciones que las satisfagan y conforten.

Testimonio de la primera de ellas son lo universal y lo solemne de las adhesiones internacionales que el centenario americano provoca: hoy en Chile, ayer

en la Argentina; y consiste esa afirmación en decir que esta América Española, tan discutida, tan negada, tan calumniada por la ignorancia y el orgullo ajenos, y aun por el escepticismo de sus propios hijos, empieza á existir para la conciencia universal; empieza á traer á sí la atención y el interés del mundo: no todavía por el brillo y la espontaneidad de su cultura, ni por el peso de su influencia política en la sociedad de las naciones; pero sí ya por la virtualidad y la realidad de su riqueza, por el brío y la pujanza de su desenvolvimiento material, lo que no constituye, ciertamente, un término definitivo de civilización, pero es, cuando menos, el sólido cimiento, y como la raíz tosca y robusta, en la formación de pueblos que algún día han de ser grandes por el espíritu.

Mucho tiempo después de emancipados, el mundo nos desconocía, ó, conociéndonos mal y desdeñando conocernos mejor, dudaba de nosotros. Quizá, alguna vez, amargados por la aparente esterilidad de tantos esfuerzos angustiosos y tantos sacrificios obscuros, dudábamos de nosotros mismos; y esta duda cruel no perdonó, en el Gethsemaní de Santa Marta, al alma lacerada del Libertador. Pues bien: hemos domeñado á la duda. Hoy nuestra esperanza en el inmediato porvenir es firme y altiva, y la fe del mundo empieza á recompensarla y confirmarla. Éramos, hasta ayer, poco más que un nombre geográfico: empezamos á ser una fuerza. Éramos una promesa temeraria: empezamos á ser una realidad.

Otra alentadora afirmación permite hacer la manera como este primer siglo concluye. Y es que los pueblos hispanoamericanos comienzan á tener conciencia, clara y firme, de la unidad de sus destinos;

de la inquebrantable solidaridad que radica en lo fundamental de su pasado y se extiende á lo infinito de su porvenir. Augusto Comte expresaba su profunda fe en la futura conciencia de la solidaridad humana, diciendo que la humanidad, como sér colectivo, no existe aún, pero existirá algún día. Digamos nosotros que América, la nuestra, la de nuestra raza, principia á *ser*,—como persona colectiva consciente de su identidad. Congresos que se reunen, vías férreas que se tienden de nación á nación, litigios internacionales que se resuelven, vínculos intelectuales que se estrechan: todo concurre á esa manifestación de una plena conciencia americana.

Yo creí siempre que en la América nuestra no era posible hablar de muchas patrias, sino de una patria grande y única; yo creí siempre que si es alta la idea de la patria, expresión de todo lo que hay de más hondo en la sensibilidad del hombre: amor de la tierra, poesía del recuerdo, arrobamientos de gloria, esperanzas de inmortalidad, en América, más que en ninguna otra parte, cabe, sin desnaturalizar esa idea, magnificarla, dilatarla; depurarla de lo que tiene de estrecho y negativo, y sublimarla por la propia virtud de lo que encierra de afirmativo y de fecundo: cabe levantar, sobre la patria nacional, la patria americana, y acelerar el día en que los niños de hoy, los hombres del futuro, preguntados cuál es el nombre de su patria, no contesten con el nombre del Brasil, ni con el nombre de Chile, ni con el nombre de Méjico, porque contesten con el nombre de América.

Toda política internacional americana que no se oriente en dirección á ese porvenir y no se ajuste á la preparación de esa armonía, será una política vana ó descarriada.

Renuevo aquí lo que dije en ocasión reciente: cuando América surgió á la vida de la historia, no fué sólo una nueva entidad geográfica lo que apareció á la faz del mundo. Debemos pensar que surgieron con ella un nuevo espíritu, un nuevo ideal: el espíritu, el ideal del porvenir. La Europa civilizadora, que nos ha adoctrinado, que nos ha amamantado en sus ideas de libertad y de justicia, fruto de su experiencia y de su genio, tiene el derecho de esperar que nosotros, aliviados de la carga abrumadora de la tradición, hagamos algo más que repetirlas: tiene el derecho de esperar que las encarnemos en la realidad, ó por lo menos, que tendamos enérgicamente á realizarlas. Si esta originalidad no cupiese en nuestra civilización: si nada hubiéramos de agregar, en el orden real de la vida, á lo imitado y heredado, ¿qué significaría, en definitiva, la revolución de 1810, sino una convulsión superficial, indigna de tales glorificaciones? ¿Qué sería esto sino seguir siendo colonias por el espíritu, después de haberlo dejado de ser en la realidad política?...

Los que consideran milagro irrealizable que los pueblos se relacionen alguna vez según otras normas que las de la tradición internacional fundada en el dolo y en la fuerza, y que sea en América donde ello se logre, olvidan que un milagro mayor está, vivo y tangible, en el hecho de este centenario. Si hace poco más de un siglo, es decir, si antes de la emancipación norteamericana y de la Revolución francesa, se hubiera asegurado que la democracia y la república, como formas permanentes de organización social y política, no sólo se realizarían en naciones poderosas y grandes, sino que se extenderían por todo un continente, y que este prodigio surgiría de las obscu-

ras colonias europeas, sumergidas entonces en el sueño soporoso de la primera infancia, la afirmación hubiera parecido á los más risible paradoja. Pues bien: cuando la virtualidad de las ideas y la energía de razas jóvenes y fuertes han tenido eficacia para transfigurar colonias obscuras en naciones dueñas de sí mismas, y para implantar, del uno al otro extremo de un continente, las formas avanzadas de organización y de gobierno que, hace poco más de un siglo, parecían al sentido común de los hombres vanas utopías ¿por qué dudar de que esa misma virtualidad de las ideas y esa misma energía de razas jóvenes y fuertes, alcancen en América á realizar, en la vida internacional, lo que los escépticos de hoy tienen por sueños y quimeras opuestos á leyes fatales de la historia: una magnificación de la idea de la patria; un porvenir de paz y de amor entre los pueblos; una armonía internacional fundada en el acuerdo de los intereses de todos por el respeto leal de los derechos de cada uno?

Ésta es, en mí, la más intensa sugestion del centenario americano. Pero hay en los recuerdos que glorificáis, junto al caracter continental, el nacional; junto á lo que es gloria de América, lo que es gloria de Chile; y si lo primero me ha dado pié para afirmar la unidad hispanoamericana, la comunidad de nuestras tradiciones y nuestros destinos, esto otro me impone la grata obligación de decir de la labor nacional de vuestro pueblo lo que, sin mengua de la justicia, no podría callarse en ocasión como ésta.

Celebráis vuestro centenario con algo más que con el orgullo de los recuerdos heroicos de que procede vuestro ser de nación: lo celebráis con el orgullo de haber realizado, por la labor perseverante y eficaz, las

promesas y las esperanzas de vuestro glorioso abolengo de héroes.

Anhelar la libertad es un instinto humano. Tener la energía suficiente para conquistarla, es hermoso y grande, sin duda, pero es, todavía, una energía del instinto. Poseer el carácter necesario para mantenerla, arraigarla, justificarla como un bien merecido, y hacerla noble y fecunda, es lo difícil y lo verdaderamente superior. Hay la voluntad heroica, la voluntad que gana batallas, y es un atributo de todo pueblo digno de este nombre, y todos los pueblos de nuestra raza la tienen al par vuestro. Pero hay otro género de voluntad, disciplinada, rítmica, paciente; hay un género de voluntad que es como la mano firme y segura de la razón: la voluntad que construye, que organiza, que educa, que siembra, que legisla, que gobierna. Éste es el género de voluntad con que se edifican naciones, y éste es el género de voluntad en que os reconocemos preferentemente maestros.

Mediante él, llegasteis á constituir, con anterioridad á los demás pueblos hispanoamericanos, una nación de orden, un organismo de nación. Durante mucho tiempo, en América, en medio de las turbulencias de nuestro duro aprendizaje de la libertad, cuando la severidad del juicio extraño, ó la inquietud de la propia conciencia, nos tentaban al desaliento sobre los resultados de nuestros esfuerzos y la madurez de nuestros destinos, el ejemplo que primero acudía á nuestra mente, queriendo afirmar la aptitud de nuestra raza para la vida de las instituciones regulares, era el ejemplo de Chile.

Ninguna ocasión mejor que ésta para recordar y agradeceros ese ejemplo. Vuestra historia es una gran

lección de energía y de trabajo. Vuestro desenvolvimiento nacional tiene la ascensión graduada y armoniosa de una amplia curva arquitectónica; la serena firmeza de una marcha de trabajadores en la quietud solemne de la tarde. Diríase que habéis sabido transportar á los rasgos de vuestra fisonomía moral ese mismo carácter de austera y varonil grandeza que el viajero siente imponerse á su ánimo, en la contemplación del aspecto y la estructura de vuestro suelo: férreamente engastado entre la majestad de la montaña y la majestad del mar; sellado por la expresión de la energía, más que por la expresión de la abundancia, de la voluptuosidad ó de la gracia.

Señores:

Interpretando el sentimiento de mi pueblo, yo, antes de descender de esta tribuna, os dejo aquí mis votos por que la estrella de Chile se levante en cielos cada vez más serenos; por que su resplandor ilumine glorias cada vez más puras, leyes cada vez más sabias, cosechas cada vez más opimas, generaciones cada vez más fuertes, más libres y más dichosas; y por que, concertando su luz la estrella de Chile con las demás de la constelación hispanoamericana, dentro de la armonía perenne que reposa en el amor y la justicia, mantengan entre todas, para la humanidad de los futuros tiempos, un orden mejor, más bello, más grande, que los que el mundo ha visto formarse y disolverse en el desenvolvimiento de los siglos!

«LA RAZA DE CAIN»

CARTA Á CARLOS REYLES.

Aunque la pequeñez de nuestro mundo literario hace que las impresiones y los juicios que manifestamos verbalmente se difundan con asombrosa facilidad, y aunque creo, por eso, que no necesitaba usted recibir estas líneas mías para saber con cuánta sinceridad y cuánto aplauso le he acompañado en su reciente merecidísimo triunfo, yo quiero enviárselas, siquiera sea para llenar una fórmula de cumplimiento y para no dejar sepultadas en las márgenes del ejemplar de *La Raza de Caín* con que usted me ha favorecido, las rápidas anotaciones en que, según acostumbro, apunté los comentarios íntimos de mi lectura.

Escribo para usted, como si departiésemos en uno de nuestros coloquios literarios. El público tendría quizás derecho á que yo le hablase, con más detenimiento y mayor precisión crítica, de su obra; pero es el caso que á mí me urge menos cumplir con el público que con usted: de manera que, defiriendo hasta la ocasión más próxima el compromiso que acepto para con los lectores de *La Raza de Caín*, me apresuro á anticipar al autor un boceto de mi juicio, y sobre todo, mi abrazo amistoso y cordial de enhorabuena.

Lo primero que yo haría resaltar y señalaría á la admiración de sus lectores, si se tratase ahora de escribir ese juicio, sería la doble y excepcional calidad de obra *inspirada* y obra *perfecta* (perfección literaria: orden, regularidad, conveniencia formal), con que se nos impone la última novela de usted. Para los que creen, vanamente, que hay una oposición y discordia casi irresolubles entre la energía de la inspiración creadora y el arreglo y primor de la ejecución artística; entre la fuerza interna de una obra y la justa proporción de sus apariencias, me imagino que la lectura de esta novela ha de ser una prueba abrumadora de lo falso de tal preocupación. El color y el dibujo lidian á una en tan admirable esfuerzo de arte. *La Raza de Caín*, que es obra de inspiración y de fuerza, es, á la vez, un hermoso modelo de corrección y de *factura*. De corrección en lo que la forma literaria tiene de más interno, de inmediato á la concepción original: en el plan, en el orden, en la armonía de las partes; y de corrección, también, en lo más exterior y plástico de la forma: en el lenguaje, en el estilo, en la expresión.

Desde luego, hay en toda la obra una perfecta regularidad de estructura. Sabe usted *componer*; tiene usted una admirable intuición del desenvolvimiento lógico de un argumento, de la *arquitectura* de la obra novelesca; y esta cualidad, que ya se dejaba percibir en su primera novela, tanto más notablemente cuanto que parece ser una condición de experiencia más que de instinto, se manifiesta ahora con magistral intensidad. Bien sabe usted cuánto significa el reconocimiento de tan preciosa condición literaria. Sin ese claro sentido del orden y la proporción, no hay novelista verdadero. Habrá, á lo

sumo, cuentistas, «costumbristas», autores de cuadros ó *episodios* más ó menos relacionados, por una agregación inorgánica y desproporcionada, dentro de una novela aparente; pero faltarán siempre al conjunto la entereza y la vida que sólo se dan cuando la obra es un verdadero organismo: cuando es un sér animado, sujeto, como todos, á la ley de las correlaciones orgánicas.

La acción de su novela sigue la progresión armoniosa, el movimiento fácil de la curva, que es la línea expresiva de la agilidad y de la gracia, porque, cambiando constantemente de dirección, cada dirección nueva está indicada por la que la precede. Y no sólo sería imposible señalar episodios inútiles en su obra, ó rasgos deficientemente acentuados, ó partes que pudieran suprimirse sin perjuicio de la naturalidad ó el interés, sino que hay siempre en ella una feliz y atinada correspondencia entre la fuerza y eficacia de la inspiración y la importancia relativa de los episodios; de manera que el más subido valor artístico en el desempeño corresponde constantemente á los pasajes más significativos é importantantes la acción.

Todo esto representa gran mérito, sin duda; pero mucho más que el acierto que usted ha demostrado al correlacionar los elementos de su novela, atendería yo, en el juicio que escribiese, al valor propio de estos elementos, y muy particularmente, al de los caracteres, que es donde la crítica que quiera hacer á usted plena justicia ha de agotar el capítulo de las alabanzas. No hay facultad artística superior á la de la invención de caracteres. El novelista lo es en más ó menos alto grado según la fuerza de su poder característico; y el raro dón de crear seres imaginarios

que vivan y perduren, como si á la realidad de los que engendra la naturaleza unieran la inmarcesible juventud y frescura de los dioses, es concedido sólo á los que pueden levantarse, como pájaros sobre corrales, por encima del vulgo novelador.

Ha creado usted, por lo menos, *dos* almas que vivirán, que resistirán muchos aletazos del tiempo. La crítica, que las ha llevado ya á su laboratorio y las ha sometido á todas las pruebas del análisis, ha tenido que reconocer la presencia del indefinible *soplo* vivificador en esas dos criaturas de su fantasía. Extrañas y singulares criaturas, pero vivas y reales, y menos raras quizá,—aun limitando la observación á nuestro propio ambiente,—de lo que la mayoría de sus lectores ha de imaginarse; aparte de que la índole misma de su obra las requería de otra arcilla que la arcilla común y otro modelo que el modelo corriente. Observa, con acierto, Bourget, que para el interés y la fuerza de la novela psicológica, los caracteres medios, normales,—del punto de vista del relieve del carácter mismo, y de la moralidad,—que pueden suministrar tan abundante materia de observación como cualesquiera otros tratándose de la novela de costumbres, valen menos que cualquier tipo de excepción, ya se entienda lo excepcional en el sentido de la superioridad, ya en el de lo degenerado, mórbido ó abyecto. La psicología novelesca se alimentará siempre, preferentemente, de lo raro y excepcional, en materia de caracteres humanos.

Guzmán y Cacio son almas de excepción; y además, es fácil descubrir en ellos, sobre su carácter individual, bien determinado y concreto, un significado ideal, de personificaciones ó tipos; pero, por magia de su arte, que ha pasado de esta manera sobre

la más ardua dificultad de los grandes caracteres dramáticos y novelescos, la *verdad real*, el fondo humano, de ambos caracteres, no aparecen en lo más mínimo empañados por la representación típica é ideal con que resaltan á los ojos de quien penetra en lo íntimo de su concepción. Ha esculpido usted estatuas representativas en carne palpitante: ¡grande hazaña de arte! Y al desenvolver ante nosotros la tela obscura y rara de esas almas fingidas; al descender á los abismos de este mundo infinito que se abre en la intimidad de cada conciencia, é iluminar sus honduras espantables, y descubrirnos la convulsa y desordenada rotación del pensamiento que ha sido arrebatado por monstruoso egoismo á todo centro de atracción exterior, ¡qué fuerza y qué fineza de análisis; qué justo atrevimiento en los grandes rasgos y qué incisiva delicadeza al herir en ciertas reconditeces; cuánta verdad y cuánta eficacia en la expresión!

El siglo que concluye, siendo en cierta manera el de los grandes y heróicos esfuerzos de la voluntad, el de la triunfal expansión de las energías interiores, es á la vez, por singular antimonía, el que legará á la historia de los males humanos más abundante acopio de observación en cuanto á las enervaciones y enfermedades del carácter, que extinguen ó desencaminan aquellas energías. La raza novelesca á que pertenecen sus dos raros y desventurados *protervos* no es otra que la que, con más ó menos profundas modificaciones, ha dado á la literatura de este siglo, —como expresión de uno de los grandes tipos reales que en él se reproducen,—toda una doliente multitud de enfermos de la voluntad, de egoistas desorbitados y rebeldes, almas sin equilibrio y sin luz, llevadas por la dilatación morbosa del propio *yo* y por

la rebelión insensata contra las leyes de la vida, á todos los tormentos del fracaso y la desesperación. Ese tipo fundamental tiene toda la talla mensurable por el ámbito del mismo siglo. Cien años de distancia separan al René de Chateaubriand del Des-Esseintes de Huysmans; la mirada vulgar no alcanzará á percibir las semejanzas en medio de las diferencias; pero restableciendo la sucesión de héroes imaginarios que se tiende entre ellos, al través de la novela y el drama contemporáneos, sería fácil manifestar claramente su parentesco espiritual, y comprobar que una herencia, acrecentada siempre, de miseria y de culpa, los vincula como el primero al último eslabón de una viva cadena de condenados.

Con acentuada fisonomía individual, con personalidad bien característica y propia,—porque sus criaturas espirituales son verdaderamente suyas, y usted las ha forjado con jugos de su alma y alientos de su fantasía,—Cacio y Guzmán pertenecen á esa misma multitud inmensa y llorosa, que marcha al porvenir, escudada por la inmortalidad del arte que la ha consagrado, para llevar á la posteridad que nos juzgará la confesión sincera de nuestras flaquezas y las sombras de esta extraña alma de nuestro tiempo, tan contradictoria en su complejidad, tan irreducible, para nosotros, á toda clasificación y todo juicio.

Contribuyen eficazmente, en su obra, á la intensidad del efecto, la justeza y solidez de la expresión. La forma en que está escrita,—austera y *mate* quizá, pero de una adaptación y una conveniencia perfectas respecto á lo que, por sujeción á los términos consagrados, llamaremos *el fondo*,—tiene la fuerza del músculo y el calor de la sangre. Su *escritura*—

como hoy suele decirse,—revela que tiene usted siempre presente la relación de dependencia del estilo respecto de la idea, y que la forma literaria se rige para usted, como en el concepto spenceriano, por un principio de economía dinámica. Y sin embargo, en ciertos momentos intensos de la acción, en los fuertes rasgos característicos de un personaje, en los toques vivaces de la descripción ó el sentimiento, su *manera* llega á adquirir á veces, independientemente de aquel valor de relación, notas y vibraciones de las que dan á la palabra y á la frase un valor propio é intrínseco, un valor comparable con el que tienen, antes de ser colocadas en sus joyas, las piedras raras que centellean, dispersas, sobre la mesa del artífice que ha de engarzarlas en el oro ó la plata.

La transcendencia ideal, el pensamiento íntimo de su obra, merecerían ser estudiados tanto más prolijamente cuanto que usted nos la presenta, si no con un propósito declarado y prosaico de enseñanza, con el de *ejemplo* capaz de sugerir ideas saludables. Yo encuentro justificado ese propósito. Aquellos que quieran sostener que hay en el libro una tesis pesimista, una idea de predestinación fatal, que tiende á poner de relieve lo inevitable de la humillación y el sufrimiento en la *raza* maldita, nacida para ofrecer, con sus serviles espaldas, vivo escabel á los llamados al triunfo y á la gloria, no carecerán de razones atendibles para justificar esa interpretación, ya que es característico de casi toda tesis trascendental velada en forma de arte la posibilidad de atraerla en más de un sentido y resolverla á favor de más de una idea. Pero aquel mismo valor de saludable ejemplo que usted supone en *La Raza de Caín* es ya una prueba de que, por lo menos, la interpretación per-

sonal, la conciencia artística del autor, van por otros caminos; y el examen atento de la relación de los caracteres con el término de la acción conduce, en mi sentir, á un resultado ideal menos desconsolador y más verdadero.

Atendiendo, preferentemente, al carácter de Guzmán, es como aparece ese resultado, claro y distinto. Ha querido y ha conseguido usted enseñar que el cultivo egoista del propio *yo*, no dominado por la conciencia de nuestra subordinación á las leyes de la vida y de nuestra solidaridad con la obra de todos; la perversión de la voluntad, enervada por la ausencia de un objetivo real, viril y fecundo, y por la disconformidad cobarde con la naturaleza y el deber; el engrandecimiento ficticio y vanidoso de la personalidad propia á costa de nuestra ineludible condición de seres sociales, son los seguros antecedentes de la derrota sin honor, en los combates del mundo. Ha querido y ha conseguido usted enseñar que cada destino individual tiene su única posibilidad de paz y de dicha en la adecuada relación de los intentos y las aspiraciones con la fuerza real del propio ánimo, y en la transacción generosa de nuestra voluntad con lo inevitable y lo fatal. Nos ha mostrado usted cómo la estéril soberbia de los egoismos rebeldes es un motivo de disolución que concluye por destruir y anular la misma voluntad que se consideraba engrandecida y fortificada por la virtud del aislamiento.

Así interpreto yo el sentido de su obra, y por eso creo que no va usted descaminado cuando considera que nuestra impresión será sana y benéfica, aunque amarga. Quizás hubiera sido bien, para que ese sentido apareciese, á los ojos de todos, claro y patente, que hubiera usted opuesto al cuadro de enervación

y de egoísmo que ha querido dejar severamente en pie, como una dura lección, un cuadro, un episodio, un personaje, una escena accidental siquiera, que significaran, por contraste, la apoteosis de la vida, del esfuerzo viril, de la actividad valiente, generosa y fecunda. El grupo de los Crocker, con su perfecta, y á las veces antipática, mediocridad, no es suficiente para producir ese efecto de contraste, aunque tiene su significación necesaria y oportuna dentro del conjunto de la acción. Pero, aun sin eso, yo creo que quien quiera interpretar rectamente la filosofía de su obra, tendrá que hacerlo en un sentido poco diferente del que yo le atribuyo; con lo cual la oportunidad de su dedicatoria quedará plenamente justificada, y el valor de enseñanza de su libro resultará tan claro á los ojos del pensador como su valor de ficción á los del artista.

Pongo punto á esta carta, ya larga para lo que es, y que usted sabrá tomar en su exclusivo carácter de esbozo de un estudio futuro, y le estrecho afectuosamente la mano.

1900.

A ANATOLE FRANCE

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL BANQUETE OFRECIDO Á ANATOLE FRANCE, Á SU PASO POR MONTEVIDEO, EL 16 DE JULIO DE 1909.

Ilustre maestro:

Un pueblo joven, que aspira á orientar su espíritu en dirección á las nobles superioridades de la inteligencia, flor exquisita y tardía de la civilización, saluda en vos al embajador glorioso de esa patria universal, que, por encima de las fronteras y las razas, forman el pensamiento y el arte.

Hermoso triunfo de la solidaridad humana es que las sociedades vinculadas por los principios esenciales de una civilización común, aunque se interpongan entre ellas la distancia material ó las diferencias de la raza y la lengua, constituyan ya, para las altas manifestaciones del espíritu, un vasto y único escenario, donde se difunden, del uno al otro extremo, la voz propagadora de verdad ó belleza y el coro de simpatía y entusiasmo que responde á esa voz y la multiplica. Las naciones latinoamericanas, últimas, por su poca edad, en incorporarse á esa grande unidad ideal, componen, dentro de ella, un grupo atento y entusiasta, el más entusiasta quizá, porque lo inspira el fervor del noviciado y porque pone en su atención

é interés la secreta esperanza de que surgirán de su seno las voces soberanas del porvenir.

Del pueblo en que os encontráis, acaso sólo había llegado hasta vos, en rumor apagado y confuso, el eco de las discordias civiles que, renovándose con porfiado encono, han dado tan claras pruebas de nuestro valor como dudosas de nuestra madurez política. Éste ha sido ante el mundo el testimonio de nuestra existencia. Testimonio demasiado violento, sin duda! Pero nosotros, que queremos la organización y la paz, y que marchamos definitivamente, y con fe profunda, á conquistarlas, no nos avergonzamos ni nos desalentamos por esos revoltosos comienzos, porque sabemos que ellos son, en los pueblos como en los hombres, la condición de la niñez. Tuvimos el arranque atrevido de optar por la libertad; hacemos su duro aprendizaje: tal es nuestra historia. Y como, entre las cualidades excelsas de vuestro espíritu pensador, cuéntase la de la comprensión amplia y generosa, que mira de lo alto y llega hasta el fondo de las cosas y de las almas, sabemos ya que aplicáis á nuestra indómita inquietud, tan duramente juzgada de ordinario, ese criterio de benevolencia y de esperanza.

Podría personificarse el genio de esta turbulenta América latina, tal como se ha manifestado hasta hoy, en aquel belicoso niño griego que el poeta de las *Orientales* imaginó entre las ruinas calcinadas de Chío, después de pasar el invasor, y que, preguntado por el pasajero sobre la prenda que lograría contentarle,—flor delicada, sabroso fruto ó ave melodiosa,—contestaba pidiendo, con ademán heroico, «pólvora y balas.» «Pólvora y balas» nos habéis oído pedir, aquejados de fatal é inaplacable deseo. Pero

lo que acaso no conocíais suficientemente es que, á pesar del vértigo que nos ha arrebatado, y aprovechando las treguas precarias y luctuosas, hemos aspirado, con incesante y no siempre estéril afán, á saber, á comprender, á admirar, y también á producir; hemos reconstruído cien veces los fundamentos de cultura arrebatados por el huracán de las discordias; hemos tendido, en una palabra, á la luz, con la fidelidad inquebrantable de la planta que, arraigada en sitio obscuro, dirige sus ramas anhelantes hacia el resquicio por donde penetra, pálida y escasa, la claridad del día. Y bien: esta conciencia de los deberes de la civilización, este sentimiento de dignidad intelectual, que, á pesar de todo, ha velado en nuestro espíritu, es lo que nos asegura que el triunfo será nuestro en la lucha con los fieros resabios del pasado. *Ceci tuera cela*: esto matará aquello; y ya está cercana la hora en que el niño heroico del poeta no pedirá más al pasajero, con airado gesto, «pólvora y balas», sino que aceptará, sonriente, de sus manos, la flor delicada y el ave melodiosa, símbolos de belleza y mansedumbre.

En su obra lenta y penosa de cultura, estos pueblos de América han sido forzosamente, hasta hoy, tributarios del espíritu europeo. El faro orientador que razas predestinadas fijaron, hace millares de años, en las costas del Mediterráneo, azul y sereno, orlándolo con las ciudades creadoras de la civilización, permanece aún allí, sin que otra luz haya eclipsado sus fulgores. Somos aún, en ciencia y arte, vuestros tributarios; pero lo somos con el designio íntimo y perseverante de reivindicar la autonomía de nuestro pensamiento, y hay ya presagios que nos alientan á afirmar que vamos rumbo á ella. Aspirando

mundo, para mantener, sobre los desbordes de la fuerza y sobre los incentivos de la utilidad, la enseña augusta del ideal desinteresado. En nuestro culto de la historia, en nuestra figuración del porvenir, en lo mejor de nuestro pensamiento, en lo más íntimo de nuestro corazón, vive y alienta el alma de Francia: musa, sacerdotisa, conductora inmortal, vibrante de simpatía como Antígona, bella y fuerte á la vez como Atenea Victoriosa.

Y ese fascinador espíritu de Francia que, en su manifestación de arte, es gracia, proporción, gusto exquisito, claridad de ideas y de formas; ese espíritu que encarnó en Montaigne, en Voltaire, en Renán, tiene hoy en vos su más alta personificación literaria. La más alta y la más típica. No por vano capricho ostentáis como nombre vuestro el nombre de vuestra nación. La representáis en las cualidades más características de su inteligencia y de su sensibilidad. Vuestro pensamiento es como la flor preciosa y leve en que concentra su escogida esencia la savia espiritual de una raza. Si, como escritor, tenéis la gracia del estilo, como filósofo tenéis un género de gracia, aun más raro y difícil: tenéis la gracia del pensamiento. Véis el mundo al través de la ironía, pero la expresáis por una sonrisa tan fina y tan dulce que ella pierde toda su crueldad. Vuestra ironía vale tanto como el entusiasmo. Es aquella amable y piadosa filosofía de la buena sonrisa, que se traduce en una inagotable indulgencia para todas las debilidades humanas, en un vasto perdón para todas las miserias de nuestra naturaleza pecadora, para todas las vanidades de nuestros sueños. Enseñáis á dudar, pero derramáis un óleo balsámico sobre la duda, porque enseñáis también á comprender

y tolerar. Salimos de vuestra dulce cátedra sintiendo que, á pesar de todas las ilusiones de nuestra inteligencia y de todos los enigmas de nuestro destino, es hermoso ser justo, es hermoso ser sabio, es hermoso ser bueno. La admiración que os consagramos está mezclada de afecto y agradecimiento. Y aunque nada más extraño, ciertamente, á vuestra naturaleza intelectual que las líneas rígidas y austeras del apóstol, bien puede decirse que en tierras como éstas por donde pasáis, donde los caracteres y las pasiones suelen tener la aspereza bravía de los bosques vírgenes, vuestra literatura es propia para ejercer, sin proponérselo, un verdadero apostolado: el apostolado de la tolerancia, de la benevolencia y de la delicadeza, dones supremos de la civilización.

Maestro: no podemos ofreceros nada para vuestra gloria, porque vuestra gloria está completa, y porque, rudos trabajadores de un suelo que es necesario desbrozar, no hemos cosechado todavía las flores con que se tejen las guirnaldas para las frentes elegidas. Pero os ofrecemos, de lo íntimo de nuestro corazón, algo más suave y sencillo que la gloria: la simpatía; la simpatía que quedará, como huella indisipable de vuestra presencia, en la memoria de un pueblo que marcha al porvenir con la aspiración de ennoblecerse por la virtud de las ideas y por el culto de la belleza y la verdad.

MIRANDO AL MAR

¡Cuánto muda de color el mar inmenso!.... ¿Quién habló de la monotonía del mar? La dura tierra sólo varía en el espacio; el mar cambia y se transforma en el tiempo. Allí donde hace un instante tuvo una fisonomía, ahora tiene otra diferente. Esa inmensidad es un perpetuo *devenir*, sin punto de reposo, sin veleidad de fijeza. ¿Qué gama como la gama de sus sonidos? ¿Qué paleta como la que le surte de matices? ¿Qué imaginación más rica en formas que la ola, nunca igual á sí misma?.... Yo quiero que detengáis el pensamiento en un aspecto, nada más, de esa variedad infinita: en la mudanza del color. ¡Cuán maravillosamente cambia de piel el monstruo enorme! ¡Y qué raras invenciones de tintas las que saca á luz sobre el lomo, ya crespo, ya sumiso! Para estos cambios suele bastar un instante: lo que se tarda en quitar la mirada y devolverla; y ¿qué es lo que obra en ellos como causa? ¿qué es lo que colora de nuevo, y de improviso, la sublime extensión?—A menudo, sólo una nube que cruza por el cielo; sólo un rayo de sol que, rasgando el seno de las brumas, toca el haz de la onda: cosas de allá, de la región de lo leve, de lo vago, de lo inaccesible...

Tengo la imaginación hecha de tal modo que toda apariencia material tiende en mí á descifrarse en

idea. La Naturaleza me habla siempre el lenguaje del espíritu. Observando, desde la playa, esto que ahora apunto, yo pensaba en ese otro mar, extraño y tornadizo, que es la multitud de los hombres; y pensaba luego en las mil cosas ligeras, aéreas, ideales, que flotan á toda hora sobre el mar humano, allá adonde no alcanza la furia de sus olas: concepciones de almas ilusas, candideces de almas puras, ensueños de almas bellas... Y me producía una suerte de embeleso considerar que basta á veces el toque, leve y sutil, de una de esas cosas delicadas, sobre el lomo del salvaje monstruo inquieto, para colorearlo de nuevo en un instante: para que la muchedumbre,—la formidable fuerza real,—se rinda, como la cera al sello, á la todopoderosa debilidad de una palabra del poeta, de una promesa del visionario, de un ¡ay! del desvalido.

1911.

LA TRADICIÓN INTELECTUAL ARGENTINA

Aquella generación que llegó á la juventud bajo las sombras de la tiranía de Rozas, trajo, entre los maestros de su grupo intelectual, un espíritu ático y fino, en quien todos los refinamientos del gusto, todas las delicadezas de la sensibilidad literaria, se conciliaban con la aplicación infatigable y nimia del investigador. Tenía además — y he nombrado á Juan María Gutiérrez,—la intuición del pasado, el precioso secreto de devolver el movimiento de la vida y el color de la realidad á las cosas muertas. Favorecido por tan altas dotes, escribió sobre la historia literaria argentina páginas que se leerán siempre con interés y provecho, y alguna, entre ellas, que seduce por el encanto del estilo y por la animación dramática, como una resurrección histórica de Taine.

Desde entonces, nadie ha renovado, con tenacidad y amor suficientes para continuar tan luminosas huellas, el estudio de los orígenes del pensamiento argentino y de su desenvolvimiento paralelo al de las energías de la vida activa y del progreso material, hasta la definitiva constitución de la nacionalidad. Nadie ha mostrado gran empeño por que, en este campo de las producciones del espíritu, más fácil de cuidar que los de aquellas actividades que no son, como él, patrimonio de unos pocos, se

mantenga la continuidad, el espíritu informante de la tradición, ya perdido y disuelto en otras manifestaciones de la vida, descaracterizadas en toda esta parte de América por un cosmopolitismo sin crisol y sin norte. La tradición podría ser, sin embargo, y limitándonos ahora á lo que se refiere á la actividad del pensamiento, una fuente de inspiraciones fecundas, que, armonizadas con las influencias legítimas de innovación, darían por resultado el mantenimiento de una originalidad nacional dotada de fuerte energía asimiladora, con la que imprimiría sello propio á todo lo nuevo y extraño que adquiriera.

El encadenamiento, la unidad sucesiva de esa tradición, se perciben fácilmente desde la época en que clarean los albores de la inteligencia argentina, hasta el término del largo proceso de formación de la nacionalidad. Y si se pregunta cuál es el rasgo dominante que reune en una expresión característica las manifestaciones literarias de tan dilatado espacio de tiempo, yo procuraría mostrarlo en la vinculación estrecha y constante de la obra del escritor y del poeta con las ideas, los afectos y los intereses de cada jornada de la existencia nacional. Toda aquella literatura es milicia; y este carácter permitirá afirmar, acaso, al historiador que la abarque en su conjunto, no su superioridad artística sobre la de otros pueblos de América, donde se trabajó más pulcra y serenamente la forma, donde hubo ambiente más ático para la producción del todo desinteresada; pero sí que fué una literatura más *de acción* y más *de ideas*.

Carecía el pensamiento argentino, cuando la independencia le puso en aptitud de manifestarse con

sinceridad, del precedente de una cultura literaria formada, dentro de la tradición de la colonia, como la había, con arraigo dos veces secular, en el Perú y en México. Pero la ausencia de ese precedente fué para él un beneficio. Así como, en la fisonomía social, no se vieron en las colonias del Río de la Plata los rasgos cortesanos que, en otros pueblos de América, opondrían resistentes relieves al cincel de la Revolución, al ser transformados en lineamientos de nuevas democracias, así en el uso de la palabra y de la pluma no existía el hábito de la producción huera, ficticia, única conciliable con un régimen de opresión y aislamiento, al que se agregaban los viciosos influjos de la decadencia metropolitana.

Las más remotas manifestaciones del pensamiento argentino se anticipan en pocos lustros al día de la emancipación; y ésas mismas no son sino notas dispersas y triviales, que sólo se dignifican y acuerdan en una expresión armónica cuando llegan las vísperas de Mayo. Entonces, las páginas de los primeros periódicos, movidas por una vaga repercusión de la tempestad de ideas que propagaba, del otro lado del mar, el huracán revolucionario, reflejan un interesante estímulo de *curiosidad* y animación intelectual. Comienza á delinearse el esbozo de una producción literaria. Esta literatura principiante, infantil, en que lo trasparente del alarde erudito, la excesiva é ingenua facilidad de entusiasmo, y el remedo inexperto de la aparatosa retórica que daba entonces el tono del buen gusto, nos impresionan hoy como un certamen de colegio, tiene un sentido histórico que la ennoblece y levanta extraordinariamente sobre su valer de realización artística. Es la venerable literatura de los versos de

Labardén, de los artículos de Vieytes, de las memorias consulares de Belgrano. Y toda ella manifiesta tan intensamente la ambición generosa de saber, la noble impaciencia en el ejercicio del pensamiento propio, la intuición y el sentimiento de las responsabilidades que traería consigo la obra de un futuro inmediato, que yo no la cambiaría, como punto de arranque de una tradición intelectual, por la biblioteca varia y copiosa que la Salamanca mexicana de Ruiz de León y la Bizancio limeña de Peralta y Barnuevo habían acumulado, con sus propios autores, en dos siglos de literatura gongórica y vacía, pomposa máscara de la inanidad del pensamiento.

Cuando la vida monótona y pálida de la colonia experimenta por primera vez una conmoción capaz de engendrar alta poesía, inflamándose en el sentimiento de resistencia á un invasor extranjero, levántase un tanto el vuelo mediocre de los versificadores, y el lenguaje de las proclamas alínea en cláusulas palpitantes de vida los tipos de aquella «Imprenta de Expósitos», que dió publicidad á todos estos memorables y candorosos balbuceos. Y cuando la hora suprema va á sonar; cuando el esfuerzo triunfante de la Reconquista ha servido de gimnasia heroica para preparar las voluntades y desentumecer los brazos, el pensamiento de la colonia, sobreponiéndose, en un arranque audaz, á sus tentativas inciertas, se remonta á la plenitud del raciocinio viril y de la exposición maestra con la *Representación de los Hacendados*, que es la tarima sobre que se afirmó muy luego la tribuna de la Revolución.

La gigantesca iniciativa de Mayo, no bien se produce, se levanta sobre la materialidad del hecho, con un programa consciente, en el que la difusión de las

luces y el anhelo de adquirir todas las formas intelectuales de la civilización, entran como elementos preferidos. En la trágica solemnidad del primer momento, cuando toda la atención del espíritu debía parecer insuficiente para dirigir la acción marcial, y todas las fuerzas, escasas para ejecutarla, la Junta de Gobierno resuelve con inoportunidad aparente,—que se convierte para el juicio póstumo en la más alta y significativa oportunidad,—la fundación de la Biblioteca Pública. Y esta confianza enaltecedora en la eficacia de la cultura y de la instrucción popular, sigue iluminando invariablemente, en medio de las borrascas del entusiasmo y el peligro, la marcha de aquella revolución azarosa.

Buenos Aires mantiene con sus tribunos, con sus publicistas, con sus poetas, la propaganda, el pensamiento, el nervio de civilización y cultura de la Revolución, mientras, con no menor grandeza sin duda, la guerra de los campos, que á los orientales tocó principalmente representar y abanderar, complementa y rectifica la magna obra con el empuje de sus energías instintivas. Para la eficiencia de aquel alto ministerio social, bien puede decirse que no fué inútil la palabra alada del poeta, que entonces, en la América estremecida de uno á otro extremo por el impulso revolucionario, como en Europa,—donde la resistencia á las conquistas napoleónicas reanimaba la conciencia nacional de los pueblos,—volvía á ser, como en los tiempos heroicos, el verbo del alma colectiva.

No es su valer de arte, nunca ó rara vez superior, lo que realza á la poesía argentina de esta primera hora. Ella no produjo nada que pueda resistir parangón con la alteza lírica de ciertas ráfagas de Olme-

do; ni con el clasicismo primoroso del cuadro de naturaleza tropical que Bello trazó, rescatando en él la palidez de los colores por la maestría del dibujo; ni con el grito del alma que anunciaba en los versos tormentosos de Heredia,—inquietos ya bajo el entono de la máscara clásica,—la proximidad de una poesía nueva por el sentimiento y por la forma. La condición superior de la poesía argentina de aquel tiempo está en que ninguna otra sostuvo, en América, un comentario lírico tan asiduo y constante de la acción revolucionaria, con sus encendimientos y desmayos, con sus triunfos y derrotas, desde el himno de 1813 hasta los cantos de Varela, de Lafinur y de Luca. Aquella poesía que hoy sentimos tan poco y consideramos tan artificial y fría, en su tiempo fué verbo palpitante, fué sugestión eficaz. El propio clasicismo solemne de sus formas no era sólo un amaneramiento retórico. Él se relacionaba con las inspiraciones más íntimas del genio de la Revolución americana, modelada, como la francesa, en la evocación de las sombras del civismo antiguo. Recuerdo que don Vicente Fidel López dió alguna vez luminosa idea de esta influencia real y honda del modelo clásico, que no domina sólo en las formas de la poesía de la Revolución, sino también en la marcialidad de sus héroes y la actitud estatuaria de sus tribunos.

La intensidad de la tendencia de cultura y de noble idealidad que había movido, desde el primer instante, el espíritu de la revolución de Mayo, se comprueba plenamente cuando, llegada ésta, con el triunfo, á edificar sobre lo que había destruído, produce el breve pero magnífico florecimiento que se personifica en Rivadavia. Acaso, en la historia de

América, no haya ejemplo de un período de gobierno en que las ideas hayan ejercido fuerza tan eficiente é imperiosa en la dirección de la sociedad. Y la manifestación escrita y oral de las ideas adquirió de ello superior importancia. Pareció entonces revestir formas reales en la vida de un pueblo aquella imagen de una cultura intelectual vivificada por el sentimiento cívico y la austeridad republicana; por la dignidad de las costumbres y la seriedad de las inteligencias, que había soñado para el porvenir, cuando las pasajeras esperanzas del Directorio, el alma apasionada de Madame de Staël. Toda manifestación del espíritu convergía al centro ideal que fijaba aquel plan superior de gobierno. Adquiría el periodismo político las formas cultas de la impersonalidad y la doctrina. La tribuna se dignificaba al par de él. La instrucción quebrantaba el molde colonial de las viejas aulas de San Carlos, para impregnarse de ideas nuevas. Y la expresión literaria, enaltecida por aquel hermoso y altivo sentimiento de los progresos humanos que había inspirado á la poesía del siglo XVIII el *Hermes* de Chénier y que vibraba en las odas *civiles* de Quintana, cantaba con Juan Cruz Varela las Geórgicas de la tierra fecundada por la paz. Penetradas del mismo espíritu, hasta las formas exteriores y usuales de la sociabilidad desplegaban una elegancia áulica, que, sin quitar á aquel ensayo de republicanismo perfecto su sello de severidad genial, modificaba, en este rasgo también, la fisonomía de la colonia.

La generación que estaba en la infancia ó en la primera juventud, cuando así fructificaba la obra de la que la había precedido, ofrece en su figuración histórica ejemplo de esa misma vinculación es-

trecha y constante entre el pensamiento y la acción. Ella hizo la guerra á la formidable tiranía, con la palabra de sus escritores y el canto de sus poetas. Ella identificó sus entusiasmos literarios con sus propósitos de regeneración política, bajo la enseña gloriosa de aquella «Asociación de Mayo», de donde surgieron á la vez la iniciativa poética de *La Cautiva* y la idea de organización nacional que debía prevalecer sobre los odios de bando de la época. Ella dió su obra de mayor arranque genial, la más alta y duradera nota de su literatura, en un panfleto caldeado por los entusiasmos del combate: el *Facundo*, que siendo para la posteridad, principalmente, un libro de historia pintoresca, un cuadro de admirable color americano, fué ante todo, en el propósito del autor, la denuncia de la barbarie de la tiranía y el golpe destinado á conmoverla. Ella hizo más aún: cuando salvó, proscripta en sus hombres representativos, las fronteras de la patria, aportó á la libertad y á la cultura intelectual de otros pueblos un concurso que podría relacionarse, como signo de una persistente vocación nacional, con el que el genio expansivo de la Revolución de 1810 había llevado á la causa de la emancipación, en lejanas latitudes de América.

Nunca será inoportuno insistir en traer á la luz estas tradiciones de la cultura argentina. Sería bastante por sí solo el rango que en la civilización y la riqueza de América está reservado necesariamente á ese gran organismo nacional, cuyo desenvolvimiento no parece muy lejano de la edad de plenitud viril de los pueblos, para que las manifestaciones de su inteligencia y su carácter tengan ya un interés que afecta á la comunidad de las nacio-

nes de su origen, y para que en todas ellas merezca ser estudiada, entre los factores del porvenir, la posible influencia de su espíritu.

El pensamiento, la palabra, la pluma, han sido, pues, en las grandes épocas de ese pueblo, fuerzas positivas que han mantenido la perseverancia de su civilización en un derrotero de altivez é idealidad. Esta condición tradicional *obliga*, como todo timbre de *nobleza*. La energía de las generaciones jóvenes tiene un precioso estímulo en la necesidad de confirmar ese noble rasgo del pasado; y gloria de ellas sería dejar demostrada su permanencia característica, su persistencia en lo íntimo, impidiendo que él se desvanezca y confunda en la vaguedad del cosmopolitismo invasor, como un perfil augusto que se apaga en una vieja moneda por el codicioso roce de las manos.

1903.

En la armonía, disonancias

DE UNA CARTA Á ALBERTO NIN FRÍAS.

. . . . . .

La labor intelectual de usted me interesa tanto más cuanto que me ofrece, á menudo, ocasión de ejercitar mi pensamiento, familiarizándolo con ideas distintas de las que le imprimen sello y carácter.

Nuestros puntos de partida son diferentes, casi opuestos. Usted procede del protestantismo, yo del helenismo. Usted espera ver salir el nuevo día de as biblias sin notas, de los templos de paredes desnudas; mientras que yo me atengo á las palabras de Juliano, que usted cita en su libro y que Ernesto Renán, moribundo, murmuraba en el delirio de la agonía: *Que salga el sol del lado del Partenón*.... Pero nuestros espíritus se acercan más cada día; convergemos á un mismo término; porque toda grande ruta ideal, no importa cuál sea, lleva en dirección á la armonía, á la amplitud, á la comprensión de todo lo bueno, á la amistad con todo lo hermoso. Un culto de que ambos somos fieles nos reconcilia especialmente: nuestro culto por Taine, que supo unir en su gigante alma el amor de Atenas y la admiración de Inglaterra.

Por mi parte, á medida que vivo, siento mi espíritu más amplio y más sereno. Vinculo mi alma á nuevas cosas bellas. Venzo nuevas limitaciones den-

tro de mí mismo. Veo dilatarse, con nuevas y singulares perspectivas, el horizonte de la contemplación, de esa contemplación que ambos tenemos por suficiente objeto de la vida... ¿Ha olvidado usted á Thomas Graindorge?

Tendemos, pues, á la armonía. No deseemos, empero, convertirla en identificación que anule toda peculiaridad individual, toda diferencia. Reservémonos del fondo de nuestras ideas algo propio é indeclinable, con que se sustente el placer de la contradicción. *Las divisiones convienen*, dijo ya San Pablo, á quien usted debe de reverenciar, porque fué, por el espíritu, una especie de protestante profético. Sin alguna discordia y contradicción, la vida del pensamiento sería una vida muy monótona y triste, donde, al cabo, la discordia renacería del seno del fastidio: nos pelearíamos entonces de puro fastidiados.

Su nuevo libro viene lleno de ideas. Hace pensar; hace sentir. ¿Conquistará usted con él muchas almas para su tierra santa y sus profetas? De eso no estoy seguro.

De lo que sí estoy seguro es del aprecio que tengo por su talento; de lo mucho que me complacen y animan su entusiasmo, no vano, sino equilibrado y consciente; la tendencia reflexiva y severa de su espíritu; su perseverancia; el temple de su naturaleza intelectual, sana y fuerte, como educada en país de robustos y tenaces trabajadores.

Su labor de usted, tan sincera, tan progresiva, tan noblemente inspirada, merece citarse como ejemplo. Si yo tuviera autoridad para indicar ejemplos, la indicaría como tal.

1904.

«DE LO MAS HONDO»

Colección de poesías de Emilio Frugoni

No ha mucho tiempo que procuraba yo expresar, á propósito de un libro de versos, la sensación que produce en la mayoría de nosotros la comunicación espiritual con un temperamento lírico suficientemente dotado de vida y fuerza interior para limitarse á buscar sus inspiraciones en ellas, sin abrirse á la repercusión de lo exterior y colectivo. Aquellos que tenemos dispersa entre las cosas del mundo una buena parte del alma, y no podemos acariciar por mucho tiempo las dulces emociones de la concentración sin que nos inquieten y sacudan los hilos espirituales que nos vinculan á esas cosas de afuera, envidiamos aquel privilegio y admiramos aquella facultad del poeta íntimo. Honda y delicada voluptuosidad debe de ser la de vivir perpetuamente sumergido en esas aguas serenas, y llegar á hacer así del propio corazón un alga rara, que, siendo cosa viva, parece flor de artificio ó extraño adorno compuesto de sutiles encajes! Los demás sólo disfrutamos por excepción dichosa, tal cual vez, á la manera de regalado convite ó paseo encantador, los halagos de esa absorción escogida; pero en el poeta íntimo ella nos parece única y constante.

Tengo ahora ante mí los originales de un nuevo

libro de poesía, casi exclusivamente personal, ensimismada, *dulcemente egoísta*, y aquella impresión se reproduce, y se reproduce más intensa, porque me sorprende sumergido del todo en un gran clamoreo de voces exteriores, que acalla el rumor de las profundas y sumisas que cada uno lleva—como la música de que hablaba Porcia,—dentro de sí.

Libro de intimidad; poesía de recogimiento y confidencia. No sé si habrá quien, después de conocida la obra, aconseje al autor que atienda á lo que pasa en torno suyo; que confunda su personalidad de poeta con la personalidad colectiva de su pueblo, ó con la de una comunión ideal, á la que muevan hondos intereses humanos. Tal hubiera hecho buena parte de la crítica en un tiempo. Pero no lo haré yo, que, en presencia de un temperamento ú obra de poeta, nunca me he sentido inclinado sino á apreciarlos en sí mismos, tal cual la naturaleza desempeña en ellos su ley. Siendo el instinto poético una *vocación*, en rigurosa etimología, esto es: un llamamiento, el poeta sabe bien de dónde procede para él la misteriosa voz y cuál es la dirección que ha de tomar para acudir á ella, sin que los rumbos que le indiquemos nosotros puedan darle más fija y feliz orientación. Nuestro deber de críticos es limitarnos á juzgar la obra realizada, en el campo adonde el poeta nos lleva.

Y adviértase que es, quizá, éste de las intimidades el único campo que la poesía podrá reivindicar eternamente como *suyo*. Si yo creo en la perennidad de la forma métrica es porque no concibo cómo sería posible eliminarla de la expresión del sentimiento individual, en lo que ésta tiene de puramente lírico y no adherido accesoriamente á la descripción

ó al relato. Imaginemos que la querella de la prosa y el verso haya de resolverse *definitivamente* de la manera como ella está resuelta con relación á las actuales condiciones de oportunidad literaria, y que persista para siempre la superioridad actual de la primera como instrumento de la narración, del diálogo dramático y de la imitación descriptiva. Concedamos aún que, por lo que toca á la expresión entonada de los grandes afectos colectivos, quepan, sin inferioridad, dentro de la elocuencia de la prosa, el himno, la imprecación, el credo de fe, el ditirambo y el *pean* de victoria. Pero, aun cuando lo porvenir haya de ser eso, la forma poética conservará el imperio inmutable de las confesiones del sentimiento individual, cuyo interés perecerá, fatalmente, desvanecido en trivialidad y falta de substancia, cuantas veces intente privársele del *quid ineffábile* del ritmo, de la misteriosa virtud que el ritmo pone en los ápices de la expresión: á la manera como hay vagos y delicados aromas cuyo encanto se disiparía si se les separase del tejido tenue y transparente de las flores de que se exhalan.

Por otra parte, hay veces en que, á pesar de buscar su poesía dentro de sí mismo, el poeta íntimo llega á ser el más universal,—casi diría el más impersonal,—de todos los poetas. Sucede esto siempre que las emociones, los afectos, los estados de alma, que en sus versos encuentran expresión, no son los excepcionales de una naturaleza poética caracterizada por extraña y anómala, ni presentan muy acentuada la *nuance* individual que cada humano corazón imprime al sentimiento. Entonces, dentro de los vagos contornos con que el poeta dibuja la imagen de su vida interior, á todos nos parece ver algo de la

propia; reconocemos allí nuestras sensaciones actuales, ó aquellas de que sabemos por el recuerdo, ó por lo menos nuestras sensaciones virtuales y posibles; y es así como la elegía de Musset, ó el *liéder* heiniano, constituyen una poesía más *de todos*, más *impersonal*, más cercana á la universalidad que un día tuvieron las epopeyas y los cantos de gesta, que el himno sagrado de Manzoni ó la imprecación política de Barbier.

Íntima de esa manera; íntima y general á la vez, por la índole de los sentimientos que expresa, es la poesía de este hermoso libro. Las impresiones, las tristezas, los sueños, que se dicen en él, son de aquellos que están en la trama misma de nuestra sensibilidad y que aparecen á nuestra mirada apenas la hundimos en la profundidad azul que tenemos dentro. Este género de poesía transparenta, como el fondo de su corriente límpida, la identidad fundamental de nuestras almas. En cambio, aquel—no menos legítimo, sin duda,—en que el relieve de la fisonomía individual alcanza á la singularidad y la excepción, hace sensible la idea de la complejidad infinita de que es capaz nuestra naturaleza á pesar de esa fundamental identidad. Pertenece á este último género la mayor intensidad de dominio sobre cierto número de almas, distintas para cada poeta, y que éste agrupa á su alrededor por afinidad electiva; pero el dominio más extenso es del primero. Cada uno siente y admira en la proporción en que es capaz de identificarse con el objeto de su admiración. El sentimiento justo y eficaz, como la plena inteligencia crítica, de una obra, sólo se dan á condición de desprenderse provisionalmente, el lector ó el crítico, de una parte de su propia personalidad,

para embeberse en la del poeta. En presencia de una naturaleza moral hondamente distinta de la suya, esa mutación relativa de personalidad exige de ellos un esfuerzo, una tensión de simpatía, que no siempre logra ponerlos al unísono con aquella alma discordante. Pero cuando lo que el poeta se propone es desentrañar, del sentimiento de todos, el interés y la virtud comunicativa que lo convierten en substancia poetizable, tal modificación personal no es casi necesaria, ó bien es casi insensible. El poeta, entonces, reina sin opresión sobre sus súbditos.

Frugoni interpreta con nativa verdad este género universal de sentimiento, y lo interpreta en algunas de sus manifestaciones más hermosas y delicadas. Tonos suaves y de crepúsculo son los de su lírica. La unidad sentimental de esta colección de versos está en un vago dejo melancólico. Sabido es que el dolor es un voluptuoso *dilettantismo* de la adolescencia. Sabido es también que á la sugestión de las tristezas reales, como impulso generador de poesía, se une entonces, en el dolor imaginado, algo de ese hechizo de misterio y leyenda que tienen, para el alma sedienta de aventuras, las tierras raras, desconocidas y remotas.—No hay mucha sombra en la expresión de sus tristezas. Diríase que entre el sentimiento y la expresión, deja pasar—siguiendo un consejo magistral,—el tiempo necesario para contemplar en la perspectiva del alma, con mirada serena, la elegancia de las tristezas apacibles ó de las emociones de amor, ó el desfilar de los sueños, como nubes, ó un vuelo de recuerdos, como aves de paso que rozan el horizonte indeciso. Pero hay veces en que la intensidad del sentimiento llega á la nota de la tristeza apasionada, como sucede en las com-

posiciones que llevan por título *Mi tortura* y *Tus rigores.*

Dominada, casi exclusivamente, la atención del poeta por el interés de lo que pasa en su escenario íntimo, poco es lo que le preocupa el escenario de la naturaleza. Sus rasgos descriptivos son, sin embargo, verdaderos y hermosos; pero ellos están subordinados constantemente, como elemento accidental, al personalismo lírico, y no sólo reflejan la naturaleza al través de un estado de alma determinado, sino que señalan ese modo, aun más estricto, de subordinación, en que la naturaleza aparece participando ella misma de los afectos del espíritu que la contempla. Así en *La Choza, Primaveral, El regreso* y *Llanto de rosas.*

Todo lo que se refiere á la ejecución, manifiesta en este poeta nuevo un sentido muy fino de lo plástico y de lo musical de su arte. Sabe escoger en el vocabulario poético, y rige con pulso firme y seguro el movimiento de la estrofa. Esculpe el endecasílabo del serventesio ó de la silva con clásica limpieza, y el romance se desata, al impulso de su mano, con la desenvuelta gallardía que recuerda los escarceos y arrogancias de un corcel de torneo. Para apreciar, á la vez, la delicadeza de sentimiento y expresión, y la destreza en el gobierno del verso, que es justo reconocer á nuestro poeta, nada más apropiado que la lectura de composiciones como *Súplica, Tus pupilas, Resurrección, Fénix, Tus ojos,* ó aquella que ocupa el segundo lugar en los *Aletazos* y á la que el autor no ha puesto nombre. Menos me agrada cuando vuelve á los metros y al estilo románticos, como en sus espronceda nas *Siemprevivas.*

Si se me preguntase cuál es, de las composiciones

de Frugoni, la que me parece mejor y más característica de las buenas cualidades de su estilo poético, quizá optaría por la *Súplica*. Hay aquí sentimiento intenso y acendrado, belleza de expresión, y el movimiento rítmico da á un mismo tiempo una sensación de gracia y de fuerza. La sensación de palpar el mármol firme y pulido, ó de ver ondear en el aire la espada del brazo vencedor.

En ésta y algunas otras de sus composiciones, es fácil reconocer el paso de suaves vientos de Italia. Me parece laudable y digna de ser estimulada esta influencia, que es nueva en nuestro ambiente. A pesar de las similitudes de prosodia y de métrica entre ambas lenguas (lo que importa muchísimo, tratándose de cosa tan subordinada como la expresión poética á los caracteres de la forma); á pesar del paralelismo tradicional en el desenvolvimiento de la poesía de entrambas, desde que al sol del Renacimiento tendieron, como dos velas amigas, su vuelo, y á pesar, también, de la proporción considerable en que contribuyen el espíritu y la sangre de aquel pueblo glorioso á la formación del bronce de nuestra raza futura, sólo como notas excepcionales y perdidas pueden señalarse las influencias de la poesía italiana en la de los poetas de la América de habla española. Por otra parte, todo lo que importe contraponer sugestiones y modelos es una fuerza de originalidad,—porque es una fuerza de emancipación,—cuando se mantienen tan invariables y únicas, no tanto las fuentes de lo antiguo, sino las de lo nuevo y revolucionario.

Verdad de sentimiento; elegancia y delicadeza de expresión; manejo hábil y espontáneo del ritmo: tales son las condiciones con que se adelantan á la

luz las armas de este nuevo poeta, que es, en ése y otros conceptos, uno de los espíritus mejor dotados de su generación. Si, como el paladín de la leyenda, hubiera él de poner en la mesa del hada propicia su homenaje, que debía ser también un símbolo de lo que el alma del ofrendador llevaba dentro, pondría, no piedras ricas, tributo de la vanidad, ni flores, dón efímero, sino, como el paladín, estas ofrendas, cuanto más sencillas más hermosas: un vaso del agua intacta de un torrente y una hoja límpida y flexible de acero.

1902.

TUCUMAN

EN UN ÁLBUM PUBLICADO EN OCASIÓN DEL CENTENARIO DE MAYO.

Tucumán es de las pocas ciudades hispanoamericanas cuyo nombre suena á distancia con ese prestigio de leyenda, con esa vibración de idealidad y simpatía, que queda en el espíritu cuando se deja repercutir dulcemente, dentro de él, el nombre de las cosas lejanas con que se ha soñado mucho y que ignoramos si llegaremos á ver... No es principalmente la aureola de los recuerdos históricos; no es el patrimonio de gloria que la ennoblece, lo que determina esa sugestión vinculada á su nombre. Cierto es que ella llevará siempre en el blasón nobiliario de su tradición heroica un título de escogida superioridad, que bastaría para diferenciarla de los centros de improvisada civilización cosmopolita y mercantil, con que nuestra democracia americana dilata sus victorias sobre la bárbara poesía del desierto. Pero por encima de este prestigio de la tradición, descuella el de la naturaleza: la leyenda paradisíaca que, tejida por los relatos y las *saudades* del viajero, comunica á quienes la escuchan algo como una nostalgia de aquella tierra encantada, antes de haber estado en ella. Ni siquiera falta á esta nombradía de belleza la consagración de la página de perenne poesía que le dé una suprema expresión en el lenguaje humano.

El beso transfigurador con que el arte toca la frente de la naturaleza virgen y la deja como hechizada, fué puesto en la frente de Tucumán por aquellos gruesos labios de primitivo que diseminaron, á los vientos de América, tanta robusta verdad y tanta estupenda paradoja y tanta desigual belleza: los labios de Sarmiento. El formidable titán civilizador tuvo para los encantos de Tucumán una página de fragancia exquisita, que asoma, entre las agrestes asperezas del *Facundo*, como una flor delicada en medio del matorral bravío. Yo no sé si las impiedades de la civilización han desgarrado, en torno del Tucumán de hoy, el velo de inefable poesía con que aparece en aquella página imperecedera; pero si acaso fuese así, yo pido á mis amigos de Tucumán que no me lo digan, y que me perdonen la crueldad de desear que su ciudad adelante poco y lentamente, si ha de adquirir su mayor intensidad de civilización á costa de su patrimonio magnífico de poesía.

1910.

MONTALVO

I

Donde las dos hileras de los Andes del Ecuador se aproximan convergiendo al nudo de Pasto, reunen como una junta de volcanes, sin igual en el mundo, por lo aglomerados y lo ingentes. Allí, rivalizando en altura y majestad, el Chimborazo, el Cotopaxi, el Tunguragua, el Antisana. . .; y la plutónica asamblea se extiende á la redonda por la vasta meseta que le sirve de Foro; pero no sin que, de trecho en trecho, aquella tierra inflamada, como ànhelosa de dar tregua á tanta grandeza y tanta austeridad, se abra en un fresco y delicioso valle, donde vuelca de un golpe todas las gracias que ha escatimado en las alturas, y se aduerme á la sombra de una vegetación que colora, con la luz de los trópicos, sus jardines de magia.

En el fondo de uno de esos valles; mirando cómo se alzan, á un lado, el Chimborazo, que asume en una calma sublime la monarquía de las cumbres; al otro, el Cotopaxi, que inviste el principado de las que se dilatan al Oriente; y más de cerca, y á esta misma parte oriental, el Tunguragua; en medio de pingües campos de labor y sotos florentísimos, cuyas márgenes besa la limpia corriente de un riachuelo, prendido todavía á las faldas de la cumbre materna, tiene su asiento una ciudad pe-

queña y graciosa, que llaman Ambato. Esta ciudad gozó, desde los tiempos coloniales, cierto renombre *geórgico* é idílico. Celebrábanse la pureza de sus aires, la delicadeza de sus frutas, la abundancia de sus cosechas, y era fama que en ella amasaban un pan tan blanco y exquisito que en ninguna otra parte lograban imitarlo, ni aún cuando llevasen de allí mismo el agua y la harina. Alguna vez, sintió caer sobre sí la garra del vecino volcán; pero pronto resurgió á su vida de paz y sencillez bucólica, y de esta humilde sencillez no hubiera pasado, si no le reservase el porvenir una notoriedad más ilustre que aquella, primitiva y cándida, ganada con su blanco pan y el fruto de sus vergeles y sus huertas. Habíala señalado el destino para cuna de uno de esos hombres que ennoblecen el obscuro y apartado lugar donde vinieron al mundo, y que atraen sobre él un interés que no pudieron darle, rodando al olvido silenciosas, las diez ó las cien generaciones que les precedieron. En aquella ciudad nació Montalvo; allí réunió en una sola personalidad Naturaleza el dón de uno de los artífices más altos que hayan trabajado en el mundo la lengua de Quevedo, y la fe de uno de los caracteres más constantes que hayan profesado en América el amor de la libertad.

Si, con la idea emersoniana de los hombres representativos, se buscara cifrar en sendas figuras personales las energías superiores de la conciencia hispanoamericana durante el primer siglo de su historia, nadie podría disputar á Montalvo la típica representación del Escritor, en la integridad de facultades y disciplinas que lo cabal del título supone. Fué el Escritor entre los nuestros, porque, á la vez que la insuperada aptitud, tuvo, en grado singular

y rarísimo dentro de una cultura naciente, la religiosidad literaria; la vocación de la literatura, con el fervor, con la perseverancia, con los respetos y cuidados, de una profesión religiosa. Al elemento inconsciente, activo y eficaz en su inspiración de escritor, se unía un elemento consciente y reflexivo, que nutre sus raíces en el mucho saber y en el acrisolado dominio de su arte. Este fecundo consorcio imprime á Montalvo sello único como prosista americano de su tiempo. Condición de toda literatura americana había sido, hasta entonces, la discordia entre las dos potencias de que depende la entereza y constancia de la obra: la que da de sí la centella elemental y la que preside á la ejecución perfecta y madura. Los dos tipos intelectuales antagónicos que respectivamente las personifican, en su oposición más extrema, son aquellos á quienes puso frente á frente, cuando la repercusión de las guerras del romanticismo, la escena literaria de Santiago de Chile: Sarmiento, poderoso y genial, pero de cultura inconexa y claudicante, de gusto semibárbaro, de producción atropellada y febril; don Andrés Bello, de firme y armónica cultura, de acrisolado gusto, de magistral y bien trabada dialéctica, pero falto del aliento creador y de unción y arranque en el estilo: doctor ilustre á quien si, en verso y prosa, visitaba á veces la gracia, no es aquella que recuerda, por su divinidad, al dón teológico. Es menester llegar hasta Montalvo para hallar, entre nuestros escritores, uno en quien se consume el abrazo conyugal de ambas potencias. La obra suya las muestra amorosamente enlazadas, dejando admirar, aunque no siempre en proporción igual y concorde, la inspiración y el arte; la fuerza interna y

la habilidad primorosa; la minuciosidad sutil del mosaísta y el aliento vulcánico del forjador.

Mientras en sus procedimientos de artífice se manifiesta lo refinado, lo complejo, hay en su naturaleza de combatiente y de entusiasta, mucho de empuje primitivo é indómito, de heroica y candorosa energía. En la flor de aticismo del humanista aclimatado trasciende la crudeza del terruño de América. Y el efecto es una originalidad sujeta á números y tiempos, pero no domeñada, que, como carácter literario, no tiene semejante en la América de nuestro idioma, y que habrá ocasión de definir más ampliamente en otras partes de este estudio.

Nació don Juan Montalvo en 1833, de familia hidalga por el origen y el crédito. Don Marcos Montalvo, su padre, hombre de temple enérgico y tenaz, procedía de un pueblo del Chimborazo; doña Josefa Villacreces, su madre, de viejo solar ambateño. Tuvo hermanos en quienes las prendas del entendimiento fueron grandes y ejemplar el carácter cívico. Su niñez fué concentrada y *penserosa:* el espectáculo de una naturaleza donde está perenne lo sublime la educó en el gusto de la soledad. Pasó á Quito en la adolescencia, y las aulas del Colegio de San Fernando vieron formarse y desplegarse aquella viva llama de su espíritu. Las letras clásicas, la historia, la filosofía moral, determinaron, desde el primer momento, los rumbos de su vocación. De estudios jurídicos cursó un año; pero si no adhirió á ellos por inclinación profesional, los prefirió y cultivó siempre en lo que se relaciona con los principios del derecho y con el gobierno de las sociedades. Cuando la reorganización liberal que tuvo por punto de partida la revolución de 1851, la juventud de la época

se congregó en un centro literario y político, donde templó Montalvo sus primeras armas de escritor. Pero para pasar de este punto de su vida y mostrarle descubriendo ya su originalidad y su grandeza, será bien que esbocemos antes la sociedad en cuyo seno se formó y á la que habían de aplicarse, en reacción heroica y genial, las fuerzas de su espíritu.

II

Sesenta leguas de camino abrupto y penoso apartaban del mar y de la comunicación con el mundo el encumbrado asiento de Quito, la vieja corte de Atahualpa, convertida luego, de presidencia sujeta á los virreyes de la Nueva Granada, en cabeza de una de las tres partes de Colombia, y finalmente, en capital de república.

Se levanta la ciudad sobre las faldas del Pichincha. El paisaje, en torno, abrumador de grandeza, como en toda aquella maravillosa región; el cielo, purísimo en sus calmas, eléctrico y desbordado en la tormenta; el clima, suave, aunque con más inclinación de frío. La población, estacionaria desde el tiempo de la colonia, llegaba apenas á los treinta y cinco mil habitantes. De ellos, sólo una octava parte era de blancos; de indios ó mestizos lo demás. En suelo de riscosa aspereza, entre quebradas que tajan con súbita energía la roca volcánica, está puesta la ciudad, cuyas calles, de violentos declives, no consentían tránsito de carros ni coches, lo que volvía el silencio más constante y la quietud más campesina. Casas comunmente de barro, con techumbre de teja; pobres, como si las humillara la perenne amenaza del temblor, parecían arrodilladas á la sombra

tutelar de los conventos, numerosos, ingentes, los más ricos y amplios del Nuevo Mundo. Acá, el de la Compañía, con su fachada primorosa, del gusto plateresco, para la que no había rival en edificio americano; allá, el de San Francisco, monumental también y suntuoso; y á una y otra parte, el de Santo Domingo, el de la Concepción, el del Carmen, el de la Merced, el de Santa Clara, el de San Agustín... Adentro de esos muros convergía toda autoridad, todo pensamiento y toda vida. Las campanas son lo único que suena alto en la ciudad. El depósito de cultura es la biblioteca del convento. La Universidad es una rama que se desprende y vive de ese tronco común. Á aquellos claustros se acogerá, cuando haya menester de retiro espiritual, el vecino de solar conocido que cruza, envuelto en su capa, por las calles, donde indios de embotada expresión pasan llevando á las espaldas la carga de leña ó de hortaliza, ó el cántaro de agua. Sobre esta plebe indígena reposa todo trabajo servil. Los días de mercado, en la plaza de San Francisco, ella despliega, en curiosa muchedumbre, su originalidad de color; circulantes ó sentados debajo de estrechos toldos, los vendedores, indios de la ciudad ó del contorno, cuyos trajes de tintas vistosas se mezclan en pintoresco desconcierto, como la variedad de sus mercadurías: los cestos de junco, las tinajas, los pulidos juguetes de corozo, las flautas y vihuelas en que ha de infundirse el alma del pueblo, las tortas de maíz, la caña de azúcar, las fragantes frutas del valle... Este comercio bullicioso no tiene correspondencia en cuanto al trabajo del espíritu: la comunicación de las ideas carece, ó poco menos, de sus órganos elementales. La librería no existe; la imprenta apenas

trabaja. En las tiendas de paños suele venderse, por añadidura, algún libro de oraciones, ó algún compendio para la enseñanza. Durante el gobierno liberal de Rocafuerte, de 1835 á 1839, no salió á luz un sólo periódico. Publicar un cuaderno impreso es empeño erizado de dificultades.

La vida es triste y monótona. La diversión de la clase culta no pasa de las tertulias de confianza, que alguna vez se remontan á saraos; la del pueblo, de las lidias de toros, con bárbaros retoques de invención local, y las riñas de gallos. Pero la diversión suprema, como la suprema meditación, como el arte sumo, se identifican y confunden con la devoción religiosa. El espectáculo por excelencia es el culto. Las fiestas eclesiásticas revisten fausto imponente: la plata, el oro, las piedras preciosas, apuran sus luces en la gloria del altar; muchedumbre de sacerdotes oficia acompañada de ejércitos de acólitos. En las parroquias, es uso realzar las misas solemnes con el són de tambores y chirimías. Las procesiones, originales, pomposas, se suceden á cortos plazos, haciendo de la ciudad como un teatro á pleno sol, donde se representasen graves juegos escénicos: así la de Viernes Santo, grandiosa mascarada sacra, en la que el pueblo entero ondula componiendo como una plástica y animada alegoría de la Pasión; figurados los actores del drama sublime con disfraces de respeto ó de escarnio, ó con imágenes de bulto, que se llevan en andas entre el bosque de luces de las miriadas de cirios ardientes. En la procesión de Corpus, indios contratados para este fin, y que llaman *danzantes*, marchan siguiendo con pasos de baile el compás musical. Allí la danza misma recobra su primitivo carácter hierático, como en el tiempo en que

David iba danzando delante del arca. Para el día de Reyes, la costumbre popular consagra cierto género de candorosas representaciones, donde se asocian, como en las primeras fiestas de Dionisos y como en el amanecer del teatro moderno, la imaginación religiosa y el rudo instinto teatral: infantiles *autos* ó burdos *misterios*, que consisten en simular, sobre tablados al aire libre, el palacio de Herodes, el portal de Belén y la entrada de los Magos, librando á la espontaneidad de los groseros intérpretes el bordado de la acción, que se colora de inocente bufonería, como de polichinela ó *bululú*.

La mortificación voluntaria, el ofrecimiento exaltado del dolor en acto público y edificante, son complementos que no faltan á esa religiosidad primitiva: siguiendo el paso de las procesiones marchan los que á sí mismos se flagelan; los que van arrastrando gruesas vigas, sujetas á los brazos por ligaduras que revientan las carnes; los que llevan á cuestas cargas de ramas espinosas, que desgarran sus espaldas desnudas.

Ese pueblo era instintivo artista; conciliaba con su monacal austeridad, el sentido del color, de la melodía, y de los trabajos en que entra, como parte fundamental ó accesoria, un objeto de belleza y agrado. El dón visual se manifestaba ya por el donaire en el vestir, común en el quiteño, con la habilidad para elegir y casar los tonos. De lejano tiempo, florecía en la ciudad toda una escuela de pintores, la «escuela de Quito», que proveía de telas religiosas á los altares de las iglesias, los claustros de los monasterios y los estrados de las casas principales. Uno de estos pintores, Miguel de Santiago, anima la crónica colonial del siglo XVII con su existencia, mi-

tad de turbulento aventurero, mitad de fino artista, á imagen de las del Renacimiento italiano. Había también una tradición de escultura, con sus estatuarios y plateros. La afición á lo plástico y figurativo tenía su infantil esbozo popular en la muchedumbre de las toscas imágenes vestidas, que, mostrando la candorosa maña del indio, comparecían en toda ocasión, para realzar la curiosidad de las fiestas y el aparato de las procesiones. Un arte menos rudo daba muestra de sí en los juguetes y figuritas de talla que se labraban de marfil vegetal. En Cuenca se trabajaba bien de alfarería, y se trataba delicadamente el mármol y el carey. Los galones de oro, de plata y de seda que se bordaban en Quito, tenían nota de primorosos; y en ésa y las demás poblaciones serraniegas, la mano de la mujer era hábil en toda suerte de labores y encajes. De los telares de Otavalo salían, desde el tiempo colonial, alfombras, colgaduras, tapices, y chales de finos colores, que gozaban extendida fama. Allí mismo, los dedos del indio tejían graciosas canastillas de adorno. En nuestros días, los carpinteros de Guayaquil, donde las casas son de madera, lucen su natural disposición esculpiendo, sin arte adquirido y con instrumentos vulgares, fachadas de hermosa apariencia. Pero el dón más espontáneo y difundido, es el musical. El indio es delicado músico. El arpa, invención de su raza, que tiene en su rústico albergue; la flauta y la vihuela que le ha comunicado el español, son dulces alivios suyos. En el silencio de la noche, el viajero que, andando por los caminos de la sierra, pasa junto á la cabaña del cholo, ó que, en las poblaciones, se va acercando al arrabal, oye un suave tañer, que acaso se acompaña de una trova inven-

tada ó aprendida. Es música triste y querellosa; es el hondo plañir del *yaraví*, la melodía que, en toda la extensión del destrozado imperio del inca, entrega á los vientos de los Andes las quejas de una raza marcada con los estigmas del martirio y de la servidumbre.

La tristeza, una tristeza que se exhala, en ráfagas perdidas, sobre un fondo de insensibilidad y como de hechizamiento, es el poso del alma del indio. Es triste esa vasta plebe cobriza, caldera donde se cuece toda faena material, escudo para todo golpe; y aún más que triste, sumisa y apática. El implacable dolor, el oprobio secular, la han gastado el alma y apagado la expresión del semblante. El miedo, la obediencia, la humildad, son ya los únicos declives de su ánimo. Por calles y campañas, vestido de la cuzma de lana que, dejando los brazos desnudos le cubre hasta las rodillas, el indio saluda como á su señor natural al blanco, al mestizo, al mulato, y aún al negro; y sin más que hablarle en són de mando, ya es el siervo de cualquiera. Poco es lo que come: un puñado de polvo de cebada ó de maíz hervido, para todo el día; y por vino, un trago de la chicha de jora, que es un fermento de maíz. No cabe condición humana más miserable y afrentosa que la del indio en los trabajos del campo. La independencia dejó en pié, y lo estará hasta 1857, el tributo personal de las mitas, iniquidad de la colonia: un reclutamiento anual toma de los indígenas de cada pueblo el número requerido para cooperar, durante el año, al trabajo de las minas, de las haciendas de labranza ó de ganado, y de los talleres donde se labra la tela de tocuyo. Al indio de esta manera obligado se le llama *concierto*. Las formas en que satis

face su tributo son las de la más cruda esclavitud. Sobre el páramo glacial, sobre la llanura calcinada, hay un perenne y lento holocausto, que es la vida del indio pastor ó labrador. El ramal de cuero que ondea en la mano del capatáz, está rebozado de la sangre del indio. Azotes si la simiente se malogra, si el cóndor se arrebata la res, si la oveja se descarría, si la vaca amengua su leche. Gana de jornal el indio un real y medio; cuando la necesidad le hostiga, recurre al anticipo con que le tienta el amo, y así queda uncido hasta la muerte; muriendo deudor, el trabajo del hijo, monstruosidad horrenda, viene á redimir la deuda del padre. En tiempo de escasez, apenas se alimenta al *concierto*, ó se le alimenta de la res que se infesta, del maíz que se daña. Si de esto que ocurre á pleno sol, se pasa al encierro de la mina, ó al no más blando encierro del obraje, el cuadro es aún más aciago y lúgubre. El hambre, los azotes, el esfuerzo brutal, han envilecido al indio de alma y de cuerpo. Cuando bárbaro, es hermoso y fuerte; en la sujeción servil su figura merma y se avillana. Abundan, entre los indígenas de las poblaciones, los lisiados y los dementes.

Quien consulta las *Noticias secretas* de Juan y Ulloa, donde el régimen de las mitas está pintado como era en los últimos tiempos de la colonia y como, sin esencial diferencia, fué hasta promediar el siglo diez y nueve, siente esa áspera tristeza que nace de una clara visión de los abismos de la maldad humana. Indios remisos eran arrastrados á la horrible prisión de los talleres, atándolos del pelo á la cola del caballo del enganchador. De los forzados á esta esclavitud miserable iban diez y volvía uno con vida. Para atormentar al mitayo en lo que le

quedara de estimación de sí mismo, solían castigarle cortándole de raíz la melena, que para él era el más atroz de los oprobios. Toda esta disciplina de dolor ha criado, en el alma del indio, no sólo la costumbre, sino también como la necesidad del sufrimiento. Cuando le tratan con dulzura, cae en inquieto asombro y piensa que le engañan. En cambio, se acomoda á los más crueles rigores de la tiranía, con la mansedumbre, entre conmovedora y repugnante, de los perros menospreciados y golpeados. El cholito sirviente se amohina, y á veces huye de la casa, si transcurre tiempo sin que le castiguen. Cuando la abolición del inicuo tributo personal, bajo el gobierno de Robles, muchos eran los indios que se espantaban de ella, como si se vulnerase una tradición veneranda, y sentían nostalgias de la servidumbre. Fuera del acicate y el fustazo del castigo, el indio es indolente y lánguido. No hay promesa en que crea, ni recompensa que le incite. El trabajo, como actividad voluntaria y ennoblecedora, no cabe en los moldes de su entendimiento. Noción de derechos, amor de libertad, no los tiene. El movimiento de emancipación respecto de España, en el generoso é infortunado alzamiento de 1809, como en la efímera declaración de independencia de dos años después, y finalmente en la adhesión al impulso triunfal de las huestes de Bolívar, fué la obra de la fracción de criollos arraigados y cultos, en quienes la aspiración á ser libres era el sentimiento altivo de la calidad y como del fuero. De la rivalidad tradicional, en los hidalgos de las ciudades, entre chapetones y criollos, se alimentaron la idea y la pasión de la patria. La muchedumbre indígena quedó por bajo de la idea y de la pasión, aunque se

la llevara á pagar, en asonadas y en ejércitos, su inamortizable cuota de sangre. La libertad plebeya no tuvo allí la encarnación heroica y genial que tomó esculturales lineamientos en el *gaucho* del Plata y en el *llanero* de otras partes de Colombia. Muchos años después de la Revolución, aun solía suceder que el indio gañán de las haciendas, ignorante de la existencia de la patria, pensase que la mita, á que continuaba sujeto, se le imponía en nombre del Rey.

La Revolución, que no se hizo por el indio, aún menos se hizo para él: poquísimo modificó su suerte. En la república, el indio continuó formando la casta conquistada: el barro vil sobre que se asienta el edificio social. El mestizo tiende á negar su mitad de sangre indígena, y se esfuerza como en testimoniar con su impiedad filial la pureza de su alcurnia. Los clérigos aindiados difícilmente llegan á los beneficios; la Universidad, para el de raza humilde, es madrastra. El indio de la plebe, como una bestia que ha mudado dueño, ve confirmada su condición de ilota. En las calles, el rapaz turbulento le mortifica y le veja; el negro esclavo, cuando las faenas de la casa le agobian, echa mano del indio transeunte y le fuerza á que trabaje por él. La crueldad, que tal vez se ha mitigado en las leyes, persevera en las costumbres. Pasó la garra buitrera del corregidor, como antes la vendimia de sangre del encomendero; pero el látigo queda para el indio en la diestra del mayordomo de la hacienda, del maestro del obraje, del «alcalde de doctrina», del cura zafio y mandón, que también acierta á ser verdugo. Hánle enseñado sus tiranos á que, luego que le azoten, se levante á besar la mano del azotador y le diga: «Dios se lo pague»; y si la mano que se ha ensañado

en sus espaldas es la del negro esclavo, por cuenta de su señor, ó de su propio odio y maldad, el indio, el pobre indio de América, besa la mano del esclavo... Tal permanece siendo su noche, en cuyas sombras la vida del espíritu no enciende una estrella de entusiasmo, de anhelo, ni siquiera de pueril curiosidad. La promesa vana, la mentira, engendros sórdidos de la debilidad y del miedo, son las tímidas defensas con que procura contener el paso á los excesos del martirio. La esperanza del cielo no le sonríe, porque no conoce su aroma, y la religión en que le instruyen no es más que una canturía sin unción. La muerte ni le regocija, ni le apena. Sólo la efímera exaltación de la embriaguez evoca de lo hondo de esa alma maleficiada por la servidumbre, larvas, como entumidas, de atrevimiento y de valor; fantasmas iracundos que representan, sobre el relámpago de locura, su simulacro de vindicta.

Sobre este mísero fundamento de democracia, la clase directora, escasa, dividida, y en su muy mayor parte, inhabilitada también, por defectos orgánicos, para adaptarse á los usos de la libertad. Lo verdaderamente emancipado, lo capaz de gobierno propio, no forma número ni fuerza apreciable. Hay en aquellas tierras unos termites ó carcomas que llaman *comejenes*: en espesos enjambres se desparraman por las casas; anidan en cuanto es papel ó madera, aun la más dura, y todo lo roen y consumen por dentro, de modo que del mueble, del tabique, del libro, en apariencia ilesos, queda finalmente un pellejo finísimo, una forma vana, que al empuje del dedo cae y se deshace. Si hay expresiva imagen de aquella minoría liberal y culta, con que se compuso allí, como más ó menos en lo demás de la Amé-

rica Española, la figura de una civilización republicana, es la capa falaz del objeto ahuecado por el termite.

El entono hidalguesco, cifrado en el lustre de la cuna ó la excelencia de la profesión, se mantenía en toda la pureza de la tradición española, ya con la preeminencia de las familias descendientes de los fundadores de ciudades y los dignatarios de la colonia, ya con la aureola aristocrática del clero, de las armas y de los grados académicos. Cualquiera ocupación de otro orden, trae *diminutio capiti*; el trabajo industrial, las artes mecánicas, son cosa que se relega á indios y mestizos, ó á la poca inmigración de extranjeros. La riqueza territorial, vinculada de hecho en la sociedad de raíces coloniales, se distribuye en muy contadas manos. Aquella montaña, maravilla de la naturaleza; aquel llano á que no encuentra fin el galope del caballo; aquel valle que daría pan para un imperio, son, á menudo, propiedad de un solo hombre, pingüe patrimonio feudal donde las encorvadas espaldas del indígena representan las del villano que satisface sus prestaciones al señor. Un clero innumerable, repartido entre la población de los conventos y la muchedumbre de los clérigos seculares, pulula con el permanente hervor de la planta asaltada de hormigas. Inteligencia, virtud, suelen mover, si se la disgrega en personas, esa incontrastable fuerza; pero de ordinario la mueven vulgaridad de espíritu, pasión fanática, sensualidad, y codicia que arrebata, en derechos y priostazgos, al dinero del indio, las heces que haya dejado la usura del patrono.

En inmediata jerarquía, el abogado; el abogado hábil y único para toda maestría del entendimien-

to; político, escritor, poeta, orador, perito en cien disciplinas, y llevando adonde quiera, como llaves de universal sabiduría, su peripato y su latín. Completaba el cuadro de los gremios que privilegiaba la costumbre, el militar: personificación de una energía por lo general inculta y grosera, pero que se realzaba con los laureles de la emancipación y tendía al caudillaje político, en el que había de ofrecer algún punto de apoyo á las primeras tímidas reacciones contra lo omnímodo de la influencia clerical. El conjunto de la sociedad de esta manera constituída era el de un vasto convento, que, como en tiempos de los señoríos feudales, tuviese cerca de sus muros un villorrio abadengo, cuyos ecos de trabajo, de disputa ó de fiesta, se perdiesen en la alta y austera majestad del silencio monástico.

El temor supersticioso, la disposición penitencial, el tinte melancólico de la vida, se acrecentaban con aquella perpetua inseguridad propia de las tierras en que la misma firmeza del suelo es un bien precario; en que lo edificado por las generaciones suele desplomarse en un día: maldición la más fatal é ineluctable que pueda pesar sobre la casa del hombre. Las poblaciones parecen quintadas para inmolar ya á la una, ya á la otra, en el cercano sacrificio. Sus vecindarios viven gustando el dejo de recuerdos como de justicias movidas por la cólera de Dios: leyendas de terribilidad y de exterminio, en que las ciudades se abisman y desaparecen, como las naos entre las olas de la mar. Quito cayó, en parte destruida, en 1587, y luego, otras espantosas convulsiones la sacuden, en 1660, cuando se precipitó desgajado de la cumbre un pedazo del Sincholagua; en 1678, en 1755, y finalmente en 1859. La ciudad

de Riobamba es la del fúnebre sorteo en 1645; reconstruída, se sobrepone á sacudimientos menores; pasa los meses de Abril á Junio de 1786 en un continuo baile siniestro; once años después, la misteriosa fuerza subterránea la abate de raíz; reálzase de sus escombros, y no bien repuesta, en 1803, el suelo amenaza con incesantes remesones, y los vecinos piensan, en su desesperación, abandonarla. Ambato sucumbe en 1698; Latacunga, en 1757; Imbabura, en la tremenda catástrofe de 1868. Entre las ruinas de la segunda destrucción de Riobamba quedan, según los cálculos más tímidos, no menos de seis mil cadáveres; tres mil entre las de Ambato; veinte mil, por lo menos, entre las de Imbabura. Las imágenes de estas escenas de horror reviven, año trás año, llamadas por alguno de los infinitos estremecimientos pasajeros, que son otros tantos temerosos amagos. Como un dejo de la espera milenaria parece exacerbar, en aquella religiosidad ascética, el sentimiento de lo deleznable del mundo.

Sobre la costa, Guayaquil, más en contacto con la civilización, más frecuentada de extranjeros, que, en las ciudades de la montaña, eran visitantes rarísimos; oyendo hablar á menudo inglés y francés, tenía, materialmente, aspecto algo más moderno, y en su espíritu, la nota de relativa liberalidad que cumplía á su condición de ciudad porteña y mercantil; pero allí la violencia de un clima abrasador era el obstáculo para que perseverase cualquier florecimiento de energías.

La enseñanza, vinculada, desde el más remoto asiento de la conquista, en las órdenes religiosas, no se diferenciaba esencialmente de la de los primeros centros de instrucción, en que había competido el prose-

litismo de agustinos, franciscanos, domínicos y jesuítas. Fundación de los domínicos, á fines del siglo XVII, fué el Colegio de San Fernando, que subsistió bajo la república y en el que Montalvo había de hacer sus estudios. La Universidad, instituída por los jesuítas, y reorganizada cuando la expulsión de esa orden en 1786, gozaba de fama en las colonias é imprimía en Quito prosopopeya de ciudad doctoral. La limitación y los vicios de esta enseñanza eran tales como puede inferirse de los moldes tomados en la decadencia española; de la tardía y escasa comunicación con el mundo, y de la crudeza del fanatismo religioso. Á pesar de ello, el reparto sin ley averiguada que distribuye las naturales superioridades del espíritu, había dado á la tradición de aquellas escuelas hombres ilustres y de mente atrevida. Allí alentó, en el crepúsculo de la colonia, el arrojado pensamiento de Espejo, noble personificación de ese «grupo profético» de criollos desasosegados y estudiosos, que precedió á la emancipación americana; revolucionario de las ideas, que hizo difundirse al mismo seno de la metrópoli su propaganda por la reforma de los métodos de educación. Allí, en la primera mitad del siglo XVIII, con los mezquinos medios de la física escolástica, se formó para las ciencias de la naturaleza Maldonado, el precursor de Caldas, el amigo de Humboldt y La Condamine, honrado en academias de Europa. Allí amaneció la elocuencia de Mejía, el orador de las cortes de Cádiz, no superado en esas cortes ni en la América de su generación. Allí Olmedo, el poeta de las victorias, gustó el primer sabor de humanidades.

El más temprano asomo de influencias extrañas á

la nativa condición de la colonia, que había llegado á aquel ambiente claustral, tuvo por origen, desde los promedios del siglo XVIII, el paso de las expediciones científicas que empiezan con la de La Condamine y Bouguer, quienes, acompañados de los españoles Juan y Ulloa, llevaban el objeto de determinar en la región equinoccial la medida de un grado de meridiano; expedición á que siguió la del botánico Mutis, y ya á principios del siglo XIX, la de Humboldt y Bonpland. De estas misiones laicas, cuya presencia debió de llamar á sí toda atención é interés en la monótona simplicidad de aquella vida de aldea, quedó en los espíritus más adelantados de la clase culta cierta emulación por algún género de estudios que no fueran teológicos ó gramaticales, á la vez que se insinuaban, como de soslayo, con las primeras nociones de ciencia positiva y los primeros anhelos de mejoramiento material, vagos ecos de la filosofía revolucionaria. En la postrera década del siglo XVIII fundóse en Quito, con propósitos de desenvolvimiento cultural y económico que revelaban cierta presagiosa inquietud, la asociación que llamaron *Escuela de la Concordia*, bajo cuyos auspicios comenzó á redactar la docta pluma de Espejo un periódico de propaganda. Fué así cómo cierto fermento de ideas de libertad y de reforma se mezcló á la levadura de rivalidades de origen é instintos de patria que obró para el malogrado movimiento de 1809. La aristocracia de Quito tuvo en aquella época espíritus liberales y animosos, como el conde de Casa-Jijón, mantenedor de un noble y entusiástico utilitarismo, al modo de Jovellanos ó de Campomanes, y el Marqués de Selva Alegre, que, después de favorecer con su riqueza todo empeño

de cultura, contribuyó á glorificar con su martirio el infortunio de aquella primera rebelión. Pero ni estas energías de naturaleza liberal que participaron en la obra de la independencia, ni las que, luego de consumada la obra, perseveraron en el mismo sentido, singularmente durante la memorable administración de Rocafuerte, habían quitado á aquella sociedad, en los tiempos en que Montalvo se educaba, los rasgos esenciales que hacían de ella, en América, el refugio más incontaminado y resistente de la tradición del misionero y el conquistador.

III

Tal era el medio. Antes de pasar adelante, importa todavía señalar con cierta precisión los precarios alientos de liberalismo político que, desde la independencia, precedieron á los años de la juventud de Montalvo.

Constituyóse la República del Ecuador en 1830, segregada de la primitiva Colombia por la ambición de mando de uno de los tenientes de Bolívar: el general venezolano don Juan José Flores; aquel á quien la arrogante musa de Olmedo tributó, harto generosa, el más soberbio rasgo con que se haya realzado, en lengua castellana, una salutación heroica:

> Rey de los Andes! la ardua frente inclina
> Que pasa el vencedor. . . . .

Hábil, atrevido, dueño de indisputable prestigio guerrero; amigo, no menos que de la realidad del poder, de sus alardes y sensualidades, gobernó como primer presidente del Ecuador, apoyado en las bayonetas del ejército y cuidando de mantener en aquella sociedad la espontánea y fortísima propen-

sión conservadora. Con sus compañeros de armas, casi todos, como colombianos del norte, extranjeros en la nueva república, dió á las provincias procónsules violentos y rapaces, que las hicieron conocer la dureza del despotismo militar. Bajo esta dominación, la más lucida parte de los estudiantes de Quito, un grupo adelantado, que leía á los enciclopedistas, sabía de los liberales ingleses y en el que la eterna sugestión del Plutarco excitaba el sentimiento estoico y tribunicio de la antigüedad, comenzó á orientar en el sentido de la acción sus ideas de libertad política, en reuniones donde se meció la cuna del partido liberal ecuatoriano. Consejero y caudillo de esta organización incipiente vino á ser un hombre singular y de elevados méritos, que allá, en obscura choza, apartada de la ciudad, vivía una vida de ermitaño laico ó de filósofo antiguo. Era el inglés Francisco Hall, discípulo de Bentham, que, con recomendación del profeta del utilitarismo para el Libertador Bolívar, había llegado á América en tiempos de la Revolución y militado en las campañas de Colombia, donde ganó las presillas de coronel. Con la dirección de Hall, empezó á publicar aquella juventud *El Quiteño Libre*, que infundió los primeros alientos á la propaganda liberal. Pero no tardó en sobrevenir la represión tiránica, cohonestada por el estallido de desórdenes: el grupo juvenil salió proscripto, y Hall, víctima de celada indigna, fué atropellado y muerto en las calles de la ciudad, por la guardia pretoriana de Flores.

El liberalismo ecuatoriano, que había tenido en Hall su primer propagandista, tuvo el primer ejecutor de su programa en el presidente sucesor de Flores: Rocafuerte. Compañero de los Espejo y los

Montúfar, en el movimiento intelectual de las vísperas de la Independencia; diputado á las cortes de Cádiz; viajero observador por la Europa de los días napoleónicos; agitador, en Méjico, contra el imperio de Iturbide; diplomático mejicano, después, en los Estados Unidos del Norte, Rocafuerte fué saludado, desde que holló de nuevo el suelo de la patria, como la esperanza profética del liberalismo naciente. Luego de acaudillar en 1833 la revolución contra Flores y de ser sometido, entró con el vencedor en transacciones que le valieron la sucesión del mando; pero, á pesar de la forma de su encumbramiento, que se ensombrece con la luctuosa página de la rota de los últimos mantenedores del levantamiento liberal, en la sangrienta jornada de Miñarica, su gobierno fué de generosa y enérgica reacción contra los vicios del caudillaje militar. Ese varón insigne, si el medio hubiera opuesto resistencias menos duras á su esforzada voluntad, sería para la historia el Sarmiento ó el Montt ecuatoriano: la personificación de la energía de gobierno aplicada, con transfiguradora eficacia, á la obra de la civilización. Intentos suyos, en parte conseguidos, fueron el buen orden de la hacienda, el fomento de la enseñanza, la dignificación social del trabajo, la educación de la mujer, la moralización del ejército, la reforma de los hospitales y las cárceles, y aún la tolerancia religiosa. Pero no halló correspondencia que le ayudase á remover en lo hondo la enorme inercia de los hábitos y las preocupaciones, y su labor regeneradora fué efímera, como efímera había sido en Buenos Aires la de Rivadavia; lo que no desvirtúa la gloria personal del uno ni la del otro.

Acabado el período de Rocafuerte, volvió á la presi-

dencia Flores, con quien reaparecieron el desarreglo y la arbitrariedad; hasta que la revolución victoriosa en 1845 puso definitivo término á la fortuna del famoso caudillo. Desde aquel año hasta el de 1849, gobernó, á nombre de los liberales, don Vicente Roca, el magistrado que ejercía el poder cuando llegó á Quito, para sus estudios, Montalvo, que admiraba en él «la dignidad estoica y la prosopopeya». A pesar de ciertas sombras de peculado, su administración fué benéfica y de controversia libre. Pero en el gobierno de Novoa, que le siguió después de un intervalo anárquico, la inclinación reaccionaria se anunció por actos como el que franqueó las puertas del Ecuador á la Compañía de Jesús, alejada desde la histórica cédula de Carlos III. Contra la amenaza de recrudescencia clerical se levantó la revolución de 1851, que arrojó á Novoa del poder en circunstancias en que la admisión de la Compañía provocaba graves conflictos con el gobierno de Colombia, y que señala el tiempo en que llegó á participar de los cuidados cívicos la generación de Montalvo.

Fué ejecutor de aquel movimiento el general don José Urbina, que encabezó la nueva organización, primero como Jefe supremo, y luego como Presidente. El impulso liberal llegó á ser esta vez algo más franco y eficaz que las anteriores. El entusiasmo cívico despertó, con desusada intensidad, para las elecciones de la Convención constituyente, que se instaló en Guayaquil á 17 de Julio de 1852. La manumisión de los negros esclavos; la libertad de navegación de los ríos; la renovada proscripción de la Compañía de Jesús, son históricos rasgos de esa Asamblea, donde, por poca diferencia de votos, no

se arribó á la supresión del precepto constitucional que establecía la religión del Estado. Algunos años más tarde, el régimen liberal había de completar aquellas reformas con la abolición de las odiosas prestaciones que pesaban sobre el indígena. Al calor de las ideas liberales, una simpática emulación por todo empeño de cultura, con el brillo exterior de los certámenes y las exposiciones, removió el mortecino ambiente de Quito. La juventud, congregada en un centro social como el que había reunido, veinte años antes, á los discípulos de Hall, emprendió la publicación de *El Iris*, al que Montalvo brindó las primicias de su pluma. Tenía conquistada en las aulas reputación de inteligente y de enérgico; hermanos suyos disfrutaban, en el nuevo régimen, altas posiciones, y el camino que lleva á los triunfos de la vida pública se abría, fácil, para él. Pero no era éste el rumbo por donde iban sus pensamientos, y la visión de la Europa lejana, con los prestigios de la civilización rebosante de belleza y de ideas, se levantaba sobre cualquiera otro anhelo de su espíritu.

A pesar de los positivos aumentos de libertad, la revolución de 1851 se malogró en gran parte. La inclinación militarista, que estaba en sus orígenes y que ha sido siempre uno de los vicios del liberalismo ecuatoriano, dió por término á aquella revolución el gobierno cuartelario de Urbina, con sus despilfarros y desórdenes, su grosero séquito de *tauras*, y su arbitrariedad, apenas mitigada por cierta instintiva propensión de bondad y mansedumbre. A la presidencia de Urbina, siguió, en 1858, la de Robles, que muy luego había de desembozar igual carácter de pretorianismo. Cuando ascendió

Robles al poder, quiso galardonar á su antecesor y compañero de armas con la Legación en Roma, y á ella fué incorporado, como adjunto, Montalvo; pero por fortuna para éste, que nunca hubiera llegado á tener duraderas paces con el desordenado caudillo, á quien pintó después con tan enérgicos colores en más de una página de las *Catilinarias*, Urbina hubo de quedar en el Ecuador, y en su lugar fué enviado á Europa uno de los más puros é ilustres ciudadanos con que aquella democracia podía entonces enorgullecerse. Era él don Pedro Moncayo, de vida austera y preclaros talentos; noble personificación del liberalismo civil, cuyo espíritu había difundido desde la prensa y la tribuna, y en cuyo servicio padeció más tarde persecuciones y destierros, que le llevaron á concluir en Chile, pobre y estoico, su inmaculada ancianidad.

Junto á ese maestro vivió en Europa Montalvo. Luego de saludar los mármoles de Italia, los paisajes de Suiza, los recuerdos de España, quedó de asiento, siempre como adjunto diplomático, en París. Allí se infundió en su alma aquel como patriotismo de adopción á que pocas almas generosas resisten. Allí recibió la confirmación, si no el bautismo, de su saber y su gusto, frecuentando aulas y museos. En casa de Boussingault, el sabio explorador y químico, que había estado en América en tiempo de la emancipación, cultivó el trato de algunos de los hombres de más representativa cultura. Guardó siempre escogida memoria de su visita al decadente y casi abandonado Lamartine, á cuyas puertas llegó precedido del interés y simpatía que despertó en el ánimo del poeta una elocuente página escrita por Montalvo en idioma francés,

y enviada á consolar las soledades del ilustre anciano con la generosa efusión de la juventud enamorada de la gloria y compadecida del inocente infortunio. De estos mismos días de su iniciación europea, proceden otras páginas, que comenzaron á extender la notoriedad del escritor, y que publicó el semanario *El Demócrata* de Quito: impresiones de viaje, de naturaleza, de arte, donde resplandecen ya los grandes dones de la forma, aunque con cierta languidez romántica, que se disipó después en la viril y marmórea firmeza del estilo.

IV.

Corrían dos años que saboreaba esa dulce vida cuando enfermó gravemente; y sea por haber de pasar la convalecencia en su país, sea porque en aquella misma ocasión le faltara el favor oficial para continuar en el ejercicio de su cargo, volvió, muy á pesar suyo, al Ecuador, á principios de 1860.

Durante su alejamiento, grandes vicisitudes habían trastornado la situación que dejara al partir. El gobierno de Robles, caído en desprestigio desde sus primeros pasos, por su ineptitud y sus desórdenes, había recibido el golpe final en las ulterioridades del rompimiento con el Perú, que tuvo origen en el aun hoy subsistente litigio de los territorios amazónicos, y que provocó el bloqueo de los puertos del Ecuador por la escuadra peruana. Frente á la amenaza del extranjero, las discordias internas, lejos de acallarse, se exacerbaron con los desaciertos del poder; y sobrevino una situación de anarquía, en que coexistieron por más de un año dos gobiernos: el de Robles, que trasladó su asiento á

Guayaquil, y el del triunvirato revolucionario de Quito, del que entró á formar parte un hombre ya por aquel tiempo famoso, pero á quien pronto esperaba celebridad mucho más vasta é intensa: don Gabriel García Moreno. Mandando en persona, aunque hombre civil, el ejército del triunvirato, García Moreno, derrotado por Robles en Tumbuco, el 3 de Junio de 1859, hubo de refugiarse en el Perú, donde entabló negociaciones con el Presidente Castilla para restablecer la paz entre ambos pueblos, con la condición de la ayuda que Castilla prestara á fin de derribar el gobierno de Robles. En ejecución de este acuerdo, llegó García Moreno frente á Guayaquil, en nave peruana; pero, ya depuesto Robles por la sedición de los suyos y habiéndole sucedido en Guayaquil el general Guillermo Franco, Castilla prefirió ajustar las paces con éste; y García Moreno, abandonado, pero superior al desaliento, se internó, camino de la sierra, con ánimo de mantener, contra el sucesor de Robles, la bandera revolucionaria. Sus grandes prestigios caudillescos, su energía indómita y sagaz, le llevaron, tras rápida campaña, á entrar de nuevo en Quito, reintegrando con su presencia un gobierno que, á pesar de su composición triunviral, descansó desde entonces en su voluntad exclusiva y celosa. Fué por este tiempo cuando Montalvo volvió al seno de la patria. García Moreno, dedicado á asegurar el gobierno de Quito, reprimió con férrea mano toda señal de inobediencia y desorden. Hubo un rasgo de esta represión que sublevó profundamente al generoso ser de Montalvo y que más de una vez había de evocar en las justicias de su pluma; y fué el bárbaro castigo de Ayarza, el general de raza negra, bravo y leal conmili-

tón de Bolívar; á quien, con atroz humillación del honor del Ejército, condenó la dictadura á pena de azotes, abriendo, por la mano infamante del vapuleador, aquellas carnes consagradas con las cicatrices de las guerras de Colombia.

Enfermo como venía, Montalvo se retiró, desde su desembarco, á humilde lugar de la provincia del Guayas, San Jacinto de Yaguachi, de donde asistió, en forzosa quietud, á la continuación de aquellas discordias. García Moreno, que había llamado en su auxilio al viejo Flores, marchó sobre Guayaquil, asiento todavía del gobierno de Franco, á quien protegía la escuadra del Perú. La ciudad fué tomada, tras recio combate; Franco buscó refugio en las naves de sus aliados, y con esto, la autoridad del gobierno de Quito quedó afianzada del uno al otro extremo del país, y García Moreno se irguió con ínfulas cesáreas. En esa ocasión, Montalvo, desde el lecho donde aun padecía, dirigió al omnipotente vencedor la carta de 26 de Septiembre de 1860, que es como el exordio de sus futuras propagandas.

Comedida á un tiempo y orgullosa, esa histórica carta muestra en el fondo el encrespamiento del halcón que, por primera vez, orienta el instinto á la ralea. Confiesa allí que, extraño hasta entonces á las disputas políticas de los suyos, las ha visto desenvolverse sin parcialidad, pero no con indiferencia; declara en palabras de juvenil exaltación su dolor y su vergüenza patriótica ante la impunidad de la afrenta que el Ecuador ha recibido con el protectorado del presidente del Perú y la invasión de sus ejércitos, y excita al gobernante ecuatoriano á ser el vengador de aquella humillación inulta: «¡Guerra al Perú!» Duélese de que la enfermedad que le pa-

raliza en el lecho le priva de acudir con las armas adonde anhela ver lanzarse á su pueblo. «Si de algo soy capaz, sería de la guerra». En el tono con que se dirige al poderoso, se mezclan, en el más justo punto, la ruda y viril sinceridad y el reconocimiento, no tanto confesado como virtual é implícito, de la incontestable superioridad de aquel hombre, que aun no había descubierto claramente el término á que encaminaba su poder. «Sepárese—le dice—de la miserable rutina trillada aquí por todos». «Si las pasiones de Vd. son crudas, su razón es elevada». Pero líneas antes le ha enrostrado como acción traidora, de la que ha menester rehabilitarse, el precedente de su alianza con el gobierno del Perú; y líneas después, le apercibe en cuanto á los indicios que ha dado ya de su violencia. «Hay en Vd. elementos para héroe y para tirano». Y luego añade, con generosa altivez:—«Salgo apenas de esa edad de la que no se hace caso, y á Dios gracias, principio abominando toda clase de indignidades. Algunos años vividos lejos de mi patria en el ejercicio de conocer y aborrecer á los déspotas de Europa, hánme enseñado al mismo tiempo á conocer y despreciar á los tiranuelos de la América Española. Si alguna vez me resigno á tomar parte en nuestras pobres cosas, Vd. y cualquier otro cuya conducta política fuera hostil á las libertades y derechos de los pueblos, tendrán en mí un enemigo, y no vulgar». El cumplimiento de este voto es, en la parte de civismo y acción, la historia de Montalvo.

La reorganización constitucional de 1861 confirmó en el poder á García Moreno. El espíritu de la nueva Constitución era medianamente liberal, y no fué en ella donde pudo hallar su fundamento la

autoridad despótica y reaccionaria con que desempeñó su presidencia el caudillo conservador. Gobierno fué ése de rigor draconiano, puesto al servicio de la intolerancia religiosa, aunque, en este último respecto, no alcanzase todavía á aquel grado de obsesión fanática del que, ocho años más tarde, había de ejercer el mismo famoso personaje. La imprenta, enmudecida por el temor, cuando no amordazada por la fuerza, no daba paso á la protesta cívica, que se resumía en las conciencias, ó llegaba, en ecos débiles, del destierro. Montalvo calló durante estos cinco años, pero á la sombra de su silencio maduraban las yerbas de violenta y concentrada intención con que debía enherbolar los dardos de *El Cosmopolita*.

La libertad de la palabra se recobró con el tránsito á nuevo gobierno. Fué elegido para desempeñarlo don Jerónimo Carrión, que subía en hombros de los conservadores y no desplacía á los liberales: hombre moderado y benigno, aunque sin las energías de carácter ni la suma de prestigios propios, que hubieran sido necesarias para quebrar la influencia personal con que su antecesor permaneció como árbitro de la política y concluyó por restituirse al poder. El cambio dió lugar, sin embargo, á un respiro de libertad, que Montalvo utilizó de inmediato para levantar bandera. En Enero de 1866 veía la luz el primer número de *El Comospolita*, periódico exclusivamente escrito por él, que, sin término regular de salida y con las dificultades consiguientes á la precaria condición de aquellas prensas, continuó publicando hasta tres años después. Tal como definió desde el principio su posición en la controversia política, entraba en ella á modo de combatiente franco y singular, ni secuaz, ni,

hasta aquel momento, guía de otro alguno. Las fuerzas populares se repartían entre el conservatismo clerical y sanguinario de García Moreno y el liberalismo soldadesco y relajado de Urbina. La reacción contra el primero tendía á buscar brazo y eficacia en los prestigios del último; pero Montalvo repugnó esta solidaridad, y manteniéndose distante de uno y otro partido, encaminó su propaganda á suscitar la acción autonómica de los que entendiesen la libertad en formas orgánicas y cultas.

Avivando con enérgicas tintas los recuerdos del gobierno pasado, para pugnar contra el ascendiente personal que él dejaba en pié, tendía al propio tiempo á estimular la emancipación del sucesor, cuyas primeras determinaciones, como el decreto que declaró vigente la ley de Patronato, alentaron ciertas esperanzas, aunque efímeras. Otro clamor de su propaganda era el pedido del levantamiento de la proscripción para los ciudadanos, muchos de ellos ilustres, que había alejado la venganza ó la suspicacia del déspota. Además de las inspiraciones que brotaban del despertar de aquella conciencia nacional, una grande ocasión de hablar traían los tiempos, y es la agresión que, por deplorable torpeza de la política española, vino á encender la guerra entre la antigua metrópoli y la república de Chile, provocando una alianza en que entraron á participar con ésta el Ecuador y el Perú. El brutal bombardeo de Valparaíso repercute en iracundos acentos de *El Cosmopolita*, como, más adelante, la invasión de México por el ejército francés; y estos temas inflaman la pluma de Montalvo de un americanismo áspero y heroico, que sienta bien á su temple natural.

Escribía desde apartado lugar de los contornos del Tunguragua: el pueblo de Baños, donde le mantenía el reparo de su salud y de donde enviaba sus manuscritos á la imprenta. Una naturaleza de Edén puesta en marco de volcánica fiereza, difunde en aquel sitio encantado una sugestión que á veces se le entraba lánguida en el alma, tentándole á dejar por la paz y el olvido de la soledad las *disputas de los hombres*. Con la prosa de combate alternaba, en *El Comospolita*, la de deleite ó estudio: casos y figuras que retenía en la imaginación, de sus viajes; ideas de moral, de política, de arte; y donde quiera y siempre, alardes y primores de estilo. Allí aparece el bosquejo de una escena real contada á lo Cervantes, de donde nació después el pensamiento de los admirables «Capítulos». Allí anticipó fragmentos de obras de diversa índole en que entonces pensaba y que no llegó á terminar. Fuerte y colorida página la que le inspira el terremoto que asoló, por aquel tiempo, la ciudad de Imbabura.

Allí suele aparecer también, y es particularidad curiosa, el Montalvo versificador, en composiciones no vulgares, sin duda, como nada que pudiera salir de él, pero que manifiestan que aquella forma de expresión no era la revelada á su estupenda magia verbal. Carecía de ese incomunicable modo de decir, y del sentido de esa peculiar especie de ritmo, que hacen que un hombre sea formalmente poéta; aunque tuviese el imperio, mucho más amplio y soberano, del arte de la prosa, y poseyera, en su más viva plenitud, la vena del sentimiento poético.

V

Pero antes de continuar con el desenvolvimiento de *El Comospolita*, importa ya que nos detengamos un instante frente á la singular figura del hombre en quien concentró Montalvo las hostilidades de su propaganda; del gobernante que, recién descendido del poder y en vísperas de escalarlo de nuevo, hubo de afrontar, en ese interregno de libertad, todos los odios que removía el recuerdo y todos los que engendraba el temor.

Montalvo es, en la faz civil y militante de su historia, el enemigo de García Moreno. Como Sarmiento para Rozas, para García Moreno, Montalvo. No le era indigno en talla el enemigo, ni se trabó la lucha en campo falto de interés ideal. De cuantos despotismos han pesado sobre la América Española, éste del gobernante ecuatoriano es de los que ofrecen más originalidad y carácter. Tuvo por fundamento la intolerancia religiosa, y acaso nunca, en pueblos modernos, la reacción á un régimen teocrático se ha realizado con tal franqueza y decisión. El hombre que concibió é impuso á su pueblo esa monstruosidad reaccionaria, distaba mucho de ser un hombre vulgar, ni por la calidad de la energía ni por las prendas del entendimiento. Confundirle con dictadores de cuartel y advenedizos sin más norte que el mando, fuera empequeñecerle de modo que resultaría amenguada la propia magnitud de sus responsabilidades y sus extravíos. Hijo de noble cuna; realzado por su esfuerzo propio, en prestigios cívicos y sociales; dueño de una cultura superior, menos literaria que científica, largamente acendrada en viajes por Europa, y que le habili-

tó en la juventud para ser el acompañante de Wisse en la ascención del Pichincha, don Gabriel García Moreno pasó á ser triunviro y Presidente desde una cátedra de la Universidad. En sus propósitos de gobierno hubo cosas grandes, que le han sobrevivido: ó en idea ó ya cumplidas por él. A vuelta de sus aberraciones de inquisidor, reorganizó la hacienda; multiplicó las instituciones de educación, de beneficencia y de crédito; abrió caminos que llevasen desde los puertos del Pacífico hasta el corazón de los Andes; dió á su república el ferrocarril, y trató de darle el telégrafo. Tampoco era malvado por instinto, ni por ambición groseramente egoística. Era fanático religioso, y ésta es la raíz de su maldad, porque es la clave entera de su personalidad de obsesionado. Aquella idea única y sublime que tiene cómo exaltar el barro humano á las ideales transfiguraciones de la santidad y cómo despeñarlo á los más hórridos abismos del odio y la locura; aquella idea que convertida, mientras América se colonizaba, en polo del pensamiento y de la acción histórica de un pueblo, encarnó en una voluntad y se llamó Felipe II; aquella idea, le hincó la garra en la conciencia. Como el monarca del Escorial, este presidente, en pequeño escenario, se creyó señalado para brazo de Dios, para ejecutor de sus sanciones y vindictas.

La realización de semejante sueño fué un régimen en que parece como que retoñara y creciera algún gajo de la España de los conquistadores, escapado del fuego revolucionario. El Ecuador no es ya una nación cabal y señora de sí misma: es un feudo de Roma. Humillante concordato sella esa sumisión. Restablécese el diezmo en forma nunca

vista: la décima parte de las rentas se aparta para costear los gastos del culto y para concurrir á aumentar el dinero de San Pedro. La facultad del patronato, heredada de los Reyes Católicos, que la mantuvieron siempre frente á la potestad de la Iglesia, es abdicada por la República, como cismática abominación. Sobre lo que se lee y escribe, la censura. No pasa libro de la aduana, ni sale de las prensas, sin que un censor de la Iglesia lo autorice. Detrás del Presidente hay como un senado veneciano, que es la Compañía de Jesús. La escuela pública es cosa de la Compañía, y alguna vez el propio Ministro de Instrucción sale de las milicias tonsuradas. Atraída por aquella Jauja de los clérigos, comparece de cien partes distintas una inmigración monacal, hez y rezago de todos los conventos del mundo, é infesta las ciudades con la plaga de la ociosidad parasitaria, mientras, en los pueblos de los campos, el cura trueca su autoridad espiritual en fueros de *taita* y de caudillo. Las divisiones y los regimientos del Ejército se denominan como las hermandades religiosas: son los soldados del *Niño Dios*, ó de las *Cinco Llagas;* los *Ejercitantes voluntarios*, los *Hijos de Su Santidad*, los *Guardianes de la Virgen.* La inmigración que venga de tierras protestantes, se abomina: el gobernante se precia de guardar inmune de esa sangre impura la que él llama «segunda Jerusalén», destinada á cuidar el «arca de la fe». Cuando las armas de Italia entran triunfantes en Roma, la república del Ecuador envía indignada protesta; más adelante, se piensa en consagrar, por acto solemne, la república al corazón de Jesús. Para dar forma plástica al espíritu que obra en todo esto, la devoción oficial se ostenta en espectáculos

primitivos. El día de Viernes Santo, encabezando la procesión que va por las calles, marcha el jefe del Estado, corvas las espaldas, cargando en ellas una cruz; sus ministros le rodean, y la muchedumbre les sigue, disciplinándose y gimiendo. Este candor patriarcal no excluye la horrible contradicción en que culminó, en todo tiempo, la piedad fanática: el furor fratricida por amor de Dios. Cada nuevo amago de sacudir el yugo ominoso, de restituir la patria á la vida de la dignidad humana, acaba en represión cruelísima; el patíbulo consuma las prevenciones de la mazmorra y del azote, y sangre de generosas víctimas corre afrentando al noble pueblo de los Rocafuerte y los Moncayo.

Tal había sido, en parte, ó tal había de ser en su próximo resurgimiento, el sistema con que hubo de encararse la vengadora pluma de *El Cosmopolita.* Para el lector de esta parte de América en donde escribo, no será fácil empeño formar idea completa de él. En los pueblos del Plata, la intolerancia religiosa no ha sido, en ningún caso, fuerza de gobierno ni bandera de facción. Aquí la tiranía no usó nunca la máscara de la fe, y las discordias civiles se movieron siempre por impulso de otras pasiones, otros intereses y otras ideas. Cuando en oportunidad de alguna reforma de la legislación, ó cosa análoga que cruzase la trama de la vida real, la controversia religiosa ha trascendido de la tribuna académica á las luchas del Foro, la agitación proveniente de ello ha pasado sin determinar en lo político deslindes ni organizaciones capaces de prevalecer. Sea por caracteres de nuestro organismo social que tienen ya su antecedente en cierta genialidad liberal y democrática que nos diferenció desde la dominación es-

pañola; sea por esta exposición contínua y franca á los vientos del mundo, que debemos á la situación geográfica y la asiduidad de la inmigración cosmopolita, con los moderadores influjos de la convivencia de tantas disimilitudes y tantas contradicciones, ello es que el hábito de la libertad de pensamiento arraigó sin dificultoso cultivo en el alma de estas sociedades. Aun dentro del propio campo ortodoxo, y tomando por punto de comparación el temple del fanatismo clerical en otros pueblos de América, se ha respirado aquí siempre una relativa tolerancia, un cierto latitudinarismo, que, por lo menos en la esfera de las aplicaciones á la realidad política y social, han mitigado prudentemente la lógica del dogma. Compruébase esto poniendo en parangón la calidad de espíritu de un Estrada, un Zorrilla de San Martín ó un Goyena, con la de alguno de los clericales significativos y famosos del otro lado de los Andes.

La propaganda de Montalvo relampagueaba, pues, entre los palpitantes recuerdos de aquel régimen y los siniestros vislumbres de su cercana y exacerbada restauración. Sólo quien imagine fielmente, de una parte, la magnitud de esta ignominia, y de la otra, el natural vindicativo y generoso del alma de Montalvo, podrá representarse bien la heroica crudeza de aquella guerra de pluma.

Grande y presagiosa inquietud ocupó el año de 1867. Votado para senador García Moreno, que continuaba en la posesión de su influencia, su diploma, viciado por un falso escrutinio, fué objeto de vigorosa impugnación, y finalmente de rechazo. En lugar del aparente vencedor fué citado á jurar el candidato que había contendido con él. La opinión li-

beral cobró en ese instante nervio y esperanza. Por todos se reconoció en el abatimiento, que imaginaban radical, del poderoso, la sanción de la propaganda de Montalvo, el triunfo de *El Cosmopolita*. Pero no se detuvieron aquí las agitaciones de aquel año. La intromisión fraudulenta de que resultaban culpados los representantes de la autoridad en el proceso de aquellas elecciones, dejó en pie, entre el Presidente y el Congreso, un conflicto que llevó más allá de la solución del litigio de candidaturas las pasiones que éste había enardecido. Tentábase la conciliación entre ambos poderes, cuando el destierro y la prisión decretados en la persona de algunos de los mediadores, á pretexto de que alejaban con fines sediciosos el acuerdo, colmaron la medida para que la oposición parlamentaria no demorase ya en llamar al Presidente Carrión á juicio de responsabilidad. Se exasperó esta discordia; rondaron en torno del Congreso amenazas de disolución, que él afrontó con altivez en borrascosas sesiones, hasta que el 5 de Noviembre salió de su seno una severísima declaración, por la que se calificaba al Presidente de indigno de su alta investidura. En esta violenta extremidad, acudió García Moreno, para imponer á Carrión la renuncia de una autoridad que se había hecho insostenible en sus manos. Aceptóse esta forzada renuncia, y las pasiones volvieron transitoriamente á su límite.

Al presidente depuesto reemplazó don Javier Espinosa, ni menos probo ni más enérgico que aquél. La cercana terminación del período que él debía completar, daba ya oportunidad al problema de la presidencia futura. García Moreno parecía tenerla asegurada para sí, con los recursos de su mal encu-

bierto predominio. Frente á su candidatura, aparecieron las de la opinión liberal. La de don Pedro Carbo, que cifraba tendencias de franca y enérgica reforma, y que Montalvo hubiese preferido, tenía por obstáculo su propia radical excelencia. Era menester concentrar las fuerzas capaces de oponerse á la amenaza de reacción, alrededor de un nombre que las conciliase, y á este fin se convino en don Francisco Aguirre, templado en las ideas y alto en el respeto de todos. Quedó así definida la contienda electoral, y al paso que ella se acercaba á su término, veíase más clara la desigualdad de las condiciones de ambos bandos, con la prepotencia del caudillo reaccionario; y la exaltación de los ánimos arreciaba.

Por este tiempo Montalvo venía con frecuencia á la ciudad, ó estaba en ella de asiento. Su figura altiva y serena concentraba, en las calles, ya las miradas del odio, ya las de la admiración. Contábale los pasos el espionaje. Más de una vez el brazo fanático ó venal anduvo cerca de su pecho. Otra amenazada su casa del asalto de las turbas, generosa juventud constituyó guardia en ella. Esta excitación heroica, este acicate del peligro y el agravio, avivaban los fuegos de *El Cosmopolita*. Por entonces, dió á la protesta sus más altos y viriles acentos en páginas como las de *El nuevo Junius*. Allí denunciaba las violencias y las persecuciones, la amenaza del sayón y la infamia del libelista; y tras el encantamiento del Presidente anulado, mostraba en todo ello la mano del omnipotente instigador. Puntualizando la verdad de la candidatura reaccionaria, la señalaba á la abominación, al temor, á la vergüenza; y cuando el candidato hace oir su voz,

él multiplica en ecos de escándalo sus palabras, que prometen por norma de gobierno las condenaciones del «Syllabus», y por instrumento el rigor inexorable. Ya se dirigía á los partidos, y los inducía á un acuerdo superior; ya arengaba á los militares, para disputarlos al vértigo con que la sugestión que gobernaba de hecho la república los llevaba al abismo de la deslealtad sediciosa. «Militares:—les dice—no soy vuestro enemigo: en una gran nación habría sido yo soldado». También á la piedad inocente, movida con engaño tras la maquinación del fanatismo, buscaba persuadir; y refiriendo una plática, no sé si real ó fingida, con el manso varón que era entonces arzobispo de Quito, opone á las instancias de la poquedad escrupulosa, los fueros de la razón, que encuentra ámbito y aliento dentro de la misma entereza de la fe.

Todo esto se embotaba en el arraigo de un ascendiente personal que la trabazón de las cosas volvía de hora en hora más incontrastable. Urbina amagaba con la revolución desde el destierro, ó tal se decía con intencional suspicacia; y este peligro era recurso que utilizaban los secuaces del bando reaccionario, para excitar las alarmas del núcleo social amigo del orden, acusar de débil é incapaz la acción del gobierno, y propagar la necesidad de la férrea mano salvadora. García Moreno había dejado las trazas de inerme postulante al favor de los comicios. A sus puertas velaba guardia pretoriana. Los medios de la fuerza material no eran ya sino suyos.

Comenzó el año de 1869 en este improrrogable conflicto de una autoridad sin energía y un poder subversivo que la estrechaba con altaneras franquezas de autoridad. El 17 de Enero se pronunciaba

finalmente el motín militar que arrojó del gobierno al presidente Espinosa y confirió á García Moreno facultades de dictador. Todo se consumó y quedó quieto en un instante, como preparado por forzoso declive. El restaurado déspota quiso acometer, sin demora, la reorganización constitucional que diese formas de legalidad al sueño autoritario y teocrático que se proponía reencarnar con más cumplida perfección. En Mayo de aquel año se reunió la Convención constituyente, que tuvo por principales inspiraciones de su obra reforzar la sujeción del Estado al yugo de la Iglesia, y robustecer las atribuciones y los medios de la magistratura ejecutiva en la distribución del poder público. Sobre estas bases entró á ejercer aquel hombre extraordinario su nueva y más característica dominación. La libertad de escribir, el derecho de vivir en la patria, habían perecido con el primer aliento de la dictadura. *El Cosmopolita* acabó como la voz que queda trunca en la garganta, y Montalvo tomó el camino del destierro.

VI

Pasando la raya de Colombia, en lo más alto de una de las mesas que forman, de ambos lados de aquella abrupta frontera, las cumbres andinas, se asienta el pueblo de Ipiales, donde Montalvo halló por siete años su refugio: lugar de hermosas vistas, aunque harto castigado del frío de la altura para embozo del alma de un desterrado.

Allí llegó sin libros, allí permaneció sin tenerlos. Y á pesar de ello, éste de su destierro aldeano es el tiempo en que produjo más, y más para su gloria;

por lo cual viene aquí la ocasión de hablar del Montalvo literario. Su vida exterior, contenida casi en el cerco de su huertecillo, no tuvo episodios de mayor entidad que tal cual reyerta con algún vecino impertinente, ó algún clérigo zafio y rapaz, de esos que fueron eterno blanco de su pluma. En cambio, su imaginación hirvió en soñados lances, en enjambres de ideas, en juegos y músicas de forma.

Hay algo de representativo del destino entero de Montalvo, hay como una imagen abultada de la total desventura de su vida, en esto de la producción de lo mejor y más altamente literario de su obra, en la soledad de un villorrio. Entendedlo bien: no en la soledad del desierto, que es alta y soberana emancipación, amor con la libre inmensidad, por donde vagan los divinos alientos que pueblan la naturaleza de sátiros y ninfas; sino en la soledad del villorrio, ruin y menguada, donde no tienen su habitación ni el caballero ni el bárbaro, sinó el palurdo; donde los gallos cantan para que amanezca la murmuración, y el sol se pone para que ella atisbe más á cubierto; en la soledad del villorrio, sin trato de semejantes y sin libros!... Esto lo encarece él en su decir vehemente y gracioso: «¡Sin libros, señores, sin libros! Si tenéis entrañas, derretíos en lágrimas». Obra de escritor como la suya, tan necesitada, por su índole y carácter, de la diaria ablución libresca y del fácil manejo de esos instrumentos de medida y rectificación que traen los libros en sí, tuvo que contentarse, para empresa de tal dificultad como la parodia del *Quijote*, con la biblioteca ideal que su memoria y su imaginación reflejaban sobre las desnudas paredes de una casa de aldea.

Pero, aun en la ciudad ó cerca de ella, y con la

compañía de sus libros, grandes hubieron de ser los obstáculos que puso ante él la precaria armazón de cultura de su pueblo. Él nos refiere el heroísmo que era necesario desplegar para valerse de la imprenta: sólo á dura costa, y con ayuda de amigos, pudo dar á luz las entregas de *El Cosmopolita*. Y todo esto es, en su pasión, la parte menor y más liviana, porque queda el aislamiento y abandono espiritual, que es lo verdaderamente doloroso; queda el calvario de la incomprensión común: desde la que se eriza con las puas de la inquina á la superioridad, pasión de democracias chicas, hasta la que se encoge de hombros con un zafio menosprecio de toda labor desinteresada de estilo y de investigación, y la que, dentro mismo de estas actividades, ensordece á lo nuevo y personal, ó afecta comprender y no comprende...; quedan, en fin, aquellos resabios de la aldea, por los cuales, para las altas cosas del espíritu, toda esta América Española ha sido, en escala mayor, *soledad de villorrio*, como la del rincón aquel donde Montalvo compuso la más difícil de sus obras, sin trato con semejantes y sin libros!... Bien se siente el resuello de esta herida cruel en la admirable introducción á los *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*. Y apenas hay alto ingenio americano que no haya expresado alguna vez parecido sentimiento, ó no lo deje percibir en una callada vibración de sus escritos. El fundamento real de estos agravios de los superiores es de extensión universal y humana; radica en el primitivo barro de Adán; pero ellos recrudecen en las sociedades de América por lo mal asentado y desigual de su civilización, donde, mientras las excepciones personales en ingenio y saber, con las necesidades y los

apetitos que uno y otro determinan, pueden subir tan alto como en los grandes centros de cultura, las condiciones de atención y correspondencia sociales quedan muy inferiores, centuplicándose así la desproporción entre el elegido y el vulgo. De aquí el desasosiego de la inadaptación, y cierto impulso de nostalgia, muy común en los hispanoamericanos de vocación literaria y artística, por aquella patria de nuestro abolengo y nuestro espíritu que la civilización europea extiende del otro lado del mar. Expatriarse, como siempre lo anheló Montalvo, suele ser entonces justa y fatal gravitación; pero expatriarse, como él, con el pensamiento y la memoria dando cara á la *tierra*, más dulce cuando más lejana, y con el sueño de la vuelta, presidiendo á los anhelos de asimilación y de cultura que un día tracrán cómo pagar á la patria natural el precio de la ausencia. *Quedar* así, en espíritu, ó quedar de hecho, es, indistintamente, mantener la vinculación obligatoria y fecunda con la obra común de los hermanos; y sólo han sido grandes, en América, los que han alcanzado á mantenerla, y en la proporción en que la han mantenido. Sólo han sido grandes, en América, aquellos que han desenvuelto, por la palabra ó por la acción, un sentimiento *americano*. Nadie puede cooperar eficazmente al orden del mundo sino aceptando con resolución estoica, aún más: con alegría de ánimo, el puesto que la consigna de Dios le ha señalado en sus milicias al fijarle una patria donde nacer y un espacio del tiempo para realizar su vida y su obra. La incapacidad de adaptarse sólo es condición de progreso, en la evolución social como en la orgánica, si se resuelve en energía de reacción, que acomoda á las necesidades de la propia

superioridad el ambiente mortal á los inadaptados, cuando inferiores ó débiles.

Á menudo refleja el pensamiento de Montalvo el ritmo de un irrefrenable desapego á la transitoria realidad de la patria y un profundo sentimiento del sér ideal y permanente de ella. Hablando de su forzoso abandono de la secretaría que desempeñó en París, decía: «La suerte se me puso zahareña de repente, y con un fiero ademán me volvió á echar á este rincón». Otra vez agregaba: «Si llega para mí el día de volver á Europa, prometo á mis conciudadanos que no les daré mucho que murmurar en justicia». Hay ocasiones en que manifiesta su desvío con amarga rudeza: «Sólo siento no tener buena, noble y grande patria, donde no ser noble, bueno y gran patriota». Comentando el desorden de los pueblos hispanoamericanos, exclamaba: «¡Ah repúblicas turcas! El cielo se contrista, el infierno sonríe, cuando echan los ojos á esta parte del mundo». Pero otros rasgos complementan el sentido de aquéllos con palabras de fe y esperanza: «América, joven, robusta, inteligente y amiga de lo grande, cumplirá su destino, se civilizará, será libre, feliz, y gozará sin estorbo los dones de su gran naturaleza». Mientras estuvo en París, visitador asíduo del Jardín de Plantas, gustaba demorarse, con la terneza del amor reconciliado por la ausencia, frente á todo lo que despertaba en su espíritu la imagen del terruño: «el cóndor de los Andes, la ortiga de América, la coronilla; el gallo tanisario, de canto solemne y melancólico».

La integridad de la conciencia americana; la integridad que comprende el sentimiento profético de la cabal grandeza de nuestros destinos, y por

tanto, de la cabal grandeza de nuestro pasado, está presente en su obra, y ella le mueve, en uno de los *Siete tratados*, á aquella gallarda afirmación de la superioridad de Bolívar sobre Bonaparte, afirmación que hubo de espantar en su tiempo á la gente discreta y partidaria del apocamiento común, y que aún la asombrará hoy mismo, aunque por ventura no tanto.—¿Quién ha consagrado acentos de más honda piedad á la suerte de las domadas razas indígenas?....Y en cuanto á la originalidad de la naturaleza, también supo sentirla y fijarla á menudo. Nada más propio para oído por la montaña que la voz con que imprecó á la magestad del Pichincha, de modo tal que imaginamos que aun está retumbando en los contornos del gigante. Nada más penetrado de aroma de la tierra y de divina humildad que aquel su elogio del maíz, el trigo del pobre, el acumulador de la energía que ha de desatarse por los brazos del indio labrador, cuando, encorvado sobre el suelo hecho del polvo de los suyos, trueca su dulce paciencia en oro del amo... Cada vez que esta nota de americanismo, en el sentimiento ó el color, se levanta á presidir la armonía de una prosa tan clásica, tan limpia, tan de la antigua hechura, comparece en mi memoria la impresión de aquellos *Comentarios reales*, donde un mestizo que unió á la doble nobleza de la calidad el privilegio del estilo, dejó expresados, en la más pura lengua del conquistador y en la más rica y gallarda prosa de su tiempo, sabrosísimos candores del alma americana, que semejan allí las huellas de la sangre del indio en el lustre de una hoja de Toledo.

Los *Siete Tratados*, que no publicó hasta diez años más tarde en Europa, fueron escritos, ó por lo me-

nos bosquejados, durante el año 1872, en aquel retiro de Ipiales. La literatura de Montalvo está allí en su más característica y remontada expresión. Titúlanse esas disertaciones: *De la Nobleza*, *De la Belleza en el género humano*, *Réplica á un sofista pseudocatólico*, *Del Genio*, *Los Héroes de la emancipación sudamericana*, *Los Banquetes de los filósofos* y *El Buscapié*, trabajo éste que reprodujo, como estudio preliminar, en los *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*.

El ensayo al gusto de Montaigne, desordenado y libre de todo plan metódico, extrema en manos de Montalvo su curso voluntarioso y errabundo. El tema que se anuncia en el título persiste apenas como el hilo tenue y velado por la fronda, que enlaza, al rededor de su eje imperceptible, las vueltas caprichosas de la enredadera. Desde que se ha doblado la primera hoja, se echa de ver que el tema es lo accesorio para el ensayista, y lo principal el alarde contínuo y centelleante de ingenio, de lectura y de estilo. Cuando le sale al paso una idea accidental, jamás la aparta, ni la reprime, ni la urge, sino que se le entrega del todo y la sigue mientras ella da pábulo á la fantasía, ó mientras nó acude una idea nueva á torcer otra y otra vez su camino, como en esas carreras anhelantes y sin rumbo, que, en los cuentos de hadas, tienen por guía el vuelo de un pájaro maravilloso ó el rodar de una piedra animada de una magia interior. Si se intenta reducirlo á substancia y á orden dialéctico, el pensamiento fundamental comparece, flaco y escaso, de entre el follaje de las digresiones. Sirva de ejemplo el tratado sobre la *Nobleza*. Allí, de una disertación acerca del origen del hombre se pasa á discretear sobre las diferencias

de razas y de clases, y de esto á describir la naturaleza del polo, y la del trópico, y la aurora boreal; y luego á encarecer los extremos de que es capaz el amor á la ciencia, y en la siguiente página á pintar un insecto primoroso, y de esta pintura á las enaguas que usaba Clitemnestra; para volver después al tema original, que no tarda en desviarse hasta dar término el ensayo con un comentario de los crímenes de los comuneros de París... En la entonación de estos tratados no hay más unidad que en el asunto. Ya se mantiene en el carácter de la exposición didáctica; ya se allana á la forma del cuadro de costumbres ó de la sátira ligera; ya se remonta al lirismo de la imprecación, del ditirambo ó de la elegía.

De Montaigne toma, además, el egotismo, la preocupación constante del «yo», no tanto por estímulos de investigación psicológica, ni por conflictos y tormentos que pasen en su alma, sino como tema de ameno divagar, que tiene más de inocente complacencia de amor propio que de la pasión austera del psicólogo empeñado en mirar al fondo de su herida, ó en subyugar á la Esfinge del conocimiento interior. Pero aquí las semejanzas concluyen, porque, como carácter de estilo, la espontaneidad natural y suelta de Montaigne es el término opuesto á la artificiosidad preciosa de Montalvo; y como carácter moral, la indolencia contemplativa del bordalés en nada se parece á la disposición militante y quijotesca con que nuestro americano asiste al espectáculo del mundo. Montaigne es prototipo de escépticos; y de este rasgo esencial, que es la raíz de sus superioridades, viene también aquella limitación de su naturaleza, que Sainte-Beuve definía:

«la ausencia de locura santa y del fuego del sacrificio generoso». En Montalvo no falta nunca este fermento: antes rebosa y se derrama, como la más activa esencia de su espíritu. Montalvo, aunque razonador y malicioso, tiene sumergido el pecho en el mundo de los Amadises y Esplandianes.

La singularidad y excelencia de la forma es principalísima parte en la literatura de Montalvo. Tuvo, en esto, por ideal la vuelta á los típicos moldes de la lengua, en sus tiempos de más color y carácter y de más triunfal y gloriosa plenitud. Quiso escribir como lo haría un contemporáneo de Cervantes y Quevedo que profetizase sobre las ideas y los usos de nuestra civilización, y lo cumplió de modo que pasma y embelesa. El fabuloso caudal de vocablos, giros y modos de decir, que rescató de la condena del tiempo, infunde en cada página suya un peculiar interés de sorpresa y deleite. Nunca se trajo á luz, de las arcas del idioma, tanta deliciosa antigualla; tanta hoja de hierro tomada de orín, tanto paramento de seda, tanta alhaja pomposa y maciza, tanta moneda desgastada, de ésas donde agoniza en oro un busto de rey y se esfuma, en truncos caracteres, una leyenda ilustre. Aquella prosa semeja un museo; y tiene del museo hasta la profusión que desorienta á la curiosidad y que, dejándola suspensa á cada instante de lo menudo y primoroso, la impide el paso desenvuelto con que guiarse adonde está lo principal.

La ciencia vasta y prolija, el sentimiento profundo del idioma, que semejante evocación supone, son verdaderamente incomparables. La obra de rehabilitación de las buenas y sabrosas tradiciones de la sintaxis y el léxico, realizada en lengua española

por Montalvo, no representa mérito inferior á la que, en lengua francesa, llevó á cabo, algo anteriormente, Pablo Luis Courier, abriendo paso en las lánguidas formas prosaicas de su tiempo al habla rancia y generosa desenterrada de los frescos sótanos de Montaigne y de Amyot. Como el traductor de *Dafnis y Cloe*, á quien, por otra parte, le vincula la común potestad del dardo satírico, Montalvo fué artífice original con piedras de las ruinas, innovador con aliento de antigüedad. La literatura castellana no ofrece, en el siglo XIX, otra tentativa de restauración arcaica comparable á la suya, por lo viva y orientada en sentido de arte, y no de solaz gramatical ó académico, que la de las *Escenas* de Estébanez Calderón. Pero el costumbrista andaluz, á pesar de su opulencia de color y su caudal de lengua inexhausta y gallardísima, queda como escritor de muchos menos quilates que Montalvo. Faltan en su pintoresco artificio aquella grande alma, aquel arranque hacia arriba, aquel verbo ferviente, que magnifican y realzan el prodigio de forma de nuestro ecuatoriano. Lo que es curiosa habilidad en Estébanez, es en Montalvo maña genial; la prosa de las *Escenas andaluzas* equivale á deleitable exposición de cuadros de género; á multiforme y soberbia galería la de los *Siete Tratados*.

La lengua de Castilla se mira en el estilo de Montalvo como la madre amorosa en el hijo de sus entrañas. Nunca hubo gusto literario de más neto solar español, por lo que tiene y por lo que le falta, que el suyo. Llevó á su realización más definida y concreta las virtualidades y disposiciones características del instrumento verbal de la raza, que componen lo que llamamos el *genio* del idioma; sacando

todo el partido posible de sus mayores ventajas y excelencias, sin evitar ninguno de los escollos á que por espontánea propensión se tuerce su curso, ni tender á suplir ninguna de las deficiencias que, en determinados casos, limitan sus medios de expresión: de modo que aquella prosa acrisolada y magnífica, es, para el genio del idioma, como una lente de aumento, al través de la cual se viese abultado su relieve, engrosado su tejido, puestas en claro sus desproporciones, ó como una artificiosa alquitara, de donde surtiera, en espeso jugo costosísimo, su más concentrada quintaesencia. Allí comparecen, y se desenvuelven hasta sus extremos, la firmeza de la línea, la energía del color, la elocuencia ardiente y pomposa, el elegante discreteo, el castizo donaire; y junto á estas riquezas de la herencia común, manejadas habilísimamente, ningún esfuerzo dirigido á probar la eficacia de la lengua para triunfos ajenos de su tradición: nada por aligerarla y afinarla; nada por infundirla el sentido de lo vago, de lo soñado, de lo íntimo; nada por ensanchar la aureola ó penumbra de sugestión que envuelve el núcleo luminoso de la palabra y la prolonga en efectos de música; nada, en fin, por poner en manos del idioma la varita mágica con que se penetra al mundo de las cosas aéreas y flotantes que hoy apetecemos más allá de la plena determinación de la forma y de la idea.

Por sus más señalados caracteres, la prosa de Montalvo, expresión violenta de un ideal de restauración en el habla literaria y de la personal genialidad de un escritor, es mucho más admirable en su singularidad que como norma y tipo adecuado para propagarse. Vulgar y torpe error es entender que

todo lo que en arte se hace de nuevo, va dirigido á solicitar la imitación, ó siquiera la prevé y la supone; cuando el propósito de que se le imite es de los que no conoció nunca la conciencia del artista verdadero y cabal, y se puede afirmar, sin sombra de paradoja, que lo más digno de ser admirado es lo menos capaz de ser imitado. Aquella prosa ha de juzgarse como una bella forma extinguida. En la relación estética, su singularidad es privilegio; porque esa manera de decir, que no podría generalizarse para la comunicación actual de las ideas, gana con ello aquel encendimiento de beldad que se da en las cosas emancipadas del uso, cuando originariamente contuvieron una centella hermosa: como los soberbios templos que se arruinan, las lindas armas con que ya no se combate, y la buena prosa de los libros añejos donde ya no se busca la verdad. Y sin embargo de lo dicho, aunque la obra de restauración arcaica que emprendió Montalvo sea, en su conjunto, singular é incomunicable, ¡cuánto que aprovechar en ella; cuánto que mantener y restituir al comercio del habla, en ese vasto tesoro levantado del fondo del tiempo, como del fondo del mar los despojos de un galeón de Indias! Á vuelta de prolijidades nada más que curiosas y modos de decir de un sello exclusivamente personal, ¡cuánto hallazgo de valor objetivo; cuánto eficaz conjuro y oportunísima rehabilitación, que nos punzan con el sentimiento de las infinitas cosas expresivas y bellas que el idioma no debió dejar perderse en el proceso de una renovación mal vigilada, la cual no alcanzó nunca á compensar, con lo que granjeó de nuevo, la merma del rico patrimonio!.... Por eso, el arcaísmo de Montalvo puede

considerarse, en muchos de sus elementos, obra viva; antecedente capaz de felices sugestiones, para el intento, en que ahora estamos empeñados, de devolver á la prosa castellana color, resalte y melodía, y de henchirla de sangre y encordarla de nervios, consumando una reacción que ni los románticos ni los realistas de la anterior centuria llegaron más que á demediar, en la sintáxis y en el léxico.

No pudo asistirle en su empresa de restauración un gusto constante. Algo hay en la pasión que le animaba del fervor del coleccionista; y el gusto, como el discernimiento de cualquiera especie de valor positivo, no son medidas que regulen el peculiar criterio del coleccionista, para la valuación de las cosas en que se complace. Pero importa diferenciar la soberana calidad de esa pasión no limitada por el gusto; la naturaleza *genial* que la levanta cien codos sobre la manía sin nervio ni gracia del erudito vulgarmente prendado de lo viejo; sobre la paciencia buscona del pedante huroneador de léxicos y glosarios; porque aquel entusiasmo de las palabras es, en Montalvo, sugestión de un numen, furor casi sagrado, fuego de inspiración que tendría bastante con una sola de sus chispas para devorarse, como sacos de paja, las almas de todos los pedantes del mundo. Se *embriagó* de arcaísmo: ésta es la imagen propia; se embriagó con aquella báquica sensación de lo bello antiguo remozado, con que los heraldos del Renacimiento, al modo como los que trasiegan el mosto suelen marearse del capitoso vaho, se marearon divinamente trasegando el generoso vino de los clásicos, y llevaron sobre su nativa lengua la reconquista romana, en aquella prosa, hirviente de latín, que empezó en el reinado de Don Juan II.

Donde dije «romana», póngase «española del gran siglo», y ése y no otro es el caso de Montalvo. La prosa de Montalvo, después de Junín y de Ayacucho, es el desquite del Conquistador. Y por cierto que hay en el rebusco y acumulación, que manifiesta esa prosa, de riquezas del tiempo viejo, cierto soplo marcial, cierto ímpetu heroico, como de conquistador que entrase á saco una ciudad antigua y volviera ufano y curioso del botín; cierta exaltación que es todo lo opuesto que pueda imaginarse á la asiduidad linfática del literato de la especie académica.

Para quien guarde diferenciado el sabor de cada uno de los prosadores del gran tiempo de la lengua, la lectura de Montalvo es como múltiple y maravillosa evocación. Un rasgo rememora al uno, otro rasgo al otro; y de esta manera, sobre el fondo de aquella prosa, dorada de gloriosos reflejos, se ven pasar, como procesionalmente, sus sombras augustas, con tanta gracia y reverencia invocadas en la introducción de los *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*. Por allí Granada, por allí León, por allí Quevedo, por allí Malón de Chaide, por allí Saavedra Fajardo... Esta obra de selección y concierto de las varias riquezas del tiempo antiguo, bajo el imperio arquitectónico de un estilo personal y creador; ese certamen de las suntuosidades de la lengua, se compararía con el alarde de magnificencia colectiva que presidió á la fábrica del Escorial, para cuya edificación dicen que se reunieron, en piedras, maderas y metales, todos los primores de las tierras de España: el mármol de Filabres, el jaspe de Tortosa, el pino de Cuenca y Valsaín, el hierro de Vizcaya, la caoba y el ébano de Indias. Nadie hubiera

podido manejar con mejor tino aquellos tesoros. Por encima del conocimiento reflexivo y prolijo de la lengua; por encima de la acrisolada lección de sus clásicos y maestros, tenía de ella Montalvo el conocimiento intuitivo, el inspirado sentimiento del carácter y naturaleza idiomática, que, como en cifra, reproducía en su propio carácter literario. Se comprende así que, siendo tan moderno y curioso en su pensar, y reflejando su obra ideas de tan esparcidos orígenes, mantuviese constantemente inmune la nobleza antigua de las palabras y la frase; porque el sesgo castizo que tomaba, en el primitivo arranque de la forma, cualquiera manifestación de su pensamiento, la guiaba á completar sin violencia su modo propio y genuino de expresión. No es humanamente posible expresar mayor copia y variedad de ideas ateniéndose tanto á la tradicional integridad y pureza del idioma. La lengua de Montalvo es victoriosa demostración de lo mucho que, á pesar de juicios vulgares, cabe contener en el romance heredado del Conquistador, cuando se le conoce en lo hondo y se le solicita con enamoradas instancias; ó es, si se prefiere, demostración de la indefinida amplitud que el genio personal de un gran escritor logra arrancar á los endurecidos moldes de una lengua añeja, sin deformarlos ni descaracterizarlos. En presencia de este soberano dominio, y del amor ferviente que fué su inspiración, pasma averiguar, como sabemos por carta suya dirigida á don Miguel Antonio Caro, que alguna vez pasó por su espíritu, aquejado de la nostalgia de más ancho escenario, la ambición de radicarse en París y escribir para siempre en lengua francesa. ¿Qué hubiera resultado de la realidad de este sueño? ¿Un Here-

dia prosista? Aquella extraordinaria facultad de expresión, que tan íntima y congenial nos parece con el idioma en que se manifestó, como si á él estuviera votivamente consagrada, ¿pudo, sin desvirtuarse, buscar nuevo arraigo y nueva adaptación?.... La historia literaria testimonia que no hubo nunca gran escritor que lo fuese á la vez en dos lenguas distintas, y Heredia no había llegado á ser gran poeta en castellano cuando optó por serlo en francés.

Para hacer alarde de este absoluto dominio del idioma y del profundo sentimiento de su genio y tradición, en temeraria competencia con el más único y abrumador de los modelos, escribió los *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*, parodia del *Quijote*, que hasta después de la muerte de Montalvo no conoció la imprenta. La obra es lucidísima, como dechado de lenguaje y como interpretación y nuevo desenvolvimiento de los caracteres de la ficción maravillosa. Pero quién allí aparece y campea es Montalvo, y no Cervantes, ó es, si se quiere, el Cervantes de Montalvo, que, reflejando su imagen en lo vivo de tamaño temperamento, muestra, hondamente estampados, el sello y fisonomía del intérprete. Y Montalvo, en su natural de escritor, se parecía poco al modelo que en esta ocasión trató de imitar. Cervantes, en quien la invención novelesca conserva mucha parte del candor del primitivo épico, tuvo la divina inspiración del estilo, y como su arte infuso; pero careció, en fuerza de su propia absoluta naturalidad, de la *conciencia del estilo*, que es intensísima y predominante en Montalvo, artista refinado y precioso, cuyas afinidades, dentro de la clásica prosa castellana, han de buscarse, mucho más que en Cer-

vantes, en Quevedo ó Gracián. Valióle sí á Montalvo para su magnífica parodia, ya que no la espontánea semejanza en medios de expresión, el profundo sentimiento del espíritu y la idealidad de la creación cervantesca; y no sólo manifestó ese sentimiento en la parodia misma, sino también, y aún más si cabe, en las páginas críticas que la preceden. Nadie, en idioma castellano, ha hablado de Cervantes y del *Quijote*, como Montalvo en esas páginas. Sin asomo de hipérbole puede decirse que ellas son el análisis condigno de la creadora síntesis del genio. La más durable estatua de Cervantes está allí, labrada con la unción que un artífice devoto pondría en cincelar una imagen sagrada.

Por lo demás, no hay cosa tan distante de la condición intelectual de Montalvo como la de los «hombres de un solo libro», ó de un solo autor, ó de un solo círculo de autores. Su cultura era varia y difundida; su comprensión, de amplios alcances; ágil y melificadora, su curiosidad. Dentro de las letras,—y aún en lo que podríamos llamar los alrededores y baluartes de una cultura literaria,—tenía cabal noción de lo moderno, no ignoraba lo exótico, y era capaz de sentir la fuerza de la belleza y la de la persuasión, en otras lenguas que en la propia. Pero el núcleo de su saber, la medida y norma de su gusto, fueron siempre lo clásico: lo clásico de su lengua y las de la materna antigüedad. Comprendió enteramente la belleza antigua, porque empezó por comprender y admirar la vida antigua, en lo esencial de su carácter. Nada más elocuente, nada más revestido de la altivez y magestad de la vieja toga oratoria, que la defensa de la civilización pagana en su réplica á un detractor sacristanesco. El *civis romanus sum*

se siente allí encrespando ejemplos y razones. Allí es donde se dice: «No me cerréis las puertas de la antigüedad, porque os las derribaré á hachazos». La virtud romana le inspiró, en medallas de admirable prosa, figuras como la de Fabio Darso, cuando, ceñidos los hábitos sacerdotales, pasa por medio de los bárbaros; ó la del joven Curcio, echándose al abismo; ó la de la mujer de Fulvio dándose la muerte para reparar su indiscreción. De Grecia remozó también eternos asuntos. ¿Quién mejor que él ha pintado la escena de la absolución de Fryné? Toda la gracia del diálogo ateniense está en los coloquios que animó entre los convidados de Xenofonte y de Platón; y aún del primitivo helenismo, inocente y heroico, cruzan ráfagas por su obra, como en aquella página del tratado del *Genio* donde evocó la sombra de Homero vagabundo, y aquella otra de los *Banquetes de los Filósofos* donde mostró al asacteado ciervo del Ida, presidiendo, en fuente de plata, el candor patriarcal de la mesa de Príamo.

Fuera del residuo genial, extraño siempre á toda determinación del medio, la literatura de Montalvo, en sus más señalados caracteres, se vincula al ambiente donde se produjo, por relaciones fáciles de señalar. La fervorosa pasión del idioma, el tono clásico de la cultura literaria, son atributos que han singularizado siempre en América á los pueblos que constituyeron la primitiva Colombia. Allí la pulcritud del lenguaje escrito ha sido estimada como pudiera serlo una nota de limpieza de sangre; allí la teoría del idioma ha tenido, más que en la moderna España, cultivadores aplicados y maestros ilustres, y aun en los más medianos escritores es condición frecuente la pureza de la elocución;

allí con la disputa política se mezcla la disputa del vocablo, y el saber gramatical ha sido á veces camino por donde se ha llegado al gobierno. Infúndase en esta pasión colectiva, estrecha y prosaica en sus formas comunes, el soplo de un superior sentido estético y de un gran carácter de escritor, y se tendrá la magnífica pasión verbal de Montalvo, por una transfiguración semejante á la que trueca al crudo barro en la fineza del esmalte, ó al hierro bruto en la centella de la daga. En Montalvo, sobre el oficioso afán de la corrección, se encumbraba el divino sueño de lo bello.

Tenía, por amor de lo bello, el sentimiento tiránico, implacable, de la forma; la comprensión de lo artístico de la palabra, con aquel extremo de amor capaz de detenerse en mitad del más arrebatado apóstrofe ó de la más absorta reflexión, para extasiarse en la cadencia de una frase, en el relampagueo de un epíteto, ó en la nobleza de un vocablo añejo. Á la conclusión de tal rasgo, al final de tal cláusula, se adivina el grito de orgulloso júbilo del artista que ha llegado á hacer lo que quería y está contento del dios que alienta en él. Un libro suyo se puede abrir por cualquier parte, con la certeza de encontrar alguna cosa bella, original ó curiosa: una palabra primorosamente puesta, un decir admirablemente burilado, ó un donoso atrevimiento de dicción, ó un gallardo y personal arranque del estilo. Cualquier pasaje de sus obras tiene, en su mérito y rareza formales, un valor independiente del conjunto y bastante para interesar y deleitar por sí solo; como el capricho ornamental que, aun sin representación alguna de ideas ni de cosas reales, es embeleso de los ojos en los relieves de un friso, en

la cinceladura de una copa ó en la orla de un manto.

Poseyó, entre sus más señaladas excelencias, el dón de describir, y arrancó de las entrañas del idioma cuantos caudales de color, de luz y de plástica energía guardaba él en sus más recónditos y olvidados tesoros, para reencarnar en palabras pintorescas las cosas materiales. En pintar la beldad de la mujer era prolijo y primoroso. Rica galería de este género despliega, multiplicando las variantes y contraponiendo los rasgos y las tintas, en el tratado sobre la *Belleza*, donde su pincel moroso y sensual se detiene, ya en las clásicas Helenas y Frynés, ya en las aéreas Mornas y Galvinas ossiánicas, ya en las lánguidas Zizis, Nardinas y Delises del harén. Otro alarde de esta misma habilidad hizo, en los «Capítulos» agregados á Cervantes, con la pintura de las damas que rivalizan en el baile de doña Engracia de Borja.

Para accesorios de sus animadas figuras, ó bien por simple ostentación de su poder de describir, tomó de lo esplendente, de lo magnífico, de lo suntuario, temas de descripción, sin más trascendencia ni sentido que el del puro reflejo de la apariencia bella, pero tratados con admirable triunfo de la palabra pictórica. Así, en la aventura del puente de Mantible, en la parodia cervantesca, la enumeración de los tributos que impone de portazgo el tirano Galafre, sirve de pretexto para lucir toda suerte de bizarrías de lenguaje y de color, en la descripción de vasos, colgaduras, alhajas y caballos. De este animal predilecto de pintores sintió Montalvo vivamente la hermosura y el brío: pocas veces las líneas ondulantes, la noble y altiva expresión, la rítmica energía, del generoso bruto, se ha-

brán trocado en palabras como cuando él lo pinta, ya en el torneo del castillo á que hizo asistir á Don Quijote, ya arrebatado por el huracán de las batallas, en la carga de Junín. Y fué incomparable paisajista: tuvo de la naturaleza, no únicamente la visión sensual, sino el íntimo y delicado sentimiento, y se singularizó, en esta parte, por cierto género de tablitas de égloga ó idilio, pero llenas de fragante verdad: floridas márgenes, rincones nemorosos, jardines como los de Academo, que describió en el *Banquete de Platón*, y grutas como la de los coloquios de Numa con la Ninfa, que pintó de modo que parece exhalarse realmente del ilusorio círculo de imágenes la bocanada de frescor y de aroma.

Este pincel de cuadros edénicos es el mismo que dominaba, si era oportuno, la rudeza y humildad del pormenor realista, ya deleitándose, con la morosidad de las pinturas flamencas, en la abundancia del comedor y del mercado; ya bosquejando, como en un apunte para nuevas geórgicas, la escena del ordeño en la dehesa. Y es el mismo también en cuyos trazos ardía el fuego del pintor de batallas: nunca en nuestra lengua hubo prosa tan henchida del soplo de la guerra, tan vibrante con el són de clarines y tambores, tan colorida por el flamear de las banderas y el relucir de las armas, como la de aquellos bélicos cuadros de *Los Héroes de la Emancipación*. Allí el aliento de la lírica heroica se infunde, sin perder su eficacia, en la amplitud del ritmo prosaico, y exalta hasta los más pujantes vuelos de la estrofa rasgos como los que reproducen la actividad de Bolívar en el mando, el ímpetu de Boves en el acometimiento y la grandeza de Ricaurte en el sacrificio.

De la misma raíz de producción artificiosa y re-

flexiva, que da la escogida flor de sus bellezas, vienen los peculiares defectos de esa prosa, no difíciles de percibir. En ocasiones aparece la retórica aliñada y compuesta como en producción de certamen, con los recursos *clásicos* y el órden convencional que ajusta frases, giros y figuras, cual escuadrón dispuesto por sus hileras. Otras veces, es la persecución desconcertada del efecto violento, en la parte sentimental ó en el color: el énfasis declamatorio, la barroca mezcla de tintas, el esfuerzo patético que produce aquel «són de cuerdas tirantes», de que hablaba Taine á propósito de ciertas páginas de Dickens. Véanse, para ejemplo de estas deformaciones del sentimiento y la expresión, las cartas de los dos naturalistas reñidos por el descubrimiento del Aimatocare, que se incluyen en el tratado *De la Nobleza*, ó la imprecación al cadáver de Girardot, en el de *Los Héroes de la Emancipación hispanoamericana*. Y sin embargo, no pocas veces alcanzó Montalvo, no ya el gusto de la riqueza, que ése le tuvo á cada paso, sino aún la escogida y sobria sencillez y la naturalidad diamantina: aquellas que podrían ser loadas en los términos con que él dijo maravillosamente, por boca de su reencarnado Don Quijote, la alabanza del agua, «inocencia de la naturaleza».

En los buenos y en los malos momentos, su prosa es personalísima. Lo es á pesar de que leyó inmensamente y escribió con infinitas reminiscencias. Por esta apropiación de las lecturas en el torrente de la concepción personal, su modo de componer no se diferencia del de los prosistas y poetas del Renacimiento, en quienes, frente al inagotable botín de la riqueza de los clásicos, el descubrimiento era in-

vención, por la energía de entusiasmo y maravilla que entrañaba, y la memoria, facultad creadora, transfigurándose al confundirse y fluir, en abrazo indisoluble, con la obra espontánea de la fantasía. Entre las junturas de tanta pieza de mosaico como comprende esa extensa labor de polígrafo, corre, enlazándolo y vivificándolo todo, una energía asimiladora y libérrima, que basta para sacar á plena luz el ser individual del escritor y para estampar, con rasgos indelebles, su sentimiento de la vida y de las cosas. Ésta es la magia del estilo; ésta es la eficacia de la expresión verdaderamente propia. Pocos escritores hay que, analizados en la abstracta entidad de sus ideas, rindan al análisis tan escaso residuo personal, y pocos hay también que, tomados en conjunto y en vivo, tengan un sello de personalidad tan claro y resistente. Leído una vez, en una sola página, Montalvo, ya no se despinta su carácter de escritor, y basta que diez líneas suyas pasen de nuevo bajo nuestros ojos para obligarnos á decir: «Éste es Montalvo».

Si la grandeza y personalidad del escritor se levantan así sobre toda salvedad, hay más lugar á reservas y distingos cuando se le juzga en la condición de pensador. ¿Fué pensador Montalvo? Para llenar cabalmente el concepto faltóle, sin duda, no sólo la superior serenidad que pone su atalaya por encima del tumulto y clamor de las pasiones, sino también la condición, más esencial, de interesarse en las ideas por sí mismas, y no principalmente como tema oratorio ó como arena de una justa: faltóle aquel pertinaz afán con que se entra por las reconditeces de una idea, hasta iluminar lo más entrañado y secreto; con que se la apura y exprime hasta verla

soltar su más espesa substancia. Pero no sería lícito concluir de aquí que toda la obra de Montalvo sea la maravilla plástica y formal de su prosa. ¿Qué hay, entonces, en Montalvo, además del incomparable prosista? Hay el esgrimidor de ideas: hay aquella suerte de pensador fragmentario y militante, á que aplicamos el nombre de *luchador*. Y encarado bajo esta faz, el valor ideológico de su obra iguala, ó se aproxima, al que ella tiene en la relación de puro arte.

No se representa bien á Montalvo quien no le imagine en la actitud de pelear, y siempre por causa generosa y flaca. Alma quijotesca, si las hubo; alma traspasada por la devoradora vocación de enderezar entuertos, desfacer agravios y limpiar e mundo de malandrines y follones. Tocando á esta condición, ponemos la mano en el fondo del carácter; en el rasgo maestro y significativo, que, concertándose con aquel otro, no menos esencial, de la pasión del decir hermoso y pulcro, diseñan, como el perfil de una medalla, el relieve de la personalidad. Jactábase él mismo, alguna vez, del poder, con que había sido dotado, «de castigar, ya que no de corregir, á los perversos». Túvolo, en verdad; y fué su numen de los que, de tiempo en tiempo, envía á la tierra la Némesis de las medidas inviolables, para ejercer, en la conciencia de los hombres, la jurisdicción de la vindicta. No eran el blanco de su preferencia las culpas contra que basta sonreir; ni el procedimiento de su gusto, la intención que se emboza en los pliegues del acento irónico. Descubierto el jayán, pillado el belitre, arremetía de frente y buscando el centro del pecho, y no había caso en que menos fallara aquella portentosa ciencia del idioma

que tratándose de encontrar el vocablo que exprimiera, con más neta precisión, el grado de la infamia ó la especie de la villanía. Aun cuando diserta de arte, de ciencia ó de literatura; aun cuando más absorto parece en la labor de ataujía de su estilo, suele suceder que la asociación de las ideas le trae de pronto la ocasión de señalar á un bellaco ó de sacar á la vergüenza alguna injusticia clamorosa; y entonces, de entre los medidos escarceos de aquella prosa gallarda, brota, sin hurtarle el primor, el golpe instantáneo é infalible, como del cincelado puñal de Benvenuto el relámpago portador de la muerte... Mal hice si lo comparé con el artífice-*bravo*; fuera menester buscar el nombre del artífice-paladín; pero quede la comparación hasta donde signifique el parecido consorcio de una acometividad de primitivo con el más puro y religioso instinto de arte. Y como la difusión y perennidad de lo que el arte unge con su luz aseguran la difusión y perennidad del castigo para el malvado á quien, de otra suerte, escudaría la pequeñez de su escenario en el mundo, pero á quien se condena á inmortal crucifixión en la cruz de la palabra bella, Montalvo, el artista y el honrado, levanta en los puntos de la pluma á su vecino el traficante, el cortesano ó el difamador, y con su propio nombre, le fuerza á que desempeñe su papel, ó á que se le recuerde por analogía, en la obra de entretenimiento que está trabajando para que dure. Así, en los capítulos de la parodia cervantesca, Don Quijote tropieza cierta ocasión con un ahorcado, y este ahorcado es Ignacio Veintemilla. Así, en el episodio de «Eutropio», del ensayo sobre *El Genio*, y en el *Banquete de Xenofonte*, y en muchas partes más, otros nombres reales compa-

recen, ya en la integridad de sus letras, ya muy tenuemente velados, y todos con puntual y terrible oportunidad. Éste es fuero de artistas vengadores, que instituyó el más grande de ellos, señalando el lugar de sus contemporáneos en los círculos del eterno dolor, y que usó también Miguel Ángel cuando puso á los réprobos del *Juicio final* el semblante de sus enemigos.

Y sin embargo, como es frecuente que suceda en estas conciencias procelosas, había en lo hondo de la de Montalvo veneros inexhaustos de simpatía, de benevolencia y de piedad; entre las asperezas de aquella alma desgarrada por pasiones volcánicas, arroyos de leche y miel, vallecicos de beato sosiego, que prestan sombra y frescura á no pocos pasajes de su obra, donde, en cerco de amargor y energía, las mansedumbres parecen cobrar más suave encanto, como el panal que creció en la boca del león. Y en estos remansos de la obra, suelen reflejar sus imágenes cándidas, sueños de pureza y amor, bendiciones como de plegaria, delicadezas y ternuras de su sensibilidad moral, que dejan comprender con cuánta verdad dijo de sí propio: «Un tigre para los perversos, para los buenos siempre he abrigado corazón de madre». En ocasiones, la misma imprecación fulminadora brota de sus labios penetrada de una como ternura sacerdotal, de uno como amor querelloso, que, ablandándola el són, la hacen más excelsa y solemne. «¡Gabriel!—clamaba una vez, en lo más recio de su guerra con García Moreno:—¡Gabriel! nombre de ángel, nombre que el Señor pronuncia cuando quiere llamar á su preferido...»

Sazón de sus cóleras como de sus apaciguamientos

fueron también las sales de la comicidad. Tuvo el dón de reir, y le tuvo de cepa puramente española, como todas las partes de su ingenio, y diversificado en la más rica gama: desde la risa vengadora y mortal, hasta la de inocente regocijo; y desde la sonrisa que punza, y la que compone con una lágrima el agridulce de la melancolía, hasta aquella otra, más vaga y persistente, que significa sólo salud de alma y vigilante apercibimiento del gusto. Porque, además del reir accidental y concreto, su obra entera está acordada á un tono de donaire, de desenfado y jovialidad, que es como un contínuo sonreir, á través del cual se filtra la expresión y sale ungida de gracia. Páginas de donde falte ese espíritu, cediendo el paso á una austera gravedad, pocas tiene Montalvo. Cierta vena de gracejo y malicia es elemento que se nos figura indispensable, hasta con relación á los procedimientos y el arte de su estilo. Aquella prosa tan raramente trabajada, tan compuesta y artificiosa, tan pregonera de singularidades y arcaísmos, escollaría, á menudo, en apariencia afectada y pedantesca, si no llevara dentro de sí propia el correctivo, con este mordicante de la gracia, que disipa el sabor de fatuidad retórica, y por el que parece que los mismos amaneramientos y violencias del estilo están puestos allí con *mica salis*, como en la alegre petulancia de un juego.

Otro carácter esencial de su literatura, porque lo fué también de su persona y de su vida, es el tono de nobleza y superioridad. Ese perenne agitador contra autoridades falsas y pequeñas, tuvo el profundo sentimiento de las verdaderas y grandes. Liberal, hasta donde alcanza lo noble del sentido; demagogo ni plebeyo, nunca. En calidad de ideas, como

en temple de ánimo, como en gustos de estilo, caballero de punta en blanco. Amó la libertad con el amor del corazón orientado á la justicia y de la inteligencia prendada de un orden; jamás con la pasión lívida y astrosa del que padece hambre de lo que concedieron á los otros la naturaleza ó la fortuna. En infinitas partes de su obra se siente vibrar hacia abajo el menosprecio por las que él graduaba, en medida de dignidad y gentileza, de «almas de marca menor». Repugnábale particularmente la ruindad del libelista, del pícaro de pluma, del villano borroncador que unta en babas de la plebe estos generosos moldes en que consagraron el bautismo de nuestra cultura los Stéfanos, Manucios y Elzevirios. Una vez escribió: «La imprenta, esa matrona romana...». Y su natural aristocrático se manifiesta con un sello muy español, muy proveniente de las raíces de la sangre. Cierto entono hidalguesco, cierto ritmo y alarde de castiza altivez, parecen dibujar, en derredor de su persona, la rozagante anchura de la capa. La inmortalidad no ha podado el *Don* á su nombre, porque es complementario y característico de él. Don Juan Montalvo ha de decirse siempre, y nunca Juan Montalvo. El *Don*, antepuesto á modernos nombres famosos suena ordinariamente á señal de desestima; y así, ¿quién, sin intención de rebajar, diría don Domingo Sarmiento ó don Gustavo Bécquer?....; pero él recobra, en labios de la fama, su condición original de título de dignidad, cuando, por cierto temple señoril de la persona ilustre ó ciertas peculiares condiciones de su espíritu, cae el *Don* sobre el nombre con la oportunidad de un rasgo de carácter. Nadie lo suprimiría, sin mal tino, al nombrar á ese otro

don Juan de noble alcurnia, que se llamó don Juan Valera. Nuestro don Juan ecuatoriano, mucho más recia y andantescamente caballero que aquel sofista delicioso, en la parte grave de la vida, fué, tanto como él, hombre entendedor del vivir bello y regalado, artista en la sensualidad, según lo acreditan desde sus pinturas de mujeres, trazadas con delectación morosa, en cuadros de salacidad á lo Boucher, hasta aquellas descripciones de manjares y primores de la mesa rica, donde puso la pericial prolijidad de un magnate razonador del paladar goloso, como don Enrique de Villena.

Si, juzgado dentro del ambiente social contra que reaccionó, fué Montalvo un radical y un rebelde, nos lo parece mucho menos cuando le consideramos en relación al modo de pensar que, en su propio tiempo, prevalecía allí donde llegaban sin obstáculo las corrientes del mundo. Su propaganda liberal, más que á difundir ideas que labrasen en las creencias y los sentimientos religiosos, se dirigió á fulminar la realidad viva y concreta de la intolerancia erigida en fuerza política. No fué Montalvo, en el sentido en que lo fué Bilbao, un revolucionario de las ideas, venido á remover en sus mismos fundamentos la conciencia de una generación, franqueando el paso á filosofías de abierta independencia. Montalvo, más que en la doctrina, más que en el dogma, que nunca combatió de frente, se encarnizó en el hecho de la degeneración de la piedad, como sustentáculo de tiranía y como máscara social de vicios y de bajas pasiones; y no sólo dejó á salvo, en su tradicional integridad, la fe religiosa, sino que, en mucha parte, desenvolvió su propaganda en són de vindicta y desagravio por la pureza de esa fe.

Porque, con cierta vaguedad y libre arranque que le tuvieron siempre fuera de confesión determinada, era creyente y cristiano; nunca ultrapasó los límites de aquel inocente liberalismo que se compadecía, en nuestros padres, con la propia calificación de *católico*, y sentía con intenso fervor la religiosidad y la moral evangélicas, que más de una vez fijó su pluma en rasgos de indeleble unción. Su concepto del clérigo ideal le inspiró el episodio de *El cura de Santa Engracia*, que recuerda á Monseñor Bienvenido, ó al Fra-Cristóforo de Manzoni. Nada tan penetrado del sentimiento de la autoridad sacerdotal, como la comparación, desenvuelta en alguno de los *Siete Tratados*, de la palabra del ministro de Dios con el agua que satisface las ansias del sediento. Ese Anticristo, escándalo de sacristanes y beatas, era en realidad un alma profundamente religiosa.

La literatura de Montalvo tiene asentada su perennidad, no solamente en la divina virtud del estilo, sino también en el valor de nobleza y hermosura de la expresión personal que lleva en sí. Pocos escritores tan apropiados como él para hacer sentir la condición reparadora y tonificante de las buenas letras. Su amenidad, su deleitoso halago, están impregnados de una virtud más honda, que viene del innato poder de simpatía y del ritmo enérgico y airoso de la vida moral. En horas de abatimiento y displicencia, su lectura levanta y corrobora el ánimo; y para quienes le conocen de cerca y han llegado á ser íntimos con él, cualquiera página suya trae, aún independientemente del sentido, una expresión de sonrisa y de consuelo, como el són de esas dulces voces familiares que llevan su propiedad balsámica en el timbre, más que en la palabra. Hay autores

que á sus prestigios y excelencias de orden literario, reunen un no aprendido dón magistral con que instituir la disciplina de la sensibilidad y de la mente y formar el concepto de la vida. Montalvo es de éstos. La abundancia de ideas morales, pintorescas y cálidas; el generoso entusiasmo, la fortaleza y alegría de alma, el temple varonil, le hacen particularmente apto como mentor y amigo en los días de la juventud, cuando el hervor de esas primeras lecturas, que, si son nobles y viriles, infunden en el alma, para el resto de la vida, el dejo inextinguible de un bautismo de fuego ó de una iniciación religiosa. Es de aquellos á quienes puede decirse: «Ármame caballero». Tuvo, entre los rasgos que más definen su carácter, la admiración franca y ferviente: el alma abierta á la comprensión plena, entrañable, de todo lo bueno, de todo lo grande, de todo lo hermoso: en la naturaleza y en el arte; en las cosas del pensamiento como en las de la acción; en el alma de los hombres como en el genio é historia de las sociedades. Era un radical optimista por la constancia de su fe en aquellas nociones superiores que mantienen fija la mirada en una esfera ideal: bien, verdad, justicia, belleza; aunque, frente al espectáculo de la realidad, le tentara, á menudo, aquel posimismo transitorio que es como el lamento de esa misma fe, desgarrada por el áspero contacto del mundo. «Un perverso para cada diez hombres, mucho honor para el género humano». Su potestad satírica, su profética fuerza de maldecir y fulminar, no eran sino como el aspecto negativo de esa virtud de admiración y de amor que fluía, en hirvientes olas, de su alma. Con igual apasionado impulso ensalza á Napoleón el grande y deprime á Napoleón el chico. El sentimiento de la

naturaleza era en él tierno y respetuoso. Idea inspirada, y de genuino cuño quijotesco, es la que, en los «Capítulos» agregados á Cervantes, le lleva á hacer intervenir la activa piedad del caballero en defensa de los árboles heridos por el hacha del leñador. Al comentario y juicio de las obras del arte llegaba con esa á modo de inspiración refleja; con esa lúcida y enamorada simpatía, que participa del estremecimiento y la virtualidad de la creación. Así acertó á reproducir el alma de los colores y las notas hablando de la *Transfiguración* de Rafael, de *La Flauta Encantada* de Mozart, de la sinfonía de *El Océano* de Rubinstein. Así glorificó, en admirables loas, á Byron, á Castelar, á Víctor Hugo. Puso en esta crítica lírica la exaltación del verbo pindárico, y expresó elocuentemente su manera de entender el juicio y el sentimiento de lo bello, con aquel amplio y generoso concepto de la crítica que, en una página de su parodia del *Quijote*, puso en labios de don Prudencio Santiváñez, en discusión con el marqués de Huagra-Luigsa.

Como realización de belleza, como obra de estilo, que es el aspecto principal en ella, la literatura de Montalvo ofrece, en su conjunto, un carácter difícil de comparar y definir. Los símiles comunes, que parten de la simplicidad de una idea de fuerza ó de gracia, son por igual insuficientes para sugerir aquel carácter. No es la espontaneidad desordenada é indómita de la selva virgen; la abrupta irregularidad de la montaña enorme. No es la prosa de Sarmiento, sin proporción ni vigilancia de sí misma. Pero no es tampoco el jardín de Italia ó de Grecia, la indeficiente sobriedad, el constante imperio de lo gracioso y de lo suave, el simple marco de plátanos y

olivos del diálogo platónico. Para buscar á tan personal estilo imagen propia sería necesario figurarse una selva del trópico ordenada y semidomada por brazo de algún Hércules desbrozador de bosques primitivos; una selva donde no sé qué jardinería sobrehumana redujese á ritmo lineal y á estupendo concierto la abundancia viciosa y el ímpetu bravío; ó bien una montaña recortada en formas regulares, una montaña como aquélla que, en tiempos de Alejandro, Dinócrates soñó esculpida para monumento del conquistador. —¡El Cotopaxi!... ¿Porqué recuerdo ahora al Cotopaxi?... — ¿No está él allí, junto á la linea equinoccial, cerca de donde Montalvo vino al mundo, y no ofrece en sí mismo la representación de lo que quiero decir? El Cotopaxi es un primor colosal, un alarde arquitectónico de la montaña. Sobre sumiso acompañamiento de cumbres, levanta al éter la maravilla de su forma un inmenso cono truncado, de tal perfección como si fuese obra de compás; y revistiéndolo perennemente de diamante, inmaculada nieve dibuja, en el azul intenso del cielo ecuatorial, la pureza de aquellas líneas sublimes. Acaso la singularidad de esta imagen excitó en el contemplativo espíritu del niño un primer sentimiento de la norma de belleza, á un tiempo regular y atrevida, que el hombre había de fijar al arte de su estilo: pocas veces, como en esa montaña y esta prosa, se ajustó á tan precisos números lo grande.

VII

La encantada labor literaria con que endulzaba el tedio de la proscripción en su pobre refugio de

aldea, no era engañoso sueño que apartase del pensamiento de Montalvo la sombra de la tiranía. Cuantas veces tuvo ocasión, desde aquella misma soledad ó en sus breves salidas á centros más poblados, hizo resonar la palabra que le evocase, erguido é implacable, en la memoria del tirano; alentador y tutelar, en la de su pueblo. Él continuaba personificando las protestas, él las esperanzas, de la libertad.

En la ciudad del Istmo dió á la imprenta, en Octubre de 1874, el opúsculo *La Dictadura perpetua*, donde replica al periódico *Star and Herald*, que abogaba por la reelección de García Moreno. Allí se reabre, con impaciente y nerviosa brevedad, el proceso de la tiranía; allí se sostiene que conspirar es deber, contra el déspota que «dividió al pueblo ecuatoriano en tres partes iguales, y la una la dedicó á la muerte, la otra al destierro, la última á la servidumbre». Rasgos de éstos quedan como en acero, entre las marchiteces de la entonación declamatoria. «El soldado sobre el civil, el fraile sobre el soldado, el verdugo sobre el fraile, el tirano sobre el verdugo, el demonio sobre el tirano!»

Esta elocuente invectiva resonaba en momentos en que había de tener tremenda eficacia. Aproximábase la hora del término legal del gobierno y de la reelección indisputable. El largo silencio, la reforzada paz, concentraban en la cavilación de los indómitos la energía estrechada con el cansancio y la adaptación del mayor número. La juventud que abría los ojos en los claustros universitarios era nueva y virgen conciencia donde imprimía sus imágenes el espectáculo de la opresión. Todo concurría á pre-

sagiar el arrebato extremo y febril. Sin carteles en los pilares, la sugestión anónima tentaba el ánimo de Bruto. En la tarde del 16 de Agosto de 1875, cuatro conjurados, entre ellos un estudiante de la Universidad, aguardaban, dentro del propio palacio de gobierno, el paso del déspota. Cayó atravesado de bala y de puñal, tiñendo con sangre de sus venas las hojas del mensaje en que venía de escribir la ratificación de su programa.

Crimen heroicamente inspirado pero inútil, como casi todos los de esta especie, y más que inútil, funesto. Pronto se había de ver que, después de la terrible violencia, no ganaría la causa de la libertad, y perderían la de la civilización, la del orden, la de la formación de la patria. Montalvo, participando de un extravío que ennoblecen, ya que no legitiman, los extremos del dolor patriótico y de la indignación humana, recibió la noticia en su amargo destierro, y escribió, con mezcla de júbilo y soberbia: «Mía es la gloria; mi pluma lo mató!». Luego, anhelando por avivar con su aliento la vindicada libertad, volvió á la patria, de la que le alejaran siete mortales años de obscuridad y abandono. El voto popular había llevado á la presidencia á Borrero, hombre de prestigios cívicos y que gozaba reputación de liberal. Desde que él subió al gobierno, se aflojaron un tanto los procedimientos y las formas; pero quedaba en pie la Constitución que García Moreno había modelado en su delirante fanatismo: aquella teocrática constitución de 1869, que negaba el derecho de ciudadanía á los que no se declarasen católicos, y lo suspendía á los afiliados á sociedades prohibidas por la Iglesia. Instado por la opinión liberal á provocar la reforma de esa Constitu-

ción, bajo cuyo imperio era legalidad la intolerancia, extranjería el pensar por cuenta propia, Borrero lo resistió obstinadamente, y la reforma constitucional vino así á ser el símbolo de una oposición que pronto rebosó en inquietud revolucionaria. A esta oposición contribuyó Montalvo eficazmente con la propaganda de *El Regenerador*.

No había transcurrido un año de la presidencia de Borrero cuando la revolución liberal cundía desde las costas del Pacífico hasta las faldas del Pichincha. Se pronunció el movimiento en Guayaquil, el 8 de Septiembre de 1876, y tuvo por jefe al general don Ignacio Veintemilla. La personalidad vulgar y siniestra de ese hombre, bien diseñada ya por aquel tiempo,—según se desprende de las propias *Catilinarias* de Montalvo,—podría justificar la inculpación que se hiciese á los liberales, de haber buscado ó aceptado en él un instrumento de regeneración, si no fuesen tan frecuentes en las angustiosas crisis de estos pueblos, y tan humanas al fin, ese género de transacciones que olvidan ó disculpan los antecedentes sombríos de un caudillo, cuando tiene en sus manos la fuerza con que dar impulso á una reacción y levanta por bandera el propósito de consumarla. Triunfante aquella revolución, generosa y justa en sus orígenes, y llegado Veintemilla al poder, no tardó el desengaño para los amigos de la libertad que se habían agrupado en torno suyo y que le vieron desembozar, desde su encumbramiento, una ambición grosera y torpe, ajena á toda mira superior y á todo estímulo ideal. Ese desengaño tronó por boca de Montalvo. De él fué, esta vez como siempre, la más altiva palabra de acusación y de protesta. En 1878 lanzaba desde Ambato su opúsculo *La peor de las revolucio-*

nes, donde fustiga la suspicaz obsesión del gobernante ocupado en fingir, ó magnificar, tenebrosas conjuras, que cohonestasen sus abusos de autoridad y sus alardes de fuerza. No demoraron en llegar á la persona del acusador tales excesos: el primer liberal desterrado por Veintemilla fué Montalvo.

Al gobierno reaccionario y despótico, pero inteligente y sabedor de sus rumbos, que se personificó en García Moreno, sucede así, tras breve interregno, el personalismo sin ideas ni orden, que representa Veintemilla. Esta brutal dominación soldadesca' no tiene un rasgo que la realce, ni siquiera que la diferencie, dentro de las más bajas formas del despotismo militar que ha sido el más frecuente remate de las convulsiones de la demagogia hispanoamericana. Es la vulgar historia del audaz improvisado, á quien la aventura del motín, ú otra complicidad de la fortuna, franquean el camino de una prepotencia personal, más ó menos azarosa y efímera, más ó menos sanguinaria y rapaz, que suele disfrazarse, como en este caso, con la grotesca máscara de un liberalismo histriónico y alborotador. Las proscripciones á lo Sila despejaron el campo para mayores desafueros. El amordazamiento de la prensa; el atropello de la cátedra; el látigo azotando en la prision las espaldas de periodistas y estudiantes; muertes que dejan dudas y sombras de veneno; y para pagar la perpetua orgía de cuartel, las exacciones y el despilfarro de las rentas públicas, mientras se desmorona, en la incuria y el desorden, la obra de organización con que atenuara las culpas de su férreo despotismo el gobernante clerical. Así se definió en breve tiempo ese régimen de barbarie afrentosa, que había de caer cinco años más tarde, vencido por sus

propios excesos más que por las armas de otra revolución, después de haber renunciado á la apariencia de la legalidad proclamando la dictadura, y de haber puesto el colmo á sus rapiñas y violencias con el saqueo de un banco de Guayaquil, á la luz del mediodía, por los soldados del Ejército. Montalvo, refugiado en Panamá, asilo y tribuna tantas veces del liberalismo ecuatoriano, preparaba allí el arco de su palabra vengadora.

Panamá vió nacer las *Catilinarias*. Desde que esta obra salió á luz, hubo, para Veintemilla, América y posteridad que le mirasen. Nunca gavilanes de pluma se hincaron con más despiadada fuerza en las entrañas de una tiranía y en la fama de un tiranuelo. La prolijidad del odio no es capaz de más codicioso rebusco de afrentas; pero el odio que allí hierve es odio santo, que ennoblece y realza el furor del ultraje personal. Abolengo, figura, antecedentes; vicios y tachas de la vida íntima; defectos de la inteligencia y de la educación; crímenes de la vida pública, puntualizados en cuanto á la opresión, en cuanto á la felonía, en cuanto al asesinato, en cuanto al robo: nada de lo del déspota escapa á la terrible inquisición que lleva adelante la pluma; todo él cuelga á lo largo de ese libro, como de una horca, desgarrado y sangriento con los colmillazos de la sátira. Burla, sarcasmo, execración, infunden alternativamente su soplo á una retórica que, por lo demás, no pierde, ni un momento, la dignidad del ritmo oratorio. Quieren las condiciones á que ha debido adaptarse la obra de la inteligencia en los pueblos de América, que algunas de las cosas mejores de la literatura americana tengan originariamente el carácter de panfletos políticos, y que debajo de

estas formas transitorias hayan alentado inspiraciones de pensamiento y de arte, de ésas que en un ambiente de cultura adulta florecen en su forma propia y cabal. Así, el *Facundo* es el panfleto que participa de la índole de la historia pintoresca y de la filosofía de la historia; las *Catilinarias* son el panfleto que vincula su naturaleza con la de la obra de estilo y de clásica literatura. Esa prosa, como el verso de los *Yambos* de Barbier y de los *Castigos* de Víctor Hugo, exprime el zumo mortal en copa cincelada con el primor de un monje orífice; saca de belleza, energía, y cual si anhelase hacer sobrevivir el contagioso ardor de su pasión al tiempo que serena los odios, pide, para el odio suyo, á la magia de la forma, la fianza de la inmortalidad.

VIII

Consumado ese desquite, quiso Montalvo continuar en Europa su destierro. Allí le llevaban no sólo la natural gravitación de su espíritu y la perspectiva de larga expatriación, sino también el propósito de extender y realzar á una sanción definitiva su fama literaria. Con él iba el manuscrito de los *Siete Tratados*, su obra más característica y soberbia, y la que debía, en efecto, producir el acrecentamiento de su nombre. Llegado á Francia, dió á imprimir el libro en Besanzón. Con cuánta solicitud y cuánto anhelo cuidó de él mientras lo imprimían, se vé por el comentario que de los afanes de la impresión hizo en graciosas notas. Publicado el libro en 1882, y llevándolo como de heraldo, se trasladó á Madrid, de donde le sonreía la esperanza del triunfo.

Allí frecuentó por algún tiempo la sociedad li-

teraria, en la que fué su introductor Emilio Castelar. Confirmó admiraciones y simpatías por autores cultivados de lejos; decepcionóle el carácter real de otros, y no faltó ocasión en que su natural altivez de Inca de las letras, nacido en los contornos de la corte de Atahualpa, se encrespase con la acogida displicente de algún ilustre infanzón de la pedantería. En lo verdaderamente alto, halló quienes le hicieran justicia cabal. Leopoldo Alas habló de él con franco homenaje, y don Juan Valera túvole siempre en singular predilección, inclinándose á señalarle el más encumbrado puesto entre cuantos, en verso ó prosa, habían escrito en América hasta entonces. El triunfo inmediato de su libro no fué, con todo, tan extenso ni intenso como hubiera sido justo esperar de aquel soberano esfuerzo aplicado á devolver su integridad y resplandor á los tesoros de la lengua. Para privar en ciertos círculos y merecer ciertas sanciones, dañó, sin duda, á Montalvo la libre condición de sus ideas, que aún solía ser allí *capitis diminutio* para los tribunales de la literatura oficial. En suma, de las impresiones de este viaje pareció quedar en el fondo de su espíritu cierto dejo de acritud y desengaño.

Volvió á París, donde permaneció hasta su muerte. A poco de su vuelta, hubo de recoger el arco vengador de *El Cosmopolita* y las *Catilinarias* para poner en el blanco un dardo de los suyos. Fué el caso que el Arzobispo Ordóñez, de Quito, escribió, con motivo de los *Siete Tratados*, toda una Pastoral, en la que señalaba á la execración de los creyentes al libro y al autor. La censura era, por la forma, impertinente y grosera; y desde luego, el hecho de que obra que hoy nos parece de tan inofensiva ame-

nidad suscitase de la intolerancia tal movimiento de escándalo, basta para dar idea de un estado social. Montalvo sintió el agravio en su altivez, y la indignación en su conciencia de libre pensador y ciudadano; y de entrambos sentimientos tomó impulso la *Mercurial eclesiástica*, ó el *Libro de las verdades*, violentísima réplica, de donde la persona del provocador sale tan duramente tundida como, en general, el clero de su tiempo, y donde hay rasgos magistrales para satirizar la devoción viciosa y simoníaca y la apocada y servil.

No fué ésa la última de sus publicaciones. Volviendo á la idea que le había inspirado *El Cosmopolita*, comenzó á dar, en 1887, *El Espectador*, nuevo ensayo de revista unipersonal, como la de Addison, de que alcanzó á imprimir, hasta poco antes de su muerte, unos seis números, en otros tantos primorosos tomitos (don Juan gustó siempre de la pulcridad y acicalamiento tipográficos), alternando en sus páginas los juicios de literatura, el comentario de actualidades sociales y políticas, las disertaciones sobre costumbres y legislación y las variedades amenas. De Addison pudo tomar para tal obra el nombre y el plan; no, ciertamente, el carácter, que en nuestro impetuoso y brillante americano tiene poquísimo de aquella estrecha rigidez moral y aquel perpetuo comedimiento de corte, del ensayista del primitivo *Espectador*. El estilo es, en estos opúsculos, más abandonado y corriente que en los demás escritos de Montalvo; el valor é interés del fondo, muy desigual, como de obra, al fin, que participa de la naturaleza y condición del periodismo.

Entre sus papeles inéditos se halló, después de su muerte, un opúsculo, ó quizá esbozo de libro de

más aliento: la *Geometría moral*, dada á la estampa en 1902. El motivo que enlaza las varias partes de este capricho es la ingeniosa interpretación de las líneas y figuras geométricas como símbolos de caracteres y pasiones: allí el alma de Napoleón es el cuadrado, el triángulo la de César, el círculo la del Petrarca. Sobre el fondo de estos sutiles alambicamientos, que paran en la más donosa y pintoresca de las filosofías eróticas, pone Montalvo la novela de un seductor irresistible, á quien llama don Juan de Flor: nuevo y exacerbado Tenorio añadido á la incontable posteridad literaria del Burlador de Sevilla, con gran prestigio de imaginación, aunque con menos de carácter real que de prototipo hiperbólico y tremendo. Cítanse, además, del tiempo de su juventud, ensayos dramáticos que no he visto, como tampoco un poema de viajes, á imitación del *Childe-Harold*, que bosquejó cuando sus primeras peregrinaciones por Europa.

En cuanto á su vida de estos últimos años, muy poco más es lo que sé. De la política de su país túvose por definitivamente apartado, y nunca llegó á ver lucir en él el franco albor de libertad y organización por que anhelaba en vano desde la juventud. Un movimiento revolucionario para el que aunaron sus fuerzas liberales y conservadores, había derribado, en 1883, la afrentosa dictadura de Veintemilla. Durante los dos gobiernos que, en vida de Montalvo, la sucedieron, si bien el ejercicio de la autoridad guardó mayor decoro y mejoró el orden de la administración, no llevó trazas de desarraigarse aquella lepra de intolerancia y apocamiento clerical que era allí el mal congénito de la patria. No sé si bajo el gobierno de Caamaño, ó ba-

jo el de Antonio Flores, fué electo Montalvo senador; pero ni aceptó esa investidura, ni le tentó en ninguna otra ocasión el pensamiento de la vuelta. Y no porque la vida del destierro tuviera para él ventajas de bienestar, ni halagos de especie menos alta que los que cabe suponer en la adaptación de su espíritu á un ambiente superior de cultura. Vivía pobre y con escasos amigos. Sólo las gracias invisibles llevaban risa y embeleso á aquella callada habitación de la Rue Cardinet. Aun en el oasis del arte, hubo de sentirse, á menudo, extraño y solo. Su propensión apasionadamente idealista, su gusto clásico y selecto, le apartaban, con todas las fuerzas de su alma, del naturalismo literario, que estaba en su triunfal plenitud. Abominó, como cualquier otra simonía, la de la fama que se aumenta siguiendo la corriente del tiempo. Tampoco recurrió, á pesar de su poca prosperidad, al producir sin alma y por oficio, que jamás conoció en su vida, una de las raras de escritor en que el uso del natural privilegio mantuvo, del primero al último día, su soberana libertad. En cambio, cualquier empeño desinteresado y andantesco halló pronta y voluntaria su pluma, espada nunca enmohecida, como cuando fué la ocasión de salir en desagravio de la mujer americana, que un papel de París trataba torpemente, comentando los matrimonios de aristócratas del Viejo Mundo con ricas herederas de América. Por este mismo tiempo, algún tiranuelo viajante, de esos que las borrascas, ó los turnos, de nuestras democracias, suelen enviar á las playas de Europa en blando ostracismo de despilfarro y vanidad, quiso desplegar hacia él un ademán de Mecenas, que él contuvo apenas esbozado. En la obscuridad de aquel solita-

rio retiro no se encendió una luz que no reverberase en la limpieza de la honra.

Sobrevino así el mes de Enero de 1889. Ese invierno le postró en el lecho, dañado el pulmón con las reliquias de un mal que le aquejara un año antes. Pronunciósela gravedad desde luego; fué menester operarle, y rechazando el anestésico que le proponían, afrontó con estoica impasibilidad el dolor. Estoico también para la certidumbre de su proximo fin, le vió llegar entero en el ánimo, entero en la mente.—«Me siento capaz—decía á sus amigos,—de componer una elegía como nunca la hiciera en los años de mi juventud.»—Cuando lució el postrero día quiso abandonar el lecho; se vistió con pulcritud y aliño, como quien espera á su enamorada ó su señora, y se sentó para morir. Aun tuvo un último deseo, y fué que le rodeasen de flores. —«Un cadáver sin flores,—daba por razón de esta voluntad,—me ha entristecido siempre».— Trajéronle las pocas y lánguidas que la estación ponía al alcance de la mano; y teniéndolas consigo, espiró.

Hermoso sueño de inmortalidad es la inmortalidad de los Campos Elíseos, donde las almas bienaventuradas mantenían, como en una tierra mejor, pero no esencialmente distinta de la realidad del mundo, los rasgos característicos de su personalidad terrena y las formas de su envoltura corpórea. Allí los que dedicaron su vida á las ideas podían seguir consagrándose á tan altos amores; iluminados de nueva y más serena luz; en los bosques de laurel donde Virgilio vió, ceñidos de ínfulas blancas, á los poetas y los sacerdotes. ¿Qué ficción más bella que ésta para complacer á aquel nostálgico anhelo con que pensamos en las grandes almas desaparecidas

cuya intimidad quisiéramos penetrar, más allá de lo que nos dicen de ellas los recuerdos que dejaron y los libros que escribieron?... Interesante cosa sería encontrar, en tan amable eternidad, la sombra de Montalvo. Conversaríamos allí de la maravillosa condición y divina virtud de las palabras; de la música de su són y la arquitectura de sus ordenaciones; del placer de cuando se nos rinden y el dolor de cuando nos huyen, y del dón de evocar y de hechizar que en sí tienen. Conversaríamos también de los heroísmos de la historia, de la vocación de la caballería y del amor de la libertad.

Aquel grande espíritu encarnó, según dicen los que le conocieron, en figura consonante con la realidad de su ser. Yo la represento en mi imaginación por esas noticias: la talla procerosa, relevado el pecho, enhiesto el andar, la color morena, luengo el torno del rostro; la frente amplia y desembarazada, entre la perpetua rebelión del cabello, montón de negros anillos, y el ignipotente mirar de unos ojos adonde confluían los relámpagos del pensamiento y las llamaradas del ánimo. La nariz, recta y valiente, como que daba testimonio de los atributos de la voluntad; y en las comisuras de los labios, desdeñosos y finos, se posaba aquel género de amargor con que persiste en el orgullo hidalgo el dejo de la ingratitud y la bajeza del mundo.

Esta señoril imagen tiene ya, no sé si en Guayaquil ó en Quito, una estátua donde perdura. Cuando, en un cercano porvenir, los pueblos hispanoamericanos pongan en acervo común las glorias de cada uno de ellos, arraigándolas en la conciencia de los otros, la imagen de Montalvo tendrá cuadros y bustos que la multipliquen en bibliotecas y univer-

sidades de América. La posteridad llamada á consagrar los laureles de este primer siglo dirá que, entre los guías y mentores de América, pocos tan grandes como el hijo de Ambato.

1913.

MAGNA PATRIA

Cuando, universalmente, la noción y el sentimiento de la patria se engrandecen y depuran, abandonando entre las heces del tiempo cuanto encerraban de negativo y de estrecho, aquí, en los pueblos hispanoamericanos, bien puede afirmarse que la identificación del concepto de la patria con el de la nación ó el estado, de modo que la tierra que haya de considerarse extraña empiece donde los dominios nacionales acaban, importaría algo aun más pequeño que un fetichismo patriótico: importaría un fetichismo regional ó un fetichismo de provincia. Porque si la comunidad del origen, del idioma, de la tradición, de las costumbres, de las instituciones, de los intereses, de los destinos históricos; y la contigüidad geográfica, y cuanto puede dar fundamento real á la idea de una patria, no bastan para que el lenguaje del corazón borre, entre nuestros pueblos, las convencionales fronteras y dé nombre de «patria» á lo que no lo es en el habla de la política ¿dónde hallar la fuerza de la naturaleza ó la voz de la razón, que sean capaces de prevalecer sobre las artificiosas divisiones humanas?

Patria es, para los hispanoamericanos, la América española. Dentro del sentimiento de la patria cabe el sentimiento de adhesión, no menos natural é in-

destructible, á la provincia, á la región, á la comarca; y provincias, regiones ó comarcas de aquella gran patria nuestra, son las naciones en que ella políticamente se divide. Por mi parte, siempre lo he entendido así, ó mejor, siempre lo he sentido así. La unidad política que consagre y encarne esa unidad moral— el sueño de Bolivar,— es aún un sueño, cuya realidad no verán quizá las generaciones hoy vivas. ¡Qué importa! Italia no era sólo la «expresión geográfica» de Metternich, antes de que la constituyeran en expresión política la espada de Garibaldi y el apostolado de Mazzini. Era la idea, el numen de la patria: era la patria misma, consagrada por todos los óleos de la tradición, del derecho y de la gloria. La Italia una y personal existía: menos corpórea, pero no menos real; menos tangible, pero no menos vibrante é intensa, que cuando tomó color y contornos en el mapa de las naciones.

1905.

SAMUEL BLIXEN

DISCURSO PRONUNCIADO, EN REPRESENTACIÓN DEL «CÍRCULO DE LA PRENSA», AL INHUMARSE LOS RESTOS DE SAMUEL BLIXEN, EL 23 DE MAYO DE 1909.

Señores:

Cumplo, en nombre del «Círculo de la Prensa», el penoso deber de dar la eterna despedida al que fué nuestro vicepresidente, al que fué nuestro compañero, al que fué el amigo personal y carísimo de todos los que le tuvimos á nuestro lado en las tareas iniciales de nuestra institución.

No es éste un duelo de la prensa; es un duelo más alto, es un duelo más hondo: es el duelo de toda una sociedad. Pocas veces la crueldad de la muerte ha elegido una víctima que por más distintos conceptos mereciera ser lamentada. En la ansiedad angustiosa con que hemos seguido el rápido proceso de esa inesperada, de esa brutal agonía, y en el clamor de consternación que ha levantado el anuncio del aciago desenlace, mézclanse notas que manifiestan muy diversos motivos de dolor. Es la prensa de Montevideo, que deplora la pérdida de un periodista insigne; es la literatura nacional, que ve trozada la pluma de un escritor inimitable; es un partido político, que lamenta el vacío que ha dejado en sus filas

uno de sus grandes elementos de porvenir, destinado á ser fuerza preciosa de moderación y de cultura; es la vida de sociedad, que pierde el ornamento de un espíritu favorecido con todas las atracciones y todas las gracias; y por sobre todo eso, es la amistad, señores, es la amistad, que no tiene consuelo, porque ha sido herida en quien merecía su más apasionada adhesión.

No se incurriría esta vez en una vulgaridad, mil veces repetida, si se dijera que la desaparición de Samuel Blixen es de aquellos infortunios cuya intensidad sólo se mide exactamente después que se producen. Habíamos identificado de tal modo con el ambiente que respiramos la presencia de aquel espíritu luminoso, jovial, pródigo siempre de inteligencia y simpatía, que ha de pasar mucho tiempo antes de que nos habituemos á no verle en su encarnación corpórea, á no escuchar el encanto de su palabra; y nuestra sensación será como si hubiese en torno de nosotros menos luz, menos color, menos belleza... Es que la personalidad de Samuel Blixen tenía una significación tan escogida como rara á nuestro alrededor: representaba al hombre de talento que ha logrado salvar la libertad de su espíritu frente á las tentaciones de la pasión política y de la utilidad, y que se consagra, con entusiasmo impenitente, al culto de las imágenes de belleza y de espiritualidad que le cautivaron al ver abrirse ante sus ojos el espectáculo del mundo.

Pudo aspirar, en la vida pública, á todos los éxitos y todos los honores que le aseguraban su talento incomparable y los prestigios y seducciones de su persona. Pero él hizo abnegación de las ambiciones de poder y fortuna: y prefirió pasar por la vida,

fiel á los sueños desinteresados de su juventud, cosechando las flores del camino, como en un alegre paseo, con ese soberano desdén de las ventajas materiales que halagan y esclavizan al vulgo de los hombres, pero que acaso no son capaces de proporcionarles las íntimas venturas con que los sueños de alas impalpables favorecen á estos privilegiados del espíritu.

Para caracterizar su naturaleza moral habría que imaginar una eterna alma de niño, con todo el candor, con toda la alegría, con toda la gracia, con toda la levedad ideal de una infancia respetada por el tiempo. Había esculpida en su fisonomía espiritual una dulce y bondadosa sonrisa. Dotado de todos los refinamientos y todas las exquisiteces de una naturaleza aristocrática, complementada por la educación y por los hábitos de la sociabilidad, tenía, al propio tiempo, la sencillez y la llaneza de un hombre del pueblo, y su dón de simpatía se comunicaba á los pequeños y á los grandes, á los poderosos y á los humildes. Era un espíritu admirablemente organizado para ser dichoso, porque llevaba la condición de la felicidad en sí mismo: en su despreocupación infantil, en su placidez, en su optimismo, en su benevolencia; y por esto es tanto más cruel y tanto más injusta la fatalidad, que interrumpe, en lo mejor del camino, una vida que parecía destinada á coronar la plata de su vejez con las rosas de Anacreonte.

El nombre de Samuel Blixen vivirá en nuestra tierra mientras quede en ella un rastro de interés por la cultura del espíritu y los deleites superiores del arte. Su actividad continua y entusiástica en la propaganda del amor de lo bello, de lo selecto, de lo

desinteresado, bastaría á asegurarle la perennidad del recuerdo, porque esa propaganda tiene, en sociedades como la nuestra, toda la significación de un Evangelio, casi siempre mal comprendido y mal agradecido, pero de una eficacia civilizadora mucho más radical y profunda de lo que imagina la vulgaridad. Su gran pasión literaria fué, como todos sabéis, el teatro, y su nombre será glorificado siempre como el del fundador del teatro nacional. En ambiente más propicio habría desenvuelto ampliamente las admirables facultades de gracia, de delicadeza y espiritualidad, que resplandecen en las obras primorosas que nos ha dejado y que sobrevivirán á todos los cambios de escuelas y de gustos. En nuestro periodismo fué un invalorable elemento de cultura, de interés, de originalidad, que decidía por sí solo, con los fascinadores prestigios de su pluma, el éxito del diario á que se vinculaba. En la crítica de literatura y de arte, la obra de Blixen señala en nuestro país un punto de partida, una iniciación caracterizada por la fineza del criterio, la erudición selecta, la caballeresca impersonalidad y la singular belleza de la forma. La maravillosa facilidad de aquel estilo transparente y ágil, como un manantial intacto, será igualada alguna vez, nunca superada. Era un cultivador de la ironía; y, observación que enaltece tanto el temple moral del hombre como el gusto exquisito del escritor: nunca puso en su ironía, ni aún en el enardecimiento de la polémica, ni aún repeliendo el ataque personal, una sola gota de veneno. La benignidad de su ironía brotaba de la superior cultura de su gusto, pero brotaba también de una fuente más honda: brotaba de la bondad del corazón.

Tenía el supremo dón de la crítica: el dón de admirar. Y admiraba sin restricciones, sin reservas, con la efusión generosa de un entusiasmo siempre pronto á fluir en raudales de elogio, donde la benevolencia infinita no era obstáculo para que se transparentase la delicadeza de su juicio y de su gusto. La virtud de estímulo y animación que ejerció su crítica, en nuestro medio, es inmensa. Si entonar las voluntades indecisas y fortalecer las esperanzas de los que empiezan, en literatura y en arte, es una forma de hacer el bien,—¿y quién puede dudar de que lo sea?—la crítica de Blixen fué una grande obra de bien. A muchos, á muchísimos alentó: no puso estorbos á nadie. En la gratitud personal que yo le debo, interpreto la de mi generación y la de los que han venido después de ella. Todos los que manejamos una pluma, ó un instrumento de arte, todos le debemos un estímulo, todos le debemos una esperanza, todos le debemos una parte de nuestro nombre y de nuestra consagración.

Una sociedad entera le llora, pero hay una parte de la sociedad que singularmente debe llorarle. Para nosotros, escritores y artistas, los que hemos consagrado lo mejor de nuestro espíritu y de nuestra existencia á labrar, en el alma de un pueblo nuevo é instable todavía, un refugio para el pensamiento desinteresado, un refugio para la meditación, un refugio para el arte, la extinción de esta vida es una gran fuerza que nos falta, una gran voz alentadora que muere en el silencio, una gran soledad que nos desconcierta... Pero en las compensaciones ideales de la muerte, que acrisola y baña de perenne luz las realidades queridas que nos arrebata, el recuerdo de Samuel Blixen será perdurable inspiración de

nuestros esfuerzos, estrella propicia en las horas del desaliento y de la decepción.

Duerme en paz, amigo y maestro en el culto de las cosas bellas, delicadas y amables de la vida! Y si de la infinita profundidad misteriosa donde se ha abismado tu espíritu algo puede descender sobre la tierra, sigue irradiando, desde allí, sobre nosotros, tu gran sueño de belleza, tu gran sueño de arte, tu gran sueño de idealidad!

RECÓNDITA ANDALUCÍA

AL MARGEN DE LAS "ELEGÍAS" DE JUAN R. JIMÉNEZ.

Quien en el verbo lírico ame, sobre toda otra cosa, la verdad de la expresión personal, lea el libro de Jiménez. Esta poesía es personalísima del poeta, en la esencia y en la envoltura; es su alma misma, puesta en la más limpia y transparente expresión que alma humana pueda darse en palabras. Infunde el poeta de tal modo su espíritu en los caracteres de la forma, que nuestra lengua, de duro bronce resonante, semeja pasar en sus versos por una entera transfiguración. Nunca se la hizo tan leve, tan vaporosa, tan alada. Leyendo estas *Elegías* se reconocen, con sorpresa y arrobamiento, todos los secretos de espiritualidad musical, de sugestión melódica, que cabe arrancar al genio de una lengua tenida por tan exclusivamente pintoresca y estatuaria.

Y si en la forma es singular, en la manera como el poeta siente la poesía de las cosas, su personalidad aparece aislada, y como nostálgica, en su medio. Jiménez nació y vive en la más meridional Andalucía. Sabiéndolo, alguien me preguntaba después de leer conmigo este libro: «¿Dónde está aquí el sol andaluz?»... Y en efecto, el sol que el poeta canta no es el que ven los demás en Andalucía: es el *suyo*; es

el sol velado, melancólico y mustio que difunde sobre los campos su «pena de enfermo», en una admirable página de las *Elegías*. El cielo que el poeta refleja no es el que inspiró los encendimientos de gloria en las *Concepciones* de Murillo; no es el que inflama de oro y de púrpura el ambiente del *Viaje* incomparable de Gautier: es el cielo gris que ha dejado, para siempre, en el arroyo donde ve el poeta la imagen de su corazón, un fondo de ceniza, según otra página muy bella de este libro. Los jardines por donde el poeta vaga no son los que visten las márgenes del Betis y el Genil con las pompas triunfales de una primavera inmarcesible: son aquellos á cuyos tristes rosales prestó la dulce y pálida paseante de otra de las *Elegías*, la gracia melancólica de sus maneras... — ¿Será esto razón para concluir que no es Jiménez un poeta de Andalucía?—Yo creo que sí lo es, y que lo es de la manera más honda. Leopoldo Alas decía, á propósito de *El Patio andaluz* de Salvador Rueda, que no hay una sola Andalucía, sino varias. Hay seguramente muchas; pero, por mi parte, yo también sé, ó tengo vislumbres, de varias. Hay una que detesto; otra que admiro; otra, muy vagamente sabida, que quiero y me encanta. La que detesto es la de la plaza de toros, y el alarde vulgar, y la alegría estrepitosa, y el gracejo de los chascarrillos. La que admiro es la de los poetas sevillanos, y los pintores fervientes de color, y la naturaleza ebria de luz, y las pasiones violentas é insaciables. La que quiero y me encanta es una que, por muy delicados indicios, sospecho que existe: una muy sentimental, muy suave, muy dulce; como nacida de la fatiga lánguida y melancólica que siguiera á los desbordes de sangre, de sol y de voluptuosidad, de aquella otra

Andalucía, la admirable, la solamente admirable; no la adorable, la divina, la hermética... Y Jiménez es el poeta de esta última Andalucía, soñada más que real, y tiene de ella el alma y la voz.

1910.

Una nueva antología americana

El joven escritor argentino don Manuel Ugarte ha publicado por la casa de Armand Collin, de París, una colección de trozos escogidos, en prosa y verso, de autores de las nuevas generaciones hispano-americanas. La idea que se ha tratado de realizar en ese libro es feliz y oportuna, cualquiera que sea el juicio que haya de merecer su desempeño. Siempre he pensado que, entre cuantos medios de propaganda puedan emplearse para contribuir á formar en la conciencia del público que habla castellano una noción exacta de nuestro pensamiento literario en la actualidad, tan vaga é insuficientemente conocido, aun sin salir del continente, ninguno de más urgencia y eficacia que la publicación de una antología de contemporáneos, breve, bien hecha, y editada en condiciones propias para su vulgarización, donde se reuniera alguna parte de lo mejor y más característico de nuestras letras en los últimos veinte años, sin olvidar las indicaciones históricas y los comentarios críticos pertinentes. No sé que, antes que el señor Ugarte, haya procurado alguien hacer esto. Bien es verdad que es dudoso que se haya realizado análoga tarea, á lo menos en condiciones aceptables, por lo que se refiere á nuestra literatura de otras épocas. Muchas colecciones publicadas hay;

pero en vano se buscará entre ellas la que pueda, sin grandes reservas, mostrarse como adecuada expresión de nuestra poesía ó nuestra prosa. Menos extraña parecerá esta deficiencia si se consideran las dificultades que, bajo engañosas apariencias de facilidad, presentan las obras de ese género, aun tratándose de un conjunto de producción más depurado y ordenado que el nuestro por la asiduidad de la crítica.

Una colección literaria puede obedecer á una norma de selección, ó puede llevar sólo un propósito de manifestación característica respecto de la época, el país ó la lengua, que sean el campo en que se espigue. En el primer caso, el colector ejercita principalmente su gusto; separa el vino de la hez, el oro de la escoria, y reune, con esmero exquisito, aquella poca parte de imperecedera fragancia y virtud que está confundida y dispersa en los libros donde se estampa el sueño de belleza de cada generación humana. En el segundo caso, el colector se propone, ante todo, presentar el resumen significativo, trazar el *mapa literario,* de la cultura de una nación ó de una época. Sin ceñirse á la pura consideración del valer estético de la obra, ve en ella, predominantemente, el *documento*, y procede, en cierto modo, con la indiferencia propia del naturalista que ordena, según un sistema de clasificación, los ejemplares habidos en sus expediciones, ó del historiador que, revisando viejos papeles, escoge y separa para su archivo las piezas más nutridas y reveladoras, con abstracción del juicio que ellas merezcan en la relación literaria ó en la relación moral. Cosas medianas, inferiores, y aun ridículas, tienen así en este género de colecciones su lugar justificado y oportuno,

si representan una iniciativa ó un modelo que hayan ejercido influjo positivo en la orientación de las ideas; si caracterizan eficazmente una decadencia, una aberración del gusto general ó un vuelco de la moda.

En cualquiera de ambos conceptos, la composición de una de estas *pandectas* literarias es empresa noble, que exige para su buen éxito la asistencia de todas las facultades en que estriba la obra del crítico ó la obra del historiador. Porque crítica tácita hace quien, con sujeción á un criterio de belleza, decide lo que debe proponerse preferentemente á la lectura; y síntesis histórica realiza el que, remontándose sobre la desordenada multitud de obras y nombres, presenta el cuadro fiel é intuitivo de las evoluciones del estilo y del gusto en determinado espacio de tiempo. Sólo que lo inaparente de la austera labor que implica la obra del antologista, y lo accesible que es el remedo vulgar de su tarea, aun á los espíritus más iliterarios é incultos, cuando sólo se trata de recortar sin discernimiento y amontonar sin orden, hacen que, en el concepto de la generalidad, la tarea del colector sea tenida por cosa subalterna y casi mecánica, no muy superior al zurcido del gacetillero ni á la faena del pendolista. Pasa con las compilaciones literarias algo análogo á lo que ocurre con las traducciones. Del que compila como del que traduce, si lo hacen bien, puede decirse que emplean la fuerza de su espíritu en realzar y difundir la fama ajena; y esta abnegación oficiosa no alcanza el premio de una mínima participación en el aprecio que la obra merezca, porque el descrédito de actividades que tanto han descendido induce á prejuicio el ánimo del vulgo, incapaz de reparar en que

todo lo que ellas tienen de inmeritorio y de grosero cuando se realizan sin conciencia, tiénenlo de precioso y arduo en sus formas superiores. El lenguaraz de tribu que, entrando de rondón en el campo de la literatura, consuma, en las aras del folletín de diario ó de las «Bibliotecas» populares, la inmolación de Maupassant ó de Flaubert, de Jorge Elliot ó de D'Annunzio, impedirá siempre que el juicio común conceda toda su importancia y dignidad al esfuerzo del espíritu escogido que, siendo capaz de producir por propia cuenta, apura su instinto de escritor y su íntima penetración de dos idiomas en la labor finísima de interpretar y reproducir los matices del pensamiento, de que se compone el *quid ineffábile* de un estilo. Colector y traductor son, en verdad, los frailes del arte: despreciables y funestos zánganos, como el fraile vulgar, cuando por venal oficio aceptan la profanación de un ideal que no sienten; y admirables de escrupulosa y tesonera virtud y mal comprendida abnegación, como el fraile santo, cuando los mueve un sueño de desinteresada perfección.

El señor Ugarte pudo ser el colector de alta religiosidad literaria. Tiene el sincero sentimiento de la literatura; y si no ha sido tal, culpemos de ello á lo improvisado de su obra y á la penuria de materiales con que, según declara, ha luchado.

No es menester una revisión muy prolija de la colección para observar mucho que está de más y no poco que se echa de menos. Empecemos por lo que está de más. Difícil es acertar, desde luego, con el motivo de oportunidad ó conveniencia que puede explicar la inclusión, en una antología americana, de escritores de las Filipinas, como los que, con conocimiento y expresión de su patria, incluye el co-

lector. El hecho de ser originariamente las Filipinas, como nuestras repúblicas, colonias españolas, y de que allí se hable y escriba en castellano, constituiría muy pobre carácter de unidad: ninguna consideración que no sea, con doble fuerza, aplicable á la literatura de la península, que queda fuera del plan del señor Ugarte, puede vincularnos con aquellos escritores, tan extraños á nuestro ambiente espiritual como si escribieran en tagalo, ni con aquel mundo, no menos remoto, ignorado y semilegendario, para el nuestro, que sus vecindades chinescas.

Previene el señor Ugarte que ha dado entrada á algunos nombres que no pertenecen al período contemporáneo, ni por la edad ni por la clasificación literaria, y que lo ha hecho atendiendo á su importancia excepcional y á la influencia que representan en el espíritu de las generaciones posteriores. Pero es dudoso que estos nombres que ha escogido fuera de la juventud respondan á la idea con que se autoriza á incluirlos. Yo no sé qué género de influencia ha podido tener don Pedro Pablo Figueroa, á quien brinda hospitalidad el señor Ugarte, en la formación del estilo, el gusto ó la doctrina de las jóvenes generaciones; pero sé que personalidades como Gutiérrez Nájera, como Díaz Mirón, como Martí, han ejercido positivo y magistral influjo para preparar la evolución de que procede el carácter actual de nuestras letras, y no veo que ninguno de los citados figure en la colección, á título de precursor ó de maestro, junto á la interesante personalidad de don Pedro Pablo Figueroa.

Otras inclusiones inoportunas se refieren á nombres que, hasta el presente, significan muy poco, y aun, que prometen muy poco, ó de los que definiti-

vamente puede asegurarse que nunca significarán lo suficiente para participar en una representación de nuestras letras que responda á algún criterio de elección y no tienda á confundir la riqueza y la amplitud con la muchedumbre de los nombres. Pero aun más que los nombres que sobran, redundan en perjuicio de esta colección los que faltan. Así, difícilmente se disculpa que en la parte relativa á Venezuela no haya habido lugar para Pedro Emilio Coll, el sagaz y delicado crítico, el escritor elegante y nervioso, uno de los más escogidos temperamentos literarios que sea posible hallar de este lado del Océano; ni para César Zumeta, cuyo firme y cincelado estilo se levanta tan alto sobre la prosa llovediza de los devotos de la *fácil* facilidad, como sobre las *bámbulas* verbales de los coloristas al uso. Tampoco admite justificación que, entre los escritores de Colombia, no figure el nombre de Baldomero Sanín Cano, tan hondo en el pensar, tan magistral en el decir, espíritu de estudio y de arte á quien la crítica americana es deudora de algunas de sus páginas más serias. Clemente Palma, olvidado también, era justo que llevase el pabellón del Perú, cuando no por *droit de naissance*, por el derecho de conquista acreditado en sus últimos primorosos cuentos; y Francisco García Calderón, que empieza por donde otros honrosamente concluyen, pudo acompañarle con honor para la crítica del continente. El nombre de Juan Agustín García no ha podido omitirse sin privar á la representación de la nueva intelectualidad argentina de muy legítimos lauros. Entre los escritores de mi país, nadie desadvertirá la ausencia de Carlos Reyles, cuyo alto valer se realza, para el caso, con la consideración de ser, en América,

quien ha infundido en la novela espíritu más innovador y más característico de la sensibilidad literaria de las generaciones jóvenes. Bolivia, á la que no se ha concedido representación, pudo tenerla muy honrosa en la personalidad de Ricardo Jaimes Freyre, cuyo talento lírico, refinado é intenso, tiene pocos pares en tierra americana.

Nótase que el colector prescinde, salvo alguna rara excepción, de los autores que han muerto, aunque hayan pertenecido á las últimas generaciones y aunque sea alto su mérito; exclusión evidentemente injustificada, porque la muerte no tiene poder de separar de la actualidad viviente de una época á aquel que sobrevive en espíritu por obras que permanecen dentro del tono de sentimientos y de ideas que gobiernan la producción de esa época y constituyen el carácter que literariamente la distingue. Así, Julián del Casal, José Asunción Silva, José Miró, Juana Borrero, y otros más, pudieron y debieron figurar en las páginas de esta colección de contemporáneos, ya que sus obras no representan un momento literario distinto que las de aquellos á quienes acoge la colección.

Podría observarse todavía que es discutible que, en la mayor parte de los casos, se haya tomado, en la obra de cada autor, ni lo que más vale, ni lo que más exactamente lo caracteriza. Pero quiero pasar ya á decir algo de la parte crítica del libro. Viene precedido éste de una breve «Advertencia» y de una introducción, en la que se ensaya hacer la síntesis de la evolución de nuestra literatura, desde sus orígenes hasta el presente. Hay, en estos preliminares, atinadas consideraciones y discretos juicios; pero hay también no poco, en mi sentir, de inexacto, de

ligero y de injusto. Me limitaré á lo que más me excita á la contradicción. Afirma el señor Ugarte en su advertencia, y lo confirma y amplía en su resumen histórico, que «la verdadera actividad literaria americana, empieza con las generaciones jóvenes». Cualquiera que sea el sentido que á esa afirmación deba atribuirse, no es posible asentir á ella. Si vale tanto como establecer la superioridad de mérito intrínseco, en pensamiento ó en arte, de la obra de las nuevas generaciones sobre la de aquellas que las precedieron, me parece un rasgo un poco temerario de optimismo ó de amor por las cosas que se tienen cerca. Difícil sería demostrar que, después de Sarmiento, la juventud americana haya dado de sí el super-Sarmiento. No es punto muy seguro que, después de Montalvo y de Martí, tenga la juventud resplandores con que ofuscar los nombres de Montalvo y Martí. Ni está probado que, con posterioridad á Andrade, haya surgido quién señale un nivel claramente superior al vuelo lírico de Andrade. Y si el sentido de la afirmación ha de entenderse de modo que no excluya el insuperado valer de tal cual nombre individual del pasado, sino que se refiera á la actividad literaria como obra colectiva, como conjunto armónico y consciente en que florezca un organismo de cultura, entonces podrá ser justo negar que tan preciosa forma de civilización haya existido en generaciones anteriores; pero afirmarlo respecto de las contemporáneas, importaría extremar una diferencia y un progreso que, aun siendo reales, no habrían pasado de muy modestas proporciones. Lo exacto sería, en tal caso, declarar que la literatura hispanoamericana, como obra social, como organismo autóctono y maduro, ni ha existido antes de ahora ni existe todavía.

Culpa el señor Ugarte de falta de originalidad á nuestra literatura de otros tiempos; y aunque reconoce que la imitación persiste y debe forzosamente persistir como fundamento de nuestra actividad literaria, establece una diferencia, fundada en que la imitación era antes lo que él llama «directa», queriendo significar que se ceñía dócilmente al modelo, mientras que hoy es lo que llama «aplicada», en el sentido de que envuelve interpretación, adaptación y relativa originalidad.

Detengámonos á considerar estos puntos. Es indudable que, dejando aparte superioridades de excepción, el pensamiento hispanoamericano no ha podido ni puede aspirar aún á una autonomía literaria que lo habilite á prescindir de la influencia europea. No siendo la literatura una forma vana, ni un entretenimiento de retóricos, sino un órgano de la vida civilizada, sólo cabe literatura propia donde colectivamente hay cultura propia, carácter social definido, personalidad nacional constituida y enérgica. La dirección, el magisterio del pensamiento europeo es, pues, condición ineludible de nuestra cultura; y pretender rechazarlo por salvar nuestra originalidad sería como si, para aislarnos de la atmósfera que nos envuelve, nos propusiéramos vivir en el vacío de una máquina pneumática. Pero si la independencia y la originalidad literaria americanas no pueden consistir en oponerse á la influencia europea, sí pueden y deben consistir en aplicar á esta influencia el discernimiento, la elección, que clasifique los elementos de ella según su relativa adecuación al ambiente, y rechace lo fundamentalmente inadaptable, y modifique, con arreglo á las condiciones del medio, aquello que deba admitirse y adap

tarse. Así, el joven estudiante no debe, ni puede sin desventaja, prescindir del maestro; pero la enseñanza del maestro no es, para el estudiante capaz de reflexión propia, yugo brutal ni imposición dogmática, sino sugestión que excita la virtualidad del pensamiento que la recibe, y estimula, lejos de ahogarlo, el instinto de originalidad. Concebida de esta manera la posible autonomía del pensamiento americano, fácil es señalar el punto vulnerable de la imitación de lo europeo, tal como se manifiesta en los rumbos que sucesivamente ha seguido nuestra literatura. Se ha imitado sin discernimiento ni elección; ha faltado el sentido crítico que encauzase el impulso recibido de afuera, y la imitación ha sido pasividad sonambúlica, más que simpatía consciente y limitada por el vigilante criterio.

Este carácter, ó mejor, esta ausencia de carácter, se observa, desde luego, en la obra de las generaciones que nos han precedido, y en esto acierta la crítica del señor Ugarte. Tomemos como ejemplo la época del romanticismo. Aquella revolución literaria traía consigo un impulso favorable á la germinación de todo elemento de originalidad y de carácter indígena. Propensión congenial al romanticismo fué suscitar en todas partes una reanimación del espíritu de nacionalidad literaria, substituyendo la abstracta uniformidad del pseudoclasicismo con la expresión de la sociedad, la naturaleza y las tradiciones peculiares de cada pueblo. Pero si esta tendencia del romanticismo repercutió provechosamente en nuestra América, inspirando los primeros esfuerzos consagrados á fundar una literatura que reflejase las peculiaridades de la naturaleza y las costumbres propias, la imitación romántica estuvo le-

jos de limitarse, ni aún de aplicarse preferentemente, á esa tarea oportuna. La imitación se disipó, en gran parte, en otras cosas. Una mitad del romanticismo europeo significaba la reivindicación de las tradiciones históricas y artísticas anteriores al Renacimiento; y á pesar de que estas tradiciones no podían tener, en los pueblos jóvenes de América, sentido que interesase á la conciencia colectiva, el romanticismo tradicional y arqueológico halló aquí imitadores, y sugirió poemas caballerescos, dramas de trovadores y cruzados, leyendas orientales: evocaciones falsas de recuerdos que no correspondían, en suelo americano, ni á una piedra ruinosa ni á un latido del sentimiento popular. Algo semejante cabe decir en lo que se refiere á la otra mitad del espíritu romántico: la subjetiva ó byroniana. Los doloridos apasionamientos, las íntimas contradicciones, las hondas nostalgias ideales de este género de romanticismo, si bien tenían, sin duda, un fondo humano que los hacía capaces de trascender adondequiera que se sintiese y meditase sobre el misterio de las cosas y sobre los problemas de nuestro destino, obedecían, en no pequeña parte, á influencias que, representando en la propia Europa un convencionalismo ó un amaneramiento, debían serlo con doble motivo en sociedades donde el ambiente no daba de sí las razones históricas, del medio y del momento, que concurrían, en las sociedades europeas, á explicar aquella atormentada agitación de los espíritus. Y por lo que respecta al elemento literario formal, la imitación no fué más atinada. El romanticismo, en cuanto quebrantaba los moldes de una preceptiva artificial y vetusta; en cuanto favorecía el libre arranque de la inspiración y ensanchaba los límites

del vocabulario poético, ofrecía, ciertamente, ejemplos y enseñanzas favorables al florecimiento de una literatura americana diferenciada y eficaz; pero este impulso de reacción contra el dogmatismo retórico tenía en América, más que en ninguna otra parte, peligros y desventajas que no supieron conjurarse, porque halagaban muchas de las propensiones más funestas y arraigadas de nuestro espíritu: la propensión á la negligencia, al desaliño, á la falsa espontaneidad, á la abundancia viciosa; el desconocimiento ó menosprecio de la parte consciente y reflexiva del arte; el crédito de la facilidad repentista; el desamor de ese ideal de perfección, único capaz de engendrar la obra que dura.

Pasó el auge universal de aquella escuela, y sobrevino el imperio del naturalismo. En lo que tenía de fundamental y amplio, el naturalismo comprendía elementos que, bien asimilados, no hubieran podido sino favorecer en América la manifestación de un espíritu literario original y vigoroso. La tendencia á ceñirse á la realidad viva y concreta es la vía más segura para llegar á una originalidad de pueblo y de época, como la tendencia á ceñirse á la expresión sincera y simple de lo que se siente es el más seguro camino para alcanzar la originalidad individual. La importancia concedida á la representación del mundo objetivo, el predominio literario de la descripción, favorecía una de las aplicaciones del arte de escribir capaces de brindar en América más ricos veneros de originalidad, como es la pintura y el sentimiento de la naturaleza física. La precisión minuciosa en la reproducción de costumbres y tipos, contribuía á relevar el sello local del poema y la novela. La reivindicación de la poética virtualidad de

la vida contra todo quimérico idealismo, coincidía con la tendencia natural en pueblos jóvenes y testigos de una fecundidad magnífica y potente. La franqueza, y aun la vulgaridad pintoresca, de la expresión, autorizaban á que se diese curso en el lenguaje literario á las peculiaridades del habla regional.

Pero, ni la protesta naturalista se limitaba originariamente á esos elementos para siempre justos y oportunos, ni, tampoco esta vez, la imitación supo proceder en América con libertad y firme criterio. Propendiendo, como sucede en toda imitación servil y fascinada, á violentar las cosas, á recargar las tintas, á ir á lo extremo del original y ceder á la impresión de lo caricaturesco más que de lo característico, nuestros naturalistas tomaron de preferencia en sus modelos lo que, siendo en estos mismos convencional y vicioso, resultaba tanto más falso en América cuanto que se oponía á los caracteres que, por recto *naturalismo*, por directa sugestión de la naturaleza, deben forzosamente prevalecer en toda literatura que brote sin esfuerzo del espíritu de nuestros pueblos. Así, el pesimismo agrio, desesperanzado y hastiado, que, como idea dominante, no tenía natural acomodo en el ambiente de tierras prometidas al porvenir, rebosantes de vida y energía. Así, la predilección por la reproducción artística de lo feo, rasgo de decadencia que carecía de sentido aceptable dentro de una cultura literaria en sus albores. Así, la sensualidad, no espontánea, vigorosa y ferviente, sino artificiosa, alambicada y senil; sensualidad de cálculo antes que de instinto.

Innegable es, pues, el fundamento con que se califica de falso el concepto ó procedimiento de imita-

ción que guió en anteriores épocas á nuestros escritores. Pero ¿la comparación con lo actual manifiesta una diferencia que autorice á dividir en dos partes la historia de nuestra cultura? ¿Cabe afirmar, como afirma el señor Ugarte, que, á partir de la obra de las generaciones jóvenes, la imitación de lo europeo haya dejado de ser remedo inconsulto y sumiso para trocarse en atinada y consciente adaptación? ¿Imitan nuestros «modernistas» con criterio más cercano de la originalidad que nuestros realistas y nuestros románticos?

Mucho me he extendido ya para entrar al examen de la cuestión que planteo; pero no tengo dificultad en dejar consignada la respuesta que sería el resultado del examen; y ella es que, muy á mi pesar, no alcanzo á percibir la diferencia con que el señor Ugarte halaga nuestro amor propio colectivo; que no veo que hoy (salvo excepciones individuales que han existido siempre) se imite con más personalidad y más conciencia de lo oportuno y adaptable, que cuando se imitaba á los profetas del romanticismo y á los maestros del naturalismo.

En conclusión, esta antología de la nueva literatura americana no está á la altura de su objeto ni de lo que era lícito esperar del colector. Pase el señor Ugarte por encima de esta obra improvisada y precaria, y denos, puesto que es capaz de dárnosla, la verdadera antología americana de nuestro tiempo; la obra de síntesis que sirva de guía fiel á quien quiera formar idea de nuestro espíritu, ó la obra de selección donde se congregue lo poco, lo muy poco, que, literariamente, tenemos digno de ser mostrado sin rubor y de asociarse á esperanzas y presagios triunfales, de que esta vez me parece el señor Ugarte demasiado pródigo. 1907.

BIENVENIDA

EN EL PRIMER NÚMERO DEL PERIÓDICO "FRANCE-URUGUAY."

Allí donde palpite un girón del alma de Francia, no puede ser que no surja la palabra vibrante que le dé repercusión sonora. ¿Cuándo fueron silenciosas la Vida, la Fecundidad, la Libertad? ¿Cuándo fué mudo el vuelo de la alondra que anuncia la claridad de la mañana, y que, cuanto más esfuerza las alas, más alto hace sonar la canción? ¿Cuándo el gallo simbólico dejó de pregonar el triunfo de la luz, en su heráldico clarín, que decora el moño de púrpura?

Un girón de aquella grande alma, maternal y gloriosa, vivía, palpitaba, en nosotros. En nuestro pensamiento, en nuestro corazón, en nuestra imagen de lo bello, en nuestra idea de lo justo, en nuestra veneración del pasado, en nuestra figuración delporvenir, palpitaba el alma de Francia; musa, nodriza, conductora inmortal, de las imaginaciones que amanecen, de las energías que ignoran, de los desamparos que buscan... Pero faltaba la palabra que, sensible y persistentemente, anunciase la presencia de esa alma en la nuestra. Faltaba el canto del gallo y la canción de la alondra. Condiciones de estas dos voces matinales son, en el concierto de la naturaleza, la periodicidad y la puntualidad. Y la periodicidad y la puntualidad en la manifestación del pensamiento

escrito, se concretan en la idea del diario ó el periódico. He aquí que ha sonado el canto del gallo; que la alondra ha entonado su canción. Hay ya un periódico para dar eco al alma de Francia... ¿Quién no lo saludará con júbilo, entre las almas amigas de la hora del alba; de la hora fresca y pura de la alegría y el trabajo; de la hora del gallo y de la alondra?... Fiel á su contraseña sagrada, él nos estimulará al esfuerzo fecundo y nos invitará á la sana alegría. Lo esperaremos como se espera á un consejero inteligente y jovial. Cuando lo tomemos en la mano, todavía húmedo del fragante aliento de la imprenta, diremos: «Éste es el olor de la tierra removida. Marchemos también nosotros á la obra.» Como acercamos al oído un caracol marino para percibir el murmullo en que parece perpetuarse el ruido del mar, buscaremos en sus páginas el murmullo, la resonancia, de ese inmenso y lejano mar de París, que infunde en las almas la tentación del argonauta. Sobre nuestra mesa de trabajo será un talismán que nos preservará del desaliento. Y cuando cumpla el primer año, haremos en espíritu una procesión antigua, y lo llevaremos, como una rama floreciente, á ofrecerlo en el altar de las Gracias, para que perdure con los tres atributos del pensamiento que ellas favorecen: la espiritualidad, el entusiasmo y la benevolencia!

1906.

RICARDO GUTIÉRREZ

En ocasión de su muerte.

Siempre he soñado que la mejor recompensa de los poetas,—mejor y más llena para ellos de divinos halagos que las formas ruidosas y deslumbrantes de la gloria,—sería la de que se hallasen dotados de la virtud de percibir y atraer á sí todos los clamores de entusiasmo, todas las lágrimas de melancolía, todos los impulsos de admiración, que sus cantos, peregrinando entre las almas jóvenes y buenas, arrancan bajo los astros de cada noche y bajo el sol de cada día.—¡Qué hermoso arrullo hubiera llenado de consolaciones y armonías los últimos instantes del poeta querido que hoy lloramos, si á su espíritu hubiera sido otorgado ese beneficio, en la hora suprema, y hubieran convergido, en un inmenso acorde, hacia él, todas las vibraciones de las almas heridas por la noble y dignificadora virtud de sus estrofas!

Gritos de trémula emoción que de mi pecho brotaron en algunas de las horas más bellas de mi vida, se hubieran mezclado en el coro de triunfo del poeta. Lo leí de niño, y su poesía, que desde entonces quedó vibrando en lo hondo de mi alma, tiene para mí el secreto encanto de las cosas que evocan recuerdos dulces y queridos. Yo no la podría juzgar como se juzga la de un genial poeta que admiramos pero

á quien no reconocemos como *nuestro*, que no nos habla del pasado, y cuya poesía no hunde sus raíces en las reconditeces de nuestra vida espiritual y la viste y enlaza como la enredadera á la columna. La poesía de Ricardo Gutiérrez tiene una historia en el proceso de mi vida interior. Cada uno de sus cantos es para mí como una de esas melodías que, escuchadas en momentos dichosos ó solemnes, se asocian inevitablemente, después, al despertar del instante escogido en que vibraron. Cuando una estrofa suya hago pasar ante mis ojos siento en el alma un ala mustia y aterida que se estremece. Por eso la desaparición del poeta produce en mí la sensación de un abandono y me parece como la extinción de una luz sobre mi espíritu.

¡Cuán pocos de nuestros poetas de hoy, aun cuando haya de ser grande y duradera la gloria de sus triunfos, alcanzarán esta devoción de los sentimientos! El poeta, hoy, es, ante todo, el artista, es el orfebre, es el cincelador paciente y empeñoso. Detiénese ante sus puertas el viandante para admirar, en aquella fiesta de la luz, los finos contornos del oro cincelado. Pero, cuando se aleja, lleva sólo la impresión de un deslumbramiento, porque no reconoce ya, en el artífice enamorado del ritmo y del color, á aquel sér,—comparable con el pelícano del mito,—que arrancaba de sus entrañas palpitantes la imagen viva de lo que llevaban los demás dentro de sí.

Y ninguno entre nuestros poetas ha personificado esta entera condensación del alma de los suyos, este seguro imperio ejercido sobre el sentimiento de una generación, como el del *Libro de los Cantos* y *La Fibra Salvaje*. Era el poeta de todos, sin dejar de ser, intensa y dominantemente, el poeta de sí mis-

mo. Había brindado la hospitalidad de su corazón á todas las cosas buenas, á todas las cosas bellas. Naturaleza esencialmente lírica la suya, siempre en sus cantos el impulso del vuelo partía de la intimidad. Pero en su intimidad refundía, convirtiéndole en sentimiento propio, en dolor propio, el dolor de todos los que sufren; en fuerza de su vida, el alentar de todos los que esperan, la exaltación de todos los que batallan; en calor de su sangre, el ansia de todos los que padecen hambre de justicia y el entusiasmo de todos los que persiguen sobre la tierra un ideal.

La individualidad, la vida misma del poeta, límpida y fuerte como el mármol, eran, además, un nimbo de luz sobre su obra. ¡Cuántas veces, corriendo, llenos de emoción, el velo que oculta á nuestros ojos la intimidad de la existencia de donde parte la palabra inspirada, sólo nos es dado encontrar el fondo gris de una personalidad moralmente indiferente ó borrosa! En nuestro poeta, personalidad y arte, vida y ensueño, se confunden y forman un solo trazo de luz. Huella por la que puede seguirse el rumbo de su marcha son sus versos. Cantó á la fe en el ideal que regenera, y tuvo fe; cantó á la caridad, y fué piadoso; cantó al heroísmo, y fué soldado. En esta luminosa existencia, la poesía es acción, la acción es poesía. Evocando la imagen del varón bueno y abnegado, es como adquiere sobre nosotros toda su avasalladora virtud el canto del poeta.

Dueño era su numen por igual de las dos grandes manifestaciones del sentimiento lírico: la que se reconcentra en el recogimiento y la meditación, tímida del tumulto humano, y la que alienta en las inspiraciones del alma colectiva y es tribuna de donde arengar y espada con que lidiar en nombre de todos.

Vibraban alternadamente en sus cantos los acentos del hombre íntimo y los del soldado del pensamiento y de la acción. Unas veces, la suave estrofa modelada para el amor y el ruego; la que se ampara bajo aquellas frondas, propicias al misterio, del alma, donde los sentimientos delicados y afectuosos anidan. Otras veces, el verso amplio y fulgurante, el verso de grandes alas, lleno de sol, erguido sobre una cúspide. Nacían de esta audacia épica, el grito de guerra de la Libertad que envía al país del trópico sus legiones; la vigorosa imprecación de *Montevideo;* el diálogo de *El Poeta y el Soldado.* Brotaban de aquella reconcentración melancólica, la carta, húmeda en lágrimas, á *Lucía;* el contemplativo sentir de *La Oración,* y la querella apasionada de la *Magdalena.*

No era el poeta de *Lázaro* un devoto de la plasticidad y melodía de la forma, no era un cincelador paciente y obstinado del verso, ni á él alcanzaron los influjos de la evolución, posterior al romanticismo, de la lírica, que levantó sobre las ruinas de las aras de la emoción y el pensamiento, las consagradas al culto de la perfección exterior. Pero tenía un admirable dón instintivo de armonía, un seguro y natural imperio del ritmo, que le autorizaban para sustituír, en la ejecución, los afanes del procedimiento laborioso con la confianza y la audacia de la libertad. Y el verso brotaba de su mente, alado, ágil, espontáneo, con ímpetu como de lampo de luz que rasga de improviso las sombras; como de vena de agua que salta de la roca herida por el pico; como de anchurosa bandera que se despliega de un golpe y flota en los aires á favor de un viento pujante.

Hase observado que uno de los más constantes modos de manifestación del genio lírico está en el

dón de crear ó modificar algún metro, que es como «la nueva copa en que se exprime el jugo generoso de un ingenio nuevo.» Fué otorgado á Ricardo Gutiérrez este signo escogido de originalidad. Él cinceló su copa para el vino de su vendimia, y creó su estrofa propia, su estrofa admirablemente modelada sobre el tono íntimo de su sentimiento, llena á la vez de fuerza y de gracia, como el cuerpo del púgil, y que quedó consagrada en la lírica argentina, donde Gervasio Méndez la eligió para mensajera de su abandono y su dolor y la ungió nuevamente con la unción de las lágrimas. (1) En ella están sus composiciones que muchos tienen por mejores; las que son, por lo menos, las más sentidas, las más ingenuas, las más íntimas; y ella llegará á la posteridad, perpetuándose en la métrica de la poesía americana, como forma sensible de la inmortalidad de quien la añadió al Cancionero de la lengua.

Ya había empezado la sanción de la posteridad, en cierto modo, para la figura literaria de Ricardo Gutiérrez, y ella se nos presentaba como una noble figura de otros tiempos, á los ojos de los que le admirábamos en mi generación. Años hacía que la lira del poeta estaba muda. ¿Era acaso el hastío, el cierzo helado de la vida? . . . ¿Era, más bien, la amarga

---

(1) Es la del ejemplo siguiente:

Como la estrella errante de los cielos,
que en los espacios infinitos vaga
y, al tocar en la atmósfera del mundo,
cae en él luminosa y abrasada,
así en su atmósfera
tocó mi alma,
y así, encendida en el amor sublime,
como una exhalación cayó á sus plantas.

protesta contra el ambiente ingrato, la desolación ante el irresistible avanzar de la ola turbia y plebeya que clamoreaba los triunfos de nuestro «período cartaginés»?... ¿Quién sabe? El silencio del poeta, que puede ser una forma del desaliento, de la decepción, del desengaño, ¿no puede ser también el signo de su iniciación en una poesía más alta, más gloriosa, más pura? Por encima de la que se traduce en palabras y se comunica al sentimiento de los hombres ¿no podrá él alcanzar una poesía superior, una poesía que sólo irradie y florezca en su mundo íntimo, donde la rodee la nube impenetrable con que quería velar la mística ciudad de sus elegidos cierto poeta moderno? Ella será como la música de los astros, que el sabio oyó pero que nosotros no oímos; será como la imperceptible luz que vibra allí donde la pupila humana no ve sino la obscuridad.

Ahora este silencio durará para siempre, pero el nombre del poeta se engrandecerá en la memoria de las generaciones y su poesía adquirirá vida nueva. Andrade tuvo de los contemporáneos apoteosis más ruidosas, pero en su obra, osada é inmensa, verá acaso más ruinas la posteridad. Para lo que edifica la deslumbrante fantasía hay en el tiempo base menos estable y segura que para lo que labra el sentimiento, siempre uno en esencia. Cuando han perdido su color las pompas de Lucano, aun nos habla el verso de Virgilio del *llanto de las cosas*.

¿Quién me recordará que no es una página de crítica la que he trazado al escribir sobre la muerte de Ricardo Gutiérrez? Si así como el corazón tiene su memoria, y su memoria es la gratitud, también tiene el corazón su juicio, será éste solo el que yo podría ofrecer para juzgar al noble espíritu que acaba

de ascender á la luz. Fué, cuando yo empecé á saber de poesía, uno de mis poetas. Si le hubiera encontrado alguna vez en los caminos del mundo, le habría estrechado la mano y le habría dicho: «Gracias...» Y él me hubiera entendido. Pero desde hoy, que sé que no he de verte ya en la realidad, yo te tendré conmigo ¡oh poeta! para siempre, en aquella consagrada región de la memoria donde se reunen, como en un cielo que va cuajándose de luces, las cosas bellas y los seres benéficos y amados que hicieron menos ingrato para nosotros este peregrinaje de la vida y se abismaron en la decepción y en el misterio.

1897.

«DE LITTERIS»

De F. García Calderón. Lima. 1904.

Abunda, en la nueva generación literaria americana, el colorista instintivo; no es del todo escaso el poeta ó escritor de intensidad sentimental; pero lo son mucho los espíritus de serenidad y pensamiento.

Nuestra cultura ha pasado, sin embargo, de los comienzos en que la simple espontaneidad es natural y graciosa; y hora es ya de que procuremos hacer de nuestro arte (si es que de veras aspiramos á tener alguno) obra seria y consciente. Sean bienvenidos los que, como el autor de este opúsculo, traen á esa obra la promesa de un concurso eficaz, y muestran ya, en el esbozo de su fisonomía literaria, un gesto de meditación que la hace interesante é imprime en ella sello propio.

García Calderón empieza manifestando cualidades del juicio, ó más generalmente, de la personalidad, que suelen ser el premio de largas batallas interiores, el resultado de una penosa disciplina del espíritu. Este escritor nuevo, sin dejar de ser muy juvenil por su hermoso y noble entusiasmo, nos da anticipados sabores de madurez. Suple con su talento firme la obra del tiempo, sin las inferioridades que éste suele traer como reverso de sus dones. Y además de la aptitud cierta, manifiesta lo que es aún menos

frecuente en tierras, como las nuestras, inhospitalarias para las cosas desinteresadas del espíritu: ese hondo arraigo del amor á las letras, por el cual puede afirmarse que el entusiasmo que ha engendrado estas primeras páginas no será pasajera nube de la juventud.

Yo veo en él una de las mejores esperanzas de la crítica americana. Es á la crítica adonde le destinan, claramente, las disposiciones de su espíritu; á la forma ó ejercicio del pensamiento que aun clasificamos con tal nombre, aunque, en rigor, debiéramos buscarle otro más amplio y exacto, porque del modo como la crítica es hoy, muy lejos de limitarse á una descarnada manifestación del juicio, es el más vasto y complejo de los géneros literarios; rico museo de la inteligencia y la sensibilidad, donde, á favor de la amplitud ilimitada de que no disponen los géneros sujetos á una *arquitectura* retórica, se confunden el arte del historiador, la observación del psicólogo, la doctrina del sabio, la imaginación del novelista, el subjetivismo del poeta.

Cultive el joven escritor tan vasto campo, y cultívelo de manera que en él se hermanen la fecundidad y la gracia, enseñqreándose, cada día más, de los instrumentos que para ello son precisos: el criterio, reacio á todo yugo, lo mismo tradicional que nuevo; la tolerancia, no sólo la que es luz intelectual, sino la que es también calor de sentimiento, penetrante fuerza de amor; el interés fácil y vario, siempre pronto á acudir adondequiera que un alma piense, sienta ú obre; la virtud de la expresión, inseparable de los matices del pensamiento, y por lo tanto, auxiliar eficaz de la investigación y el análisis.

Tal será, como crítico, García Calderón; tal es des-

de ahora. Y aunque no sé si parecerá bien que estas palabras mías vayan al comienzo de un libro donde suele decirse de mí más de lo que merezco, no las quito de ahí, porque de la sinceridad de cuanto dejo escrito estoy seguro, y de la aprobación que le dará quien haya de leer las páginas que sigan, casi lo estoy también.

1903.

UNA BANDERA LITERARIA

Á D. F. GARCIA GODOY

Mi distinguido amigo: Su nuevo libro, *Alma Dominicana*, llegó á mí junto con las vagas noticias que tenemos de las turbulencias políticas de que ha sido teatro la patria de Vd. El telégrafo, puesto al servicio de la prensa, suele no ser consecuente en sus informaciones, ni las ajusta siempre al interés que por su tema y procedencia merezcan; de suerte que nada sé de las ulterioridades de la conspiración que costó la vida al Presidente de la República. Pero, como quiera que se hayan resuelto estas violencias, vayan en primer término mis votos por la paz y el buen orden institucional de ese noble pedazo de tierra americana.

Por cierto que tales ecos de discordia, harto semejantes á los que de otras partes de nuestra América nos vienen uno y otro día, sirvieron como de fondo que diese mayor resalte y prestigio de interés á la lectura de las atinadas consideraciones con que prologa Vd. su libro. Despliega Vd. á los vientos todo un programa literario, en el que, como idea fundamental, aparece la idea de nacionalidad, entendida de alta manera, y en el que se difunde su convicción de la necesidad de orientar el movimiento intelectual hispanoamericano en un sentido con-

cordante con los caracteres y oportunidades del desenvolvimiento social y político de estos pueblos, de modo que la obra del escritor concurra, como una fuerza positiva, al gobierno de las ideas y las pasiones. Ninguna aspiración más generosa ni más justa. Yo he participado siempre de ella; yo he pensado siempre que, aunque la soberana independencia del arte y el valor substancial de la creación de belleza son dogmas inmutables de la religión artística, nada se opone á que el artista que, además, es ciudadano, es pensador, es *hombre*, infunda en su arte el espíritu de vida que fluye de las realidades del pensamiento y de la acción, no para que su arte haga de esclavo de otros fines, ni obre como instrumento de ellos, sino para que viva con ellos en autonómica hermandad, y con voluntaria y señoril contribución se asocie á la obra humana de la verdad y del bien. Aun consideradas estas cosas de un punto de vista puramente estético, nadie podrá negar que el arte se privaría de cierta *especie* de belleza si renunciara á las inspiraciones y virtualidades que puede recoger en el campo de la agitación civil y de la controversia de ideas; como se privaría la propaganda ideal ó cívica, de un medio insubstituible para lograr ciertos efectos, si nunca el arte trajese en su auxilio el maravilloso poder y la única eficacia con que llega á lo hondo de los corazones y los enlaza en comunión de simpatía.

Las circunstancias históricas tienen en esto, como en todo, considerable parte. Épocas y pueblos hay en que la función social de la obra artística se impone con mayor imperio y encuentra más adecuado campo en las condiciones de la realidad. Entre esos pueblos y esas épocas incluyo yo á las naciones hispa-

noamericanas del presente tiempo. Su gran tarea es la de formar y desenvolver su personalidad colectiva, el *alma* hispanoamericana, el *genio* propio que imprima sello enérgico y distinto á su sociabilidad y á su cultura. Para esta obra, un arte hondamente interesado en la realidad social, una literatura que acompañe, desde su alta esfera, el movimiento de la vida y de la acción, pueden ser las más eficaces energías.

Expresa Vd., con elocuente vehemencia, la inextinguible virtualidad de un sentimiento nacional arraigado en la tradición y en la conciencia de un pueblo, para resistir á las amenazas de absorción á que dé aparentes facilidades la debilidad material; y en la exaltación constante de ese sentimiento por los medios propios del arte, que evoca á nueva vida el legendario ser del pasado y perpetúa el culto de los héroes, señala Vd., con acierto, un poderosísimo estímulo de aquella salvadora fuerza interior.

Por razones de situación geográfica, en la patria de Vd. adquiere doble oportunidad ese propósito, es más urgente é ineludible la obligación moral de ponerlo en obra; pero el legítimo alcance de él abarca toda la América que habla en la lengua del Descubridor, toda la América nuestra, representada y querida como una magna patria indivisible, en la que es necesario avivar la conciencia de su propia unidad y el entendimiento y el amor de las tradiciones históricas donde esa unidad radica. Todo ello está enérgicamente sentido por Vd.

Y al cumplimiento de tan noble programa lleva Vd. ya consagrados vigorosos esfuerzos con su labor de crítico y propagandista, que tan merecido relieve ha dado á su personalidad, y que complementan,

al mismo fin, trabajos de otro género, como el interesante cuadro histórico que ha tenido Vd. la benevolencia de enviarme y por el que reconozco, una vez más, cuántas son las semejanzas que mantiene entre estos pueblos hispanoamericanos la identidad de su origen, la pertinaz é indomeñable identidad de de su origen, á pesar de la distancia material y la dificultad de relaciones que apartan, por ejemplo, á los de ese Norte tropical de los de esta zona templada del Sur. Los caracteres más típicos se reproducen, sin esencial diferencia, en una y otra parte.

Que encuentre Vd. en el alma de su pueblo justa correspondencia á sus generosos propósitos; y créame siempre su affmo. amigo.

1912.

La Prensa de Montevideo

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL ACTO DE LA INAUGURACIÓN DEL «CÍRCULO DE LA PRENSA» DE MONTEVIDEO, EL 14 DE ABRIL DE 1909.

Señores:

Honrado por los periodistas de Montevideo con la presidencia de la primera Comisión Directiva de su Círculo profesional, comprendo que mi elección necesita ser justificada. No milito en las filas de la prensa, y esto me infunde cierto temor de usurpar un puesto que desempeñaría, con brillo y con honor para todos, cualquiera de los actuales directores de los diarios de Montevideo. Si, á pesar de ello, me he resuelto á aceptar la distinción con que se me favorece, es considerando que ese mismo alejamiento mío de la diaria contienda periodística, puede acaso constituir una ventaja y prestarme una autoridad eventual para el desempeño de una labor en que deberán ser inspiraciones cardinales la ecuanimidad y la independencia.

Por lo demás, no soy un profano en vuestra comunión, y aun pudiera decir que he oficiado en sus altares. Aunque apartado hoy de la prensa diaria, también yo he pasado alguna vez por ella: también yo he sido periodista. No lo diré, ciertamente, con el énfasis con que el Correggio exclamó, según cuentan,

ante el cuadro magistral: *Anch'io sono pittore*: también yo soy pintor! Pero lo diré, no sólo para contribuir á justificar mi presencia en este sitio á que me habéis elevado, sino también con la satisfacción de conciencia de quien afirma haber sabido cumplir con un deber.

Ser escritor y no haber sido, ni aun accidentalmente, periodista, en tierra tal como la nuestra, significaría, más que un título de superioridad ó selección, una patente de egoísmo. Significaría no haber sentido nunca repercutir dentro del alma esa voz imperiosa con que la conciencia popular llama á los que tienen una pluma en la mano, á la defensa de los intereses comunes y de los comunes derechos, en las horas de conmoción ó de zozobra; significaría haber desdeñado el rudo instrumento de trabajo con que se ayuda á la reconstrucción de las paredes y del techo de esa casa de todos que es la organización civil y política, para retener, por pulcritud aristocrática, el cincel estatuario, que sólo es noble manejar mientras las paredes están firmes y el techo no amenaza derrumbe.

Periodistas por vocación ó por transitorio imperio de las circunstancias, han sido casi todos los que, en la historia de nuestra turbulenta democracia, han dejado un nombre que se recuerde por los prestigios de la inteligencia ó del civismo. Nuestros partidos pueden evocar de la tradición de la prensa casi todas sus grandes figuras civiles; y en cualquier manifestación de pensamiento y de labor, en que se busquen las energías superiores de la existencia nacional, se hallará siempre un periodista que las represente y encarne. Periodista fué Juan Carlos Gómez, y periodista don Eduardo Acevedo. Periodista fué

Melchor Pacheco y Obes, después de haber sido héroe y tribuno; y periodista don Bernardo Berro, antes de ser gobernante. Con sangre de periodistas mártires se ha sellado, más de una vez, la protesta y la reivindicación de las libertades públicas: lo mismo cuando Francisco Labandeira deja su cuerpo inanimado al pie de las urnas del comicio, que cuando Teófilo Gil abate su noble frente en el más aciago de los campos de batalla. Un periodista, José Pedro Varela, realiza la obra santa de la reforma de la educación común; y otro periodista, Francisco Bauzá, nos da la primera síntesis de nuestro pasado en la labor severa de la historia. La vasta producción política, económica, histórica, literaria, jurídica, en que se difunde el luminoso espíritu de Carlos María Ramírez, y que será algún día, reunida en libros donde se perpetúe, alto timbre de nuestra cultura, es la obra de un periodista. Cuando queremos representar en formas vivas la entereza del carácter cívico y la inflexible resistencia contra el mal prepotente, los personificamos en Prudencio Vázquez y Vega, cuyo pedestal son las columnas de un diario. Y para terminar, señores, esta rápida evocación de memorias ilustres, puesto que me limito á los que han dejado de existir, permitidme que agregue todavía un nombre caro para muchos de nosotros, y para todos respetable; un nombre que representa aquí el recuerdo más cercano, y tanto más doloroso cuanto que es el recuerdo de una grande esperanza perdida: el nombre, que ya siento asomar á vuestros labios, de Antonio Cabral, ayer no más llegado al gobierno con las coronas de su severa juventud: grande y preclaro en la esperanza; y por virtud de la esperanza, grande y preclaro en el recuerdo!

Las peculiares condiciones de una cultura naciente y apenas diferenciada en funciones de especial aplicación, han hecho que el carácter de nuestra intelectualidad se personifique hasta hoy en el periodista: especie de improvisador enciclopédico, dispuesto, como el teólogo de los tiempos pasados, á enterarse y juzgar de todas las cosas. Nuestros novelistas, nuestros dramaturgos, nuestros líricos, todos, con rarísima excepción, han sido alguna vez periodistas; y si les preguntáis qué recuerdos guardan del periodismo y lo que le deben, puede ser que os digan que la prensa diaria ha quitado algún tiempo ó ha negado algún reposo á la vocación preferente de su espíritu; pero, en cambio, os dirán también que en la práctica del periodismo adquirieron esa disciplina del trabajo, ese hábito de la producción ágil y asidua, y esa gimnasia de claridad y precisión, que desentumecen el estilo y adiestran las energías del entendimiento, como el aire libre y el pleno sol y la desenvuelta actividad de los músculos vigorizan y entonan el cuerpo entumecido en la quietud.

Suele decirse que la labor del periodista es efímera. Esto no es verdad más que á medias. Es efímera la forma, la exterioridad, la envoltura; la página que se escribe un día y que, salvo algún caso singular, ha muerto y se ha disipado al día siguiente; pero la influencia y la sugestión que quedan de esos esfuerzos aparentemente perdidos y olvidados, constituyen una acción persistente y eficaz como ninguna, que convence, que apasiona, que destruye, que reedifica; que forma, en una palabra, la conciencia de los pueblos. Así, es efímera la semilla de la planta; es efímero ese cuerpo leve y enjuto en que está depositada la simiente fecunda; pero, si dura poco, dé-

bese á que la disolución de sus tejidos es condición necesaria para que el germen que contiene muerda la tierra y dé de sí la planta que ha de coronarse luego con la flor delicada y el fruto substancioso. No se expresaría una ilusión de ideólogos, sino una positiva é incontestable realidad, si se dijera que, habiendo de elegirse entre tener un absoluto dominio sobre la propaganda de la prensa difundida y prestigiosa, ó tenerle sobre los instrumentos transitorios de la fuerza material, insensato sería quien optase por este poder falaz y precario, y no por aquella dominación lenta y segura, que, en definitiva, es infaliblemente el triunfo, y el triunfo asentado sobre los más hondos fundamentos.

Nuestra prensa es una viva demostración de ese ascendiente incontrastable. Hay en ella una honrosa y nunca interrumpida tradición de civismo. La libertad amplísima de que hoy goza y que es, entre las libertades públicas, la más connaturalizada con nuestras costumbres y la que representa una conquista más firme é inviolable; esa libertad á que sólo pone límites severos su propia cultura y dignidad, la ha ganado por sus fuerzas, en lid porfiada y heroica de casi un siglo de constante identificación con las palpitaciones del sentimiento popular; sin que por un solo instante faltase en ella una palabra autorizada por el talento y el saber, ni una actitud que mantuviese la integridad del carácter cívico. Escribir la historia de nuestra prensa sería escribir la historia borrascosa, pero noble y viril, de nuestros esfuerzos por alcanzar la definitiva organización de esta democracia. Los gobiernos que han pretendido sofocar en la garganta del pueblo esa voz, han muerto asfixiados apenas se ha hecho el silencio que ape-

tecían. Ya nadie puede soñar en ejercer el gobierno sin contar, no sólo con la libre crítica de la prensa, sino también con su colaboración necesaria, como intérprete y mediadora entre las aspiraciones de los gobernados y la atención de los gobernantes.

Pero la actividad de los periodistas orientales no se ha contenido dentro de la tierra en que nacieron. Ha trascendido más allá, y ha dejado huella en el escenario intelectual y político de los pueblos que les han dado amparo en el destierro ó en la voluntaria expatriación. Aun dura, y durará perpetuamente, en Chile, la memoria de Juan Carlos Gómez, y de sus campañas de *El Mercurio*. En la prensa argentina, savia oriental ha corrido siempre, desde la dirección hasta la crónica: y las generosidades de una afectuosa hospitalidad han sido retribuídas por los nuestros con la participación eficaz en todo concurso de ideas que interesara á la organización y al engrandecimiento del pueblo de Mayo. Y estos vínculos creados en la confraternidad de la imprenta, confirmando y robusteciendo los que proceden de la naturaleza y de la tradición, no son extraños, ciertamente, al hecho de que sea hoy de esa casa de *El Diario* de Buenos Aires, que ha sido casa hospitalaria para ilustres periodistas de Montevideo, de donde parta la palabra noble y digna, justiciera y hermosa, que todos hemos recogido en nuestros corazones como augurio feliz de que no se eclipsará la amistad de dos pueblos que son hermanos en la historia y seguirán siéndolo en lo infinito de su porvenir, sobre el fundamento inconmovible del armónico desenvolvimiento de sus fuerzas y el respeto recíproco de sus derechos.

Bien es verdad que si nuestra prensa ha rebosado

de savia con que contribuir al florecimiento de otras en tierras hospitalarias y amigas, ella debe también energías y luces invalorables al concurso de elementos extraños á nuestra nacionalidad por el origen, aunque vinculados á nuestros destinos por los lazos de la adopción y del afecto. Insignes publicistas argentinos hicieron de nuestra prensa, en tiempos de heroicas luchas por la libertad y la civilización de estos pueblos, una tribuna de resonancia americana; y también eximios escritores brasileños han figurado en ella con honor. Las naciones de Europa que hoy tienen dignísima representación en nuestro periodismo, han asociado todas ellas á la historia de la prensa uruguaya nombres y recuerdos imperecederos. Los ha asociado nuestra madre España; y bastaría rememorar, para comprobarlo honrosamente, la persona de don Jacinto Albístur, dechado de la cultura más perseverante dentro de la más sobria elegancia de forma, y de tan noble distinción en su vida como en sus escritos. Los ha asociado nuestra carísima Italia; y no sería menester invocar otro recuerdo que el de aquel don Luis Destéffanis, el hombre de los libros, maestro de todos nosotros, que llevaba, en la profundidad descolorida de sus ojos sin luz, la mirada interior con que se perciben los más finos matices del discernimiento y del gusto. Los ha asociado la Francia de nuestros apasionados entusiasmos; y en la galería del viejo *Siglo* tiene uno de los puestos preferentes la figura de aquel benemérito trabajador que se llamó don Adolfo Vaillant. Y en cuanto á la colectividad inglesa, ella se vincula á los mismos orígenes de nuestro periodismo con aquella «Estrella del Sur», *The Southern Star*, escrita á la vez en inglés y en castellano, que es el más

antiguo periódico de Montevideo; de manera que bien puede decirse que, meciéndose la cuna de nuestra prensa en las vísperas de la libertad, tuvo por ilustre madrina de oleos á la libre Inglaterra, que desde entonces ha permanecido constantemente vinculada á nuestro desenvolvimiento material y económico, con los estímulos de su capital expansivo y civilizador.

En cuanto á las razones de la obra que hoy iniciamos, con la fundación ó el restablecimiento del «Círculo de la Prensa», apenas parece necesario darlas. La noble y fecunda pasión que lleva el interés de los espíritus contemporáneos á los problemas de la organización del trabajo, ha puesto en claro esta verdad, que no es nueva, pero que desde mucho tiempo parecía olvidada en el mundo: todo gremio, toda colectividad profesional, tiene necesidad de asociarse, de unificarse, de adquirir personalidad corporativa, para pesar en el conjunto de los intereses sociales. El trabajador aislado es el instrumento de fines ajenos; el trabajador asociado es dueño y señor de sus destinos. Y si se congregan en centros sociales los que profesan, en cualquiera relación, las mismas ideas, y los que, viviendo en tierra extraña, proceden de la misma nacionalidad, doble razón hay para que se congreguen en tales centros los que se consagran á una misma labor. Ningún lazo más estrecho puede unir á los hombres que la solidaridad de los intereses profesionales. Los vínculos de partido, de doctrina, de secta, y alguna vez, hasta esos mismos sagrados vínculos de familia y de patria, suelen ser lazos falaces, que disimulan hondas disimilitudes y antipatías; pero el lazo de la profesión es entrañable, porque traduce, no únicamente la co-

munidad del interés material, que es ya fuerte por sí sola, sino también esa comunidad de costumbres, de disposiciones, de afectos, que determina la participación en un mismo género de trabajo, vale decir, en un mismo género de vida. Hay, en la etimología de las palabras, enseñanzas y sugestiones fecundas: «compañero» significa, originariamente, los que comen del mismo pan.

La filosofía de los proverbios, de los que se ha dicho que son «la sabiduría de las naciones», ha consagrado, sin embargo, una moraleja escéptica respecto de la confraternidad en el trabajo.—«¿Cuál es tu enemigo?—pregunta el proverbio.—El de tu oficio».—Hay en ello, sin duda, una relativa verdad de observación, pero verdad superficial y somera, como casi todas las que alcanza la malicia vulgar; porque una consideración más elevada de las cosas enseñará y demostrará que, en esto, como en todo, el egoísmo es contradictorio por esencia: el egoísta es el enemigo de sí mismo, y la fórmula más cumplida del propio interés es la que consiste en armonizarlo con el interés ajeno, acumulando de esta suerte, para la defensa y el provecho de cada uno, la fuerza obtenida de la mancomunidad de los esfuerzos de todos.

Porque lo comprendemos así nos asociamos; para que cada uno de nosotros perciba y sienta de manera más clara y eficaz esa verdad, y para que se grabe en la conciencia de todos que el interés de un periodista ó de un diario es, en definitiva, el interés de todos los periodistas y de todos los diarios; que el interés del editor es, en definitiva, el interés del redactor y del cronista, y que el interés de esos colaboradores solidarios es, en definitiva también, el

interés del lector, el interés del pueblo, necesitado de tener una prensa fuerte, ilustrada é independiente, que no es posible sin condigna protección y remuneración.

Todo lo que interesa á la prensa, interesa esencialmente á la sociedad, y no como puede interesarle una actividad parcial, confundida entre sus actividades múltiples, sino, más bien, como un complemento ó una prolongación de todas ellas: como un *alter ego* de la personalidad social. Así como el genio de Gutenberg, si se restituyera al mundo, había de maravillarse y de desconocer su propio invento cuando se le presentaran como derivados de él esos portentosos organismos mecánicos, en que la imprenta moderna parece infundir el soplo del espíritu, creando monstruos inteligentes, dotados de la fuerza y agilidad de los que imaginó la fábula, así también los que, hace apenas dos siglos, lanzaron tímidamente los primeros *Mercurios* y *Gacetas* que encerraban el germen de lo que había de ser la prensa periódica, se pasmarían de estupor si les fuera dado contemplar la transformación prodigiosa que ha hecho del diario contemporáneo una de las fuerzas que dominan al mundo: una fuerza que rivaliza con los gobiernos, porque los inspira y los orienta, ó los desprestigia y los abate; que compite con el libro, porque difunde, en formas democráticas y accesibles á todos, los resultados de la cultura humana; que sustituye á la tribuna, aventajando al Ágora y el Foro de los antiguos tiempos como centro de deliberación y de acción cívica; que complementa la obra del ferrocarril y del telégrafo en la aproximación y el conocimiento mutuo de los pueblos; que remueve, con la formidable palanca del

anuncio, las energías del comercio y de la industria; que, con los nuevos medios económicos de reproducción gráfica, populariza un reflejo de las creaciones del arte, antes reservadas en el santuario de los museos y de las galerías de los ricos; institución compleja y enorme, que participa de la plaza pública, de la cátedra, del club, del correo y del mercado, y que constituye en sí misma la más exacta imagen, la más característica expresión de la vida moderna, á tal punto que, si la moderna civilización quisiese levantar una bandera que fiel y enteramente la simbolizase, en sus excelencias como en sus defectos, no podría escogerla mejor que enarbolando por bandera las dos hojas desplegadas de un diario, y haciendo del vendedor de diarios el abanderado plebeyo de sus ejércitos en marcha.

La iniciativa que hoy congrega á los periodistas de Montevideo alrededor de un centro común es, además, virtualmente, una grande obra de cultura y concordia, que repercutirá por su natural expansión en más amplios conjuntos sociales; porque contribuirá á que los combatientes por ideas opuestas, ó por contrarias pasiones del momento, se reunan al fin de la jornada, y se conozcan mejor; y conociéndose mejor, comprendan que un adversario no quiere decir un enemigo; con lo que se extinguirán de raíz las asperezas primitivas, las desconfianzas suspicaces, las preocupaciones gratuitas, los últimos resabios de la prensa *montonera* y cerril, para acelerarse la cabal realización de la prensa reflexiva y culta, impersonal y caballeresca; serena, sin mengua de sus entusiasmos ni de sus altiveces; consejera del pueblo, antes que uncida al yugo de sus pasiones, y tan apartada de la demagogia turbulenta como de la obsecuencia servil.

No es éste el momento de exponer ideas más prolijas sobre la acción del «Círculo de la Prensa». Diré sólo que considero que, dentro de los fines de esta asociación de los periodistas de Montevideo, deberá concederse importancia capital á la faz económica de la profesión; deberá tenderse, segura y paulatinamente, con los recursos de la ayuda mutua y de la defensa común, á que la labor del periodista sea de todas veras un trabajo estable y remunerador, abierto sobre una perspectiva de aliento y esperanza; deberá tenderse á que el periodista no vea sólo en la prensa un oficio accidental y precario, por el que cruza tal vez como ave de paso que acicatean las ventiscas de la pobreza y del abandono, y del cual se aparta apenas vislumbra la posibilidad de una aplicación más lucrativa de sus fuerzas; sino que pueda ver, algún día, en la prensa, una verdadera consagración profesional, que le vincule con cariños de madre y le estimule á progresar en los merecimientos para progresar también en las recompensas.

Puesto que la atención de nuestros hombres de estudio empieza á fijarse en esos interesantísimos propósitos de la organización del trabajo, á que da oportunidad el apresurado crecimiento de nuestra riqueza y energía, importa que no olvidemos, entre los trabajadores dignos de solícito interés, al trabajador intelectual, que, en los pueblos de Europa, suele ser también un proletario, con privaciones y dolores más complejos y crueles que los del mismo trabajador en faenas materiales. El escritor es, genéricamente, un obrero; y el periodista es el obrero de todos los días: es el jornalero del pensamiento. En serlo, tiene su más alta dignidad. Cuando todos los títulos aristocráticos fundados en superiorida-

des ficticias y caducas hayan volado en polvo vano, sólo quedará entre los hombres un título de superioridad, ó de igualdad aristocrática, y ese título será el de *obrero*. Ésta es una aristocracia imprescriptible, porque el obrero es, por definición, «el hombre que trabaja», es decir, la única especie de hombre que merece vivir. Quien de algún modo no es obrero debe eliminarse, ó ser eliminado, de la mesa del mundo; debe dejar la luz del sol y el aliento del aire y el jugo de la tierra, para que gocen de ellos los que trabajan y producen: ya los que desenvuelven los dones del vellón, de la espiga ó de la veta; ya los que cuecen, con el fuego tenaz del pensamiento, el pan que nutre y fortifica las almas.

RIO BRANCO

EN OCASIÓN DE SU MUERTE

Aun dura la vibración de su caída, como la del roble secular cuyo desplome se prolonga en largos ecos, que repercuten de valle en valle. Todavía su imagen se destaca sobre las nuevas impresiones de cada día, y es la impresión de su grandeza la que nos abstrae, á cada instante, del ruído de las cosas fugaces que trae y lleva el viento que pasa.

Impresión original y compleja la de la grandeza de ese hombre! Por su acción infaliblemente victoriosa en el ensanche de las fronteras de su pueblo; por su inaudita fortuna de ganador de tierras, inmensas y pingües, infunde admiración parecida á la que se experimenta ante los grandes capitanes, redondeadores de los imperios y omnipotentes artífices del mapa político. Por la manera incruenta y puramente intelectual como realizó todos sus triunfos, provoca ese otro género de admiración que se consagra á las sumas personificaciones de la habilidad y el arte diplomáticos, á los entendimientos calculadores y sutiles, maestros en el manejo de los hombres, cuyo tipo dió el gran florentino del Renacimiento, sustituyendo á la supremacía de la fuerza brutal los recursos de la inteligencia convertida en medio de acción y de dominio. Pero por el espíritu de lealtad, de

rectitud, de nobleza—y en ocasión gloriosa, de alto desinterés nacional,—que presidió á su obra patriótica, despierta un sentimiento semejante al que nos detiene ante los grandes idealistas, ante los hombres de genio humanitario, activos órganos del bien y educadores del sentido moral de los pueblos.

Concertando todos esos rasgos, que hacen resaltar la originalidad, acaso única, de una obra de engrandecimiento nacional realizada, no ya fuera de las torpes violencias de la guerra, sino aparte también de las bajas astucias de la política ladina y artera, surge un honor insigne para la civilización americana. Porque se revela que ella ha llegado ya, en algún aspecto, á aquel grado de capacidad creadora en que la sociedad humana no se limita á producir brillantes ejemplares de los caracteres típicos que le son propuestos por la tradición, sino que alcanza á proponer moldes nuevos, donde la superioridad de las inteligencias y las voluntades toma otras formas características, para modelo de las generaciones que se sucedan. A nuestro entender, la apología de Río Branco no puede concentrarse en elogio más alto ni más justo. Es el tipo profético que anuncia, para el porvenir, una estirpe de hombres de pensamiento y de acción que han de ajustar á nuevas normas las relaciones de los pueblos y han de imprimir sello distinto á las artes de la diplomacia y de la política. Su significación americana, su significación universal, se cifrarán, acaso, en la historia, por un carácter de iniciación antitético y complementario del que se vincula al libro de *El Príncipe*.

Es condición peculiar de la muerte de estos hombres ilustres que, en la impresión que nos causa, se mezclen paradójicamente la sensación de una au-

sencia irreparable y la de una presencia persistente y triunfal, que la muerte no es capaz de aventar con sus alas de sombra. Tal en este caso. Río Branco ha muerto; pero, señalando al histórico palacio que fué como el capullo de su actividad extraordinaria, puede decirse, con la frase famosa, que «todavía está allí.» «Todavía está allí,» por la segura permanencia de una política internacional de equidad, de concordia, de solidaridad americana, que ya no vacilará en las relaciones del Continente, como no vacilan las cosas que giran sobre su eje ó descansan sobre sus quicios. «Todavía está allí,» por el desenvolvimiento incontrastable de los destinos de un gran pueblo, que él completó en sus delimitaciones geográficas y orientó en sus rumbos nacionales, con el impulso definitivo de su mano titánica. «Todavía está allí,» por la renovación de su consigna y de su ejemplo en discípulos de orden superior, á quienes toca continuar su obra y en quienes la dulce persuasión de su memoria augusta será la más eficaz energía de consecuencia y de perseverancia. «Todavía está allí,» y estará siempre! Y frente á la maravillosa bahía, pórtico inmenso de un mundo de encantos y opulencias, el viajero que vea levantarse la vigilante majestad del Corcovado, del Pan de Azúcar, del Tijuca, verá desplegarse también la gran sombra tutelar, no tendida é indolente, como la del *gigante deitado*, sino de pie, erguida de toda su talla, como el faro puesto en las cumbres para señalar un derrotero inmutable de justicia y civilización.

1912.

LA ENSEÑANZA DEL IDIOMA

CON MOTIVO DE LA "GRAMÁTICA RAZONADA DEL IDIOMA CASTELLANO", POR DON FRANCISCO GÁMEZ MARÍN.

Ni, como materia de enseñanza, es la gramática de las asignaturas que más parecen gozar de la predilección de los estudiantes, ni, como objeto de dedicación perseverante y seria, entra en el número de las disciplinas que aseguran mayor crédito y fama en el concepto general. El estudiante suele iniciarse en ella con el prejuicio de que aborda un género de estudios rutinario, árido y desapacible; y el vulgo semiilustrado, que es el más temible de todos, porque es el que se considera autorizado á juzgar y el que determina, en gran parte, las opiniones corrientes, propende á ver en la vocación del gramático una manifestación pobre y mezquina de la actividad del pensamiento. Es indudable que á este descrédito han contribuído considerablemente, por una parte, la condición de la gran mayoría de los textos usados para la enseñanza de la gramática, y por otra parte, la medianía y estrechez de espíritu que ha solido caracterizar á aquellos que la han profesado como maestros ó la han cultivado como teóricos.

Yo tengo la firme convicción de que si la generalidad de los textos de gramática y la generalidad de los gramáticos se pareciesen, respectivamente, á es-

te libro y á su autor, muy pronto habían de desvanecerse vulgares prevenciones, y la opinión común restituiría á tan esencial objeto de estudio y á los que á él se consagran toda la estimación que uno y otros merecen. Y justo es agregar que el señor Gámez Marín lleva realizada ya, en tal sentido, considerable y eficaz labor con su enseñanza de la cátedra, ganando, para la asignatura que profesa, el interés, la afición, y hasta el entusiasmo de sus discípulos.

Nunca llegará á dominar de veras una materia de conocimiento quien sincera y profundamente no la ame: la ciencia no se rinde sino á quien le prueba amor; pero cabe experimentar este amor y no tener la aptitud de comunicarlo á los otros; cabe ser sabio y no ser maestro. El señor Gámez Marín, como maestro, posee en alto grado esa virtud comunicativa de la propia afición, y por lo tanto, del propio saber; ese dón de simpatía pedagógica, que no se suple con los más hábiles y finos recursos intelectuales de la enseñanza. Su palabra fácil, colorida, animada, lleva en sí el prestigio que embarga el ánimo del alumno y que basta, por sí solo, para mantener en clase la disciplina y la atención. La benevolencia afectuosa, la atractiva llaneza, que, sin menoscabo de la dignidad ni de la justicia, le caracterizan en el trato con sus discípulos, contribuyen á hacer de este catedrático de latín y de gramática todo lo contrario del carácter que, en algún tiempo, se identificaba con el gremio de sus compañeros: todo lo contrario del *dómine*.

Y si nada hay de *dómine* en sus condiciones de carácter, no lo hay tampoco en las de su inteligencia. Descuella en el señor Gámez Marín una cualidad de espíritu que, siendo rara siempre, es doblemente

rara en los que cultivan su género de estudios: la amplitud. Cada aplicación de la mente trae consigo ciertos peligros peculiares, ciertos desequilibrios, ciertas propensiones viciosas. La índole de las cuestiones en que concentra su atención y forma sus hábitos intelectuales el gramático, le exponen fácilmente á la estrechez, á la nimiedad y á la intolerancia. Pues de ninguno de estos vicios hay huella en el espíritu del señor Gámez Marín. Amplísimo en su concepto del lenguaje, al que considera y estudia como organismo vivo, en perpetua renovación é indefinido enriquecimiento; liberal para acoger toda innovación que responda á oportunidades de tiempo ó de lugar; tolerante para juzgar de las libertades que legitime la originalidad de un temperamento personal, ó que excuse la fuerza y eficacia de una expresión feliz; nada afecto á las menudencias ni á los ápices, porque se inclina á buscar la corrección en la fidelidad al *genio* del idioma, en el alma y la vida de la elocución, antes que en sus partículas disueltas, el autor de esta obra muestra, asimismo, la amplitud de su criterio en la manera como aspira á emancipar la teoría y la enseñanza de la gramática, de todo uso rutinario y de toda falsa autoridad, trayendo, con oportunísimo intento, á la exposición didáctica, ideas que sólo en más alta esfera habían hallado forma. Honda y fecunda es la influencia que sobre su método y doctrina ha ejercido la constante lectura de Benot; y es seguro que si este alto espíritu, á quien la posteridad debe la compensación del aprecio insuficiente que, con relación á la magnitud de sus méritos, tuvo durante su labor tenacísima, pudiese leer este libro, habría de regocijarse de ver tan acertadamente aplicado á un texto de gramática el criterio que él preconizaba y defendía.

Consiste fundamentalmente ese criterio en tomar como objeto preferente de la enseñanza del lenguaje, no los vocablos, no los elementos inertes de la elocución, sino las combinaciones organizadas de vocablos en que consiste la esencia del hablar, la vida de la palabra; determinándose en cada ocasión el valor y oficio del vocablo por el sentido que él adquiera de la cláusula donde se le emplee, y no por una clasificación preestablecida de las partes de la oración. Así se desenvuelve el estudio del lenguaje como el de un organismo capaz de interesar á la razón y de dar el sentimiento de la vida, en vez de inmovilizarse en muertas abstracciones, ni de ordenarse artificialmente en reglas de dudosa exactitud ó de dudoso valor. Así la gramática deja de ser, para el estudiante, la ocupación árida y tediosa, que sólo á la memoria educa, y se convierte en satisfacción para la inteligencia, á la que devuelve, mostrándole el orden real y animado del lenguaje, la viva imagen de su propia organización.

El hecho de que la doctrina de este libro se aparte, en puntos importantes, de la que priva en los textos consagrados por el uso, no ha de ser obstáculo para que él logre, en la enseñanza oficial ó fuera de ella, la aceptación que merece. Ése será, más bien, motivo que lo favorezca, en el concepto de cuantos prefieren á la autoridad la razón y el adelanto á la costumbre.

El señor Gámez Marín presta, con su nueva obra, un excelente servicio á la enseñanza, y mediante la enseñanza, á la cultura general, en los pueblos del Río de la Plata. Preocupados hasta ahora, con justa preferencia, de adquirir ideas y modernizar nuestro espíritu, abandonamos, y hasta desdeñamos cons-

cientemente, el estudio de la lengua materna, porque ella no bastaba como instrumento directo de aquella renovación de nuestra cultura. Pero la reacción empieza á imponerse, y no en vano, al criterio de los hombres reflexivos. Creciendo estos pueblos por aluviones de inmigración, de la más varia procedencia, reparan ya en la necesidad de resguardar y fortalecer todo lo que constituya una energía asimiladora, como lo es en alto grado una lengua nacional; y esta lengua, para las naciones hispanoamericanas, no puede ser otra, fundamentalmente, que aquella que las vincula á la tradición humana de la civilización; que las vincula entre ellas mismas, manteniendo para lo porvenir el lazo de una unidad preciosísima, y que, dentro de cada una de ellas, sirve de vínculo con el propio pasado y de expresión connatural á todos los accidentes de la vida. El idioma es á la personalidad colectiva de un pueblo lo que el estilo á la personalidad del escritor; lo que esa entonación característica que llamamos *modo de hablar*, á la personalidad del hombre común: un sello natural y propio que no puede cambiarse. Un pueblo que descuida su lengua, como un pueblo que descuida su historia, no están distantes de perder el sentimiento de sí mismos y de dejar disolverse y anularse su personalidad. Hay, en el fondo de estas cuestiones verbales, intereses de una entidad mucho mayor de lo que alcanza á percibir el vulgo. «¡Cuidad de vuestra lengua!», nos decía ayer no más, con particular encarecimiento, Anatole France, nuestro ilustre huésped. Y no es, por cierto, un temperamento verbalista, sino un espíritu avezado á las más altas, amplias y trascendentales cuestiones en que pueda ocuparse el pensamiento humano, el que habla en la pá-

gina que Herbert Spencer incluyó en uno de sus últimos libros, (1), relativa á las corruptelas del uso, que quitan á ciertas palabras de la lengua inglesa su propia y genuina significación.

1910.

(1) *Facts and comments.*

Las "Moralidades" de Barret

DE UNA CARTA ÍNTIMA

Su libro no es nuevo para mí, porque hace muchos meses que cada día doblo una página de él en la lectura de *La Razón*. Y como mi memoria es buena para las cosas que me impresionan bien, puede decirse que dentro de mí existía ya un ejemplar de la colección de sus *Moralidades*, antes de que Vd. las hiciera reimprimir; y un ejemplar más completo que los que se encuentran en las librerías, porque no le faltan páginas que en éstos he buscado en vano.

Yo no sé si tengo derecho á envanecerme de haber contribuído á aumentar el número de sus lectores; pero, en cuanto á la intención, hace tiempo que, apenas tropiezo con persona á quien se pueda pedir este género de albricias, le pregunto, venga ó no á cuento:—«¿Lee Vd. *La Razón*? ¿Se ha fijado Vd. en unos artículos firmados con las iniciales R. B.?... » Y cuando me contestan negativamente, me doy el placer, entre vanidoso y desinteresado, del *gourmet* que revela, á otros que también lo son, dónde pueden gustar una ignorada golosina; y cuando me contestan afirmativamente, el placer consiste en la fruición del comentario acorde y entusiástico.

Ha enaltecido Vd. la crónica sin quitarle ameni-

dad ni sencillez. La ha dignificado Vd. por el pensamiento, por la sensibilidad y por el estilo. Hay cronistas de fama europea que, escribiendo fuera del bulevar, no tendrían nada interesante que decir á nadie, y que, aun escribiendo desde el bulevar, son incapaces de comunicar á una página más que el interés efímero de la novedad que cuentan y comentan. Vd. escribe desde una aldea de los trópicos, y para el público de Montevideo, y devolviendo en impresión personal los ecos tardíos de lo que pasa en el mundo, produce cosas capaces de interesar en todas partes y siempre, porque tienen una soberbia fuerza de personalidad.

Su crítica es implacable y certera; su escepticismo es eficaz, llega á lo hondo; y sin embargo, la lectura de esas páginas de negación y de ironía, hace bien, conforta, ennoblece. Y es que hay en el espíritu de su ironía un fondo afirmativo, una lontananza de idealidad nostálgica, un anhelante sueño de amor, de justicia y de piedad, que resultan más comunicativos y penetrantes así, en el tono de una melancolía sencilla é irónica, que si se envolvieran en acentos de entusiasmo y de fe, ó de protesta declamatoria y trágica. Su actitud de espectador desengañado, en el teatro del mundo, tiene toda la nobleza del estoicismo, pero con más una vena profunda de caridad.

... Y nada de vulgar en la intención, ni en la forma, ni en la manifestación de la vasta cultura intelectual, que se percibe en la base, en el sustentáculo de lo escrito, y nunca en apariencia inoportuna ú ostentosa.

Una de las impresiones en que yo podría concretar los ecos de simpatía que la lectura de sus crónicas despierta á cada paso en mi espíritu, es la de que, en

nuestro tiempo, aun aquellos que no somos socialistas, ni anarquistas, ni nada de eso, en la esfera de la acción ni en la de la doctrina, llevamos dentro del alma un fondo, más ó menos consciente, de protesta, de descontento, de *inadaptación*, contra tanta injusticia brutal, contra tanta hipócrita mentira, contra tanta vulgaridad entronizada y odiosa, como tiene entretejidas en su urdimbre este orden social trasmitido al siglo que comienza por el siglo del advenimiento burgués y de la democracia utilitaria.

Otras dudas y preocupaciones más hondas que las relativas á determinado orden de la sociedad, porque tocan en lo esencial y permanente de las inquietudes humanas, remueve también en el espíritu el contacto fugaz de esas páginas aparentemente ligeras. Es una inagotable excitación para pensar ese *idearium*, inconsecuente y errabundo como la vida misma, que componen sus crónicas.

1910.

BOHEMIA

EN LA REVISTA JUVENIL DE ESE NOMBRE

Aun hay «bohemios»; aun hay quien quiere ser «bohemio»... Y el mote, que, en labios del burgués espeso y acorazado de fariseísmo, equivale á una descalificación, bien puede ser recogido y reivindicado por los muchachos entusiastas, á cuya cabeza sube la savia que estalla en las primeras flores: á manera de aquel otro calificativo, originariamente injurioso, de «los *gueux*», que, levantado del suelo por los flamencos de Guillermo de Orange, llegó á quedar como el nombre vibrante y altanero de los gallardos revoltosos de la libertad.

Haya, pues, «bohemios», y sean benevolentes para juzgarlos los rígidos secuaces del acreditado señor Al-pie de-la-letra. Entiendan y perdonarán. «Bohemio» no es el que tiene la voluntad enervada y la cabeza en desequilibrio. «Bohemio» es el que vive su juventud con un exceso de entusiasmo, que se le desborda del alma, por las cosas bellas y las cosas raras y las acciones generosas, y con mucho de ese *embrujamiento* interior que, en tiempos de acción y de heroísmo, empujaba á las aventuras y las cruzadas, pero, que, en tiempos de monótona prosa, sólo tiene salida en los simulacros de la imaginación, en las campañas incruentas del arte, y en esa terrible voca-

ción de las paradojas y las irreverencias, que, aun en los casos en que son desatinadas ó injustas, permanecen siendo simpáticas, porque llevan el aroma de la juventud.

1908.

DEL TRABAJO OBRERO EN EL URUGUAY

CON MOTIVO DE LA LEY PROPUESTA EN 1906, POR EL GOBIERNO URUGUAYO.

I

Una tendencia que ha adquirido creciente intensidad en los últimos treinta años, entrega, hoy más que nunca, en los países de algún desenvolvimiento industrial, á la sanción de las corporaciones legislativas, leyes reguladoras y protectoras del trabajo, que se suceden y multiplican hasta dar lugar á todo un sistema de legislación, netamente diferenciado en cuanto á su objeto y en cuanto al espíritu que lo informa, abarcando terrenos antes de ahora inmunes de toda intervención jurídica, y determinando, en ciertos puntos, divergencias y conflictos, ya descubiertos, ya latentes, con las formas tradicionales de la legislación civil.

Esta reacción inpetuosa contra el régimen de ilimitada libertad que, desde la Revolución que dió sus moldes á la sociedad política moderna, prevalecía para el ejercicio del trabajo, tiene su ambiente en una activísima circulación de acusaciones, de lamentos, de protestas, que, manifestándose en los libros como en las agitaciones populares, en los movimientos de piedad social como en los congresos de los

hombres de estudio, inspiran, estimulan, y casi podría decirse, *violentan* la obra del legislador.

Limitación de las horas de jornada normal; rectificación jurídica de los fundamentos del contrato de trabajo, según un nuevo concepto de la naturaleza de las relaciones reguladas por él; protección de las mujeres y los niños obreros; indemnización en los accidentes del trabajo; observancia del descanso semanal; reglamentación de las condiciones de higiene y seguridad de los talleres; tasación del salario mínimo; inembargabilidad de los salarios; libertad de asociación gremial; reconocimiento del derecho que asiste al trabajador para la huelga; fundación de tribunales de conciliación y de arbitraje para resolver los desacuerdos entre obreros y patronos; institución administrativa de la oficina de trabajo; inspección y policía del mismo; pensiones y seguros que amparen al trabajador en la inutilidad ó la vejez: tales son, entre otros, los tópicos que abarca este nuevo organismo de legislación, cuyo laborioso desenvolvimiento llega desde las tímidas y dispersas tentativas de las primeras *actas* inglesas sobre fábricas, en los albores del pasado siglo, hasta los vastos y sistematizados códigos que componen ya las leyes de trabajo en algunos de los más adelantados pueblos del mundo.

Vulgar error sería entender que el movimiento de ideas que ha presidido á esta intervención del Estado en el funcionamiento de la vida industrial, sea la obra exclusiva de una doctrina revolucionaria, cuya sombra fatídica pretenden muchos ver insinuarse á favor de cada una de estas manifestaciones de reforma, olvidando que es en los pueblos de más hondo sentido individualista donde la legislación del

trabajo ha tenido su origen y ha alcanzado mayor complejidad, y que son, á menudo, parlamentos y estadistas de filiación conservadora los que aparecen colaborando en el propósito de mejorarla y completarla.

No ya la realización de las soluciones, más ó menos radicales y amplias, en el terreno de las leyes; pero aun mismo el impulso de la iniciativa, la palabra de la propaganda, el reclamo tenaz que ha atraído la atención de los pueblos á los agravios y las aspiraciones que esas leyes tienden á satisfacer, están lejos de haberse mantenido constantemente vinculados á la doctrina social con que suele identificárselos en el concepto común.

Independientemente del dogmatismo socialista se han desarrollado la propaganda y la acción, realmente gloriosas, de las *Trade Unions* inglesas, verdaderas iniciadoras de las reivindicaciones obreras y la más poderosa fuerza que exista constituída en el mundo en defensa de los desheredados. Independientemente del dogmatismo socialista se han desenvuelto, en gran parte, las tendencias del sindicalismo norteamericano, que, organizado en la «Federación del Trabajo», confirmaba una vez más, en el Congreso de Boston de 1903, su autonomía respecto de toda fórmula revolucionaria del orden social. Independientemente del dogmatismo socialista se ha dirigido, en la Australia y en la Nueva Zelanda, el esfuerzo de los partidos obreros que han llegado á resolver pacíficamente, en aquellas maravillosas regiones, muchos de los problemas sociales que en el resto del mundo inquietarán aún por largo tiempo la conciencia de la humanidad. Independientemente de ese dogmatismo, se manifiesta en la misma

Francia el espíritu de muchos de los sindicatos gremiales; é independientemente de ese dogmatismo también, se han caracterizado en todas partes la prédica y el ejemplo de una benemérita legión de pensadores y filántropos, que, sin solidaridad con doctrina alguna subversiva de los fundamentos de la sociedad, han consagrado su existencia al mejoramiento material y á la dignificación moral de los trabajadores.

La universalidad de estos anhelos de reparación, la persistente fuerza con que subyugan las conciencias, concurren á persuadir al más indiferente de que no se trata en ellos de un simple fermento de ideas puestas en boga por los vientos de un día; sino de uno de los carácteres esenciales del espíritu de nuestro tiempo, que tiene positivas correspondencias con la realidad y que fluye de naturales consecuencias de la evolución social y de la evolución económica.

Los conflictos entre el capital, que defiende su superioridad, y el trabajo, que reclama su autonomía, no son el rasgo privativo de una sociedad ó de una época: pertenecen al fondo permanente y sin cesar renovado de la historia humana; pero su recrudecimiento, en términos que relegan á segundo lugar cualquiera otro interés social y político, es uno de los hechos capitales de la pasada centuria, desde que, por una parte, el portentoso desenvolvimiento de la actividad industrial, modificando las condiciones del trabajo, y por otra parte, el despertar de la conciencia de las multitudes, llamadas por el régimen de la democracia á la plenitud de sus derechos civiles y políticos, determinaron, en las ideas como en los acontecimientos, declives que debían

forzosamente conducir á las reivindicaciones del momento presente.

Cabe preguntar todavía si este género de reivindicaciones, justificadas y oportunas en los países de avanzado desarrollo industrial, mantienen su oportunidad tratándose de pueblos que, como los de nuestra América, no han pasado aún del aprendizaje de la industria y están lejos del exceso pletórico de población que agrava y embravece, en las viejas sociedades de Europa, las luchas entre una burguesía opulenta y un proletariado que se angustia en los extremos de la necesidad.

Pero, desde luego, la demostración objetiva de que, cualquiera que sea la magnitud de esas diferencias internacionales, no es prematura ni inoportuna la atención concedida á las cuestiones de esta índole en pueblos como el nuestro, la da la agitación persistente que remueve, en estas sociedades también, á los elementos de trabajo, congregándolos para la común defensa de sus intereses, en asociaciones gremiales, en círculos de propaganda, en protestas y huelgas que tienen su reproducción periódica: fenómenos con que se denuncia un estado de espíritu que, aun prescindiendo de los trastornos accidentales que provoca, no podría dejar indiferente el ánimo del legislador, interesado en estudiar las causas que lo generan y en prevenir los medios que lo aplacarían. Ni puede pretenderse que esa tenaz inquietud no reconozca otra base que la sugestión falaz de los agitadores (aun cuando sea indudable que prédicas desencaminadas la exacerban y desnaturalizan); ni que importe sólo el reflejo maquinal é inconsciente de lo que pasa en los pueblos que dan la norma de la civilización. Estadistas y pensadores

americanos han señalado ya, respecto á esas aspiraciones clamorosas, una dirección que no es de resistencia ni de pasividad. Aun no hace muchos años que el ilustre presidente Quintana, desaparecido para grave mal de su país, declaraba, al tomar en sus manos el bastón de Rivadavia, que el programa mínimo del partido socialista argentino, en el que están comprendidos los tópicos fundamentales de la legislación del trabajo, constituía un ideal aceptable y digno de fijar la atención de los hombres de gobierno. Y esta es la hora en que el cuarto Congreso Científico Latinoamericano, que ha de reunirse en Noviembre del corriente año en Santiago de Chile, incluye, entre los temas fundamentales que propone á los estudiosos de América, el relativo á aquella misma cuestión social, considerada del punto de vista de las condiciones y caracteres peculiares de los pueblos del Nuevo Mundo. Obedeciendo á una persuasión semejante, el Uruguay ha incorporado á su organización ministerial el Ministerio de Trabajo, cuya función se complementa, en el mecanismo administrativo, con la Oficina de igual nombre; y la Cámara de Diputados de la misma república ha aumentado el número de sus Comisiones permanentes con la dedicada á este género de legislación.

Contribuye á la oportunidad de tales iniciativas, la misma condición embrionaria de nuestro desenvolvimiento industrial, y ella es razón que debe persuadir á no detenerse en ciertas tendencias de reforma. La ausencia de enormes acumulaciones de intereses; la relativa sencillez de las parcialidades en juego, son, en efecto, circunstancias que favorecen la implantación de leyes regularizadoras, que serán tanto más necesarias, pero también tanto más difíciles

y peligrosas de iniciarse, á medida que, en cumplimiento de una evolución ineludible, la actividad de nuestro organismo productor pase de sus comienzos y se adapte á las formas de la grande industria, con la transcendencia, en cuanto á las condiciones del trabajo, que igual concurso de causas ha tenido en todas partes del mundo. Conviene, pues, no sólo atender á los problemas que plantee la situación actual y positiva de las cosas, sino también preocuparse de determinar las costumbres y de dar estructura á los moldes que puedan prevenir los peligros contenidos virtualmente en el desarrollo orgánico de nuestro progreso industrial. En éste, como en todos los terrenos, la sabiduría política se inclinará siempre al procedimiento preventivo, que se anticipa á los males para cruzarles el paso, antes que á aquel otro procedimiento que consiste en esperar que ellos estallen por su propia violencia, cuando tal vez pudieron evitarse ó atenuarse mediante atinados recursos de profilaxia social.

Un medio productor que, limitándonos á la sola ciudad de Montevideo, presenta, de una parte, la fuerza de trabajo acumulada por no menos de cuarenta mil obreros, y de otra parte la suma de capital en que se apoyan, próximamente, cinco mil establecimientos industriales (habiéndose, con seguridad, duplicado desde que el censo de 1889 los calculó en dos mil trescientos,) entraña ya, sin duda, una importancia que lo aleja de la simplicidad primitiva. Pero esta complejidad de intereses resulta escasa y pobre, si se la compara con la que puede preverse para un cercano porvenir. Y si presentemente, en el conjunto, y en muchos de los gremios, de nuestra actividad industrial, no hay exceso en la

oferta de los brazos, ó lo hay muy limitado; si las condiciones de vida del trabajador no son, entre nosotros, tan precarias como en los pueblos donde la más mísera tarea es un beneficio disputado por muchos; si el acicate de una competencia implacable, obligada á ofrecer al consumo inmensas cantidades de producción, no excita al industrial á dilatar despiadadamente la jornada de sus obreros; si los géneros de industria más inhumanos y penosos, como la explotación de las minas, permanecen aún en la calidad de un terreno casi virgen, vano fuera pensar que esas relativas facilidades del trabajo son algo más que el carácter transitorio de un período de formación.

La actitud favorable á la reglamentación legal del trabajo, que se justifica con tales consideraciones, no excluye, por cierto, el tino y la mesura cuando se trate de graduar el alcance y de escoger el momento de las iniciativas. Desde luego, debe renunciarse, en mi sentir, á las leyes de conjunto, á los códigos que presentan, teóricamente organizada, toda la materia que envuelve este novísimo campo de legislación. Considero muy preferible proceder por partes y según la oportunidad de cada día. Y supuesto que éste sea el procedimiento que quede consagrado, se deduce que no deberá juzgarse de la mayor ó menor suficiencia de cada ley sin tener en cuenta las que, en un plazo más ó menos largo, la complementarán al abordar otros aspectos ó relaciones del fundamental objeto de todas. Así, por ejemplo, cuando se juzgue de la eficacia higiénica ó de la amplitud humanitaria de una ley que limite las horas de trabajo y la edad mínima del obrero, ha de recordarse que esas limitaciones tendrán, en casos accidentales, términos aun más restrictos, en virtud de las leyes suce-

sivas que traten de la sanidad y seguridad de los talleres, de las industrias peligrosas ó insalubres que, por su naturaleza, han de ponerse aparte de la reglamentación común, etc., etc.

Otra consideración que no deberá olvidarse jamás por quien participe en la deliberación ó por quien haga la crítica de leyes del trabajo, es la de que, si bien el más generalizado concepto de estas leyes les atribuye por objeto único ó directo la protección de los trabajadores, no es el solo interés del trabajador el que está vinculado á ellas, ni es siquiera el que prevalece; porque el que prevalece es el interés *social*, que abarca, en la complejidad de sus factores, otras energías no menos necesarias y otros derechos no menos merecedores de atención. Una tendencia irresistible inclinará siempre á todos los espíritus nobles en favor de la parte menos afortunada ó más débil en cualquier conflicto de pasiones humanas; y por eso la causa del obrero lleva en sí misma una atracción independiente de lo que haya de justicia en cada una de sus reivindicaciones. Pero en la tarea de dar leyes, que no es obra de la espontaneidad del individuo, sino de cumplimiento de una delegación de la comunidad, esa inclinación individual ha de subordinarse al respeto y la equidad debidos á todos los intereses legítimos, de cuyo juego armónico brota el orden social, y cuyo equilibrio compete mantener á los órganos del poder público, con la alta imparcialidad de quien se levanta por encima de las disensiones de clases. Y á esta consideración de deber y responsabilidad, no puede menos de agregarse otra, inspirada en un sentimiento de justicia; y es la de que, si hay algún género de capital que merezca particularmente respeto, él es sin

duda el capital empleado en la industria; porque, lejos de sustraerse con pusilanimidad y sordidez al movimiento de la vida, para granjear un beneficio sin riesgos, representa un espíritu de iniciativa y de empresa que concurre al fomento de los intereses generales, afrontando, más de una vez, la contingencia de la ruina.

Importa prevenirse, siempre que se agiten tan graves problemas, contra el influjo de un sentimentalismo inconsistente y vago, que encuentra fácil acceso en los espíritus no habituados á someter á prueba sus primeros impulsos con la observación serena de la realidad, y que se reviste de un prestigio falaz de simpatía tratándose de cuestiones en que está conprometida la ventura y la prosperidad de tantos seres humanos. Lejos, muy lejos, de mi ánimo la idea de que las inspiraciones que proceden del sentimiento, cuando significan la conmiseración por el ajeno infortunio, la pasión de la justicia debida á los desheredados, y el interés por sus aspiraciones legítimas, no deban tener cabida en el espíritu del legislador: tanto valdría decir que los que dictan las leyes han de mutilar su personalidad en sus energías más nobles y capaces de inspirarla para el bien. Pero esos sentimientos fecundos nunca se confundirán con la sensibilidad desorientada que parte de un conocimiento reflejo ó somero de las cosas; que se determina por impresiones efímeras, insuficientemente depuradas en el crisol de la razón, y que á menudo conduce, con sus persuasiones inconsultas, á obstaculizar las mismas reparaciones que desea y á exacerbar los mismos males que provocan su lástima.

Necesario es también mantener la dilucidación

de estos problemas en ambiente apartado de toda sugestión y toda influencia extrañas á ellos mismos, y muy particularmente de las pasiones é intereses políticos. El concurso de opinión vinculado á las reivindicaciones de las clases obreras representa ya, en efecto, una suma demasiado poderosa de fuerza popular y de prestigio, para que las agrupaciones que contienden en la vida cívica no se sientan tentadas á disputarse en determinados momentos su adhesión, rivalizando en el terreno de la prioridad de las iniciativas, ó de las innovaciones audaces y las concesiones desapoderadas, con lo que se corre peligro de convertir en simple medio, subordinado á fines transitorios, aquello que afecta á los intereses más vitales y permanentes de la sociedad.

Pero lo que, antes que toda cosa, se impone, en éste como en cualquier otro propósito de aplicación económica ó jurídica, es la necesidad de adaptar cuidadosamente los resultados de la ciencia y la experiencia ajenas, á las condiciones propias, peculiares del ambiente, subordinando toda fórmula á una justa consideración de la realidad. En tal sentido, nunca se lamentará bastante que cuestiones de la naturaleza de las que proponen estas leyes, hayan de plantearse sin que exista formado un censo industrial, que permita adquirir una noción exacta y precisa del número de obreros vinculados á las diferentes industrias, de su clasificación en sexos y edades, de los salarios de que gozan y las horas que normalmente trabajan; como asimismo del capital representado por cada uno de los establecimientos industriales, su capacidad de producción, los agentes mecánicos de que hace uso, y otros elementos de juicio de que no cabe prescindir dentro de la com-

plejidad de problemas que nunca se resolverán por la *mera* aplicación de principios generales, ni por la imitación inadaptada de las soluciones que se hayan arbitrado en medios que pueden diferir considerablemente de aquel en que se actúe, así en la relación social como en la económica.

En ausencia de una rigurosa información estadística, la «Oficina de Trabajo» de Montevideo, á pesar del breve espacio transcurrido desde su fundación y de la pobreza de los recursos de que ha dispuesto para su obra, lleva acumulada en sus registros una suma, importante ya, de datos pertinentes á los diversos aspectos de la situación de nuestras clases productoras. Completadas estas noticias por las que debo á otros órganos de información, el conocimiento en que he procurado fundarme para la aplicación local de las cuestiones del trabajo, puede considerarse de una relativa exactitud, que, en lo que interesa á las conclusiones, no sería modificada de manera sensible por los resultados que arrojarían los números de un censo.

II

La limitación de la jornada de trabajo es, en todas partes, la más vehemente y porfiada de las reivindicaciones obreras. Fúndase esa reivindicación en la necesidad de proporcionar el esfuerzo á la medida de la resistencia normal de la salud, y en el derecho de disponer, fuera de la tarea obligatoria, de algún tiempo de reposo de espíritu ó de actividad personal y libre.

Obtenida, casi universalmente, la limitación de

la jornada en lo que respecta á las mujeres y á los niños, lo ha sido también, en algunas legislaciones, para los obreros adultos, quienes, en la mayor parte de las otras, gozan de ella cuando se trata de trabajos públicos ó de los contratistas del Estado, casos en que éste interviene en calidad de patrono, administrando intereses propios. Una propaganda insistente reclama, donde quiera, la extensión de igual beneficio á la universalidad de los brazos empleados en la vida industrial; y las multitudes del trabajo, concretan, en este punto, sus aspiraciones extremas, con la sonada fórmula de las *ocho horas*, que ha sido en todas partes una de las más prestigiosas banderas con que se las ha movido á la acción; aunque fuera erróneo creer que ella sea la fórmula única, ni la definitivamente acreditada por el análisis y la experiencia, entre las que se han propuesto y ensayado para llegar á una humanitaria reducción de las jornadas.

Pero antes de detenernos á considerar los medios prácticos de esta reducción, procuremos eliminar dos dificultades que atañen fundamentalmente al hecho de poner un límite obligatorio al tiempo de trabajo. En primer término: ¿es legítima la intervención del poder público para restringir la libertad individual en el trabajador que contrata sus servicios por más de cierto número de horas?—Y si efectivamente es legítima esa intervención del Estado, ¿es oportuna? ¿responde á una necesidad que no quepa satisfacer por un medio más adecuado ó ventajoso?

Para poner en duda aquella legitimidad, puede buscarse fundamento en dos derechos capitales, incorporados ambos á las bases de nuestra legislación,

y por igual necesarios al pleno desenvolvimiento de la personalidad humana. La libertad de trabajo es el uno; la libertad de contratar es el otro.

Evitando plantear la cuestión que esto suscita, en el terreno de las generalizaciones y de las escuelas, de modo que entren en oposición principios abstractos: prerrogativas del individuo y facultades de la sociedad, individualismo y socialismo (términos, en suma, más que antagónicos, concordantes y complementarios, como los de autoridad y libertad; como los de derecho y deber,) atengámonos simplemente, para orientarnos, á las prescripciones expresas de la legislación positiva de estos pueblos. En nuestra Constitución, como en otras constituciones americanas, se consagra de manera explícita el principio de la libertad de trabajo; y de la forma cómo en aquélla se le define, es posible inferir si habría, en la intervención de que se trata, menoscabo de los fundamentos de nuestras leyes. «Todo habitante del Estado (dice la Constitución «del Uruguay) puede dedicarse al trabajo, cultivo, «industria ó comercio que le acomode, como no se «oponga al bien público ó al de los ciudadanos».

El *bien público y de los ciudadanos*, es, pues, el límite que la Constitución de la República ha señalado al ejercicio de las energías laboriosas. Y es indudable que dentro de la más elemental concepción del *bien público*, entra el bien de la salud general, ó sea el bien mismo de la vida, cuya preservación es anterior á cualquiera otro deber de la sociedad constituída en Estado, porque radica en la más simple imposición natural, que se manifiesta, aun en el sér destituído de razón, por el instinto de la conservación de la especie.

Sofístico fuera sostener que en el obrero que rinde la vida ó la salud al exceso de trabajo, no hay comprometido más que un interés individual, al que el Estado debe permanecer ajeno. No es un hecho de mero interés individual el que procede de una situación que alcanza á muchos millares de individuos; el que sirve de exponente á los peligros y los sufrimientos que esa situación entraña para una parte numerosa de la sociedad: para aquella parte á cuya salud y á cuyas fuerzas está confiado el cultivo de los campos, la construcción de las habitaciones, la elaboración del pan, el transporte de las personas y las cosas, y todos los demás elementales servicios que hacen posible la existencia material de la sociedad entera. Absurdo en cualquier tiempo el criterio que negase á un hecho derivado de la manera cómo tales servicios se ejercen su interés colectivo, lo sería doblemente desde que la organización en grande de la industria ha acumulado, en fábricas y talleres, verdaderos ejércitos de conscriptos del trabajo, que constituyen, por su imponente muchedumbre, una demostración objetiva, abierta á las miradas de todos, de la suma de fuerzas, intereses y destinos que están vinculados al desempeño de esas funciones de utilidad común.

La disminución de salud y de energías por el trabajo excesivo, prematuro ó mal reglamentado, importa, colectivamente, un mal, si menos violento y ostensible, más hondo y persistente que el de una infección epidémica, ante cuyas amenazas el Estado concentra, sin protesta de nadie, sus medios de defensa, y hace pesar, sobre los derechos é intereses que sea menester lesionar, la razón de fuerza mayor. El mal físico que nace del cansancio del taller, no se

mide en toda su extensión por las tablas de mortalidad que denuncien la frecuencia de las muertes tempranas en los centros fabriles, ni por la proporción que representen los obreros en los cuadros de morbilidad: aun sería necesario agregar lo que la depresión vital de los padres trasmite á su descendencia, de apocamiento de vida y de predisposiciones mórbidas. El Estado consagra en todas partes, con ayuda de la piedad individual, al interés social de la salud, hospitales y asilos donde se cura á los enfermos; pero hay una faz de la acción beneficente del Estado que debe prevalecer sobre el cuidado de curar, y es el cuidado de prevenir. No es otra la tesis que ha desenvuelto eficazmente Enrique Ensch en su difundido opúsculo sobre la *Socialización de la medicina*. Dentro de este deber preventivo, están comprendidas, desde luego, las usuales providencias de higiene pública. Nadie discutirá el derecho de policía sanitaria con que el Estado puede penetrar al taller para fiscalizar sus condiciones de higiene. Y esta intervención sería ociosa y frustránea si no se la extendiese, en cierta medida, al acto mismo del trabajo, determinando el máximum higiénico de su duración.

Pero el interés social no se determina sólo, en este caso, por la razón de salud pública y de conservación de la especie. Concurren á determinarlo otras consideraciones no menos imperiosas. Aun cuando la integridad de la persona física no padeciera con el exceso en el tiempo de trabajo, padecería fatalmente la integridad de la persona moral, tal como la requieren la idea de civilización, la idea de libertad, la idea de racionalidad. Una medida de trabajo que no deje lugar en la sucesión de los días más que

á las interrupciones del sueño, equivale á la anulación de la personalidad humana, convertida en mero instrumento productor, como el animal uncido al yugo ó como la rueda de la máquina. Hay en ello una verdadera sustracción del espíritu, más despiadada que la esclavitud antigua, que solía consentir á sus víctimas el beneficio de una cultura superior. Y si, por efecto de esa inmolación del tiempo á una tarea maquinal, la vida de familia, con su armonía de relaciones y afectos perpetuamente renovados; la vida cívica, con la participación consciente en los actos fundamentales de la colectividad, y ciertas elementales expansiones de la vida de la inteligencia,—las conversaciones, las lecturas,—llegaran á ser bienes imposibles para una parte considerable de la sociedad, ésta no podría menos de sentirse vulnerada en sus más caros intereses, como no prefiriera sancionar en los hechos una norma de egoísmo que no diferiría, más que en apariencia, de la que ha engendrado las desigualdades de castas. Este deber de solidaridad sube de punto cuando se le considera con relación á sociedades fundadas en el principio de igualdad democrática; porque el reconocimiento de los derechos que determinan la igualdad civil y política no pasaría de una burla siniestra si la sociedad confirmase con su indiferencia una situación en que el ejercicio de gran parte de esos derechos estaría físicamente imposibilitado por una parálisis aun más invencible que la que inutiliza los órganos del movimiento. Todas estas consideraciones concretan, evidentemente, una faz capital de ese *bien público* á que se ha referido la Constitución del Uruguay. Y ha de agregarse todavía que, siendo las condiciones inferiores de la existencia del

trabajador, y su aspiración á mejorarlas y dignificarlas, origen de una agitación creciente, que excede de lo accidental y transitorio para convertirse en rasgo ó peculiaridad de un estado social determinado, manifestándose por huelgas y conflictos que á menudo tienen grave trascendencia en el orden de la sociedad, el *bien público* se determinaría también por la necesidad de eliminar esa fuerza latente de desorden, acudiendo á segar en sus raíces las causas de que se deriva.

La libertad de contratación es otro de los derechos en cuya virtud suele desconocerse la facultad del Estado para limitar la duración cuotidiana del trabajo que se estipula en servicio de otro.

Conviene recordar desde luego que la libertad de contratar no es ilimitada ni ilegislable. El precepto constitucional que, asegurando el goce de los derechos individuales, prescribe que nadie podrá ser privado de ellos *sino conforme á las leyes*, no la ha exceptuado de su alcance. Nuestra legislación común, en punto á las relaciones entre el patrono y los obreros, permanece inmovilizada dentro de moldes anteriores á la profunda transformación que, en las condiciones del trabajo humano, han sucedido desde el último siglo al centuplicado impulso del desenvolvimiento industrial, dando por resultado un concepto enteramente nuevo del carácter jurídico de aquellas relaciones. No pasan nuestros Códigos del concepto del simple «arrendamiento de obra», inapropiado y mezquino para caracterizar una cooperación que debe regularse por una idea, mucho más alta y noble, de solidaridad. Pero, aun en estos límites estrechos, han tenido espacio para dar, siquiera sea rudimentariamente, formas efectivas al prin-

cipio de que, en éste como en cualquiera otro objeto de convención, hay un término infranqueable á la voluntad de las partes contratantes; y así, nuestra legislación civil y comercial estatuye que nadie puede obligar sus servicios por un tiempo indeterminado, ni para empresa ú obra que no sea concreta. La libertad de contratar ha de someterse á los límites que le señalan de consuno las demás manifestaciones de la libertad del individuo y los fines esenciales de la sociedad.

Por otra parte, es argumento que nadie ha podido desvirtuar, aunque ha sido propuesto reiteradamente al debate, el que señala lo precario y ficticio de una libertad de contratar ejercida en condiciones de desigualdad tan notorias como las que separan al industrial que ofrece trabajo, del obrero que llama á sus puertas. Es el contrato entre la fuerza y la debilidad; entre la libertad y la necesidad; y en casos extremos, pero no infrecuentes, entre la opulencia y el hambre. Es la forma cabal del pacto leonino. Cierto es que este vicio de desigualdad podría observarse á menudo en muchas otras convenciones legales; pero no con tal desproporción, y sobre todo, no con el carácter de un hecho tan común y consuetudinario. Debajo de esa libertad formal, cuya intangibilidad se defiende en el arrendamiento de servicios, se oculta en realidad un fondo insondable de coacción y violencia. Los más brutales abusos, las explotaciones más inicuas, son condiciones aceptables para el que delibera sobre lo que le proponen, cuando la deliberación se plantea entre estos términos: vivir ó morir. Y si se recuerda que es un principio jurídico inconcuso, en cuanto á la validez de los convenios, que el consentimiento dado

en circunstancias de violencia moral vicia de nulidad lo convenido, no será mucho que, moralmente á lo menos, veamos una suprema razón de nulidad en las obligaciones que contrae el trabajador que arrienda sus fuerzas bajo la presión de las angustias de la necesidad. El oprimido á quien se reconoce derecho de emanciparse cuando quiera, no es un esclavo; pero si esa fuga ó liberación á que se le reconoce derecho ha de equivaler para él al hambre y á la muerte ¿qué diferencia le separa de la condición del esclavo, si no es la vanidad del nombre?

Limitar una libertad aparente y falaz en el acto del contrato, significa, pues, resguardar una libertad infinitamente más real y preciosa: la de la verdadera posesión de sí mismo, la del uso de la propia personalidad, inconciliable con jornadas que absorban todo el tiempo de vida en automático servicio del provecho ajeno.

Pero si la intervención del poder público, con las limitaciones que necesariamente imponga en la libertad de trabajar y contratar, es, en principio, legítima, queda por resolver aún si ella es oportuna; si responde á una necesidad que no pueda satisfacerse de manera mejor. Allí donde los medios de la iniciativa privada resulten débiles ó inconducentes para la satisfacción de una conveniencia pública, allí y sólo allí empieza la jurisdicción del Estado en el sentido de atender á ella; á menos de hipertrofiar el Estado su poder, y sofocar el fecundo desenvolvimiento de la espontaneidad individual.—¿Hay, pues, dentro de las actuales condiciones de las sociedades humanas, y concretamente, de la sociedad de que se trata ahora, recursos eficaces con que arribar á una satisfactoria reglamentación del trabajo y á una

justa protección de los trabajadores, prescindiendo de la acción directa de la ley?

Indudablemente los habría, si el industrial tuviese de ordinario una concepción clarovidente y elevada de las exigencias de su interés definitivo. Levantándose entonces por encima del aparente y transitorio interés que puede moverle á la desconsideración y la injusticia con sus colaboradores forzosos, llegaría á comprender que una estrecha solidaridad de destinos le vincula á éstos, y que no debe, por tanto, abusar de sus fuerzas ni exacerbar sus agravios, sino ver en el agente productor y ver en sí mismo como dos órganos cuya integridad es mutuamente necesaria para ambos, siendo la condición de la salud de un cuerpo único. Las persuasiones de esa elevada consideración de utilidad, de ese interés bien entendido, (ya que motivos más altos de filantropía y desinterés, no es posible incluir, por desdicha, entre los móviles comunes de las acciones humanas,) serían suficientes para amparar al obrero contra los excesos de la brutalidad ó la codicia, sin necesidad del escudo protector de la ley. Pero bien se comprende que semejante garantía, es, en realidad, asaz precaria y problemática. El industrial está lejos de ser siempre un espíritu superior... El interés particular no se eleva fácilmente á consideraciones de esa índole. Y puede agregarse que, aun cuando por excepción se eleve á ellas, se verá impedido de llevar sus propósitos benéficos más allá de ciertos límites, por el hecho de que su propia calidad de excepción le pondría, durante mucho tiempo, en condiciones inferiores de competencia.

Otro medio, mucho más adaptado al conocimiento de la naturaleza humana y á la historia de esta

cuestión social, puede señalarse para excusar al poder público de la ingerencia en los conflictos del trabajo. Consiste este medio en fomentar, en obreros y patronos, el espíritu de asociación profesional, de modo que cada una de esas parcialidades se organice y adquiera personalidad corporativa, relacionándose entre ambas y propendiendo á equilibrar sus conveniencias y derechos. La facultad de contratar, en materia de trabajo, podría ser abandonada sin temor á las contingencias de una libertad no restringida, si, frente á una asociación de los intereses patronales, que uniformase las manifestaciones de su voluntad, hubiera constituído un fuerte haz de sindicatos obreros, autorizados por la ley para el contrato colectivo, de modo que desapareciera la debilidad del proletario que estipula individualmente con el patrono; y dotados, además, de una base material suficiente como para ofrecer al capital la confianza de una responsabilidad efectiva en cuanto al respeto de sus convenciones. En tal caso, el interés legítimo del trabajador tendría su amparo y su vigilancia en sí mismo, y el juicio arbitral podría dirimir pacíficamente todas las disidencias de obreros y patronos, sin que el Estado necesitase abandonar su norma de abstención.

Cualesquiera que sean sus condiciones de madurez en lo presente, tal solución es, sobre toda duda, un ideal á que se debe tender; es la fórmula superior y completa, más sólida y más digna que otra alguna, puesto que busca su fundamento en las costumbres, y su impulso en los movimientos saludables de la libertad y la cooperación, sin los peligros que indudablemente encierra una apelación sobrado solícita al favor providencial del Estado.

Por medio de esa libre asociación de fuerzas es cómo las *Trade Unions* han organizado, en los pueblos anglosajones, un poder que impone respeto al interés conservador y á la autoridad de los gobiernos. Por ese medio también es cómo los trabajadores de la Australia y de la Nueva Zelanda han conquistado, en empeñosa brega, la reducción de las jornadas, el salario mínimo, la solución arbitral de las cuestiones del trabajo, y otros rasgos, aun más avanzados, de una organización social que ha dado lugar á que se señale por muchos, en aquel mundo nuevo, una como anticipada imagen de la humanidad del porvenir.

Pero, infortunadamente, la asociación de las fuerzas obreras está lejos de haber alcanzado en todas partes el grado de generalidad, de organización y de recursos, que sería necesario para poder confiar en la exclusiva eficacia de su acción. Y si nos referimos á nuestro propio medio, tal deficiencia es tanto más sensible. Ese género de asociación, hoy incipiente entre nosotros y supeditada casi siempre á tendencias que no son puramente las de las reivindicaciones económicas del trabajador, ha de luchar, por mucho tiempo todavía, con los impedimentos que acumularán ante ella la relativa escasez de las fuerzas asociables; el carácter flotante é inorgánico de nuestras clases obreras, formadas en su gran mayoría por elementos colecticios, procedentes de todas direcciones, sin los vínculos que crea la comunidad de nación ó de oficio inveterado y fijo; y por último, cierta tendencia ingénita de nuestra sociabilidad, cierta influencia peculiar del ambiente, que dificulta, para cualquier género de propósitos, la concentración y el acuerdo de las voluntades.

Por otra parte, la suficiencia de la asociación gremial, como medio exclusivo de regular las relaciones del trabajo, no parece muy asegurada en la actual situación de las cosas humanas, si se considera que son los pueblos donde esa asociación florece y cunde, los pueblos de las *Trade-Unions*, los que con más eficiencia han propendido, mediante la propaganda de éstas mismas, á obtener la intervención del Estado para la reforma de las condiciones de la vida industrial. La legislación del trabajo, según ya tuve ocasión de recordarlo, ha nacido, en lo moderno, de las *actas de fábricas* de Inglaterra; sin que hayan sido obstáculo para ello ni la fuerza omnipotente que alcanzan en esa gran nación los recursos de la acción privada, ni el individualismo que radica en los más hondos terrones de su tradición social.

En nuestros días, puede afirmarse definitivamente que la tendencia intervencionista no tiene adversarios absolutos. Todo está en la medida que se le señale, ó en las cuestiones á que se la extienda; y éste es, sin duda, punto delicado y grave. Si se tiene en cuenta que la intervención del Estado en el régimen del trabajo no se cumple sino al precio de restringir ciertas libertades, tan respetables como todas, lícito es sentar por principio que para fijar el límite de esas libertades no debe bastar con una probabilidad de conveniencia: será menester que esa probabilidad raye en los términos de la *certidumbre*, y que esta conveniencia, por el grado á que se levante, asuma los caracteres de una *necesidad*.

Tal es el criterio á que, por mi parte, procuraré ajustarme en el presente estudio.

III

El defecto de que fundamentalmente adolece la fórmula propuesta por el gobierno del Uruguay, es la inflexibilidad de sus lineamientos: es la rigidez con que tiende á comprimir, dentro de moldes comunes é invariables, actividades diferentes por la naturaleza de sus procedimientos, y capacidades desiguales por la medida de sus energías.

La jornada uniforme de *ocho horas* para el trabajo de fábrica y taller, prestigiosa como aspiración humanitaria, y admisible como límite normal, que sirva de regulador ó de modelo, es, á todas luces, violenta y desconocedora de la realidad, si ha de tomársela como canon cerrado é inflexible, que no dé lugar á ampliación, á modificación, á salvedad alguna.

Ni aun tratándose de reducciones menos extremas en el número de horas, se las ha considerado, en otras partes, conciliables con la fijeza y la igualdad. Recórranse todas las leyes similares; consúltense todas las fórmulas á que se haya dado sanción práctica en la reglamentación del tiempo de trabajo, cualquiera sea la amplitud de sus límites: todas comportan numerosos casos de excepción, todas prevén dificultades, todas hacen diferencias; sea en su propio texto, sea en los reglamentos que concretan y particularizan su aplicación, sea concediendo á determinados órganos de autoridad la prerrogativa de atenuar ó suspender en ciertas circunstancias, según su prudencial arbitrio, el rigor de las disposiciones comunes. Y esto fluye naturalmente de la complejidad infinita de la materia sobre que recae la acción de estas leyes, y de las circunstancias im-

previstas que á cada paso surgen, desde que se las lleva de la esfera de las generalizaciones al vario y desordenado campo de la realidad.

Es fácil darse cuenta, en primer término, de que las maneras de organización y funcionamiento de los diferentes géneros de industrias están lejos de seguir una pauta uniforme; y por tanto, no cabría imponer en todas ellas una medida de tiempo absolutamente igual, sin producir una nivelación que forzaría la naturaleza de las cosas. Además, la intensidad relativa de trabajo nunca podría medirse con exactitud por la simple extensión de tiempo. Una igual duración de la labor no importa el mismo gasto de energías en las industrias que exigen el esfuerzo rudo ó la atención concentrada, que en las que se desempeñan por movimientos livianos y automáticos. Esa duración no envuelve iguales riesgos para la salud en la generalidad de las industrias que en las que son esencialmente antihigiénicas por el material que se maneja ó por la índole del esfuerzo que imponen. El trabajo que se verifica al aire libre difiere del que se realiza bajo techo, y el de horario nocturno del de diurno. La condición de cierto género de manufacturas volverá difícil ó imposible fijar con exactitud el límite del trabajo del día, porque la interrupción de ciertas operaciones frustraría su resultado; mientras que en otras manufacturas el término de cada operación es fácilmente previsible, ó su interrupción es innocua. La necesidad de valerse de turnos ó relevos por la reducción del horario, importará en determinadas industrias una dificultad mucho mayor que en las demás. Hay especies de elaboración en que puede reforzarse el trabajo de taller con el trabajo á domicilio, á diferen-

cia de otras, en que el obrero sólo puede trabajar dentro del taller. El descenso en la cantidad de producción, el encarecimiento del producto, la merma del salario, por la disminución de las horas, no son consecuencias igualmente probables, ni igualmente temibles, en los diferentes órdenes de industrias. Y en una palabra: de cualquiera punto de vista que se se le considere, cualquiera sea el interés con que se le relacione, el organismo industrial presenta un conjunto tan complejo y tan múltiple, que la vanidad de pensar en una reglamentación uniforme aparece de manera intuitiva apenas se pasa de lo más exterior de él.

Debe en general desconfiarse, contra la creencia vulgar, de las leyes que no establecen excepciones ni especifican diferencias. El objeto á que se aplican las leyes, el fondo diversísimo é instable de la sociedad humana, es cosa demasiado apartada de la simplicidad para que una medida absolutamente común sea, las más de las veces, conciliable con el acierto y la justicia. Pero, tratándose de la cuestión que examinamos, la verdad de esa observación sube de punto, porque difícilmente se hallaría materia más compleja que ésta. Aun no se ha dicho todo con señalar la diversidad de las industrias entre sí. La complejidad se reproduce, á menudo, en los distintos momentos de la actividad de cada industria. Numerosas son las clases de trabajo en que un horario inflexible no se adaptaría á las necesidades cambiantes de la producción, según las estaciones, según la inclemencia ó la bonanza del tiempo, y según las mil causas que influyen en las alzas y bajas de la demanda.

Se deduce de aquí, y es menester reconocerlo, una

de las indudables ventajas que el libre acuerdo entre las partes tiene, en principio, sobre la intervención del Estado, para la solución de las dificultades del trabajo. Presupuesta una organización de los intereses patronales y gremiales, en la que estos últimos estuviesen dotados de fuerza suficiente con que equilibrar los medios del patrono, cada industria, cada gremio, se darían autonómicamente la jornada que mejor conviniese al orden de sus tareas, armonizando en ella las aspiraciones legítimas del industrial y del obrero; modificándola según su experiencia, y adaptándola al cambio de las circunstancias. Pero mientras tal organización no exista y la intervención del Estado sea necesaria para compensar la debilidad de una de las partes, esta intervención debe tener por norma conciliar los límites que fije al uso de los servicios del trabajador, con la necesidad de respetar las naturales diferencias determinadas por la distinta aplicación de esos servicios.

Tal es el resultado de la más somera consideración de las cosas, y tal es también el ejemplo, en todas partes en donde se ha reglamentado legalmente el trabajo. Los pocos pueblos que han señalado un límite á la jornada del obrero adulto, no lo han hecho sin atender, de uno ú otro modo, á aquellas causas de desigualdad. En la legislación francesa, la jornada de diez horas, que establece la ley de 1900 y que ha entrado en vigencia desde 1904, alcanza sólo á los obreros que trabajen en los talleres y manufacturas donde también se ocupen mujeres y niños. Para los demás, rigen las doce horas que prescribe el decreto dictado, durante la efímera república de 1848, por el llamado «Consejo de Luxemburgo». Pero, además de esta primera diferencia,

así este decreto como aquella ley están sujetos en la práctica á numerosas excepciones. El decreto de 1848 establece que «los reglamentos de administración pública determinarán las excepciones que sea necesario introducir en la disposición general, por razón de *la naturaleza de las industrias* ó de causas de fuerza mayor». Y la ley de 1900 está limitada en su aplicación por disposiciones como las de la ordenanza de 28 de Marzo de 1902, que autoriza los trabajos extraordinarios fuera del máximum normal de diez y doce horas, en determinados géneros de industria ó en ciertos casos de urgencia.

La legislación suiza ha consagrado, desde 1877, el horario universal de once horas; pero no sin dar lugar, por el artículo 11 de la famosa ley de aquella fecha, á los pedidos de autorización para prolongar extraordinariamente la duración de las horas de trabajo; pedidos que, según el término de la prórroga, deberán dirigirse á las autoridades del distrito ó al gobierno federal.

La ley austriaca de 1885, que, como la suiza, establece un máximum de horario para los obreros adultos, lo fija también en once horas; pero con tal suma de excepciones y derogaciones, que, seguramente, los casos que caen dentro del alcance de la ley no superan en número á los excluídos.

No ha legislado Inglaterra en cuanto al horario de los adultos; pero aun tratándose sólo de la reglamentación del trabajo de niños y mujeres, basta revisar el gran *bill* de 1878, que reune y sistematiza la legislación industrial, para encontrar á cada paso una diferenciación en materia de horas de trabajo: según el género de fábricas, según la premura de la tarea y según otros muchos motivos de diversidad:

todo ello sin perjuicio de autorizar ampliamente las derogaciones expresas por concesión de los secretarios de Estado.

Si esta necesidad de diferenciar, de exceptuar, de abrir espacio para el trabajo extraordinario que fuere requerido por la urgencia del caso ó por la naturaleza de la industria, ha sido así atendida tratándose de jornadas normales de *diez* á *doce* horas, ¿cuánto más imperiosa no será la fuerza de tal necesidad cuando se fije en *ocho* horas la duración de la jornada normal?... Cítase comúnmente el ejemplo de la Australia y de la Nueva Zelanda, en abono de la posibilidad de la jornada uniforme de ocho horas. La ley ha consagrado, efectivamente, en esos pueblos, la suspirada fórmula: ¿es sin excepciones cómo la ha consagrado? Consúltese la ley neozelandesa de 1901, admirable código del trabajo industrial. Junto al inciso del artículo décimoctavo, que fija para el obrero adulto el máximum de cuarenta y ocho horas semanales, está el inciso donde se previene que en un anexo de la ley se enumeran los géneros de industria exceptuados de tal disposición.

En 1904, en la República Argentina, el gobierno del presidente Roca propuso á la sanción parlamentaria un vasto y concienzudo proyecto de legislación del trabajo, que, á pesar de que nunca llegó, según mis noticias, á tomarse en consideración, merece ser citado como notable antecedente teórico. Ese proyecto, obra del cultivado espíritu de don Joaquín V. González, establece la jornada normal de ocho horas; pero cuida de asegurar, en la práctica, la flexibilidad que dé paso á los impedimentos que se justifiquen. En él no sólo se prevén las excepciones determinadas por los caracteres permanentes

de ciertos géneros de industria, sino que se legitima que la libre convención entre obreros y patronos produzca la modificación de aquel horario, mediante el juicio pericial de los técnicos y la intervención, si necesario fuere, de los tribunales instituidos para dirimir los conflictos del trabajo.

La autoridad de estos ejemplos concurre á reforzar las razones en cuya virtud juzgo que no podrá menos de quitarse á la limitación de la jornada el carácter inmutable y rígido con que la propone el gobierno del Uruguay; aunque, como norma ó centro de un plan menos uniforme, tengo por aceptable la medida de la limitación. Falta escoger ahora el medio con que deba tenderse á comunicar al horario legal la flexibilidad que lo haga aplicable en distintas circunstancias.

Al procedimiento de prever excepciones que se señalen taxativamente, ya en la ley misma, ya en su reglamentación, ó que queden libradas al criterio de las autoridades á que coresponda aplicarla, acaso fuese preferible, partiendo de la radical restricción de ocho horas para jornada normal de todo gremio, el sistema de conceder algún espacio, fuera de esas horas, á la libertad de contratar; de suerte que según las condiciones y necesidades de cada industria, y según las accidentales exigencias de cada oportunidad de su desenvolvimiento, pueda el industrial, sin obligación de recurrir al permiso de las autoridades, tomar, dentro de aquel término libre, el tiempo que sea menester. Pero, cumplida la común jornada de ocho horas, todo trabajo excedente requeriría convenio expreso y aparte, y no sería, en ningún caso, obligatorio para los que sólo hubieran contratado sus servicios en cuanto á la ta-

rea normal, ni entraría como compromiso válido en las condiciones de la admisión á esta última. El trabajo extraordinario de esa manera autorizado, nunca debería pasar de *tres horas*, las cuales serían retribuídas con ventaja, cuya proporción fijaría la ley, respecto del salario de las horas normales. Se tendría, pues, en las industrias que necesitaran apelar, más ó menos transitoriamente, al trabajo extraordinario, una jornada de once horas, ó sea, igual en duración á aquella que la avanzada legislación suiza, la de espíritu más ampliamente humanitario en Europa, consagra como jornada común, susceptible de aumentarse extraordinariamente.

Algunos de los Estados de la Unión Americana, v. gr.: Nebraska y California, han tendido también á conciliar el establecimiento de un horario normal con las ventajas del contrato libre; y al efecto, han dado fuerza legal á la jornada de ocho horas sólo para aquellos casos en que no exista convención en contrario entre el industrial y los obreros. Pero esta autorización indefinida, sin máximum de tiempo, del trabajo extraordinario, ó más bien, del trabajo normal por convenio expreso, vale tanto como desvirtuar los fines esenciales de la reglamentación de las horas de trabajo. Bien sabido es que, en las actuales condiciones jurídicas del contrato entre patronos y trabajadores, el obrero carece de medios suficientes con que equilibrar la abrumadora superioridad del capital: de manera que nada ampararía al obrero, en un régimen de plena libertad de convenciones, contra la imposición de las jornadas brutales que destrozan el cuerpo y humillan y anulan el espíritu. Es necesario un límite, que respete las conveniencias extremas de la conservación social y

de la dignidad humana. Y de tal punto de vista, aunque se comprende que, tratándose de este género de fórmulas, no es posible aspirar á una exactitud ó á una precisión absolutas, hay, por lo menos, grandes probabilidades de acierto si se afirma que una jornada, de fábrica ó taller, que pase de *once horas*, no se justificaría ni por la mayor consideración de orden económico ó de utilidad general; porque, aun cuando por la índole excepcionalmente liviana del trabajo no representase, en algún caso, un exceso brutal, representaría siempre una absorción de tiempo inconciliable con el libre uso de la propia personalidad y con la satisfacción de los más elementales vínculos de la sociedad y la familia. Por otra parte, dentro de las necesidades y los usos de nuestras industrias, no hay trabajo que no pueda contenerse, sin grandes violencias, en un término inferior al máximum á que me refiero.

Expuestas las ventajas que la ampliación accidental de la jornada de ocho horas, tendría en relación á las necesidades industriales, cabe preguntar si esas ventajas subsisten cuando se consulta el interés del trabajador; y creo que la respuesta afirmativa surgirá, clara é imperiosa, para todo espíritu desapasionado. El interés del obrero no puede ser otro que el de que se limite la duración de su trabajo hasta el punto en que estrictamente lo requieran la integridad de su naturaleza física y los fueros de su personalidad moral. Pero toda limitación que no se contenga en esa estricta medida y obstaculice la libertad del trabajador para el desenvolvimiento de las fuerzas que son la condición de su existencia y el fundamento de sus aspiraciones y esperanzas, no puede menos de ser considerada por

el obrero como una abominable tiranía, que se dirige contra sus más caras y esenciales conveniencias.

Desde luego, si falsa es la identificación de las condiciones de todas las industrias, en cuanto al tiempo en que hayan de desenvolverse, falsa sería también la identificación de las condiciones y necesidades de los individuos, con relación á los fines del trabajo. No todos los obreros tienen igual número de hijos á quienes mantener; no entre todos está igualmente repartido el peso de las calamidades que acrecientan los gastos permanentes ó eventuales de la familia: las enfermedades, las defunciones, las deudas, los padres inválidos ó ancianos á quienes auxiliar, etc., etc. Aun cuando hubiera modo de eliminar estas diferencias, siempre quedaría en pie un motivo de disimilitud que bastaría por sí solo para justificar las desigualdades en la medida de trabajo: la diversidad en el grado de la aptitud. Y he aludido con esto á uno de los peligros que más cuidadosamente han de orillarse en estas leyes de reparación social; porque á poco que ellas se salgan de sus límites, á poco que se las inficione del espíritu del socialismo igualitario, conducen á la funesta extinción de todo estímulo y toda emulación, con lo que se abate el legítimo privilegio de las aptitudes superiores y se quita al trabajo la lontananza con que lo anima y alegra el pensamiento del triunfo, para reducirlo á una obligación monótona y tediosa, aunque se la haya eximido de sus crueles espinas, que no promete á nadie más que lo que concede á todos.

En buena hora se atenúen los efectos de la competencia y de la «lucha por la vida», con el bálsamo de la piedad. Pero nunca se les anule de modo que no

queden medios para que el más fuerte, el más laborioso, el más capaz, ó si se quiere, el más ambicioso,—puesto que la ambición noble y digna es de por sí una razón de calidad,—logre descollar y prevalecer sobre la multitud de los mediocres. El carácter esencial de la sociedad democrática será siempre la justicia inmanente que permite á cada cual destacarse según sus fuerzas y merecimientos, y hace de cada hombre el artífice de su propio destino. Pobre concepto del trabajo sería el de aquel que lo considerase simplemente como un medio de subsistir: él es también un medio de progresar y de elevarse. Cuando todas las necesidades de la vida estén satisfechas; cuando en la casa haya todo el pan y todas las ropas que se necesiten, todavía quedará al trabajador un estímulo para persistir en el trabajo: la posibilidad del ahorro, que le dará modo cómo levantarse sobre su condición y escalar para sí ó para sus hijos rangos superiores de la sociedad. Vano será que se declame contra estas razones, arguyéndose con que es cruel ironía hablar á los que perecen, acaso, en las angustias del desamparo y la miseria, de la posibilidad de atesorar y de ascender. Los hechos prevalecerán sobre las declamaciones, y es un hecho que puede comprobar cualquiera, dentro del alcance de su observación personal, el caso del obrero que ha conquistado el bienestar, y aun la fortuna, como recompensa de su habilidad, de su perseverancia ó de su economía. Aun cuando este hecho no fuera frecuente (y en los forzosos límites de toda selección, lo es,) bastaría que él fuese posible para que debiera facilitarse la ocasión de que se produjera. Llenos están los anales de las sociedades democráticas de estos encumbramientos dignificadores, que

no se limitan, por cierto, á la conquista de un mayor bienestar material, sino que llegan más alto y alcanzan á los bienes superiores del poder y del renombre, y un día levantan á Lincoln, el leñador del Illinois, al Capitolio de Wáshington, y otro día levantan á Félix Faure, el curtidor de Turena, al palacio del Elíseo. No rebajemos la energía de las voluntades, en nombre de una falsa igualdad. Dejemos algún campo abierto para que trabajen algo más que los otros aquellos que más lo necesitan, ó que más aptos son, ó que más ambiciones tienen; y con esto respetaremos los principios fundamentales de nuestra organización democrática, y tutelaremos el más alto y vital interés de los trabajadores.

IV

Si en tal forma se modificase el horario inflexible de ocho horas que propone el gobierno del Uruguay, puede asegurarse que su aplicación no traería consigo alteraciones de cuantía en las actuales costumbres de nuestra organización industrial, ni haría otra cosa que completar una evolución, favorable á las jornadas breves, que se ha desenvuelto sin la intervención del Estado. Pocas serían las industrias á las que viniese estrecho el término máximo que tolera la flexibilidad de un horario de ocho horas normales y tres extraordinarias; ó que no pudieran ceñirse á él sin graves perjuicios. Las jornadas que pasan de once horas son, en nuestras fábricas y talleres, una rara excepción.

Debe tenerse en cuenta, desde luego, que el horario fijo de ocho horas es una conquista ya alcanzada

en muchas de las industrias cuyo funcionamiento peculiar no opone dificultades insalvables á esa limitación de tiempo. Gozan actualmente de la jornada de ocho horas, por libre acuerdo entre obreros y patronos, gremios como los albañiles, los carpinteros de obra blanca y de ribera, los herreros, los herradores, los operarios joyeros, los escultores en madera, los calafates, los aserradores de ribera, los trabajadores en mármol, los ebanistas de taller, los elaboradores de cigarrillos y de fósforos. En otros gremios, el horario actual pasando de ocho horas, no alcanza á once. Trabajan nueve horas: los talabarteros, los lustradores de muebles, los maleteros y bauleros, los aparadores de botas, los zapateros mecánicos, los operarios sastres, etc. Trabajan diez horas: los cortadores sastres, los ebanistas de fábrica, los caleros, etc.

Excusado es decir que estos gremios que, en un régimen de ilimitada libertad, cuando no hay máximum obligatorio de tiempo, han obtenido, por su propia gestión ó por espontánea concesión del industrial, jornadas inferiores á once horas, en nada verían modificado su horario por la vigencia de una ley que fijase, con carácter de excepción, el máximum de once. Es obvio que los industriales que han podido adaptar el movimiento regular de sus empresas á aquellas jornadas breves, sin que los moviese á ello más que su propio interés ó el de conciliar con los obreros, sólo tendrán motivo para mantener, y aun reducir, sus horarios, desde que sepan que todo tiempo que exceda de las ocho horas normales entra en la condición de trabajo extraordinario, con derecho á ser beneficiado en la retribución.

El término de las jornadas varía, en otros gre-

mios, según las estaciones del año; y es, sin duda, una de las ventajas de una fórmula flexible la de dejar subsistir estas diferencias, que la fórmula absoluta abatiría con su rasero nivelador. Así, los peones de las *barracas* (ó depósitos) de maderas, trabajan nueve horas en verano y ocho en invierno; los de las barracas de lanas, nueve y media en invierno y diez en verano; los de las barracas de carbón, nueve y diez horas respectivamente; los aserradores, ocho y nueve horas; los operarios de las fábricas de vehículos, ocho y diez.

Fuera de estos horarios constantes, (y sin que entre en cuenta el trabajo á domicilio, ni el que se tasa por piezas, y no por el término de duración,) quedan los casos en que el horario es indeterminado y variable según mil circunstancias que se relacionan con las desigualdades de la demanda ú otros motivos de oportunidad. El aditamento de las horas suplementarias permitiría respetar también esta práctica inherente á la naturaleza de muchas labores.

La reducción de los horarios excesivos, ó conceptuados tales por los obreros, es una de las reivindicaciones que, en Montevideo, más han servido de acicate á las huelgas, y á menudo con éxito favorable. Los maleteros y bauleros, que hasta Septiembre de 1905 trabajaban diez y seis horas, desde la huelga de esa fecha trabajan sólo nueve; los toneleros, que trabajaban trece horas hasta hace pocos años, obtuvieron por la huelga el horario de once; y apelando al mismo recurso, los constructores de varales lograron cambiar, en 1906, su horario de catorce y quince horas por el de diez, y los lustradores de muebles, en el mismo año, el de diez por el de nueve.

Subsisten aún, es cierto, jornadas superiores á

once horas. En la elaboración de papel y en los molinos rige la de doce, y la de catorce en la elaboración del pan. Pero es en los saladeros de carnes donde las grandes jornadas de diez y seis, diez y ocho y aun más horas, señalan el máximo grado de tensión de las fuerzas del trabajador.

Tales casos no representan, sin embargo, más que una proporción relativamente mínima. Para la gran mayoría de las industrias, un régimen de ocho horas normales y hasta tres extraordinarias, no trastornaría fundamentalmente las prácticas que consagra el uso. La sola circunstancia de que podría temerse algún desequilibrio es la del mayor salario que se habría de pagar por cada hora que excediese del término normal. No se me oculta la posibilidad de que, en algunas de las industrias que hubieran de mantener su horario actual de más de ocho horas, la necesidad de recurrir diariamente al trabajo extraordinario se tradujese por una forzosa reducción del salario de las horas normales, á objeto de equilibrar en el costo total del trabajo la diferencia producida por la obligación de pagar más alto las suplementarias. No sería difícil tampoco que, en otros casos, esa diferencia se hiciera pesar, más que sobre el salario del obrero, sobre el precio que se cobrase al consumidor. Habría veces en que el patrón tendría conveniencia en apelar, para el trabajo extraordinario, al relevo de su personal. Pero, como quiera que se piense de esto, es indudable que la amenaza, así de disminución de los salarios como de encarecimiento en los productos, quedaría con tal modificación considerablemente mitigada, respecto de las trascendencias que, en uno y otro sentido, cabe señalar al horario uniforme y fijo de ochoboras.

V

Fuera de los obreros de fábrica y taller, la extensa democracia del trabajo comprende otras especies de trabajadores, que por la índole, menos rudamente material, de sus tareas, así como por las intermitencias ó interrupciones á que ellas dan lugar de ordinario, se encuentran en condición notoriamente distinta, respecto á la medida que haya de aplicarse para fijar el máximum de su labor.

El proyecto del gobierno del Uruguay, á pesar del criterio de uniformidad en que se inspira, reconoce esa esencial diferencia, y señala, para aquellas manifestaciones de trabajo que no entran en la clasificación del de fábrica y taller, la jornada de diez horas.

Tengo por aceptable ese término como duración de la jornada normal de tales gremios; pero á condición de que se autorice, para ellos también, el trabajo extraordinario, en igual proporción de tiempo que para los obreros propiamente dichos, y por las mismas consideraciones que al referirme á éstos he expresado. Quien, recordando un argumento anteriormente expuesto, observase que esta prolongación de una jornada normal de diez horas, que con las suplementarias llegarían á trece, desvirtuaría el espíritu de la ley, desde que, á pesar de no tratarse ya de tareas de gran esfuerzo muscular, el excesivo embargo de tiempo contrariaría los fundamentos morales de la jornada máxima con la anulación de la personalidad inteligente y libre, no deberá olvidar que las interrupciones de actividad, en las la-

bores de este género, comportan frecuentemente la posibilidad de reposar la atención y de expandir el espíritu fuera del objetivo directo del trabajo, permitiendo en cierta medida las conversaciones, la meditación, las lecturas, etc., etc.

Ha habido acierto en la inclusión del empleado de comercio dentro del alcance tutelar de la ley. Y cuando un estudio exacto y prolijo de la organización y las prácticas administrativas, haga la reforma oportuna, es indudable que deberá extenderse también una reglamentación semejante, á las oficinas que dependen del Estado.

Ha sido, durante mucho tiempo, una limitación injustificada de las reivindicaciones en favor del trabajo, el hecho de que ellas se circunscribieran casi exclusivamente al obrero, al menestral, manteniendo en olvido á otro género de trabajadores, y singularmente á los empleados de comercio y de oficina. Pero en los últimos años se ha abierto paso, y de día en día se acentúa en las legislaciones europeas, una tendencia á colocar á esos olvidados de ayer bajo la protección de las leyes que reglamentan el trabajo. «El empleado y no el obrero—ha dicho Gustavo Le Bon con la habitual rigidez de sus fórmulas, —es el verdadero paria moderno». Apartando lo absoluto de esta proposición en lo que afirma como en lo que niega, queda un sólido fondo de verdad, que entre nosotros puede fácilmente comprobarse. En nuestro ambiente, cabe asegurar que los dolorosos dramas de la angustia económica, las luchas con la escasez y la miseria, tienen por escenario, tanto ó más que la habitación del obrero, la casa del modesto empleado. Sostén, infinitas veces, de una familia, el modesto empleado une á la exigüidad de sus

recursos, la pesada carga, ajena al obrero, de un decoro social que le obliga en el modo de vestir y en el modo de alojarse. Para colmo de males, el empleado desconoce, ó poco menos, el medio, á que ya está habituado el menestral, de la protesta pública y ruidosa, que se complementa, en caso necesario, con la apelación á la huelga; y lejos de poner de manifiesto sus dolores y reclamar para ellos la atención y el interés de los demás, ha de callarlos y disimularlos, á menudo, con los disfraces de la pobreza vergonzante y de las conveniencias y respetos del mundo. De otros puntos de vista, y singularmente del que se refiere á la suprema razón de la salud, no aparece menor la necesidad de volver la mirada á este género de obreros, tan injustamente desatendidos. El trabajo sedentario, de muchas horas, en local cerrado, con frecuencia estrecho é insalubre; en la actitud malsana del dependiente de escritorio, ó en la prolongada tenencia en pie del que atiende á las tareas del mostrador, se desenvuelve en condiciones, indudablemente, más antihigiénicas que muchas de las labores de fuerza muscular practicadas al aire libre ó en el ambiente de talleres y fábricas.

La modificación fundamental del proyecto en el sentido de autorizar el trabajo extraordinario, dejaría lugar, como queda dicho, para que tareas de distinta índole se ajustasen, sin grandes trastornos, á la ley. Pero, aun modificada de acuerdo con esa conveniencia, la ley permanecería inadaptable á las peculiares condiciones de cierto orden de trabajo, respecto del cual no puede menos de establecerse una excepción, dejándole para ser reglamentado según su peculiar naturaleza. Aludo al trabajo de mar.

Ya se haya limitado la denominación de *marineros*, en el proyecto del gobierno del Uruguay, á los que se ocupan en el tráfico del puerto; ya comprenda también á los de la navegación marítima y fluvial, es evidente que el género de actividad que les es propio obedece á circunstancias y procedimientos que no podrían identificarse sin violencia con los del trabajo de fábrica ó taller, ni con los de los transportes terrestres. La vida de mar es cosa aparte. Aun cuando el alcance de la disposición no pasara de las embarcaciones auxiliares del puerto, fácil sería convencerse de cuán impracticable es. La premura inherente á la clase de operaciones en que se emplean; las desigualdades, que no habría forma de evitar, en el tiempo de trabajo; la imposibilidad de medir este tiempo por las horas de permanencia á bordo (permanencia que, para el marinero, es como el modo habitual de habitación ó domicilio), á menos de contar el armador con triples reservas de personal que se turnasen para bajar á tierra, ó de hacer cesar diariamente sus servicios cuando se cumpliese el horario,—son dificultades que no se resolverían sin perjudicar considerablemente á la rápidez de las operaciones, con lo que se anularía un aliciente indispensable para mantener la actividad de ese tráfico, ó bien, sin recurrir á encarecer las tarifas, con lo que el resultado sería igualmente desviar del puerto de Montevideo una gran parte de los buques de paso que hoy se detienen en él. Excusado es decir que aun me parecería mayor la gravedad de este punto si no se tratase sólo del tráfico portuario sino también de los demás géneros de marinería.

Forzosa es, pues, la excepción á que me refiero; no para dejar á un gremio de trabajadores fuera del

alcance protector de la ley, sino para dar á la protección de la ley, en lo que á él importa, forma eficaz y congruente. Aconsejándose de los centros gremiales, de patronos y de marineros, podrá llegarse á determinar, en el trabajo de estos últimos, las más favorables condiciones que quepan dentro de las necesidades y costumbres de la vida de mar.

VI

Ninguna parte más indiscutida, ninguna más indiscutible, en la organización legal del trabajo, que la que se relaciona con la limitación de las tareas impuestas á los niños. Cuando se trata de este objeto, todas las disidencias fundamentales desaparecen, todas las opiniones se confunden en un asentimiento unánime, que apenas tolera discrepancias en cuanto á la medida y las formas de la aplicación, como si el supremo instinto de la especie, acudiendo en salvaguardia de su porvenir, inhibiese, en la conciencia de todos, las consideraciones egoístas, los intereses transitorios, los apasionamientos de escuela ó de doctrina.

Y sin embargo, ha sido necesario remover ideas llenas de prestigio para llegar á este mismo acuerdo parcial. No es sin cierta impresión de cosa de otra edad y otro mundo cómo leemos hoy las páginas, no muy viejas, en que Herbert Spencer, caracterizando la transformación de las tradiciones liberales en tendencia al socialismo de Estado, bajo los gobiernos de Palmerston y Gladstone, incluye entre los que tiene por signos de extraviada política—aun reconociendo la bondad de los móviles,—el he-

cho de que la ley interviniese en el trabajo de las minas y de las más penosas industrias, para impedir que los niños muy pequeños fuesen ocupados en él. Es dudoso que, en nuestros días, alguien se atreviera á hacer coro á esas protestas del ilustre teórico del individualismo. Los más radicales individualistas, los más irreducibles partidarios del liberalismo económico, se inclinan ya ante la intervención del Estado en el trabajo de los niños. Los pueblos más reacios á entrar de lleno en el movimiento intervencionista que ha suscitado en otras partes todo un nuevo organismo de legislación, acogen en sus leyes disposiciones que tutelan la salud física y moral de la infancia. Ha sido éste, donde quiera, el primer paso de la intervención; y aun cuando queda, sin duda, mucho por hacer, es el aspecto de la organización del trabajo en que la realidad presenta datos menos desconsoladores.

No sólo debe el niño ser amparado, en ésta como en sus demás relaciones con la sociedad, porque ello surge de su ineptitud para velar por sus propios intereses; sino que es ésta la manifestación en que con más fuerza se impone la acción social que le ampare. El trabajo desmedido, en duración ó intensidad, que quebranta el cuerpo y enerva y paraliza el alma, siendo brutal cuando se trata de los hombres, es, tratándose del niño, la forma más odiosa y aleve que ha podido revestir la barbarie de las ambiciones desapoderadas, que han afrentado los blasones de la civilización moderna con abusos sucedáneos de la esclavitud. Aun sin llegar á esos extremos mortales, el trabajo del niño debe ser ahorrado y vigilado celosamente. La tarea de fábrica ó taller, no ya en las condiciones en que comúnmente se realiza,

sino en aquellas en que por fueza ha de realizarse, es, como no se la restrinja mucho, inconciliable con las necesidades de un organismo en formación, que requiere, por elementos esenciales, la libertad de movimientos, la plena luz y el aire libre. La función preventiva de que nace la higiene social tiene aquí el objetivo más alto de su aplicación. En el trabajo prematuro se acumulan para el porvenir raudales de dolor y de miseria física. Nada más instructivo á este respecto que los resultados de la consulta dirigida por la Asociación Nacional para la protección de los trabajadores, á los más eminentes médicos franceses, y que han sido recopilados por Mr. Martin Saint-Leon. Entre otros, el doctor Mauricio Lentulle, médico de los hospitales de París, llega á declarar que, ya en principio, habría mérito para calificar de *criminal* la imposición, á los menores que no han entrado en la adolescencia, del trabajo diario en el encierro del taller ó la fábrica. Si no fueran sobradas tales consideraciones de humanidad, aun podría plantearse y resolverse esta cuestión, para los brutales y los egoístas, con el criterio de utilidad de una operación económica. Los niños que trabajan hoy serán los adultos que trabajarán mañana. Economizar las fuerzas de los primeros es aumentar la intensidad y el rendimiento probables del trabajo de los últimos.

El mínimum de edad fijado para la admisión al trabajo fluctúa, en las leyes europeas, de los diez á los catorce años, según el país y según el género de industria. El límite en que se considera terminada la niñez para los efectos de la ley, oscila de los catorce á los diez y ocho años.

La duración de la jornada del menor, de los doce

á los diez y ocho, en la legislación francesa, es, desde 1904, de diez horas: la misma que rige para la mujer, y para los obreros adultos que trabajen en taller donde también se ocupen niños y mujeres. Suiza, que tiene desde 1877 la jornada uniforme de once horas, descuenta del horario del niño, de catorce á quince años, el tiempo que requiera la enseñanza escolar. La ley austriaca de 1885 fijó el máximum de trabajo en ocho horas para los menores de catorce años, siendo la edad mínima de doce. En las demás naciones europeas, que no han puesto término á la jornada del adulto, la del niño tiene señalado un límite, el cual nunca es inferior á seis horas en la edad más tierna y en las tareas de más peso. La ley recientemente sancionada en la República Argentina prescribe para los menores de doce á diez y seis años la jornada de ocho horas.

Si se aceptara lo que propone el gobierno del Uruguay, los niños de trece á diez y seis años tendrían por máximum cuatro horas de trabajo, en fábrica ó taller; y seis, los de diez y seis á diez y ocho. Para que sea modificada esta proporción en sentido algo menos restrictivo, me parece circunstancia atendible la de que establecer, en el primer caso, un máximum de cuatro horas, equivaldría en la práctica á la prohibición del trabajo antes de los diez y seis años, siendo excesiva la inferioridad respecto del horario de los demás trabajadores, para que el industrial tuviese conveniencia en contratar aprendices de menos de esa edad. Ello, en parte, se evitaría, si se fijase á la jornada infantil, en los talleres y fábricas, un máximum de *seis* horas, poniéndose así en el término más restringido que se hubiera adoptado para la infancia en ley alguna del mundo: dos horas

menos de las ocho que concede la reciente ley argentina, aun cuando en ésta el mínimum de edad es el de doce años, mientras que en el plan que examino es el de trece.

No es inoportuno recordar también que en el proyecto de reglamentación del trabajo de niños y mujeres presentado en 1906, al Congreso argentino, por el doctor don Alfredo Palacios, portavoz allí del partido socialista, y á fuer de tal, poco sospechoso de parquedad ó timidez en la medida de sus proposiciones la jornada infantil, de los catorce á los diez y seis años tiene por límite las seis horas á que me inclino, como primer ensayo, dentro de esta reforma inicial.

En cuanto á los menores de diez y seis á diez y ocho años, se procedería en relación vedándoles el trabajo extraordinario que se autorizase para los adultos fuera de las horas normales: de esta manera, su trabajo no podría pasar nunca de ocho horas.

Lejos estoy de pensar que con esas disposiciones, ú otras semejantes, quede completado el círculo de las medidas de protección á que la infancia y la adolescencia tienen derecho. Creo firmemente que, en todo género de trabajo industrial, la participación del niño debe ser rodeada de particulares garantías y cuidados; que, en las tareas antihigiénicas ó de mucho esfuerzo, se impone un aumento en la edad mínima y una reducción del horario normal; que hay, entre ellas, algunas en que sería menester exigir la presentación de un certificado médico de suficiencia física; y finalmente, que del punto de vista de las razones de moralidad y de educación del carácter, que constituyen los fundamentos de una higiene moral, importa reprimir abusos como los de la intervención de niños de pocos años en espec-

táculos teatrales ó circenses. Pero ya he manifestado que el procedimiento que conceptúo preferible en materia de legislación obrera, es el que encara las cuestiones en ella comprendidas, parcial y sucesivamente, consagrando á cada objeto bien diferenciado una ley particular; y dentro de este sistema, después de la ley que determine los lineamientos generales, aquéllos y otros puntos tendrán señalado su lugar en la que verse especialmente sobre la higiene y seguridad en el uso de las fuerzas del trabajador.

Por lo que se refiere á las actuales condiciones del trabajo infantil en Montevideo, puede asegurarse que la proporción de menores de diez y seis años en el personal de nuestros talleres es relativamente considerable, y hay géneros de industria en que llega á representar el cincuenta, el sesenta, y aún el setenta por ciento. La edad mínima no baja, por lo general, de la que determina el proyecto, pero no falta el caso de que niños de once, doce, y aun menos años, sean ocupados en tareas no siempre livianas. El horario en vigencia para los aprendices es, comúnmente, el mismo que para los obreros. En ningún caso, ó muy rara vez, es inferior, y á veces es más prolongado. Los aprendices de talabartería trabajan diez horas, y los obreros, nueve; los aprendices de escultura en madera, nueve y media ó diez horas, y los obreros, ocho; los aprendices de ebanistería, diez y media, y los obreros, ocho ó nueve. La limitación de la jornada, en los menores de diez y ocho años, á un término inferior á la de los adultos, no complacerá á la mayor parte de los industriales, que, por lo que he podido investigar, consideran como una necesidad de

la organización y disciplina del taller el horario uniforme para la totalidad del personal. Pero esa limitación es elemento inseparable del espíritu de la ley que se proyecta.

Una inspección cuidadosa de las formas en que actualmente se realiza el trabajo, traería á luz, seguramente, muchos excesos é irregularidades en lo que se relaciona con el trabajo de los niños. Así, en la tarea de los saladeros es frecuente ver empleados á menores de doce, once y diez años, en faenas como las de dividir las osamentas, *tirar el lazo*, ó barrer los resíduos de la matanza, y esto, aun en el invierno y en los días de lluvia. Los carretilleros de playa, á pesar de la ordenanza municipal que prohibe á los menores la conducción de vehículos, suelen ser niños de no mucho más de diez años, que participan del horario común de doce á quince horas; y á esta causa atribuyen los trabajadores del gremio, la mayor parte de los accidentes que suelen producirse en él.

VII

La necesidad del descanso semanal es punto que puede darse por resuelto en teoría, y ha sido sancionada, con más ó menos amplitud, por las leyes de casi todas las naciones que han abordado la reglamentación legal del trabajo. Militan para justificar ese descanso, y con doble imperio quizá, las mismas razones en que se funda la reducción del tiempo diario de tarea: así las que se refieren á la higiene, como las de índole moral, que reclaman para el trabajador un día de libertad y de respiro, en que le sea

posible cultivar la vida de familia, los vínculos de la amistad, y participar de ciertas manifestaciones de recreo.

Entre nosotros, el descanso dominical, forma en que la ley religiosa de los pueblos cristianos ha consagrado el reposo hebdomadario, es costumbre observada en casi todos los establecimientos fabriles y en la gran mayoría de los comerciales; con excepciones, en su mayor parte justificadas, ya por las condiciones de funcionamiento de cierto género de industrias, ya por la índole de los menesteres públicos á que responden.

El problema que, á propósito de esto, ha de resolver el legislador, no es el de la necesidad, casi unánimemente reconocida, del descanso semanal, sino el de determinar si este descanso ha de corresponder invariablemente á los domingos, ó si ha de procurarse una fórmula que consienta más diversidad en la indicación de los días que se destinen al asueto. Posible es que si se consultara la voluntad de los trabajadores, ellos optasen, casi en su totalidad, por que se les concediera el domingo. No ha sido otro el resultado de las informaciones levantadas entre los obreros franceses, con motivo de la aplicación de las nuevas leyes del trabajo; y por otra parte, ello se deduce (aun sin tomar en cuenta los motivos de orden religioso, que no á todos alcanzan,) de la simple consideración de ser tradicionalmente el domingo el día en que prevalecen diversiones, deportes y paseos; en que el solaz y la alegría toman, por decirlo así, un carácter público, y en que el espectáculo de las expansiones ajenas estimula el deseo de las propias. Pero, á poco que se reflexione, aparece clara la dificultad del descanso universal del do-

mingo; no sólo porque conduciría á hacer de aquél un día monótono y tedioso, sin medios de locomoción ni de recreo, inhábil, por lo tanto, para el objeto á que se le destinaría, (y no es inoportuno recordar á este respecto la proverbial tristeza del domingo en las ciudades inglesas y angloamericanas); sino también porque es forzoso reconocer que hay géneros de trabajo que no toleran, como los otros, una interrupción periódica de su actividad. Así, las fábricas de labor contínua, en las que la suspensión de la fuerza motriz irrogaría graves perjuicios; las líneas telefónicas, los ferrocarriles, tranvías y demás medios de comunicación; las imprentas donde se editan diarios, etc., etc. Ésta es la causa de que en los países donde se ha adoptado el descanso obligatorio del domingo, la ley se haya visto en la necesidad de establecer innumerables excepciones, referentes á determinados ramos de comercio é industria; y estas excepciones dejan fuera del beneficio del descanso un inmenso número de obreros, ó restringen para ellos ese beneficio. Tal es el procedimiento en la ley suiza de 1877, en la española de 1904, en la proposición votada por la Cámara de Diputados francesa en 1902, etc. La República del Paraguay tiene en vigencia, desde hace cinco años, una ley que consagra la clausura dominical de todos los establecimientos comerciales é industriales. En la Argentina, se ha sancionado también el descanso de los domingos; pero su cumplimiento no parece, ni con mucho, suficientemente asegurado. Con mejor acuerdo, propone resolver el problema el gobierno del Uruguay. Según lo que él proyecta, los patronos podrán optar por conceder ó nó á sus obreros el descanso del domingo; pero, en este último

caso, habrán de dividir su personal en siete grupos, que se turnarán para el descanso en los distintos días de la semana: de manera que no sea forzoso quebrantar la continuidad de la labor, en los trabajos que la requieran.

Una única objeción cabe oponer, en nombre del interés de los obreros, al carácter obligatorio dado al reposo semanal. Es la que consiste en recordar el perjuicio que para ellos significa la pérdida, en el mes, de cuatro días de salario. Pero no es aventurado afirmar que esta disminución de beneficios será aceptada sin hesitar por la gran mayoría de los obreros, á cambio de poder satisfacer periódicamente una necesidad de libertad y expansión que radica en los más elementales instintos de la naturaleza humana. Cuando el canciller Bismarck arguyó contra esta forma de la intervención legal, invocando el interés del proletario, fué consultado en Alemania un plebiscito de trabajadores, y las tres cuartas partes de ellos votaron por el descanso semanal, aun cuando él importase la pérdida del salario de los días de asueto.

VIII

Al movimiento en pro de la intervención legal en el trabajo del niño ha sucedido muy luego, en todas partes, el que propende á lo que es, en cierto modo, un complemento lógico y necesario de la protección de la infancia: la intervención legal en el trabajo de la mujer. Las leyes de esta naturaleza suelen designar á las mujeres y los niños bajo la denominación común de *personas protegidas*. Por lo

que se refiere á la mujer, la fórmula ideal, que ha sido preconizada muchas veces en la propaganda de los filántropos y la doctrina de los higienistas, consistiría, sin duda, en que ella sólo trabajase dentro de su casa y no participase del trabajo de fábrica y taller; por lo menos, después de su matrimonio. Desgraciadamente, esta aspiración generosa, fundada en el más cabal concepto del cometido que la naturaleza y la sociedad confían á la esposa y la madre, parece muy lejana de su realización. La concurrencia de la mujer á los talleres y las fábricas representa hoy, universalmente, una proporción mayor que nunca. En las industrias del tejido y de confección de ropas, el personal de mujeres suele alcanzar á doble número que el de hombres, como en Bélgica; y aun casi al triple, como en Francia.

Por lo que toca á nuestro medio, al trabajo manual de la mujer está vinculada la subsistencia de numerosísimas familias. Aun dejando de lado el trabajo á domicilio, el personal de obreras es considerable para muchos géneros de industria, y no falta el caso de que prevalezca en número sobre el de hombres. Así, en la elaboración de fósforos la proporción es de ciento cuarenta mujeres para sesenta y cinco hombres adultos, y de ciento diez y ocho niñas para diez y siete niños. La «Compañía Telefónica de Montevideo» emplea ciento diez y seis obreras y ochenta y dos obreros. Merece ser citado el hecho de que una huelga ocurrida, ha pocos años, en uno de los talleres de talabartería, reconoció por causa la protesta que arrancaba á los obreros la circunstancia de que se hubiera confiado á dos mujeres la tarea más antihigiénica y difícil en el gobierno de las máquinas.

Pero si la absoluta interdicción del trabajo de la mujer realizado fuera de su domicilio, no es una aspiración asequible dentro del actual orden económico de las sociedades humanas, lo es sí la tendencia á organizar el trabajo femenino dentro de condiciones más livianas y mejor protegidas que las que rigen para el trabajo varonil. Desde luego, algunos de los pueblos que aun no han legislado en cuanto á la duración del trabajo de los hombres adultos, lo han hecho para el de la mujer, señalándole un máximum que la ley inglesa de fábricas, de 1850, fija en diez horas y media; la alemana de 1891, en once horas, y la italiana de 1902, en doce. La legislación francesa, á partir de 1900, no establece disparidad entre la jornada de la obrera y la de los obreros que trabajen en taller donde también se emplee personal femenino, siendo el término común á todos, de diez horas. Suiza y Austria, que han reglamentado el horario del obrero adulto, comprenden indistintamente en él á la mujer, cuya jornada es así de once horas, en ambas naciones.

Dentro de un plan que, como el que yo considero realizable, fíjase en ocho horas la jornada normal del obrero, con tolerancia del trabajo extraordinario y libre hasta tres horas más, la diferencia á favor de la mujer podría consistir en excluirla de la opción á la jornada extraordinaria, de modo que la duración de sus tareas no pasase nunca de ocho horas. Apenas parece necesario indicar las razones de esta diferencia. Aun cuando no la justificase una natural inferioridad de energías físicas, que es hecho de observación común, tendría sólido fundamento en el interés vital de reservar á la mujer tiempo suficiente dentro del hogar doméstico, pa-

ra el desempeño de los cuidados que la competen, y para formar y mantener la sagrada unidad de la familia, piedra sobre que descansan toda moralidad y todo orden social. Por otra parte, sería injusto olvidar que el trabajo de la mujer fuera de la casa, envuelve siempre, por mucho que se le limite, la presunción de un *surmenage* más ó menos intenso, ya que al retirarse diariamente la obrera de la fábrica ó del taller, no es para gozar de un bien ganado reposo, sino para acudir á aquellas mismas atenciones del gobierno de la casa y la educación de la prole, que á menudo importan continuos y pesados afanes.

En la futura ley que tenga por objeto la higiene en la organización del trabajo, habrá, seguramente, lugar para otras medidas protectoras de la salud de la mujer, excluyéndola, como al niño, del servicio de determinadas industrias, de naturaleza insalubre ó peligrosa. Pero hay una precaución del mismo orden, cuya primordial importancia persuade á no deferir su aplicación hasta la oportunidad de otras leyes. Aludo al particular cuidado que se debe á la mujer obrera en el trance de la maternidad.

El proyecto del gobierno del Uruguay, establece que la operaria de fábrica ó taller dispondrá de un mes de reposo después del parto; pero sería menester dar carácter de obligación, y no simplemente de derecho, á esta tregua, y complementarla y ampliarla de acuerdo con las consideraciones que expondré.

El descanso obligatorio de la mujer después del parto es de los puntos en que la legislación obrera universal ha llegado á una conformidad casi uná-

nime. Incluída, á iniciativa de Jules Simon, la necesidad de tan justo descanso, entre las proposiciones adoptadas, en 1890, por la memorable conferencia internacional de Berlín, ha sido consagrada luego por las leyes de casi todas las naciones de Europa, sin otra excepción de país de importancia industrial que la de Francia, donde un movimiento de opinión, en que cooperan la autoridad de la ciencia y los sentimientos piadosos, apresura cada día la adhesión de la ley nacional á esa conquista de humanidad y civilización.

El plazo generalmente fijado al reposo de la madre es el de las cuatro semanas posteriores al parto. Pero la Confederación Helvética, en su gran ley obrera de 1877, que coloca todavía á la ejemplar república en el más avanzado puesto entre los pueblos de Europa, en materia de legislación del trabajo, dió anticipadamente una amplitud mayor á esa medida humanitaria que luego adoptarían los demás países; y consagró también el descanso de la madre en los días inmediatamente anteriores al alumbramiento. Dispone dicha ley que no serán admitidas las mujeres, en las labores industriales, dentro de un espacio de ocho semanas, distribuídas «*antes* y después del parto».

El fundamento higiénico del previo reposo ha sido corroborado, donde quiera, por experiencias reiteradas, que demuestran la reducción considerable del tiempo de la gestación en la mujer sometida durante su embarazo á un esfuerzo físico tenaz; y como consecuencia del nacimiento prematuro, la inferioridad constante, en peso y vitalidad, de los niños que nacen de las obreras concurrentes al taller hasta el momento del parto, respecto de aque-

los otros cuyas madres han reposado en las casas de Maternidad.

La «Asociación Nacional» francesa instituída para propender á la protección legal de los trabajadores, votó en 1903 la resolución siguiente: «Las mujeres no podrán ser admitidas al trabajo *durante los dos meses que precedan al término presunto de su embarazo*, ni durante el mes que siga al alumbramiento». Y el ya citado proyecto de Ley del Trabajo que el gobierno argentino envió en 1904 al Congreso, prescribe con fuerza obligatoria, «un descanso de *veinte días antes del parto* y cuarenta después de él».

Pero la imposición legal del descanso de la madre, puesto que su mera autorización sería ineficaz, trae consigo la necesidad de arbitrar el medio de subvenir á la mantención de la obrera durante los días en que se la excluye del taller: de otro modo sería contraproducente é inhumana una obligación que la privaría de recursos en las circunstancias en que más habría menester de ellos. La «subcomisión de Trabajo» que, en la legislatura anterior á la actual, dictaminó sobre este punto, acordó proponer que el Estado tomara provisionalmente á su cargo ese subsidio, hasta tanto no se fundase una Caja Nacional de seguros y pensiones para obreros. Juzgo aceptable, en lo esencial, esta idea. Según cálculos de aquella Comisión, considerando el término medio de natalidad, que alcanza, en la ciudad de Montevideo, única del país donde hay obreras de fábrica y taller en cantidad apreciable, á unos ocho mil nacimientos por año, y suponiendo que hasta la tercera parte de ellos correspondiesen á las madres obreras, lo que excede de toda razonable presun-

ción, se tendría un número aproximado de dos mil quinientas obreras con derecho á esta gracia, lo que representaría una erogación de treinta y siete á treinta y ocho mil pesos anuales.

Es lícito creer que ese subsidio no habría de pagarse más de un año, siendo la fundación de la Caja de pensiones obreras un pensamiento que subyuga las simpatías de todos, y que puede considerarse en vísperas de su realización. Pero aun cuando el socorro del Estado hubiera de durar algunos años, no asumiría, por cierto, el carácter de una erogación odiosa ó vana. El Estado, que no escatima su acción protectora cuando se la requiere para las distintas manifestaciones de la iniciativa particular en el fomento de todas las actividades benéficas; que concede primas y exenciones con que estimular las empresas de utilidad común incapaces de sostenerse por su esfuerzo aislado; que propende al desenvolvimiento de las altas tendencias del espíritu, aun en aquellas artes y aquellos espectáculos de que sólo puede beneficiar una parte restringida de la sociedad; que da dinero para asociarse á fiestas y regocijos populares, y que, finalmente, otorga pensiones, á menudo cuantiosas, con que asegurar el decoro de la vida á las familias de los que le consagraron sus servicios, no podría considerar pesada la carga que tuviese por justificación el más sagrado é imperioso de los intereses, como es el de la salud y fortaleza de las generaciones á que ha de transmitirse en herencia el patrimonio nacional. Y no cabe dudar de que ningún interés más imperioso que el de la salud y la fortaleza física del pueblo, porque en él se comprenden y resumen todos los intereses: desde el económico, que está necesa-

riamente vinculado á la capacidad y resistencia de los elementos de trabajo, hasta el interés moral de procurar la felicidad, y por lo tanto la moralidad, del mayor número, y hasta el supremo interés de la integridad y la existencia misma de la patria, que sólo estarán aseguradas en la medida de las fuerzas con que las generaciones que en ella se sucedan sean capaces de defenderla en la guerra, y de robustecerla y perpetuarla en la paz, por la virtud de su fecundidad y su energía.

IX

Una importante omisión conviene reparar en el organismo de esta ley: la de las disposiciones que limiten el trabajo que se realiza durante las horas de la noche.

Si cualquier género de trabajo diurno ha menester reglamentarse para concordar con la salud é indemnidad del obrero, el trabajo nocturno puede decirse que es, en sí mismo y por esencia, antihigiénico y antinatural, verificándose en horas que la naturaleza tiene destinadas al reposo. Las restricciones y cuidados de que se le rodee no harán más que atenuar su carácter nocivo.

Pero no siendo conciliable con la realidad actual una absoluta prohibición del trabajo nocturno en talleres y fábricas, cabe, por lo menos, excluir de él al niño y la mujer, con lo cual, no sólo se respetarán razones de higiene, sino también muy claras consideraciones morales. El trabajo de la mujer, fuera de su casa, durante las horas de la noche, trastorna las más fundamentales condiciones de la

vida doméstica y lleva fatalmente al abandono y desorganización de la familia. En el niño, cuyo organismo requiere, más que otro alguno, desenvolverse á la luz, la actividad en ausencia de ésta fomenta, además, para lo sucesivo, el hábito de velar por la noche, funesto á la disciplina de la vida.

La magna ley suiza de 1877, á la que más de una vez he hecho referencia, extiende, en este sentido, su solicitud protectora hasta los obreros adultos, determinando por uno de sus artículos que el trabajo nocturno no será admitido más que á título de excepción y cuando el obrero consienta en él de buen grado. La legislación de los demás países de Europa se limita en este punto á tutelar (aunque con numerosas salvedades y tolerancias) á la mujer y el menor, difiriendo sólo en la determinación de la edad de este último y en las horas dentro de las cuales se considera comprendido el trabajo nocturno.

Por lo que toca á la edad, podría señalarse, en nuestra ley, el mínimum de diez y seis años. En cuanto á las horas, un horario que las fijase entre las nueve de la noche y las cinco de la mañana en los meses de Noviembre á Abril, y entre las ocho de la noche y las seis de la mañana en los de Mayo á Octubre, se adaptaría regularmente á nuestro medio. Una reglamentación de las circunstancias materiales del trabajo nocturno, será más oportuna en la ley que tenga por objeto la higiene y seguridad de los talleres.

X

Un determinado orden legal de trabajo supone la necesidad de cuidados de vigilancia é inspección.

Por el proyecto del gobierno del Uruguay, se comete provisionalmente á los funcionarios de policía, mientras no se establezca un servicio de inspectores, el desempeño de aquellos oficios. Fáciles son de calcular los inconvenientes y deficiencias de una inspección así constituída, y el desagrado con que forzosamente se recibirá la intervención policial por los industriales que quedan obligados á franquear á los agentes de ella las puertas de sus talleres ó sus fábricas; pero el carácter provisional de este procedimiento contribuirá, acaso, á hacerlo soportable. Será necesario preocuparse de crear, en el más breve término posible, el órgano adecuado para esa importantísima función, sin cuyo cumplimiento cabal la ley no pasará de letra vana, y cuyas dificultades de organización en los países de industria muy vasta y compleja, se cuentan entre los más serios obstáculos con que se ha luchado, y se lucha todavía, para una eficaz reglamentación del trabajo. Lo incipiente y sencillo de nuestro organismo industrial facilitará relativamente esa tarea de inspección que, confiada á personal idóneo, no sólo asegurará la fiel observancia de la ley, sino que será siempre uno de los medios positivos de investigación y de estudio con que propender á completarla y reformarla.

XI

Se ha observado, á mi entender con razón, la conveniencia de advertir en el texto de la ley que, para los efectos de ella, sólo se tendrán por fábricas ó talleres, aquellos en que trabajen más de tres perso-

nas que no sean el cónyuge, los descendientes ó ascendientes, ó los hermanos del patrono.

Casi todas las leyes similares han consagrado una restricción análoga, con el objeto de apartar del alcance de sus disposiciones á los pequeños talleres, denominados en Francia *talleres de familia*. El carácter, en cierto modo odioso, de una intervención que habría de llegar al sagrado del hogar doméstico; las ventajas que, en el orden moral, realzan al trabajo que se verifica en la casa sobre el que se ejerce fuera de ella; las dificultades materiales de una inspección que alcanzase al primero; y hasta la presunción de dignidad humana, de que la autoridad del jefe de familia velará suficientemente por la salud y el bien de los suyos, han concurrido á determinar esa excepción.

No es posible negar, á pesar de ello, que, del punto de vista de la eficacia práctica de las leyes de esta naturaleza, la salvedad en favor de los talleres humildes tiene el peligro de facilitar una infracción sistemática. La pequeña industria tenderá á aprovecharse de su impunidad, como medio de competencia; y el grande industrial se sentirá tentado á burlar las limitaciones de la ley, sustituyendo en lo posible el trabajo de taller por el trabajo á domicilio. Así, en Francia, uno de los resultados del régimen intervencionista ha sido la multiplicación de los talleres domésticos, que se difunden en derredor de las grandes fábricas, como parásitos de ellas aparentemente, pero, en realidad, como tributarios y encubridores.

La idea de extender, en alguna forma, la inspección, á los talleres domésticos, toma creces en todas partes, como fruto de esa experiencia, y como pre-

vención contra el peligro que envuelven, para la salud del pueblo, las ropas y otras manufacturas elaboradas en habitaciones de tuberculosos ó de enfermos de otros males.

Por lo que respecta á nuestro medio, no es dudosa la imposibilidad de hacer efectiva una fiscalización semejante, mientras la inspección del trabajo no exista en condiciones que aseguren hasta cierto punto su acierto, su tacto y su prudencia. Aun fuera de esa razón de circunstancias, sería siempre objeto de grave duda si convendría sacrificar á este orden de consideraciones,—ciertamente, de gran peso,—la integridad de un principio de que tan celoso es el sentimiento de todos, y tan vinculado á las más elementales garantías, como el de la inviolabilidad del domicilio particular.

XII

Vano será quien aspire á proponer, sobre estas cosas, la forma única que todo lo resuelva y concilie. Sólo se plantearán con entero acierto cuando se las ilustre en la más seria y fraternal comunicación de ideas; movido cada uno por la sincera voluntad de substituir en sus proposiciones lo que deba ser substituido, de modificar lo que deba ser modificado; con radical renunciamiento á todo alarde y vanidad de polémica, que serían de inconcebible pequeñez tratándose de cuestiones que penetran en los lindes imponentes de la miseria humana y se relacionan con el precio de las energías que se alimentan de sangre nuestra. Es necesario no olvidar, además, que, aun después de sancionadas, las leyes son

rectificables; y que de la aplicación y la experiencia es de donde pueden esperarse las mayores luces y las más provechosas enseñanzas: tanto más cuando se llega á un campo de legislación que, siendo nuevo en el mundo, lo es doblemente desde que se le refiere á las condiciones de estas sociedades.

Si la proyectada ley que ha dado margen á este estudio, se modificase de conformidad con algunas de las observaciones que he expuesto en el transcurso de él, dejaría de ajustarse á la simplicidad de las fórmulas en que se concretan, para la propaganda, los anhelos revolucionarios; pero no dejaría de ser la más adelantada de cuantas, en su género, se hubiesen sancionado en Europa y América; y fácil será demostrar, si fuera necesario, la verdad de este aserto. Mantendría el plan innovador su generoso espíritu, pero con más segura eficacia y en la extensión conciliable con la ecuanimidad y el cuidado propios de los que tienen sobre sí la responsabilidad de las leyes; con el legítimo interés de una industria embrionaria, á que se vincula en gran parte el porvenir de un pueblo aun nuevo é inhábil; y con los principios esenciales de esa libertad de trabajo, que, si dentro del régimen actual constituye á menudo la máscara falaz de la iniquidad y la opresión, es, cuando enérgicamente depurada, una positiva y fecunda libertad, harto preciosa, como todas las libertades humanas, para que sea lícito sujetarla á otros límites que aquellos que estrictamente exija el bien común de los hombres.

1908.

OBRA DE HERMANOS

En el álbum de una exposición agrícola.

La obra del *labrador de ideales*—pensador, artista, poeta,—se hermana sin dificultad, para quien mira de lo alto el conjunto de las activas fuerzas humanas, con la del cultivador de las realidades positivas: con la de aquel que recibe los dones de la opima mies, del lucio rebaño, del metal que esconde en sus profundos tuétanos la tierra. Sobre ambos tiende el Trabajo su enseña gloriosísima. Ambos son hijos buenos del Trabajo. Sea en pensamiento luminoso, en fácil verso, en pincelada inmortal; sea en opulento vellón, en rubio trigo, en áureo lingote, ambos pagan bien su parte de vida. No siempre reconocen su fraternidad, y hay veces en que se miran con recelo. No importa. Son picapedreros de la misma roca, sembradores del mismo predio; y cuando vuelven, después de la jornada, hay una Madre que los confunde en el mismo abrazo de amor. Del campo fecundado por el brazo tosco y fuerte—¡cuánto más noble que el del Adán anterior á la condena, exento de trabajo!—nacen las frondas de las civilizaciones poderosas y ricas; y luego esta vegetación florece, por su propia ley, con las maravillas de color y fragancia de las grandes épocas de pensamiento, de cultura, de arte. Tal florescencia preciosa es,

pues, indirectamente, obra del rudo trabajador, que ni pensó nunca en ella, ni acaso, si la conociese, la estimaría en su divina hermosura. Tampoco suelen pensar el poeta, el pensador, el artista, fieles á su labor desinteresada y libre de toda utilidad consciente, en la posible repercusión de su obra dentro del campo de las más positivas realidades humanas, cuando el eco del canto se transfigura en acción, cuando la nota de la marcha se inflama en heroísmo, cuando la moral del sistema se concreta en conducta.

Y aun sin llegar á estas transformaciones que requieren la alquimia misteriosa del tiempo: ¿no nos ofrece el arte ejemplos de una vinculación más inmediata, más íntima, con las inspiraciones de la prosperidad y el bienestar material?... ¿Qué es, en su aspecto más característico, el glorioso arte flamenco, sino la apoteosis de la vida de abundancia y de sensualidad sana y fecunda, que esplende en las romerías, en las alegres *kermesses* de Teniers?—De aquellas romerías, de aquellas ferias, tomó colores un arte... Cuando estas fiestas del trabajo, cuando estas citas civilizadoras con que aspiramos á reemplazar, en el semidesierto americano, la cita bárbara de los *montoneros* para la revuelta, de las pasiones para la devastación, hayan adquirido la perennidad de la costumbre y el colorido propio sin el cual no habrá nunca asunto valedero para el arte, á ellas recurrirá acaso el artista, para encontrar en la belleza que nace de la alegría del vivir, del consorcio fecundo con la Naturaleza, de la eterna geórgica del campo domado por la mano del hombre, la inspiración que sustituya á las leyendas, ya mustias y descoloridas, de la guerra civil.

Entretanto, arte y utilidad pueden bien ir de compañeros entre nosotros, por cuanto tienen intereses convergentes y tienen también comunes enemigos. Una actividad gloriosa los identifica dentro de su capacidad inmensa: el Trabajo, ó llamándola con nombre más grande aún y más sagrado: la Vida, en cuyos altares hemos de inmolar todos los odios, todas las preocupaciones del pasado, todas las influencias de esterilidad, de estancamiento y de muerte.

1903.

En el álbum de un poeta

Alaben otros ¡oh poeta! la perfección de tus ánforas cinceladas. Yo prefiero decirte que tu verso sabe hacer pensar y hacer sentir; que tu poesía tiene un ala que se llama emoción y otra ala que se llama pensamiento. Siendo igualmente justo, te habré dicho, sin duda, mucho más. Los que en tiempos cercanos recorrieron la senda que va de las estatuas esbeltas y delicadas de Gautier á los grandes mármoles de Leconte, amaron en el poeta el dón de una impasibilidad que resguardara á las líneas del cince impecable del peligro de un estremecimiento. Menos paganos, nosotros gustamos de recordarle nuevamente el mito del pelícano; porque, sin dejar de tener la idolatría de la forma, necesitamos, á la vez, un arrullo para nuestro corazón y un eco para nuestras tristezas. — Ellos le hablaban para decirle: «Haznos, estatuario, una estatua. Que llore ó ría; que muestre el gesto del amor, de la meditación, ó del desprecio. Pero que sea perfecta y que sea pura.» Nosotros le decimos: «Escúlpenos una elegía en mármol negro; y haz de modo que bajo los pliegues armoniosos de la túnica parezca latir un corazón.» Llenos de estremecimientos íntimos, al mismo tiempo que de sueños ambiciosos de arte, nosotros quisiéramos infiltrar las almas de los héroes de Shakespeare en el mármol de los dioses antiguos; quisiéramos cincelar, con el cincel de Heredia, la carne viva de Musset.

1896.

PERFIL DE CAUDILLO

DISCURSO LEÍDO EN LA VELADA LITERARIA QUE CELEBRÓ EL «CLUB RIVERA» DE MONTEVIDEO, EN CONMEMORACIÓN DE LA TOMA DE LAS MISIONES, EL 22 DE MAYO DE 1907.

Señores:

El «Club Rivera» me ha llamado á participar del honor de dirigiros la palabra en su conmemoración de la conquista de las Misiones; y llego á esta tribuna sin desconfianza de encontrar en mí el entusiasmo que tan alta ocasión requiere; sin desconfianza de encontrarlo también en vosotros, pero temeroso de no acertar á confundir vuestro entusiasmo con el mío, en el acorde que sólo el poder de la elocuencia instituye.

Yo nunca fuí oficioso cultivador del tema patriótico; yo nunca fuí sobrado solícito en pregonar las glorias marciales; pero, por suerte mía, todas las sutilezas de mi afición á pensar no han alcanzado á amortiguar en mi pecho ni á paralizar en mi lengua las fibras que responden á estos dos afectos venerandos: el sentimiento de la patria, sin el cual no hay corazón de hombre que sea más que un vil saco de polvo; y la admiración del heroismo guerrero, energía sublime, rayo ejecutor, por cuyo medio se comunica la nube, que es la idea, con el suelo, que es la realidad.

Propicio, como pocos, á la expansión de esos dos sentimientos es el heroico episodio que hoy conmemoramos. Para quien considere las cosas con mirada vaga y somera, Misiones, después de Ituzaingó, podrá no ser, si me toleráis la expresión, más que un pleonasmo histórico; ó, cuando mucho, un esfuerzo accesorio, que no tiene virtud sino para complementar y apresurar lo que ya Ituzaingó había irrevocablemente asegurado. Pero quien cale más hondo; quien sea capaz de llegar al alma de los hechos históricos, percibirá que la significación de la conquista de Misiones es inmensamente mayor: á punto de que no hay, en el transcurso de los acontecimientos que se abren con la cruzada de 1825, página que más sin reserva podamos vincular al hecho de nuestra definitiva independencia, de nuestra constitución como nacionalidad. Porque si se tiene en cuenta que aquella última jornada de nuestra heroica leyenda se realiza, no ya sin el concurso de los aliados para quienes se reivindicara hasta entonces el territorio de la que había sido su provincia, sino contra la voluntad y con la hostilidad de estos mismos aliados, se sigue que, si suprimimos la solución diplomática de 1828 y prolongamos idealmente las consecuencias probables del triunfo de Misiones en el sesgo de los acontecimientos que hubiesen sobrevenido, veremos que el término á que se arribó por aquella solución habría demorado acaso más, pero con mayor honra para nuestra historia. Y llega el sentimiento patriótico á dolerse de que las convenciones de la diplomacia atajaran el natural desenvolvimiento de los hechos, forzándolos á un falso desenlace que no lleva el sello expreso de nuestra voluntad; porque otro y más digno que el de una transacción diplomáti-

ca habría sido, según toda lícita presunción, el camino por donde llegáramos á la independencia, si el vencedor de las Misiones, entonado por los alientos del triunfo, organizado su Ejército del Norte, y después de nuevos lauros arrancados aun más cerca del corazón del Imperio, desciende al teatro de su legendario prestigio, recordando que, si en su diestra había estado la espada del Rincón, también había estado en su diestra la espada de Guayabos.

Como quiera que sea, Ituzaingó y Misiones prepararon la solución de 1828. Pero aun faltaba poner á prueba la resistencia del organismo por esa solución constituído; remover del uno al otro extremo el esqueleto de la incipiente nacionalidad, para patentizar su trabazón indestructible; y quizá por esto, después de Ituzaingó y de Misiones, vienen los veinte años de lucha contra Rozas: Tupambay, Yucutujá, el Palmar, y pasando por el soberbio episodio de Cagancha, la Defensa de Montevideo;—la Defensa de Montevideo, es decir: la santidad patricia de Suárez, el genio militar y tribunicio de Pacheco, la sabiduría política de Santiago Vázquez, la pluma vengadora de Florencio Varela, el valor caballeresco de Francisco Tajes, la abnegación espartana de Marcelino Sosa, la legendaria personalidad de Garibaldi; la Defensa de Montevideo, pensamiento y acción, inteligencia y heroísmo, tribuna gigantesca y baluarte ciclópeo, lengua inspirada de civilización y brazo armado de libertad; la Defensa de Montevideo, lo más grande que se haya realizado en suelo americano á partir del último cañonazo de Ayacucho, aunque entre en cuenta la convulsión suprema del suelo de Méjico para rechazar de sí el imperio de Maximiliano!

En los preámbulos de esta epopeya de la libertad, como, antes, en el transcurso de la epopeya de la independencia, el vencedor de Guayabos, del Rincón, de Misiones, de Cagancha, se destaca con plástica marcialidad. Interesantísima figura; héroe epónimo de un período crepuscular de civilización y barbarie, con toda la complejidad de aptitudes que este doble ambiente requería: gaucho en el campo y patricio en la ciudad; astuto como un zorro y bravo como un león; tan liberal en el concepto de pródigo como en el de amigo de la libertad; conocedor del terreno del país sin que se le olvidase cerro ni cañada, y de las voluntades de los hombres sin que se le escapase gesto ni intención; patriarcalmente vinculado á su pueblo, desde las solemnidades de la vida doméstica hasta los grandes cuadros de la existencia colectiva, desde el padrinazgo de los óleos hasta la dirección de la batalla; mezcla de monarca electivo y de incoercible demagogo, de *Juez* libertador y de Caballero protector; y con la palabra que más típica y cabalmente lo caracteriza: caudillo. Caudillo de los grandes, es decir, de los primitivos, de aquéllos de los tiempos genésicos en que ardía, como en el antro de los cíclopes, el fuego con que se forjan naciones, y en que las fronteras se movían sobre el suelo de América á modo de murallas desquiciadas. Éstos, éstos fueron los caudillos gloriosos. Porque así como hay especies vegetales que, persistiendo al través de las distintas latitudes, se empequeñecen y desmedran á medida que se apartan del calor y la luz, y siendo colosales en el trópico son enanas en los climas fríos, de igual manera la talla del caudillo se empequeñece á medida que él se aleja de la veneranda semibarbarie de la edad heroica y se aproxima á

la plenitud de la civilización; y siendo, los caudillos, titánicos en las porfías por la formación nacional, donde representaban una energía necesaria y creadora, resultan pálidos remedos conforme nos acercamos á las postreras convulsiones de nuestras discordias civiles, donde apenas han solido representar una fuerza de regresión y de desorden.

Pero yo no me he propuesto bosquejaros siquiera la personalidad del conquistador de las Misiones. Para desplegar á vuestros ojos la talla de nuestro indómito caudillo en su estatuaria integridad, yo cedería la palabra al presidente de este Club que lleva su nombre; yo cedería la palabra á Carlos Travieso, que le admira más que yo y le comprende más que yo, y que sabría encontrar en su robusto corazón de demócrata acentos dignos del héroe y su leyenda. Yo apenas si me detendré á señalaros, antes de concluir, dos fases de la figura de Rivera, dos manifestaciones de su múltiple gloria, que, entre todas, atrajeron siempre mi entusiasmo.

Es la una el prestigio irresistible de su magnánima generosidad. No cae sobre la memoria del general Rivera una gota de sangre que no haya sido vertida en el campo abierto de la lucha. De todos los caudillos del Río de la Plata, contando lo mismo los que le precedieron que los que vinieron después de él, Rivera fué el más humano: quizá, en gran parte, porque fué el más inteligente. En lid con enemigos desalmados y bárbaros, nunca fué capaz de una represalia cruel. Aquel inmenso corazón belicoso era un inmenso corazón bondadoso. Había para él una satisfacción aun más alta que el goce de vencer, y era el goce de perdonar. La fiereza heroica irradiará, con deslumbradora profusión, del bronce de su

estatua, pero la clemencia templará el ardor de esa violenta luz con un velo de suave simpatía.

El otro rasgo que me interesaba relevar de la figura del glorioso caudillo, es la decisión con que propendió siempre á reconocer y consagrar el valor social y político de la inteligencia. Se rodeó constantemente de elementos de civilización, de saber y de cultura. Sus hombres de consejo fueron los hombres de más alta talla intelectual entre sus contemporáneos. Su gobierno, caracterizado por las iniciativas de organización y reforma de don Lucas Obes, asumirá, cuando se escriba la historia de nuestro país, significado análogo al que tiene, dentro de la historia argentina, la gran administración liberal de Rivadavia. Quiso en todo momento, para sí y para sus actos, un ambiente de libre publicidad; y hay un decreto que lleva su firma y es para él un timbre de honor como homenaje tributado á la libertad del pensamiento. Por eso, la histórica colectividad que tuvo por núcleo el círculo de adictos del general Rivera, se caracterizó desde su nacer como partido de discusión, de propaganda y de tribuna. Nació, ese viejo partido, armado de todas armas para las luchas de la controversia, y nunca olvidó acompañar ó preceder la acción con la palabra, como se lo imponía, desde luego, su espíritu liberal; porque, así como cada organismo está sujeto en la naturaleza á ciertas condiciones y maneras de vida, que serían mortales para seres de distinta organización, cada colectividad humana tiene, según el espíritu que la anima, formas propias y peculiares de existencia; y la silenciosa quietud á cuyo favor prosperan admirablemente los partidos autoritarios, es ambiente letal para las agrupaciones modeladas en los prin-

cipios y las costumbres de la libertad. Partido de propaganda y de tribuna fué el partido del general Rivera cuando daba asilo en su seno á los pensadores, á los publicistas, á los poetas, proscriptos de Buenos Aires por la bárbara tiranía de Rozas, y cuando, en medio á las tribulaciones de un sitio formidable, hacía de Montevideo la ciudad más reflexiva y espiritual de Sur América. Y partido de propaganda y de tribuna continuó siendo en las posteriores evoluciones de nuestra democracia, aunque la fuerza real fuese suya y aunque hubiera de volver contra su propia fuerza real su vocación razonadora é inquieta.

Señores: El Club bajo cuyos auspicios nos hemos congregado, manifiesta tener clara noción de una de las más hondas necesidades nacionales cuando persevera en actos de esta índole. Necesitamos, como del aire y de la luz, formar nuestra historia; en el doble concepto de empezar á elaborarla sólidamente con los esfuerzos de la investigación erudita, y de animarla en el sentimiento del pueblo y colorearla en su imaginación, mediante las apoteosis y las glorificaciones, las estatuas, los cuadros y los cantos. Evoquemos, sin dejar perderse ocasión, las sombras de nuestro legendario pasado, para que, como nubes de purificadora tempestad, refresquen y electricen nuestro ambiente; y dirigiéndonos á la que comparece hoy, precedida del sol de gloria que acaba de alumbrarnos, digámosle:—Patriarca de los tiempos viejos; caudillo de nuestros mayores; grande y generoso Rivera! Levanta eternamente sobre nuestro horizonte tu sombra tutelar, agigantada como en un inmenso espejismo; cabalgando en campos de aire, á la manera de Santiago en las leyendas de España; y con el mismo irresistible impulso, con el mis-

mo aliento de huracán, con que condujiste á los jinetes de tus cargas heroicas á doblar las huestes enemigas, condúcenos á nosotros, conduce á tu pueblo, en la infinita sucesión de los tiempos, á la realización de la justicia, de la fortaleza y de la gloria!

IBERO-AMÉRICA

Por las virtualidades de su situación geográfica y de sus fundamentos históricos, el Uruguay parece destinado á sellar la unidad ideal y la armonía política de esta América del Sur, escenario reservado, en el espacio y el tiempo, para la plenitud del genio de una grande y única raza.

No necesitamos los suramericanos, cuando se trate de abonar esta unidad de raza, hablar de una América latina; no necesitamos llamarnos latinoamericanos para levantarnos á un nombre general que nos comprenda á todos, porque podemos llamarnos algo que signifique una unidad mucho más íntima y concreta: podemos llamarnos «iberoamericanos», nietos de la heroica y civilizadora raza que sólo políticamente se ha fragmentado en dos naciones europeas; y aun podríamos ir más allá y decir que el mismo nombre de hispanoamericanos conviene también á los nativos del Brasil; y yo lo confirmo con la autoridad de Almeida Garret: porque, siendo el nombre de España, en su sentido original y propio, un nombre geográfico, un nombre de región, y no un nombre político ó de nacionalidad, el Portugal de hoy tiene, en rigor, tan cumplido derecho á participar de ese nombre geográfico de España como las partes de la península que constituyen la actual nacionalidad española; por lo cual Almeida

Garret, el poeta por excelencia del sentimiento nacional lusitano, afirmaba que los portugueses podian, sin menoscabo de su ser independiente, llamarse también, y con entera propiedad, españoles.

Más de una vez, pasando la mirada por el mapa de nuestra América, me he detenido á considerar las lineas majestuosas de esos dos grandes ríos del continente: el Amazonas y el Plata, el rey de la cuenca hidrográfica del Norte y el rey de la cuenca hidrográfica del Sur; ambos rivales en las magnificencias de la naturaleza y en los prestigios de la leyenda y de la historia, y tan extraordinariamente grandes que, por explicable coincidencia, sus descubridores, maravillados y heridos de la misma duda de si era un mar ó un río lo que tenían delante, pusieron á ambos ríos el mismo nombre hiperbólico: «Mar Dulce» llamó Yáñez Pinzón al Amazonas, y «Mar Dulce», también, llamó al Plata, Diaz de Solís.

Venido el uno, el Amazonas, donde se sueltan sus niñeces de Marañón, de las fundidas nieves de los Andes, rompe, desgobernado y tortuoso, entre el misterio de las selvas; recoge á su paso el enorme caudal de centenares de ríos y de lagos, y ya fuerte y soberbio, corre, buscando la cuna del sol, hacia el Oriente, se empina hasta tocar la misma línea equinoccial, y repeliendo la resistencia orgullosa del Océano con la convulsión suprema del Pororoca, se precipita sobre él como un titánico jinete, y cabalga leguas y leguas dentro del mar. El otro, el nuestro, el Plata, amamantado en su primer avatar del Paraná con las aguas de la meseta central americana, no lejos de donde toman su vertiente tributarios del Amazonas, crece al arrullo de la flo-

resta guaranítica; subyuga, á uno y otro lado, la ingente multitud de sus vasallos, y descendiendo con su séquito en dirección á las latitudes templadas del Sur, donde el Polo y el Trópico sellan sus paces, cruza, al sentirse grande, sus dos brazos ciclópeos del Paraná y el Uruguay, y se echa en el mar, de un empuje de su pecho gigante, en el más ancho estuario del mundo.

Yo veo simbolizado en el curso de los dos ríos colosales, nacidos del corazón de nuestra América y que se reparten, en la extensión del continente, el tributo de las aguas, el destino histórico de esas dos mitades de la raza ibérica, que comparten también entre sí la historia y el porvenir del Nuevo Mundo: los lusoamericanos y los hispanoamericanos, los portugueses de América y los españoles de América; venidos de inmediatos orígenes étnicos, como aquellos dos grandes ríos se acercan en las nacientes de sus tributarios; confundiéndose y entrecruzándose á menudo en sus exploraciones y conquistas, como á menudo se confunden para el geógrafo los declives de ambas cuencas hidrográficas; convulsos é impetuosos en la edad heroica de sus aventuras y proezas, como aquellos ríos en su crecer; y serenando luego majestuosamente el ritmo de su historia, como ellos serenan, al ensancharse, el ritmo de sus aguas, para verter, en el Océano inmenso del espíritu humano, amargo y salobre con el dolor y el esfuerzo de los siglos, su eterno tributo de aguas dulces: las aguas dulces de un porvenir transfigurado por la justicia, por la paz, por la grande amistad de los hombres!

1910.

JUAN MARÍA GUTIÈRREZ Y SU ÈPOCA [1]

I

Tan grandes en interés heroico y áspera energía como los mismos tiempos de la Independencia, aquellos que vinieron inmediatamente después prevalecen en nuestra imaginación con un prestigio más complejo, y en cierto sentido, más humano, como tiempos de más varia sensibilidad y de más armónico concurso de actividades y de sueños. Con la psicología guerrera concertóse en ellos la psicología romántica. Y este universal fermento del romanticismo, exaltando el amor de la literatura, que sólo en desiguales ráfagas había cruzado por el alma de la anterior generación, inspira entonces los primeros eficaces anhelos de una cultura literaria propia y constante.

La armoniosa y serena figura de escritor que me propongo bosquejar, concentra en sí, en algún modo, esa vehemente aspiración de sus contemporáneos,

---

(1) He refundido algunos de mis primeros trabajos, relativos á literatura del Río de la Plata, alrededor de uno de ellos: el consagrado á Juan María Gutiérrez. A pesar de las inevitables rectificaciones y ampliaciones, he procurado mantener, en las ideas como en el estilo, lo característico de la primera forma.

aunque dominándola con cierto sosiego magistral. En el espontáneo florecimiento de aquella producción candorosa y precoz, Juan María Gutiérrez personifica la tendencia á convertirla en obra consciente de sus fines y dueña de sus rumbos, como informada por la asiduidad de la crítica. Sólo en nombre de Alberdi podría disputársele, entre los escritores de su tiempo, el más completo dominio de esa función de análisis y reflexión. Acaso el ilustre émulo de Larra fué superior en apreciar las relaciones morales y sociales de la obra de literatura; llevó más hondo, tratándose de éste como de cualquier otro género de ideas, la penetración del pensador; pero, en cambio, la crítica de Juan María Gutiérrez luce más desinterés artístico, más pasión por la pura belleza literaria.

El magisterio intelectual, en los primeros pasos de aquella generación gloriosa, fué compartido por dos grandes personalidades dirigentes, que tendieron á orientar en opuestos sentidos la virtualidad poética de la juventud sobre que ejercieron su influencia; así como de ellas también recibieron la inspiración de su propaganda distintos ideales de reorganización política. Tocó á Florencio Varela, el heredero y mantenedor, entre sus contemporáneos, del blasón intelectual de la grande época unitaria, dar voz á la severa autoridad del clasicismo en que había modelado aquella época su verbo poético y oratorio; en tanto que Esteban Echeverría alentaba, con la prédica y el ejemplo, la libertad romántica, comprendiendo en la soñada obra que llamó de *fundación de creencias*, junto con la renovación de las ideas de nacionalidad y de gobierno, el pensamiento de una nueva y emancipada poesía.

Juan María Gutiérrez representa, entre ambas posiciones literarias, el término de transición. Mientras que, por una parte, le mantuvieron siempre en fiel amistad con la antigua literatura lo acrisolado y persistente de su cultura clásica y ciertas naturales afinidades de su espíritu, por la otra fué un principal cooperador en los propósitos de libertad y de verdad que despertaba el impulso revolucionario, á cuyo desenvolvimiento asistió, si no con la pasión romántica, con interés asimilador y benévola amplitud.

En cuanto á esto, la significación de su figura literaria es semejante á la que tuvo, en el romanticismo español, la personalidad de otro argentino ilustre: la personalidad de Ventura de la Vega, á quien correspondió representar, en el seno de la generación que Lista había educado en el culto de los clásicos y que olvidó después, cediendo á los prestigios del romanticismo triunfante, la fidelidad á las devociones de su primera juventud, el equilibrado consorcio de ambas influencias, dentro de la unidad de un temperamento literario dueño de esa clara visión del orden artístico, de esa vigilante lucidez del buen gusto, de esas delicadezas del pensamiento y de la forma, que fueron también el privilegio de Gutiérrez entre los argentinos de su generación.

No han faltado quienes atribuyeran á éste, en el movimiento de ideas de su tiempo, el papel de un clásico rezagado y vergonzante; pero lo cierto es que el sentido de su doctrina y de su obra le aproximaban más á la fe nueva que á la adoración de los viejos dioses. Hubo también en la revolución de la literatura la Gironda y la Montaña; y acaso no podríamos escoger un medio más exacto de figurarnos la peculiar significación de nuestro crítico, que imaginarlo

como un girondino de esa revolución: como un representante de la idea de fraternidad en la república literaria, extraño siempre á las iracundias montañesas con que el formidable luchador del *Facundo*, en las polémicas del otro lado de los Andes, arremetía contra los dogmas de la tradición intelectual personificada en Andrés Bello, á quien trataba, según frase de Lucio Vicente López, «con modales de Atila».

Nadie como él realizó, en su medio incipiente, esa serenidad superior, que parece secreto de las civilizaciones maduras; esa capacidad de comprender que, á diferencia de la falsa amplitud nacida de la incertidumbre escéptica ó de palidez de alma, deja percibir, como fondo, las preferencias de gusto, de admiración y de ideal, que imprimen carácter y dan nervio á la personalidad del escritor.

Era una naturaleza de crítico, en cuanto esta palabra expresa, esencialmente, una idea de simpatía y no de resistencia; de solidaridad de la imaginación, antes que de frío análisis. Era de los que saben por sí propios que en la complejidad del alma del crítico grande y eficaz fué siempre indispensable elemento aquella misma substancia etérea, vaga, dotada de virtualidad infinita, apta para ajustarse á toda acción y á toda forma, que veía el gran Diderot en el alma inconsecuente del cómico. Pertenecía al grupo escogido que puede reivindicar los fueros de la ciudadanía en la *ciudad ideal* que, como aquella con que soñaban en Wéimar los dos geniales colaboradores de *Las Horas*, reune á los espíritus verdaderamente emancipados, bajo el lábaro único de la verdad y la belleza.

Por eso hay en la mayor parte de sus juicios una seguridad que ha respetado el tiempo, y por eso tam-

bién su figura es, mejor que cualquiera otra, el centro adonde transportarse para abarcar el cuadro literario de su época, porque él mismo lo consideró con esa visión amplia y serena que anticipa, sobre las pasiones de los contemporáneos, la mirada de la posteridad.

II

El 6 de Mayo de 1809 nació en Buenos Aires, de padre español y madre argentina, Juan María Gutiérrez. Recibió, desde niño, aquella insustituible unción literaria que se adquiere en el hogar doméstico, cuando en él hay biblioteca escogida y se oye hablar con interés y gusto en cosas de letras; género de iniciación que rara vez suplen del todo las influencias del colegio ni de la lectura hecha en plena juventud. Sin apartarse un solo instante del cultivo de esa temprana vocación, siguió estudios de matemáticas, hasta completar los cursos de ingeniería, bajo la dirección de aquellos Senillosas, Fernández y Mossottis, de cuyas venerables figuras había de trazar tan amorosas semblanzas en su curioso libro sobre la historia de la Enseñanza Superior.

En los últimos tiempos del ensayo de organización republicana que empieza, en Buenos Aires, con el sosiego de 1821, la juvenil generación de que formaba parte Juan María Gutiérrez henchía los claustros de la Universidad que acababa de erigir el genio civilizador de Rivadavia, sustituyendo en ella los moldes de la vieja enseñanza colonial, no modificados fundamentalmente hasta entonces, con un orden de estudios que recibía su inspiración de la necesidad

de adaptar todo organismo social al armónico desenvolvimiento de los principios y trascendencias del gobierno propio. Por la eficacia de la educación así regenerada, aquella grande época tendía á asegurar los triunfos del presente con la conquista del porvenir, y estampaba en sello en la mente de una generación á la que tocaría custodiar el arca de la cultura patria, llevándola consigo en largo y proceloso destierro, mientras duró el régimen bárbaro que había de prosperar sobre las ruinas de aquel glorioso alarde de civilización.

Ésos que traspasaban entonces los lindes de la infancia; los hombres nuevos á quienes Juan Cruz Varela, el poeta consagrado del sentimiento liberal y cívico de sus contemporáneos, saludaba, con la emoción de la esperanza, en uno de sus cantos solemnes (1), no debían ver jamás, ó debían verlo sólo cuando treinta años de luchas é infortunios los separasen de aquel radiante amanecer de su vida, un predominio tal de la inteligencia, informando el organismo social como soplo animador y plasmante; resplandeciendo como supremo prestigio de la personalidad, y acatada como fuerza efectiva de gobierno. La prensa y la tribuna, que se transfiguraban por la adquisición de un carácter adoctrinador y digno; las tendencias nacientes de asociación intelectual, que levantaban centros de propaganda y de cultura, estimulando al pensamiento en todas sus actividades generosas; la cátedra, que se adaptaba á nueva ciencia y nuevos métodos; el canto mismo de los poetas, que aspiraba á ser también una fuerza de acción, arraigada en la sensibilidad, para valer á la empresa de regeneración que lo inspiraba, concurrían, como

(1) *A la juventud argentina*. 1822.

otros tantos toques de cincel, á transformar la fisonomía heredada de la sociedad de la colonia, y creaban una atmósfera de emulación y de entusiasmo, en la que aquella juventud pensó asistir á la definitiva realización de la obra de sus padres, consumándose para que ella la mantuviera y dilatara en el cercano porvenir.

Pero cuando llegó para ella la edad de la autonomía y de la acción, la escena había cambiado. La discordia civil había dado en tierra con los someros fundamentos de tanta construcción benéfica. Una emigración de estadistas y escritores mantenía consigo, fuera de la patria, el alma de la época de organización y de cultura. El bárbaro aliento de la Pampa soplaba vencedor sobre el desmayo de la ciudad que había sido el vibrante taller de Rivadavia. Toda manifestación de libertad y de adelanto se había extinguido ó estaba próxima á extinguirse. El parlamento, exánime; la cátedra, en languidez; la prensa, envilecida ó muda. Al gobierno de las ideas había sucedido el gobierno de la fuerza brutal. Bajo sus auspicios revivían todos los gérmenes de reacción ocultos en el seno de la sociedad que la fracasada obra de reforma había empezado á despojar de los resabios de la tradición colonial. Aquella juventud se hallaba, pues, sola y desorientada en tal ambiente. La realidad que se presentaba ante sus ojos era como impenetrable barrera que la negaba á los horizontes que una educación llena de alientos y esperanzas había descubierto á su espíritu.

Ella reproducía, en medio del estéril sosiego del régimen dictatorial, en medio de aquel silencio y aquella sombra, las mal comprimidas inquietudes, la nostalgia de acción, los anhelos hondos y ardien-

tes, de la juventud que se levantó, privada también de campo y de tribuna, en las postrimerías de la colonia, y que, excitada por los ecos lejanos de la Europa revolucionaria; por la presagiosa agitación de la propaganda de la libertad de comercio; por los aplausos del mundo, que convergían al Foro de Buenos Aires para saludar el esfuerzo glorioso de la Reconquista, llevaba en el alma un hervor que auguraba un destino diferente del de las generaciones extinguidas en el letárgico sueño colonial. No era menos capaz de quebrantar los límites que se le oponían, esta otra juventud, á la que estaba reservado completar, con la reivindicación de la libertad política, la obra de la independencia. No pudo por mucho tiempo el régimen despótico demorarla en la expansión de su espíritu. Cuando más arreciaban las brutalidades de la fuerza, ella se congregaba en derredor de Esteban Echeverría, con quien llegó, del otro lado de los mares, el fuego de la gran revolución ideal que embellece y exalta las primeras décadas del pasado siglo; y levantaba, como una triple afirmación del porvenir, una idea de emancipación literaria, un propósito de regeneración social y una norma de organización política.

Pero con anterioridad al año de la memorable protesta, ya ciertas figuras juveniles habían ganado algún relieve y prestigio; y entre ellas, la de Juan María Gutiérrez. En el precario movimiento de publicidad y discusión á que dió lugar el pasajero gobierno de Balcarce, hizo Gutiérrez sus primeras armas en la prensa, colaborando, como Marcos Avellaneda, el futuro mártir de Metán, en *El Amigo del País*. Vinculó también sus esfuerzos á poco durables tentativas por arraigar el periódico ilustrado y de va-

riedades; y así en *El Museo Americano* como en *El Recopilador*, que se editaron de 1835 á 1836, aparecieron traducciones y otros ligeros trabajos suyos. Por aquel tiempo, Juan Bautista Alberdi producía la *Memoria descriptiva de Tucumán*, la *Refutación á «El Voto de América»*, el comentario á Lerminier. Los *Consuelos* de Echeverría, publicados en 1834, empezaban á hallar imitadores, y el verso campesino de Hidalgo había renacido en Ascasubi, que enherbolaba, como Béranger, con la intención política, el dardo alado de la canción. Rivera Indarte, el futuro publicista de *El Nacional*, ensayaba, en el panfleto y la invectiva, su prosa ardiente y plebeya.

El movimiento que, concentrando en una fuerza común esas energías dispersas, fijó la orientación en que perseveraron, imprimiendo carácter á la voluntad y al pensamiento de una generación, llegó con el histórico año de 1837, y se manifestó, en su aspecto literario, por la aparición de *La Cautiva*, y en su aspecto social por la profesión de fe que al propio autor de *La Cautiva* tocó formular en su memorable *Dogma*.

Aquel poema daba el primer ejemplo de emancipación de la fantasía poética, que se encaminaba á una originalidad inspirada en la naturaleza y en el pueblo. El «Salón Literario», que Marcos Sastre fundó, también en 1837, fué como el centro de donde se propagó la iniciativa, y contribuyó principalmente á uniformar, en la juventud que animaba sus veladas, las aspiraciones y las ideas. En cuanto al pensamiento de regeneración social y política, hízose carne en la secreta actividad de la «Asociación de Mayo», de la que podría decirse que contuvo en sí la simiente de la patria futura. Levantándose sobre la

discordia de los bandos, cuya ciega violencia había abierto paso al despotismo, tendíase allí á reintegrar en su original pureza el sentido de la revolución de 1810, mediante la fundación de una democracia orgánica, liberal y culta, como la que Rivadavia había ensayado realizar; pero emancipada de las limitaciones de partido y de *ciudad* á que no pudo sustraerse el ensayo del glorioso estadista. Era, en lo esencial, el anticipo de la norma de organización que había de presidir, tras dilatadas vicisitudes, á la reconstitución definitiva de la nacionalidad.

Quiso cooperar en ese doble movimiento político y social, un periódico de vida efímera, que Alberdi dirigió, y cuyas inspiraciones, fundamentalmente serias y fecundas, estaban en curiosa oposición con el trivial significado de su título: *La Moda*. Juan María Gutiérrez, que por este mismo tiempo escribía la introducción para el *Cancionero argentino*, coleccionado por don José Antonio Wilde con trozos líricos adaptables á la música, fué de los más asiduos colaboradores de aquel periódico, como de los más animados disertantes del «Salón Literario», donde dejó largo eco su discurso sobre la *Fisonomía del saber español*.

Todas estas manifestaciones de actividad y de entusiasmo debían forzosamente atraer sobre la inquieta juventud que las producía, las desconfianzas de una dominación que necesitaba, para consolidarse, del abatimiento y el silencio que había creado en torno suyo. Penetró la «Mazorca» en el secreto de las reuniones donde, bajo apariencias de simple esparcimiento literario, se deliberaba sobre la nueva idea política y social. Ellas, por otra parte, tendían á un carácter activo, más apremiante á medida que los

rigores del régimen de fuerza mostraban la imposibilidad de toda propaganda libre de reforma. A la dispersión de los asociados en quienes el sueño idealista y generoso daba ya su punzante fermento de energía, siguió bien pronto el destierro voluntario ó impuesto. Una segunda emigración fué á unirse con la que mantenía fuera de la patria, hacía dos lustros, la gloria viva y la intelectualidad de generaciones anteriores.

Montevideo fué el centro preferido de la nueva emigración, como lo había sido de aquella que la precedió en el camino del destierro. De 1838 á 1840 llegaron á este lado del Plata Alberdi, Mármol, Tejedor, Mitre, Cantilo, Frías, Dominguez, Rivera Indarte. Poco después, en 1841, llegó también Echeverría, que aquí permaneció hasta su muerte prematura, sin alcanzar á ver lucir para su patria los albores de la libertad. Juan María Gutiérrez, como uno de los más activos movedores del grupo juvenil, fué de los primeros en quienes se encarnizó la persecución. Luego de sufrir tres meses de cárcel, pena de que participaron otros de los reos de igual delito, buscó el refugio de Montevideo, al promediar el año de 1839. Nuestra pequeña y graciosa ciudad de aquellos tiempos convirtiose así en único escenario de la cultura argentina.

El elemento pensador de la primera emigración se personificaba en dos hermanos ilustres: Juan Cruz y Florencio Varela. Tenía el mayor de ellos la representación de la aristocracia intelectual de la época de Rivadavia. Representaba el segundo la persistencia del mismo ideal político y literario, dentro de una generación que había de caracterizarse, en uno y otro sentido, por ideales nuevos y emancipados de la tradición.

Juan Cruz mantuvo, en los comienzos del destierro, su actividad de publicista, acompañando los esfuerzos iniciales de la organización oriental, con la propaganda de *El Patriota*, bajo el ministerio reformador de don Santiago Vázquez. Su inspiración de lírico, que había despertado al calor de una época gloriosa en la guerra y en la paz, y estaba hecha á ser la consagración de sus triunfos, quedó, por algunos años, como en mudo estupor, con el fracaso del gran período de civilización que había celebrado. En la severidad espartana de su poesía no halló una nota que se acordase con las amarguras de la proscripción. Pero cuando la juventud de la época nueva llegó á Montevideo, el poeta que había saludado en ella, en días mejores, al porvenir y la esperanza, y á quien muy corto plazo separaba de la tumba, alcanzó á participar en el movimiento literario que esa juventud inició, con sus últimos versos (1), que tienen ya la entonación de la elegía, aunque áspera y varonil, como encastada con la grave sátira lírica, y que serán, entre los suyos, los que más respete el paso del tiempo, porque son los que manifiestan, en una forma más ingenua y humana, un sentimiento más profundo.

En cuanto al magisterio intelectual de Florencio, que fué, sin duda, eficaz y poderoso sobre parte de la emigración juvenil, no se manifestó tanto en forma pública y escrita, hasta la aparición del diario que vive vinculado á su trágica gloria, como por el adoctrinamiento íntimo y oral. Su casa de Montevideo fué cátedra familiar y salón académico. En su primera juventud, había soñado con los lauros del poe-

(1) *El 25 de Mayo de 1838, en Buenos Aires.*

ta. Su poesía resonó al par de la del cantor de Ituzaingó, en las mismas formas solemnes y austeras de la lírica; templada un tanto la arrogancia oratoria de Juan Cruz por un tono algo más sobrio y horaciano. Cantó como él á los triunfos de la guerra con el Imperio, á los esfuerzos de la obra de organización liberal, y saludó la resurrección de Grecia, en nombre de la América libre, después de Navarino. En el destierro, dedicó cantos de noble, si no muy alta inspiración, á la concordia, á la paz, á la prosperidad del nuevo Estado, que debía ser el campo de su propaganda gloriosa y el suelo amigo de su tumba. Abandonó después el cultivo del verso, y concentró su espíritu en el estudio de la historia de América, á la que pensaba dedicar todos los afanes de su madurez. Su influjo literario fué de resistencia primero, de moderación más tarde, para la corriente innovadora, en cuanto ella discordaba de aquella severa disciplina que estaba en la educación y en la propensión instintiva de su mente. Su naturaleza intelectual era firmeza, sosiego, exactitud. Desconoció como publicista otras inspiraciones que las de la razón que domina, austera é inmutable, desde su altura superior á la tormenta; y aun en una propaganda que vibró en atmósfera inflamada por las más nobles exaltaciones de la indignación y los más justificados extremos del odio, no se caracterizó su palabra por la invectiva ni el sarcasmo que calienta la pasión impetuosa, sino por la ecuanimidad, por la serenidad, por la justicia; por todas aquellas condiciones que son el sello de la tranquila fortaleza del ánimo, unida á las vistas límpidas y seguras de la inteligencia.

A la llegada de estos primeros proscriptos, nues-

tra cultura propia daba escasas muestras de sí. Constituida la nacionalidad, el signo de su autonomía literaria se personificaba en Francisco Acuña de Figueroa, á quien se hubiera podido llamar, aun más que el poeta de la nueva República, el poeta de Montevideo: la encarnación del carácter de una ciudad y de su crónica, animados por cierta poesía, risueña y apacible, que tenía algo del aspecto de esa misma ciudad. Cuando la plaza fuerte dentro de cuyos muros había dado expresión, con el *Diario del Sitio*, á las últimas resistencias del espíritu urbano y español, se alzaba al rango de capital de un pueblo independiente y á la dignidad republicana, cobró de súbito el acento del versificador que hasta entonces había militado en las humildes filas de la tradición prosaica de Iriarte, ó de la vulgar y villanesca de Lobo, cierto brío, cierta elevación, cierta nobleza, y tendió á ser el comentario lírico de las armas y de las leyes. Al propio tiempo, en otras formas de su copiosa producción, más adecuadas á sus dotes nativas, interpretaba el poeta jovialmente la crónica menuda de la ciudad, los rasgos característicos de su vida social y doméstica. En el tono remontado y solemne no era sólo su voz la que sonaba. Carlos Villademoros, Manuel y Francisco de Araúcho, entre otros que aun les son inferiores, buscaban inspirarse en los acontecimientos de la época. Eran sus cantos como un remedo aldeano ó infantil de la genialidad de aquel solemne y arrogante lirismo que había resonado en América, durante la Revolución, para propagar sus entusiasmos y saludar sus triunfos. En tan endeble poesía de circunstancias, se asociaban, de contradictoria manera, la ingenuidad, el abandono, el candor, todas aquellas condiciones del

gusto y el estilo que manifiestan la inexperiencia literaria, con el amaneramiento y el artificio propios de una retórica que señalaba el último grado de afectación y decadencia en una escuela moribunda.

La organización incipiente y precaria concedía muy poco espacio á las tareas del espíritu que no se relacionasen directamente con las porfías y las pasiones de la acción. La imprenta apenas existía más que para el periódico político. Ciudad nueva y atribulada, sin tradición intelectual ni reposo para haber constituido las formas fundamentales de una cultura, Montevideo recibió de aquella doble inmigración de escritores el impulso que, perseverando con ellos y despertando á la vez la emulación de los nativos, la levantó en diez años más á la condición de uno de los centros literarios más interesantes y animados de la América española.

Una nueva generación presentó sus intérpretes y voceros á rivalizar con la gallarda juventud argentina. El nombre que primero acude, en orden de tiempo, cuando se trata de personificar esa generación innovadora, es el de Marcos Sastre, benemérito amigo de la educación popular. Pero radicado éste, desde la adolescencia, en Buenos Aires, fué allí donde se desenvolvió su entusiasta acción intelectual, con la que prestó servicios eficaces á la evolución de 1837 como fundador del «Salón Literario». Es, en realidad, Andrés Lamasquien, antes que otro alguno, anuncia en Montevideo la renovación del grupo dirigente y la renovación de las ideas. Su participación en las contiendas de la vida pública se adelanta á la de los demás hombres de su generación. Su palabra es la primera de escritor uruguayo en que se sienta el influjo de las

tendencias de *emancipación* espiritual formuladas para estos pueblos por Echeverría.

Casi niño, ensayó sus armas en la prensa. *El Nacional* de 1836 fué una bandera prestigiosa en sus manos. Sus dotes de escritor se acrisolaron tempranamente en esa ruda campaña opositora, que terminó, para el diarista adolescente, con el silencio forzoso y el destierro. Y luego, cuando Alberdi pensó por un momento atraer á la obra de regeneración social y política en que aquella juventud soñaba, la voluntad de Rozas, invitándole, en el prefacio de su exposición de Lerminier, á ser el brazo que llevase á ejecución aquel pensamiento, publicó Lamas un opúsculo de impugnación, donde hacía resaltar lo incompatible de todo ideal de instituciones con la tendencia lógica y fatal de la tiranía. Vuelto á la prensa en 1837, la persecución no demoró en alejarle de nuevo. Cuando regresó con el ejército triunfador del Palmar, y recobró la pluma, mostró ya la figura juvenil del escritor rasgos completos y definitivos, que le presentaron como el publicista de su generación, como el publicista de un espíritu nuevo. En Abril de 1838 escribía Lamas el prospecto de *El Iniciador*.

III

Miguel Cané, llegado es 1834 á Montevideo, donde completaba sus estudios jurídicos en el bufete de Florencio Varela, compartía con Lamas la dirección de esa hoja juvenil.

El prospecto es una valiente afirmación de la obra de libertad y de reforma á que se sentía llama-

da aquella juventud. «Dos cadenas—decíase en un «pasaje de él,— nos ligaban á España: una material, «visible, ominosa; otra no menos ominosa, no menos «pesada, pero invisible, incorpórea, que, como aque«llos gases incomprensibles que por su sutileza lo «penetran todo, está en nuestra legislación, en nues«tras letras, en nuestras costumbres, en nuestros «hábitos, y todo lo ata, y á todo le imprime el sello «de la esclavitud, y desmiente nuestra emancipa«ción absoluta. Aquélla, pudimos y supimos hacerla «pedazos con el vigor de nuestros brazos y el hierro «de nuestras lanzas; ésta es preciso que desaparezca «también si nuestra personalidad nacional ha de ser «una realidad; aquélla fué la misión gloriosa de nues«tros padres, ésta es la nuestra». «Hay, nada menos,— «agregábase, — que conquistar la independencia in«teligente de la nación, su independencia civil, lite«raria, artística, industrial; porque las leyes, la so«ciedad, la literatura, las artes, la industria, deben «llevar, como nuestra bandera, los colores naciona«les, y ser, como ella, el testimonio de nuestra inde«pendencia y nacionalidad».

En su aspecto social, la ejecución de este programa fué el desarrollo—más ó menos velado por las condiciones de una propaganda que había de contenerse en los límites de la abstención política,—de la fórmula regeneradora de 1837.

En su aspecto literario, significaba la asimilación de las influencias románticas orientadas en un sentido nacional. Importa ya que nos detengamos á considerar las antecedentes de estas influencias dentro de nuestra cultura literaria, y el modo cómo ellas llegaron á prevalecer.

Antes de la universal repercusión de las jornadas

triunfales de 1830, no era aún bastante para alcanzar hasta nuestra remota é incipiente cultura la virtud de expansión del romanticismo, que, habiendo atravesado desde el Norte las fronteras de Francia, permanecía allí en incierto crepúsculo y apenas si reflejaba algún tímido rayo de su luz en el lánguido imaginar de la decadencia española. Por otra parte, los ecos vagos y confusos de la revolución literaria que pudieron llegar al oído de los pueblos de América, no traían consigo la manifestación de un ideal capaz de hallar propicia resonancia en el ambiente americano, ni de acordarse con los estímulos de nuestro creador heroísmo de aquel tiempo. Sabido es que el romanticismo literario, en su relación con las ideas sociales y políticas, era, en su origen, escuela de reacción. Miraba hacia el pasado; amaba la tradición y la leyenda; había ceñido sus armas y afirmado su escudo para tentar el desagravio de las cosas caídas.

Cierto lazo simpático es fuerza que vincule las aspiraciones, las ideas, los sentimientos de libertad, en todas sus manifestaciones; y en tal sentido es indudable que la revolución literaria, expresión de libertad, debía ser grata á los ojos de aquellos que acababan de consumar su revolución política. Por más que la nueva escuela hubiera nacido solidaria, en cierto modo, de la protesta que se alzaba, en nombre de la Europa tradicional, contra la transformación de las ideas y las instituciones, una tendencia lógica debía empujar, á la larga, á los soldados de la libertad á militar bajo las banderas insurrectas de la literatura. Aquella misma radical transformación, que al propagarse, desde la Francia revolucionaria, por el mundo, aparecía vincula-

da, en el orden estético, á la inflexible permanencia de lo clásico, se había relacionado en sus orígenes con un impulso de emancipación de las ideas literarias. No fué otra cosa, en las postrimerías del siglo XVII, la célebre querella de *antiguos* y *modernos*, sino un torneo donde los brazos que concluirían por trastornar el eje de la sociedad humana se acostumbraron á romper el cetro de la autoridad. Discutiendo á los clásicos se había preparado el camino para discutir á las aristocracias y á los reyes. Defendiendo la perfectibilidad de la literatura, se había arrojado el germen de la idea de perfectibilidad de las costumbres y las instituciones. Perrault precede á Condorcet. La rebelión literaria de aquellos románticos proféticos precede á la rebelión social y religiosa de los enciclopedistas. Pero no es menos cierto que hasta tanto se restablecía ese nexo lógico y llegaba, para conciliar la libertad estética con la libertad política, el romanticismo liberal y democrático de 1830, lo nuevo, lo indisciplinado, en literatura, procedió de quienes representaban, en otro género de ideas, la autoridad y la tradición. La república jacobina y los mantenedores de su espíritu, confesaron siempre, por ideal literario, el clasicismo más austero; la preceptiva de Boileau duraba en todo el rigor de su tiranía, mientras los templos se habían quedado sin oficios y la cabeza de los reyes rodaba por las gradas del cadalso. La idea de la libertad llegó, pues, identificada con la afectación antigua de las formas, á los pueblos de nuestra América. Su revolución fué exteriormente clásica. Lo fueron su poesía y su tribuna. La disciplina retórica y poética era profesada con aquel grado de severidad é intolerancia de que un documento literario

muy curioso: el manifiesto que acompaña á los Estatutos de la sociedad llamada *del buen gusto del Teatro*, que se fundó en Buenos Aires en 1817, puede servir de ejemplo significativo.

Ciertas auras muy leves de innovación empiezan á remover el ambiente literario en la época de Rivadavia. El clasicismo de Juan Cruz y Florencio Varela, eco del degenerado clasicismo del siglo XVIII, en toda su entereza dogmática, en toda su intolerancia esencial, aparece atrasado, con relación á su propio ambiente, si se consulta al testimonio que de las ideas literarias en circulación lleva en sí la prensa de entonces. La crítica teatral, en algunos de los periódicos de aquella época, ofrece ciertos atrevimientos felices, cierta ansiedad de cosas nuevas; rasgos de curiosidad y libertad, cuyo origen debe atribuirse, ya á los primeros y vagos ecos de la crítica innovadora de principios del siglo, ya á las protestas que el recuerdo de la grande tradición romántica mantuvo en la crítica española posterior á Luzán; y aun al mismo contacto con la doctrina del siglo XVIII francés, si se considera que, para espíritus algo dados de suyo á tolerancias é innovaciones, aquella propia escuela de clasicismo, que tan rígida y adusta se nos aparece en su perspectiva histórica, no carecía de asidero donde apoyar ciertas irreverentes osadías y ciertas aspiraciones de libertad, que tienen precedentes tales como los del Voltaire del *Ensayo sobre lo épico* y las *Cartas inglesas*, y los relámpagos de genio de la crítica de Diderot.

En poesía, Juan Crisóstomo Lafinur había dado entrada á los vagos presagios románticos de Cienfuegos. Cuando, en 1821, se premiaba oficialmente uno de los cantos de Luca y se otorgaba al poeta,

como premio, una colección de los mayores épicos clásicos, se incluyó entre ellos á Ossián, cuyo romanticismo, falsificado pero lleno, en su hora, de sugestiones felices, fué, sin duda, de los más activos elementos de renovación que prepararon universalmente el nuevo gusto poético.

A este principio de evolución de las ideas literarias, contribuyó eficazmente, por aquel mismo tiempo, la presencia de un escritor de no vulgar ingenio y vasta cultura, para cuyo nombre debe existir, aun más que en la tierra de su nacimiento, en nuestra América, recuerdo respetuoso y durable. José Joaquín de Mora, miembro de aquella viril generación que, arrojada de España por el despotismo de Fernando VII, abrevó su mente, fuera de la patria, en las corrientes nuevas que á su regreso salvaron con ella los Pirineos; publicista, crítico, versificador, algo poeta; propagandista de adelantadas ideas de enseñanza, de literatura y de organización, durante sus diez años de permanencia en varios pueblos americanos; espíritu del que pudo decir, cuando su tránsito supremo, la palabra elocuente de Ríos Rosas, que «embotó las espinas de la proscripción con el asiduo culto de la inteligencia», tomó á su cargo la dirección oficial de *La Crónica*, llamado á Buenos Aires por el gobierno de don Bernardino Rivadavia, en 1827. El olvidado autor de las *Leyendas españolas* no era, en el rigor de la palabra, un romántico. Desde luego, era francamente hostil al romanticismo reaccionario y retórico de Chateaubriand, contra quien tuvo su crítica páginas de detracción apasionada é injusta. Pero sus doctrinas, más esenciales y sólidas, de libertad literaria, habían sido adquiridas al contacto con el pensamiento inglés, de

cuyo espíritu puede considerársele, entre los escritores de lengua española, uno de los emisarios primeros. Él traía consigo á Buenos Aires el influjo de aquel animado movimiento de publicidad y de asimilación de ideas, que sostuvieron por algunos años, en Londres, concentrando allí la más adelantada representación de la literatura castellana de la época, una parte de los españoles desterrados por la reacción absolutista de 1823 y algunos de los americanos que mantenía en Europa el servicio de los intereses diplomáticos de la Revolución, ó que padecían el ostracismo originado en las primeras luchas civiles. Y aunque en punto á los fueros del idioma y á ciertos elementos de orden y pureza formal, era Mora conservador é intolerante, como lo anunciaba él mismo en el varonil prospecto de *La Crónica*, era, en lo íntimo y substancial de su doctrina, más independiente y más laxo que su futuro contendor don Andrés Bello, con quien comparte en Chile la gloria del magisterio literario que presidió, en el período anterior á la llegada de los proscriptos argentinos, al desenvolvimiento cultural de aquel pueblo.

Rápido como fué su paso por Buenos Aires, dejó, sin duda, algunos gérmenes felices, que contribuyeron á formar el ambiente en que tomó los rumbos de su vocación literaria la nueva generación. La autonomía y espontaneidad del pensamiento americano, lo mismo en lo que se refiere á la literatura que en su aplicación á la realidad política y social, fueron ideas que no permanecieron ignoradas para la crítica y la propaganda de José Joaquín de Mora.

Espesábanse las sombras de la reacción que siguió á aquel período de adelanto, cuando volvió del otro lado del Océano el gran innovador por quien

esos vagos precedentes se convirtieron en acción resuelta y constante. Esteban Echeverría, que llevaba en París una afanosa vida de observación y de estudio desde 1826, había asistido allí á la última etapa de la revolución de las ideas, que precipitaba entonces sus pasos hacia el glorioso desenlace de Julio. Empapada su mente en la irradiación de aquellos días luminosos, cuando puso el pie sobre la nave que le restituiría al seno de la patria el joven é ignorado escritor se consideraba á sí mismo el mensajero de una nueva vida intelectual. Llegó, mediando el año de 1830, y halló en la ciudad que dejara jubilosa y altiva, el silencio y la sombra, la soledad moral, la enervación de las voluntades, el ostracismo de las inteligencias. Sobreponiéndose al desaliento que comunicaba el ambiente, publicó, en 1832, su primera tentativa poética: la leyenda que llamó *Elvira ó la Novia del Plata*. En aquella atmósfera sin eco, su publicación no fué un triunfo; no fué tampoco el merecimiento de un triunfo. Tratábase apenas de un tributo pagado al más artificioso amaneramiento romántico, en el género espectral de las leyendas de Hoffmann, de los cuentos de Nodier; en el género que el gusto de aquel tiempo tenía de más exótico é inoportuno para adaptado á la radiante luz y al aire diáfano de nuestros climas. Pero la histórica significación de ese temprano ensayo de romanticismo ha de señalarse en que, merced á él, la nueva escuela literaria repercutía directamente en estos pueblos cuando ella apenas había salido en España, con la aparición de *El Moro Expósito*, de sus presagios indecisos y obscuros.

Un silencio de dos años precedió á la primera obra eficaz de Echeverría: en 1834 vieron la luz los *Consue-*

los. Mediano era el libro, pero el poeta de una generación estaba allí. Un numen ignorado amanecía en aquellas páginas, para nosotros tan lánguidas y tan marchitas y que parecieron entonces llenas de vibración, llenas de color y de vida. Era la musa nueva, dispensadora de los deliquios de la meditación y del recogimiento; la confidente cariñosa de la personalidad; la poética revelación del mundo íntimo; el espacio franqueado, junto á la poesía que se inflama en las pasiones de la multitud, para la poesía que canta de los sentimientos de uno solo. La época era favorable, por su propio abatimiento cívico, para los abandonos de la melancolía, como lo fuera en tiempos cercanos para la altivez y virilidad de lo épico. Una aureola de interés y simpatía rodeó, desde el primer instante, al nuevo libro; reconoció la juventud al poeta suyo, al poeta que le estaba destinado, y la crítica clásica, que representaban los Varela, aplaudió. Bien es verdad que el espíritu relativamente romántico y novador de los *Consuelos*, encarnado en una forma que no se singularizaba todavía por ninguna de las novedades de métrica y de estilo que revistieron á la lírica romántica con su túnica propia, se presentaba en versos más arreglados y tímidos que audaces, que podían pasar como una tentativa de restauración de las tradiciones clásicas de sobriedad y de mesura, frente á aquel otro clasicismo que la escuela dominante hasta entonces, en los poetas de América, había llevado á los extremos de la solemnidad oratoria y de la difusión. En la propia carta donde tributaba sus aplausos al poeta que se revelaba, Florencio Varela, fijando su atención en el movimiento literario europeo, aparecía desconcertado por el declinar de los dioses de

su culto; pedía el desagravio para las sombras de Horacio, de Racine y de Moliére; profetizaba con segura convicción que «Hugo pasaría», y se negaba á reconocer en la revolución literaria otra cosa que una pasajera desviación y una recrudescencia gongórica. Años más tarde, cuando tocó al publicista del *Comercio del Plata* juzgar *El Peregrino* de Mármol,—y aun cuando escribió el informe relativo al memorable Certamen de 1841,—dejó notar que la revolución de las ideas había labrado cierto surco en su espíritu. En cuanto á Juan Cruz, tampoco permaneció reacio á toda influencia innovadora, y en 1836, escribiendo á don Bernardino Rivadavia para exponerle los principios de crítica á que se proponía ajustar la traducción, que entonces reanudaba, de la *Eneida*, tenía observaciones de un sentido profundo, que manifiestan el influjo de una crítica nueva y levantan su juicio muy sobre el pensar del falso clasicismo del siglo XVIII.

Entretanto, la juventud que por aquellos años entregaba á la vida pública la decaída Universidad, donde la palabra dulce y persuasiva de Alcorta mantenía, ella sola, la tradición de un glorioso profesorado, empezaba á poetizar al modo nuevo y á interesarse en otras ideas que las que se le habían comunicado en las aulas. Se generalizaba el conocimiento de los modelos románticos. En 1835, una edición emprendida por don Patricio Basabilbaso, divulgaba la traducción que el argentino Miralla dejó hecha, en Cuba, de las *Cartas de Jacobo Ortís*, el wertheriano epistolario de Hugo Fóscolo. Abríanse paso, al par de las nuevas ideas literarias, las corrientes nuevas de la filosofía y del derecho. Lerminier era resumido y comentado, en interesante opúsculo,

por Alberdi. José Tomás Guido había dado á la estampa, en 1834, una versión de la *Historia de la Filosofía* de Cousin.

El arribo á tierra firme, la orientación definitiva después del período de ensayos, se anuncia por la memorable profesión de fe de 1837 y tiene, como signo literario, la aparición de *La Cautiva*. Si no la madura realización poética, se había logrado con aquellos versos definir el propósito para siempre oportuno. Tendiendo á desatar los vínculos que supeditaban la nueva dirección de las ideas á una norma de imitación, en que el principio de obediencia que se había abandonado con respecto á los clásicos parecía sancionarse otra vez con relación á los maestros del romanticismo, se ponía al pensamiento en el camino de una franca emancipación; se refundía el concepto de aquella escuela literaria dentro de molde americano, y se la convertía en obra propia, en el sentido de interpretarla y adaptarla según las condiciones de nuestra naturaleza y de nuestro medio social.

Sabemos ya que el movimiento de asociación y propaganda que estas ideas promovieron en Buenos Aires, fué interrumpido, al nacer, por la suspicaz persecución de la tiranía, y que, con el destierro de la juventud que le comunicaba sus alientos, se trasladó á esta margen del río, donde tuvo inmediatamente su periódico. *El Iniciador* de Montevideo representa para esa juventud como la última jornada del aprendizaje, como el último día del aula. Después de él, las ideas literarias y sociales que, nuevas y débiles aún, le habían inspirado, se levantan con rápido vuelo á dirigir la actividad espiritual de la época, y los que habían sido sus precoces conversos ha-

blan ya, más que como insurrectos que proclaman, como vencedores que dominan.

Cooperando con la difícil propagación del libro europeo, el periódico procuraba difundir, desde sus páginas, á los maestros de aquella grande aurora intelectual. Hugo, Manzoni, Lamartine, Espronceda; «Fígaro», de cuyas críticas se hizo, en el mismo año de 1838, una edición por las prensas de Montevideo; Lamennais, cuyo apasionado estilo fué á menudo imitado en los escritos de la época; Cousin, Saint-Simon, Lerminier, se divulgaban en las transcripciones ó resúmenes de *El Iniciador*. Al propio tiempo, la escena teatral se abría á la irrupción romántica, y en nuestro viejo «San Felipe» triunfaban *Don Álvaro*, *Macías*, *Catalina Howard*, *La torre de Nesle*, *Los amantes de Teruel*.

Interesante es atender al desenvolvimiento de *El Iniciador* en los escritos propios de sus redactores. De don Andrés Lamas,—que en la declaración de propósitos del periódico había trazado valientemente los rumbos de su propaganda, pero que contribuyó al desenvolvimiento de ella con escasa asiduidad, solicitado bien pronto por las agitaciones de la política activa,—debe recordarse un diálogo lleno de brío é intención (1), donde recoge los ecos de desdén, de desconfianza ó de burla, que manifestaban cómo aquella iniciativa autonómica de la juventud había herido, ya los sentimientos de inercia, las raices aun vivas del pasado, ya la superioridad recelosa de los círculos.

Más asidua fué la colaboración de Cané. Citemos

---

(1) *¿Quiénes escriben "El Iniciador"?*

de su pluma, el hermoso juicio sobre *Alejandro Manzoni*, lleno de apasionado entusiasmo por el poeta y de anhelantes votos por la resurrección de Italia; el atinado examen de las nuevas tendencias de la *Literatura*, donde, sobreponiéndose á todo lo que había de convencional y transitorio en el romanticismo, señalaba como la idea definitivamente adquirida por aquella gran revolución, la de la variabilidad de la obra literaria, en cuanto «atributo del estado y condición de los pueblos», «sometido á la doble ley del tiempo y del espacio»; los diálogos festivos en que, bajo el título común de *Mis visitas*, desplegó certeras dotes de crítica y observación; las meditaciones, á menudo profundas, sobre el estado social y los problemas propios de la América recién emancipada. En una de ellas realzaba, con sentida elocuencia, el urgente interés de la propagación de la enseñanza, como suprema virtud regeneradora; glosaba en otro de esos artículos doctrinarios, dirigiéndose á los hombres de su generación, las palabras póstumas de Saint-Simon á sus discípulos: «El porvenir es vuestro»; hablaba en otros,—*El Pueblo*, *La Aristocracia en Sur América*, *Fiestas públicas*,—de la dificultad de convertir en fuerza orgánica y autónoma la mole inerte de las multitudes que la educación colonial y la semibarbarie del desierto habían preparado para la servidumbre ó para el ciego desplome de la anarquía.

La aplicación del pensador, del político y del moralista, aparece con más frecuencia que la del crítico propiamente literario, en esas páginas. Y sin embargo, era la de don Miguel Cané una organización moral profundamente sellada por pasiones de artista. La vocación, aunque nunca llegó en él á rea-

lidad madura, le llamaba á una de las má inmunes consagraciones de escritor literario que hubiesen podido florecer en aquella generación. Su crítica suele ofrecer, por esto, manifestaciones de un desinteresado sentimiento de belleza, que no es cosa fácil encontrar en una literatura de periodistas y tribunos; aunque no se eximiese, como queda dicho, de la imposición común de un ambiente que obligaba á convertir la misma contemplación y el mismo reposo en medios y maneras de lucha. Así, formulando un excelente juicio sobre Larra, supo reconvenir á «Fígaro» el criterio, del todo extraño á la pura apreciación estética, que le dictó su condenación de *Antony*.

A Cané, según todas las apariencias, pertenece, en efecto, el más hermoso y magistral fragmento de crítica que realce las páginas de *El Iniciador*: el estudio de la personalidad y la obra de Mariano José de Larra, que, publicado en ocasión de la muerte del gran escritor, constituye un juicio definitivo y perfecto, que hoy podría figurar, sin alteraciones, en el texto de una historia literaria.

Cultivó también, en su período de *El Iniciador*, el cuento sentimental y poético. Más tarde, fijó su dedicación literaria en la novela, aunque sin asomo de originalidad americana ni de estudio de la realidad. Concertó esta vocación con la de *dilettante* en artes plásticas, mediante cierto género seminovelesco, que es conversación artística al par que narración (1). Lienzos y mármoles constituyen el fondo del relato, como en las novelas de viajes los cuadros de la naturaleza. La crítica de arte alterna con el des-

(1) V. gr: *Esther, La familia de Sconner.*

envolvimiento de la acción, á la manera del libro en que Mad. de Staël dió por escena los museos y las ruinas de Italia á las figuras de Osvaldo y Corina. El modo de contar manifiesta en Cané cierta animación y elegancia; el fondo es tan reflejo y pobre como en casi todo el novelar romántico transplantado á tierras de América.

Entre los colaboradores de *El Iniciador*, ninguno de personalidad más resaltante que Alberdi. La crítica satírica de costumbres, instrumento de los más eficaces para los fines del periódico, fué, en la literatura de su tiempo, iniciativa suya. No es que la sátira careciese de memorables precedentes en los escritos de la anterior generación. Aquella prensa turbulenta que controvertió, durante la *reforma* de Rivadavia, las ideas de la organización social y política, lo mismo con la gravedad del razonamiento doctrinario que con la intención irónica y mordaz, acreditó la realidad del rasgo que señalaba don Juan Cruz Varela en la genialidad de su pueblo, cuando afirmaba que, como el caracterizado en la expresión del gran satírico, *nacía burlón*. Algún durable elemento literario podría sacarse tal vez de entre aquellas encontradas muchedumbres de vocablos que combaten riendo: no, ciertamente, por la fina espiritualidad, por la elegancia, por el aticismo; sino en el género de aquella sátira española del siglo XVIII, tan cerril y tan tosca, pero tan varonil, tan sazonada con las especies fuertes del ingenio, que aun nos convida á franco y alegre reir en las páginas gruesas del *Gerundio*, y que podría tener el símbolo de sus procedimientos en el manteo de Sancho ó en las tribulaciones del Buscón en la Universidad de Salamanca.

El P. Castañeda es la personificación militante de ésa que podemos llamar *edad de piedra* del donaire argentino. Tiene para nosotros su sátira, como la de las réplicas de Varela y la de quienes participaron con el uno ó el otro en aquellas jornadas de Fronda del panfleto y el diario, la curiosidad de ofrecer algo así como una cómica refracción de los hombres y las cosas de uno de los períodos más trascendentes y solemnes en el desenvolvimiento orgánico de estos pueblos; y hoy las leemos con aquel género de interés con que se recorre una página de caricaturas de Cham ó de Nadar, donde aparecen, entregando sus rasgos á la travesura del lápiz, aquellas figuras de otros tiempos que estamos habituados á mirar en las actitudes dignas y nobles con que las fija el grabado y nos las representamos en la contemplación de la historia.

La sátira, pues, era personal ó política, cuando dejaba de ser indeterminada y abstracta. Alberdi la infundió carácter social; la animó con su sentido profundo de las necesidades y los intereses de la sociedad en que escribía; la imprimió el colorido de la localidad y de la época. Duraba en las formas de la sátira el dejo aldeano de la pendencia estrepitosa y procaz. Alberdi la familiarizó con las sutilezas de la sonrisa inteligente y con las delicadas voluptuosidades de la ironía. Él realizó, dentro de pequeño escenario, la obra que, en escenario mayor, hizo glorioso el nombre de Larra, mentor y maestro suyo. Para recoger su pluma le valían, no sólo las nativas dotes de su espíritu, sino también la condición del ambiente á que hubo de aplicarse su crítica y en el que se renovaban las impresiones de la contemplación, á un tiempo reflexiva y sonriente, con que

había asistido el crítico ilustre al desconcierto de una sociedad que vacilaba entre la atracción de un ideal que moría y la de un ideal que no había acabado de nacer.

Caracteres, *Figarillo en Montevideo*, *La cartera de F.*, *Sociabilidad*, *Doña Rita Material*, *El Sonámbulo* (1), —los cuadros de costumbres que, prosiguiendo la labor comenzada en *La Moda* de 1837, publicó Alberdi en *El Iniciador*, —son, sin duda, de las mejores y más duraderas páginas que por aquel tiempo inspiró, en España y América, la imitación de las de «Figaro», y constituyen el más aproximado trasunto de la manera del genial escritor, en su parte de observación y de ironía, aunque ningún parentesco presenten con otros aspectos, quizá más característicos y dominantes, de su obra. Faltaba en Alberdi aquel fermento romántico que entró por mucha parte en la complejidad del alma de «Fígaro»; el pesimismo ingénito con que solía desleír en lágrimas acerbas la pastilla de color de la sátira. En la naturaleza literaria de nuestro escritor no era nota que vibrase muy alto el sentimiento; y por otra parte, su profunda fe en la virtud de las ideas que dieron inspiración y norma á su crítica no parece quebrantarse jamás, como en el maestro, por la desconfianza ó la duda.

En la crítica literaria, Alberdi debe ser considerado el más eficaz cooperador del gran propósito de Echeverría. La idea de emancipación espiritual que, en la producción poética, inició el autor de *La Cau-*

---

(1) Algunos de estos artículos de Alberdi se han reproducido en el tomo I de sus *Obras*.

tiva, él la expresó en la doctrina y el análisis, y la aplicó con criterio más consecuente y más seguro. Tuvo más precisa noción que el poeta, de los caracteres que debería asumir una literatura americana, una vez sentado el principio de su posible originalidad. Trazó mejor que él el deslinde que, entre los elementos oportunos y los exóticos, reclamaba la adaptación de la nueva escuela de arte al ambiente de los pueblos de América. Se levantó más alto sobre las limitaciones escolásticas del romanticismo. Fué, de los nuestros, el primero en hacer de la crítica literaria, no el simple análisis retórico, sino la consideración de la obra bella en sus relaciones morales, en su función social; consideración que domina, á veces exclusiva, en sus juicios, menos de artista que de pensador, con detrimento del puro y desinteresado amor del arte, que no tuvo en su espíritu la intensidad con que prevalece en el alma ardorosa de Cané ó en el alma diáfana y serena de Gutiérrez. Estudios tales como *¿Qué nos hace la España?*, *La emancipación de la lengua*, *De la poesía íntima*, *Del arte socialista*, *La generación presente á la faz de la generación pasada*, reflejan bien esa aplicación de la crítica de Alberdi, en su campaña de *El Iniciador*. Allí aparecen, como notas constantes, la liberalidad, un tanto desconcertada, del criterio, en puntos de enguaje y de forma; el afán por la asimilación inmediata de lo nuevo y adaptable; la guerra tenaz llevada á los reductos de la tradición española, y una apasionada inclinación á buscar la trascendencia positiva, social, de la literatura, considerada, ante todo, como medio de propaganda y de acción.

Aunque Juan María Gutiérrez llegó á Montevideo algo después de haber cesado la publicación de *El*

Iniciador, colaboró asiduamente en él desde Buenos Aires. Su personalidad juvenil aparece claramente estampada en sus escritos del periódico. Ya le singularizaban, entre los representantes de aquella juventud, ciertas selectas dotes de su espíritu: la delicadeza, la pulcritud del gusto, el *sens des nuances*, que eran como el aire de su aristocracia intelectual; la serenidad, que estaba lo mismo en los veredictos de su crítica que en el ambiente luminoso y puro de sus versos; la amplitud afirmativa, que era su virtud literaria, y que place encontrar en un tiempo de entusiasmos innovadores. Quien lee sus primeros trabajos no reconoce en ellos á un revolucionario de las ideas, como en los de Alberdi; ni á un romántico de la imaginación y el sentimiento, como en los de Cané. Campea allí el asimilador difundido, pero cauto. No sólo propendía á un natural eclecticismo porque conciliaba, de dichosa manera, el amor de la libertad con la inclinación al refinamiento y al orden, sino también porque poseía ese dón de insaciable *curiosidad*, en el sentido más alto, que lleva á quien le tiene á gustar todo sabor de naturaleza y de espíritu y á familiarizarse con las más diversas formas de lo bello. Considerado por esta preciosa faz de su carácter, es la gallarda y cumplida personificación de la genialidad de una época de iniciación literaria; de despertar de las energías juveniles de la mente, ávida de toda ciencia, enamorada de toda luz.

Principia la colaboración de Gutiérrez en *El Iniciador* con una semblanza moral y literaria de Silvio Péllico, que precede á la traducción del décimocuarto capítulo de los *Deberes del hombre*. La figura del cautivo de Spiélberg, destinado desde la juventud

á la persecución, al fracaso, al infortunio; personificando en la prisión la suerte ingrata de la patria, y trazando sobre sus losas frías la resignada afirmación del deber; hundiéndose, cuando liberto, en triste y silenciosa penumbra, para llevar el duelo de su idea, debía presentarse iluminada por la aureola de una simpatía irresistible á los ojos de aquella juventud que, como él, sentía hambre y sed de libertad; que concentraba el alma entera en el anhelo de una regeneración difícil y lejana, como la realidad del sueño patriótico de Péllico, y que desplegaba en el destierro su *Iniciador*, en cuyas páginas alternaban sus pasiones cívicas y sus ingenuos sueños de arte, como el evocador de Francesca de Rímini desplegara en Milán *El Conciliador* que, bajo las formas de una propaganda literaria, ocultaba el pensamiento de redención política.

Otra interesante página de este período que podemos llamar de iniciación, en la crítica de Juan María Gutiérrez, es su estudio de Meléndez Valdés. Levantándose con original arranque su juicio sobre la vulgarizada preocupación que vinculó casi exclusivamente el nombre del poeta al repertorio erótico, hoy para siempre marchito y olvidado, glorificó en su obra lo que la crítica de nuestro tiempo reconoce como el más alto merecimiento de Meléndez: la iniciación de la poesía social, revolucionaria, pensadora, que, atravesando por el alma apasionada de Cienfuegos y por la grave razón de Jovellanos, dió en el cantor de Guttenberg el modelo de aquel lirismo que consagró los guerreros triunfos de América y poetizó los principios de su revolución. Una atinada referencia al horizonte inmenso que ofrecía para la regeneración de la poesía española, co-

mo expresión del alma de un pueblo preferido por las hadas de la tradición y la leyenda, la escuela literaria que reveló desde otros pueblos de Europa la virtud inspiradora de aquellos prestigios del pasado, realza el interés de ese estudio juvenil, donde se imprime, al mismo tiempo, la huella sangrienta del alma del proscripto, en dolorosas reflexiones sobre el ingenio perseguido del odio de los déspotas y sobre la superioridad que se convierte en causa de infortunios.

Hay otro aspecto de la colaboración de Gutiérrez en *El Iniciador*, que manifiesta dotes luego descuidadas de su espíritu: la observación de costumbres, para la que se probó en cuadros que no carecen de gracia é intención; del género de los de Alberdi, é inspirados, como éstos, en el pensamiento de reforma liberal y civilizadora (1). Más había de perseverar en la vocación poética, que allí también ensayaba. Gutiérrez y Florencio Balcarce,—que dejó de su malograda juventud versos vivaces y risueños, muy de otro estilo que aquella lánguida melopea de *La Partida*,—fueron los primeros en dar eco á la iniciación de una poesía á un tiempo culta y popular, *lírica* en el sentido antiguo, en el sentido de cantable; iniciación que partió de ciertas melodiosas composiciones de Echeverría, y que era como una artística depuración del canto plebeyo, representado por las rudas estrofas de Ascasubi, á fin de no hacerlo ingrato y desapacible á los oídos urbanos, sin quitarle por eso el aire ni el sabor de la tierra. Tal es el género á que pertenece la más hermosa de las composiciones que

(1) *El Hombre-hormiga, El Encendedor de faroles.*

dió Gutiérrez á *El Iniciador*, si de entre ellas se descuenta *La flor del aire*, á cuyo colorido, genuinamente americano también, únese un tono menos popular y más íntimo. Me refiero á la delicada *Endecha del gaucho*, donde, sin perder su carácter ni su propiedad, se tamiza el acento del paisano al través de una elegancia ática de expresión. Pero la originalidad regional de esos ensayos no hizo apartarse resueltamente al poeta, que estaba vinculado por una admiración y un entusiasmo muy sinceros al lirismo de Varela y de Luca, del artificio *clásico*, á la manera convencional de aquella escuela, que suele aparecer en otras de sus composiciones. Así, su musa, á un tiempo refinada é ingenua, se balanceaba, como en la hamaca la *Irupeya* de su primoroso romance, entre la academia y la naturaleza, entre el amor á lo antiguo y el deseo de lo original.

Junto á los de Alberdi y Gutiérrez, luce la mayor parte de los nombres en que hoy personificamos el recuerdo de aquella generación. De Félix Frías se leen muy elocuentes páginas de exhortación moral y de doctrina austera, inspiradas en la sugestión del cristianismo democrático, que apasionaba las almas en la prosa ardiente de Lamennais y de Lacordaire. Habló, asimismo, sobre *Poesía nacional*, pidiendo de ella la tendencia activa, varonil, militante, *didáctica* en el más alto sentido, que formuló en estas palabras: «Queremos ciudadanos. Queremos la *ciudadanía* en poesía, en arte, en política, en literatura». Luego, con el título de *La Espontaneidad*, defendió este principio, en el doble significado de la natural expresión de la conciencia colectiva y del carácter personal del escritor y el poeta.

La frase concentrada, incisiva, nerviosa, de Car-

los Tejedor, diseña, en los artículos que intituló *Linajes de hombres* y *La Guerra*, el rígido perfil de su figura de publicista y de repúblico. Bartolomé Mitre, casi un niño entonces, dió al periódico de la juventud sus más tempranos versos, y escribió, con la común pasión del arte doctrinador y militante, el elogio de Quintana. Juan Cruz Varela, Figueroa, Echeverría, contribuyeron alguna vez, con sus prestigios magistrales, á acreditar las páginas de *El Iniciador*. Nombres olvidados, de esos con que cada generación literaria paga el pontazgo del tiempo, pero que en su hora significaron un esfuerzo más, una aspiración generosa, un valor de entusiasmo y estímulo, alternan con los que permanecen famosos.

El último número de *El Iniciador*, que lleva fecha de Enero de 1839, reprodujo, como la fórmula final que sintetizaba el espíritu de su propaganda, la profesión de fe redactada por Echeverría para la agrupación de la juventud que le reconoció por maestro.

Menos recordado de lo que debiera, el varonil periódico representa un momento muy digno de interés en la labor espiritual de su tiempo. Si de la «Asociación de Mayo» y de *La Cautiva* fué el programa, de *El Iniciador* fué el primer desenvolvimiento de aquel grande y fecundo arranque de ideas, que imprimió su sello á una época política y literaria, y dilató su órbita del uno al otro Océano, doblando las cumbres de la Cordillera con un grupo juvenil de proscriptos, para llevar al seno de otras sociedades de América su impulso innovador.

Como al hogar paterno, remoto é ignorado, tal vez de formas toscas y míseras, que dejó atrás el viajador que marcha al triunfo y á la gloria, á aquellas

formas primeras de su producción y de su propaganda intelectual ha debido de volverse, en la vejez gloriosa, el recuerdo de esa generación de escritores, que, destinada á fulgurar en lo alto de la cumbre, encendía entonces su luz como la luciérnaga perdida en el fondo obscuro del valle. Hay un interés y una emoción peculiares en la consideración de los orígenes humildes de las cosas que después se engrandecieron y magnificaron: el interés y la emoción con que se atiende á las anécdotas de la vida del niño que llevó en su alma la chispa destinada á transformarse luego en la llama del genio; ó á la descripción del aduar que encerró en sí las primeras palpitaciones del pueblo á que estaba reservada la predilección de la historia. Y habrá algo de esa emoción y ese interés en el sentimiento que ha de conmover, en el futuro, el espíritu del investigador literario y del bibliófilo que despejen del polvo de las bibliotecas las páginas olvidadas de *El Iniciador*.

IV.

El estímulo de publicidad no tardó en renovarse, en periódicos de pobre cabida y de precarios alientos, pero que simultánea y sucesivamente se complementaban, prolongando, en el ambiente de sencillez guerrera, una vibración de juvenil y desinteresado idealismo. El propio año de 1839 salió á luz la *Revista del Plata*, donde Alberdi publicó su «Crónica dramática de la Revolución», y el movimiento persistió con *El Porvenir* de Cané, *El Corsario* de Alberdi, *El Correo* de Domínguez, *El Álbum* de Mármol... A esta legión animosa agregaron Juan María Gutiérrez y Rivera Indarte *El Talismán*, que

apareció durante el segundo semestre de 1840. En el prospecto, se preconizaba la oportunidad social del periodismo literario, junto al que refleja sólo la agitación de la vida cuotidiana. Colaboraron en *El Talismán* casi todos los escritores de aquel grupo memorable; y entre ellos, se entreabría un espíritu casi infantil, por su edad y por el candor de su literatura: Adolfo Berro, cuya arrebatada muerte, exaltando las melancolías del gusto de la época, fué en el siguiente año una fecunda ocasión de poesía, en la que deshojó su más temprana flor de sentimiento lírico la juventud romántica de Juan Carlos Gómez.

Tocaba, por este tiempo, la dominación de Rozas en sus extremos de atroz ferocidad. Los insurrectos de Paz y de Lavalle, desamparados por la alianza francesa, apuraban sus esfuerzos. Gutiérrez é Indarte sintieron llegada la hora de exacerbar la propaganda contra la tiranía, á que ya el último dedicaba en la prensa diaria su pluma; pero, para no abandonar la dulce afición ni aun en la práctica de la rigurosa milicia, imaginaron conciliarlas mediante cierto género de *yambos* ó *Castigos* en forma periódica; y de esta original idea nació en 1841 *El Tirteo*, semanario escrito, todo él, en versos fulminantes, y en cuanto á la intención, no sólo buenos sino heroicos; donde centellean los primeros acentos de aquel odio lírico que había de tener manifestación más vibrante y eficaz en los famosos alejandrinos de Mármol. Bajo del título aparecía, como lema, el terceto con que se acerca el Gibelino á las almas azotadas por lluvia de fuego:

O vendetta di Dio, quanto tu dei
Essor temuta da ciascun che legge
Ció che fu manifesto agli occhi miei!

Catorce números llegaron á publicarse de *El Tirteo*. Sólo desapareció para renacer de inmediato, y sin la traba del verso perpetuo, en el *Muera Rosas*, donde, con Gutiérrez, colaboraban Cané, Alberdi, Echeverría y otros emigrados, uniéndose á la sátira de pluma la del lápiz, en dibujos que, desde Buenos Aires, enviaba ocultamente su autor el coronel don Antonio Somellera. Duró el nuevo sagitario antirozista hasta Abril de 1842. Así, entre estas hojas efímeras, pero movedoras, y el esforzado *Nacional* de Indarte, preparaban la aparición de aquel glorioso *Comercio del Plata*, cuyo nombre se identifica en la posteridad con la heroica resistencia á la tiranía, como el de *El Nacional* de Armand Carrel con la democracia de 1830 y el de *La Gaceta* de Mariano Moreno con la hora inicial de nuestra Revolución.

Mientras tanto, el anhelante amor de cultura perseveraba en la hospitalaria plaza fuerte, por sobre las asperezas de la pasión y del peligro. Aproximándose, en 1841, el aniversario de Mayo, el gobierno de Montevideo quiso celebrarlo de manera que fuese estimulada y honrada aquella animación intelectual que mantenía la presencia de los desterrados argentinos. A este fin, llamó á concurso para un canto donde se glorificase al gran día de América. El interés de ese torneo literario fué por mucho tiempo memorable en la crónica de la ciudad. Aspiraron al triunfo los más acreditados versificadores de la época: Figueroa, Mármol, Rivera Indarte, Domínguez. Dió forma al dictamen Florencio Varela. Juan María Gutiérrez, vencedor, obtuvo, con el premio, la consagración definitiva de su nombre y como el derecho á vestir, literariamente, la toga viril. Hoy apartamos de su memoria ilustre aque-

llos lauros marchitos. Su canto victorioso, que no es vulgar, se queda en no serlo. Falta la vibración genuinamente poética en el tono, á veces elocuente, y falta en la versificación, laboriosa y correcta, el dón de melodía natural, que acredita la garganta del pájaro; si bien redimen á esa composición de la vulgaridad la abundancia de ideas y la tendencia á sustituir, por un modo más intenso y jugoso, aquel vacío estrépito guerrero de los cantos heroicos que había inspirado hasta entonces la emancipación americana.

Sobrevinieron los días en que Montevideo vió avanzar hacia sus muros las triunfadoras armas de Rozas. El contraste entre aquella debilidad y esta fuerza generalizaba la impresión de que toda resistencia sería vana y de que la ciudad sucumbiría al primer empuje; porque no se prevé lo que es milagro del heroísmo y la constancia. Fué así cómo, no bien establecido el asedio por el ejército de Oribe, Juan María Gutiérrez y Alberdi abandonaron clandestinamente la ciudad, confundidos en un grupo de marinos franceses, y se embarcaron para Europa. Era esto en Abril de 1843.

Durante la travesía, compusieron en colaboración fragmentos de un poema inspirado en las impresiones del viaje; poema que había de titularse *Edén*, del nombre del bergantín que los conducía. Alberdi apuntaba en prosa la idea original, que Gutiérrez trasladaba al verso.

Un año, ó poco más, permaneció este último en Europa. La escasez de sus medios, que no el deseo, forzóle á poner fin prematuro á aquella peregrinación espiritual, soñada, entonces como ahora, de todo americano culto; y se volvió, después de reco-

rrer á grandes pasos Francia, Italia y Suiza. Llegado á América, hizo una corta estación en Río de Janeiro y Porto Alegre. Montevideo ardía en lo más premioso del sitio. Buenos Aires continuaba encorvada bajo la férula de la tiranía. El refugio donde ganar el pan del destierro sólo estaba del otro lado de los Andes, y allí se dirigió el necesitado escritor, que había de quedar en Chile hasta que, siete años más tarde, su patria volvió á serlo de veras para los que, como él, no la diferenciaban de la ibertad.

Un grupo de emigrados argentinos se amparaba, desde 1841, á la hospitalidad de Santiago y Valparaíso. Componían ese grupo una parte de los anteriormente asilados en Montevideo, y otros que, ya cuando los eligió la persecución, buscaron por escudo la Cordillera. Fué el primero en llegar, Sarmiento, que por entonces tentaba su vía, probando la vocación desasosegada é incierta, como en un husmeo leonino. Tras él llegaron Vicente Fidel López, Félix Frías, Alberdi, Mitre, Piñero, y uno de mi país: Juan Carlos Gómez. La influencia de estos emigrados fué, desde el primer momento, intensísima en la vida cultural de Chile. Por ellos se anunció en las letras el renovador impulso romántico; por ellos, ideas de reforma y emancipación intelectual penetraron en aulas y tertulias y se difundieron largamente en la prensa. Un movimiento de la juventud nativa, encabezada por Lastarria, contribuyó á la obra de los desterrados; pero de éstos fué siempre la superioridad de acción y de prestigio. La resistencia clásica y el espíritu de autoridad tenían la más alta representación á que hubieran podido acogerse en América: don Andrés Bello. En el bando revolucionario, Vicente Fidel López, con su *Curso de*

Bellas Letras, que tendía á liberalizar la disciplina retórica, y sus ensayos de la *Revista de Valparaíso*, era el razonador, el hombre de ideas; Sarmiento, el combatiente arrebatado é implacable . Un actor argentino, que fué á la vez, entre los compañeros de Lavalle, un soldado de la libertad: Casacuberta, animaba en el teatro los héroes fulgurantes del romanticismo. Se hablaba de literatura como de negocios; de idealidades como de política. Allí, en 1845, apareció, en folletín de *El Progreso*, el *Facundo*. Allí también había de publicar Alberdi sus *Bases* para la reorganización argentina.

La sugestión de tal ambiente no era, por cierto, la que hubiera podido adormecer en el espíritu de Juan María Gutiérrez el amor de la literatura; por más que la ley de la necesidad le impusiese, á su llegada, valerse de sus estudios de ingeniero y aceptar del gobierno de Bulnes la dirección de la «Escuela Naval». Quedaban las treguas del trabajo remunerador y prosaico, y fueron para el trabajo *gracioso*, en la doble acepción. La querella de clásicos y románticos había perdido ya, cuando llegó Gutiérrez, mucho de la violencia de las primeras jornadas; y por otra parte, ni la naturaleza de su espíritu ni la índole de sus ideas le movían á participar apasionadamente en aquellas guerras de pluma. Su emulación se concretó en obra más serena. Investigó, compiló; se propuso fundar la bibliografía y la biblioteca americanas. En 1846 dió á las prensas de Valparaíso su famosa *América poética*, donde por primera vez aparecía, con algún criterio de elección, nuestra modesta literatura rimada de aquel tiempo. Fines de utilidad didáctica le guiaron para una breve antología de prosa y verso: *El Lector americano*. Bajo su di-

rección se reunieron en libro las composiciones líricas de Olmedo, el cantor de Junín. Pero el más durable recuerdo de su paso por Chile fué, sin duda, el hallazgo y publicación del *Arauco domado* de Pedro de Oña, que estudió con fina inteligencia histórica y crítica.

Completó allí su actividad literaria como miembro de la redacción de *La Tribuna*, diario que vió la luz en 1849. Poco después, un viaje á Guayaquil y Lima brindóle la ocasión de ejercitar en nuevas bibliotecas su instinto de zahorí de tesoros desconocidos ú olvidados. De aquel viaje nacieron sus estudios sobre Juan Bautista Aguirre, sobre Fray Juan de Ayllón, sobre Caviedes, sobre Peralta y Barnuevo, que enriquecerían las páginas de una de sus obras futuras. Hallábase de vuelta en Valparaíso cuando un eco de júbilo y gloria vino á repercutir dichosamente en su vida. Era el mes de Febrero de 1852. La tiranía de Rozas acababa de caer con estrépito, y un claro de luz se abría iluminando la patria cercana, la ciudad soñada con melancólicos recuerdos en la dura ausencia de catorce años. Juan María Gutiérrez tomó el camino de la Cordillera.

Como él, los demás emigrados argentinos se restituyeron á la patria, donde la acción política había de solicitar, con más ardiente halago que el juvenil sueño de arte, los afanes de su edad madura. La virtualidad literaria de aquella generación estaba ya realizada en lo esencial, y había dado, entre las espinas del destierro, sus frutos mejores.

Con los trabajos de crítica, de investigación y de historia de la cultura americana, que emprendió Gutiérrez durante su permanencia en el Pacífico, se puso en obra la parte fundamental y más preclara de sus talentos:

la parte que verdaderamente le caracteriza y le atribuye su significado propio y eminente en el conjunto de sus contemporáneos. Pero, antes de volver á él y á su aplicación de historiador y de crítico, quiero detenerme á considerar el aspecto general de la labor de aquella época, por lo que se refiere á la literatura, valorando de paso algunas de la aplicaciones secundarias con que concurrió él mismo á esa labor.

V

El americanismo literario

La idea dominante, el propósito tenaz, aunque desigualmente realizado, que infunde carácter y unidad á la obra literaria de la generación de Juan María Gutiérrez, es la reivindicación de una autonomía intelectual; es el anhelo de imprimir á las primeras tentativas de una literatura americana sello peculiar y distinto, que fuese como la sanción y el alarde de la independencia material y complementara la libertad del pensamiento con la libertad de la expresión y de la forma.

De los ensayos de aquel tiempo procede el impulso original de americanismo que, persistiendo hasta nuestros días, ha compartido con las más exóticas tendencias de la imitación el interés de nuevas generaciones, y mantiene, en todas partes de América, un movimiento literario que se propone dirigir principalmente la atención del escritor á los cuadros é impresiones de la naturaleza, á las formas originales de la vida en los campos donde aun lucha la energía del retoño salvaje con la savia de la civi-

lización invasora, y á las leyendas del pasado, en que infunden su cándida y heroica poesía los albores históricos de cada pueblo.

Atribuir el significado de una afirmación del espíritu de nacionalidad á la preferencia otorgada á ésos y otros análogos motivos, no envuelve una idea falsa, pero sí una idea que requiere extensión y complemento. Es indudable que el carácter local de una literatura no ha de buscarse sólo en el traslado de los colores de la naturaleza física, ni en la expresión pintoresca ó dramática de las costumbres, ni en la idealización de las tradiciones con que teje su tela impalpable la leyenda para decorar los altares del culto nacional. Más extensa, más varia, es la raíz que anuda la creación del poeta al suelo donde se produce. En la representación de las ideas y los sentimientos que flotan en el ambiente de una época y determinan la orientación de la marcha de una sociedad humana; en la huella dejada por una tendencia, un culto, una afección, una preocupación cualquiera, de la conciencia colectiva, en las páginas de la obra literaria; y aun en las manifestaciones del género más íntimo y personal cuando, sobre los signos de la genialidad del poeta, se estampan los de la índole afectiva de su pueblo ó su raza, el reflejo del alma de los suyos, puede buscarse, no menos que en las citadas formas, la impresión de aquel sello característico. Además, no es tanto la forzosa limitación á ciertos temas y géneros, como la presencia, en lo que se escribe, de un espíritu autónomo, de una cultura definida, y el poder de asimilación que convierte en propia substancia cuanto la mente adquiere, la base que pueda reputarse más firme de una verdadera originalidad literaria.

No desconocían ni ignoraban esto los directores de aquella generación. No desconocían ni ignoraban que la interpretación estrecha de la idea de americanismo que desplegaban por bandera, apenas habría dado de sí una originalidad obtenida al precio de incomunicaciones y desconfianzas; originalidad que, tratándose de pueblos sin madurez para educar aparte de todo magisterio extraño su pensamiento, valdría tanto como pobreza de fondo é ingenuidad pueril ó aldeaniega. Ellos sabían bien que una cultura novel y fundada en libertad sólo va en camino de ser fuerte cuando ha franqueado la atmósfera que la rodea á los *cuatro vientos del espíritu*, y que la manifestación de independencia que puede reclamársele es el criterio propio que discierna de lo que conviene adquirír en el modelo, lo que hay de falso é inoportuno en la imitación.

Propendiendo, con el impaciente amor del neófito, á asimilar cuanto fuese arte, saber, selección de hábitos é ideas, no podía ocultárseles que el desenvolvimiento de la vida de ciudad exigiría progresivamente entre nosotros, del escritor y el artista, una profunda atención para nuestras inquietudes espirituales, que son, no las de una determinada latitud de la tierra, sino las de todos los pueblos vinculados por el genio de una misma civilización; y que, á medida que nuestra capacidad literaria adelantase, había de adquirir superior importancia, sobre la espontánea sencillez del tema nativo, aquel elemento de interés que denominaba Ixart la *vitalidad intelectual* de los asuntos.

Pero, entonces como ahora, el americanismo de paisajes, tradiciones y costumbres, si bien era incapaz de dar la fórmula de una cultura literaria que

abarcase toda la substancia poética é ideal de nuestra existencia, que satisficiera todas las aspiraciones legítimas de nuestro espíritu, representaba una parte necesaria, y la más fácilmente original, dentro de la complejidad de una literatura modelada en un concepto más amplio; y aun con mayor oportunidad ahora que entonces, él se adapta á un interés de la realidad social, por lo mismo que aumenta progresivamente el arraigo de los temas más universales, y que en esas ráfagas de antigüedad y de naturaleza puede venir cierta virtud tónica y salubre para la conciencia de pueblos un tanto descaracterizados por el cosmopolitismo y un tanto negligentes en la devoción de su historia.

Interesa á nuestro objeto examinar hasta qué punto aquella generación iniciadora pudo hallar, en su esfuerzo de originalidad nacional, precedentes que lo facilitaran; refiriendo estos precedentes, no sólo á la circunscrita idea de americanismo que hemos precisado, sino á cualquiera otro reflejo directo de la realidad y á cuanto importe dar expresión á las espontaneidades y energías del sentimiento colectivo.

Vano sería buscar en el espíritu ni en la forma de la literatura anterior á la Emancipación, una huella de originalidad americana. No eran influencias de escuela las que principalmente se oponían á la aparición de esa originalidad, sino, ante todo, las condiciones de la vida y el tono de los caracteres.

El principio de imitación de modelos irreemplazables, base de las antiguas tiranías preceptivas, era, con relación al pensamiento y á la sociabilidad

de la colonia, una fuerza que trascendía de su significado y alcance literario, para convertirse en la fatal imposición del ambiente y en el molde natural de toda actividad, lo mismo se tratara de las formas de la producción intelectual que de otra cualquiera de las manifestaciones del espíritu. La colonia, privada de toda espontaneidad en la elección de las ideas y la confesión de los sentimientos; enteramente extraña al poder que gobernaba sus destinos y al magisterio que modelaba su cultura; dócil arcilla dentro de una mano de hierro, no pudo sino imitar el modelo literario que venía sellado por la autoridad de que recibía leyes, hábitos, creencias. El remedo servil estaba en la naturaleza del terreno de que se nutría aquella lánguida vegetación literaria, como lo estaba el gusto prosaico y enervado, que, sin dejar de explicarse por las influencias y por los modelos de la decadencia española, era, también, el reflejo de la monotonía tediosa de la vida y del tímido apagamiento de la servidumbre.

Nacida de ocios fríos, la obra del escritor no respondía á un interés social ni lo suscitaba. Poco tenía aquella paz, sin belleza ni espíritu, de la superior serenidad en que da su flor una cultura. Aun tenía menos del ambiente propicio á aquel género de pensamiento y de arte, rudo pero intenso y sanguíneo, que brota de los entusiasmos de la acción y de «las disputas de los hombres».

Sin duda, una gran parte de la literatura de la colonia era la expresión de los sucesos reales y actuales de la sociedad en que se producía; v. gr.: la abominable literatura de recepciones, de exequias, de fiestas reales, que arropaba vistosamente la lisonja servil y añadía un són vano al decoro de las ciudades

donde se asentaba la autoridad de los virreyes; pero la constante trivialidad de aquellos sucesos, quita todo valor significativo á las páginas que los reflejan. Es el diario de una travesía sin percances, en sempiterna calma, bajo inmutable toldo de bruma.

Y si el carácter de la producción literaria no podía originarse de la presencia de un alma colectiva, que imprimiera á la sociedad colonial sello peculiar y distinto, tampoco era posible que brotara de la dilatación del alma española al través del Océano que dividía el inmenso imperio, ni que recogiera su inspiración en los recuerdos y los sentimientos de raza simbolizados en la bandera que tendía su sombra desde las columnas de Hércules hasta el Golfo de Méjico y el Estrecho de Magallanes.

El progresivo desvanecimiento de la conciencia de esa unidad moral, en las colonias americanas, y la pérdida de todo sentimiento de la gloria y la tradición de la metrópoli, son hechos que inspiraron al gran viajero de quien ha podido exactamente decirse que realizó á principios del pasado siglo un segundo descubrimiento de nuestra América, observaciones llenas de interés. «Las memorias nacionales, afirma Humboldt, se pierden insensiblemente en las colonias, y aun aquellas que se conservan no se aplican á un pueblo ni á un lugar determinado. La gloria de Pelayo y del Cid Campeador ha penetrado hasta las montañas y los bosques de América; el pueblo pronuncia algunas veces esos nombres ilustres, pero ellos se presentan á su imaginación como pertenecientes á un mundo puramente ideal ó al vacío de los tiempos fabulosos» (1).

---

(1) Humboldt, *Viaje á las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, cap. V, libro II.

En cuanto á las memorias y las leyendas de las razas que representaban la tradición de libertad salvaje de América junto á la posteridad del conquistador, sólo con las protestas de la Independencia pudo venir la reivindicación de tales reliquias del pasado como cosa propia de la tierra, como abolengo de su historia. «El colono de la raza europea—añade Humboldt—se desdeña de cuanto tiene relación con los pueblos vencidos. Colocado entre las tradiciones de la metrópoli y las de la tierra de su cuna, considera las unas y las otras con la misma indiferencia, y muy raras veces arroja sus miradas sobre lo que fué».

Mudo y sin alma lo pasado; agena la realidad actual á todo estímulo de pasión é interés, y cerrado, por una fatalidad que excluía todo objetivo de la voluntad, el horizonte del porvenir, no era posible para la vida colectiva la expresión literaria, ni para la obra del pensamiento individual la repercusión de simpatía que la trocase en idea y sentimiento de todos. La contemplación de una naturaleza cuya poesía desbordante no había sido traducida al lenguaje humano jamás; los rasgos propios que determinaba en las costumbres la lucha de la civilización y el desierto, sólo hubiera sido posible que brindaran inspiraciones de originalidad á la lírica y la narración, si estas formas de arte hubiesen reposado, para las escuelas de aquel tiempo, en la imitación de la vida.

Con la proximidad de la Revolución, ciertas audacias é inquietudes del pensamiento aceleran las pulsaciones de la imprenta colonial, como herida de la emoción del presagio y el apercibimiento. Uno de los signos reveladores de la fundamental transformación que se operaba en el espíritu público es,

en los últimos tiempos de la colonia, la vibración creciente de los afectos, las preocupaciones y las necesidades sociales en la palabra escrita; el movimiento de publicidad que iniciaron en Buenos Aires las memorias de Belgrano y los trabajos de Vieytes, para la propaganda de la libertad económica, y que debía tener su más resonante manifestación de elocuencia en el *Memorial de los Hacendados*, y su nota de sentimiento en el canto de triunfo con que el Rouget de Lisle de las futuras victorias de la Revolución ungía la frente de la poesía inspirada en las altiveces del honor popular y en los arrobamientos de la gloria, sobre las calles donde aun no se había oreado el riego de sangre de la Reconquista. Y como elemento de este ejercicio de aprendizaje del pensamiento propio, en vísperas del tiempo en que él sería el motor de la marcha de la colonia emancipada, nace el amor al estudio de los orígenes históricos del Virreinato, que no se manifiesta sólo por la investigación erudita y la exposición indiferente, sino que se colora ya, en los escritos de Funes, de Araújo, de Rivarola, y en las monografías locales que los primeros periódicos acogen en sus páginas, con ciertos toques de sentimiento tradicional y patriótico; al paso que se generalizaban, entre los temas preferidos de aquellos mismos periódicos, las descripciones geográficas del suelo, con que se contribuía á fijar y definir la noción material de la patria que se esbozaba. Pero aun tuvo una manifestación más genuinamente literaria ese sentimiento naciente de las cosas propias, y es el bosquejo de una poesía inspirada en la originalidad de *la tierra*, que Labardén trazó, remontando á la entonación del lirismo la imagen de la naturaleza y probando calzar con el co-

turno trágico la leyenda de la América primitiva.

Sobrevino la época en que pudo manifestarse sin reatos el espíritu de la colonia transfigurada en pueblo autónomo. La literatura de la Independencia americana, como la actividad de los tiempos á que dió expresión, fué absorbida por un sentimiento y una idea. Reflejando esta inalterable unidad del espíritu de una época heroica, fué aquella literatura eminentemente nacional; pero no pudo serlo si por nacionalidad literaria ha de entenderse una expresión más compleja y armónica de la vida de un pueblo, ni, aun menos, si se exige la condición de la forma propia y espontánea.

La poesía de la revolución argentina, que Juan María Gutiérrez pudo justicieramente enaltecer en el conjunto de la de los pueblos de América, como la que más estrechamente vinculada se mantuvo á la épica realidad de los tiempos; la que lleva en sí una expresión más sostenida del sentimiento de la libertad y una glorificación más constante de sus triunfos, hubo de compensar esta superioridad marcial con una fisonomía más austera y monótona, menos complementada por otros elementos y formas de poesía, que se agruparan, como notas armónicas, en torno de la nota guerrera, descubriendo, por decirlo así, la carne bajo la coraza; destacando un relieve personal, de amor, de tristeza ó de abandono, sobre la uniforme expresión de los entusiasmos comunes. Cualquier persistente propósito de tributar, en otros altares que los de la acción, pensamiento ó belleza, habría parecido, durante aquellos veinte años, signo de extranjería y egoísmo: tal como si, en Esparta, se hubiera osado modificar, con los sones de la molicie y el deleite, la

inmutable simplicidad del ritmo dorio, el tono sugeridor de la altivez viril y del impulso del combate.

Dentro de esta unidad monocorde, el espíritu nacional de la poesía de la Independencia se hubiese manifestado plenamente si para ello bastara con la índole del tema y la sinceridad de la emoción. En la conciencia del poeta, aquella poesía era toda ingenuidad y toda sentimiento; pero era artificial en su realización, y sus imágenes clásicas de libertad y de heroísmo lo figuraban todo menos el cuerpo real, colorido y viviente de la patria, por más que se caldearan en su amor y se aplicasen á sus victorias y á sus héroes.

Había, sin duda, cierto carácter de oportunidad y de verdad interna en este propio clasicismo de la forma, que no llegaba sólo por abstracta influencia literaria á la fantasía del poeta, sino que se relacionaba con las inspiraciones más activas y eficaces de la Revolución, sellada, desde su origen, por la pasión del genio clásico, que, como ideal, mejor ó peor interpretado, de gloria y de grandeza moral, había presidido al desenvolvimiento de aquella otra revolución humana á cuyo ejemplo se modeló, en gran parte, la de 1810. Pero la sinceridad del entusiasmo con que los hombres de la generación creadora de América se transportaban en espíritu á la antigüedad y aspiraban á que se les considerase los discípulos de sus guerreros, de sus legisladores y de sus tribunos, si bien levanta el clasicismo de esa poesía sobre la condición de un vano amaneramiento retórico, no la mantiene con ello menos desarraigada del suelo firme y resistente á la sugestión colectiva. Faltos de la percepción, ó del aprecio, de las origina-

lidades de la realidad que los rodeaba, aquellos poetas sacrificaron la fisonomía natural y el elemento distintivamente pintoresco de la lucha, á la imitación del mundo soñado donde tenían cautivo el pensamiento; sin una pincelada que diese la nota singular del escenario y la actitud y el gesto peculiares del actor; sin una estrofa, olvidada de lo antiguo, que guardara la repercusión del galope de la *montonera* al través de las *cuchillas* y las pampas; que reflejase una imagen de los Andes por donde cruzaron los cóndores de San Martín, y modelara en bronce la escultura heroica del gaucho.

Germinaba, en las trovas del *payador*, del gaucho guitarrero y vagabundo, una hermosa poesía popular, que el poeta clásico consideraba con el desdén del trovador palaciano por el romance del juglar villanesco; pero este desdén mantenía desvinculada del movimiento literario y del espíritu del hombre de ciudad esa espontánea floración de los campos. El clasicismo del siglo XVIII, en que tuvo la escuela de los poetas de la Independencia su modelo, había profundizado, hasta hacerlo irreconciliable, el divorcio entre la inspiración popular y la erudita, obstinándose en el propósito de formar alrededor del poeta noble y selecto una atmósfera diferente de aquella en que respiraba la multitud. De este lado del Plata, donde la vida pastoril y gauchesca halló su origen; donde la Revolución adquirió el áspero fermento democrático que la salvó para la libertad, un payador semiculto: Hidalgo, ensayó interpretar en forma escrita el balbuceo de la imaginación del paisano. Pero esta poesía, ni pasó de diálogos festivos que sólo muy superficialmente reflejaban el sentimiento popular, ni tuvo el más mínimo contacto con el rau-

dal de aquella otra que, después de cantar al modo clásico las victorias guerreras, apuraba la solemnidad de sus acentos para servir de olímpica corona al liberalismo entonado y patricio de Rivadavia.

No era posible dentro del gusto de la época la obra de reconciliación que había de ser el significado prestigioso de *La Cautiva*, su mérito de oportunidad, tan superior á su valer de arte: la obra de nacionalizar el espíritu de la poesía en que florece la cultura urbana y ennoblecer la forma del verso inspirado en el sentir agreste del pueblo. Para que pudiera ser escrita aquella obra de iniciación; para que el canto del poeta adquiriera cierta originalidad expresiva de las cosas propias era menester que un vuelco radical de las ideas literarias se verificara y que salvase los mares el influjo de una revolución que debía ofrecerse al pensamiento de América con los halagos de una nueva sanción de su autonomía en cuanto propagaba á los dominios de la forma el aura bulliciosa de la libertad.

Estaba en las afirmaciones y en los ejemplos del romanticismo la benéfica idea de la nacionalización de las literaturas. Reaccionando contra la unidad del modelo insustituible y del precepto inviolable, aquella gran revolución reemplazaba con la espontaneidad que condujese á cada pueblo á la expresión de su carácter propio, la imitación que á todos los identificaba en la misma falsedad; y oponía la filial vinculación del verbo literario con lo del suelo, la época y el uso, á la abstracción de un clasicismo que, indiferente á toda realidad determinada, presentaba el tipo universal por norma de arte y aspiraba, no á la reproducción directa y concreta de las cosas, sino á la significación de la ver-

dad ideal depurada de todo accidente, vale decir, de todo rasgo local, de toda peculiaridad histórica, de todo relieve de originalidad.

La poesía dejaba de ser considerada como el patrimonio de ciertas selectas civilizaciones que hacían durar su espíritu en la herencia de perennes modelos, y pasaba á ser un dón universal, un dón humano, cuya originalidad daba, en cada una de sus formas históricas, la medida de su valor, y cuya crítica había de fundarse en el modo de pensar y sentir propio de cada raza y cada pueblo, en el estudio en su naturaleza, sus costumbres y sus tradiciones.

Á aquel impulso igualitario con que la hegemonía del clasicismo francés había derribado en Europa las aras de los viejos dioses nacionales, en arte y poesía, sucede, dondequiera que repercute el grito de guerra de los innovadores, la altiva afirmación del propio abolengo literario. Shakespeare, la Comedia española, el Romancero, las Canciones de gesta, los Nibelungos y las Sagas, reverdecieron con el aroma y la virtud del terruño.

Levantábanse así las *voces de los pueblos*, que Herder percibía en el hervor de ideas de aquel comienzo de siglo, y por primera vez se aspiraba de manera consciente á que las literaturas fueren la expresión de la personalidad de las naciones, como el estilo es la expresión de la personalidad del escritor. Un centenar de colores se alzaba sobre el blanco frontón de la antigüedad.

Muchas de las notas características de aquella revolución espiritual, del modo como ella prevaleció en Europa, discordaban con el ambiente americano. Ni entendido el romanticismo como movimiento de reacción artística, que buscaba sus inspiraciones

en el espíritu de una edad cuya evocación no hubiera tenido en América sentido razonable; ni como escuela de falso idealismo, que llegó á desdeñar, no menos que el sistema de imitación contra que había protestado, los fueros de la realidad; ni como manifestación literaria de aquellos estados de conciencia que reflejaron sobre la frente de las generaciones románticas sus sombras, y que tradujeron los poetas de la época en clamores de rebelión individual y de conflicto íntimo, traía consigo una fórmula satisfactoria y oportuna con relación al carácter y á la expresión natural de pueblos que vivían su niñez; que no podían participar, como signo social persistente, de las nostalgias y congojas nacidas de la experiencia de las sociedades, y que necesitaban, ante toda cosa, de aquel «conocimiento de uno mismo», que, como fué la inscripción del templo clásico, debía ser la heráldica empresa de su literatura. Pero podían esos pueblos tomar por punto de partida y por estímulo eficaz en la formación del pensamiento propio, el principio de libertad que el romanticismo propagaba con sus victoriosas banderas, y podían modelar en el ejemplo de la enérgica reivindicación de nacionalidad literaria que la nueva escuela suscitó en todas partes, un ideal de poesía capaz de desenvolvimientos fecundos.

La variedad de formas, de sentimientos, de modelos, abría, además, un campo de elección mucho más vasto, dentro de la imitación misma; y el impulso que, reaccionando contra la reserva aristocrática del espíritu literario, lo difundía, como por una evangelización de la belleza, entre todos los hombres, no podía menos de facilitar la expresiún de la índole propia de nuestras sociedades.

La literatura descendía de la academia y el liceo para poner la mano sobre el corazón de la muchedumbre, para empapar su espíritu en el hálito de la vida popular. El poeta americano contó, en la obra de crear una expresión nueva y enérgica para la naturaleza y las costumbres, con otra gran conquista del romanticismo: la democratización del lenguaje literario, el *bill* retórico que concedió los fueros de la ciudadanía á esa «negra muchedumbre de las palabras», que Hugo, en las *Contemplaciones*, se jactaba de haber confundido con «el blanco enjambre de las ideas», anonadando la distinción entre vocablos patricios y vocablos plebeyos. Dentro de los límites del lenguaje poético del siglo XVIII, con su veneración de la perífrasis y su desprecio del habla popular: la escuela de lenguaje que hacía del Homero de Mme. Dacier un poeta de la corte y llevaba á Shakespeare á la alquitara de Ducís, no hubiera sido posible el sabor de naturalidad de *La Cautiva* ni la palpitante crudeza del *Facundo*.

La narración rompía los moldes estrechos y convencionales de la épica de escuela, y se dilataba por la franca extensión de la poesía legendaria, del cuento popular, de la novela histórica ó de costumbres, formas mucho más adaptables á la expresión de las peculiaridades de región y de época, y mucho menos difíciles de tratar con inspiración personal é innovadora.

Manifestábase en la lírica el sentimiento de la naturaleza, parte necesariamente principal en toda literatura genuinamente americana, y la descripción animada por la presencia del espíritu, por la poesía de la contemplación, traía á la luz uno de los más hondos é inexplotados veneros de belleza con que hubiera podido enriquecerse la palabra artística.

Tantos estímulos de originalidad, tantos ejemplos é influencias que convidaban á la libre expresión de las cosas propias, concluyeron por prevalecer sobre los amaneramientos de escuela; y después de las primeras tentativas de imitación desencaminada y exótica, romanticismo y emancipación literaria nacional fueron términos que se identificaron en el espíritu innovador de Echeverría. La juventud que le reconoció por maestro entendió, aun con más consecuencia y precisión, la identidad de ambas ideas; y así, la conquista de una originalidad americana fué, en materia de arte, el gran sueño de la generación que hizo de aquella desigual y embrionaria *Cautiva* el símbolo de sus entusiasmos literarios y la amó como una poética representación de la patria ausente, que evocaba, en las horas amargas del destierro, imágenes queridas y músicas de la memoria.

Juan María Gutiérrez, Mármol, Magariños Cervantes, continúan el camino iniciado por Echeverría, en la descripción lírica del suelo y la reproducción de tipos y costumbres; la prosa descriptiva amanece en páginas de Alberdi y Marcos Sastre; el *Facundo* da la expresión dramática de la vida del desierto, y los *Recuerdos de Provincia* la de la interioridad local y doméstica en los centros urbanos; Vicente Fidel López prueba á encerrar en la forma narrativa con que el imaginador de *Ivanhoe* había ensanchado los límites de la historia por los procedimientos peculiares del arte, su visión del pasado de América; la poesía popular renace personificada en Ascasubi, que trasmite la guitarra del payador á las manos donde ella había de vibrar con la sabrosa relación de *Martín Fierro*; y el mismo Alberdi, que consagró las primicias de su pluma á la descripción de la na-

turaleza física, refleja en animados cuadros de costumbres la fisonomía de la vida de ciudad, y lleva á la propaganda de cuanto importe una tendencia de emancipación del pensamiento americano, todas las fuerzas de su crítica valerosa y sagaz.

Consideraremos esta obra de reivindicación de la autonomía literaria, en sus dos caracteres principales: el sentimiento de la naturaleza y el sentimiento de la historia.

VI

El sentimiento de la naturaleza

En los comienzos del pasado siglo, rasgando inesperadamente la atmósfera de afectación y de frialdad de la literatura de su tiempo con el soplo de la naturaleza y la pasión, un libro se publicaba en Francia, que los corazones acongojados todavía por el horror del apocalipsis revolucionario acogieron con íntima y ansiosa gratitud. Tenía la oportunidad de la palabra que lleva al oído del enfermo acentos de piedad y ternura. Hablaba, en medio de una sociedad sacudida en sus cimientos por el desborde de todas las violencias humanas, del encanto de la soledad, del misterio reparador de los desiertos infinitos, y era como un soplo balsámico venido de Occidente para dulcificar el ardor del ambiente inflamado en el olor de la sangre y de la pólvora.

Aquel libro: la *Atala*—precediendo al que, por obra del mismo grande escritor, asoció á la palabra del hastío y la desesperación, la poesía, también, de la soledad,—traía consigo al mundo literario la revelación de la naturaleza de América.

Y esta virgen naturaleza, estudiada como escenario de pasiones insólitas y hondas melancolías, por el escritor de Bretaña, se manifestaba, poco tiempo después, como objeto de distinto género de contemplación y distinto sentimiento, en las obras del gran viajero cuya figura domina la historia geográfica de su siglo desde alturas que tienen la magestad del Chimborazo, que fué una vez su pedestal. En 1807, Alejandro Humboldt comenzó á publicar el *Viaje á las regiones equinocciales del Nuevo Continente,* donde están comprendidos los *Paisajes de las Cordilleras.*

El poeta-sabio del *Cosmos* no había llevado en su espíritu, al seno de las selvas y los desiertos americanos, el acicate del dolor, ni la inquietud de una personalidad desbordada y rebelde, como la que se expresó por la elocuencia lírica de René; sino la huella de aquel ambiente sereno y luminoso que imprimió en la cultura de los grandes días de Wéimar un sello de universalidad y de armonía que no ha vuelto á presentarse en el mundo, y que hizo de sus sabios, hombres de fantasía y sentimiento; de sus poetas, hombres de ciencia.

Con la obra de la observación y del análisis armonizó el gran viajero, merced á esa norma de educación íntegramente humana y á la complejidad de su genio propio, una nota contemplativa, que, realzando la elemental idealidad de toda investigación elevada, inflama á la ciencia en espíritu poético. Grande y fecunda poesía, que desciende, al modo de las corrientes magestuosas nacidas en las cumbres donde reina la perpetua paz, no del sentimentalismo egoísta que hace girar el espectáculo del mundo en torno á sus cuitas y dolores, sino de la visión am-

plia y serena, en que se conciertan todos los dones superiores del pensamiento y de la sensibilidad, como para contraponer al enseñoreado orden de las cosas el orden soberano del espíritu que las contempla.

Humboldt y Chateaubriand convirtieron, casi simultáneamente, la naturaleza de América, en una de las más vivas y originales inspiraciones de cuantas animaron la literatura del luminoso amanecer del pasado siglo; el uno, por el sentimiento apasionado que tiende sobre la poética representación del mundo exterior la sombra del espíritu solitario y doliente; el otro, por cierto género de transición de la ciencia al arte, en que amorosamente se compenetran la observación y la contemplación, la mirada que se arroba y la mirada que analiza.

En la naciente literatura de América debía despuntar bien pronto la misma generosa inspiración, como una de las formas inmediatas que asumiría la espontaneidad del sentimiento sustituida al tema convencional y á la imitación de lo extraño. La nota más intensa de originalidad que pueda señalarse en los albores de la poesía americana, con relación á los antecedentes y los modelos de la literatura española, es, sin duda, la que procede de la directa comunicación con la naturaleza física: no sólo por lo real y poderosa originalidad de esta naturaleza, bastante á comunicar sello distinto y vida propia á la poesía que se acogiese á su seno, sino también porque el entendimiento poético del paisaje y la simpatía profunda con las cosas no fueron nunca de los más ricos veneros en la tradición de aquella literatura.

Descartados los cuadros de égloga é idilio por su

falsedad ó su indeterminación; no de otro tono que ellos las descripciones de la novela, y circunscrito á las mismas reminiscencias pastoriles y al sentimiento horaciano de la soledad el amor de la naturaleza en la lírica, sólo por excepción puede notarse en aquella delicada ternura con que los místicos solían considerar la obra de su Dios en las bellezas del mundo; en la opulenta vena de lirismo que corre abrazada á las ficciones del teatro, y en la frescura agreste de algunas de las canciones populares que asoman entre el follaje de los Cancioneros, la impresión directa y sentida de la realidad natural.

Los que aspiraron á épicos de la conquista americana apenas pararon su atención en la vírgen naturaleza que les brindaba su copa de poesía rebosante. El mayor de ellos, Ercilla, si puso á prueba su maestría pictórica, no fué para tomar de la realidad la sublime grandeza de la Cordillera, sino para fantasear el valle fabuloso (1) que compite con las más bellas descripciones convencionales de los clásicos, como la de la isla embalsamada de Camoens y la del alcázar encantado que el Tasso imaginó para su Armida. Los otros, que no fueron poetas, no tuvieron tampoco el mérito del intento en esta parte. Las más grandes cosas que puede ofrecer el espectáculo del mundo se embotaban en su sensibilidad: la contemplación de la noche en el desierto, que sólo sugería á nuestro Arcediano Centenera el pretexto de un vano sueño mitológico (2);

(1) *La Araucana*, canto XVII.

(2) *La Argentina*, canto XIII.

la esplendidez orgiástica de la vegetación tropical, que era apenas, en la *Lima fundada* de Peralta y Barnuevo (1), objeto de una enumeración de herbolario.

Hubo de esperar la poesía de la naturaleza al amanecer de una conciencia americana.

En los años en que Humboldt visitó la Caracas espiritual y pensadora de las postrimerías del régimen colonial, brillaba en sus tertulias literarias la figura de un poeta adolescente, que cultivó el trato del sabio y le acompañó en algunas de sus excursiones científicas. Estaba reservado á aquel poeta, en cuyo espíritu no debía desvanecerse jamás la huella dejada por la palabra del viajero, la gloria de ser uno de los dos ilustres heraldos del sentimiento de la naturaleza de América en su literatura propia; y fué, en gran parte, obra de la virtud inspiradora de aquella amistad intelectual y del ejemplo de los *Paisajes* y los *Cuadros* de Humboldt, el sentimiento estético que, acendrado por una larga preparación del pensador y el artífice, y estimulado por la inteligencia delicada y profunda de las descripciones de los clásicos, produjo, como fruto moroso, la *Silva* limpia y severa en que Bello armonizó con la exhortación á la labor y la paz, dirigida á los pueblos del Nuevo Mundo, el loor de la naturaleza que les brindaba sus dones.

Poco antes de que la *Silva á la agricultura de la zona tórrida* viese la luz en las páginas de aquel *Repertorio Americano* que fué tan gallarda ostentación de la inteligencia y la cultura precoces de la

---

(1) *Lima fundada*, canto IV.

América libre, en el seno de la vida europea, se habían publicado en Nueva York los versos de un desterrado de Cuba, cuyo nombre debía tener para la posteridad la resonancia del torrente á que aquellos versos dieron ritmo. Llamábase el desterrado José María de Heredia, y *El Niágara*, el más hermoso de sus cantos.

El sentimiento de la naturaleza en poesía americana era una realidad consagrada por dos obras de alto valer, y se manifestaba por dos modos de contemplación esencialmente distintos. En la una, de serena objetividad; de pasión intensa, en la otra.

La naturaleza es para Bello la madre próvida y fecunda que inspiró, por la idealización de la abundancia y la labor, el utilitarismo delicado de las *Geórgicas*. Para Heredia es el fondo del cuadro que dominan la desesperación de René ó la soberbia de Hárold; la soledad bienhechora del que sufre; una armonía cuya nota fundamental se desprende del sentimiento asomado á los ojos que contemplan.

Bello nos da la perfección en la poesía estrictamente descriptiva; en la representación de las formas sensibles de la naturaleza por la imagen que reproduce todas las modificaciones de la línea y todos los tonos del color; pero Heredia, poeta de la intimidad, poeta del alma, sabe traducir al lenguaje de la pasión las voces de la naturaleza, y muestra reflejados en el colorido de la imagen los resplandores ó las sombras del espíritu.

A esta superioridad de sentimiento é inspiración, debe aún agregarse la superioridad pictórica que resulta de haber Heredia reproducido un cuadro determinado y concreto, y haberse limitado el autor

de la *Silva á la agricultura* á decorar una composición de índole predominantemente didáctica con ciertos toques descriptivos, que no se ordenan en un conjunto armónico y viviente, ni adquieren la unidad de un paisaje real.

Por otra parte, una inspiración derivada del eco blando y sumiso de las *Geórgicas* no era la más apropiada para trasuntar la poesía de los desiertos de América en su magnificencia salvaje, en su majestad primitiva. Bello entona su canto á los dones generosos de Ceres, á la labor futura que hiciese esclava del esfuerzo humano la naturaleza indómita y bravía; no á la selvática espontaneidad de esta naturaleza, donde estaba eminentemente su poesía peculiar.

En nuestras letras del Sur, el período clásico no dió una nota merecedora de recuerdo, en cuanto al sentimiento literario de que hablamos. Quedó este sentimiento para originalidad y tesoro de la época de Echeverría. Labardén había cantado, con mediano aliento, al Paraná, en los últimos tiempos de la colonia. Los rasgos descriptivos que puedan señalarse en algunas composiciones de los poetas de la Revolución, como simples accesorios del cuadro, se refieren á la perspectiva de la *edad de oro* que ellos imaginaban en lo futuro, presagiando los dones de la tierra fecundada por la paz. Así, Luca en su visión del porvenir de Buenos Aires, y el poeta de Ituzaingó tratando análogo tema (1). La observación de las peculiaridades de la naturaleza indígena sugirió á nuestro sabio Larrañaga la idea de infundir

---

(1) Luca: *Al pueblo de Buenos Aires*, 1822. — Juan Cruz Varela: *Profecía de la grandeza de Buenos Aires*. 1822.

el sabor del terruño en las sencillas ficciones del apólogo.

Juan Cruz Varela, en un discreto examen de la labor trasmitida por la generación literaria que tuvo en él su más conspicua personificación, á la que se anunciaba ya por los primeros ensayos de la juventud que había de rimar *La Cautiva* y escribir el *Facundo*, deploraba, en 1828 (1), la completa ausencia del tema descriptivo en las composiciones de los poetas de su tiempo, y lo señalaba como una de las notas destinadas á prevalecer algún día en el carácter de la poesía americana.

Quien primero se adelantó á expresar en lenguaje literario el sentimiento de la naturaleza, fué un prosista, fué Alberdi, cuya actividad juvenil estuvo llena de precoces ensayos y vislumbres. La tierra encantadora de su nacimiento brindaba al escritor tucumano el más hermoso de los motivos de descripción con que pudiera haberse desflorado el nuevo género, y la novedad y frescura de la inspiración obtenida de un tema inexplotado comunicaron á la *Memoria descriptiva sobre Tucumán* cierta agradable é ingenua lozanía. Pero aquel gran propagador de ideas no tuvo nunca, entre sus condiciones eminentes, el sentido del color, ni la vena del sentimiento contemplativo; y aun dejando de lado lo inocente é infantil de la forma, esas páginas quedaron muy distantes de lograr un trasunto duradero de la maravillosa realidad.

Con todo, el influjo de aquella mezcla de directa observación y sincero sentimiento que había conver-

(1) *Literatura nacional:* artículo V de la serie publicada en *El Tiempo* de Buenos Aires de aquel año.

tido, desde Rousseau y Bernardino de Saint-Pierre, el amor de la naturaleza física en una de las más fecundas inspiraciones del arte literario, se manifestó por vez primera, en literatura argentina, por la *Memoria descriptiva* de Alberdi, quien también probó á expresar la admiración de las bellezas naturales, acompañada de una reflexión grave y profunda, en las *Impresiones de una visita al Paraná*, con que abrió camino á la descripción de aquella vírgen naturaleza que Marcos Sastre había de reflejar, años más tarde, en páginas de idílico candor.

La renovación poética vagamente esbozada, en 1834, por los *Consuelos* de Echeverría, anticipaba ya, en ese libro inseguro, toques fugaces de naturaleza americana. «*Leyda*, *Regreso*, *Flor del aire*,—observó Alberdi exactamente,—dejaban entrever, ya en el fondo, ya en los accesorios, la fisonomía peculiar de nuestra naturaleza». Pero el verdadero impulso innovador, y con él la primera nota penetrante arrancada á la música de las cosas, vinieron de la aparición de *La Cautiva*. Esta leyenda, trivial en la concepción; pobre y apenas rasguñada, en la forma, debe á la descripción preliminar del desierto la superioridad que la rescata, y que da, á la vez, su más inconmovible fundamento á la fama poética del autor.

En Echeverría, el poeta de la regeneración política y social vivirá, más que por la discutible calidad de su arte, por la grandeza del propósito y la originalidad del pensamiento que propagó y en el que germinaba la solución futura del problema fundamental de su pueblo, la idea que determinó su forma orgánica. El poeta individual de los *Consuelos* y de alguna parte de las *Rimas* no despertará en el porvenir, como no la despierta ya en nuestros co-

razones, la resonancia que en el espíritu de la generación á cuyo ser interno dió la expresión de las primeras notas que inspiró, en poesía americana, el numen de la confidencia y el ensueño románticos. Pero la gloria del colorista vive la vida inmortal de la naturaleza, y está afianzada en la inmutabilidad del aspecto más característico del suelo donde ha de afirmarse un día el mármol que perpetúe su imagen y su memoria.

Mientras exista sobre la haz de la tierra el alma argentina, serán una parte de su ser y un elemento de la poesía que arraigue en sus entrañas, la sensación y el sentimiento de la infinita llanura; y mientras ellos sean peculiaridad de su existencia nacional é inspiración de sus poetas, el pórtico de *La Cautiva* tendrá la eterna oportunidad de la forma que los condensa en molde típico y primero; á la manera como eternamente durará la imagen de las Praderas en el canto de Bryant, ó la de la selva del trópico en el poema de Araújo.

Y con la realidad y la intensa vida del cuadro, por las que vive unido indisolublemente á la objetividad de la naturaleza, se armonizan en esa descripción un sello personal, una nota de sentimiento íntimo, que la vinculan, con igual nexo indisoluble, á la idea que nos formamos del autor, y que hacen de aquellas pinceladas la más cumplida expresión de su carácter poético, de su fisonomía moral, de su índole afectiva.

Para quien haya estudiado, en Echeverría, al hombre, al poeta, al pensador, es cosa fácil reconocer en su imagen del desierto *el tinte de su alma*, y es lícito afirmar, á la vez, que cuando reprodujo aquella escena grave y solemne en su inmensidad penetrada de tristeza infinita, trazó inconscientemente

un trasunto del cuadro que su vida austera y melancólica, pasada en la penumbra del reflexivo destierro, alejada de las tempestades de la acción, vibrante en la propaganda de un pensamiento grande y único, ofrecería, en la perspectiva de los tiempos, á la contemplación de la posteridad.

No de otra manera el vuelo magestuoso y el apacible colorido de la silva de Bello, parecen ser el símbolo de la noble serenidad, del desenvolvimiento sosegado y fecundo de su existencia transcurrida en los afanes de un magisterio ejercido sobre hombres y pueblos. No de otra manera ofrece el Niágara, en el vértigo de su caída, la imagen de la existencia procelosa que armonizó con el eco de los hervores del torrente la confesión de su nostalgia y su dolor.

El poeta de la desnudez austera de la Pampa aspiró á ser también el poeta de la altiva magestad de la Cordillera y de la vida lujuriosa del Norte. Para glorificar la memoria del prócer tucumano sacrificado en Metán, compuso el poema *Avellaneda*, obra tan descuidada y desigual como todo lo suyo, pero que, á la enérgica afirmación del credo de humanidad y libertad, por la que merece recordársela entre las más generosas inspiraciones de su época, une las galas del fondo pintoresco tomado de los paisajes de Tucumán. El canto voluptuoso, lleno de luz; como flotante en una atmósfera de aromas; rimado con una gallardía que estuvo lejos de ser el atributo constante de la versificación de nuestro poeta; con que da principio la narración, puede contarse entre los más vivos reflejos literarios de las bellezas naturales del Nuevo Mundo. Hay en la forma una visible reminiscencia del *contorno* de la descripción pomposa de Abydos en el poema de Byron: «¿Conocéis la tie-

rra encantadora donde el ciprés y el mirto son emblemas de dones diversos de sus hombres?»; pero en la precisión de los rasgos, el cuadro no revela sino la imitación de la naturaleza, y se armonizan dignamente con él los que, en otros pasajes del poema (1), reproducen la magestad del Aconguija, la vegetación tropical iluminada por la aurora, y el desmayar del ocaso en las montañas.

Ese carácter de intimidad que asoma, bajo apariencias de objetivismo, en la descripción de la Pampa, imprime, más definidamente, su sello á otra de las cosas mejores de Echeverría: el *Himno al Plata*, que incluyó en su difuso y embrollado poema *El Angel caído*; canto que redime al poema; ejemplo de contemplación esencialmente lírica, sin más que algún rápido toque de descripción; más lírica y menos descriptiva que el *Niágara* de Heredia, para citar un modelo en que la expresión del sentimiento personal y la imagen de la naturaleza que lo mueve, están proporcionadamente repartidas; porque allí aparecen, casi únicos y sin imagen que dure, el sentimiento, la impresión, el eco que despierta en el alma el mensaje de los ojos.

Aun nos queda por añadir, en la obra del memorable innovador, como intérprete del sentimiento de la naturaleza, ciertos fragmentos del *Peregrinaje de Gualpo*, boceto en prosa de un poema, modelado en el plan del *Childe Harold*, que no llegó á versificar, y las *Cartas* íntimas (2) en que manifestó las

(1) Echeverría, *Avellaneda:* canto primero, I; canto segundo, II y III; canto tercero, VI.

(2) Incluídas, como todas las producciones antes citadas de Echeverría, en la colección de sus *Obras:* tomo V.

impresiones de un período de desengañada reclusión en la soledad de la Pampa: cartas éstas acerbas y conmovedoras, que hoy nos parecen más empapadas en la humedad del sentimiento que la mayor parte de la obra lírica de su autor, y en las que el propio abandono de la pluma, librada á la soltura sin trabas de la confidencia, vuelve más penetrante la ingenuidad con que se traduce en palabras la expansión del ánimo inquieto y dolorido en el seno de la reparadora soledad.

Pero el gran estilo pintoresco, y como la plena revelación estética de la geografía argentina, sobrevinieron el día en que Sarmiento publicó en Chile su *Facundo*. Ese extraordinario libro, mezcla de historia anovelada y de intuitiva ciencia social; de arenga demoledora y de poema mítico, en que Civilización y Barbarie contienden como los semidioses de una edad heroica, trajo también consigo el grande álbum de naturaleza subtropical. La consideración del medio físico es allí un elemento positivo de conocimiento histórico y de psicología colectiva; pero es, sobre todo, una opulenta vena de color.

La imagen de la Pampa infinita que extiende «su lisa y velluda frente» desde los hielos del Sur hasta el imperio de los bosques, interrumpida apenas su taciturna soledad por el galope del *malón* ó el paso tardo de la caravana de carretas, circunda, desvaneciéndose en insondable perspectiva, el escenario; y dentro de ese marco aparecen el encantado país de Tucumán, como nunca bello, en un cuadro donde la gracia y limpieza del contorno rivalizan con la magnificencia del color; la árida *travesía*, sobre cuya superficie desolada, como Mácbhet en páramo siniestro, surge á la acción del drama la sombría figura de

Facundo; el grave aspecto de la Córdoba monástica y doctoral; la apariencia austera y desnuda de los llanos y las serranías de La Rioja.

La imaginación del paisaje fué una de las más características potencias de aquel genial instinto de escritor. Tuvo, para los grandes cuadros descriptivos, la pincelada resuelta y soberana, que deja, en rápido toque, el conjuro evocador de la extensión inmensa. No hubo verso americano en su tiempo que igualase la inmortal eficacia de esa prosa. El Tucumán de Echeverría, y aun su misma Pampa, desfallecen junto al Tucumán y la Pampa de Sarmiento. Y si en el *Facundo* reveló su admirable poder de descripción objetiva y en grande, los *Recuerdos de Provincia* mostraron cuánto era capaz de colorear las cosas de la naturaleza con el reflejo del sentimiento personal: como en la pintura del patio doméstico donde cayó, herida por el hacha, la vieja higuera, «descolorida y nudosa», que había visto correr año trás año los husos del telar materno...

Gran popularidad gozó en su época *El Tempe argentino*, obra descriptiva de las islas del Paraná, que escribió Marcos Sastre, después de gustar, en el seno de aquella intacta naturaleza, el olvido y la paz que le alejaran de la discordia civil.

Es un libro que, en su lugar humilde, puede agregarse á la descendencia de las *Geórgicas*, en cuanto une, como ellas, al propósito útil, hermoseado por la idealización del retiro y la labor, el fondo poético y la aspiración al sentimiento delicado. Abundan en sus páginas los rasgos de trivialidad, de mal gusto, de candor pueril, de declamación sentimental, y ninguna belleza de orden superior se contrapone á ellos; pero las hay modestas y estimables, y la impresión

de la lectura se resuelve en agrado para quien tiene en cuenta el valor relativo de la temprana iniciación. Más que por las páginas donde prevalece la vaguedad contemplativa, importa el libro por aquellas en que se manifiesta la observación de la naturaleza indígena, vista con sincero amor y precisión cuidadosa del detalle. Cierta ternura, cierta efusión de sentimiento, que pone Marcos Sastre en la descripción de la vida irracional, parecen reflejar la influencia de *El Insecto* y *El Pájaro* de Michelet; aunque, por otra parte, no disuenen de la espontaneidad de un alma ingenua y bondadosa, que, en la acción más que en la literatura, dejó dulce recuerdo de sí, por su amor perseverante y fecundo á la causa de la educación popular.

Habíase propagado, entretanto, y determinaba la nota más intensa y distinta en la poesía de la época, la nota de americanismo que tuvo origen en la obra de Echeverría. Hora es ya de que unamos al nombre del iniciador de este rumbo, el del intérprete inspirado del odio que fué suprema energía, estímulo supremo, en el alma de aquella generación.

Cúmplese en la gloria de Mármol la ley de reacción inevitable; la «ley de Némesis», de que habló Bourget, á propósito del poeta de las *Meditaciones*; y al desbordado entusiasmo de sus contemporáneos ha sucedido dura indiferencia. Le separan de nuestro gusto la afectación declamatoria, la verbosidad desleída, el desaliño habitual, ciertas galas de retórica candorosa; cierta tendencia musical primitiva, que se traduce por el martilleo monótono del ritmo; y su lectura parece haberse trocado, salvo acaso algunos fragmentos, en tarea de erudición. Lícito es creer, sin embargo, que en las sanciones definitivas

del futuro habrá un despertar de buena parte de aquella gloria; sin duda, engrandecida en la opinión de los contemporáneos por la suprema oportunidad que tuvo la evocación del yambo de Arquíloco y Chénier, falto de precedentes en la poesía de habla española y renovado para sellar la execración de la tiranía en la forma más alta é ideal del verbo humano; pero suficientemente justa para durar aun después que se ha desvanecido la pasión que congregaba alrededor al canto del poeta un coro de vibrantes entusiasmos. La lava de aquellos odios llegará, fría pero consistente, á la posteridad; y entre las más tempranas manifestaciones del sentimiento de la naturaleza americana, se recordarán siempre ciertas páginas del poema en que el bardo de las iras patrióticas vinculó á sus nostalgias é indignaciones de proscripto, sus impresiones de viajero. Titúlase este poema, ó mejor, los fragmentos de él que llegaron á encarnar en la forma, los *Cantos del Peregrino*.

Menos contemplativa y melancólica que la de Echeverría, la índole descriptiva de Mármol es más sensual y ostentosa. Hay más intensidad de sentimiento en la manera propia del autor de las *Rimas*, y en la de Mármol más brío de imaginación. Diríase que la descripción del uno refleja la naturaleza como las aguas tocadas, en el lago sereno, por la penumbra de la tarde; la del otro, como las del mar bruñido é inflamado por el incendio de la puesta de sol.

Degenerando á menudo, cuando se propone la expresión de lo íntimo, en remedos vulgares ó mediocres, el poema de Mármol se levanta á mayor altura en la descripción, y ofrece, como motivo de interés

para nuestro objeto, no sólo aquel canto verdaderamente esmaltado por la luz de los trópicos, que en casi toda antología americana se ha reproducido (1) y que se complementa, en otros pasajes de la obra con la imagen de las «coronas de esmeralda» y la «arquería de torrentes» del Tijuca (2), sino también ciertos fragmentos de lirismo brillante, inspirados en la contemplación del mar y el cielo, y una vigorosa síntesis de la «región del Sur» (3) adonde se vuelven anhelantes las miradas del desterrado.

Eficaz propagador del americanismo poético fué, en aquella generación, don Alejandro Magariños Cervantes, de memoria grata á los hijos de Montevideo, para quienes tiene su figura lejana cierto prestigio patriarcal. Su obra no le ha sobrevivido, y es sanción inapelable del tiempo; pero su ferviente pasión por la literatura, su gran virtud de iniciación, de estímulo y de propaganda; las muchas ideas que sugirió, y sus perseverantes esfuerzos por alentar la llama del ideal en el seno de una sociedad embrionaria é instable, mantienen y mantendrán siempre bendecido su nombre.

La nota peculiar que puso Magariños Cervantes en la contemplación de la naturaleza, tal como luce en las páginas de aquellas obras de su juventud con que ejerció positiva influencia literaria, consiste en cierta interpretación simbólica, inspirada en un alto didacticismo y atenta siempre á traducir la imagen de lo externo en una idea ó un precepto moral.

Así, la onda petrificadora del río que envuelve en

---

(1) Canto tercero, parte II.
(2) Canto sexto, «Súplica».
(3) Canto undécimo, II.

malla de silícea firmeza cuanto cae en sus aguas, expresa para él la inmortalidad del nombre que la gloria redime del olvido; y el fuego que provoca el incendio inmenso de la selva cuyos despojos fertilizarán el suelo arrasado, la obra destructora de las revoluciones que preparan en las sociedades humanas el orden verdadero y fecundo. Así, las improvisaciones de la cultura triunfante que invade el seno del desierto y levanta, como por una mágica evocación, la ciudad altiva y poderosa sobre los vestigios del aduar, tiene su imagen en la isla repentinamente formada del *camalote*; y la virtud tenaz que triunfa de la multitud indiferente y egoista, en el manantial de aguas dulces que brota, rasgando el seno de las ondas amargas, en la inmensidad del Océano. Así, también, la marcha lenta y segura de la idea que labra inaparentemente su alvéolo en la conciencia humana, hasta revelarse súbita é irresistible en la acción, se simboliza por la subterránea corriente del *Tucumeno*, al aparecer voraz y poderosa en la superficie; y el mandato providencial de la perdurable unidad de nuestra América, como suelo de una patria única, se cifra en la ciclópea trabazón de los Andes (1).

Una consideración de la naturaleza, fundada en ese constante propósito ideal, no podría generalizarse sin llevar al amaneramiento prosaico del símbolo y la alegoría, sustituyendo á la desinteresada visión de las cosas, que se complace en su propia realidad y belleza, un procedimiento de interpretación puramente intelectual; pero como peculiaridad

(1) Pueden verse las composiciones á que me refiero en las *Brisas del Plata, Violetas y Ortigas* y *Palmas y Ombúes.*

y rasgo característico de un poeta, no carece de interés y prestigio la idea de asociar así á las formas naturales de América, la profesión de fe de su cultura; al sentimiento de su naturaleza, la figuración de sus destinos.

Fué Juan María Gutiérrez de los primeros en tentar la expresión del sentimiento poético cuyos orígenes hemos bosquejado. Apenas había difundido sus ecos *La Cautiva*, ya él buscaba comunicar el aliento de la naturaleza al verso esbelto y primoroso de que tuvo el secreto y que fué en sus manos una forma flexible á toda influencia nacional y á todo ejemplo innovador, sin mengua de aquella serenidad, constantemente prevenida, de su gusto.

Dentro de la originalidad americana, su sello personal consistió en hermanar con la directa expresión de las cosas propias y con el sabor de la tierra, cierto suave aticismo, cierta maestría de delicadeza plástica é ideal, que decoran la agreste desnudez del tema primitivo con la gracia interior del pensamiento y el terso esmalte de la forma. Evocó de la leyenda indígena figuras de mujer que descubren, bajo sus plumas de colores, la morbidez del mármol preciosamente cincelado, y que llevan en sus melodiosos acentos algo de las blandas melancolías de la Ifigenia de Racine ó la Cautiva de Chénier. En el paisaje, puso la misma nota de deleitosa poesía, la misma suavidad acariciante en el toque é igual desvanecimiento apacible del color. Dueño de un pincel exquisito, se complació en reproducir las tintas tornasoladas del crepúsculo, los cuadros de líneas serenas y graciosas, las marinas estáticas de la calma. Robó á la naturaleza regional los más encantadores secretos de su flora, y supo representar

hermosamente la sensibilidad sutil del *caicobé*; el trémulo balanceo de la *flor del aire*, á quien la rama agitada por los vientos sirve de columpio, y la lluvia de oro del *aroma*, cayendo sobre el suelo abrasado por los rigores del estío.

Las composiciones á que acabo de aludir, y otras donde se unen, como en ellas, los rasgos de naturaleza física con la descripción de costumbres ó con la lírica interpretación del alma popular, forman la parte más interesante y hermosa de la colección de *Poesías* (1) que reunió el autor en 1869, pero que proceden todas del tiempo de su juventud.—¿Qué le faltó para merecer cabalmente el nombre de poeta? Sin duda, cierta exaltación de sentimiento y un grado más férvido de fantasía; acaso también, cierto espontáneo arranque de la forma, que precediera al delicado complemento del arte. Pero tal como es su libro de versos, se cuenta entre los pocos libros de su generación que hoy se puedan leer hasta el final sin atención violenta y con deleite, ya que no con impresión profunda... Del raudal de bullente poesía donde beben, á pleno sol, en el declive de la roca, los de la raza divina que ha aprendido en el cielo, suele partir alguna acequia que lleva la onda sumisa á fluir, de fuente de mármol, en un jardín sobre el que abre sus ventanas una sala de estudio. Faltan allí la fragancia de la montaña y el hervor

---

(1) POESÍAS *de Juan María Gutiérrez*. Buenos Aires. Carlos Casavalle, editor, 1869.—Como expresión del sentimiento de la naturaleza, véanse: *Caicobé, El árbol de la llanura, Los Espinillos, La Flor del aire, Las flores de Lilpu, Los amores del Payador, Á un gajo de aguapey*, etc. Casi todas estas composiciones fueron escritas en el período de 1838 á 1845.

del torrente, pero el agua aquella todavía es fresca y deliciosa.

VII

El sentimiento de la historia

No hay historia sin patria, y cuando en los últimos tiempos de la colonia los primeros periódicos testimoniaban cierto afán de investigación sobre los orígenes de las ciudades y la población de las comarcas, es que el trémulo albor de una conciencia colectiva asomaba ya entre las sombras del letargo servil. Más tarde, en plena vibración revolucionaria, una tentativa de síntesis histórica del desenvolvimiento de estos pueblos tomó formas en el *Ensayo* de Funes. Pero ni esta obra de mera erudición anunciaba cosa semejante á una filosofía ó un arte de la historia, ni fuera del trabajo propiamente histórico las representaciones del recuerdo podían ser motivo más que de ira y aversión entre el fragor de una lucha en que el pasado era el tiránico enemigo contra que se había alzado bandera. El esfuerzo por infundir en la contemplación del pasado, ya capaz de comunicar orgullo y amor, el interés poético y la reflexión profunda, llegó con la generación romántica, y el sentimiento de la historia fué uno de los caracteres de su literatura.

Los dos grandes espíritus dirigentes de los primeros pasos de aquella generación: Florencio Varela y Esteban Echeverría, procuraron norma y fundamento para su obra en el estudio de la historia de América y tendieron, con igual ahinco, á estimular,

en la conciencia de la juventud que adoctrinaban, la vocación de los estudios históricos. Echeverría, en su fecundo anhelo de un programa político y social, tuvo constantemente ante sí la tradición y el pensamiento de Mayo, para interpretarlos y buscar en ellos, y en su relación con los antecedentes coloniales, los principios que presidieran á la organización de las sociedades recién emancipadas. Entretanto, Florencio Varela ocupaba, en su refugio de Montevideo, las treguas del trabajo forense y del combate cívico, atesorando los materiales que deberían valerle para escribir la historia de los pueblos del Plata, tarea á que pensaba dedicar el periodista mártir las energías de su madurez. Y la vocación alentada en la juventud por ambas magistrales influencias no demoró en dar algún fruto de positiva significación literaria.

La *Crónica dramática de la Revolución de Mayo*, publicada por Alberdi en la *Revista del Plata* de 1839, representaba ya un estimable esfuerzo en el sentido de reconstituir la verdad de la historia, al mismo tiempo que por la sutil penetración en el proceso íntimo de los sentimientos y de las ideas, por la animada reproducción de la exterioridad característica de los hechos. Debe considerarse esa *Crónica*, no sólo como el primer ensayo eficazmente encaminado á desentrañar la filosofía de la Revolución, sino también, lo que interesa más á nuestro tema, como el primer intento de proceder con cierto auxilio del arte en el estudio y reconstrucción de lo pasado.

Pero la grande y triunfal iniciación de una *poesía pintoresca* y una *filosofía* de la historia, en la literatura de esta parte de América, nació algunos años después, en el destierro de Chile; y nació, no de la

reflexiva preparación del libro que se acrisola y depura largamente en el recogimiento del pensador y del artista, sino de genial inspiración, que hizo surgir aquellos elementos preciosos y durables del seno de un panfleto templado al calor de la pasión actual; que hacía obra de acusación y propaganda contra la formidable tiranía, y que, para asegurar su eficacia, tomó instintivamente la vía de la expresión transfigurada por el arte: á la manera como en *La Cabaña del tío Tom* se buscó difundir la idea redentora del esclavo por el poder conmovedor de una invención novelesca, ó como se encaminó á las almas, bajo las galas de la *Historia de los Girondinos*, el sentimiento que abrió paso á la democracia de 1848. Nació, en una palabra, del *Facundo*, libro para el que no había precedentes en lengua castellana, ni como cuadro de historia pintoresca, ni como ensayo de filosofía social.

La clave de la revolución americana y de la tiranía de Rozas tuvo allí, si no su manifestación puntualizada y analítica, la intuición original que la iluminó de una vez y dejó, diseñada pero indeleble, la imagen que luego podría complementarse y retocarse por los esfuerzos de la investigación y el raciocinio. Nadie sino Sarmiento estaba llamado á aquella obra, de adivinación más que de estudio, entre los hombres de su generación, porque ninguno como él tuvo el pensamiento iluminado y profético, la audacia que procede con ignorancia de la duda. Nadie tampoco pudo revestirla así de la forma potente y original que á ella cuadraba, porque, en América, ninguno de los prosistas de su tiempo poseyó tanto como él la soberanía del color, de la energía dramática y de la crudeza verbal; ninguno, en tal grado, el

dón de «concordar las palabras con la vida», según la fórmula de Séneca, y convertir cada imagen de las cosas en palpitante encarnación de la verdad.

Discútase cuanto se quiera la cabal exactitud histórica del *Facundo*; sepárense de los que ha puesto la realidad los que ha puesto la fantasía en los filamentos de su trama: la historia de una época no dejará de reconocer en esa simbólica querella de la Civilización y la Barbarie su más intensa y característica expresión. Sustituya la crítica al semilegendario Quiroga de Sarmiento un Quiroga que complazca mejor á la minuciosa severidad del analista, y siempre quedará, inconmovible y soberbio, para afrontar los rigores de la crítica, el valor representativo del personaje: la arrogante escultura del caudillo amasado con el mismo barro de la Pampa. Cualquiera otro Facundo que la erudición incube en la redoma de Wagner, concluirá por humillarse á la energía avasalladora de aquel Facundo inmortal, al modo como el Cid Campeador de las leyendas triunfa y prevalece sobre la desvanecida realidad del Cid de las crónicas y vive por su carácter significativo. Y ahora con no menos incontestable superioridad que en el tiempo en que fué creado, permanece el Facundo de Sarmiento como el tipo artístico más alto en que hayan tomado formas plásticas la poesía de la historia de estos pueblos y los originales caracteres de su sociabilidad.

Es peculiar en Sarmiento la inspiración de la anécdota histórica; y verdaderas ó entremezcladas de ficción, encierran siempre las suyas una verdad ideal superior á la autenticidad del hecho estricto. Hay concentrada en el *Facundo* virtualidad poética bastante para vivificar una larga prole literaria, en la

novela, en el drama, en la leyenda. Cada una de sus páginas podría dar cien otras de su sangre y está destinada á ser legión. Porque la anécdota histórica, en aquel instintivo arte de narrar, es como un relámpago que alumbra, con reverberaciones infinitas, ya la profundidad de la conciencia de un personaje, ya el secreto de una armonía ó un conflicto social, y como un soplo poderoso que inunda de sugestivas simientes el pensamiento del lector.

No menos rico tributo recibieron la imaginación y el sentimiento de la historia con los *Recuerdos de Provincia*, donde, por primera vez, la crónica de una de las obscuras ciudades de tierra adentro, estanques casi intactos del espíritu de la colonia, se enternecía al suave calor de la tradición doméstica y de las memorias personales, infundiendo en el tono de la narración el sabroso encanto de la plática familiar é iluminando, en la nube de polvo de las vejeces removidas, figuras de indeleble expresión y carácter.

Como material disperso y enorme, que encerraba, aguardando el conjuro de la imaginación americana, los elementos de una poesía del pasado, permanecían los testimonios escritos de la conquista y la colonización. Allí la ingenuidad de la crónica acreditaba realidades cercanas de la leyenda y el prodigio; allí se estampaba la huella de muchas de las cosas más heroicas, más sublimemente aventureras, de la historia humana.

Verdad es que el esfuerzo guerrero y fundador de los conquistadores no podía despertar fácilmente la inspiración tradicional en aquel momento de la conciencia americana, porque el arranque de la emancipación aun no había moderado su ímpetu y se oponía á que se diera un enérgico sentimiento de la con-

tinuidad de raza y civilización. Pero del pasado fluía, además, el manantial poético de la inocencia y los dolores de las razas indígenas, y este orden de motivos concordaba con la celosa pasión de autonomía que era el carácter de aquel tiempo.

La interpretación poética del indio tenía, en idioma castellano, entre otras cosas falsas y mediocres ó de poesía apenas en potencia ó en bruto, dos precedentes de subido valor: los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso y *La Araucana* de Ercilla. En los *Comentarios* quedó la tradición sentida y vibrante de la originalidad y el esplendor de la despedazada civilización de los Incas; el tesoro de los recuerdos de la raza, contados con encanto y amor por uno de los suyos, que participaba al propio tiempo de la sangre de los conquistadores y que, valido de un soberano dominio de la lengua, hizo de su obra un fruto único, donde al jugo de sentimiento americano se mezcló el clásico sabor de la más rica prosa del Renacimiento. Aquella historia es un poema, en que forman armonía singular las voces de dos sangres enemigas, prevaleciendo la del español en lo declarado y aparente, pero la del indio en lo virtual y profundo.

En cuanto á *La Araucana*, merece en América recuerdo y gratitud, aunque la corriente del tiempo la haya apartado de la lectura capaz de divulgarse. A despecho de lo convencional y artificioso de aquellos moldes clásicos, es lo cierto que la resistencia bárbara no ha adquirido aún en manos de poeta americano personificaciones más épicas que la inquebrantable constancia de Caupolicán, el brillo heroico de Lautaro y la estoicidad de Galvarino. En el episodio romancesco de Glaura ha de reconocerse el más remoto abolengo del cuento y la leyenda inspirados

por el sentimiento del salvaje candor, de la inocencia primitiva, que encantaron las vírgenes soledades de América con la sombra melancólica de Atala y el destello de infinito amor de Cumandá. El desenlace en que la soberbia araucana arroja al rostro del esposo cautivo el hijo de sus amores, en arrebato de ira y de dolor, tiene la grandeza intensa y ruda de un pasage de gesta ó de romance, y merecería quedar consagrado, multiplicándose en la interpretación del artista y del poeta, como el símbolo perdurable de la indómita naturaleza de la raza vencida, que concentra en altivo corazón de mujer, cuando el brazo varonil ha flaqueado, el odio supremo que convierte la humillación en causa de locura, y la sublime desesperación de la derrota.

Por el espíritu, además, por el sentimiento que se infunde en el poema y preside á su concepción y se trasluce bajo la impersonalidad del tono épico, Ercilla es poeta de América, y el primero, en orden de tiempo, que obtuvo inspiración de algún amor por su sér original y autonómico. La poesía del soldado de Millarapué no es el eco triunfal de los conquistadores, no es la traducción de sus pasiones en ley, ni guarda la repercusión de la rudeza despiadada con que se asentó la planta del vencedor sobre el pecho exánime del vencido. La idealización, la glorificación de la conquista española, débenle poco. La vena de transparente simpatía corre en dirección al indio, á su valor y á su infortunio. «El héroe es Caupolicán; el tema, el heroísmo araucano», afirmó la crítica clásica por boca de Bello. Y bien puede agregarse que, antes del amanecer de la poesía revolucionaria, la palabra acusadora de la iniquidad de la conquista y la expresión del sentimiento de una libertad ameri-

cana, estaban sólo en aquellas valentísimas arengas de los indios de Ercilla, donde el impulso de resistencia al invasor se remonta á las cumbres más altas de la elocuencia poética, con el vibrante entusiasmo de la alocución del paje de Valdivia y con la severa entonación de Colocolo.

En lo que se refiere á las tribus de la cuenca del Plata, la literatura de la conquista no dejó otra imagen poética del indio que los borrones del Arcediano Centenera. Más tarde, cuando en el período final de la colonia cruzaron por el espíritu de Labardén ciertos vislumbres de una originalidad obtenida del amor por las cosas del terruño, el famoso episodio de Lucía Miranda dióle argumento para su tragedia de *Siripo*, con la que el indígena guaraní reivindicó el derecho de aparecer en la más noble de las formas literarias que consagraba el gusto de aquel tiempo.

Ya la tragedia clásica, que en manos de Voltaire había adquirido, entre otros elementos de innovación y de sentido moderno, no despreciables toques de color de época y de color local, que diversificaban la convencional uniformidad de la escena trágica con la reproducción de costumbres de pueblos extraños y remotos, había intentado en *Alzira* conceder á la historia de los indios de América la dignidad literaria del coturno. Concebida esa obra bajo los dictados del mismo espíritu filantrópico que inspiró *Los Incas* de Marmontel y el *Camiré* de Florián, y forma artística, al par de ellos, del severo proceso instaurado por los hombres de la Enciclopedia á la conquista española, hubo de escollar, por otra parte, en cuanto al propósito de fidelidad histórica (que suele revelarse por aciertos fugaces) en la índole fa-

talmente abstracta é inflexible de aquel género de teatro y en su radical incapacidad para la evocación viviente de los tiempos y las cosas, evocación que era triunfo reservado al drama de las pasadas realidades en algunos de los maestros del romanticismo.

Igual pecado original de la ejecución, no redimido en parte, como sucede en *Alzira*, por la virtualidad del ingenio de primer orden, priva de todo color y de todo carácter de raza al fragmento que poseemos de la obra del poeta colonial. Otro ensayo, no menos descolorido, de tragedia indígena, ofrece el período clásico de nuestras letras, y es el que, con el título de *Molina*, escribió en 1823 Manuel Belgrano, sobrino del héroe, imaginando amores de un guerrero español de los que sojuzgaron á Quito, con una de las vírgenes vestales consagradas al Sol.

En los orígenes del romanticismo fué personaje de universal predicamento el indio americano. Chateaubriand adquirió de su paso por las tribus de la Florida el sentimiento de la originalidad exótica, y lo infundió en la novela, franqueando el camino que luego había de recorrer, con más escrupulosa observación, Fenimore Cooper. Al indio de la filantropía y de las ficciones patriarcales, sucedió el del amor interesante y melancólico; al indio de *Los Incas* y *Alzira*, el de *Atala* y *Los Natchez*.

Nuestra literatura del tiempo de Echeverría fué, sin embargo, pobre de contribución á este género de americanismo. En *La Cautiva* tentó reproducirse el color siniestro y brutal de la furia del *malón* y de la orgía de salvajes, aunque quizá con más visos de fantasía romántica, en que obra el recuerdo de festines sabáticos y lúgubres visiones, que de característico traslado de la realidad. Otros buscaron, en

la poesía de la raza vencida, los tonos idílicos de la leyenda; la gota de miel que imaginamos en el fondo del bárbaro candor; el poético cuento de amores que refleja en sus ondas el torrente de la Conquista, como en los romances de moros y cristianos. Así, la sencilla inspiración de Adolfo Berro, apartando de los prosaicos eriales del Arcediano Centenera el episodio de Liropeya y Yandubayu, esencialmente más interesante, por cierto, que, en *La Araucana*, los de Glaura y Tegualda. Así también, Juan María Gutiérrez, con *Las flores de Lilpu*, *Irupeya* y *Caicobé*, donde la idealización del primitivo americano encarna en ingeniosos metamorfoseos, relacionados con la flora indígena. Pero la verdadera interpretación poética del alma del indio y de su historia quedó sin revelar, y balbuceando tímidamente en las querellas del espontáneo *yaraví*, permaneció á la espera del artista que, por aviso atávico ó por simpatía de la imaginación, acertase con el conjuro poderoso que saca á luz lo peculiar é inconfundible de una raza.

Al lado del puro indio, ó por encima de él, la tradición histórica, y la misma escena contemporánea, ofrecían un tipo humano de incomparable virtualidad artística: el gaucho, el centauro concebido por la ruda sociedad pastoril, de su abrazo con el ambiente del desierto.

El gaucho era, para cualquier artista observador, una realidad que ostentaba *á flor de aire*, casi sin corteza prosaica, su porción natural de poesía. Pocas veces civilización y barbarie han contrastado sus colores en tan pintoresca originalidad como la de ese hermosísimo tipo de nuestra edad heroica. Hegel hubiera reconocido en él la plena realización de aque-

lla nota de libérrima personalidad, de fiereza altiva é indómita, que él consideraba como el más favorable atributo de los caracteres que han de ser objeto de adaptación estética: el que palpita en la violenta poesía de *Los Bandidos* del trágico alemán y rodea de irresistible luz la frente de los héroes satánicos de Byron; y en su figura, ya belicosa y arrogante, con la avasalladora simplicidad de un paladín de *gesta*, ya legendaria y melancólica, como una sombra errante en la infinita soledad, sentirá siempre la fantasía del poeta uno de los más gallardos y enérgicos modelos que el genio de la especie haya impuesto jamás á las creadoras manos de la vida.

La poesía original del gaucho tenía un principio de manifestación, que eran sus propias y espontáneas canciones, las décimas errantes por pampas y *cuchillas*. Hilario Ascasubi, en la extensa narración de *Santos Vega*, rica de elementos descriptivos y de lances dramáticos, y en obras fragmentarias, como las *Trovas de Paulino Lucero*, intentó ganar carta de naturaleza literaria para la ingenua inspiración campesina, sin quitarle el complemento de su lenguaje propio: empeño en gran parte defraudado en sus obras por la frecuente confusión de lo popular y característico con lo vulgar; por la liga deleznable de la intención política de circunstancias, y por el mismo remedo, no depurado ni adaptado artísticamente, sino nimio y lleno de inútiles escorias, del modo de decir del hombre de campo: género de preocupación pseudorealista que más tarde había de afear también la realización formal del *Martín Fierro*.[41]

Entretanto, la poesía de forma culta rondaba el mismo intacto tesoro. Juan María Gutiérrez, en la pastoral criolla de *Los Amores del Payador*, en *Los*

dos jinetes, *Los Espinillos*, *Amor del desierto*, y algunas otras de sus composiciones, probó á fijar, quizás antes que nadie, la colorida apariencia del gaucho y los acordes íntimos de su sensibilidad; pero, dejando aparte el primor de algún rasgo, nunca logró definitivamente, ni la precisión plástica que erige en la imaginación la figura, ni el intenso carácter melódico que sugiere lo profundo é inefable del alma en el tono de la canción.

Más resuelto propósito de originalidad americana y mayor caudal de observación directa guiaron á Alejandro Magariños Cervantes en sus dos tentativas de interpretación poética del gaucho: el poema *Celiar* y la novela *Caramurú*, ensayos ambos que, en su significación provisional y relativa á su tiempo, merecen estima, por la tendencia á reproducir, con fiel prolijidad, cuadros de la naturaleza, faenas campestres, usos y costumbres, y que la merecerían sin reservas si la forma estuviera en ellos más limpia de trivialidad y desaliño y el fondo fuese menos sentimental y falsamente romántico.

La característica y eficaz representación del tipo gauchesco que puede hallarse en medio de esa literatura transitoria, es, sin duda, la de los admirables bocetos del *Facundo: El Rastreador*, *El Baqueano*, *El Gaucho malo* y *El Cantor*, con el complemento de *La Pulpería*: rasguños de mano de león, en los que la espontánea fuerza poética parece proceder por el mismo impulso rápido y certero que ponía los ojos de Calíbar sobre el rastro del prófugo y orientaba el paso del baqueano al través de la llanura infinita.

Con la reproducción de tipos y costumbres tradicionales alternaba la expresión literaria de hechos de la realidad política y social, expresión que para

nosotros participa del carácter histórico, aunque en el momento en que fueron reflejados careciesen de la perspectiva de tiempo. En la sugestión potente de esa realidad contemporánea; en las escenas trágicas de la guerra civil, ennoblecida por el heroico sentimiento de la libertad, se inspiraron poemas, ó si se quiere, cronicones rimados, donde, sobre las aridezes de declamación oratoria ó periodística, suele cruzar por ráfagas la tremenda poesía de la pasión, de la venganza y del martirio. Tal el *Avellaneda* y la *Insurrección del Sur* de Echeverría; el *Don Cristóbal* de Indarte, el *Querer es poder* de Magariños, etc. El mismo apasionado estímulo de los hechos actuales, infundiéndose en forma más capaz que el poema para la reproducción característica de la realidad, dió á la novela americana una de sus más divulgadas y triunfadoras concepciones en la *Amalia* de Mármol, obra compuesta sin la menor preocupación de estilo ni de arte, pero con cierto prestigio de imaginación y cierto interés novelesco, que hubo de acrecentarse, para la fama universal, con el de la revelación, febril y alucinada, de los misterios de la tiranía.

Además de esta literatura de origen político, contribuían á integrar la representación concreta del medio social, otro género de testimonios literarios. Sabemos ya que en los cuadros de costumbres de Alberdi se estampó la fisonomía de aquel momento de la vida urbana, con sus mal desvirtuados dejos coloniales, ya en la intimidad doméstica, ya en la comunicación social y los hábitos de cultura. El crudo color de las escenas populares en la misma vida de ciudad; el ambiente de suburbio y de plebe, en que la originalidad poética de la pura sencillez de los

campos degenera en originalidad prosaica, pero llena siempre de sabor y carácter, nadie acertó á expresarlos con el realismo valeroso y la eficacia de observación de Echeverría en páginas como la descripción de *El Matadero*, que muestran cuánto era capaz de abrazarse cuerpo á cuerpo con la más brutal y desnuda realidad aquella imaginación tan á menudo malograda, en sus intentos de americanismo, por el remedo exótico ó por la expansión inoportuna de sus vaguedades y sus sueños.

En la literatura propiamente histórica, en la reproducción artística de épocas pasadas, el romanticismo había aportado universalmente riquísimos veneros, comunicando nuevas formas á la inventiva novelesca y dramática con la inspiración del sentimiento tradicional. Las novelas de Walter Scott habían revelado un arte pintoresco complementario de la historia. El gran Schiller había llevado al teatro la misma simpatía evocadora de lugares y tiempos. *Los Novios* de Manzoni y el *Cinq-Mars* de Alfredo de Vigny transplantaron la rama rica de savia generosa á la literatura de los pueblos latinos. Era como un sueño en que aparecían con ilusión de actualidad los recuerdos de la conciencia colectiva. Por las triunfantes intuiciones del arte, se llegaba, en la comprensión de las edades muertas, adonde los medios del conocimiento analítico no habían alcanzado nunca. Esos ejemplos convidaban á intentar, en la crónica de América, la misma transfiguración maravillosa, y no faltaron esfuerzos que se dirigieran á tal fin.

Por la mente de Echeverría cruzó más de una vez la idea del drama y la novela inspirados en la poesía de la historia, como fuentes fecundas de literatura americana. Florencio Balcarce dejó, entre los

frutos de su malograda juventud, alguna tentativa de ese género, y un escritor olvidado, Manuel Luciano Acosta, había escrito ya *La Guerra civil entre los Incas*, adaptando al molde novelesco la discordia de Huáscar y Atahualpa. Un ensayo de mayor aliento vió là luz en el destierro de Chile: allí Vicente Fidel López, que desde temprana juventud acariciaba la vocación de la historia, fomentada, durante su paso por Montevideo, en el trato con Echeverría, publicó como folletín de diario *La Novia del Hereje*.

Esta novela, que aspira á ser el cuadro de la sociedad de Lima á fines del siglo XVI, cuando las correrías de los piratas de Drake, arguye un meritorio estudio de la época y no carece de alguna habilidad para cautivar el interés, ni de algún carácteratinadamente esbozado; pero el color de la pintura histórica es vulgar y violento; la expresión, aunque á menudo viva y eficaz, corre enturbiada por infinitas escorias de lenguaje y de estilo; y el juicio póstumo alabará en el conjunto, antes que otra cosa, la cualidad relativa del intento oportuno.

Más que la desigual realización de la obra, valía el pensamiento que en ella comenzó á ejecutarse y que aun hoy tendría plausible novedad. *La Novia del Hereje* era, en el propósito del autor, la novela inicial de una serie, con la que, emulando en el Sur el americanismo de Cooper, daría formas pintorescas al desenvolvimiento de la historia argentina. Las empresas guerreras de Zeballos y su influjo en la evolución política y comercial de la colonia; el período precursor de la Revolución, con los episodios heroicos de las invasiones británicas; las agitaciones íntimas de la metropoli porteña en el transcurso de las campañas por la emancipación; la propagan-

da armada de la idea de libertad, adelantándose con la espada de San Martín hasta las faldas de los Andes ecuatoriales; la insurrección de las masas campesinas, que añadió á la epopeya revolucionaria la original y ruda poesía del heroismo bárbaro: tales habían de ser los asuntos con que se relacionaran las sucesivas novelas de la serie. Pero apartado, desde su madurez, de las letras puras, ese Walter Scott no salió de su *Waverley*, y prefirió aplicar directamente su sentimiento del pasado á la historia política, que cultivó, con admirables condiciones de vivacidad pintoresca y de generalización brillante y audaz, aunque sin el más mínimo respeto por la equidad de los juicios ni la exactitud de los hechos, en libros cuyo verdadero carácter oscila entre la novela histórica y el panfleto de partido.

Al género de *La Novia del Hereje* contribuyó Juan María Gutiérrez con una breve narración: *El Capitán de Patricios*, que escribió cuando su paso por Europa y publicó años después en Buenos Aires (1). El *Capitán de Patricios* es la idealización de aquella juventud llena de prestigio poético, que, formada entre los arrobamientos triunfales de la Reconquista y los presagios y vislumbres de un sentimiento nacional, resplandecía de entusiasmo y de esperanza en las milicias del primer momento de la Revolución. Y este crepúsculo del día de libertad está trasladado al cuadro por un pincel que siempre fué maestro en reproducir las tintas suaves del crepúsculo. El narrador presenta al héroe con una reminiscencia de Racine, y á la heroína con una imagen de Virgilio;

(1) En el *Correo del Domingo*, y luego en folleto, por la Imprenta del Siglo, 1864.

y hay, en verdad, algo de las blandas melancolías que envuelven á Dido, á Ifigenia ó á Andrómaca, en el ambiente de aquel cuento casto y primoroso, donde la pureza ideal de los afectos y la gracia ingenua del relato tienen su más adecuado complemento en la elegancia clásica de la expresión.

Mientras tanto, cobraba creces el estímulo é interés por las tareas encaminadas á sentar los fundamentos de la historia política. Dos considerables esfuerzos de acumulación de materiales propios á ese fin, señalan el punto de partida de la labor histórica de aquella época: la *Colección de obras y documentos* ordenada por don Pedro de Angelis de 1836 á 1837, y la *Biblioteca del «Comercio del Plata»* que, bajo la dirección de don Florencio Varela, apareció en Montevideo desde 1845 y siguió publicándose, por algunos años, después de la muerte del ilustre escritor: ambas colecciones, ricas de elementos de primera importancia. El vivo sentimiento de la necesidad literaria y política de la historia inspiró, en 1843, al gobierno de Montevideo, donde se asilaba, en su mayor y mejor parte, la cultura argentina, la fundación del «Instituto histórico-geográfico», para dar solidaridad y eficacia á las primeras tentativas en este género de estudios. Apenas pasó del acto inaugural el iniciado centro; pero de la comunicación de ideas y propósitos entre los escritores de la juventud reunida dentro de la heroica plaza fuerte, nació entonces la dedicación de muchos de ellos á los trabajos de investigación histórica, que en algunos, como Mitre, López y Domínguez, habían de fructificar, perseverando, con obra más ó menos duradera. Fué activísimo en la influencia estimuladora, en la información y en el consejo, para alentar

los ensayos de esa índole, don Andrés Lamas, á quien el gobierno de la Defensa encomendó, en 1849, la obra, nunca cumplida, de escribir la historia de esta banda del Plata. Allá en Chile, Sarmiento, incluía en su vasta siembra de ideas la del conocimiento del pasado americano, y con su memorable artículo de «Chacabuco» abría camino á la definitiva vindicación de San Martín.

El primer indicio de madurez de toda esa consagración estudiosa, interrumpida á menudo, pero nunca desalentada, por las borrascas familiares á aquella generación de hombres fuertes, se manifestó, en 1857, con la aparición de la *Galería de celebridades argentinas*, donde compitieron, ensayando el dibujo biográfico, las mejores plumas de la época. La *Historia de Belgrano*, ampliación de uno de los trabajos de aquella *Galería*, con el movimiento de crítica y polémica á que dió lugar, abre un nuevo período en la bibliografía histórica de estos pueblos.

No permaneció indiferente á tan alto interés de sus contemporáneos, Juan María Gutiérrez: antes por el contrario, participó principalmente en él, y al llegar á este punto tocamos la razón más firme de su fama. Escogió para sí, en las tareas de la historia, la parte que se refiere al desenvolvimiento de la literatura, y en general, de toda aplicación desinteresada del espíritu; y se consagró á reivindicar, para la América de su tiempo, en la obra de las generaciones que precedieron á la suya, los títulos de un abolengo intelectual desconocido ó desdeñado. La afirmación de la existencia y del relativo valor de ese abolengo fué inspiración constante de su vida, inagotable estímulo de su labor.

Sin que el refinamiento de su sensibilidad litera-

ria fuera motivo á retraerle del trato cuotidiano con los más obscuros antecedentes y los más ínfimos anticipos; sin que flaquearan su tenacidad ni su entusiasmo de investigador por la impresión de tedio, frecuente en el contacto con la palabra escrita de tiempos de enervación moral é intelectual, de decadencia ó definitiva pérdida del gusto, se soterró entre los casi ignorados materiales de la literatura de la colonia; los trajo á plena luz; obtuvo de ellos revelaciones inesperadas y curiosas: ya intensamente significativas en el proceso de las ideas ó de las costumbres, ya positivamente honrosas para los orígenes literarios de estos pueblos; y puso un noble ahinco en que resaltara todo aquello que significase un rasgo de espontaneidad y atrevimiento de la conciencia americana, levantándose, por su propias fuerzas, sobre el remedo sin alma á que la condenaban los moldes de la educación y sobre los límites del horizonte ideal que le estaba consentido.

He dicho ya que de su paso por Chile y el Perú quedó la publicación del poema épico de Oña, que exhumó de los archivos de Lima para llevarlo á imprimir á la patria colonial del poeta. En Lima también, en los papeles de la vieja Universidad de San Marcos, desentrañó recuerdos preciosos de la tradición académica de la Ciudad de los Reyes. Pero consagró, sobre todo, sus esfuerzos á la historia de la inteligencia y la cultura en los pueblos del Río de la Plata, y la siguió con minucioso amor, con el nimio afán erudito que ennoblece un interés profundo, tomándola desde la crónica de Schmidel y el poema de Centenera, cuyas páginas despejó del polvo se-

cular en dos prolijos estudios (1); lleno de amenidad y colorido el de la obra del Arcediano rimador; excelentes ambos. Pasó de los testimonios de la Conquista á los documentos de la instituida servidumbre, rastreando siempre la noticia que reflejara alguna luz de ideas sobre los períodos más lejanos y humildes de la existencia colonial, como aquellos desabridos comienzos del siglo XVIII, sobre cuyo fondo opaco hizo destacarse la inteligente fisonomía de Neira (2), apenas recordado hoy mismo é ignorado de muchos; Neira, el domínico viajero, el observador tolerante, que, en los antecedentes de la evolución liberal de la colonia, precede en varias décadas á la obra de relativa emancipación respecto del formalismo escolástico, que emprendió en la enseñanza Maziel, y en más de media centuria á la repercusión de las ideas de la Enciclopedia en las memorias de Belgrano y las oraciones de Funes.

Investigando, en interesantísimo libro (3), la historia de los estudios públicos de Buenos Aires, obscurecidos hasta entonces en el aprecio póstumo por la tradición universitaria de Córdoba y de Chuquisaca, puso de manifiesto en ellos adelantos precoces y

---

(1) *Nuestro primer historiador Ulderico Schmidel; su obra, su persona y su bibliografía:* «Revista del Río de la Plata», tomo VI.—*Estudio sobre la «Argentina y conquista del Río de la Plata», y sobre su autor don Martín del Barco Centenera:* ídem, tomo VI y siguientes.

(2) *El Padre Domínico Neira, del convento de predicadores de Buenos Aires:* «Revista de Buenos Aires», número 20.

(3) *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la Enseñanza pública superior en Buenos Aires.* Buenos Aires, Imprenta del Siglo, 1868.

rasgos de cierto espíritu liberal, que no había trascendido á todas partes de América. Se detuvo con particular interés ante aquel movimiento de vago despertarde las energías de la mente y de diversificación de las actividades sociales, que se inicia con el período gubernativo de Vértiz y Salcedo, cuya noble figura dejó diseñada, como las de Maziel y Labardén, el primer asomo de un educador y el primer asomo de un poeta (1). Y trasmitió, finalmente, á la atención del historiador futuro, en su laboriosa *Bibliografía de la Imprenta de Expósitos* (2), que comentó con observaciones amenas y profundas, un guía invalorable para el estudio de la progresiva transformación de las ideas y los sentimientos comunes, desde la época que refleja tímidamente su espíritu en versos cortesanos y opúsculos de devoción, hasta las ya cuantiosas y vibrantes manifestaciones de publicidad que motivaron, en las vísperas de 1810, los entusiasmos de la Reconquista.

Aun con mayor solicitud, y desbrozando terreno mucho más grato y generoso en estímulos, como que era el del espontáneo florecer del alma americana abriéndose á los vientos de la libertad, siguió los pasos de la literatura viril y militante del quindenio revolucionario; la estudió en sus vinculaciones con la acción y en sus inspiraciones sociales; fijó en el lienzo biográfico la imagen de sus hombres, comple-

---

(1) *Celebridades argentinas en el siglo XVIII. Don Juan José de Vértiz y Salcedo:* «Revista de Buenos Aires», número 25.—*El doctor don Juan Baltasar Maziel,* ídem, números 23 y 24.—*Don Juan Manuel de Labardén:* «Correo del Domingo», número 51 y siguientes.

(2) En la «Revista de Buenos Aires», número 29 y siguientes.

tando la historia de los hechos guerreros y políticos con la de la actividad del pensamiento, manifestada en la prensa, en la instrucción, en el libro, en las asociaciones de fin intelectual, y poniendo á la vista aquel seguro crédito de las influencias morales, aquella fe profunda en la virtud de las ideas, con que los gobernantes y los publicistas de la Revolución atendieron á favorecer el desenvolvimiento del espíritu y la adquisición de nuevos medios de cultura, en sus empeños de dirección y propaganda. Lícito es afirmar que una gran parte de la energía intelectual que se vincula á la gloria de esa época ha vivido sólo por él en el recuerdo de las generaciones posteriores.

Desde el amanecer del sentimiento laudatorio de la libertad en las canciones populares de Mayo (1), hasta la lírica consagración de las victorias por los poetas de escuela, y las exhortaciones del remontado didacticismo social que sucedió á los cantos heroicos cuando del esfuerzo guerrero se pasó á la obra de organización, trazó, en fragmentos, la historia de la poesía de la Independencia. Sus estudios sobre Fr. Cayetano Rodríguez, sobre Luca, sobre Rojas, complementan el extenso y magistral que consagró á Juan Cruz Varela, la más alta personificación literaria de aquel tiempo (2). A la luz de su crí-

---

(1) Véase *La Literatura de Mayo*, en la «Revista del Río de la Plata», tomo II.

(2) *Don Esteban de Luca. Noticias sobre su vida y escritos*: «Revista del Río de la Plata», tomo XIII.—*El coronel don Juan Ramón Rojas, soldado y poeta*: ídem, tomo XIII.—*El sueño de Eulalia contado á Flora, y noticias sobre su autor* (Fr. Cayetano Rodríguez): ídem, tomo VI.—*Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino don Juan Cruz Varela*: ídem, tomo III y siguientes.

tica inspirada, el clasicismo de la literatura de la Revolución, en el que un superficial examen vería sólo artificio sin alma, fría exhornación retórica, se nos representa como fué en realidad: como una idea dinámica; como la imagen de un ideal de gloria y de grandeza moral que contribuyó eficazmente á caracterizar el espíritu revolucionario, apacentándolo en los ejemplos del genio heroico y tribunicio de la antiguedad. El resplandor de ideas que ilumina la grande época de Rivadavia, trascendiendo al carácter de la producción poética desde la cátedra, la prensa y la tribuna, tiene vivo reflejo en las semblanzas de algunos de los esforzados obreros de aquel período de reforma, con que termina el interesante libro de la *Enseñanza superior*, y en el estudio sobre Juan Cruz Varela, que es quizá, de los trabajos críticos de Gutiérrez, el de más primor y madurez.

No es posible imaginar merecimiento más puro y noble de respeto intelectual, que el adquirido de esa porfía tenaz contra el olvido, la ingratitud y la indolencia; de esa perseverante restauración de un fundamental elemento de la vida de generaciones pasadas, restauración que realizó Gutiérrez, no sólo con acierto de diligente y sagaz indagador, sino también, en ciertas páginas, con verdadera inspiración de historiador artista, de cabal iniciado en los secretos de la narración que reproduce formas y colores y palpitación de entrañas vivas.

Esteril y tedioso es el empeño de la erudición vulgar, que ama la investigación por la investigación, el pasado por el pasado, el dato nimio y escondido por la sola virtud de su rareza; pero es hermosa y fecunda entre todas las aplicaciones del espíritu la obra inspirada del investigador que, levantando la

curiosidad erudita á la condición de una simpatía inexhausta, y guiado por aquella luz intuitiva que no se suple con la prolijidad de los documentos ni con la certidumbre de las cosas externas, penetra en la profundidad del tiempo muerto como para restituirle su alma, y acierta á reconstruir idealmente, en presencia de las mudas ruinas de lo que fué, la vida intelectual y afectiva de una generación, la fisonomía moral de una sociedad ó la genialidad literaria de una época.

Iniciador en el estudio de una tradición de cultura casi por completo desconocida ú olvidada, á la que no era posible aplicar las formas orgánicas de la exposición histórica ni el metódico análisis de la crítica sin antes atender á la ausencia, con que para ello se luchaba, de fundamentos seguros y materiales ordenados de investigación, hubo de consagrar forzosamente Gutiérrez á esta ingrata tarea porfías que encaminara, de otro modo, á empresas más altas. Hay en su vasta obra muchas páginas de descarnada erudición; insistentes esfuerzos empleados en lo que tiene de más desapacible la crónica solamente útil, y en lo que la bibliografía ofrece de más árido. Pero cuando á la significación puramente relativa de la personalidad ó del objeto sobre que recaen sus miradas de investigador, se une más alto interés, capaz de cautivar el sentimiento ó la fantasía; cuando, trazando la imagen de famoso polígrafo del siglo XVIII (1), nos hace penetrar, por ejemplo, dentro del ambiente hechizado de aquella Lima colonial, que constituye una de las más romances-

(1) *Escritores americanos anteriores al siglo XIX—Doctor don Pedro de Peralta*: «Revista del Río de la Plata», tomo VIII y siguientes.

cas prespectivas de la historia de América, y aparece con todos los caracteres de la vida, en el panorama de su narración, el singular aspecto de aquella sociedad en que tan extrañamente se mezclaban refinamientos bizantinos y pequeñeces lugareñas, ingenuidades de pueblo niño y rasgos de decrepitud social, sórdidas manifestaciones de abyección y timbres preclaros de cultura, entonces vemos reflejarse la inspiración del verdadero y grande historiador sobre la asiduidad del erudito, y reconocemos que había dotes en él para llevar al estudio del pasado esa poderosa visión del movimiento dramático de la realidad, que hace de aquel estudio una nigromancia de la fantasía evocadora.

Rasgos de valor semejante realzan las páginas sobre Juana Inés de la Cruz y sobre Pablo de Olavide, que, junto con las consagradas á Fray Juan de Ayllón, á Labardén, á Caviedes, al P. Juan Bautista Aguirre, á Ruiz de Alarcón y á Pedro de Oña, publicó, en 1865, en el volúmen titulado *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX*. Si le hubiera sido dado redondear su obra de investigación, abarcando el conjunto de la cultura colonial en los pueblos de la América española y levantándose luego á la libre y serena visión de puro arte, para la que mostró su capacidad en frecuentes aciertos, habría podido intentar el vasto cuadro histórico, no realizado todavía, del desenvolvimiento de la inteligencia americana y de la evolución de sus ideas, desde la primera simiente de civilización hasta los anhelos de libertad y los precoces ensayos del pensamiento propio.

Conciliaba con el oficioso amor del hecho depura-

do y preciso, que es lastre de la historia, la aptitud de generalizar y el poder de la interpretación colorida; pero sentía la obligación de cimentar, ante todo, sólidamente, sobre aquel árido y seguro cuidado de los hechos, la ciencia del pasado, y abominaba en ella los vuelos errabundos y arbitrarios de la imaginación, las vanas anticipaciones de la inferencia y del juicio. Sobre la necesidad de imprimir á las tareas de preparación de la historia de los pueblos de América «un carácter particularmente erudito y cronológico», que compensase la tendencia que predomina en nuestro espíritu á la síntesis vaga y prematura «con las rémoras que dan pulso y gravedad á la historia», versa una hermosa página dirigida á don Alejandro Magariños Cervantes con motivo de la fundación de la *Biblioteca Americana* (1); página que merecería encabezar, como exposición del criterio que le guió en la extensa obra, una ordenada colección de sus trabajos históricos.

A la referida *Biblioteca Americana*, que empezó á publicarse en 1858, dió Gutiérrez, el siguiente año, un tomo de *Pensamientos, máximas y sentencias*, entresacados de escritos y discursos de argentinos ilustres: tomo que complementó, en 1860, con otro de *Apuntes biográficos* de algunos de los autores que había puesto á contribución en el primero. Incluyó entre esos breves *Apuntes* un trabajo de mayor detención: el consagrado á Rivadavia, que publicó también en la *Galería de celebridades argentinas* y que constituye el ensayo de más aliento realizado por él fuera de la historia literaria y cultural, si se exceptúa

(1) Carta publicada al final del tomo IV de esa *Biblioteca*.

el substancioso bosquejo biográfico de San Martín que, con extensa ilustración de documentos, copiosos datos de bibliografía é iconografía y una *Corona poética*, hizo imprimir en 1862, en ocasión de erigirse la estatua del Capitán de los Andes.

Pero su permanente dominio fué la historia de la producción intelectual y de todo desenvolvimiento de cultura. En cuanto al carácter crítico de los comentarios que aplicó, trayendo á luz autores y obras, nadie dejará de reparar en ellos un exceso de encomio, que se justifica, sin embargo, como reacción oportuna. Predominaba un espíritu de exagerada detracción en lo que se refiere á las condiciones intelectuales y morales de la vida americana bajo el régimen colonial. Por otra parte, el impulso de innovación triunfante en las ideas literarias sugería el desdén por cuanto se vinculase á las formas vencidas; y esto influyó para que pocos escritores de su tiempo participaran de aquel sentimiento de filial interés por el recuerdo y la obra de los que les habían precedido. Juan María Gutiérrez fué á menudo extremoso en tal sentimiento, pero esta explicable y bien inspirada benevolencia, esta generosa facilidad de entusiasmo, no impidieron que su diestra guardara casi siempre la rienda firme del buen gusto, ni que fluctuase constantemente sobre sus juicios literarios el reflejo de aquella ática sonrisa que era como el sello de su fisonomía intelectual.

Las mismas delicadas facultades llevó á la crítica de contemporáneos. En esta parte de su labor, descuella el sentido y juicioso, aunque no suficientemente severo, ensayo sobre Echeverría, que ilustra la edición publicada, de 1870 á 1874, por el propio Gutiérrez, de las *Obras* del poeta. Pero el preferente

objeto de su atención fué siempre la literatura de tiempos pasados, en cuyo estudio la crítica va de la mano con la historia. Y acaso no fué extraña á los estímulos que determinaron su vocación de crítico-historiador una tendencia universal de la erudición de su época. El romanticismo, alentando el sentimiento de la tradición, la poesía del pasado, como seguro medio de llegar á lo más característico y hondo del alma popular, en su gloriosa empresa de vincularla á la literatura, comunicó el mismo impulso al espíritu de investigación y despertó el interés y el amor por el estudio histórico de la espontaneidad literaria de los pueblos.

Juan María Gutierrez, que sintió intensamente la aspiración de americanismo poético, en que él mismo fué de los más eficaces colaboradores de Echeverría, hubo de experimentar emoción semejante á la de los críticos y arqueólogos románticos, cuando rescataba del olvido las viejas crónicas que guardaban la repercusión de los épicos sones de la Conquista ó reflejaban con prosaica languidez el sueño de la larga noche colonial. No era posible volver á la luz los lejanos antecedentes de la producción literaria americana en el sentido en que lo hiciera, con las reliquias de arte y poesía anteriores al influjo del Renacimiento, la erudición tributaria del romanticismo. El movimiento reivindicador de la originalidad literaria nacional había de desenvolverse en América sin precedentes cercanos ni remotos. Pero para la visión cabal del pasado en que tenía sus ocultos veneros la poesía de la tradición, era indispensable conocimiento el de aquella humilde literatura, donde, además del testimonio histórico de las cosas y de los hechos á que debía adaptar el poeta las invenciones

de su fantasía, no es raro caso encontrar, ya medio rota la crisálida, ya casi á punto de cuajar en color y aroma de belleza, una leyenda heroica, ó un paso novelesco, ó un cándido y gracioso idilio, que, sin más que la última iluminación de la forma, llegarían á la plenitud poética.

VIII

Esa vasta y lucidísima obra de investigación y de crítica ocupa densamente los años de fecunda plenitud para el espíritu de Juan María Gutiérrez; plenitud duradera, que llega muy más allá de la madurez de la vida, y persiste, sin decadencia ni desfallecimientos, desde su vuelta del destierro de Chile hasta su muerte, ocurrida en 26 de Febrero de 1878. He citado los libros que en tan largo espacio de tiempo dió á la imprenta y los principales estudios que, para complemento de aquéllos, publicó en revistas como la *de Buenos Aires*, que dirigió Navarro Viola, y el *Correo del Domingo*; pero debo nueva mención al memorable esfuerzo de publicidad y de disciplina estudiosa representado por aquella *Revista del Río de la Plata*, que él fundó en 1871, en unión de don Andrés Lamas y don Vicente Fidel López, y de la que él fué verdaderamente el director, alcanzando á dejar realizados, en sus trece interesantísimos volúmenes, uno de los grandes ejemplos de revista americana y el más victorioso ensayo que se hubiera hecho en Buenos Aires para arraigar publicaciones de tal índole.

Además de la perseverante vibración de su pluma, contribuyó Juan María Gutiérrez al desenvolvimiento de la cultura de su patria con las funciones

públicas de trascendencia intelectual que desenpeñó: ya de Rector de la Universidad de Buenos Aires, en 1861, ya de Jefe del departamento de Escuelas, en 1875; ya en su carácter de miembro de la Facultad de Matemáticas y de la de Humanidades y Filosofía; ya, finalmente, cooperando en planes de reorganización, como el de la enseñanza universitaria y el del Archivo General, ambos en las postrimerías de la administración de Sarmiento.

De su vida política no me compete bablar aquí. Diré sólo que dejó uno de los nombres más respetados y más puros entre cuantos se vinculan á la porfiada labor de la organización nacional argentina. Pero ni su acción de hombre de gobierno, como ministro del de don Vicente López y Planes, y luego, de la presidencia de Urquiza; ni sus servicios diplomáticos, para restablecer ó confirmar las relaciones con España y el Brasil; ni la participación que le cupo en el Congreso constituyente de Santa Fe y en la Convención de 1870, forman más que un rasgo secundario de su apacible figura. El que sobre todos prevalece es que «das Gracias fueron constantes compañeras de su vida», como para la suya deseaba el dulce Teócrito. Y si se quisiera expresar cuál es el fundamento de su originalidad personal y de su gloria, se diría: fué el estudioso desinteresado, en una generación de combatientes y tribunos; fué, en ella, el que se mantuvo fiel hasta morir al sueño literario, concebido antes de la juventud, inmune entre los afanes de la edad madura, y acariciado todavía con el amor de la vejez: á modo de la primorosa flor silvestre que, escogida en el paseo de la mañana, sirve de embeleso á todo el día y queda aun fragante, por la noche, junto al libro que se cierra para dormir.

La España niña

En su reciente y admirable libro *Camino de perfección*,—digno, en verdad, del glorioso recuerdo que su nombre evoca, por la indeficiente gracia del estilo y la serenidad, de sombra y frescura, de la meditación,—apunta Díaz Rodríguez, el gran novelador venezolano, una idea tan henchida de persuasión como de esperanza; una idea honda y preciosa, que me ha quedado en el alma, prendida como una estrella, ungiéndomela de luz y diciéndome por lo bajo cosas de consuelo y de fe...

Yo no he dudado nunca del porvenir de esta América nacida de España. Yo he creído siempre que, mediante América, el genio de España, y la más sutil esencia de su genio, que es su idioma, tienen puente seguro con que pasar sobre la corriente de los siglos y alcanzar hasta donde alcance en el tiempo la huella del hombre. Pero yo no he llegado á conformarme jamás con que éste sea el único género de inmortalidad, ó si se prefiere, de porvenir, á que pueda aspirar España. Yo la quiero embebida, ó transfigurada, en nuestra América: sí; pero la quiero también aparte, y en su propio solar, y en su personalidad propia y continua. Mi orgullo americano,—que es el orgullo de la tierra,

y es, además, el orgullo de la raza,—no se satisface con menos que con la seguridad de que la casa lejana, de donde viene el blasón esculpido al frente de la mía, ha de permanecer siempre en pie, y muy firme, muy pulcra y muy reverenciada. Por eso me deja melancólico lo que á otros conforta y alegra: el esforzarse en vencer la tristeza de que *España se va* con el pensamiento de que no importa que se vaya, puesto que queda en América; y por eso no he concedido nunca, ni concedo, ni espero conceder, que *España se va*... Y cuando me parece que vislumbro algún signo sensible de que *vuelve*: de que torna á ser original, activa y grande, me alborozo, y empeño en el crédito de ese augurio todos mis ahorrillos de fe. Me he habituado así á borrar de mi fantasía la vulgar imagen de una España vieja y caduca, y á asociar la idea de España á ideas de niñez, de porvenir, de esperanza. Creo en *la España niña*. Ésta es la razón porque me interesó y halagó tanto la referida página del autor de *Ídolos rotos*. Piensa Díaz Rodríguez que «en vez de pueblo degenerado, como «tontamente proclaman algunos, del pueblo español «puede afirmarse más bien que es un pueblo primi«tivo.» «Así nos lo dice,—agrega,—aquella sensación «que el hombre del pueblo español nos produce, de «una reserva intacta de fuerzas.» Y después de señalar dos caracteres notorios de esa condición primitiva, uno exterior, otro interno, en la rudeza española de las maneras y en la españolísima virtud de la generosidad, infiere, de aquel defecto como de esta virtud, la existencia de frescos rincones del alma popular «donde la savia originaria duerme, soñando «quién sabe en qué magníficos renacimientos futu«ros.»

Abramos el corazón á este vaticinio, que viene de poeta. Acaso la defensa de una grande originalidad latente, que aguarda su hora propicia, imprima hondo sentido á esa resistencia, aparentemente paradójica, contra el *europeísmo* invasor, predicada hoy por el alto y fuerte Unamuno.—*Soñemos, alma, soñemos* un porvenir en que á la plenitud de la grandeza de América corresponda un milagroso *avatar* de la grandeza española, y en que el genio de la raza se despliegue así, en simultáneas magnificencias, á este y á aquel lado del mar, como dos enredaderas, florecidas de una misma especie de flor, que entonasen su triunfal acorde de púrpuras del uno al otro de dos balcones fronteros.

1911

Carlos Guido Spano

. . . . Titúlase el libro *Ecos lejanos*, y lleva á su frente un nombre de poeta que es un ilustre guión en toda lid de sentimiento y de arte. Carlos Guido Spano ha reunido las páginas dispersas de su producción de los últimos años, y nos ofrece un libro nuevo. Excelente ocasión para detenerse á bosquejar una de nuestras más características fisonomías literarias.

Mme. de Staël llamaba á la ancianidad de los varones ilustres, «la aurora de la inmortalidad». Digamos nosotros que si alguna vez puede hablarse de una ancianidad que tenga semejanzas de aurora es cuando se trate de este poeta luminoso, sereno, eterno adolescente del alma, cuya mano se tiende desde las cumbres blancas de la vida para brindarnos con un libro de versos que ostenta toda la espontaneidad, todo el candor y toda la frescura de la más intacta juventud.

Tan natural y suave como es, fué á su modo un original y casi un rebelde. Su figura resalta, dentro de su época, con el interés peculiar de los que no se parecen á sus contemporáneos y llevan en su sensibilidad, en su fantasía ó en su gusto, un carácter esencial que los singulariza. Llegó á la escena literaria cuando alcanzaba entre nosotros á triunfal plenitud

la renovación romántica, y vió pasar la corriente de las nuevas formas con cierto apartamiento señoril, aunque no incapaz de simpatía y asimilación. Puede, en algún sentido, afirmarse que fué su musa la Cordelia fiel al clasicismo entre las que aquí respiraron el aliento impetuoso de la tempestad hugoniana. Pero éste de clasicismo es un término de harta vaguedad. Con él se clasificaba hasta entonces la manera de los que habían saludado en versos precoces, arrogantes, mezcla de infantil ingenuidad y de laboriosa retórica, las glorias de la Revolución; y con los poetas de la Revolución no tiene, seguramente, el imaginador de *Amira* y de *Marmórea* más afinidad de tendencias que con los que tremolaron en el torneo de nuestra vida literaria los colores del romanticismo. Aquellos poetas profesaban, por ideal de la forma, el remedo pindárico, la elocuencia lírica; buscando efectos semejantes á los de la arenga y la proclama, pagaban pleno tributo á la afectación declamatoria, que era la ficticia inspiración de la época; en tanto que una de las calidades de la poesía de Guido es su serenidad, su aristocrática templanza, y lo característico en su forma es todo lo contrario del lirismo elocuente: es la línea pura y correcta en breves límites. Ellos no hallaban medio de desprenderse de la altisonancia de la oda académica, especie de pedestal á cuya planta abandonaba el poeta, como fardo innoble y pesado, su naturaleza de hombre, para asumir la gravedad solemne de un numen, sino cuando procuraban la falsa sencillez madrigalesca ó bucólica, en tanto que la elevación ideal y la forma pura y escogida conviven hermanablemente con la verdad de los afectos en el autor de *Ecos lejanos*.

Independiente el estilo poético de Guido de estrechas tradiciones de escuela; formado en esa inteligencia de la imitación que no excluye, sino que estimula y fecundiza, el impulso de la libertad; concretando mucho de lo íntimo y esencial del gusto clásico en formas personales y propias, sólo pudo llegar á ser por influjo de aquella misma renovación literaria, que de tan distinta manera inspiraba á los contemporáneos del poeta; y en este sentido, cabe también dentro del carácter de su tiempo. La gracia alada y serena, la fresca visión de las cosas, el dón de la armonía plástica é ideal, que ciframos en el sentimiento de lo clásico, nunca como del romanticismo acá se comprendieron y gustaron, á no ser en los días del Renacimiento. Mientras el clasicismo de colegio y academia era herido de muerte por la crítica de los novadores románticos, la pasión de la belleza antigua floreció como una de las innúmeras virtualidades de aquella revolución complejísima. Desmoronóse el templo alzado á la sabia regularidad y la artificiosa corrección por el soberbio reinado que el clasicismo del siglo diez y ocho proclamaba, sobre los tiempos de Pericles y los de Augusto, edad de oro del ingenio; pero el culto de la antigüedad se instauró á pleno sol, y ella fué, y ha continuado siendo más que nunca, Tierra-santa de peregrinaciones ideales. Así, desde Andrés Chénier hasta Leconte de Lisle, se oyeron sones como de rapsodias homéricas y de cantos de Atenas ó de Alejandría; así Gœthe, domeñada la tempestad que el *Werther* propagó por el mundo, trajo á nuevo ser la Elena clásica, y enseñó el arte de infundir en versos modernos el divino sosiego de los mármoles paganos.

Nada hay, seguramente, en nuestro poeta que se

asemeje á una de esas intuiciones de lo antiguo, en que la poesía, flor de humanidades, obra con el prestigio de una evocación arqueológica, y acierta á exprimir, de la reliquias de un arte muerto, la más recóndita belleza. Su antigüedad consiste sólo en simpatías de la imaginación; su clasicismo no pasa de ciertas líneas generales de gusto y estilo, nacidas de natural propensión y afinidad, más que de iniciación profunda, y acrisoladas, antes que en el modelo original, en los que, en distintos tiempos, hicieron retoñar sus formas al sol de España y de Italia. Pero haya sumergido más ó menos distante de las fuentes, la urna; haya rasgado más ó menos de cerca el velo del santuario, es indudable que de aquella fe poética es devoto, y que por virtud de ella ha merecido el favor de las gracias. Como epígrafe de sus versos vendría bien el hemistiquio de *La Invención* de Chénier, que pide pensamientos nuevos labrados en el mármol antiguo. Tiene del ateniense inmolado por los escitas del Terror, el aticismo en que ha puesto aún más la naturaleza que la escuela; y cuando su numen, no satisfecho ya con el ara en que se ofrecen los sacrificios de la forma, aspira al triunfo que se consagra con tributo de lágrimas, es para penetrar, como Chénier, en esa zona crepuscular del sentimiento donde flotan las sombras de las heroínas de Eurípides, y el eco de las quejas de Dido, y extienden sus alas blancas y sedosas los alejandrinos de Racine. Bajo el *tipoy* de la paraguaya de *Nenia* se siente latir un corazón hermano de *La Joven Cautiva*. *Marmórea* tiene la triste languidez de *Neera*.

De este abolengo ático de su naturaleza poética y su arte, nace, entre otros caracteres que contribuyen á imprimirles sello singular y distinto den-

tro de su tiempo, el dominio de toda exquisitez de la dicción y toda delicadeza del ritmo. El noviciado de la libertad literaria se caracterizó, para la generalidad de nuestros poetas de América, por la voluptuosa *non curanza* de la forma, por el desdén, más ó menos consciente y confesado, de ese «culto del material» que, en posteriores escuelas universales, llegó á la superstición é indujo al delirio. Eran los tiempos en que solía tenerse por consubstancial á la naturaleza del poeta, el dón divino de la composición enteramente fácil y espontánea y de la producción abundosa. Confiábase demasiado en las abstracciones de cierta psicología estética que atribuía una sobrada realidad al mito del *numen*, y acaso era tildada de prosaica la porfía difícil y tenaz de la labor. Diríase que el romanticismo se inclinó á no reconocer sino la *magia negra*, la magia no aprendida, en la taumaturgia del arte. Era adorado el misterio de la inspiración que desciende al espíritu del poeta envuelta en lampos y nubes. Hoy encontramos más poesía en los afanes de esa lucha hermosa y viril que empeña con el material rebelde el espíritu enamorado de la perfección: la lucha que llevaba la razón del Tasso á la locura; que torturaba el pensamiento de Flaubert, con alternativas de angustia y júbilo infinitos, y que el autor de *Levia Gravia* ha simbolizado en una imagen soberbia: los afanes del sátiro, perseguidor de la ninfa leve y esquiva, en el misterio de los bosques.

Fué concedida á nuestro poeta la gloria del triunfo alcanzado más de una vez en esa lucha, cuando respiraban los que con él compartieron la representación literaria de su época, vientos de tempestad, vientos de desordenada inspiración, y eran sus ver-

sos como soldados vencedores que vuelven del combate, desaliñados y altivos. Tuvo entre ellos el indisputado dominio de la forma. No ciertamente porque sea el labrado y blanquísimo panal lo que nos seduzca por única excelencia en su obra; hay también miel regalada que gustar en sus transparentes alvéolos; suele acertar también, si no con el intenso grito de la pasión, con el lenguaje de las delicadezas del alma. que piden propagarse en mansas ondas de luz; con la expresión eficaz de los afectos blandos, puros, apacibles; exhalaciones de suavísimo aroma que percibirán en sus versos, sin necesidad de una aspiración esforzada, aquellos que no hayan enervado su sensibilidad en el abuso de los perfumes capitosos y ardientes. La poesía es irradiación de todas las faces del espíritu, y como la naturaleza para cada una de las regiones del mundo, ella tiene, para cada determinación del sentimiento, manifestaciones peculiares de vida y hermosura. Al lado de la poesía de la pasión y del dolor, que lleva el alma á las asperezas de la cumbre, admitamos, como la vegetación risueña de los valles, la que se debe á una serena y plácida concepción de la existencia; tal vez mecida por los deliquios de voluptuosidad que embalsamaron la amena granja del Tíbur y la estancia sabina; tal vez velada transitoriamente por el celaje de las melancolías más suaves y graciosas. Pero el aspecto que manifiesta toda la superioridad de la obra poética de Guido, aquel en que principalmente puede ser ejemplar, es, sin duda, el de las exterioridades plásticas del verso; el que admiramos en las cuartetas de *Amira*, en las de la inolvidable bendición paternal, en el verso libre de *La Noche*, en las briosas octavas de *Adelante*.

Hay dos supremas manifestaciones de la belleza poética en la forma, y cada una de ellas prevalece según la poesía, que reune y armoniza, en cierto modo las calidades de las demás artes bellas, se inclina á participar de la determinación las artes del dibujo ó de la vaguedad del espiritualismo melódico. Por una parte, la línea firme, el ritmo vencedor de la inmaterialidad de la palabra, el culto de las apariencias materiales y tangibles del verso, que dan la sensación de contornos mórbidos de estatua; el arte de la imagen precisa, dotada de relieve, que puede hacerse pasar de la estrofa al mármol ó al bronce; el procedimiento, en fin, que pone en manos del poeta, ya el martillo y el cincel del escultor, ya—para símbolo de los primores de un Gautier ó un Heredia,—el diamante del grabador de piedras finas.— Por otra parte, el tejido tenue y aeriforme de los líricos en quienes la poesía tiende á la sugestión sentimental de la música; el de las rimas de Bécquer, el del liéder heiniano: semiclaridad de crepúsculo, levedad etérea, graciosa suavidad de una forma desdeñosa del efecto plástico y el «número sonoro», pero que, modelada para expresar las vaguedades del ensueño y la aspiración de lo inefable, encuentra su arte propio rehuyendo la severa precisión de la línea, espiritualizando los contornos de la idea y de la imagen, como la onda de incienso que, al paso que más alto sube, más gana en inmaterialidad.— Carlos Guido es de los que sienten y señorean la primera manifestación de poesía; de los que trabajan el ritmo como el mármol, el pensamiento como inscripción lapidaria, y la imagen como escultura.

Tal se caracterizó, dentro de una generación romántica, este poeta, que, en más de un aspecto de

su arte, se vincula mejor con el mundo nuestro que con el de los días de su juventud. Personificó el culto indeficiente de la forma, cuando las condiciones de la obra de improvisación de una literatura, y las influencias de la escuela, conspiraban para imponer cierto vicioso amor al desaliño; la amable serenidad del sentimiento, cuando vibraba en toda lira la repercusión de universales tempestades del ánimo; el desinterés de un ideal de poesía levantado sobre los rudos afanes de la acción é inmutable entre el hervor pasajero de las muchedumbres, en un tiempo en que los propios fantasmas de los sueños bajaban á partir la arena del circo y era la canción como vaso de bronce que recogía y amplificaba las resonancias del combate.

Y el nuevo libro del poeta, sea cual fuere su desigualdad, nos le muestra en esa misma actitud graciosa y noble, sobre ese mismo fondo que colora un celeste diáfano y suave; presidiendo al melodioso fluir de una poesía siempre joven, de una idealidad siempre serena, de un espíritu que es todo luz y todo armonía.

1899

Mi retablo de Navidad

I

El niño Dios

De toda la pintoresca variedad del Nacimiento vistoso,—con el divino Infante, la Madre doncella, el Esposo plácido, las mansas bestias del pesebre,—no venía á mí más dulce embeleso ni sugestión más tenaz, que los que traía en sí esta idea inefable: «Dios en aquel día, era niño...» Niño en el cielo, niño de verdad, como lo representaba la figura. Mientras yo contemplaba el inocente simulacro, un celeste niño gobernaba el mundo, oía las plegarias de los hombres, distribuía entre ellos mercedes y castigos... ¿Cuándo la idea del Dios humanado, del Dios hecho hombre por extremo de amor, pudo mover en corazón de hombre tan dulce derretimiento de gratitud, mezclado á la altivez de tamaña semejanza, como en el corazón de un niño la idea del Dios hecho niño?...

Hoy, que convierto en materia de análisis los poemas de mi candor, (el hombre es el crítico; el niño es el poeta,) se me ocurre pensar cuán apetecible sería que Dios fuese niño una vez al año. En la «política de Dios» hay, sin duda, inexcrutables razones, arcanos planes, propósitos altísimos, á los que se de-

be que su intervención en las cosas del mundo se reserve y oculte con frecuencia, y que su justicia, mirada desde este valle obscuro, parezca morosa, é inactivo su amor. El día del Dios-niño, toda esa prudencia de Dios desaparecería. Al Dios sabio y político sucedería el Dios sencillo y candoroso, cuya omnipotencia obraría de inmediato, en cabal ejecución de su bondad. En ese día de gloria no habría inmerecido dolor que no tuviese su consuelo, ni puro ensueño que no se realizase, ni milagro reparador que se pidiera en vano, ni iniquidad que persistiera, ni guerra que durara. A ese día remitiríamos todos la Esperanza, y el mayor mal tendría un plazo tan breve que lo sobrellevaríamos sin pena. ¡Oh, cuán bella cosa sería que Dios fuese niño una vez al año, y que éste fuera el bien que anunciasen las campanas de Navidad!...

Pero no... Ahora toman otro sesgo mis filosofías del recuerdo del niño-Dios. Antes que lamentarse por que Dios no sea niño de veras durante un día del año, acaso es preferible pensar que Dios es niño siempre, que es niño *todavía*. Cabe pensar así y ser grave filósofo. El Dios en formación, el Dios *in fieri* en el virtual desenvolvimiento del mundo ó en la conciencia ascendente de la humanidad, es pensamiento que ha estado en cabezas de sabios. ¿Y hemos de considerarla la peor, ni la más desconsoladora, de las soluciones del Enigma?... ¡Niño-Dios de mi retablo de Navidad! Tú puedes ser un símbolo en que todos nos reconciliemos. Tal vez el Dios de la verdad es como tú. Si á veces parece que está lejos ó que no se cura de su obra, es porque es niño y débil. Ya tendrá la plenitud de la conciencia, y de la sabiduría, y del poder, y entonces se patentizará á los ojos del

mundo por la presentánea sanción de la justicia y la triunfal eficiencia del amor. Entretanto, duerme en la cuna... Hermanos míos: no hagamos ruido de discordia; no hagamos ruido de vanidad, ni de feria, ni de orgía. Respetemos el sueño del Dios-niño que duerme y que mañana será grande. ¡Mezamos todos en recogimiento y silencio, para el porvenir de los hombres, la cuna de Dios!

II

El asno

Asno del pesebre donde el Señor vino al mundo: yo te quería y te admiraba. Tú eras, en aquel espectáculo, el personaje que me hacía pensar. Iniciación preciosa que te debo. Tú, abanicando con los atributos de tu sabiduría, diste aliento á la primera chispa de libre examen que voló de mi espíritu. Tú fuiste mi Mefistófeles ¡oh Asno! Por amor á ti, por caridad y compasión con que me inundabas el alma, me hiciste concebir los primeros asomos de duda sobre el orden y arreglo de las cosas del mundo, y aun sospecho que, por este camino, me llevaste, con ignorancia de los dos, á los alrededores y arrabales de la herejía.

Verás cómo. Yo, prendado de la gracia inocente y dulce que hay en ti, y que no suelen percibir los hombres, porque se han habituado á mirarte con la torcida intención de la ironía, me interesaba por tu suerte. Viéndote allí, junto á la cuna de Dios, me figuraba que te era debido algún género de gloria. Entonces preguntaba cuál fué tu destino ultratelúrico, y me decían que para los asnos no hay

eternidad. Para los asnos no hay en el mundo sino trabajo, burla y castigo, y después del mundo, la nada... La Nueva Ley no modificó en esto las cosas. El sacrificio del Hijo de Dios no alcanzó á tí. El viejo esclavo de Pompeya que debió de trazar, bajo tu imagen dibujada en la pared, la inscripción de amarga ironía:—*Trabaja, buen asnillo, como yo trabajé, y aprovéchete á ti tal como á mí me aprovechó,* — dijo la desventura del asno pagano y del cristiano. De poco te valió estar presente en el nacimiento del Señor, ni, más tarde, llevarlo sobre tus lomos, en la entrada á Jerusalén, entre palmas y vítores. Ni mejoró tu suerte en la tierra, ni, lo que es peor, se te franqueó el camino del cielo. A mí, este privilegio de la promesa de otra vida para el alma del hombre, con exclusión de la candorosa alma animal, capaz de inmerecido dolor remunerable y capaz también de una bondad que yo no había aprendido todavía á discernir de la bondad humana, porque aun no había estudiado libros de filosofía, se me antojaba un tanto injusto y me dejaba un poco triste. ¡Cómo! El perro fiel y abnegado que muere junto á la tumba del amo, acaso torpe y brutal; el león hecho pedazos en la arena infame; el caballo que conduce al héroe y participa del ímpetu heroico; el pájaro que nos alegra la mañana; el buey que nos labra el surco; la oveja que nos cede el vellón, ¿no recogerán siquiera las migajas del puro festín de gloria á que nos invita el amor de Dios después de la muerte?... — De esta manera me acechaba la pravedad herética tras el retablo de Navidad.

Quedábamos en que para ti no hubo Noche Buena, Asno amigo; pero siglos después estuviste á dos dedos de la redención. Un paso más y te ganas los

fueros de la inmortalidad, con el suplemento de alguna tregua y alivio en tu condición terrena. Fué cuando, en humilde pueblo de la Umbría, apareció aquel hombre vago, y tal vez loco, que se llamó Francisco de Asís. ¡Venturoso momento! La piedad de este hombre se extendía, como los rayos del sol, sobre todo lo creado. Sentía, presa de exaltadas ternuras, su fraternidad con las aves del cielo, con las bestias del campo y hasta con las fieras del bosque. Hablaba amorosamente del Hermano Lobo, del Hermano Cordero y de la Hermana Alondra. Era como el corazón de Cristo rebosando sobre su amor por nosotros y derramándose en la naturaleza. Era un Sakiamuni menos triste y austero, más iluminado de esperanza. Parecía venido á predicar un Testamento Novísimo, ante el cual el nuevo pasase á viejo. ¡Yo creo, y Dios me perdone, que á él también le acechaba la herejía!... Pero se detuvo, ó no le comprendieron del todo, y la naturaleza siguió sin Noche Buena. Tú, Asno hermano, perdiste con ello tu redención, y acaso no perdimos menos los hombres.

¡Ah, si el dulce vago de Asís se hubiera atrevido!...

III

Sueño de Noche Buena

En Noche Buena era el soñar despierto, girando la mariposa interior en torno á la imagen de luz pura, que ya aparecía, infantil, en el regazo de la Madre; ya á márgenes del lago ó sobre el monte, con sus rubias guedejas de león manso; ya, trágica y sublime, entre los brazos de la Cruz. Mi imaginación era

invencionera; la fe le daba alas. Cuentos, leyendas, ficciones de color de rosa, nacían de aquel soñar. Una recuerdo. No sabría reproducirla con su tono, con el metal de voz de la fantasía balbuciente. Será una idea de niño dicha con acento de hombre; será un verso de poeta que ha pasado por manos de traductor.

Era en la soledad de los campos, una noche de invierno. Nevaba. Sobre lo alto de una loma, toda blanca y desnuda, se aparecía una forma, blanca también, como de caminante cubierto de nieve. En derredor dé esta forma flotaba una claridad que venía, no de la luz de una linterna, sino del nimbo de una frente. El caminante era Jesús.

Allá donde se eriza el suelo de ásperas rocas, un bulto negro se agita. Jesús marcha hacia él; él viene, como receloso, á su encuentro. A medida que el resplandor divino lo alumbra, se define la figura de un lobo, en cuyo cuerpo escuálido y en cuyos ojos de siniestro brillo está impresa el ansia del hambre. Avanzan; párase el lobo al borde de una roca, ya á pocos palmos del Señor, que también se detiene y le mira. La actitud dulce, indefensa, reanima el ímpetu del lobo. Tiende éste el descarnado hocico y aviva el fuego de sus ojos famélicos; ya arranca el cuerpo de sobre la roca... ya se abalanza á la presa... ya es suya..., cuando Él, con una sonrisa que filtra á través de su inefable suavidad la palabra:

—Soy yo,—le dice.

Y el lobo, que lo oye en el rapidísimo espacio de atravesar el aire para caer sobre él, en el mismo rapidísimo espacio muda maravillosamente de apariencia: se transfigura, se deshace, se precipita en lluvia de blancas y fragantes flores. A los piés de Jesús,

entre la nieve, las flores forman como una nube mística, sobre la que el divino cuerpo flotara. Y todo mi afán de poeta consistía en que se entendiese que no fué voluntad del sagrado caminante, ni intervención de lo alto, lo que movió la transformación milagrosa, sino que fué virtud del propio sentir del lobo, espantado, loco, al reconocer á aquel á quien iba á destrozar con sus dientes: virtud en que arrepentimiento, dolor, vergüenza, ternura, adoración, se aunaron como en un fuego de rayo, y derritieron las entrañas feroces, y las refundieron en aquella forma dulcísima, todo ello mientras declinaba la curva del salto que tuvo por arranque la intención de hacer daño... Agregaba mi cuento que el Señor, mirando á las flores que á sus plantas había, hizo sonar los dedos como quien llama á un animal doméstico. Entonces, de bajo el manto de flores se levantó, cual si despertara, un perro grande, fuerte y de mirada noble y dulce, de la casta de aquellos que en las sendas del Monte San Bernardo van en socorro del viajero perdido.

Algunas veces asocio al recuerdo de mi ficción candorosa la idea de esas súbitas conversiones de la voluntad, que, por la devoradora virtud de una emoción instantánea, consumen y disipan para siempre la endurecida broza de la naturaleza ó la costumbre: Pablo de Tharsos herido por el fuego del cielo, Raimundo Lulio develando el ulcerado pecho de su Blanca, ó el Duque de Gandía frente á la inanimada belleza de la Emperatriz Isabel.

1911.

Los que callan...

Una de las impresiones más altas de respeto que yo haya experimentado en el mundo, es la que me produce cierto linaje de espíritus,—seguramente, muy raros, y aun más que raros, difíciles de reconocer sin haber llegado á su más escogida intimidad; cierto linaje de espíritus que unen al sentimiento infalible, perfecto, aristocrático, de la belleza, en las cosas del arte, el absoluto desinterés con que profesan calladamente su culto, inmunes de todo estímulo de vanidad, de todo propósito de crítica ó de producción, de toda codicia simoníaca de fama. Comprenden la obra bella en sus más delicados matices, con esa plenitud de inteligencia y simpatía que es una segunda creación; son el lector ó el espectador ideal con que el artista ha soñado; dan su alma entera en el sacrificio religioso de la emoción artística, en esa absoluta inmolación de la personalidad, de donde toma su vuelo el misticismo del arte. Guardan dentro de sí el eco perenne en que se prolonga el acento verdadero, original, del poeta, que el vulgo no percibe sino enturbiado y trunco; el reflejo clarísimo en que se reproduce, con la frescura matinal de la inspiración creadora, la imagen del cuadro ó de la estatua. Son la compensación de la vulgaridad triunfante y ruidosa; del

alarde inferior; del abominable *snobismo*. Salvan, en el puerto abrigado y calmo de su piadosa memoria, nombres y obras que la injusticia ó la indolencia de una época han condenado al olvido común. Para ellos no tiene curso la mentira acuñada en moneda falsa de renombre y de gloria. Llevan en sus desdenes secretos y animados de una serena y terrible certidumbre, el infierno de que no logran eximirse los que triunfan delinquiendo contra la belleza, contra el gusto, contra la noble altivez. Y callan... Y pasean por el mundo una apariencia indiferente, acaso vulgar. Y á modo de la capilla de un culto misterioso y prohibido, encierran, en lo más hondo de sí, el tabernáculo de ese amor ideal, que embellece el misterio como el pudor de una novia.

¿Dudas de que existan almas así?.... Yo he llegado á conocer algunas, después de conocer sólo la opaca apariencia que me las velaba. Y desde que las descubrí, su presencia me domina y subyuga con el sentimiento de una superioridad que no reconozco, tan imperiosa y de tan alta especie, ni en el artista creador que más admire ni en la sabiduría magistral que más respeto me infunda. Porque esas almas de silencio celeste son las únicas que me han dado la completa intuición de cuánto hay de vulgar y mezquino en esta brega por la notoriedad, en este sensualismo de la admiración y del aplauso, grosera liga que mezclamos nosotros, los de la comedia literaria, al oro de idealidad del amor de lo bello. Sólo ellas saben amarte, Belleza, como tú ¡oh, Diosa! mereces. En la sociedad de esas almas se apodera de mí no sé qué noble vergüenza de ser autor, escritor de oficio. Y cuando vuelvo á esta faena, ellas componen el público, incógnito é incognoscible, que más me exal-

ta y que más me tortura. A él me remito, con una austera y melancólica esperanza, como quien se remite á la justicia de una posteridad que no ha de ver, cuando creo que una palabra mía no ha sido entendida en su virtud ó su beldad; cuando una criatura de mi imaginación no ha hallado el regazo amante que la acoja. Y en él pienso, lleno de íntima inquietud,—como aquejado del imposible deseo de saber la verdad de labios de un dios de mármol,—cuando aplausos y loas quieren persuadirme de que ha brotado de mi alma algo bueno ó hermoso.

¡Ah, cuántos de estos abnegados monjes de belleza pasan acaso junto á tí, y tú no los reconoces, y quizá los desdeñas!... Tal vez hay uno de ellos en ese espectador, indeterminado é incoloro, que ocupa su butaca en el teatro, no lejos de la tuya, y aplaude cuando los demás, y asiente con trivialidades á los comentarios del vecino, y se disipa, esfumándose, en el rebaño de la retirada. Tal vez otro se oculta bajo la máscara de ese viajero que, con apariencias de comisionista, lee, frente á tu asiento del tren, un libro que lo mismo puede ser la guía de Baedeker que un poema de Wilde ó una novela de D'Annunzio. Tal vez descubrirías uno más en aquel otro á quien el juicio popular—¡cruel ironía!—gradúa de poeta fracasado y con hoscos despechos de impotencia; porque no sabe que su renunciamiento prematuro fué espontánea y altísima religiosidad, y que en su repugnancia á hablar de arte con los que fueron sus émulos y amigos no hay sino las delicadezas de una sensibilidad transfigurada y la conciencia de una soledad de *extraño*... Con uno ú otro disfraz, ellos pasan en su irrevocable silencio. Y este silencio ni es humildad ni es orgullo. No es más que la cumplida posesión de

un bien que lleva su fin y recompensa en sí mismo, y que por eso se contiene dentro de su propia amplitud, sin aspirar á salir de sí con ímpetu y alarde: como el vino que, cuando ha llegado á sazón, olvida los desasosiegos y hervores de su fermentar, ó como el resplandor de la noche serena, que, extasiándose en la suave gloria de sus luces, no la publica ni con los pregones del relámpago ni con la música del sol.

1912.

FIN

ÍNDICE

	Páginas
Juan Carlos Gómez.	7
La vuelta de Juan Carlos Gómez.	19
Rumbos nuevos.	31
La Gesta de la Forma.	54
El Rat-pick.	56
La Enseñanza de la Literatura.	70
Garibaldi.	76
El Cristo á la jineta	86
Impresiones de un drama.	89
Divina libertad.	103
Bolívar.	105
Una novela de Galdós.	143
Decir las cosas bien.	156
El Centenario de Chile.	158
«La Raza de Caín».	166
A Anatole France.	175
Mirando al mar.	181
La tradición intelectual argentina.	183
En la armonía, disonancias.	192
«De lo más hondo»	194
Tucumán.	202
Montalvo.	204
Magna patria	290
Samuel Blixen	292
Recóndita Andalucía.	298
Una nueva antología americana.	301
Bienvenida.	315
Ricardo Gutiérrez	317

Páginas

«De Litteris». 324
Una bandera literaria 327
La Prensa de Montevideo. 331
Río Branco. 344
La Enseñanza del idioma 347
Las «Moralidades» de Barret 353
Bohemia. 356
Del trabajo obrero en el Uruguay 358
Obra de hermanos. 423
En el álbum de un poeta. 426
Perfil de caudillo 427
Ibero-América. 435
Juan María Gutiérrez y su época. 438
La España niña. 549
Carlos Guido Spano. 552
Mi retablo de Navidad 560
Los que callan 567